

Jan Guillou



El caballero templario

Trilogía de las cruzadas II



Año de gracia de 1177. Arn de Gothia ya es todo un aguerrido veterano entre los cruzados de Tierra Santa. Después de diez años ha aprendido a llevarse bien incluso con los seguidores de Mahoma, a los que debería combatir. En su Suecia natal, Cecilia ha dado a luz a su hijo recluida en el convento y sueña con el regreso de Arn a casa.



Jan Guillou

El caballero templario

Trilogía de las Cruzadas - 2

ePub r1.1
fenikz 22.11.15

Título original: *Tempelriddaren*
Jan Guillou, 1999
Traducción: Mayte Giménez

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2



¡EN NOMBRE DE DIOS, EL PIADOSO, EL MISERICORDIOSO!

Grande es Dios en su magnificencia, Él, que durante la noche condujo a sus servidores desde el sagrado lugar de oraciones de Kaaba hasta el más alejado lugar de oraciones, cuyos alrededores hemos bendecido, para mostrarle nuestros símbolos; Dios es Quien todo lo oye, Quien todo lo ve.

El Sagrado Corán (sura 17, verso 1)

Prólogo

Aquella noche, Gabriel, el arcángel de Dios, fue junto a Mahoma lo tomó de la mano y lo condujo hasta el sagrado lugar de oraciones de Kaaba. Allí esperaba Al Buraq, el alado, para llevarlos hasta el lugar que Dios había determinado.

Y Al Buraq, que con un solo paso podía caminar de horizonte en horizonte, extendió sus blancas alas y ascendió en línea recta hacia el espacio estrellado y condujo a Mahoma, que la paz acompañe su nombre, y a sus seguidores hasta la sagrada ciudad de Jerusalén y hasta el lugar en que una vez existió el templo de Salomón. En este punto estaba el más alejado lugar de oraciones del muro occidental.

Y el arcángel Gabriel condujo de la mano al mensajero de Dios hasta aquellos que lo precedieron, hasta Moisés, hasta Jesús, hasta Yahía, a quien los infieles llaman Juan Bautista, y hasta Abraham, que era un hombre alto con cabello negro y un semblante exactamente como el del Profeta, que la paz lo acompañe, mientras que Jesús era un hombre más bajo con cabello castaño y pecas.

Los profetas y el arcángel Gabriel ofrecieron ahora al mensajero de Dios que escogiese bebida, y le dieron a elegir entre leche y vino, y optó por la leche. Entonces el arcángel Gabriel dijo que ésta era una sabia decisión y que de ahora en adelante todos los fieles seguirían este ejemplo.

Luego el arcángel Gabriel acompañó al mensajero de Dios hasta la roca donde una vez Abraham estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo, y en esta roca había apoyada una escalera que llevaba hasta los siete cielos de Dios. Y así Mahoma, que la paz lo acompañe, ascendió a través de los siete cielos hasta el trono de Dios, y observó en su camino cómo el ángel Malik abría la puerta al infierno donde los condenados, con los labios partidos al igual que los camellos, eran obligados en sus eternos suplicios a comer brasas que seguían siendo fuego al salir por sus traseros.

Pero durante su ascenso al cielo de Dios, Su mensajero también contempló el

paraíso con sus jardines en flor y atravesados por agua fresca y vino de aquel que no trastorna los sentidos.

Cuando Mahoma regresó a La Meca tras su viaje celestial llevaba instrucciones de Dios de predicar la Palabra entre las personas, y con ello empezó la escritura del Corán.

Una generación más tarde, la nueva fe y sus guerreros surgieron como una tormenta desde los desiertos de Arabia y un nuevo imperio fue creado.

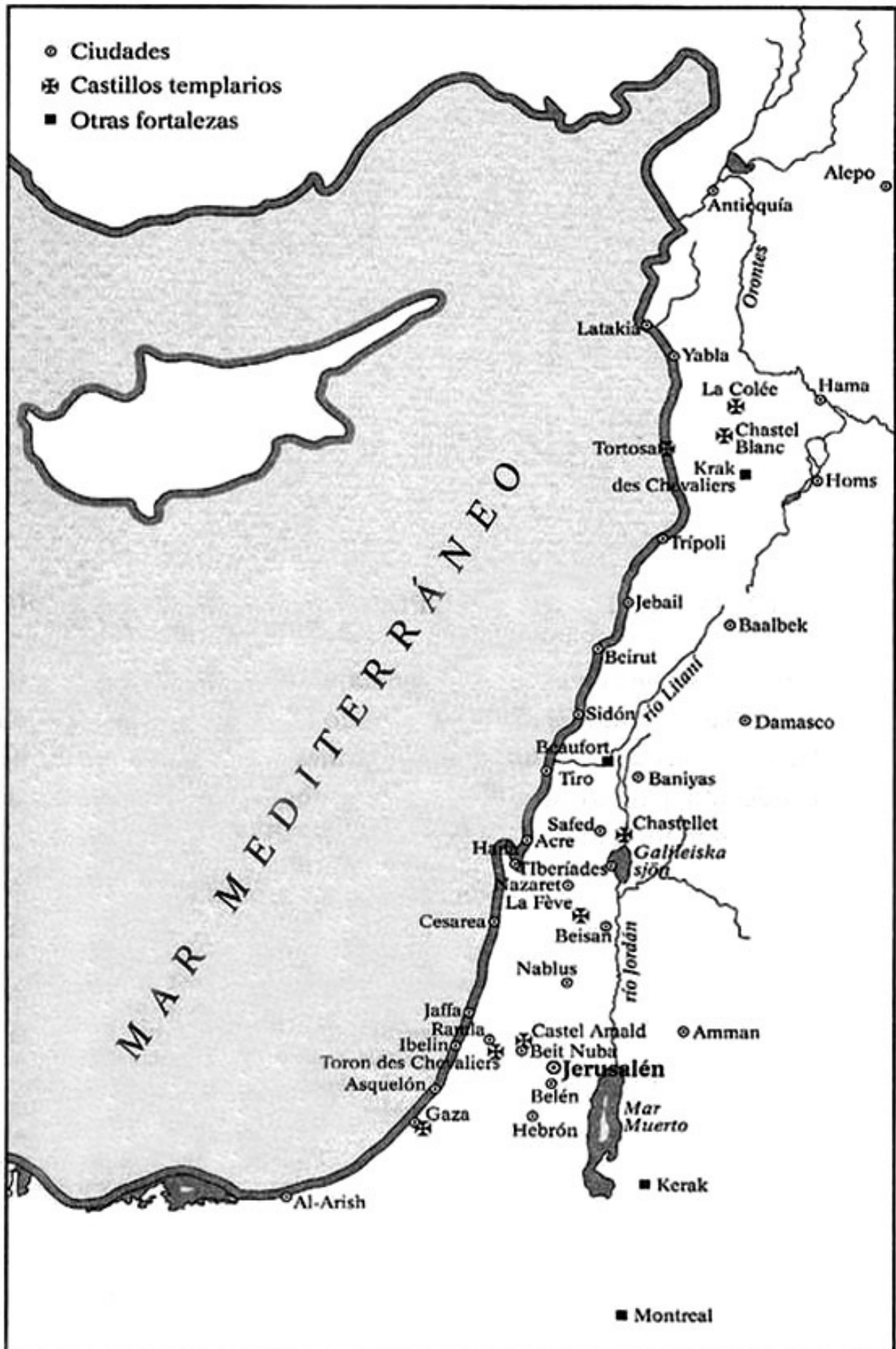
El califa de Ummayad, sucesor del Profeta, Abul Malik ibn Marwan hizo construir, entre Anni Domini 685 y 691, primero una mezquita en el «más alejado lugar de oraciones», que es exactamente lo que significa Al Aksa, y una mezquita sobre la roca en la que Abraham pensó sacrificar a su hijo y Mahoma ascendió al cielo, Qubbat al Sahkra, la mezquita de la Roca.

En el Anno Domini 1099, la tercera ciudad más sagrada de los fieles y el tercer lugar de oraciones más importante sufrió una catástrofe. Los francos cristianos conquistaron la ciudad profanándola del modo más espantoso. Con espadas y lanzas, asesinaron a todo ser vivo, excepto a los judíos de la ciudad, a quienes quemaron vivos en la sinagoga. La sangre corría tan espesa por las calles que hubo un tiempo en que alcanzaba a cubrir los tobillos de un hombre. Nunca más en esta conflictiva parte del mundo volvió a realizarse una masacre como aquélla.

La mezquita de la Roca y Al Aksa fueron convertidas por los francos en templos de oración propios. Y al poco tiempo el rey cristiano de Jerusalén, Balduino II, cedió Al Aksa como cuartel y establo para los enemigos más temidos de los fieles, los templarios.

Un hombre rezó un juramento sagrado prometiendo que recuperaría Al Quds, la ciudad sagrada llamada Jerusalén por los infieles. En el mundo cristiano y en nuestros idiomas, ese hombre es conocido con el nombre de Saladino.

Tierra Santa



I

En el sagrado mes de luto del Moharram, que esta vez coincidió con la época más calurosa del verano del año 575 tras Hijra, Anno Domini 1177, según los infieles, Dios envió su más peculiar salvación a aquel de Sus fieles a quien más amaba.

Yussuf y su hermano Fahkr cabalgaban como si en ello les fuera la vida y, tras ellos, a un lado, protegiéndolos de las flechas del enemigo, los seguía el emir Moussa. Los perseguidores eran seis y poco a poco los iban alcanzando. Yussuf maldijo su propia soberbia, que le había hecho creer que algo así jamás sucedería, puesto que él y su séquito tenían los caballos más rápidos. Pero el paisaje aquí en el valle de la muerte era tan inhóspito y seco como pedregoso. Eso, unido a la sequía al oeste del mar Muerto, hacía que fuese peligroso cabalgar demasiado de prisa, aunque parecía que este hecho no les preocupaba en absoluto a los perseguidores. Si alguno de ellos tenía que caer, tampoco resultaría tan fatídico como si caía uno de los perseguidos.

De repente Yussuf decidió dar un brusco giro hacia el oeste, hacia las montañas, donde albergaba la esperanza de hallar protección. Pronto los tres jinetes perseguidos seguían un wadi, una ría seca, en una pronunciada pendiente hacia arriba. Pero el wadi se estrechaba y profundizaba de modo que pronto parecía como si montasen por un alargado cuenco, como si Dios los hubiese cazado en su huida y ahora los dirigiese en una única dirección. Sólo había un camino que los llevaba por una subida cada vez más pronunciada y que hacía que fuese más difícil mantener el ritmo. Los perseguidores se iban aproximando, pronto estarían a tiro. Los perseguidos ya se habían atado los escudos redondos y herrados a las espaldas.

Yussuf no tenía por costumbre rezar por su vida, pero ahora que se veía obligado a reducir la velocidad entre las traicioneras rocas en el fondo del wadi, lo invadió un verso de las palabras de Dios que recitaba jadeando y con los labios rotos:

Quien ha creado la vida y la muerte para ponerlos a prueba y mostrarlos

quién de vosotros en sus actos es el mejor. Aquél es el Todopoderoso, quien siempre perdona.

Y entonces Dios puso a su amado Yussuf a prueba mostrándole, primero como un espejismo en la luz de la puesta del sol, y luego con una tremenda claridad, la más espantosa visión que un fiel en esta complicada situación podía llegar a tener.

Arriba, desde la otra dirección del wadi se acercaba un templario con la lanza bajada y, detrás de él, su sargento. Los dos enemigos de todo lo vivo y todo lo bueno cabalgaban con tal velocidad que sus mantos ondeaban tras ellos en forma de grandes alas de dragón, venían como los djins del desierto.

Yussuf detuvo su caballo en seco, buscando a tientas el escudo que ahora debía coger de la espalda para enfrentarse a la lanza del infiel. No sentía miedo, sino la fría excitación que comportaba la proximidad de la muerte y acercó su caballo a la escarpada pared del wadi para reducir así la superficie sobre la que golpear y aumentar el ángulo de la lanza del enemigo.

Pero entonces el templario, que ahora estaba a poca distancia, alzó su lanza e hizo con el escudo unos gestos en señal de que Yussuf y los otros fieles se apartaran para no entorpecer el camino. Así lo hicieron y al instante siguiente pasaron tronando los dos templarios, que soltaron sus mantos y los dejaron caer revoloteando en la polvareda que surgía tras ellos.

Yussuf se apresuró a gesticular una orden a su séquito, de modo que ascendieron con muchas dificultades y los cascos de los caballos resbalando por la pronunciada pendiente del wadi hasta llegar a un lugar donde verían con toda claridad el panorama. Ahí, Yussuf dio media vuelta a su caballo y se detuvo, pues quería comprender lo que Dios pretendía con todo aquello.

Los otros dos querían aprovechar la ocasión para retirarse mientras los templarios y los bandoleros se las apañaban entre ellos. Pero Yussuf interrumpió todos esos razonamientos con un irritado gesto con la mano, porque realmente quería ver lo que estaba a punto de suceder. Jamás había estado tan cerca de un templario, aquellos viles demonios, y tenía una fuerte sensación, como si la voz de Dios se lo aconsejase, de que debía ver lo que ahora sucedería y que el sentido común se lo impidiese. Lo sensato habría sido continuar cabalgando hacia Al Arish mientras que la luz lo permitiese, hasta que la oscuridad llegase con su manto protector. Pero lo que veía a continuación no lo olvidaría nunca.

Los seis bandoleros no tenían mucha alternativa cuando descubrieron que ahora, en lugar de perseguir a tres hombres ricos, se enfrentaban a dos templarios lanza contra lanza. El wadi era demasiado estrecho para que pudiesen detenerse, dar media vuelta e iniciar la retirada antes de ser alcanzados por los francos. Tras dudar un instante, hicieron lo único que podían hacer: se agruparon de forma que cabalgaban de dos en dos y espolearon a sus caballos para no enfrentarse detenidos al ataque.

El templario vestido de blanco que cabalgaba delante de su sargento hizo primero

un amago de atacar al que iba a la derecha de la primera pareja de bandoleros, y cuando éste alzó su escudo para recibir el terrible golpe de lanza —Yussuf tuvo tiempo de preguntarse si el bandolero comprendía lo que le esperaba—, el templario invirtió el galope de su caballo con un rápido movimiento que debería haber sido imposible en tan difícil terreno, tomó un ángulo completamente diferente y atravesó con su lanza el escudo y el cuerpo del bandolero de la izquierda, soltando su lanza en ese mismo instante para no ser empujado él mismo del caballo. En ese preciso momento, el sargento se enfrentó al sorprendido bandolero de la derecha, que se había encogido tras su escudo esperando un golpe que no llegó y ahora sacaba la cabeza para, desde el lado contrario, recibir la lanza del otro enemigo en la cara.

El hombre vestido de blanco con la abominable cruz roja se enfrentaba ahora a la siguiente pareja de enemigos en un pasaje tan estrecho por el que apenas cabían tres caballos caminando en paralelo. Había sacado la espada y primero parecía como si pensase atacar directamente desde el frente, lo que habría sido menos astuto al llevar arma sólo a un lado. Pero de repente su hermoso caballo, un alazán en sus mejores años, giró en seco y coceó hacia uno de los bandoleros, que fue golpeado y salió disparado por los aires.

El otro bandolero vio en ese momento una buena posibilidad, puesto que el enemigo se enfrentaba a él del revés, casi hacia atrás, con su espada en la mano equivocada y fuera de alcance. Lo que no captó fue cómo el templario dejó caer su escudo pasando su espada a la mano izquierda. De modo que, cuando el bandolero se echó hacia adelante en su silla para golpear con su sable, dejó a la vista todo su cuello y cabeza para el golpe que ahora le asestaban desde el lado equivocado.

—Si la cabeza puede conservar un pensamiento en el preciso momento de la muerte, aunque sea tan sólo por un instante, ésa era una cabeza sorprendida la que caía al suelo —dijo Fahkr, atónito. También él había sido cautivado por el espectáculo y deseaba ver más.

Los dos últimos bandoleros habían aprovechado la pérdida de velocidad que sufría el templario de blanco al matar al segundo bandolero. Habían dado media vuelta con sus caballos y huían ahora por el wadi.

En ese momento se acercó el sargento vestido de negro al impío perro que había caído al suelo golpeado por el caballo del templario. El sargento desmontó, tomó tranquilamente con una mano la rienda del caballo del bandolero mientras que con la otra atravesaba con la espada la garganta del bandolero atolondrado, tambaleante y probablemente también magullado, justo por donde acababa la cota de malla de cuero cubierta de escamas de acero. Pero luego no hizo ningún gesto de seguir a su señor, que ahora había tomado una buena velocidad en la persecución de los dos últimos bandoleros que huían. En lugar de eso, ató las riendas a las patas delanteras del caballo que acababa de capturar y empezó a seguir con cuidado a los otros caballos sueltos mientras les hablaba con voz tranquilizadora. Era como si no se preocupase lo más mínimo por su señor, a quien debería haber seguido de cerca y a un lado como

protección, sino más por agrupar los caballos del enemigo. Era una visión muy curiosa.

—Eso —dijo el emir Moussa y señaló al templario vestido de blanco que al fondo del wadi desaparecía de la vista de los tres fieles—, eso que ves, señor, es Al Ghouti.

—¿Al Ghouti? —preguntó Yussuf—. Pronuncias su nombre como si debiera conocerlo, pero no lo conozco. ¿Quién es Al Ghouti?

—Al Ghouti es uno de los que deberías conocer, señor —contestó el emir Moussa, taciturno—. Es quien Dios nos ha enviado por nuestros pecados, quien de entre los demonios de la cruz roja cabalga a veces con los turcos polos y a veces con la caballería pesada. Ahora monta, como puedes observar, un caballo árabe a modo de turco polo, pero aun así con lanza y espada, como si montase uno de esos caballos lentos y pesados de los francos. Además, es el emir de los templarios en Gaza.

—Al Ghouti, Al Ghouti —murmuró Yussuf, pensativo—. Quiero conocerlo. ¡Esperaremos aquí!

Los otros dos lo miraron aterrorizados pero comprendieron de inmediato que estaba muy decidido, por lo que no merecía la pena decir nada por muy sensatas que fueran sus protestas.

Mientras los tres jinetes sarracenos esperaban en lo alto de la cuesta del wadi pudieron ver cómo el sargento del templario, al parecer completamente despreocupado como si de cualquier faena cotidiana se tratase, reunió los caballos de los cuatro muertos y los ató. Empezó a cargar y tirar de los cadáveres de los bandoleros y, con mucho esfuerzo, aunque parecía ser un hombre muy forzado, colocaba y ataba a cada uno de los muertos sobre su propio caballo.

Del templario y de los dos bandoleros restantes, que antes habían sido perseguidores pero ahora eran perseguidos, no se veía ni rastro.

—Inteligente —murmuró Fahkr, casi como para sí mismo—; es una sabia decisión. Ata a cada hombre a su propio caballo para mantenerlos tranquilos a pesar de toda la sangre. Es evidente que piensa que se llevarán los caballos.

—Sí, realmente son unos animales muy buenos —asintió Yussuf—. Lo que no logro comprender es cómo ese tipo de criminales pueden tener caballos propios de un rey. Sus caballos eran capaces de mantener el mismo ritmo que los nuestros.

—Peor todavía. Al final se estaban acercando —intervino el emir Moussa, que nunca dudaba en hacer saber su verdadera opinión a su señor—. ¿Pero no hemos visto ya lo que queríamos ver? ¿No sería más sensato alejarnos en la oscuridad antes de que vuelva Al Ghouti?

—¿Estás seguro de que volverá? —preguntó Yussuf, jocosamente.

—Sí, señor, volverá —contestó el emir Moussa, malhumorado—. Estoy tan seguro de ello como ese sargento de ahí abajo, que ni siquiera se molestó en seguir a su señor para ayudarlo contra tan sólo dos enemigos. ¿No viste cómo Al Ghouti envainaba la espada, sacaba el arco y lo tensaba justo antes de desaparecer tras la esquina?

—¿Utilizaba un arco? ¿Un templario? —preguntó Yussuf, y alzó sorprendido sus finas cejas.

—Eso es, señor —respondió el emir Moussa, condescendiente—. Él es, como ya dije, un turco polo, a veces monta ligero y dispara desde la silla como un turco, pero con un arco más grande. Demasiados fieles han muerto por sus flechas. Insisto, señor, en mi osadía de proponer...

—¡No! —lo interrumpió Yussuf—. Esperaremos aquí. Quiero conocerlo. Ahora mismo estamos en tregua con los templarios y quiero darle las gracias. ¡Le debo mi gratitud y no puedo tan siquiera pensar en permanecer en deuda con un templario!

Los otros dos comprendieron que de nada valía intentar discutir más el asunto. Pero se sentían incómodos y su conversación murió.

Permanecieron así, inclinados con una de las manos apoyada en el borde delantero de la silla de montar, observando al sargento, que ya había terminado con los cadáveres y los caballos. Había empezado a recoger las armas y los dos mantos que él y su señor habían dejado caer justo antes de atacar. Después de un rato volvió con la cabeza cortada en una mano y por un instante pareció como si meditase sobre cómo lo haría para incluirla en el equipaje. Finalmente tomó la chilaba de uno de los muertos, envolvió la cabeza haciendo un paquete y la colgó de la perilla de la silla, junto al cadáver que carecía de cabeza.

El sargento terminó con todas sus tareas y comprobó que todos los paquetes estuviesen asegurados, montó su caballo y empezó luego a arrastrar lentamente su caravana de caballos enlazados pasando por delante de los tres sarracenos.

Yussuf saludó al sargento con cortesía en el idioma franco y con un amplio movimiento del brazo. El sargento devolvió inseguro la sonrisa, pero no pudieron oír lo que les contestó.

Empezaba a oscurecer, el sol se había hundido tras las altas montañas del este y el mar salado del horizonte ya no resplandecía en azul. Era como si los caballos sintiesen la impaciencia de sus señores, tiraban con las cabezas y, de vez en cuando, resoplaban como si también quisiesen alejarse antes de que fuese demasiado tarde.

Entonces vieron al templario vestido de blanco acercarse por el wadi. Llevaba dos caballos de remolque con dos cadáveres colgando sobre las sillas. Cabalgaba sin prisa aparente, cabizbajo, como si estuviese rezando, aunque probablemente tan sólo estuviese observando el suelo pedregoso y accidentado para elegir el buen camino. Era como si no hubiese visto a los tres jinetes que lo esperaban, a pesar de que, desde su dirección, debían de verse en forma de siluetas frente a la parte clara del cielo del atardecer.

Al acercarse a ellos alzó la cabeza y detuvo su caballo sin pronunciar palabra.

Yussuf se sintió completamente desorientado, era como si se hubiese quedado mudo al descubrir que lo que ahora veía nada tenía que ver con lo que había visto tan sólo un rato antes. Ese hombre del diablo, a quien llamaban Al Ghouti, irradiaba paz. Se había quitado el yelmo que ahora colgaba del hombro en una cadena y su pelo

corto y claro y la barba descuidada del mismo color ciertamente mostraban el semblante de un demonio con unos ojos tan azules como era de esperar. Pero allí había un hombre que acababa de matar a tres o cuatro hombres; Yussuf, en su excitación, no sabía con exactitud, aunque solía recordar todo cuanto veía en una lucha. Y Yussuf había visto a muchos hombres en los momentos tras una victoria, en los momentos de haber matado y vencido, pero nunca había visto a nadie que en esos momentos pareciese que volvía de trabajar, como si viniese de cosechar grano del campo o caña de azúcar en los pantanos, lleno de esa conciencia tranquila que tan sólo el trabajo honrado puede proporcionar. Esos ojos azules no eran en absoluto los ojos de un demonio.

—Nosotros esperarte... nosotros querer decir gracias a ti —dijo Yussuf en una especie de franco que esperaba que el otro pudiese comprender.

El hombre que en el idioma de los fieles era llamado Al Ghouti miró inquisitivamente a Yussuf, mientras una sonrisa le iba iluminando la cara, como si hubiese rastreado en su memoria y hubiese encontrado lo que buscaba, lo que hizo que el emir Moussa y Fahkr, aunque no Yussuf, bajasen casi de modo inconsciente las manos hasta las armas al lado de la silla de montar. El templario vio con toda claridad esas manos, que ahora parecían pensar por sí mismas, acercándose a los sables. Luego alzó la mirada hacia los tres de la pendiente, miró a Yussuf directamente a los ojos y contestó en el propio idioma de Dios:

—En nombre de Dios el Misericordioso, en estos momentos no somos enemigos y no busco luchar con vosotros. Reflexionad sobre estas palabras de vuestro propio escrito, las palabras que el Profeta, la paz lo acompañe, pronunció: «No toméis la vida de otra persona —Dios la ha declarado sagrada— más que por propósitos justificados». Vosotros y yo no tenemos propósitos justificados, pues ahora hay tregua entre nosotros.

La sonrisa del templario era ahora todavía más ancha, como si quisiese hacerles reír; era completamente consciente de la impresión que debió de causarles a los tres enemigos al hablarles en el idioma sagrado del Corán. Pero Yussuf, que ahora comprendía que debía pensar de prisa y tomar las riendas de la situación, respondió al templario tras dudar tan sólo unos instantes:

—Los caminos de Dios, el Todopoderoso, son en efecto inescrutables —y ante esto el templario hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si las palabras le fuesen bien conocidas—, y sólo Él puede saber por qué nos envió a un enemigo para nuestra salvación. Pero te debo a ti, caballero de la cruz roja, las gracias y quiero darte a ti de aquello que esos malditos que nos querían atacar nada obtuvieron. ¡Aquí donde ahora estoy te dejo cien dinares de oro y te pertenecen justamente por lo que has realizado ante nuestros ojos!

Yussuf pensó que acababa de hablar como un rey, como un rey muy generoso, tal como debían ser los reyes. Pero para su molestia, y todavía más la de su hermano y del emir Moussa, el templario primero respondió con sólo una carcajada, que era del

todo sincera y sin burla.

—En el nombre de Dios, el Misericordioso, me hablas con bondad e ignorancia —contestó el templario—. No puedo aceptar nada que me entregues. Lo que hice aquí era lo que debía hacer, tanto si estabas como si no hubieses estado aquí. Y no tengo pertenencia alguna ni tampoco las puedo aceptar, eso por un lado. Otra cosa sería que, pasando por alto mi voto, entregues tus cien dinares a los templarios. Y permíteme que te diga, mi desconocido amigo o enemigo, que creo que tendrías una difícil tarea intentando explicar tal donación ante tu profeta.

Y con esas palabras, el templario recogió las riendas, miró atrás hacia los dos caballos y los cadáveres que llevaba de remolque y hundió las piernas en su caballo árabe, a la vez que alzaba la mano derecha con el puño cerrado a modo del saludo de los depravados templarios. Parecía encontrar la escena bastante graciosa.

—¡Espera! —exclamó Yussuf tan rápido que su palabra surgió antes que su pensamiento—. ¡Pues entonces os invito a ti y a tu sargento a compartir nuestra cena!

El templario detuvo el caballo y miró a Yussuf con la expresión de tener que pensarlo.

—Acepto tu invitación, mi desconocido amigo o enemigo —dijo el templario despacio—, pero sólo con la condición de que tengo tu palabra de que ninguno de los tres tenéis la intención de alzar un arma en contra de mí ni de mi sargento mientras que estemos juntos.

—Tienes mi palabra ante el Dios verdadero y su profeta —replicó Yussuf, presto—. ¿Tengo yo la tuya?

—Sí, tienes mi palabra ante el Dios verdadero, Su Hijo y la Santa Virgen —respondió el templario igual de rápido—. Si cabalgáis dos dedos hacia el sur del punto donde se puso el sol hallaréis un riachuelo. Seguidlo en dirección noroeste y llegaréis a unos árboles bajos donde hay agua. Pasad allí la noche. Nosotros estaremos más hacia el oeste, en dirección hacia las montañas, al lado de la misma agua que os baja a vosotros. Pero no ensuciaremos el agua. Pronto será de noche y vosotros debéis orar y nosotros también. Pero cuando luego nos acerquemos hacia vosotros por la oscuridad lo haremos de forma que lo oigáis y no de modo silencioso, como quien va con malas intenciones.

El templario hundió las espuelas en su caballo, saludó de nuevo a modo de despedida, puso en marcha su pequeña caravana y desapareció cabalgando por el atardecer sin mirar hacia atrás.

Los tres fieles permanecieron observándolo durante un buen rato sin que nadie se moviese ni dijese nada. Los caballos resoplaban impacientes pero Yussuf se hallaba sumergido en sus pensamientos.

—Eres mi hermano y nada de lo que hagas o digas debería sorprenderme después de todos estos años —dijo Fahkr—. Pero lo que acabas de hacer me ha sorprendido más que nada en el mundo. ¡Un templario! ¡Y de todos los templarios, precisamente al que llaman Al Ghouti!

—Fahkr, mi amado hermano —repuso Yussuf mientras giraba el caballo con un ligero movimiento dirigiéndolo hacia el camino que le había indicado el enemigo—, hay que conocer al enemigo, hemos hablado mucho acerca de eso, ¿no es cierto? ¿Y a quién de los enemigos debemos conocer sino al más terrible de ellos? Dios nos ha dado una ocasión sin igual, no rechazemos ese regalo.

—¿Pero podemos confiar en la palabra de un hombre como ése? —objetó Fahkr, tras cabalgar un rato en silencio.

—Pues sí, la verdad es que sí se puede —murmuró el emir Moussa—. El enemigo tiene muchas caras, conocidas y desconocidas. Pero en la palabra de ese hombre podemos confiar tanto como en la palabra de tu hermano.

Cabalgaron según las indicaciones del enemigo y pronto hallaron un pequeño riachuelo con agua limpia y fresca donde se detuvieron y dejaron beber a sus caballos. Luego prosiguieron a lo largo del riachuelo y, tal como les había dicho el templario, encontraron una zona llana donde el riachuelo se ensanchaba formando un pequeño lago donde crecían árboles bajos y arbustos y donde había un poco de pasto para los caballos. Desensillaron y recogieron su equipaje, ataron las patas delanteras a los caballos para que se mantuvieran cerca del agua y no fuesen a buscar pasto más allá donde, de todos modos, no había nada. Luego se lavaron con minuciosidad, tal como prescribían las reglas antes de la oración.

Al percibirse la primera luna creciente sobre el cielo azul de la noche veraniega rezaron sus oraciones por el luto de sus muertos y agradecieron a Dios que en su inmensa misericordia les hubiera enviado al peor de sus enemigos para su salvación.

Tras las oraciones hablaron un poco acerca de eso y Yussuf opinaba que de ese modo Dios les había mostrado casi con burla Su omnipotencia, había demostrado que nada Le era imposible, ni tan siquiera enviarles a un templario como salvación, precisamente a ellos, que al final vencerían a todos los templarios.

Aquello era algo que Yussuf se decía a sí mismo y a todos los demás. Los francos iban y volvían de la ciudad sagrada, a veces en multitud, como la langosta, y otras veces no tanto. Año tras año llegaban nuevos guerreros de los países francos, saqueaban y vencían o perdían y morían, y si vencían pronto se marchaban con sus pesados cargamentos.

Pero algunos francos no regresaban nunca a sus casas, y aquéllos eran los mejores, así como los peores. Eran los mejores porque no saqueaban por placer, porque se podía hablar con ellos y cerrar acuerdos comerciales o acuerdos de paz. Sin embargo, también eran los peores porque algunos de ellos eran terribles adversarios en la guerra. Y los peores de ellos eran las dos órdenes de monjes guerreros condenadamente creyentes: la Orden de los Templarios y la Orden de los Sanjuanistas. Quien quisiese limpiar el país de enemigos, quien quisiese recuperar Al Aksa y la mezquita de la Roca de la sagrada ciudad de Dios, al final debería vencer tanto a los templarios como a los sanjuanistas. Otra cosa sería inconcebible.

Pero precisamente estos condenados creyentes parecían imposibles de vencer.

Luchaban sin temor, convencidos de que si morían en combate irían al paraíso. No se rendían nunca, pues sus normas prohibían que se comprase la libertad de un hermano prisionero. Un prisionero sanjuanista o templario era un prisionero sin valor al que podías liberar o matar; por tanto, siempre matar.

La regla decía que si quince fieles se enfrentaban a cinco templarios en una llanura, sobrevivirían todos o ninguno. Si los quince fieles atacasen a los cinco infieles, ni un solo fiel saldría con vida. Para estar seguro en un ataque así se debía ser cuatro veces más y además dispuesto a pagar un precio muy alto en vidas propias. Con francos normales era de otro modo, pues contra ellos se podía vencer, aun siendo menos hombres en el lado de los fieles.

Mientras Fahkr y el emir Moussa recolectaban leña para hacer una hoguera, Yussuf permaneció tumbado con los brazos detrás de la cabeza, mirando al cielo, donde se iban encendiendo cada vez más estrellas. Estuvo meditando acerca de estos sus peores enemigos. Pensó en lo que había visto justo antes de la puesta del sol. El hombre que se hacía llamar Al Ghouti había llevado un caballo digno de un rey, un caballo que parecía pensar lo mismo que su amo, que obedecía antes de tan siquiera haber recibido la señal de lo que debía hacer.

No era magia; Yussuf siempre rechazaba ese tipo de explicaciones. Sencillamente se trataba de que el hombre y el caballo habían luchado y practicado juntos durante muchos años y lo habían hecho con la mayor seriedad, para nada como un simple entretenimiento en los ratos que no había más que hacer. Entre los mamelucos egipcios había hombres semejantes y caballos semejantes, y naturalmente los mamelucos no hacían otra cosa que entrenar hasta tener el éxito suficiente como para recibir cargos y tierras, su libertad y oro en agradecimiento por muchos buenos años de servicio en guerra. Esto no era milagro ni magia, era el hombre y no sólo Dios que creaba hombres así. La pregunta era: ¿qué debía ser lo más importante para alcanzar ese objetivo?

La respuesta de Yussuf a esa pregunta era siempre la verdadera fe; que quien seguía por completo las palabras del Profeta, la paz lo acompañe, acerca de la *yihad*, la guerra santa, también se convertiría en un guerrero irresistible. Pero el problema era que difícilmente se podía decir que los más creyentes de los musulmanes se encontraban entre los mamelucos egipcios; por lo general, estos turcos eran más o menos supersticiosos, creían en espíritus y piedras sagradas y se entregaban sólo con los labios a la fe verdadera y sincera.

Y todavía peor era en tal caso que incluso los infieles pudiesen crear hombres como Al Ghouti. ¿Querría Dios demostrar con eso que es la persona con su propia y libre voluntad que decide la meta de su vida, en esta vida terrenal, y que sólo cuando el sagrado fuego separe el grano de la paja se comprobará quién es fiel y quién infiel?

Era una idea desalentadora; porque si la intención de Dios era que los fieles, si lograban unirse en *yihad* contra los infieles, serían recompensados con la victoria, ¿por qué había creado entonces enemigos a quienes no pudieran vencer?

Probablemente para demostrar que los fieles realmente debían unirse contra el enemigo, que los fieles debían cesar en todas sus luchas internas porque unidos serían diez o cien veces más que los francos, que entonces estarían condenados a sucumbir incluso aunque fuesen todos ellos templarios.

Yussuf volvió a rescatar las imágenes que tenía en su memoria de Al Ghouti, el caballo, los jaeces negros y brillantes y casi completamente enteros, la armadura que no tenía ni un detalle puramente decorativo sino que todo estaba ahí para complacer a la mano. De aquello podía sacarse alguna que otra lección. Seguramente habían muerto muchos hombres en el campo de batalla por no haber resistido la tentación de colocarse sus dorados brocados nuevos y relucientes por encima de la armadura, dificultando por tanto sus movimientos en el momento decisivo, y muriendo más por vanidad que por otra cosa. Todo cuanto uno veía debía ser recordado y aprendido, ¿cómo si no iban a poder vencer al endiablado enemigo que ahora ocupaba la ciudad sagrada de Dios?

El fuego ya echaba chispas y Fahkr y el emir Moussa habían extendido una tela de muselina, habían sacado las provisiones y también las vasijas llenas de agua. El emir Moussa estaba de cuclillas y molía los granos de moca para cuando llegase el momento de preparar la negra bebida beduina. Al haber anochecido llegó ahora el frío, primero como una brisa refrescante que resbalaba por los lados de las montañas de Al Khalil, la ciudad de Abraham. Pero el fresco tras un día caluroso se convertiría pronto en frío.

El sentido que el viento tomaba hacia el oeste hizo que Yussuf pudiese notar el olor de los dos francos a la vez que los oyó en la oscuridad. Olían a esclavos y a campos de batalla y sin duda alguna acudían a la cena sin haberse lavado, como bárbaros que eran.

Cuando el templario apareció a la luz del fuego, los fieles vieron que llevaba el escudo blanco con la cruz roja delante de él, de un modo en que no debería ir un invitado y el emir Moussa dio unos pasos dudosos hacia su silla de montar, donde había dejado las armas junto con los jaeces. Pero Yussuf captó pronto su mirada preocupada y sacudió tranquilo la cabeza.

El templario se inclinó hacia sus tres anfitriones por orden y el sargento hizo torpemente lo mismo que su señor. Luego sorprendió a los tres fieles levantando el escudo blanco con la detestable cruz roja y colocándola lo más alto que podía en uno de los árboles bajos. Cuando luego se acercó soltándose la espada para sentarse del modo en que lo invitaba Yussuf con la mano, explicó que según su conocimiento no quedaban hombres malintencionados en la zona, pero que nunca se podía estar seguro. Y en ese caso, un escudo templario enfriaría bastante sus ánimos de lucha. Ofreció, además, de modo muy generoso dejar que su escudo permaneciese allí durante la noche y acercarse al amanecer cuando de todos modos sería hora para todos ellos de continuar el viaje.

Cuando el templario y su sargento se sentaron a la tela de muselina y empezaron a

sacar cosas de su propio fardo —se veían dátiles, carne de cordero y alguna que otra impureza—. Yussuf ya no pudo contener más la risa que llevaba intentando ahogar desde hacía un buen rato. Los demás lo miraron sorprendidos, pues nadie había visto nada cómico. Los dos templarios fruncieron el ceño, pues debían sospechar que ellos mismos eran objeto de burla de Yussuf.

Por tanto, tuvo que explicarse y dijo que si había algo en este mundo que jamás se habría imaginado como protección para la noche, eso era un escudo con el símbolo del peor enemigo. Pero, por otro lado, eso demostraba lo que siempre había pensado, que Dios en Su omnipotencia no reparaba en bromear con Sus hijos. Todos pudieron sonreír ante esta idea.

En ese preciso momento, el templario se percató de una pieza de carne ahumada entre lo que había sacado el sargento y dijo algo brusco en franco, señalando con el puñal largo y afilado. El sargento retiró sonrojado la carne mientras el templario se disculpaba encogiéndose de hombros diciendo que lo que era carne impura para uno en este mundo era buena carne para el otro.

Los tres fieles comprendieron entonces que había habido una pieza de cerdo en medio de la comida, con lo que se habían echado a perder el resto de los alimentos. Sin embargo, Yussuf les recordó rápidamente y en susurros las palabras de Dios para los casos en que la persona se encuentra en apuros, en los que las reglas ya no son reglas del mismo modo como cuando uno se encuentra en su propia casa, y con eso se conformaron todos.

Yussuf bendijo la comida en nombre de Dios el Misericordioso y el Piadoso y el templario bendijo la comida en nombre del Señor Jesucristo y de la Madre de Dios y ninguno de los cinco hombres hizo ascos a la fe del otro.

Ahora empezaron a rogarse el uno al otro para que comiesen y al final el templario, animado por Yussuf, tomó un trozo de carne de cordero envuelto en pan y lo partió en dos trozos con su puñal gris, sin adornos y espantosamente afilado, y alargó un trozo a su sargento, que lo tomó y lo introdujo en su boca con cierta duda resignada.

Comieron en silencio durante un rato. Los fieles habían servido en su lado de la tela de muselina esta carne envuelta en pan y pistachos picados, preparados con azúcar hilado y miel. Los infieles tenían, tras desaparecer la carne impura, carne de cordero seca, dátiles y pan blanco en su lado.

—Hay algo que quisiera preguntarte, templario —dijo Yussuf al cabo de un rato. Hablaba en voz baja e intensa, como sabían que hacía quiénes lo conocían bien, cuando había pensado un buen rato y quería decir algo importante.

—Tú eres nuestro anfitrión, hemos aceptado tu invitación y con mucho gusto responderemos a tus preguntas, pero recuerda que nuestra fe es la verdadera y no la tuya —contestó el templario con cara de estar bromeando con la mismísima fe.

—Seguramente comprenderás lo que opino acerca de ese asunto, templario, pero ahora, a mi pregunta. Nos salvaste, a tus enemigos. Ya he reconocido que es así y te

he dado las gracias, pero ahora quiero saber por qué.

—No salvamos a nuestros enemigos —respondió el templario, pensativo—. Llevamos mucho tiempo buscando a estos bandoleros, durante una semana los hemos estado siguiendo a distancia, esperando la ocasión más oportuna. Nuestra misión era matarlos, no salvarlos a vosotros. Pero casualmente Dios mantenía su mano protectora sobre vosotros y ni tú ni yo sabemos por qué.

—¿Pero tú no eres el mismísimo Al Ghouti? —insistió Yussuf.

—Sí, es cierto —contestó el templario—. Yo soy el que los infieles en el idioma que ahora hablamos llaman Al Ghouti, pero mi nombre es Arn de Gothia y mi misión era librar al mundo de esos seis indignos y cumplí con mi misión. Eso es todo.

—¿Pero por qué alguien como tú?, ¿no eres además el emir de los templarios en vuestra fortaleza en Gaza? ¿Un hombre de rango? ¿Por qué un hombre así tiene que ocuparse de una tarea tan baja, además de peligrosa, como pasar las noches a la intemperie en esta zona tan inhóspita sólo para matar a unos bandoleros?

—Porque es para lo que se instituyó nuestra orden en un primer momento, mucho antes de que yo hubiese nacido siquiera —contestó el templario—. Al principio, cuando los nuestros habían liberado la Tumba de Dios, nuestros peregrinos no tenían ningún tipo de protección cuando iban en peregrinación por el río Jordán hasta aquel lugar en que Yahía, como lo llamáis vosotros, una vez bautizó a Jesucristo Nuestro Señor. Y en aquel tiempo todos los peregrinos cargaban con todas sus pertenencias, en lugar de dejarlas, como ahora, que se las guardásemos nosotros. Eran presa fácil para bandoleros. Así se creó nuestra orden para protegerlos. Todavía hoy sigue siendo una misión de honor proteger a peregrinos y matar a bandoleros. Por tanto, no es como tú piensas, que esto es una tarea baja que damos a cualquiera, es más bien lo contrario, el núcleo y el origen de nuestra orden, tal como dije, una misión de honor. Y Dios respondió a nuestras oraciones.

—Tienes razón —constató Yussuf con un suspiro—. Deberíamos proteger siempre a los peregrinos. ¿Cuán más fácil sería la vida aquí en Palestina si todos hiciésemos eso? Por cierto, ¿en qué país franco se encuentra Gothia?

—En realidad no es ningún país *franco* —repuso el templario con una mirada jocosa como si el viento se hubiese llevado toda su solemnidad—. Gothia está lejos, al norte del país de los francos, al final del todo del mundo. Gothia es un país en el que puedo caminar por encima del agua durante casi la mitad del año porque el intenso frío hace el agua dura. ¿Pero de qué país vienes tú? ¿Porque tu árabe no parece de La Meca?

—Nací en Baalbek, pero los tres somos kurdos —respondió Yussuf, sorprendido—. Éste es mi hermano Fahkr y éste es mi... amigo Moussa. ¿Cómo y por qué has aprendido el idioma de los fieles? Gente como tú no suele caer en largos cautiverios.

—No, eso es cierto —contestó el templario—. La gente como yo sencillamente no cae en cautiverio y estoy seguro de que sabes por qué. Pero he vivido en Palestina durante diez años, no estoy aquí para robar bienes y volver a casa dentro de medio

año. Y la mayoría de los que trabajan con nosotros, los templarios, hablan árabe. Por cierto, mi sargento se llama Armand de Gascogne, no hace mucho tiempo que está aquí y no comprende mucho de lo que decimos. Por eso está callado, no como los tuyos, que no pueden pronunciarse hasta que les des tu permiso.

—Eres perspicaz —murmuró Yussuf, sonrojándose—. Soy el mayor, ya puedes ver las canas en mi barba, soy yo quien gestiona el dinero de la familia. Somos comerciantes camino a un negocio importante en El Cairo y... no sé lo que mi hermano y mi amigo podrían querer preguntarle a uno de los guerreros del enemigo. Somos todos hombres de paz.

El templario miró inquisitivamente a Yussuf pero sin responder durante un buen rato. Se tomó su tiempo comiendo las almendras bañadas en miel, volvió a hacer una pausa y sacó parte de la delicia a la luz para admirarla y constató que esta repostería debía de proceder de Aleppo. Se acercó la bota de vino y bebió sin preguntar ni disculparse, pasándosela luego a su sargento. Después se recostó cómodamente cubriéndose con el gran manto grueso con la temible cruz roja y miró a Yussuf como si estuviese estudiando a un contrincante de un juego de tablas, no como a un enemigo, pero sí alguien que debe ser estudiado.

—Mi desconocido amigo o enemigo, ¿qué ganaríamos con mentir cuando estamos comiendo juntos en paz y ambos hemos dado nuestra palabra de no herir al otro? —dijo finalmente. Hablaba muy tranquilo y sin resentimiento en la voz—. Tú eres guerrero al igual que yo. Si Dios quiere, la próxima vez nos encontraremos en el campo de batalla. Tu ropa te delata, vuestros caballos os delatan, así como vuestros jaeces, al igual que las espadas apoyadas contra esas sillas de montar. Son espadas forjadas en Damasco, ninguna de ellas vale menos de quinientos dinares de oro. Tu paz y la mía pronto se habrá terminado, la tregua está a punto de finalizar y si no lo sabes ya ahora, pronto lo sabrás. Deja, por tanto, que disfrutemos de este curioso momento, no se tiene muchas veces la oportunidad de conocer al enemigo. Pero no nos mintamos el uno al otro.

Yussuf sintió una tentación casi irresistible de ser honesto y confesarle al templario quién era. Pero era cierto que pronto cesaría la tregua aunque todavía no se había hecho notar en ningún campo de batalla. Y sus palabras mutuas de no herirse el uno al otro, el motivo por el que tan siquiera podían estar allí sentados comiendo juntos, sólo se refería a esta noche. Ambos eran como corderos comiendo junto con un león.

—Tienes razón, templario —dijo finalmente—. *Insh'AUah*, si Dios quiere, volveremos a encontrarnos en el campo de batalla. Pero creo lo mismo que tú, que uno debe conocer a sus enemigos y es obvio que tú parece conocer a más fieles de lo que nosotros conocemos a infieles. Concedo ahora mi permiso a los míos para que hablen contigo.

Yussuf se recostó tapándose él también con su manto e indicó a su hermano y a su emir que tenían permiso para hablar. Pero los dos dudaban, mentalizados como

estaban con pasar toda la noche sentados, escuchando. Puesto que a ninguno de los fieles se le ocurría nada que decir, el templario se inclinó hacia su sargento y mantuvo una breve conversación susurrando en franco.

—Mi sargento tiene una pregunta —explicó luego—. Vuestras armas, vuestros caballos y vuestras ropas valen más de lo que aquellos desgraciados bandoleros jamás podrían haber soñado. ¿Por qué elegisteis entonces este peligroso camino al oeste del mar Muerto sin llevar suficiente escolta?

—Porque es el camino más rápido, porque una escolta atrae demasiada atención... —contestó Yussuf, vacilante.

No quería volver a embarazarse diciendo algo que no fuese cierto, por lo que debía medir sus palabras; sin lugar a dudas, su escolta habría atraído la atención, pues habría sido compuesta por al menos tres mil jinetes para ser considerado seguro.

—Y porque confiábamos en nuestros caballos, no pensábamos que unos pobres bandoleros ni francos fuesen capaces de alcanzarnos —añadió con rapidez.

—Sensato pero no tanto —afirmó el templario—. Pero esos seis bandoleros han assolado esta zona durante más de medio año, conocían el terreno como la palma de su mano, en algunos tramos podían cabalgar más de prisa que ninguno de nosotros. Era eso lo que los hacía ricos, hasta que Dios los castigó.

—Quisiera saber algo —dijo Fahkr, que ahora se pronunciaba por primera vez en toda la noche y se vio forzado a aclararse la garganta pues se había tropezado con sus propias palabras—. Se dice que vos, templario que... estáis en Al Aksa, tenéis allí un *minbar*, un lugar de oraciones para los fieles. Y también se me ha dicho que precisamente vos, templario, pegasteis una vez a un franco que estaba impidiendo a un fiel que orase. ¿Es eso cierto?

Los tres fieles miraban ahora atentos a su enemigo, pues parecían todos igual de interesados en la respuesta. Pero el templario sonrió y tradujo primero la pregunta al franco para su sargento, que de inmediato asintió con la cabeza y se echó a reír.

—Sí, es más verdad que eso —dijo el templario tras haber pensado un rato, o haber fingido pensar para despertar todavía más interés en sus oyentes—. Tenemos un *minbar* en *Templum Salomonis*, que vosotros llamáis Al Aksa, «el lugar de oraciones más lejano». De cualquier modo, no es tan extraño. En nuestra fortaleza en Gaza tenemos un *majlis* cada jueves, el único día que es posible, y entonces los testimonios pueden jurar sobre las Sagradas Escrituras de Dios, sobre los rollos de la Torá, o sobre el Corán y en algunos casos sobre otra cosa que tengan por sagrada. Si vosotros tres hubieseis sido hombres de negocios egipcios tal como manifestabais, también habríais sabido que nuestra orden tiene grandes negocios con los egipcios y ellos no comparten nuestra fe. En Al Aksa, si queréis utilizar esa palabra, los templarios tenemos nuestro cuartel general y por tanto muchos huéspedes que queremos tratar como huéspedes. El problema es que en cada mes de setiembre vienen barcos nuevos desde Pisa o Génova o los países del sur de los francos con hombres nuevos llenos de ánimos y ganas de, si no viajar directamente al paraíso,

pues matar infieles o al menos descargar su violencia en ellos. Este tipo de recién llegados son para nosotros un gran problema, y siempre es después de setiembre que todos los años tenemos alborotos en nuestro propio cuartel porque los recién llegados atacan a gente de vuestra fe, y naturalmente tenemos que darles una dura reprimenda.

—¡Matáis a los propios por los nuestros! —jadeó Fahkr.

—¡Para nada! —contestó el templario con una repentina fogosidad—. Para nosotros es un grave pecado, por cierto, al igual que para vosotros en vuestra fe, matar a ningún hombre de la fe correcta. ¡De eso no hay duda!

»Pero —añadió al cabo del poco rato habiendo recuperado de nuevo su buen humor— nada nos impide darles a esos alborotadores una buena lección cuando no se dejan corregir con recomendaciones. Yo mismo he tenido ese placer en algunas ocasiones...

Se inclinó rápidamente hacia el sargento para traducir. Cuando el sargento asintió con la cabeza y a modo de confirmación se echó a reír, fue como si un gran alivio los invadiera a todos y estallaron en grandes carcajadas, tal vez demasiado grandes.

Una breve ráfaga de viento, como si fuese el último suspiro de la brisa nocturna desde las montañas de Al Khalil, les llevó de repente el hedor de los templarios hacia los tres fieles, y éstos se echaron hacia atrás e hicieron gestos para ahuyentar el olor sin poder ocultar sus sentimientos.

El templario vio su embarazo y se levantó rápidamente proponiendo que se cambiasen de lado en la tela de muselina, donde el emir Moussa ahora empezaba a servir pequeñas tazas de moca. Los tres anfitriones siguieron inmediatamente la propuesta sin decir nada descortés.

—Tenemos nuestras reglas —explicó el templario a modo de disculpa al encogerse en su nuevo sitio—. Vosotros tenéis reglas para lavaros a todas horas y nosotros tenemos reglas que nos lo prohíbe, no es peor que el hecho de que vosotros tengáis reglas para cazar y nosotros reglas en contra, a excepción de leones, o que nosotros bebamos vino y vosotros no.

—El vino es otra cosa —replicó Yussuf—. La prohibición contra el vino es severa y es palabra de Dios dirigida al Profeta, que la paz lo acompañe. Pero por lo demás no somos como nuestros enemigos, fíjate en las palabras de Dios en el séptimo sura: «Quien ha prohibido las bellas cosas que Dios ha cedido a Sus servidores y todo lo bueno que les ha dado para su manutención».

—Bueno —dijo el templario—. Vuestro escrito está lleno de lo uno y lo otro. Y si ahora quieres que por pura vanidad te muestre mis vergüenzas y me perfume como los hombres mundanos, también puedo hacer que dejes de llamarme enemigo. Porque escucha ahora las palabras de tu propio escrito, del sura sexagésimo primero, palabras de vuestro propio profeta, que la paz lo acompañe: «¡Creyentes! Sed ayudantes de Dios. Así como Jesús, el hijo de María, dijo a los hombres vestidos de blanco: “¿Quién quiere ser mi ayudante en la causa de Dios?”. Y ellos contestaron: “¡Queremos ser ayudantes de Dios!”. Entre los hijos de Israel algunos llegaron a

creer en Jesús mientras otros lo rechazaron. Pero Nosotros apoyamos a quienes creyeron en él en contra de sus enemigos y los creyentes acabaron con la victoria». A mí, personalmente, lo que más me gusta es aquello de los hombres vestidos de blanco...

Al oír estas palabras, el emir Moussa se levantó de golpe como si fuese a agarrar su espada, pero se detuvo a medio camino. Tenía la cara roja de ira cuando alargó su brazo y señaló con un dedo acusador al templario.

—¡Blasfemo! —gritó—. Hablas el idioma del Corán, eso es una cosa. ¡Pero retorcer las palabras de Dios en forma de blasfemia y mofa es otra cosa por la que no deberías sobrevivir si no fuese porque su majeste... porque mi amigo Yussuf ha dado su palabra!

—¡Siéntate y compórtate, Moussa! —bramó Yussuf, implacable pero recobrándose de prisa mientras Moussa obedecía su orden—. Lo que has oído son realmente palabras de Dios y es verdad que se encuentran en el sura sexagésimo primero y son palabras sobre las que debes reflexionar. Y no pienses además que eso de «los hombres vestidos de blanco» significa eso acerca de lo que nuestro huésped pretendía bromear.

—No, por supuesto que no —se apresuró a confirmar el templario—. Se refiere a hombres vestidos de blanco desde mucho antes que mi orden existiese, mi vestimenta no tiene nada que ver con eso.

—¿Y cómo es que estás tan familiarizado con el Corán? —preguntó Yussuf con su tono habitual y sereno, como si ningún tipo de insulto hubiese tenido lugar, como si su elevado rango no hubiese estado a punto de ser revelado.

—Es cosa sabia estudiar al enemigo, si quieres puedo ayudarte a comprender la Biblia —contestó el templario como si quisiese alejarse del asunto con bromas, arrepiñiéndose de su patosa incursión en el dominio de los fieles.

Yussuf estuvo a punto de dar una afilada respuesta a la despreocupada habladería de ser enseñado en estudios blasfemos, pero fue interrumpido por un terrible y largo grito. El grito se convirtió en algo parecido a agudas risas sarcásticas que se abalanzaban sobre ellos y retumbaban desde las montañas de allí arriba. Los cinco hombres se quedaron paralizados y aguzaron el oído y el emir Moussa empezó de inmediato a pronunciar las palabras que los fieles utilizaban para ahuyentar a los *djins* del desierto. Se oyó de nuevo el chillido, pero esta vez parecía proceder de varios espíritus abismales, como si conversaran los unos con los otros, como si hubiesen descubierto el pequeño fuego de ahí abajo y a las únicas personas que había en los alrededores.

El templario se inclinó y susurró unas palabras en franco a su sargento, que asintió con la cabeza de inmediato, se levantó colocándose la espada, se envolvió bien en su manto negro, se inclinó ante sus anfitriones infieles y luego, sin mediar ni una palabra, dio media vuelta y desapareció por la oscuridad.

—Disculpádnos esta descortesía —se excusó el templario—. Pero tal como están

las cosas tenemos bastante hedor de sangre y carne fresca arriba en nuestro campamento y caballos a los que debemos proteger.

Parecía como si no viese la necesidad de dar más explicaciones y alargó con una reverencia su pequeña taza de moca hacia el emir Moussa para recibir un poco más. La mano del emir era algo insegura cuando sirvió la bebida.

—¿Envías a tu sargento a la oscuridad y él obedece sin rechistar? —preguntó Fahkr con una voz un tanto afónica.

—Sí —respondió el templario—. Uno obedece a pesar de sentir temor. Pero no creo que Armand lo hiciese. La oscuridad es más amiga del que lleva manto negro que del que lleva uno blanco, y la espada de Armand es afilada y su mano segura. Esos perros salvajes, esas bestias con manchas y aullidos terribles también se conocen por su cobardía, ¿no es así?

—¿Pero estás seguro de que sólo eran perros salvajes lo que oímos? —preguntó Fahkr, inseguro.

—No —contestó el templario—. Hay muchas cosas entre el cielo y el infierno que no conocemos, con lo que nadie puede estar seguro. Pero el Señor es nuestro pastor y nada nos faltará aunque caminemos por el mismísimo valle de las sombras de la muerte. Con toda seguridad eso es lo que reza Armand ahora, cuando camina por la oscuridad. Al menos eso es lo que estaría rezando yo. Si Dios ha medido nuestro tiempo y nos reclama, naturalmente no hay nada que podamos hacer. Pero hasta entonces seguiremos partiendo las cabezas a los perros salvajes del mismo modo que a nuestros enemigos y sé que en cuanto a esto, vosotros que creéis en el Profeta, la paz lo acompañe, y renegáis del Hijo de Dios, pensáis exactamente igual que nosotros. ¿Acaso no tengo razón, Yussuf?

—Tienes razón, templario —constató Yussuf—. ¿Pero dónde está entonces el límite entre la razón y la fe, entre el miedo y la confianza en Dios? Si un hombre tiene que obedecer, como tu sargento debe obedecer, ¿hace eso que su temor sea menor?

—Cuando yo era joven, bueno, no es que ahora sea tan viejo —dijo el templario mientras parecía reflexionar con intensidad—, me dedicaba sin cesar a ese tipo de cuestiones. Es bueno para la cabeza, uno adquiere flexibilidad de pensamiento si trabaja con la cabeza. Pero me temo que ahora soy más bien lento. Se obedece. Se vence al mal. Luego se da las gracias a Dios, y eso es todo.

—¿Y si uno no vence al enemigo? —preguntó Yussuf con una voz melosa que sus allegados no reconocían como su tono habitual.

—Entonces uno muere, al menos en el caso de Armand y el mío —respondió el templario. Y en el último día nos medirán y nos pesarán y a donde tú vayas después, no lo quiero decir aunque sepa lo que tú crees acerca de eso. Pero si yo muero aquí, en Palestina, mi lugar será el paraíso.

—¿Realmente crees eso? —prosiguió Yussuf con su voz inusual y suave.

—Sí, lo creo —contestó el templario.

—Dime entonces algo, ¿de veras está esa promesa en tu Biblia?

—No, no exactamente así, no lo dice con esas palabras.

—¿Pero de todos modos estás tan seguro?

—Sí, el Santo Padre de Roma ha prometido...

—¡Pero si es sólo un hombre! ¿Qué hombre puede prometerte un sitio en el paraíso, templario?

—¡Pero también Mahoma era sólo un hombre! Y tú crees en sus promesas, disculpa, paz sobre su nombre.

—Mahoma, la paz lo acompañe, era el mensajero de Dios y Dios dijo: «Pero el mensajero y quienes lo sigan en la fe y persigan la voluntad de Dios con sus pertenencias y su vida como aportación serán premiados con lo bueno de esta vida y de la próxima y todo les irá bien». Eso son palabras claras, ¿no? Y sigue...

—¡Sí! En el verso siguiente del noveno sura —interrumpió el templario con brusquedad—, «Dios les tiene preparados el edén, regado por ríos, donde permanecerán por toda la eternidad. ¡Ésta es la gran, la brillante victoria!». Bien, ¿no deberíamos entonces comprendernos los unos a los otros? Nada de esto te es desconocido, Yussuf. Y además, la diferencia entre tú y yo es que yo no tengo propiedades, me he entregado a Dios y cuando él decida moriré por Su causa. Tu propia fe no contradice lo que yo digo.

—Tu conocimiento de las palabras de Dios es realmente grande, templario —constató Yussuf pero sintiéndose a la vez satisfecho por haber cazado a su contrincante en una trampa y sus allegados podían notárselo.

—Sí, tal como he dicho, hay que conocer al enemigo —dijo el templario, por primera vez algo inseguro, como si también él comprendiese que Yussuf lo había arrinconado.

—Pero si hablas así no eres mi enemigo —contestó Yussuf—. Citas el Sagrado Corán, que son palabras de Dios. Lo que dices es por tanto válido para mí, pero todavía no para ti. Para los fieles todo esto está más claro que el agua, ¿pero qué es para ti? Desde luego, no sé tanto acerca de Jesús como tú sabes del Profeta, la paz lo acompañe. ¿Pero qué decía Jesús acerca de la guerra santa? ¿Dijo Jesús una sola palabra acerca de que irías al paraíso si me matabas?

—No discutamos eso ahora —repuso el templario con un gesto arrogante, como si de repente todo fueran pequeñeces, aunque todos podían ver su inseguridad—. Nuestra fe no es la misma, aunque en mucho se parezca. Sin embargo, tenemos que vivir en el mismo país, en el peor de los casos, luchar contra el otro, y en el mejor de los casos llegar a acuerdos y hacer negocios. Hablemos ahora de otras cosas. Ése es mi deseo como huésped vuestro.

Todos habían comprendido que Yussuf había arrinconado a su contrincante en una situación en la que no tenía defensa; obviamente, Jesús nunca dijo nada acerca de que fuese del agrado de Dios andar por ahí matando a sarracenos. Pero en su peor situación el templario había logrado escabullirse recurriendo a las propias normas no

escritas de los fieles acerca de la hospitalidad. Y en ese caso debía hacerse lo que deseaba, pues era el huésped.

—Ciertamente, sabes mucho acerca de tu enemigo, templario —admitió Yussuf con el tono de voz y la cara de estar muy animado por haber ganado la discusión.

—Tal como coincidíamos, debes conocer al enemigo —contestó en voz baja el templario, manteniendo la mirada gacha.

Permanecieron callados un rato observando sus tazas de moca, pues parecía difícil iniciar una conversación de forma espontánea tras la victoria de Yussuf. Pero entonces se rompió el silencio al oírse de nuevo las bestias. Esta vez todos sabían que eran animales y no seres diabólicos, y pareció como si atacasen a alguien o algo y luego, tras oír aullidos de dolor y muerte, como si huyesen.

—La espada de Armand es afilada, tal como dije —murmuró el templario.

—¿Por qué en el nombre del Señor cargáis con los cadáveres? —preguntó Fahkr, que había tenido el mismo pensamiento que sus hermanos de fe.

—Por supuesto habría sido mejor llevárnoslos vivos. No habrían olido tan mal de camino a casa y podrían haber cabalgado sin causar tanto problema. Pero mañana será un día caluroso, debemos iniciar nuestro viaje temprano para llevarlos a Jerusalén antes de que empiecen a apestar demasiado —contestó el templario.

—Pero si los hubieseis tomado presos, si hubieseis logrado llevarlos vivos a Al Quds, ¿qué les habría pasado entonces? —insistió Fahkr.

—Los habríamos entregado a nuestro emir de Jerusalén, que es uno de los más altos en rango de nuestra orden. Él los habría entregado al poder mundanal, luego se les habría desnudado de todo excepto lo que cubre sus vergüenzas y se les habría ahorcado en el muro de la roca —contestó el templario como si todo eso fuese evidente.

—Pero si ya los habéis matado, ¿por qué no desnudarlos aquí y dejarlos al destino que se merecen? ¿Por qué incluso defender sus cadáveres frente a las bestias salvajes? —prosiguió Fahkr como si no quisiese rendirse o fuese incapaz de comprenderlo.

—Los ahorcaremos allí de todos modos —contestó el templario—. Todo el mundo debe saber que quien desvalija a peregrinos acabará ahí colgado. Es una promesa sagrada de nuestra orden y, mientras Dios nos ayude, debe cumplirse siempre.

—¿Qué hacéis con las armas y las ropas? —preguntó el emir Moussa con un tono de voz que indicaba que quería bajar la conversación a un nivel más comprensible—. Llevarían cosas de gran valor, ¿verdad?

—Sí, pero todo robado —contestó el templario, habiendo recuperado algo de su antigua seguridad en sí mismo—. Es decir, no las armas ni las armaduras, de eso no sacamos ningún provecho. Pero allí arriba, donde Armand y yo tenemos nuestro campamento, estaba su escondite de valijas en una cueva. Mañana llevaremos caballos muy cargados en nuestro camino hacia casa, recordad que esas bestias

llevaban más de medio año saqueando por esta zona.

—Pero si no podéis tener ninguna propiedad —replicó Yussuf suavemente con las cejas arqueadas en gesto entretenido como si pensase que de nuevo había vencido una batalla mental contra un hombre que podría aplastarlo contra el suelo como a un niño si se enfrentaban con armas.

—Sí, es cierto que no puedo poseer nada —exclamó el templario, sorprendido—. Y si creéis que vaciamos el escondite de valijas por nuestro propio bien, estáis del todo confundidos. Expondremos todos los objetos robados delante de la iglesia de la Tumba Sagrada el próximo domingo, y si las víctimas de los robos logran encontrar sus bienes, les serán devueltos.

—¿Pero la mayoría de las víctimas de los robos estarán muertas? —objetó Yussuf tranquilamente.

—Puede que queden herederos vivos, pero aquello que nadie reclame recaerá en nuestra orden —respondió el templario.

—Es una explicación muy interesante de lo que he oído decir acerca de que os consideráis demasiado buenos como para saquear en el campo de batalla —dijo Yussuf con una sonrisa como si creyese que había ganado otro intercambio de palabras.

—No, no saqueemos en el campo de batalla —respondió el templario con frialdad—. No suele haber problemas con eso, muchos otros silo hacen. Tras haber tomado parte en una victoria nos dirigimos de inmediato a Dios. Si quieres oír lo que tu propio Corán dice acerca de saqueos en el campo de batalla...

—¡Gracias pero no! —interrumpió Yussuf, alzando la mano a modo de advertencia—. Mejor no volvamos a un tema de conversación en el que pueda parecer que tú, infiel, sabes más que nosotros acerca de las palabras del Profeta, la paz lo acompañe. Déjame sin embargo que te haga una pregunta muy sincera.

—Sí. Hazme una pregunta sincera y recibirá la respuesta que se merece —respondió el templario alzando ambas manos para mostrar al modo de los fieles que estaba conforme en cambiar de tema de conversación.

—Dijiste que la tregua entre vosotros y nosotros terminará pronto. ¿Te refieres al Príncipe Arnat?

—Tú sabes mucho, Yussuf. Príncipe Arnat, al que nosotros llamamos Reynald de Châtillon, que por cierto no es ningún «príncipe», sino un hombre muy malvado, y por desgracia aliado de los templarios, ha empezado a saquear otra vez. Yo lo sé y lo lamento y me gustaría no ser su aliado pero cumplo órdenes. Pero no, él no es el gran problema.

—Entonces es algo que tiene que ver con ese *príncipe* nuevo que vino del país de los francos con un gran ejército. Cómo era que se llamaba, ¿Filus algo?

—No —sonrió el templario—. Con seguridad será *filus*, hijo de alguien. Se llama Felipe de Flandes, es duque y sí, vino con un gran ejército. Pero ahora debo advertirte acerca de la continuación de esta conversación.

—¿Por qué? —preguntó Yussuf, intentando parecer indiferente—. Tengo tu palabra. ¿Alguna vez has roto tu juramento?

—Hay algo que he jurado y que todavía no he podido realizar, pasarán diez años antes de que pueda hacerlo, si Dios quiere. Pero nunca he roto mi palabra y nunca, Dios me asista, sucederá.

—Bueno, pues ya está. ¿Y por qué iba nuestra tregua a romperse porque llegue un Filus de algún Filiantes? Esas cosas pasan siempre, ¿no?

El templario sostuvo durante largo rato la mirada de Yussuf, y Yussuf no la evitó. La cosa se alargaba, ninguno quería ceder.

—Querías mantener en secreto quién eres —dijo al final el templario sin soltar la mirada de Yussuf—. Pero pocas personas pueden saber tanto acerca de lo que pasa en la guerra, y mucho menos un hombre que dice ser comerciante de camino a El Cairo. Si dices más de lo que has hecho hasta ahora ya no podré seguir fingiendo que no sé quién eres, un hombre que tiene espías, un hombre que sabe. No hay muchos hombres así.

—Recuerda que tú también tienes mi palabra, templario.

—De todos los infieles, probablemente sea tu palabra de la que casi todos nosotros nos fiaríamos más.

—Me honran tus palabras. ¿Por qué se romperá nuestra tregua?

—Pide a tus hombres que nos dejen a solas si quieres continuar con esta conversación, Yussuf.

Yussuf pensó un rato mientras, reflexivo, se mesaba la barba. Si era verdad que el templario había comprendido con quién estaba hablando, ¿pretendía entonces facilitar las cosas para matarlo, y a la vez faltar a su palabra? No, eso no parecía probable. Tal como había actuado ese hombre al matar al principio del atardecer no tenía por qué facilitar las cosas para una traición, pues habría desenfundado su espada haría rato.

Sin embargo, era difícil comprender que fuese a ganar algo si se cumplía su exigencia, que resultaba a la vez disparatada e insignificante. Al final, la curiosidad de Yussuf venció a su prudencia.

—Dejadnos —ordenó, escueto—. Id a dormir un poco más allá, podéis recoger esto mañana, recordad que estamos de acampada con normas aplicables en campo.

Fahkr y el emir Moussa dudaron, empezaron a levantarse y miraron a Yussuf, pero la mirada severa de éste los hizo obedecer. Se inclinaron ante el templario y se retiraron. Yussuf esperó en silencio hasta que su hermano y su mejor guardia estuvieron lo bastante lejos y se los oyó trajinar preparando sus lechos.

—No creo que mi hermano y Moussa concilien el sueño con facilidad —dijo Yussuf.

—No —repuso el templario—. Pero tampoco oirán lo que decimos.

—¿Y por qué no pueden oír lo que decimos?

—Eso no importa —sonrió el templario—. Lo importante es que tú sepas que no oyen lo que dices. Así ya no tienes que vencerme con palabras y así nuestra

conversación será más sincera. Eso es todo.

—Para ser un hombre que vive en convento sabes mucho acerca de la naturaleza del hombre.

—En el convento se aprende mucho de la naturaleza del hombre, más de lo que imaginarías. Ahora, a lo que es más importante. No digo nada que no estoy seguro de que ya sabes, pues otra cosa sería traición. Pero estudiemos la situación. Aquí llega, como ya sabes, otro príncipe franco más. Estará aquí por algún tiempo, tiene la bendición de todos y cada uno de los de casa para su sagrada misión al servicio de Dios y etcétera. Trae consigo un gran ejército. ¿Qué quiere hacer, entonces?

—Enriquecerse rápidamente, pues ha tenido grandes costes.

—Exacto, Yussuf, exacto. ¿Pero pretende ir en contra del mismísimo Saladino y de Damasco?

—No, entonces se arriesgaría a perderlo todo.

—Exacto, Yussuf. Nos comprendemos a la perfección y podemos hablar sin exagerada educación y formalismos, ahora que tus subordinados no nos oyen. Así que, ¿adónde se dirigirá el nuevo saqueador y su ejército?

—Hacia una ciudad medianamente fuerte y medianamente rica, pero no sé cuál.

—Exacto. Yo tampoco sé cuál será la ciudad. ¿Homs? ¿Hama? Tal vez. ¿Alepo? No, demasiado lejos y demasiado fuerte. Digamos Homs o Hama, lo evidente. ¿Qué hará entonces el rey mundano y cristiano de Jerusalén y el ejército real?

—No tienen mucha elección. Se sumarán al saqueo aunque preferirían emplear la nueva fuerza para ir a por Saladino.

—Exacto, Yussuf. Lo sabes todo, lo comprendes todo. Así que ahora ambos sabemos cuál es la situación. ¿Qué podemos hacer?

—Para empezar, tanto tú como yo mantendremos nuestra palabra.

—Por supuesto, eso está claro. ¿Pero qué más?

—Utilizamos este momento de paz entre nosotros para comprendernos mejor. Tal vez nunca más pueda hablar con un templario. Y tú tal vez nunca más puedas hablar con... un enemigo como yo.

—No, tú y yo probablemente sólo nos encontremos esta única vez en la vida.

—Un curioso capricho de Dios... pero permíteme entonces que te pregunte, templario, ¿qué necesitamos además de Dios para que los fieles os venzamos?

—Dos cosas. Lo que Saladino está haciendo ahora, unir a todos los sarracenos en nuestra contra. Eso ya está sucediendo. Pero la segunda cosa es una traición entre nosotros en el lado de Jesucristo, deslealtad o graves pecados por los que Dios nos castiga.

—¿Pero y si no hay ni deslealtad ni pecados graves?

—Entonces no vencerá jamás ninguno de nosotros, Yussuf. La diferencia entre nosotros es que vosotros los sarracenos podéis perder una batalla tras otra. Lloráis a vuestros muertos y pronto tenéis un nuevo ejército en marcha. Los cristianos sólo podemos perder una gran batalla, y tan estúpidos no somos. Si estamos en

superioridad, atacamos; si estamos en inferioridad, tomamos protección en nuestras fortalezas. Así que la situación puede continuar eternamente.

—¿Quieres decir que nuestra guerra es eterna?

—Tal vez o tal vez no. Algunos de nosotros... ¿sabes quién es el conde Raimundo de Trípoli?

—Sí, lo conozco... he oído de él. ¿Y?

—Si cristianos como él consiguen el poder en el reino de Jerusalén y vosotros en vuestro lado tenéis a un líder como Saladino, podría haber paz, una paz justa, al menos algo mejor que una guerra eterna. Muchos de nosotros, los templarios, pensamos como el conde Raimundo. Pero volvamos a donde estábamos, a lo que va a suceder ahora. Los sanjuanistas siguieron al ejército real y al *príncipe* por Siria. Los templarios no lo hicimos.

—Eso ya lo sé.

—Sí, sin duda lo sabes porque tu nombre es Yussuf ibn Ayyub Salah al-Din, el que en nuestro idioma llamamos simplemente Saladino.

—Que Dios nos tenga misericordia, ahora que lo sabes.

—Dios nos es misericordioso al darnos esta curiosa conversación durante las últimas horas de paz entre nosotros.

—Y ambos mantendremos nuestra palabra.

—Me sorprendes con tu preocupación en ese punto. Eres el único de nuestros enemigos conocido por nunca faltar a su palabra. Yo soy templario. Siempre mantenemos nuestra palabra. Basta ya de hablar de eso.

—Sí, basta ya de eso. Pero ahora, querido enemigo, en esta avanzada noche ante un amanecer en que ambos tenemos asuntos urgentes, tú con tus cadáveres malolientes y yo con otras cosas que no quiero decir, pero que sin duda sospecharás, ¿qué hacemos ahora?

—Nos aferramos a esta tal vez única posibilidad que Dios nos ha concedido para razonar con el peor de todos los enemigos. En algo estamos de acuerdo tú y yo... disculpa que te hable de modo tan sencillo ahora que sé que eres el sultán tanto de El Cairo como de Damasco.

—Nadie excepto Dios nos oye, tal como ordenaste con tanta sabiduría. Quiero que esta única noche me llames de tú.

—Estábamos de acuerdo en una cosa, creo. Corremos el riesgo de una guerra eterna porque ninguno de los bandos puede vencer.

—Cierto. Pero yo quiero vencer, he jurado vencer.

—Yo también. Es decir, ¿una guerra eterna?

—No augura un futuro muy bueno.

—Pues continuemos, aunque yo sólo soy un simple emir entre los templarios y tú eres el único de nuestros enemigos que desde hace mucho tiempo tenemos verdaderas razones para temer. ¿Por dónde volvemos a empezar?

Empezaron con la cuestión de la seguridad de los peregrinos. Era lo más

relevante. En realidad se habían encontrado por eso, si es que se quisiese buscar la explicación de las personas y no sólo ver en todo la voluntad de Dios. Pero aunque ambos creyesen más bien que la voluntad de Dios lo dirigía todo o al menos eso aparentaban al hablar en voz alta, a ninguno de ellos les resultaba extraño que las personas también, con su libre voluntad, pudiesen causar grandes desgracias al igual que gran felicidad. Era una piedra angular en las creencias de ambos.

Hablaron largamente aquella noche. Cuando Fahkr, al amanecer, encontró a su hermano mayor —el brillante príncipe, la luz de la religión, comandante de los fieles en la guerra santa, agua del desierto, sultán de Egipto y Siria, la esperanza de los creyentes, el hombre a quien los infieles por todos los tiempos denominarían con el sencillo nombre de Saladino—, estaba sentado acurrucado, con las rodillas recogidas contra la barbilla, abrigado y tapado con el manto y mirando fijamente las tenues brasas.

El escudo blanco con la cruz roja había desaparecido, así como el templario. Saladino miró cansado hacia su hermano, casi como si despertara de un sueño.

—Si todos los enemigos fuesen como Al Ghouti, nunca venceríamos —dijo, pensativo—. Pero por otra parte, si todos nuestros enemigos fuesen como él, ya no sería necesaria ninguna victoria.

Fahkr no comprendió lo que su hermano y príncipe quiso decir pero adivinó que debían de ser más bien murmullos de cansancio como muchas otras veces, cuando Yussuf había quedado despierto cavilando hasta demasiado tarde.

—Debemos irnos, tenemos una dura cabalgada hasta Al Arish —indicó Saladino, levantándose y estirando las piernas—. La guerra espera, pronto venceremos.

Cierto era que la guerra esperaba, estaba escrito. Pero también estaba escrito que Saladino y Arn Magnusson de Gothia pronto volverían a encontrarse en el campo de batalla y que sólo uno saldría victorioso.

II

En el mundo en el que Jerusalén era el centro, incluso Roma quedaba lejos. Aún más remoto quedaba el reino de los francos, y allá donde el mundo casi terminaba, en el frío y oscuro Norte, estaba la tierra de Götaland Occidental, de la que poca gente había oído hablar. Entre los eruditos se decía que después de eso sólo había bosques oscuros hasta el fin del mundo, poblados por monstruos con dos cabezas.

Pero incluso hasta aquí arriba al frío y la oscuridad se había hecho su camino la fe verdadera, en mayor parte gracias al venerado san Bernardo, que por misericordia y amor fraternal había pensado que incluso los bárbaros de la oscuridad tenían derecho a la salvación del alma. Fue él quien envió a los primeros monjes a las salvajes y desconocidas tierras de Gota. Pronto la luz y la verdad de más de diez monasterios se propagaron entre los ya no condenados hombres del norte.

El nombre más bello de todos los monasterios lo tenía un convento de monjas situado en la parte sur de Götaland Occidental. Se llamaba Gudhem, «hogar de Dios», y estaba dedicado a la Virgen María. El convento estaba en una colina desde la que se vislumbraba la montaña azulada de Billingen y, con que uno se esforzase un poco, también las dos torres de la catedral de Skara. Al norte de Gudhem resplandecía el lago de Hornborga, adonde las grullas iban en primavera antes de que empezasen a jugar los lucios. El convento estaba rodeado de fincas, campos y pequeños robledos. Era un paisaje muy pacífico y hermoso, que para nada tenía que ver con la idea de oscuridad y barbarie. Para la mujer de edad avanzada que había pagado una buena dote y acudía allí para terminar su vida en paz, el nombre de Gudhem debía de sonar como una caricia, y el paisaje era lo más hermoso que unos ojos envejecidos podían vislumbrar.

Pero a Cecilia Algotsdotter, que a la edad de diecisiete años fue encerrada en Gudhem por culpa de sus pecados, el convento llegó a parecerle durante mucho tiempo un hogar sin Dios, como un lugar que más bien se semejaba a un infierno en la vida terrenal.

Cecilia conocía bien cómo era la vida en el convento; no era eso lo que la asustaba. Incluso conocía Gudhem, pues en varios períodos había llegado a pasar más de dos años de su vida ahí dentro, entre *familiares*, las jóvenes a quienes los linajes nobles enviaban a los conventos para que se las disciplinase y educase un poco antes de casarlas. Por tanto, ya sabía leer y se sabía el Salterio de memoria, pues había cantado cada cántico más de cien veces. Así pues, esto no era nada nuevo ni nada que debiera temer.

Pero esta vez había sido condenada a la vida en convento, y la condena era severa, veinte años. Había sido condenada junto con su prometido Arn Magnusson, del linaje de los Folkung, pues habían pecado gravemente al unirse en amor carnal antes de haber sido unidos ante Dios. Fue la hermana de Cecilia, Katarina la que los delató y la prueba de su pecado era tal que no había nada que discutir. El día en que el portón del convento se cerró tras Cecilia, ella estaba embarazada de tres meses. Del mismo modo, su prometido Arn había sido condenado durante veinte años, pero él haría la penitencia como monje en el sagrado ejército de Dios, en la infinitamente lejana Tierra Santa.

Por encima del portal del convento de Gudhem había sólo dos esculturas hechas en arenisca que representaban a Adán y Eva, expulsados del paraíso tras el pecado original, cubriéndose con hojas de parra. Era una imagen de advertencia y una imagen que le hablaba directamente a Cecilia como si hubiese sido talada, labrada y pulida en piedra sólo para ella.

La habían separado de su amado Arn a sólo un tiro de piedra de ese portal. Él había caído de rodillas y juró con el ardor que sólo un hombre de diecisiete años puede jurar, incluso sobre su espada bendecida por Dios, que sobreviviría a todos los fuegos y a todas las guerras y que en verdad regresaría a buscarla cuando hubiesen cumplido su penitencia.

Hacía mucho tiempo de eso ahora. Y no había recibido ni una letra de Arn desde Tierra Santa.

Pero lo que realmente asustó a Cecilia desde el momento en que la abadesa Rikissa la arrastró por el portal y la agarró con dureza y desprecio por la muñeca, del modo que se llevaba a un siervo al castigo, fue que Gudhem se había convertido ahora en un lugar completamente diferente de aquél en que muchas veces antes había pasado temporadas con familiares.

Es decir, de cara al exterior, Gudhem seguía siendo lo que ella conocía, lo único nuevo eran algunas casetas. Pero en el interior, muchas cosas habían cambiado por completo y de hecho tenía motivos para sentir miedo.

La tierra de Gudhem había sido donación de alguna propiedad real, por parte del rey Karl Sverkersson. Por consiguiente, la abadesa Rikissa pertenecía al linaje de Sverker de la isla de Visingsö, al igual que la mayoría de las hermanas ordenadas y casi todas las doncellas entre las familiares.

Pero cuando el pretendiente del trono Knut Eriksson, hijo de Erik Jedvardsson, *el*

Santo, regresó de su exilio en Noruega para reclamar la corona de su padre y vengar su muerte, él mismo asesinó al rey Karl Sverkersson en Visingsö. Entre los hombres que lo habían apoyado en tal crimen estaba el amigo y amado de Cecilia, Arn Magnusson.

Por este motivo volvía a haber guerra en el mundo al exterior del monasterio; en un bando, los linajes de los Folkung y Erik y sus aliados noruegos, y el linaje de Sverker y sus aliados daneses en el otro.

Por eso Cecilia se sentía como una larva de mariposa encerrada en un avispero, y tenía buenos motivos para sentirse así. Dado que la mayoría de las hermanas pertenecían al bando de Sverker, la odiaban y lo demostraban en todo momento, y también todas las doncellas entre las familiares la odiaban y lo demostraban, y también las hermanas legas, las *conversae*, que tanto trabajaban, no se atrevían a hacer otra cosa que odiarla. Nadie hablaba con Cecilia, ni siquiera cuando estaba permitido mantener conversaciones. Todo el mundo le daba la espalda, era como si no existiera.

Tal vez la madre Rikissa intentase empujarla hacia la muerte durante el primer tiempo. Cecilia había llegado a Gudhem durante los meses en que tocaba aclarar el plantel de los nabos. Era un trabajo duro y caluroso en los campos, en el que ninguna de las hermanas nobles y, por supuesto, ninguna de las familiares participaba.

La madre Rikissa había ordenado pan y agua para Cecilia ya desde el primer día; en las comidas en el *refectorium* Cecilia tenía su propio sitio en una mesa vacía, al fondo de la sala, donde permanecía rodeada de un frío silencio. Pero como si eso no fuese suficiente castigo, la madre Rikissa había decidido que Cecilia trabajaría con las *conversae* en los campos, se arrastraría a cuatro patas con el niño pataleando en la barriga.

Y como si esto tampoco fuese suficiente, o como si a la madre Rikissa le molestase que Cecilia no perdiese a su niño con el duro trabajo, Cecilia fue enviada a dejar sangre todas las semanas durante ese primer tiempo tan duro. Se decía que sangrar era bueno para la salud y que además tenía un sano efecto enfriador sobre los deseos carnales. Y dado que estaba demostrada la debilidad de Cecilia por los deseos carnales, era preferente que dejase sangre todavía más a menudo.

Cecilia se arrastraba por los campos cada vez más pálida pero rezando constantemente en voz baja a Nuestra Señora que la protegiese, le perdonase sus pecados y, aun así, mantuviese su dulce mano protectora sobre el niño que llevaba en su interior.

Hacia el otoño, cuando llegó la hora de cosechar los nabos, el trabajo más duro y sucio que había para mujeres en Gudhem, Cecilia estaba llegando al final de su embarazo. Pero la madre Rikissa era inflexible.

Estuvo cerca de dar a luz a su hijo en el frío barro de noviembre de los campos de nabos. Fue al final del trabajo de cosecha cuando de repente se desplomó con un breve grito y los dientes apretados. Las *conversae* y las dos hermanas que estaban en

el lugar para vigilar que se mantuviese la virtud y el silencio en el trabajo comprendieron de inmediato lo que estaba sucediendo. Primero pareció como si las dos hermanas opinasen que no había que hacer nada. Sin embargo, las hermanas legas no estuvieron de acuerdo en eso y levantaron a Cecilia, sin preguntar ni tan siquiera decir nada, y la llevaron corriendo al *hospitium*, la casa de huéspedes que había a las afueras de los muros. Allí la tumbaron sobre una cama y mandaron a buscar a la señora Helena, una mujer sabia, una de las pensionistas de Gudhem que había pagado una gran dote.

Para sorpresa de las hermanas legas, la señora Helena llegó corriendo y lamentándose, a pesar de pertenecer a la casa de Sverker. Decidió, sin que nadie se atreviese a llevarle la contraria, que dos de las hermanas legas permanecerían en *hospitium* para ayudarla y luego Rikissa —cuyo nombre pronunció sin decir *madre* Rikissa— podía decir y opinar lo que quisiese. Las mujeres de este mundo ya lo tenían lo suficientemente difícil como para que encima tuvieran que cargar piedras sobre las penas de las demás, dijo a las sorprendidas hermanas legas, que se habían quedado con ella y que por orden suya calentaron agua, fueron a buscar trapos de lino y lavaron a la atormentada Cecilia, que ahora casi había perdido el conocimiento, limpia de barro y suciedad.

La señora Helena fue su salvación, que debió de ser enviada por la mismísima Sagrada Virgen María; había dado a luz a nueve niños, de los que siete sobrevivieron, y había ayudado a muchas otras mujeres en este difícil momento, en que están solas y sólo otras mujeres pueden ser de ayuda. La simple idea de que esa joven fuese enemiga suya le parecía absurda, y ante las dos hermanas legas dijo que eso de amigo o enemigo podía cambiar en un día o en una noche o con una pequeña y miserable guerra entre los hombres. La mujer que elegía amiga o enemiga en función del momento recibiría una dura lección en la vida sobre lo insensato que eso podía ser.

Cecilia no recordó mucho de las horas nocturnas en que dio a luz a su hijo Magnus, tal como había sido decidido que se llamaría. Recordaba el dolor que la atravesaba como un cuchillo en su pecaminosa carne. Recordaba el momento en que todo había pasado y bañaba en sudor y ardía en fiebre, y la señora Helena apretó al pequeño contra su dolorido pecho, al igual que recordaba las palabras de la señora Helena de que era un niño hermoso con buena salud y con todos los miembros en su sitio. Pero luego sus recuerdos se perdían en una niebla.

Posteriormente comprendió que la señora Helena había mandado un mensaje a Arnäs y que una gran escolta había llegado para llevar al niño a lugar seguro. Birger Brosa, el más poderoso de los Folkung y tío de su amado Arn, había jurado que el niño —nunca había dicho otra cosa que niño de la criatura— sería acogido por el linaje y anunciado en concilio como auténtico Folkung tanto si hubiese nacido en adulterio como si no.

De todos los desafíos en la vida que Nuestra Señora interpuso en el camino de la joven Cecilia, el más duro de ellos, sin duda, fue que no volvería a ver a su hijo hasta

que se hubiese convertido en hombre.

Madre Rikissa tenía un corazón duro como la piedra en todo lo referente a Cecilia. Poco después de dar a luz puso a Cecilia a trabajar de nuevo duramente junto con las *conversae*, aunque todavía tuviese fiebre, sudase y estuviese pálida y le doliesen los pechos.

Al acercarse la Navidad en éste su primer año, fue de visita el obispo Bengt de Skara y cuando se cruzó con Cecilia, que se arrastraba por el claustro ajena a cuanto la rodeaba, empalideció por completo. Luego mantuvo una breve conversación con madre Rikissa que nadie pudo presenciar. Ese mismo día Cecilia fue ingresada en *infirmatorium* y durante la temporada que siguió recibió a diario *pitenses*, raciones extraordinarias de comida que las personas del exterior tenían derecho a donar a los habitantes del convento: huevos, pescado, pan blanco, mantequilla e incluso algún trozo de carne de cordero. Había rumores en Gudhem acerca de los *pitenses* que le llegaban a Cecilia. Algunas decían saber que venían del obispo Bengt, otras que venían de la señora Helena o del mismísimo Birger Brosa.

También la libraron del sufrimiento de ser vaciada de sangre y pronto recuperó el color de la cara y algo de carnes. Pero parecía que hubiese perdido la esperanza. Pasaba la mayor parte del tiempo murmurando a solas, hablando consigo misma.

Al llegar el invierno a Götaland Occidental con frío y hiel se terminó el trabajo de las hermanas legas y de Cecilia en el exterior. Fue un alivio, pero a la vez las noches se convirtieron en un suplicio todavía más largo.

En estos primeros años de Gudhem, las *conversae* todavía no tenían dormitorio propio, dormían en la planta superior encima de la sala capitular, junto con las familiares. Puesto que iba en contra de las normas tener ningún tipo de calefacción en *dormitorium*, era muy importante dónde se ubicaba la cama en la sala; cuanto más lejos de las dos ventanas, mejor. Naturalmente Cecilia fue relegada a la cama que estaba junto al muro, justo debajo de una ventana por donde el frío se colaba como agua congelada; las otras familiares dormían en la otra punta de la sala, junto a la pared interior. Entre Cecilia y sus hostiles hermanas mundanales dormían las ocho *conversae*, que nunca se atrevían a hablarle.

Las normas permitían tener un colchón de paja, una almohada y dos mantas de lana. Aun metiéndose en la cama completamente vestidas, las noches a veces eran tan frías que podía llegar a ser imposible dormir, al menos para quien todo el rato temblaba de frío.

En este momento más oscuro de Cecilia en Gudhem fue como si Nuestra Señora considerase que ya había sufrido suficiente sin recibir la más mínima respuesta a sus plegarias ni el más mínimo consuelo, y por eso envió Su consuelo, unas pocas palabras que en el mundo libre no habrían tenido demasiado significado pero que aquí, en el interior de los muros, calentó como un gran brasero.

Una de las otras doncellas que dormía junto a la puerta, tras la revelación de algún que otro secreto suyo, había sido considerada indigna de los mejores lugares

del dormitorio y, por estricta orden de la madre Rikissa, se había visto obligada a desplazarse a la cama que estaba más cerca de la de Cecilia. Una noche, tras completas, se acercó con su ropa de cama en los brazos y se puso cabizbaja a esperar a que la hermana lega de la cama de al lado de la de Cecilia comprendiese que le tocaba largarse a la parte más cálida de la sala. Cuando la hermana lega tomó su ropa de cama y se fue, la nueva doncella hizo su cama lentamente y con cuidado mientras echaba miradas hacia la hermana que estaba en la oscuridad, junto a la puerta, vigilando el cambio. Al terminar se metió en la cama, se tumbó de lado y buscó la mirada de Cecilia. Luego rompió sin inmutarse la regla de silencio:

—No estás sola, Cecilia —susurró tan bajo que nadie más pudo oírlo.

—Gracias, alabada sea Nuestra Señora —le respondió Cecilia con señas en el idioma que se utilizaba en Gudhem cuando no estaba permitido pronunciar palabras; en ese momento no se atrevió a romper la prohibición de hablar. Pero fue como si ya no tuviese frío y sus pensamientos hubiesen entrado en un nuevo camino, algo diferente del solitario y desgraciado deseo en el que había estado dando tumbos durante tanto tiempo que a veces había temido por su juicio. Permaneció un rato mirando con curiosidad a los ojos de esa desconocida hermana que le había hablado de forma amistosa, incluso había hablado cuando estaba prohibido. Se sonrieron hasta que llegó la oscuridad y aquella noche Cecilia no tembló en absoluto por el frío y se durmió sin esfuerzo.

Cuando las despertaron para bajar a maitines, el canto de madrugada, dormía tan profundamente que la desconocida doncella de su lado tuvo que sacudirla ligeramente. Luego en la iglesia Cecilia se sumó por primera vez en el canto de los cánticos con tal fuerza que su clara voz se alzaba por encima de las demás; otros años el canto había sido su única alegría en Gudhem, otros años en que sabía que iba a salir de ahí después de unos pocos meses.

Y volvió a dormirse con facilidad tras los maitines, de modo que la desconocida tuvo que despertarla de nuevo cuando llegó el momento de laudes, el canto de la mañana. Fue como si tuviese mucho sueño que recuperar.

Tras prima y la primera misa del día y la primera reunión del día en la sala capitular, Cecilia se encontró con que su nueva vecina de cama tenía que sentarse al fondo del todo junto a la puerta, al igual que ella, y pensó de nuevo en las palabras de que ya no estaba sola, que ahora eran dos.

La madre Rikissa ocupó su lugar bajo la ventana central e hizo una seña a la priora para que empezase a leer el texto del día. Cecilia no prestó atención, pues esperaba con gran emoción lo que tal vez se le revelaría acerca de la desconocida hermana desgraciada que tenía a su lado.

Tras la lectura en voz alta se leyeron algunos nombres de hermanos y hermanas fallecidos de la orden cisterciense, por cuyas almas ahora se rezaría; por un instante Cecilia se quedó helada porque a veces sucedía que en la lista de nombres que se nombraban había alguno que otro nombre extranjero y nombres de templarios caídos,

que contaban también como hermanos o hermanas. Pero hoy no hubo ningún nombre de éstos.

Otros años, a Cecilia siempre le había gustado la reunión de la mañana en la sala capitular. Era una bella sala en que dos blancas y esbeltas columnas de piedra soportaban seis bóvedas igual de grandes. Las paredes eran blancas y limpias y el suelo liso en piedra caliza gris. Un crucifijo que colgaba sobre la silla de la abadesa, pulida en madera negra, era el único adorno de toda la habitación. Era una habitación para buenos pensamientos aunque Cecilia debía reconocer que hasta el momento no había tenido buenos pensamientos durante su estancia allí.

Los castigos llegarían al final del encuentro matutino. La infracción más habitual por la que la madre Rikissa solía castigar era infringir la norma del silencio. Cecilia había sido castigada por eso seis o siete veces sin que nadie le hubiese hablado, cosa que nadie nunca hacía, y sin que ella hubiese hablado tampoco con nadie.

Ahora resultaba, dijo la madre Rikissa con algo que parecía más una sonrisa que una actitud severa, que era hora de castigar de nuevo a Cecilia. Las hermanas agacharon con suspiros las cabezas, mientras que las doncellas mundanales alzaron las suyas con curiosa y evidente alegría, mirando furtivamente hacia Cecilia.

Sin embargo, añadió la madre Rikissa cuando hubo esperado como si estuviese saboreando la sorpresa como un dulce, no era la Cecilia habitual la que iba a ser castigada, no Cecilia Algotsdotter, sino Cecilia Ulvsdotter. Y ahora que había dos Cecílias, al parecer malcriadas las dos, a partir de ahora Cecilia Algotsdotter sería llamada Cecilia Rosa y la rubia sería llamada Cecilia Blanka.

El castigo solía ser un día o dos a pan y agua, especialmente durante la temporada en que la madre Rikissa parecía querer martirizar a Cecilia hasta la muerte tras su embarazo. Sin embargo, ahora la madre Rikissa ordenó, más en tono sarcástico que misericordioso, que se llevara a Cecilia Blanka a *lapis culparium*, a la estaca del castigo situada al fondo de la sala. La prior y una de las hermanas se acercaron decididas a Cecilia Blanka y, tomándola por los dos brazos, la llevaron a la estaca de castigo y allí le quitaron el manto de lana, de modo que quedó vestida sólo con un camisón de lino. Luego le amarraron ambas manos estiradas por encima de la cabeza con dos esposas de hierro.

La madre Rikissa fue a buscar un flagelo y se colocó junto a la tensada Cecilia y miró, de nuevo con cara más de victoria que de misericordia, a su congregación. Esperó un rato mientras golpeaba a modo de prueba el flagelo contra su mano.

Luego hizo la señal de rezar tres Pater Noster y las congregadas agacharon obedientemente las cabezas y empezaron a recitar.

Al finalizar la oración llamó a Helena Sverkersdotter, una de las doncellas mundanales, y le entregó el flagelo pidiéndole que, en nombre del Padre, del Hijo y de la Virgen María, impartiese tres azotes.

Helena Sverkersdotter era una doncella corpulenta y torpe que pocas veces tenía la oportunidad de destacar sobre las demás. Ahora miraba excitada hacia sus

hermanas, que movían la cabeza afirmativamente, animándola, y alguna le indicó que diese unos buenos azotes. Y así hizo. No golpeó como sería la costumbre, más como recordatorio para la conciencia y para el cambio que no para dañar al cuerpo; golpeó con todas sus fuerzas, y con el último azote aparecieron dos rayas de sangre en el camisón immaculado de Cecilia Blanka.

Ésta gemía con los dientes apretados mientras recibía los azotes; no gritó ni lloró. De pronto se volvió, retorciéndose, pues era difícil en su tensa postura, de modo que pudo mirar a los ojos a la excitada Helena Sverkersdotter. Y dijo, seseando cual serpiente entre los dientes y con los ojos llenos de odio, algo tan espantoso que un murmullo de horror recorrió la sala:

—¡Un día, Helena Sverkersdotter, te arrepentirás de esos azotes más que de nada en toda tu vida, te lo juro por la sagrada Virgen María!

Eran unas palabras tremendas. No sólo porque era amenaza e ira en el interior de los muros, no sólo porque hubiese implicado a la Virgen María en su pecado, sino más que nada porque esas palabras demostraban que Cecilia Blanka no había aprendido la lección de su castigo y por tanto no obedecía a la madre Rikissa.

Lo que ahora todas esperaban era tres veces tres nuevos azotes como consecuencia inmediata de las irreverentes palabras de Cecilia Blanka. Sin embargo, la madre Rikissa se acercó y le quitó el flagelo a Helena Sverkersdotter, que ya estaba alzando el brazo para volver a empezar.

A Cecilia Rosa, sentada al fondo, junto a la puerta, le pareció ver cómo los ojos de la madre Rikissa ardían rojos como los de un dragón u otra criatura maligna y toda la congregación excepto Cecilia Rosa y Cecilia Blanka agacharon las cabezas como para rezar, aunque en realidad fue de puro miedo.

—Tres días en *carcer* —dijo finalmente la madre Rikissa, despacio, como si se hubiese calmado y hubiese reflexionado—, tres días en *carcer* a pan y agua y con soledad y silencio y oraciones, y con sólo una manta, ¡así buscarás tu perdón!

Nadie había sido condenada a *carcer* en todo el tiempo que Cecilia Rosa había pasado en Gudhem; era algo así como una leyenda. *Carcer* era un pequeño agujero en la tierra debajo del *cellarium*, el almacén de los cereales. Permanecer allí entre las ratas y en invierno debía de ser una dura tortura difícil de soportar.

Cecilia Rosa ya no pasó frío los días siguientes, pues estaba demasiado ocupada rezando por su desconocida amiga Cecilia Blanka. Rezó con el alma ardiente y los ojos lagrimosos y cumplió con sus obligaciones sin pensar, tejió sin pensar, cantó sin pensar y comió sin pensar. Puso toda su alma y todos sus pensamientos en las oraciones.

La noche del tercer día, tras completas, Cecilia Blanka volvió a la sala de dormir tras la prohibición de habla, conducida por dos hermanas sobre piernas inestables y con la cara muy pálida. La llevaron hasta la cama, la tumbaron con brusquedad y la cubrieron descuidadamente con las dos mantas.

Cecilia Rosa —que ahora la muchacha asumía sin dificultad como su nombre—

buscó los ojos de su amiga en la oscuridad y al fin los halló. Pero la mirada de Cecilia Blanka era rígida y vacía. Tenía aspecto de estar congelada hasta los huesos.

Cecilia Rosa esperó un rato hasta que el *dormitorium* estuvo en silencio antes de hacer lo impensable. Tomó sus dos mantas y se trasladó lo más silenciosamente que pudo hasta la cama de su amiga, se metió en su interior, cubrió a ambas en las mantas y se arrimó cuanto pudo a ella. Fue como tumbarse en el hielo. Pero pronto, como si Nuestra Señora mantuviese su mano protectora sobre ellas incluso en este difícil momento, el calor volvió poco a poco a sus cuerpos.

Tras el canto de la madrugada, Cecilia Rosa no se atrevió a repetir su pecado, que en realidad no era tal. Pero le prestó una de sus mantas a su amiga y por su parte no pasó más frío aquella avanzada noche a pesar de tratarse de una de las últimas noches gélidas de invierno en que las estrellas brillaban límpidas y claras sobre el cielo negro.

Nunca se descubrió su crimen. O tal vez las hermanas legas, que eran las que dormían más cerca y las que podían estar más cerca de descubrir la pecaminosa acción de dormir juntas, no hallaron motivo para delatarlas. Pues para quien no tenía corazón de piedra, o para quien a diferencia de las demás doncellas mundanas no odiaban a las dos Cecílias, no era difícil comprender el sufrimiento que significaba pasar tres noches en *carcer* durante el más frío invierno.

El invierno era época de hilar y tejer en Gudhem. Para las hermanas legas era un trabajo monótono, pues simplemente se trataba de producir toda la tela posible para que Gudhem pudiese venderla o donarla.

Pero para las doncellas mundanas era más bien cuestión de que aprendiesen y tuviesen algo con que entretener sus manos. *Ora et labora*, «rezar y trabajar», era la regla más importante en Gudhem después de la obediencia, al igual que en otros conventos. Por eso, al menos debía parecer que las doncellas trabajaban también durante la época en que el frío las mantenía en el interior.

Si alguna de las jóvenes entre las familiares no conocía el trabajo, debía empezar quedándose al lado de alguien con más experiencia hasta que pudiese manejar un telar o una hiladora de forma aceptable.

Cecilia Blanka se había mostrado del todo ignorante en este trabajo, mientras que Cecilia Rosa lo dominaba casi igual de bien que una hermana lega. Dicho problema sólo podía ser resuelto de un modo, puesto que ninguna de las seis jóvenes que pertenecían a la casa de Sverker, o deseaba hacerlo, podía sentarse junto a la joven más despreciada y más odiada de Gudhem, la prometida del asesino real Knut Eriksson; ése era el secreto que habían descubierto. Y así fue cómo colocaron a las dos Cecílias juntas en el mismo telar.

Cecilia Rosa pronto descubrió que su amiga Blanka manejaba muy bien el arte del telar, a veces se lo mostraba a escondidas, como una señal secreta entre ambas. El hecho de aparentar desconocer algo que sabía era sólo un truco para hacer que las dos pudiesen estar cerca la una de la otra. Ahora no había prohibición alguna que les

impidiese conversar entre ellas, pues durante el trabajo necesitaban emplear el lenguaje de signos constantemente, y ni la hermana vigilante más perspicaz podía ver en todo momento de qué estaban hablando. Cuando la hermana vigilante les daba la espalda podían susurrarse palabras de prisa sin ser descubiertas.

Pronto Cecilia Blanka le hubo explicado lo que sabía acerca del odio que las demás sentían hacia ellas y las esperanzas que albergaba para el futuro.

Ahí fuera, en el mundo de los hombres, las cosas ya no eran tan sencillas como antes, cuando simplemente bastaba con cortarle la cabeza a un rey si uno mismo quería serlo. Pero sin duda su prometido Knut Eriksson lograría resolverlo con el tiempo y con la ayuda de Dios y de su difunto padre Erik *el Santo*.

Por eso Knut lo había dispuesto todo de modo que en seguida, después del compromiso, su prometida Cecilia Blanka fuese enviada a un convento, donde hallaría refugio mientras los hombres ajustaban las cuentas. Ni siquiera en un convento enemigo correría riesgo su vida, aunque tampoco pasaría una temporada muy agradable. Por desgracia, todos los conventos de monjas del país estaban ligados de un modo u otro al linaje de Sverker; aquello era algo que habría que cambiar en el futuro. Sin embargo, así estaban las cosas, el futuro pintaba inseguro. Sería un futuro negro para ambas si el bando de Sverker vencía, tal vez no saldrían nunca, nunca tendrían hijos ni criados que administrar, nunca podrían caminar libremente sobre tierras propias, ni cabalgar ni cantar canciones mundanas.

Tanto mayor sería, por tanto, la alegría si vencía su bando, si su prometido Knut realmente lograba ser nombrado rey y se hacía la paz en el reino. Entonces toda la negrura de ahora se convertiría en un blanco resplandeciente. Cecilia Blanka se convertiría en esposa legal de su prometido Knut y así se convertiría en reina. Ésta era la amenaza que pretendía ignorar la madre Rikissa, las hermanas y las necias de entre las familiares, y la peor de todas, la tal Helena Sverkersdotter, a la vez que vivían a la sombra de esa amenaza día y noche.

Cecilia Blanka opinaba que ellas dos debían rezar todos los días por eso, por que los Folkung y los Erik ganasen. Sus vidas y su felicidad dependían más de esa victoria que de ninguna otra cosa.

Pero no podían estar del todo seguras. Cuando se sellaba la paz pasaban cosas extrañas y muchas veces los hombres pensaban que podían alcanzar la paz más con matrimonios que con espadas. Así que si los sverkerianos ganaban, bien se les podía ocurrir organizar la cerveza de compromiso con una que otra de las mujeres del enemigo; con un poco de mala suerte, las Cecílias podrían ser recogidas un día y casadas cada una con un viejo en Linköping, un destino desgraciado pero no tan malo como marchitarse y sufrir bajo el flagelo de Rikissa.

Cecilia Rosa, que era unos años más joven que su nueva y única amiga, tenía a veces dificultades en seguir la drástica manera de pensar de Blanka. Más de una vez objetó que, por su parte, no deseaba otra cosa que su amado volviese tal como había jurado. A Blanka, por su parte, le costaba comprender palabras tan sensibleras; quizás

el amor fuera hermoso para soñar, pero soñando no escaparían del cautiverio en Gudhem. De Gudhem las recogían para celebrar la cerveza de compromiso y luego una descubriría si era con un viejo baboso de Linköping o con un hermoso joven. Nada en el mundo podía ser peor que tener que arrodillarse ante la madre Rikissa todos los días.

Cecilia Rosa opinaba que nada podía ser peor que romper un juramento de amor, pero Cecilia Blanka no lograba comprenderla en eso.

Eran muy distintas. La pelirroja Rosa era pacífica tanto de habla como de pensamientos y muy soñadora. La rubia Blanka, en cambio, era apasionada en el habla y tenía muchos pensamientos duros de venganza el día que se convirtiese en la reina del rey Knut. A menudo repetía lo que había jurado, hacer que la necia Helena se arrepintiese de sus azotes con el flagelo más que de nada en la vida. Tal vez las dos no se hubiesen hecho tan buenas amigas si se hubieran conocido fuera, en el mundo libre, siendo las dos señoras de dos caseríos vecinos. Pero tal como la vida las había conducido a Gudhem, entre mujeres malignas, cobardes y hostiles, su amistad fue soldada como en una ardiente fragua y duraría para siempre.

Ambas querían rebelarse pero ninguna quería ir a parar al *carcer*, con las ratas, en aquel frío agujero en la tierra. Querían romper todas las reglas posibles, pero era fastidioso ser descubiertas y castigadas, pues lo que más escocía del castigo era el regocijo de las demás doncellas.

Con no poco ingenio, con el tiempo inventaron cada vez más formas de fastidiar. Cecilia Rosa tenía una voz más segura y más bella que nadie en Gudhem y ahora lo demostraba siempre que tenía la ocasión. Cecilia Blanka no era para nada una mala cantante pero siempre que podía estropeaba el canto, especialmente en los cansados laudes y prima, cantando fuerte, bien desafinando un poco, bien cantando demasiado de prisa o despacio. Era complicado cantar mal de ese modo, pero Cecilia Blanka era cada vez más hábil y nunca podrían castigarla por eso. De ese modo se turnaban, a veces Cecilia Rosa cantaba de modo que las otras casi se perdían por timidez ante la belleza de su voz. A veces, cuando Cecilia Rosa no estaba en forma o estaba demasiado cansada, Cecilia Blanka cantaba de modo que todo salía mal. Entonces la corregían y ella prometía, cabizbaja, que intentaría mejorar y aprender a cantar igual de bien que las demás.

Las dos amigas adquirieron con el tiempo gran habilidad en lograr, de un modo u otro, fastidiar los siete u ocho ratos de canto del día.

Cecilia Rosa actuaba de débil y sumisa y siempre respondía en voz baja y la cabeza gacha cuando la madre Rikissa o la priora le dirigían la palabra. Cecilia Blanka hacía al revés, contestaba con la cabeza bien alta y un tono de voz demasiado alto, aunque su lenguaje siempre era tal que no daba lugar a reproches.

Todos los días, a las doce, se comía *prandium* después de la sexta. Se servía pan y dos tipos de *pulmentaria* que, por lo general, era sopa con lentejas o judías en la que se mojaba el pan. Todo el mundo debía comer en silencio mientras la lectora leía

palabras consideradas especialmente memorables para las jóvenes. Puesto que estaba permitido comer durante la lectura, solía suceder con curiosa frecuencia que Cecilia Blanka sorbía con ruido un trozo de pan untado en la sopa justo cuando la lectura del texto alcanzaba un momento decisivo. Casi siempre a algunas de las doncellas de Sverker se les escapaban las risas, a veces para llamar la atención de la madre Rikissa hacia la descortesía que Cecilia Blanka manifestaba, de modo que la madre Rikissa era más severa en su reprimenda hacia quienes habían reído que hacia la que había sorbido.

Después del *prandium*, todas las mujeres debían ir en procesión del *refectorium* hasta la iglesia para la acción de gracias mientras cantaban *Kyrie eleison*. La idea era que debían avanzar con gran dignidad. Sin embargo, Cecilia Blanka solía encontrar motivos para carraspear escandalosamente, marchar como un hombre o fingir que tropezaba, lo cual creaba conmoción en la fila. A su lado iba entonces Cecilia Rosa, pues siempre debían ir las últimas, cantando con la mirada perdida y la cara soñadora del modo más celestial.

Hablar sin cesar acerca de sus pequeñas travesuras e inventar nuevas se convirtió en un juego para ambas. Pero como siempre hablaban entre ellas, incluso cuando estaba prohibido, no bastaba con ser astutas, vigilar a su alrededor y hablar prácticamente sólo con signos. Ocurría cada vez más a menudo que alguna de las demás doncellas las veía hablar también cuando estaba prohibido y las delataba durante la reunión en la sala capitular. Entonces la madre Rikissa las castigaba, pero no con tanta severidad como era de esperar, y ya no permitía que ninguna de las doncellas mundanales se encargase del flagelo. Ella misma flagelaba, ora Cecilia Blanka, ora Cecilia Rosa, la última siempre soportando los azotes con la cabeza gacha y la cara inexpresiva, mientras que la primera siempre intentaba hacer alguna travesura en medio del castigo, como un chillido inesperado o incluso lo más desconsiderado, tirarse un pedo alto y sonoro o luego pedir perdón con una risa mal disimulada. Llegó a convertirse prácticamente en una obsesión para ambas intentar encontrar nuevas maneras de demostrarse a sí mismas y a las compañeras hostiles que no lograrían doblegarlas. Lo curioso era que cuantas más travesuras, menos dureza recibían por parte de la madre Rikissa y eso era algo que al principio no lograban comprender.

Ambas coincidían en que la madre Rikissa era una persona malvada que no creía para nada en el temor a Dios con el que quería atemorizar a los demás. Era fea como una bruja, con grandes dientes que sobresalían y manos grandes y uno podía imaginarse que debería haber tenido una posición muy poderosa dentro del linaje de Sverker para lograr ser casada con ese aspecto. Difícilmente habría logrado el poder a través de la cama conyugal, y con mucha más facilidad convirtiéndose en abadesa.

Dado que tanto Cecilia Rosa como Cecilia Blanka eran mujeres en la edad más dulce, con las cinturas delgadas y con los ojos llenos de vida, pensaban, seguras como estaban de sí mismas y listas como eran, que esto era lo que más irritaba a la madre

Rikissa.

Al llegar el verano pasaron las misas de la Ascensión de Cristo, y la madre Rikissa cambió de nuevo. Ahora hallaba constantes motivos para castigar a las dos odiadas Cecílias, y cuando pan y agua no parecía tener efecto contra lo que ella llamaba la malicia, recurría casi a diario al flagelo en el *lapis culparum* y obligaba a las doncellas de la casa Sverker a flagelarlas, aunque nunca más se lo ordenó a Helena Sverkersdotter. Nadie azotaba con tanta fuerza como Helena aquella vez en que Cecilia Blanka la maldijo, pero los constantes golpes hacían que sus espaldas le dolieran cada vez más.

Fue a Cecilia Blanka a quien finalmente se le ocurrió un remedio para librarse del sufrimiento. Sin embargo, su idea estaba condicionada por que el corazón de la madre Rikissa fuese realmente tan negro y traicionero como parecía al mirar a aquella maldita bruja. El plan era que la madre Rikissa faltase a la regla del inviolable secreto de confesión, que forzaría a cada uno de los confesores que iban a Gudhem a compartir la información confesada.

El confesor que acudía más a menudo al convento era un joven *vicarius* de la catedral de Skara. También las doncellas mundanales debían confesarse ante él, pero nunca podían verlo, puesto que él estaba sentado dentro de la iglesia y quien iba a confesarse estaba fuera, en el claustro, sentada junto a una ventana tapada por barrotes de madera y una tela.

Cecilia Blanka se presentó una templada mañana de principios de verano a esa confesión con una sensación de fiebre o vértigo, pues sabía que lo que iba a hacer era un grave pecado, iba a burlarse de la sagrada confesión. Pero, por otro lado, se consolaba; si tuviese éxito en esta artimaña de guerra, se demostraría que en realidad eran la madre Rikissa y el *vicarius* quienes se burlaban de la confesión.

—Perdóneme, padre, pues he pecado —susurró tan rápido que las palabras le salían a trompicones y luego respiró profundamente ante lo que iba a hacer.

—Mi niña, mi querida hija —contestó el *vicarius* con un suspiro al otro lado de la rejilla—. Gudhem no debe de ser un lugar que invite a severos pecados, ¿no es cierto?, pero veámoslo.

—Tengo malos pensamientos acerca de mis hermanas —prosiguió Cecilia Blanka con decisión, pues ahora había dado el salto al pecado—, tengo pensamientos vengativos y no consigo perdonarlas.

—¿Qué es lo que no puedes perdonar y a quiénes no puedes perdonar? —preguntó el *vicarius* con cuidado.

—Las hijas de la casa Sverker y su bando. Van con chismorreos, manejan el flagelo cuando a mí y a mi amiga se nos castiga sin cesar como consecuencia de sus chismorreos. Y pienso, perdóneme, padre, pero debo decir la verdad, pienso que si llego a ser reina nunca podré perdonarlas ni a ellas ni a la madre Rikissa. Pienso que me vengaré mucho y con dureza, pienso que las fincas de sus parientes arderán y que Gudhem será abandonado y no permanecerá ni una piedra encima de otra en este

lugar.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó el *vicarius* con un ligero temblor en la voz.

—Cecilia Algotsdotter, padre.

—¿La que estaba comprometida en el linaje de los Folkung con alguien que se llamaba Arn Magnusson?

—Sí, ella misma, la que Birger Brosa tiene en tanta estima. Es mi amiga y todo el mundo aquí la tortura del mismo modo que a mí y por eso me asaltan estos indignos y pecaminosos pensamientos de venganza.

—Mientras sigas en Gudhem, hija mía, debes atenerte a las reglas que aquí rigen —respondió el *vicarius* con una voz que pretendía parecer severa, pero denotaba un evidente tono de inseguridad y miedo que no le pasó inadvertido a Cecilia Blanka.

—Lo sé, padre, sé que éste es mi pecado y busco el perdón de Dios —admitió Cecilia Blanka en voz baja y decente pero con una amplia sonrisa en la cara; el *vicarius* no podía verla, ni ella a él tampoco.

El *vicarius* tardó un rato en contestar y Cecilia Blanka lo tomó como una buena señal de que su medicina hacía efecto.

—Debes buscar la paz en tu conciencia, hija mía —contestó al final con voz forzada—. Debes conciliarte con tu suerte en la vida, tú, al igual que todo el mundo aquí en Gudhem, y te digo ahora que debes reflexionar sobre tus pensamientos pecaminosos, debes rezar veinte Pater Noster y cuarenta Ave María y debes abstenerte de toda palabra a otra persona durante un día mientras te arrepientes de tu pecado. ¿Lo has comprendido?

—Sí, padre, lo he comprendido —susurró Cecilia mientras se mordía el labio para no echarse a reír.

—Pues te perdono, en el nombre del Padre, del Hijo y de la Virgen María —susurró el *vicarius*, notablemente afectado.

Cecilia Blanka corrió por el claustro dando gritos de júbilo en su interior pero con la cabeza en humilde sumisión, hasta el otro lado, donde encontró a su amiga Cecilia Rosa escondida al lado de la fuente del *lavatorium*. Cecilia Blanka tenía la cara roja de emoción.

—La medicina hizo efecto, por Dios que creó que sirvió —susurró al entrar al *lavatorium*, mirando a su alrededor y luego abrazando a su amiga como si hubiesen sido mujeres libres en el otro mundo, un abrazo que les habría salido caro si alguien hubiese llegado a verlo.

—¿Y cómo puedes estar tan segura? —preguntó Cecilia Rosa, preocupada, mientras se apartaba de su amiga mirando a su alrededor, intranquila.

—Veinte Pater y cuarenta Ave por confesar tal odio, ¡si eso no es nada! ¡Y sólo un día de silencio! ¿No lo comprendes?, le entró miedo y ahora irá corriendo a revelárselo a la bruja Rikissa. ¡Ahora tú tienes que hacer lo mismo!

—No sé si me atrevo —objetó Cecilia Rosa, preocupada—. Yo no puedo amenazar con nada, tú puedes amenazar con convertirte en una reina vengativa

mientras que yo... con mis veinte años de condena, ¿yo con qué puedo amenazar?

—¡Con los Folkung y con Birger Brosa! —susurró Cecilia Blanka, excitada—. Creo que algo ha sucedido ahí fuera o está a punto de suceder. ¡Amenaza con los Folkung!

Cecilia Rosa envidiaba la valentía de su amiga. Era una insolente aventura en la que se habían embarcado, algo que Cecilia Rosa jamás habría logrado por sí misma. Pero ahora ya se había dado el primer paso, Cecilia Blanka ya había corrido riesgos por las dos y ahora Cecilia Rosa debería hacer lo mismo.

—Confía en mí, yo también lo voy a hacer —susurró, se santiguó, se cubrió la cabeza con la capucha y se fue frotándose las manos como si acabase de lavarse en la fuente. Caminó por el claustro hacia el lugar de confesión sin arrastrar los pasos y hacía lo que ahora la amistad le exigía hacer, controlarse y reprimir el miedo ante el hecho increíble de burlarse de la confesión.

Lo que había funcionado del plan no estaba muy claro, pero pronto se vería.

El silencio continuaba rodeando a las dos Cecílias en Gudhem, nadie les hablaba pero tampoco nadie las miraba con el mismo odio que antes. Era como si las miradas de las otras fuesen ahora temerosas y furtivas. Y ninguna de las hermanas entre las doncellas las delataba nunca por romper contra la regla de silencio, algo que ahora empezaron a hacer de forma completamente abierta. Podían conversar sin avergonzarse, como la gente libre de fuera, aunque caminaban por el claustro de Gudhem.

Fue un breve período de felicidad inesperada, pero también de una nerviosa sensación de inseguridad. Era evidente que las otras sabían mucho más y hacían todo lo posible por mantener a sus dos enemigas en la ignorancia. Pero algo importante estaba sucediendo fuera de los muros, si no, el flagelo hubiese vuelto a golpear desde hacía tiempo.

Ahora las dos Cecílias encontraban también más felicidad en el trabajo común, pues nadie les impedía que trabajasen juntas en los telares, aunque había quedado claro que Cecilia Blanka no era para nada una principiante que necesitase ayuda. Ahora que el invierno quedaba lejos habían empezado a trabajar con hilo de lino, ayudadas por la hermana Leonore, que procedía de parajes más sureños y que era la hermana responsable tanto del jardín del convento de fuera de los muros como del jardín interior y de todos los rosales que crecían a lo largo de la hilera de columnas en el claustro. La hermana Leonore les enseñó a mezclar diferentes colores y a teñir el hilo de lino y empezaron a hacer pruebas de dibujos en los tejidos, que aunque no sirviesen para Gudhem, sí podrían venderse en el exterior.

Tenían cada vez más relación con la hermana Leonore, pues al no tener parientes en las tierras de Gota, tampoco tenía nada que ver con las luchas que tenían lugar allí. De ella aprendieron cómo debe cuidarse un jardín durante el verano, cómo cada planta debe ser cuidada como un niño y cómo demasiada agua a veces puede ser igual de perjudicial que demasiado poca.

La madre Rikissa dejó que se entretuviesen con la hermana Leonore y así se alcanzó cierto equilibrio en Gudhem, las enemigas habían sido separadas aunque todas viviesen bajo el mismo techo, rezasen las mismas oraciones y entonasen los mismos cánticos.

Sin embargo, Cecilia Rosa y Cecilia Blanka no podían salir nunca fuera de los muros, sólo al jardín justo al exterior del lado sur. La madre Rikissa era completamente intransigente en este punto. Y una vez, cuando dos hermanas y todas las familiares viajaron al mercado del solsticio de verano en Skara, Cecilia Rosa y Cecilia Blanka tuvieron que quedarse en Gudhem.

Refunfuñaron ante este hecho y volvieron a sentir un gran odio hacia la madre Rikissa, pero a la vez intuyeron que había algo que no comprendían, algo que tal vez las demás sabían pero nadie les explicaba a ellas.

Más tarde, ese verano, ocurrió algo que era tan temible como desconcertante. El obispo Bengt de Skara había llegado con muchas prisas a Gudhem y se había encerrado con la madre Rikissa en los aposentos de la abadesa. Si había sido sólo una coincidencia o si los dos acontecimientos tuvieron que ver el uno con el otro, nunca lo llegaron a saberlo las dos Cecílias.

Unas horas después de que el obispo Bengt hubo llegado a Gudhem, un grupo de jinetes armados se acercaron al convento. Tocaron alarma en la campana y cerraron los portones. Puesto que los jinetes venían del este, Cecilia Rosa y Cecilia Blanka subieron de prisa al *dormitorium* para poder ver por las ventanas de arriba. Estaban llenas de esperanza, casi gritaban de alegría en su interior. Pero al ver los colores de los jinetes, de sus guerreras y sus escudos de armas, sintieron como si la misma muerte les estrujase los corazones. Los jinetes, algunos manchados de sangre, otros tan mal heridos, de modo que montaban inclinados hacia adelante y otros tantos completamente ilesos pero con las miradas salvajes, pertenecían todos al enemigo.

Los jinetes se detuvieron delante de los portones cerrados a cal y canto, pero los comandantes empezaron a gritar algo acerca de que debían entregarles a las dos ramerías de los Folkung. Cecilia Rosa y Cecilia Blanka, que ahora se asomaban por la ventana del *dormitorium* para poder oírlo todo, no sabían si debían ponerse de inmediato a rezar o seguir allí asomadas para poder oír cuanto se decía. Cecilia Rosa quería rezar por su vida; Cecilia Blanka insistía en querer oír lo que hablaban. Opinaba que era de suma importancia saber por qué el enemigo herido venía para intentar algo tan grave como el secuestro de unas mujeres de un monasterio. Y así fue, ambas permanecieron asomadas por la ventana, aguzando los oídos.

Después de un rato salió el obispo Bengt y el portón se cerró tras de sí. Hablaba en un tono bajo y serio a los jinetes enemigos, de modo que las dos Cecílias en la ventana del *dormitorium* sólo pudieron oír algunas pocas cosas de lo que se dijo. Algo acerca de que sería un pecado imperdonable romper con violencia la paz del convento y que él, el propio obispo, prefería caer antes que dejar que sucediese algo así. Luego hablaron tan bajo que nada podía oírse desde la ventana del dormitorio.

Todo acabó con que todo el grupo de jinetes enemigos dieron media vuelta, lentamente y como reacios, y se fueron cabalgando hacia el sur.

Las dos Cecilias se abrazaron con fuerza cuando se desplomaron sobre el suelo, bajo la ventana. No sabían si rezar a la sagrada Virgen María dando las gracias por su salvación o si reír de felicidad. Cecilia Rosa empezó a rezar, Cecilia Blanka la dejó tranquila mientras por su parte procuró reflexionar con toda la lucidez posible. Al final se inclinó, abrazó de nuevo a Cecilia Rosa pero todavía con más fuerza y la besó en las dos mejillas como si ya hubiese abandonado el mundo severo.

—Cecilia, amada amiga mía, mi única amiga en este malvado lugar que con engaños llaman Gudhem —susurró, excitada—. Creo que hemos visto acercarse nuestra salvación.

—Pero si eran los guardias del enemigo —susurró Cecilia Rosa, insegura—. Venían para tomarnos prisioneras, pero tuvimos suerte al estar aquí el obispo, ¿qué puedes ver de bueno en eso? ¿Imagínate si vuelven cuando el obispo ya no esté aquí?

—No volverán, ¿no viste que estaban vencidos?

—Sí, la mayor parte de ellos estaban heridos...

—¡Exacto! ¿Y eso qué significa? ¿Quién crees que los ha vencido?

—¿Los nuestros?

A la vez que pronunció la simple respuesta a la simple pregunta, Cecilia Rosa sintió un dolor y una pena que no lograba comprender, pues debería alegrarse. Debería alegrarse si los Folkung y los Erik habían vencido, pero eso también significaba que la separarían de Cecilia Blanka. Y a ella todavía le quedaban muchos años.

Aquel día, una lúgubre sensación de miedo cayó sobre Gudhem. Ni una sola mujer de allí dentro, excepto la hermana Leonore, que junto con las dos Cecilias era quien menos sabía, se atrevía a mirarlas a los ojos.

La madre Rikissa se había retirado a sus aposentos y no volvió a salir hasta el día siguiente. El obispo Bengt se había marchado con muchas prisas y luego el trabajo, los cantos y las misas fluyeron sin control. En el canto de vísperas las dos Cecilias cantaron juntas como nunca hacían antes y no había ni rastro de desafinación en la que llamaban Blanka. Y la que llamaban Rosa cantaba más alto, más atrevida, casi mundanamente atrevida, y a veces con variaciones completamente nuevas en la voz. Nadie la corrigió, y allí no había ninguna madre Rikissa para fruncir el ceño ante ese canto de júbilo.

A la mañana siguiente llegaron jinetes de Skara a Gudhem con mucha prisa por entregar un mensaje a la madre Rikissa. Ésta recibió a los mensajeros en el *hospitium* y luego se encerraron en los aposentos de la abadesa sin ver a nadie más hasta prima, que iba seguida por la primera misa del día. Pero sucedió algo inesperado, que hubo comunión en esa misa, aunque la comunión de Pentecostés se había realizado hacía tiempo y todavía faltaba mucho para la comunión de Navidad.

La hostia había sido bendecida en la sacristía por algún *vicarius* desconocido o

por otra persona de la catedral de la ciudad de Skara y fue repartida en el orden habitual, primero las hermanas, luego las *conversae* y finalmente las doncellas mundanales.

Entraron el vino bendecido, sonó la campana que anunciaba el milagro y luego el cáliz fue entregado, de una en una, por parte de la priora, que llevaba el cáliz en una mano y dando con la otra una *fístula* a cada una, una brizna de paja, con la que sorber el vino.

Cuando le tocó a Cecilia Rosa beber de la sangre de Dios, lo hizo con decoro y con un sincero sentimiento de agradecimiento en su interior, pues lo que ahora sucedía confirmaba sus grandes esperanzas. Pero al beber Cecilia Blanka se oyó un fuerte sorbido, tal vez porque era la última en beber y quedaba muy poco vino, tal vez porque quería volver a demostrar su desprecio, no ante Dios, pero sí ante Gudhem. Las dos Cecílias no comentaron jamás ese asunto ni cuál había sido la verdadera intención de Cecilia Blanka.

Todas estaban tan tensas al salir hacia la sala del capitel, que se movían rígidas como muñecas. Fuera esperaba la madre Rikissa, desvelada y ojerosa, casi un poco encogida en la silla donde solía estar sentada como una reina malvada.

La oración fue breve. Asimismo la lectura, que esta vez trataba de la clemencia y la misericordia, lo que hizo a Cecilia Blanka dirigir un guiño animado hacia su amiga que significaba que todo parecía ir tal y como esperaban. La clemencia y la misericordia no eran ciertamente los temas preferidos de la madre Rikissa para los ratos de lectura.

Luego hubo silencio y mucha tensión. La madre Rikissa empezó primero con una voz muy débil, que en nada se parecía a la habitual en ella, a leer los nombres de algunos hermanos y hermanas que ahora caminaban en los campos del paraíso. Durante un rato, Cecilia aguzó el oído por si el nombre de algún templario iba incluido en la lista, pero no fue así.

Luego volvió a haber silencio. La madre Rikissa se frotó las manos y casi parecía como si fuese a echarse a llorar, algo que ninguna de las Cecílias habría pensado de la malvada bruja. Tras permanecer un rato en silencio intentando serenarse, la madre Rikissa se armó de valor y desplegó un escrito de pergamino enrollado. Las manos le temblaban ligeramente.

—En el nombre del Padre, del Hijo, de la sagrada Virgen María —recitó sordamente—, recemos por todos aquéllos, parientes y no parientes, que cayeron en los campos de sangre, como siempre se llamará a estos campos, a las afueras de Bjälbo.

Aquí hizo una pausa para serenarse de nuevo y cuando las dos Cecílias oyeron el nombre de Bjälbo se les encogieron los corazones. Bjälbo era el bastión fuerte de los Folkung, era la finca y el hogar de Birger Brosa y hasta allí había llegado la guerra.

—Entre los caídos, que fueron muchos... —prosiguió la madre Rikissa, aunque volvió a interrumpirse para recobrar fuerzas para continuar—. Entre los muchos

caídos se encontraban los herederos por gracia de Dios, Boleslav y Kol y tantos de sus parientes que ni siquiera puedo enumerarlos aquí a todos. Ahora rezaremos por las almas de los muertos, llevaremos luto una semana en que nada más que agua y pan ingeriremos y ahora... sentiremos una gran pena...

Ahí calló la madre Rikissa y se quedó sentada con el papel suelto en la mano, como si no pudiese seguir leyendo. Ya se oía algún sollozo en la sala.

Y en ese momento Cecilia Blanka se levantó, tomando con atrevimiento a su amiga de la mano, pues estaban juntas al lado de la puerta. Sin dudas en la voz, pero también sin mostrar burla ni alegría, rompió ahora la obligación de silencio:

—Madre Rikissa, solicito que nos disculpe —dijo—. Pero Cecilia Algotsdotter y yo os dejamos ahora en la pena que nosotras dos no podemos compartir. Salimos al claustro para meditar a nuestro modo sobre lo sucedido.

Eran unas palabras increíbles, pero la madre Rikissa se limitó a hacer un leve gesto con la mano a modo de asentimiento. Cecilia Blanka dio entonces con su amiga un paso hacia adelante y se inclinó con cortesía de forma mundanal, alargando el brazo como si ya fuese reina y, todavía de la mano de su amiga, abandonó la sala.

Al salir al claustro se alejaron con pasos ligeros todo lo posible para que las apenadas no las oyesen. Allí se detuvieron, se abrazaron, se besaron del modo más descarado y luego giraron agarrándose la una a la otra por la cintura, como bailando por el claustro. No hacía falta decir nada, ya sabían todo cuanto necesitaban saber.

Si Boleslav y Kol estaban muertos, había terminado la lucha. Si los de Sverker se habían dirigido hacia el mismísimo Bjälbo, los Folkung debían de haber salido, a pesar de dudar primero, todos y cada uno y con todo lo que pudieron para vencer o morir. No habrían tenido otra elección si la batalla había tenido lugar en Bjälbo.

Si los dos pretendientes del trono del otro bando habían caído, eso significaba que pocos de sus hombres habían salido vivos de la batalla, pues los altos señores eran los últimos en caer en las guerras. Birger Brosa y Knut Eriksson debían de haber logrado una gran y decisiva victoria. Por eso los sverkerianos fugitivos habían ido a Gudhem, pensando que podrían comprarse el salvoconducto tomando como prisionera a la prometida de Knut Eriksson.

La guerra había terminado y su bando había vencido. En el primer momento de alegría cuando bailaban por el claustro rodeadas con sus brazos por la cintura, éste era el único pensamiento que las ocupaba.

No fue hasta más tarde cuando se dieron cuenta de que lo ocurrido en los campos de sangre a las afueras de Bjälbo también significaba que ahora les llegaría la separación. Pronto tocaría la hora de la libertad para Cecilia Blanka.

III

Armand de Gascogne, sargento en la orden de los templarios, era un hombre que no reconocería sentir miedo ni temor ante nada. No sólo porque iba en contra de la Norma, a un templario le estaba prohibido sentir miedo, sino también porque iba en contra de la idea que tenía de sí mismo y en contra de su deseo más fervoroso en la vida: ser admitido en la orden como un hermano caballero de pleno derecho.

Pero al ver los muros de Jerusalén, el centro del mundo, levantarse ante él a la luz del sol poniente, fue como si a pesar de todo sintiese temor, y como si tuviese frío y el vello de sus antebrazos se pusiese de punta. Sin embargo, el ardor volvió pronto a su rostro.

La cabalgada había sido muy dura, su señor Arn sólo les había concedido un breve descanso al mediodía y habían avanzado en silencio sin más interrupciones que las que de vez en cuando eran imprescindibles para bajar un rato del caballo y asegurar la incómoda carga en la montura. Los seis cadáveres habían quedado tiesos en extrañas posturas y a medida que el sol había ido subiendo y el calor aumentando, iban acumulando cada vez mayores nubes de moscas a su alrededor. Pero los cadáveres no eran lo más difícil de manejar; al contrario, podían doblarse para adaptarse mejor al resto de la carga. En cambio, el botín de la pequeña cueva de los bandoleros había sido considerable y difícil de transportar. Había de todo, desde armas turcas hasta cuencos de plata para la comunión de los cristianos, seda y brocados, joyas y detalles de armaduras francas, espuelas de plata y oro, piedras azules egipcias y piedras preciosas que Armand no reconocía en violeta y verde azulado, pequeños crucifijos de oro con cadenas de todo tipo, desde cuero hasta oro labrado; sólo con esto se podía contabilizar más de una veintena de almas fieles que ahora, en paz descansan, debían de hallarse en el paraíso, pues habían tropezado con la muerte mártir de camino o de vuelta del lugar en que Juan Bautista sumergió a Jesucristo Señor en el agua del Jordán.

Armand sentía la lengua hinchada, como si tuviese un grueso trozo de cuero en la

boca, y seca como la tierra del desierto. No porque se hubiese terminado el agua; a cada paso que daba el caballo, Armand podía oír el sonido del agua en la bota de cuero sobre el lomo derecho. Pero era la Norma. Un templario se controlaba. Un templario debía ser capaz de soportar lo que otros no podían soportar. Y de ninguna manera un sargento podía beber sin el permiso de su señor, como no podía hablar sin serle dirigida la palabra ni detenerse sin una orden.

Armand sospechaba que el señor Arn atormentaba a su sargento, no sin un propósito, pues también se torturaba a sí mismo. Tenía algo que ver con la mañana. Aquella mañana había respondido con sinceridad tal y como exigía la Norma. La pregunta que le había hecho era si quería ser admitido como templario y llevar el manto blanco. Su señor Arn sólo había asentido pensativo ante la respuesta sin mostrar ningún tipo de sentimiento y desde entonces no habían intercambiado ni una palabra. Habían cabalgado durante once horas deteniéndose sólo un rato para descansar, y parando de vez en cuando al encontrar agua para los caballos, pero no para sí mismos, y todo esto lo habían realizado en uno de los días más calurosos del año. En la última hora, Armand había visto cómo los músculos de las patas traseras de los caballos temblaban con cada paso mientras iban avanzando; también para ellos éste había sido un día muy duro. Pero era como si la Norma también se refiriese a los caballos de la Orden del Temple. Nunca se abandonaba, se cumplían las órdenes, se soportaba lo que ningún otro era capaz de soportar.

Cuando por fin se aproximaron al portal del muro de la ciudad que llevaba por nombre el portal del León, fue como si por unos segundos se le nublaste la vista a Armand, y tuvo que cogerse a la perilla de la silla de montar para no caerse del caballo. Pero luego se recuperó, aunque sólo fuera por la curiosidad de ver el alboroto que se había formado en torno al portal de la ciudad cuando él, su señor y su insólita carga se fueron acercando. O tal vez fuese porque pensó que pronto podría beber, en lo cual se equivocaba.

En el portal había guardias, que eran soldados del rey, pero también había un templario y su sargento. Al acercarse uno de los guardias reales al caballo de Arn de Gothia para tomarlo de la rienda e informarse de su asunto y su derecho a entrar en la ciudad, el templario que estaba a su espalda desenvainó de inmediato la espada y le impidió con ella el paso, a la vez que ordenaba a su sargento que escampase a los curiosos. Y así entraron Armand y su señor al centro del mundo sin tener que pronunciar ni una palabra, pues pertenecían al sagrado ejército de Dios y no obedecían a ninguna persona en la tierra excepto al mismísimo Santo Padre de Roma. Un templario no tenía deber de obedecer a ningún obispo, ni tan siquiera al patriarca de Jerusalén, ni ningún rey, ni incluso al rey de Jerusalén. Y aún menos a unos guardias reales.

El sargento del portal de la ciudad los condujo por estrechas calles de piedra hacia el lugar del templo mientras que, de vez en cuando, iba apartando a niños y a otros curiosos que querían agruparse en torno a su carga para escupir a los cadáveres si

eran cristianos o, si eran infieles, ver si reconocían a alguien. La gente murmuraba un montón de idiomas extraños alrededor de la cabeza de Armand; reconocía el armenio, el annenio y el griego, pero había muchos otros que le eran desconocidos.

Al acercarse al templo, no se dirigieron camino arriba, sino hacia los establos que estaban debajo del Templum Salomonis. Allí había una alta bóveda precedida por unos altos portones de madera y también más guardias, todos ellos sargentos de la Orden de los Templarios.

El señor de Armand bajó lentamente de su caballo, entregó las riendas a uno de los sargentos que esperaban con cortesía y susurró algo antes de volverse hacia Armand y con voz ronca ordenó desmontar. Un templario vestido de blanco se acercó corriendo y se inclinó ante Arn de Gothia, que le devolvió la reverencia, y luego pudieron entrar bajo las largas hileras de columnas de los enormes establos. Se detuvieron algo más adelante, en un lugar donde había una mesa y utensilios para escribir y capellanes vestidos de verde que llevaban la contabilidad. Arn y su hermano caballero de blanco mantuvieron una breve conversación de la que Armand no oyó nada y luego los sargentos pudieron empezar a descargar y prepararse para mostrar objeto tras objeto ante los escribanos, mientras Arn señalaba a Armand que lo acompañase.

Atravesaron los infinitos establos. Armand había oído a alguien decir que allí cabían diez mil caballos, lo que le pareció exagerado, pero sin embargo lo que había dicho otra persona parecía completamente cierto, que los establos eran tan grandes que un tiro de flecha a lo largo y un tiro a lo ancho eran las medidas. Aquel lugar era muy bello y estaba muy limpio por todas partes, no había heces de caballo por los pasillos, ni una brizna de heno, sólo la piedra limpia. Fila por fila había caballos que, o bien estaban sumergidos en sus propios sueños, o bien los estaban cepillando, herrados, abrevados y recibiendo forraje por un ejército de mozos de cuadra vestidos de marrón. Por aquí y por allá había también algún sargento vestido de negro trabajando con su caballo o algún hermano caballero vestido de blanco con el suyo. Cada vez que pasaban junto a un sargento se inclinaba Armand. Cada vez que pasaban junto a un templario se inclinaba Arn. Lo que Armand veía era un poder y una fuerza que nunca se podría haber imaginado. Sólo había estado una vez antes en Jerusalén, para visitar la iglesia del Santo Sepulcro con un grupo de reclutas; todos los reclutas debían visitar el Santo Sepulcro alguna vez. Pero nunca había estado dentro del propio cuartel de los templarios en Jerusalén y, a pesar de todos los rumores que había oído, aquello era infinitamente más grande y poderoso de lo que se podía haber imaginado. Sólo el valor en oro de todos esos hermosos y bien cuidados caballos de sangre árabe o franca o andaluza alcanzaría para costear un gran ejército.

Al llegar hasta el final de los establos había una estrecha escalera de caracol que llevaba arriba. Parecía como si el señor de Armand lo conociese como la palma de su mano; no necesitó preguntar a nadie por el camino y elegía la tercera o cuarta escalera sin dudar y así avanzaron en silencio hacia arriba por la oscuridad. Cuando

de repente salieron a un gran patio, los ojos de Armand fueron cegados por la luz al reflejarse el sol poniente en una gran cúpula de oro y otra algo más pequeña de plata. Su señor se detuvo y señaló con el dedo pero sin decir nada. Armand se santiguó ante la sagrada visión y luego se sorprendió al ver, ahora que estaba cerca, que la cúpula dorada que sólo había visto desde la distancia estaba cubierta por placas rectangulares de algo que debía de ser oro macizo. Siempre había pensado que era teja vidriada en oro; todo el techo de una iglesia de oro puro era demasiado.

Su señor seguía sin decir nada, pero al cabo de un rato hizo un gesto indicando que continuasen y Armand lo siguió por un mundo apartado compuesto por jardines y fuentes entre una aglomeración de casas de todos los colores y todo tipo de estilos de construcción. Algunas parecían casas sarracenas, otras francas, algunas estrictamente caladas en blanco, otras pintadas de azul, verde y blanco y techo blanco de azulejos sarracenos con dibujos muy poco cristianos. Precisamente en una de las casas adosadas de ese tipo con cúpulas pequeñas y redondas aunque sólo caladas en blanco, entraron ahora, Armand dos pasos detrás de su señor.

Se detuvieron ante unas puertas de madera que parecían todas exactamente iguales, tres o cuatro puertas de color blanco con la cruz roja de la Orden de los Templarios en el exterior, aunque de tamaño no más grande que la palma de una mano. Entonces Arn se giró y miró inquisitivo y un poco divertido a su sargento antes de decir nada. Armand sentía la cabeza completamente vacía, no tenía la más mínima idea de lo que iba a suceder, sólo sabía que recibiría una orden con la que debía cumplir. Se estaba muriendo de sed.

—Ahora, mi buen sargento, harás lo que yo te diga, eso y nada más —dijo finalmente Arn—. Entrarás por esa puerta. Ahí encontrarás una habitación vacía excepto por un banco de madera. Ahí...

Arn dudó y carraspeó, tenía la boca demasiado seca como para hablar sin dificultad.

—Ahí te quitarás toda la ropa. *Toda* la ropa, el jubón, la cota de malla, los calzones, los zapatos... e incluso la faja externa de piel de cordero en torno a la parte impura del cuerpo y, es más, también la parte interna de la faja de cordero que no te quitas nunca. Y luego te quitarás finalmente la túnica interior que llevas bajo la cota de malla, y también el cinturón que lo rodea, de modo que estés completamente desnudo. ¿Has comprendido lo que te digo?

—Sí, señor, lo he comprendido —susurró Armand, sonrojado, y bajó la cabeza, teniendo luego que esforzarse para sacar más palabras de su boca seca—. Pero dices, señor, que debo quitarme toda la ropa... Pero si el Código dice...

—¡Ahora estás en Jerusalén, estás en la ciudad más sagrada, en el cuartel más sagrado de todo el mundo, y aquí son otras normas! —lo interrumpió Arn—. Bueno, cuando hayas hecho esto que ahora te digo, pasas por la puerta siguiente a la habitación siguiente. Ahí encontrarás agua en la que puedes sumergir todo el cuerpo, ahí encontrarás aceites que debes utilizar y encontrarás utensilios para el lavado.

Debes lavarte, debes sumergir tu cuerpo completamente en el agua, también el pelo, y debes lavarte hasta quedar bien limpio. ¿Has comprendido todo lo que digo?

—Sí, señor, lo he comprendido. ¿Pero el Código?...

—Al fondo de la habitación te lavarás —prosiguió Arn, despreocupado, como si ya no tuviese problemas en forzar que las palabras saliesen por su boca seca— y te dedicarás a ello hasta que veas caer la oscuridad, sí, ahí dentro hay una ventana. Y cuando caiga el ocaso y oigas reivindicar al muecín, el cantor de oraciones de los infieles, que «Allah es el más grande» y todo lo que sea lo que gritan, volverás a salir a la habitación exterior. Allí encontrarás ropa nueva, aunque del mismo tipo que con la que llegaste. Con esa ropa debes vestirme. Yo esperaré fuera en el pasillo donde estamos ahora. ¿Lo has comprendido?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces sólo tengo una cosa más que decirte. Te lavarás con agua, sumergirás todo tu cuerpo en agua, tendrás agua a tu alrededor y encima de ti y además en gran cantidad. Pero no puedes beber ni una sola gota. ¡Obedece!

Armand no pudo contestar, estaba demasiado sorprendido. Su señor ya había dado media vuelta, había dado un largo paso hacia la puerta de al lado y ya estaba entrando. Pero justo antes de desaparecer de la vista de Armand recordó algo, se detuvo, se volvió y sonrió.

—No te preocupes, Armand. Quienes cambian tu ropa nunca te verán desnudo, ni siquiera saben quién eres. Sólo obedecen.

Y así desapareció el templario de la vista de Armand tras cerrar la puerta con determinación.

Primero Armand se quedó completamente quieto. Sentía cómo el corazón le latía en el pecho ante las curiosas instrucciones que había recibido. Pero luego se recuperó y entró en la primera habitación sin dudar. Era tal como la había descrito su señor, allí no había nada más que un banco de madera y otra puerta. El suelo era de un blanco reluciente, las paredes estaban cubiertas con azulejos de un azul celestial sin dibujo, el techo era de cal blanca y se alzaba formando una pequeña cúpula con orificios para la luz en forma de estrellas.

Primero dejó a un lado el manto apestoso que había llevado sobre el brazo izquierdo al igual que su señor. Soltó la espada y luego se quitó el jubón mugriento y lleno de sangre. Hasta aquí no dudó. Tampoco era tan extraño quitarse la cota de malla y los calzones cubiertos de malla y con ello también los zapatos cubiertos de acero que iban enganchados a los calzones.

Pero luego, al quedarse sólo con la camisa interior húmeda y apestando sudor, dudó. Pero las órdenes eran órdenes, y se quitó también la camisa interior y el cinturón, volvió a dudar ante la doble faja de piel de cordero, pero cerró los ojos y desató las dos. Permaneció así un rato antes de atreverse a abrir los ojos, completamente desnudo. Era como un sueño y no sabía si era un sueño malo o bueno, sólo que debía continuar, que debía obedecer. Con varonil decisión, abrió con

brusquedad la puerta que daba a la siguiente habitación, entró y la cerró rápidamente tras de sí mientras cerraba de nuevo los ojos.

Lo que luego vio, al obligarse a abrir los ojos, era como un asalto de belleza. La habitación tenía tres ventanas redondeadas en forma de arco cubiertas por celosías de madera por las que entraba la luz pero no salía. Se podían ver algunas de las torres y agujas de Jerusalén y además oír todos los sonidos de la ciudad; unas palomas pasaron revoloteando con sus alas, repiqueteando en la noche estival. Pero naturalmente nadie podía ver nada en la oscuridad tras esas varillas de madera colocadas en lo alto.

Las paredes de la habitación estaban decoradas en azul, verde, negro y blanco, formando dibujos sarracenos que recordaban las paredes de la iglesia con la cúpula de oro de allí fuera. Unas estrechas columnas soportaban la bóveda de la habitación y las columnas eran de mármol blanco moldeadas como si hubiesen sido retorcidas desde el suelo hasta el techo. El suelo estaba hecho de azulejos negros vidriados y oro puro, formando el dibujo de un tablero de ajedrez, dos palmos de ancho cada placa. En el lado izquierdo de la habitación había una gran cavidad llena de agua y unos escalones que bajaban a algo parecido a un pequeño estanque en el que bien cabrían dos caballos, y lo mismo en el lado derecho de la habitación. Sobre dos mesas con incrustaciones en nácar que perfilaban un texto árabe había una colección de cuencos de plata con aceites en diferentes colores claros y sobre ella ardían asimismo dos farolillos también de plata. Sobre un banco de madera de almendro con incrustaciones de madera africana negra y palo de rosa roja había grandes retazos de tela blanca.

Armand dudó. Susurrando, repetía para sí mismo la orden que había recibido y que debía obedecer. Se acercó inseguro a uno de los dos estanques y los escalones que llevaban hacia abajo y bajó hasta que el agua le cubrió las rodillas, pero se arrepintió en seguida. Estaba demasiado caliente; ahora también veía que había vapor sobre la superficie. Entonces pasó al otro estanque dejando tras de sí huellas mojadas sobre el dorado de la habitación y volvió a probarlo. Ahí el agua era fresca como la de un río y bajó hasta los muslos y permaneció así un rato, dudando de lo que debía hacer a continuación. Observó, cauteloso, su cuerpo. Las manos las tenía completamente morenas hasta un poco por encima de las muñecas, todo lo demás que podía ver era blanco como las plumas de las gaviotas que había en el río en casa de Gascogne. A lo largo de los brazos veía rayas de suciedad y sudor que se habían ido acumulando por aquí y por allá en pequeñas arrugas y recovecos. Pensó en que la Norma prohibía cualquier forma de gozo pero simultáneamente pensó en que debía obedecer, y por tanto, bajó todos los escalones y sin dudar más sumergió todo su cuerpo en el agua fresca mientras se deslizaba un poco por el estanque, flotando de la forma que ahora recordaba que se podía hacer. Recordó cómo se había bañado en el río bajo el fuerte en casa, en Gascogne, en aquel tiempo en que nada era más que juego y no había nubes en el cielo y la vida siempre se viviría en Gascogne y la

guerra no existía. Buceó movido por un impulso, le entró agua en la nariz y se levantó resoplando en medio del estanque. Dio una brazada a modo de prueba pero se encontró de inmediato con un borde de azulejo decorado en azul. Volvió a sumergirse y se impulsó con los pies a través del agua para alcanzar el otro borde, pero sin pensar cerró los ojos y se dio un fuerte golpe con la cabeza contra los azulejos del otro lado. Gimió, no renegó, pues iba en contra de la Norma, y se levantó frotándose el cuero cabelludo dolorido. Al instante siguiente se sintió de repente feliz de una manera que no lograba comprender, alargó una mano ahuecada a la superficie del agua y se echó un puñado de agua a la boca. Comprendió inmediatamente lo que estaba haciendo y escupió, aterrorizado, lo prohibido. Intentó secar hasta la última gota enjugando con el dedo índice sobre la lengua; le estaba prohibido beber.

Investigó los diferentes aceites de la mesa situada entre los dos estanques, untó con cuidado todas las partes del cuerpo que podía tocarse sin pecar, y probó entre los diferentes colores de los cuencos hasta hallar lo que pensaba que tenía que utilizar para la cabeza, y finalmente estuvo embadurnado del todo. Entonces volvió a bajar en el estanque de agua fresca y se enjuagó, se sumergió por completo en el agua lavando también el pelo y la barba. Luego permaneció quieto un rato, flotando en el agua y observando fijamente los dibujos sarracenos que decoraban la cúpula del techo. Era como la antesala del paraíso, pensó.

Al cabo de un rato empezó a tener frío y probó con pasar al estanque más cálido, que ahora se había enfriado y había alcanzado una temperatura tan agradable que en el primer instante fue como si no se introdujera en ninguna parte. Se estremeció y el cuerpo le tembló como el de un perro o un gato. Luego permaneció quieto en aquella tibia nada y se descubrió lavándose también las partes impuras del cuerpo, que no estaba permitido tocar, y sin poder impedirlo pecó, y comprendió que lo primero en que debía pensar al volver a la fortaleza de Gaza sería en confesarse por eso, de lo que de todos modos había logrado abstenerse durante mucho tiempo.

Permaneció durante largo rato tumbado, soñando, y completamente quieto en el agua como si flotase en sus sueños. Estaba en la antesala del paraíso, pero a la vez muy lejos de allí, en casa, en su infancia en el río de Gascogne en aquel tiempo en que el mundo era bueno.

El impío y agudo sonido de los infieles que vociferaban su oración en el atardecer de la ciudad lo despertó como una alarma y, asustado y lleno de mala conciencia, salió tambaleándose del agua y cogió los suaves trozos blancos de tela para secarse; dedujo que aquél debía de ser el propósito de las telas blancas.

Cuando salió a la pequeña antecámara habían desaparecido todas sus ropas viejas, incluso las capas de fieltro que había llevado justo debajo de la cota de malla. En su lugar había un manto negro exactamente igual que el que había llevado al entrar en Jerusalén, y ropa nueva, que cada pieza resultó quedarle a la perfección. Era un seis en todo excepto en los pies, en los que llevaba sietes, pero también en eso habían pensado sus hermanos desconocidos.

Pronto pudo salir al pasillo, al exterior de las dos asombrosas habitaciones, con el manto sobre el brazo. Fuera lo estaba esperando su señor Arn, también él con ropas nuevas pero con el manto con la raya negra que mostraba su rango atado al cuello y con la barba peinada; su pelo corto era fácil de pulir sólo con la mano.

—Bueno, mi querido sargento —dijo Arn con la cara completamente inexpresiva—, ¿cómo te ha sentado el baño?

—Obedecí órdenes, hice todo cuanto dijiste, señor —contestó Armand, inseguro, con la cabeza agachada y con un repentino miedo ante la inexpresiva mirada de Arn, como si lo hubieran puesto a prueba y hubiese fracasado.

—¡Átate el manto y sígueme, mi querido sargento! —señaló Arn con una alegre risa, golpeó ligeramente la espalda de Armand y empezó a bajar de prisa por el pasillo. Armand se apresuró a seguirlo mientras trataba de poner el manto en su sitio sin comprender si había roto alguna regla o si se le había escapado alguna gracia.

Arn, que parecía encontrar el camino sin perderse entre aquellos infinitos pasillos y escaleras, pequeños patios entre fuentes y casas cerradas a cal y canto, que parecían viviendas particulares, condujo a su sargento hasta el Templum Salomonis. Entraron por una especie de puerta trasera y de repente aparecieron como desde ninguna parte por la larga y gran sala cubierta de alfombras sarracenas y en la que había un conjunto de pupitres y mesas dispuestas en largas hileras llenas de hombres vestidos de verde, vigilantes de la fe, hombres de marrón que al parecer eran trabajadores, pero también caballeros vestidos de blanco que escribían o leían o mantenían reuniones con todo tipo de hombres extranjeros en ropas seglares. Arn condujo a su sargento por delante de todos ellos hasta el fondo, donde unas verjas blancas separaban una gran rotonda con una alta cúpula. Era la sala eclesiástica en sí, la más sagrada de la Orden del Temple.

Al acercarse al gran altar mayor con la cruz al fondo del todo, bajo la cúpula, todavía caía agua de sus barbas sobre el mármol blanco y negro con los grandes dibujos estelares. Se arrodillaron ante el altar mayor, Armand obedecía a su señor en todo, y ahora le susurró que rezara diez Pater Noster y un agradecimiento personal a la Madre de Dios por haber regresado a casa sano y salvo tras la misión.

Mientras Armand estuvo ahí arrodillado, recitando la cantidad prescrita de oraciones, sintió de nuevo cómo la ardiente sed lo sacudía, hasta casi volverse loco por unos instantes, hasta casi perder la cuenta de las oraciones.

Nadie les prestó una especial atención, había oradores por todas partes en la redonda sala eclesiástica. Armand se preguntó por un instante por qué precisamente ellos estaban delante del altar mayor, donde no había nadie más, pero apartó la cuestión de su mente, pues de todos modos no comprendía qué estaban haciendo allí, y continuó cuidadosamente con el cómputo de sus oraciones.

—Ven, mi querido sargento —dijo Arn escuetamente al finalizar, después de haberse levantado y santiguado una última vez ante la señal de Dios. Y empezó el caminar laberíntico de nuevo: subir por una escalera secreta, atravesar largos pasillos,

cruzando nuevos patios con fuentes y flores de suntuoso esplendor y otra vez por oscuros pasillos iluminados por solitarias antorchas de brea. Finalmente entraron en una gran sala calada en blanco y decorada únicamente con emblemas de la orden y escudos de caballeros en las paredes. Allí no había decoraciones sarracenas, sólo líneas blancas y estrictas, bóvedas altas y un pasillo abovedado soportado sobre columnas a lo largo de un lado de la sala, como en un convento, pensó Armand antes de descubrir al Maestre de Jerusalén.

El Maestre de Jerusalén, Arnoldo de Torroja, se encontraba en medio de la sala con su manto blanco con las dos pequeñas rayas negras que señalaban su rango atado al cuello y la espada a un lado.

—Haz ahora como yo —le susurró Arn a su sargento.

Se acercaron al Maestre de Jerusalén, se detuvieron a una respetuosa distancia de seis pasos, tal como ordenaban las reglas, y se arrodillaron inmediatamente agachando las cabezas.

—Arn de Gothia y su sargento Armand de Gascogne han regresado de su misión, Maestre de Jerusalén —dijo Arn en voz alta pero con la mirada fija en el suelo ante él.

—Entonces te pregunto, señor comendador de Gaza, Arn de Gothia, ¿ha tenido éxito la misión?

—Sí, hermano caballero y Maestre de Jerusalén —contestó Arn de la misma forma rígida—. Buscábamos a seis impíos bandoleros y su botín procedente de fieles e infieles. Hallamos lo que buscábamos. Ya están los seis colgando de nuestros muros. Todos sus bienes pueden ser expuestos mañana ante la roca.

El Maestre de Jerusalén no respondió nada al principio, como si quisiera prolongar el silencio. Armand hizo entonces como su señor, y clavó su mirada en el suelo delante de él, sin moverse, sin atreverse tan siquiera a respirar en alto.

—¿Estáis limpios como ordenan nuestras normas de Jerusalén, habéis dado las gracias al Señor y a la Madre de Dios, nuestra particular protectora, en el Templum Salomonis? —preguntó el Maestre de Jerusalén tras una larga pausa.

—Sí, Maestre de Jerusalén. Por ello solicito reverentemente un cuenco de agua tras un largo día de trabajo, la única compensación que merecemos —contestó Arn rápida y sordamente.

—Señor comendador Arn de Gothia y sargento Armand de... de Gascogne, ¿verdad? Sí, asiera, de Gascogne. ¡Alzaos y abrazadme!

Armand hizo como su señor, se alzó rápidamente y cuando el Maestre de Jerusalén hubo abrazado a Arn, abrazó también, aunque sin besar como había hecho con Arn, al sargento Armand.

—¡Arn, ha ido realmente tan bien como cabía esperar! Sabía que lo lograrías, ¡lo sabía! —exclamó entonces el Maestre de Jerusalén de repente con un tono completamente diferente. La grave y resonante voz había desaparecido y ahora sonaba como si recibiese a unos buenos amigos en un banquete. En ese momento se

acercaron dos templarios con un gran cuenco de plata cada uno con agua fresquísima, que entregaron con una reverencia a Arn, quien le entregó uno a Armand.

Y Armand hizo de nuevo como Arn de Gothia, la bebió toda de golpe salpicando bruscamente de modo que el agua se deslizaba por el jubón y cuando, jadeante, separó el cuenco vacío de la boca se encontró para su asombro con que uno de los dos hermanos caballeros vestidos de blanco se disponía con una reverencia a recibirlo. Dudó, pues nunca habría imaginado ser servido por un caballero, pero el hombre vestido de blanco delante de él vio su consternación y lo comprendió y sólo movió la cabeza animando a Armand, que entonces entregó su cuenco con una reverencia.

El Maestre de Jerusalén había pasado el brazo por los hombros de Arn y caminaban charlando alegremente, casi como hombres seglares, hacia el fondo de la sala, donde unos sirvientes vestidos de verde estaban preparando la comida. Armand los siguió, inseguro, tras recibir una nueva señal de ánimo por parte de su servil hermano caballero.

Se sentaron tal como les ordenó el Maestre de Jerusalén, Arn y él mismo en la cabecera de la mesa, luego los dos hermanos caballeros y al final de todo el sargento Armand. En la mesa se sirvió carne fresca de cerdo, cordero ahumado, pan blanco y aceite de oliva, vino y verduras y grandes cuencos de plata empañados de agua fresca. Arn rezó sobre la comida en el idioma de la iglesia mientras los otros agachaban las cabezas, pero luego atacaron la comida con gran apetito y bebieron del vino sin dudar. Al principio no hablaba nadie excepto el Maestre de Jerusalén y Arn; parecían ocupados en recuerdos de los viejos tiempos y antiguos amigos, cosas de las que los demás comensales no podían saber mucho. Armand miraba de vez en cuando de reojo a los dos superiores, que al parecer se conocían muy bien y también eran muy buenos amigos, algo que no siempre era lo mismo dentro de la Orden de los Templarios. Armand se guardaba muy bien de no comer más, ni más rápido que su señor, controlaba todo el tiempo que no se adelantase ni en vino ni en pan ni carne, debía mostrar moderación aun cuando se trataba de una fiesta, no comer con gula como los hombres seglares.

Y tal como había sospechado Armand, la comida en sí fue breve. De repente, el Maestre de Jerusalén limpió su puñal y lo guardó en el cinturón, con lo que todos los demás hicieron lo mismo y dejaron de comer. Los sirvientes vestidos de verde se acercaron inmediatamente y empezaron a quitar la mesa pero dejaron los cuencos de agua, las copas de cristal sirias y las garrafas de vino de cerámica.

Arn dio las gracias al Señor por las ofrendas de la mesa, mientras los otros agacharon las cabezas.

—¡Bueno! Seguramente ha sido un sueldo bien merecido por vuestro esfuerzo, hermanos —dijo el Maestre de Jerusalén mientras se limpiaba satisfecho la boca con el dorso de la mano—. Pero ahora queremos oír cómo te comportaste, mi querido joven sargento. Mi hermano y amigo Arn me ha dado muy buenas referencias, ¡pero ahora quiero oírte a ti!

El Maestro de Jerusalén observó a Armand con una mirada que parecía muy amable, pero Armand intuyó una trampa en la mirada, como si ahora fuesen a ponerle una más de las constantes pruebas. Pensó que lo más importante era no ufanarse.

—No hay mucho que decir, Maestro de Jerusalén —empezó, dudoso—. Seguí a mi señor Arn, obedecí sus órdenes y la Virgen nos mostró piedad y por ello vencimos —murmuró con la cabeza gacha.

—Y no sientes ningún orgullo por tu propia cuenta, te conformas humildemente con el camino que tu señor Arn te marca y recibes con agradecimiento la piedad que la Madre de Dios te muestra y etcétera, etcétera —continuó el Maestro de Jerusalén con un tono de voz con el que no era difícil captar la ironía.

—Sí, Maestro de Jerusalén, así es —respondió tímidamente con la mirada fija en el tablero de la mesa que tenía ante sí. Primero no se atrevió a levantar la mirada, pero luego pareció oír unas muestras de regocijo al otro lado de la mesa. Miró a Arn de reojo y vio que éste le dirigía una sonrisa amplia y casi descarada. Por su vida que no comprendía qué había dicho mal en sus respuestas y qué podía resultar además tan gracioso cuando se estaba hablando de asuntos serios.

—¡Bueeeno! —dijo el Maestro de Jerusalén—. Veo que tienes una sólida idea de cómo debe hablarle un sargento a los hermanos ordenados de alto rango. Pero déjame que entonces te lo pregunte así. ¿Es cierto, como mi querido hermano Arn me ha hecho saber, que quieres ser ordenado caballero en nuestro círculo?

—¡Sí, Maestro de Jerusalén! —respondió Armand con un ardor repentino que no pudo ocultar—. Daría mi vida por...

—¡Así, no! ¡Así, no! —rió el Maestro de Jerusalén, alzando la mano en señal de rechazo—. Como muerto no nos serás de mucho provecho. Además, no te preocupes por eso, la muerte ya llegará. Pero una cosa debes aprender. Si quieres ser uno de los nuestros, uno de los hermanos, debes aprender a no mentirle nunca a un hermano. Ahora reflexiona. ¿No crees que mi amado hermano Arn y yo hemos sido igual de jóvenes que tú? ¿No crees que fuimos sargentos como tú? ¿No crees que comprendemos tus sueños, que fueron nuestros sueños? ¿No crees que sabemos el orgullo que sientes por lo que has realizado, que por lo que tengo entendido, fue digno de un hermano? Pero un hermano no debe nunca mentirle a otro hermano y eso no debes olvidarlo nunca. Si te avergüenzas por los pensamientos indignos, si te avergüenzas por ufanarte por tus acciones, no es malo que te avergüences, pero siempre es peor mentirle a un hermano que sentir vanidad, o lo que tú crees que es vanidad. Puedes confesarte por tu vanidad, pero tu fidelidad a la verdad ante hermanos no puedes abandonarla nunca. Es así de sencillo.

Armand permaneció sentado con la cabeza gacha, con la mirada clavada en el tablero y sintiendo cómo le ardían las mejillas. Lo habían regañado, aunque las palabras y el tono de voz del Maestro de Jerusalén habían sido amables y fraternales. Pero de todos modos había recibido una regañina, a pesar de haberse comportado muy bien.

—Bueno, pues volvemos a empezar —dijo el Maestro de Jerusalén con un pequeño suspiro de cansancio que no sonaba del todo sincero—. ¿Qué pasó y qué hiciste en la batalla, mi querido joven sargento?

—Maestre de Jerusalén... —empezó Armand mientras sentía que la cabeza se convertía en aire, por el que los pensamientos huían como pájaros—, habíamos rastreado y seguido a los bandoleros durante una semana, habíamos estudiado su táctica, comprendimos que sería difícil atraparlos en huida, que debíamos... hallar una ocasión para encontrarnos con ellos frente a frente.

—¿Sí? —lo animaba el Maestro de Jerusalén con amabilidad cuando pareció que Armand perdió el hilo de sus pensamientos—. ¿Y al final llegó esa buena ocasión?

—Sí, Maestre de Jerusalén, finalmente llegó una buena ocasión —prosiguió Armand con un coraje renovado después de haberse convencido de que sólo se trataba de hacer un informe de batalla habitual. Los descubrimos persiguiendo a tres sarracenos para nosotros desconocidos, por un wadi que formaba una trampa, como un callejón sin salida; precisamente lo que habíamos deseado al verlos empezar la persecución desde la distancia, porque esa táctica la habían utilizado antes. Nos apostamos en lo alto de la cima. Atacamos cuando consideramos que la posición era la adecuada, por supuesto primero mi señor Arn y yo detrás, a un lado, como dicen las normas. El resto fue fácil. Mi señor Arn me indicó con la lanza que primero haría un ataque en falso contra el bandolero de la izquierda de los dos que venían en cabeza y naturalmente eso abrió una buena brecha para mí desde atrás, sólo era cuestión de apuntar y golpear con la lanza.

—¿Sentiste miedo en ese instante? —preguntó el Maestro de Jerusalén con voz melosa, sospechosamente melosa.

—¡Maestre de Jerusalén! —contestó Armand en voz alta pero luego dudó—. Debo... debo reconocer que sentí miedo.

Levantó la mirada para ver cómo los demás reaccionaban ante eso. Pero ni el Maestro de Jerusalén ni Arn ni los otros dos altos hermanos caballeros expresaron lo que pensaban u opinaban de un sargento que mostraba temor en la batalla.

—Sentí miedo pero también decisión. ¡Era la ocasión que llevábamos esperando durante tanto tiempo y ahora se trataba de no fallar! Eso fue lo que sentí —añadió tan rápido que las palabras se tropezaron las unas con las otras y sintió como si al final cayese en su propia indecisión y barullo de pensamientos.

Acto seguido, Arn golpeó con cuidado su copa siria contra la mesa y luego hizo lo mismo el Maestro de Jerusalén y también los dos hermanos caballeros, y se echaron todos a reír de buena gana y para nada con mala intención.

—Ya ves, mi querido y joven sargento —dijo el Maestro de Jerusalén mientras sacudía la cabeza y como si sonriese en su interior—, ¿ves lo que hay que soportar como hermano de nuestra orden? ¡Reconocer el miedo! ¡Eh! Pero déjame que ahora te diga algo. Aquel de nosotros que no sienta cierto miedo en el momento decisivo, *cierto* miedo, es un idiota. Y no nos sirve de nada tener idiotas entre nuestros

hermanos. Bueno, ¿cuándo podrá ser admitido como hermano de nuestra orden?

—Pronto —contestó Arn, hacia quien iba dirigida la pregunta—. En realidad, muy pronto tendremos las primeras conversaciones tal como prescribe la Norma en cuanto volvamos a Gaza. Pero...

—¡Excelente! —interrumpió el Maestre de Jerusalén—. ¡Entonces quiero ir yo mismo a presenciar la ordenación y ser quien te dé el segundo beso de bienvenida después de Arn!

El Maestre de Jerusalén alzó su copa hacia Armand y los otros templarios siguieron de inmediato su ejemplo. Con el corazón latiéndole fuertemente en el pecho y esforzándose para que no le temblase la mano, Armand alzó la suya e hizo reverencias por orden a cada uno de sus cuatro superiores antes de beber. Sentía una gran felicidad en su interior.

—Pero ahora la situación es algo crítica y es posible que sea difícil tener tiempo para los tres días que se requieren para la ceremonia de ordenación, al menos por un período inmediato —dijo Arn justo cuando la conversación había tomado un sentido más alegre y despreocupado. Nadie contestó pero todos se acomodaron de forma inconsciente para oír la explicación de Arn—. Entre los tres sarracenos que por casualidad salvamos de una difícil situación se encontraba Yussuf ibn Ayyub Salah al-Din, nada menos que él —empezó Arn arisco y rápido, sin esperar luego a que se tranquilizasen los bruscos movimientos en torno a la mesa antes de continuar—. Al llegar la noche compartimos pan y conversamos, y de esas conversaciones he comprendido que se nos avecina pronto la guerra —dijo Arn, impasible.

—Has compartido la comida y has conversado con Saladino —constató el Maestre de Jerusalén severamente—. ¿Has comido con el peor enemigo de toda la cristiandad y lo dejaste escapar con vida?

—Sí, así es —respondió Arn—. Y hay mucho que decir acerca de este hecho, pero lo más sencillo es que escapó con vida. En primer lugar estamos en tregua, y en segundo lugar, le di mi palabra.

—¿Le diste tu palabra a Saladino? —preguntó el Maestre de Jerusalén, sorprendido pero con los ojos entrecerrados.

—Sí, es cierto. Le di mi palabra antes de comprender quién era. Pero ahora hay cosas más importantes de que hablar —contestó Arn con el mismo lenguaje rápido con el que se habla en el campo de batalla.

El Maestre de Jerusalén permaneció en silencio durante un rato mientras se frotaba la barbilla con el puño. Luego señaló de repente a Armand, que ahora estaba mirando a su señor Arn con ojos aterrorizados, abiertos como platos, como si acabase de comprender lo que había pasado y también con quién había compartido pan.

—¡Mi buen sargento, ahora debes dejarnos! —ordenó el Maestre de Jerusalén—. Aquí el hermano Richard Longsword te acompañará un rato por nuestros barrios y por la parte de la ciudad que es nuestra. Luego te acompañará hasta el acuartelamiento nocturno de los sargentos. ¡Que Dios te acompañe! Espero tener

pronto el placer de darte el beso de bienvenida.

Uno de los dos templarios se alzó de inmediato y mostró a Armand con la mano la dirección por la que debían salir. Armand se levantó, se inclinó dudoso ante los templarios, ahora muy taciturnos, sentados a la mesa, pero sólo recibió un gesto de despedida por parte del Maestre de Jerusalén y comprendió que debía irse en seguida.

Al cerrarse el portón de madera ferreteado tras Armand y su alto seguidor se hizo un pesado silencio en la habitación.

—¿Quién empieza, tú o yo? —dijo Arn en un tono de voz como si ahora hablase con un amigo muy cercano.

—Yo empiezo —respondió el Maestre de Jerusalén—. Ya conoces al hermano Guy, acaba de convertirse en maestro de armas aquí en Jerusalén. Ambos tenéis el mismo rango y los tres tenemos graves problemas que nos incumben a todos. ¿Y si empezáramos con la cuestión de compartir pan con nuestro enemigo?

—Sí, de acuerdo —dijo Arn, presto—. ¿Tú qué habrías hecho? Estamos en tregua, es cierto que pende de un hilo como todos sabemos, como Saladino también sabía. Eran los bandoleros los que iban a ser castigados, no unos viajeros pacíficos de una fe o de la otra. Yo le di la palabra de un templario. Y él me dio su palabra. Un rato más tarde comprendí a quién le había prometido el salvoconducto. Así pues, ¿tú qué habrías hecho?

—Si le hubiese dado mi palabra, no podría haber actuado de un modo distinto que tú —constató el Maestre de Jerusalén—. Trabajaste aquí en la casa bajo las órdenes de Odo de Saint Amand, ¿no es así?

—Sí, es cierto, fue cuando Philip de Milly era el Gran Maestre.

—Mmm... He oído que Odo y tú os hicisteis muy buenos amigos...

—Es cierto. Y todavía lo somos.

—Pero ahora él es el Gran Maestre, eso es bueno. Eso solucionará este problema de cenar con el peor enemigo de la cristiandad. Si no, eso podría exaltar a algunos hermanos, como bien sabes.

—Sí. ¿Y qué opinas tú de la cuestión?

—Estoy contigo. Mantuviste tu palabra como templario. Y si te he comprendido bien, te enteraste de unas cuantas cosas, ¿verdad?

—Sí. La guerra se nos avecina como muy pronto en dos semanas, como muy tarde en dos meses. Eso es lo que creo saber.

—Cuéntanoslo. ¿Qué sabemos? ¿Y qué podemos creer?

—Lo que Saladino sabía era mucho, como que Felipe de Flandes y una gran parte del ejército mundanal y los sanjuanistas están subiendo por Siria, probablemente hacia Hama o Homs, probablemente no hacia Damasco ni hacia Saladino mismo. Pero con ese conocimiento Saladino viaja con grandes prisas y sin escolta hacia el sur, creo que hacia Al Arish, aunque él mismo dijo que iba de camino a El Cairo. No hace este viaje para huir del ejército cristiano del norte, por tanto, tiene la intención de atacarnos desde el sur ahora que sabe que la mitad de nuestras fuerzas están muy

lejos, al norte. Ésa es mi conclusión.

El Maestre de Jerusalén intercambió una mirada con su hermano y el maestro de armas Guy, que hizo una señal afirmativa ante la pregunta implícita.

La guerra estaba de camino. Saladino contaba con que sus fuerzas en el norte estaban lo suficientemente preparadas como para mantener al enemigo anclado en su sitio. Si entonces pudiese llevar un ejército egipcio por todo Outremer, podría llegar muy lejos sin hallar resistencia, tal vez hasta Jerusalén. Era una idea terrible, pero uno no podía menospreciarla.

En ese caso la primera batalla tendría lugar en las cercanías de Gaza, donde Arn estaba al mando como comendador. La fortaleza de Gaza no era ni de lejos de las más fuertes y era defendida por tan sólo cuarenta caballeros y doscientos ochenta sargentos. No era probable que Saladino se detuviese ahí a golpearse contra los muros. Con un ejército lo bastante grande y un buen equipamiento de asedio podría tomar Gaza, pocas fortalezas eran inexpugnables como Krak de Chevaliers o Beaufort. Pero le costarían más pérdidas que beneficios. Nadie toma una fortaleza del Temple sin sufrir pérdidas muy grandes. Y si se vencía no había prisioneros de valor para compensar todos los gastos y, además, un asedio largo y sanguinolento como ése implicaría una gran pérdida de tiempo.

Por tanto, lo más probable sería que el ejército de Saladino pasase de largo por Gaza, tal vez dejando una pequeña fuerza de asedio a las afueras de los muros. ¿Pero cuál sería el objetivo siguiente? Ashkelon, reconquistar Ashkelon tras veinticinco años no sería una mala idea. Podría ser una victoria de importancia y un sólido fuerte sarraceno en la costa del norte de Gaza. Eso aislaría a los templarios de Gaza de Jerusalén. Ashkelon era un objetivo probable.

Pero si Saladino no encontraba gran resistencia, y como estaban las cosas ahora no parecía que fuese a tenerla, ¿qué le impedía entonces ir contra la mismísima Jerusalén?

Nada.

Era imposible eludir la desagradable conclusión. Saladino había unificado Siria y Egipto bajo un mando y un sultán, tal como había jurado hacer. Pero también había jurado recuperar la ciudad sagrada que los infieles llamaban Al Quds.

Había que tomar decisiones. Había que alertar al Gran Maestre, Odo de Saint Amand, que estaba en Acre. Había que llamar a hermanos de la orden para reforzar Jerusalén y Gaza. Había que alertar al rey, el pobre niño leproso, y a su corte intrigante. Aquella misma noche deberían salir los mensajeros al galope en todas las direcciones.

Dado que las decisiones grandes y pesadas muchas veces son más fáciles de tomar que las pequeñas e insignificantes, todo estuvo pronto resuelto. El maestro de armas Guy dejó a los otros dos solos para hacer todo lo que debía hacerse antes del amanecer.

Amoldo de Torroja, el Maestre de Jerusalén, había permanecido sentado a la mesa

durante todo el rato mientras discutía y emitía sus órdenes. Pero ahora, al cerrarse el portón ferreteado tras el apurado maestro de armas, se levantó pesadamente y señaló a Arn que lo siguiera, y caminó sobre la vacía superficie del suelo de la sala de armas hacia una puerta lateral que conducía a una columnata cubierta con vistas sobre toda la ciudad. Permanecieron ahí fuera con las manos apoyadas sobre la barandilla de piedra y contemplaron la ciudad oscura, absorbiendo los olores de la cálida brisa veraniega, olor a fritura y especias, desechos y descomposición, perfumes e incienso y excrementos de camellos y caballos, todo en la mezcla que Dios hacía de la misma vida, alto y bajo, hermoso y feo, maravilloso y horrible.

—¿Tú qué habrías hecho, Arn? Quiero decir si fueses Saladino, disculpa la desconsiderada comparación —preguntó finalmente Amoldo de Torroja.

—No es nada que disculpar, Saladino es un enemigo magnífico y todos lo sabemos, ¡incluido tú, Amoldo! —contestó Arn—. Pero sé lo que piensas, tanto tú como yo habríamos hecho algo diferente en su lugar. Habríamos intentado arrastrar al enemigo todo lo posible hacia nuestra zona, habríamos tardado al máximo hasta la batalla en sí, hostigado al enemigo con constantes pequeños ataques de caballeros turcópulos, molestado su sueño, envenenado los pozos de su camino, todo eso que suelen hacer los sarracenos. Si tuviéramos la posibilidad de batir un ejército cristiano tan grande no habría parecido una gran ventaja para la primavera, entonces habríamos ido hacia Jerusalén.

—Pero Saladino, que sabe que lo conocemos y sabemos cómo suele pensar, hace entonces algo inesperado —dijo Amoldo de Torroja.

—Arriesga conscientemente Homs o Hama porque tiene la mirada puesta en un premio más grande.

—Hay que reconocer que es un plan tanto atrevido como lógico —señaló Arn, continuando el razonamiento.

—Sí, hay que reconocerlo. Pero gracias a tu... inusual aportación o como queramos llamarlo, que Dios te tenga misericordia, ahora estaremos como mínimo preparados. Eso puede significar la diferencia entre Jerusalén en nuestras manos y una Jerusalén perdida.

—En ese caso creo que Dios me tiene misericordia —gruñó Arn, molesto—. ¡Cualquier capellán podría empezar a alabar al Señor y decir que el Señor envió al enemigo a mis brazos para salvar Jerusalén!

Amoldo de Torroja, que no estaba acostumbrado a ser reprendido por subordinados, se giró sorprendido y miró inquisitivamente a los ojos de su joven amigo. Pero la oscuridad de la columnata dificultaba la interpretación de la mirada del otro.

—Eres mi amigo, Arn, pero no malgastes esa amistad porque podría costarte caro —dijo, huraño—, Odo es el Gran Maestro ahora pero es posible que esa protección no te dure para siempre.

—Si Odo cayese, lo más probable es que tú fueras el siguiente Gran Maestro, y tú

también eres mi amigo —contestó Arn en tono ligero, como si estuviera hablando del tiempo.

Su respuesta provocó que Amoldo de Torroja rompiera a reír de un modo que, si alguien los hubiera llegado a ver, habría resultado muy inapropiado en ese duro momento, tanto para los templarios como para Jerusalén.

—Llevas mucho tiempo con nosotros, Arn, desde muy joven, y eres como uno de nosotros en casi todo excepto en el habla. A veces, amigo mío, puede dar la sensación de que hablas con cierta insolencia. ¿Son todos los de tu tribu nórdica así, o es que todavía no hemos logrado domar al diablo que hay en ti?

—Mi cuerpo está bien domado, no te preocupes por eso, Amoldo —contestó Arn con el mismo tono despreocupado—. Puede que sea verdad que allí arriba en el norte, en lo que fue mi hogar, se habla con menos pompa que algunos francos. Pero lo que un templario dice siempre debe ser contrastado con lo que hace.

—Más de la misma insolencia, la misma falta de respeto por tu superior. Aun así, eres mi amigo, Arn, pero deberías vigilar tu lengua.

—Ahora es más bien mi cabeza la que está en juego. Nosotros, los de Gaza, seremos quienes libremos la primera batalla cuando venga Saladino. ¿De cuántos caballeros puedes prescindir?

—Cuarenta. Pongo cuarenta caballeros nuevos bajo tu mando.

—Entonces seremos ochenta caballeros y casi trescientos sargentos frente a un ejército que no creo que sea inferior a cinco mil jinetes egipcios. Espero que dejes bajo mi criterio cómo enfrentarme a ese ejército; no me gustaría recibir la orden de enfrentarnos a ellos lanza contra lanza sobre terreno llano.

—¿Tienes miedo a morir por una causa sagrada? —preguntó Amoldo de Torroja con evidente burla en su voz.

—¡No seas ridículo, Amoldo! —espetó Arn—. Lanzarme de cabeza a la muerte por nada es algo que me parece casi una blasfemia, lo hemos visto demasiadas veces aquí en Outremer, hombres recién llegados que quieren ir directos al paraíso, con lo que nos causan pérdidas innecesarias y enriquecen al enemigo. Tonterías como éstas no deberían ser recompensadas con ningún perdón de los pecados, pues esa estupidez es un pecado en sí.

—Así que el templario que llama a la puerta del paraíso, jadeante tras haberse lanzado hacia la muerte, tal vez se encuentre con una desagradable sorpresa, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, pero naturalmente eso sólo se lo diría a otros hermanos que sean mis amigos cercanos.

—En eso estoy absolutamente de acuerdo. De cualquier modo, dirige tu mando en función de la situación y de lo que te diga tu razón. Ésa es la única orden que te doy.

—Gracias, Amoldo, amigo mío. Te juro que lo haré lo mejor posible.

—No lo dudo, Arn, te aseguro que no albergo la más mínima duda de que lo harás. Y me alegra que fueses precisamente tú quien recibiera el nuevo mando en

Gaza ahora que será allí donde se librará la primera batalla de la guerra. En realidad, no deberíamos haberte colocado en un puesto tan alto, hay mucha gente capaz de manejar puestos altos, pero tú eres demasiado valioso en el campo como para pasarte los días encerrado mandando desde una fortaleza.

—¿Pero?

—Pero la cosa fue así. Odo de Saint Amand te tiene bajo su mano protectora, creo que quiere que vayas ascendiendo. Yo también te tengo bajo mi mano protectora, para lo que pueda servir. Pero parece que Dios nos asistió. En contra de toda razón acabaste siendo tú, nuestro turcópulo, el que recibió el mando. En realidad, una mala administración de la fuerza armada.

—Pero luego resulta que el enemigo llega precisamente a Gaza de todos los lugares inesperados.

—Exacto. Dios tiene un propósito en todo. Que Él te asista a ti y a todos los nuestros ahora que se avecina la tormenta. ¿Cuándo viajarás?

—De madrugada. Tenemos mucho que construir en Gaza y además en muy poco tiempo.

La ciudad de Gaza y su fortaleza eran el punto más meridional de los templarios en Outremer. La fortaleza nunca había sido asediada desde que fue construida y los ejércitos que habían pasado siempre fueron los propios y venían desde el norte, camino a la guerra en Egipto. Pero ahora por primera vez sería al revés, el enemigo no iba a ser atacado sino que atacaba por sí mismo. Este hecho podía ser interpretado como un signo de los tiempos, como una advertencia de que a partir de ahora los cristianos tendrían que concentrarse más en defender que en atacar. Los cristianos tenían un enemigo y mayores motivos para temer que jamás tuvieron entre todos los hombres que anteriormente habían propagado miedo y fuego y habían ganado algunas batallas sin ganar la guerra, hombres como Zenki y Nur al-Din. Pero ninguno de estos líderes sarracenos se podía comparar con el hombre que ahora había tomado el mando, Saladino.

Prepararse para la defensa era una misión rara para el nuevo y joven comendador de Gaza. Por un período de diez años, Arn de Gothia había participado en cientos de batallas en el campo, pero casi siempre entre las fuerzas que atacaban primero. Como turcópulo había estado al mando de las fuerzas legionarias de jinetes turcos que con armamento ligero y caballos rápidos y ágiles cabalgaban hacia el enemigo para crear miedo y confusión y, en el mejor de los casos, arrinconarlo para que pudiesen atacar las fuerzas francas, pero en cualquier caso causarle pérdidas.

O si no había cabalgado con los jinetes de armamento pesado y entonces se había tratado más bien de atacar en el momento adecuado para romper la formación del experimentado ejército del enemigo, atravesándolo con un puño de hierro. A veces le había tocado esperar de reserva al lado de la batalla y no entrar en combate hasta que llegaba una ocasión decisiva y ganar, o lo mismo pero peor, una ocasión en la que un contraataque desesperado por parte de las mejores tropas ganaría tiempo para que el

ejército franco se retirara sin acabar en una huida desorganizada.

También había vivido unos cuantos asedios en las dos fortalezas en las que se había encontrado anteriormente, primero como sargento en el fuerte templario de Tortosa en el condado de Trípoli y luego como hermano caballero de pleno derecho en Acre. Estos asedios podían durar meses pero siempre acababan con el enemigo rindiéndose y retirando sus tropas.

Pero aquí en Gaza los esperaba algo totalmente diferente y se trataba de pensar de forma distinta, libre y nueva, como si las experiencias anteriores no sirviesen de mucho. A la ciudad de Gaza le pertenecía una quincena de pueblos de campesinos palestinos y dos tribus de beduinos. El comendador de Gaza era, por tanto, también señor de todos esos campesinos y de todos los beduinos, mandaba sobre sus vidas y sus propiedades.

En consecuencia, se trataba de hallar siempre el nivel apropiado de contribución para los campesinos y los beduinos, subir los impuestos en años de buena cosecha y bajarlos en los años malos. Este año había sido un año de extraordinaria cosecha justo en los alrededores de Gaza, aunque mucho peor en otras zonas de Outremer. Esto llevaba a un problema muy particular, pues el comendador en Gaza había decidido que los pueblos debían ser vaciados de toda cosecha y casi todos los animales; la intención era salvarlo todo del saqueo del esperado ejército egipcio. Pero era difícil explicarle eso a los campesinos cuando los templarios ariscos se presentaban con hileras de carros de carga vacíos. Parecía como si el saqueo ya hubiese empezado, y desde el punto de vista de los campesinos palestinos era lo mismo ser saqueado por cristianos o fieles.

Por eso Arn pasaba mucho tiempo a caballo, cabalgando de pueblo en pueblo para intentar explicar lo que sucedía. Daba su palabra de que no se trataba ni de impuestos ni de confiscación y que todo sería devuelto cuando el ejército saqueador hubiese desaparecido. Intentaba explicar que, cuanto menos hubiese en la zona para el sustento del enemigo, más rápido se alejaría. Sin embargo, se encontró para su sorpresa con que en muchos pueblos dudaban de su palabra.

Entonces hizo introducir un arreglo completamente nuevo, que cada carga de grano, cada vaca y cada camello, así como sus crías, debían ser contabilizados y con acuse de recibo. Eso alargó todo el proceso y esta contabilidad le habría costado muy cara tanto a los templarios como a los campesinos si Saladino llega a atacar antes. Poco a poco, los campos de Gaza se fueron vaciando de cereales y animales. Tanto mayor fue el jaleo en Gaza con los almacenes de cereales sobrecargados y las aglomeraciones de continuos transportes de forraje y animales al interior de los muros.

Sin embargo, ésta era la parte más importante de los preparativos para la guerra. El nuevo comendador consideraba que la guerra era mucho más cuestión de economía y sustento de un ejército en avance que no de valentía en el campo de batalla, aunque evitaba transmitir tales pensamientos blasfemos a sus caballeros

subordinados; los refuerzos habían llegado con cuentagotas desde las otras fortalezas de la región, hasta que los cuarenta caballeros nuevos prometidos por el Maestre de Jerusalén estuvieron en su sitio en el interior de los muros.

El siguiente preparativo de mayor importancia consistía en ensanchar los fosos que rodeaban Gaza y reforzar el muro de la ciudad. La primera defensa estaría ahí fuera y, si ésa se venía abajo, las personas y los animales huirían a la fortaleza en sí. Los doscientos ochenta sargentos y todos los civiles contratados, incluso los escribanos y los aduaneros, trabajaban día y noche en estos trabajos de construcción, y el comendador en persona supervisaba el trabajo sin cesar.

Saladino tardaba sin que lograsen comprender la razón. Según los espías beduinos que Arn había enviado hasta Sinaí, el ejército de Saladino se había reunido en Al Arish, a un día de marcha de Gaza. Posiblemente la tardanza tendría que ver con la guerra que se libraba arriba en Siria, pues los sarracenos tenían una capacidad increíble de obtener conocimientos de una parte de la región desde la otra sin que se supiese muy bien cómo lo hacían. Los beduinos de Gaza decían que las tropas sarracenas utilizaban a pájaros como mensajeros, pero eso era difícil de creer. Los cristianos empleaban señales de humo de fortaleza en fortaleza, pero Gaza estaba demasiado al sur y aislada para emplear ese sistema.

Los beduinos que volvieron a Arn para informar estimaban el ejército de Saladino en unos diez mil hombres, de los que la mayoría eran jinetes mamelucos. Eran noticias terribles, ya que un ejército como ése era imposible de vencer en el campo de batalla. Por otra parte, Arn sospechaba que los espías posiblemente exageraban, pues recibían misiones nuevas y más pagos si volvían con noticias malas que si las noticias eran buenas.

Al pasar un mes sin que Saladino atacase se hizo una cierta calma en Gaza. Ya se había preparado casi todo lo que se podía hacer, incluso se había empezado a entregar grano y animales a los campesinos, que ahora hacían largas y ruidosas colas en los graneros de la ciudad, los que por supuesto debían vaciarse antes que los almacenes al interior de la fortaleza. Había peleas e irritación en las colas, pues los mismos campesinos no sabían leer lo que ponía en los pagarés de los sirvientes escribanos, y al tener nombres muy parecidos se habían producido confusiones y errores de escritura por doquier.

El joven comendador estaba siempre presente en esas colas, escuchaba las quejas e intentaba resolver las confusiones y las discordias. A todos les quedó claro que realmente era cierto cuando había dicho que no se trataba de una confiscación, sino de salvar el grano de saqueo e incendios. Su intención era que cada familia en cada pueblo tuviese exactamente lo necesario para alimentarse una semana antes de tener que volver a Gaza a buscar más. Con ello también serían capaces de llevar consigo todo lo comestible en caso de tener que huir, de modo que sólo le dejaban pueblos vacíos al enemigo.

El maestro pañero hermano Bertrand era de la opinión que todo este trabajo de

escritura y parlamento con los campesinos representaba una parte muy grande del tiempo de trabajo. Pero su superior no cedía ni un milímetro; era imposible romper la promesa de un templario.

En esta fase más tranquila de trabajo que de cualquier modo tuvo lugar tras el primer mes de ajetreados preparativos, por fin Arn se tomó un tiempo para dedicárselo a su sargento Armand de Gascogne, que se había encontrado transformado en albañil más que en *sargento en preparación*, en lo que se había convertido en el mismo instante en que el Maestre de Jerusalén había pronunciado su bendición. Cuando ahora fue llamado en los muros por el mismísimo maestro de armas y además fue ordenado a presentarse limpio y con ropas nuevas ante el comendador tras la cena, volvió a encendérsele la esperanza. No le habían olvidado, sus posibilidades de ser admitido como hermano de pleno derecho no habían muerto con la guerra que se avecinaba.

El *parlatorium* del comendador se encontraba en la parte occidental del muro, muy alto y con dos ventanas en arco que daban hacia el mar. Al presentarse Armand a la hora concertada encontró a su señor cansado y con los ojos rojos pero, aun así, muy apacible y con el ánimo tranquilo. La hermosa habitación por la que el sol poniente entraba ahora en ángulo estaba frugalmente amueblada, sin decoraciones en las paredes, una gran mesa en el centro con mapas y documentos y una hilera de sillas a lo largo de una de las paredes laterales. Entre las dos ventanas que daban al mar había una puerta que conducía a un balcón. El manto blanco del comendador estaba tirado sobre una de las sillas, pero al entrar Armand en la habitación y colocarse en posición rígida en el centro de la sala, Arn fue a recoger su manto y se lo ató al cuello. Sólo entonces saludó a Armand con una leve inclinación.

—Has cavado y cavado, ¿supongo que debes de sentirte más como un topo que como un sargento en preparación? —dijo Arn en tono de broma, lo cual inmediatamente puso a Armand en alerta, pues los hermanos superiores siempre acostumbraban a ocultar trampas en sus palabras, incluso las más amables.

—Sí, hemos cavado mucho, pero había que hacerlo —respondió Armand, cauteloso.

Arn le dirigió una mirada larga e inquisitiva, sin mostrar lo que opinaba acerca de la respuesta. Pronto se puso más serio y señaló una de las sillas como una orden y Armand fue de inmediato a sentarse en el lugar señalado mientras su señor se dirigía hacia la abarrotada mesa, apartaba unos documentos y se sentaba con una pierna colgando y apoyado sobre su mano derecha.

—Hagamos primero lo que es debido —dijo secamente—. Te he llamado para repasar unas preguntas a las que debes responder con la verdad. Si este examen sale bien, no hay ningún motivo para que no te admitamos en nuestra orden. Si sale mal, nunca podrás ser uno de los nuestros. ¿Te has preparado para este momento con las oraciones que prescribe la Norma?

—Sí, señor —respondió Armand, tragando nerviosamente.

—¿Estás casado o has sido prometido a alguna mujer, hay alguna mujer que te pueda reclamar?

—No, señor, fui el tercer hijo y...

—Comprendo. Sólo tienes que responder sí o no. Bueno, pasemos a la siguiente pregunta. ¿Naciste de cama pura de padres que habían sido unidos ante Dios?

—Sí, señor.

—¿Tu padre, tu tío o tu abuelo es caballero?

—Mi padre es barón en Gascogne.

—Excelente. ¿Estás endeudado con algún hombre mundanal o algún hermano o sargento de nuestra orden?

—No, señor. ¿Cómo se puede estar endeudado con algún hermano o?...

—¡Gracias! —interrumpió Arn, alzando su mano en señal de advertencia—. ¡Responde sólo a mis preguntas, no razones, no cuestiones!

—Disculpa, señor.

—¿Eres sano de cuerpo entero y con salud? Sí, ya sé la respuesta, pero según la Norma debo hacer la pregunta.

—Sí, señor.

—¿Has pagado oro o plata para entrar en nuestra orden, hay alguien que a cambio de una recompensa ha prometido convertirte en uno de nosotros? Ésta es una pregunta seria, se trata del crimen de simonía y si algo así es descubierto con el tiempo se te retirará el manto blanco. La Norma dice que es mejor que lo sepamos ahora que más tarde. ¿Y bien?

—No, señor.

—¿Estás dispuesto a vivir en castidad, pobreza y obediencia?

—Sí, señor.

—¿Estás dispuesto a jurar ante Dios y nuestra sagrada Virgen María que harás todo lo posible en toda ocasión para cumplir con las costumbres y tradiciones de los templarios?

—Sí, señor.

—¿Estás dispuesto a jurar ante Dios y nuestra sagrada Virgen María que nunca abandonarás nuestra orden, ni en momentos de debilidad ni en momentos de fuerza, que no nos traicionarás y que nunca nos abandonarás salvo permiso expreso de nuestro Gran Maestro?

—Sí, señor.

Arn no parecía tener más preguntas; permaneció sentado, en silencio y pensativo durante un rato como si ya estuviese muy lejos, ocupado con otros pensamientos. Pero de repente su rostro se iluminó, se levantó con vigor de su postura, medio sentado sobre la mesa y se acercó a Armand, lo tomó entre sus brazos y lo besó en las dos mejillas.

—Esto es lo que la Norma prescribe desde el párrafo 669 y en adelante, ahora conoces este capítulo que te acabo de revelar y tienes mi permiso para ir a leer esto de

nuevo donde el capellán. ¡Ven, salgamos al balcón!

El atolondrado Armand naturalmente hizo como se le había ordenado, siguió a su señor al balcón y, tras dudar un instante, se colocó como él, con las dos manos apoyadas sobre la barandilla de piedra y mirando hacia el puerto.

—Eso ha sido una preparación —explicó Arn, un poco cansado—. Recibirás las mismas preguntas de nuevo en el acto de admisión en sí, pero entonces será más como una formalidad, pues ya conocemos tus respuestas. Este momento era el decisivo, ahora puedo decir con toda seguridad que serás admitido como caballero en cuanto tengamos tiempo para ocuparnos del asunto. A continuación llevarás una cinta blanca en la parte superior de tu brazo derecho.

Armand tuvo una breve sensación de vértigo en su interior, por lo que no fue capaz de responder nada en absoluto ante la buena noticia.

—Por supuesto hay una guerra que deberemos ganar primero —añadió Arn, pensativo—. Y como sabes, no parece que vaya a ser fácil. Pero si morimos, de todos modos el tema ya estará resuelto. Si sobrevivimos, serás uno de nosotros. Amoldo de Torroja y yo mismo dirigiremos la ceremonia de admisión. Así es. ¿Te sientes feliz?

—Sí, señor.

—Yo mismo no me sentí demasiado feliz cuando estuve en tu situación. Tenía que ver con la primera pregunta.

Arn había añadido la increíble confesión como algo de pasada y Armand no sabía ni tan siquiera si debía responder ante algo así. Permanecieron un rato mirando el puerto, donde se trabajaba duramente descargando los dos barcos mercantes que habían entrado ese mismo día.

—He decidido convertirte en nuestro confaloniero para los próximos tiempos —dijo Arn de repente como si hubiese vuelto de sus recuerdos en torno a la primera cuestión—. No necesito explicarte que se trata de una misión de honor llevar la bandera del templo y de la fortaleza en una guerra, eso ya lo sabes.

—Pero no debe ser caballero... ¿puede encargarse esa misión a un sargento? —tartamudeó Armand, abrumado por la noticia que acababa de recibir.

—Sí, normalmente un caballero, pero tú habrías sido caballero si no llega a cruzarse esta guerra en nuestro camino. Y aquí soy yo quien toma las decisiones y nadie más. Nuestro confaloniero no se ha recuperado de algunas heridas difíciles, lo visité en las salas de enfermería y ya he hablado con él acerca de esto. Ahora déjame oír tu opinión acerca de la guerra; por cierto, mejor entremos.

Entraron y se sentaron cada uno en una silla cerca de las grandes ventanas, y Armand intentó dar su punto de vista. Creía sobre todo en un asedio largo que sería difícil de soportar pero completamente posible de ganar. En lo que menos creía era en la posibilidad de salir a caballo, ochenta caballeros y doscientos ochenta sargentos, para enfrentarse a un ejército de jinetes mamelucos en el campo de batalla. Apenas cuatrocientos hombres frente a tal vez siete u ocho mil jinetes; sería algo muy valiente pero a la vez muy estúpido.

Arn asintió con la cabeza pero añadió, casi como si hablase para sí mismo, que si ese ejército pasaba de largo y avanzaba hacia la mismísima Jerusalén, ya no habría que preguntarse qué era sabio, estúpido o valiente. Entonces sólo habría un camino. Por tanto, era mejor esperar un largo y sanguinolento asedio. Porque independientemente de cómo acabase una batalla así, se habría salvado Jerusalén. Para un templario no existía una misión más grande que ésta.

Pero si Saladino avanzaba derecho hacia Jerusalén, sólo les quedarían dos opciones: la muerte o la salvación por un milagro del Señor. Por tanto, era mejor rezar por un asedio largo, a pesar de todos los horrores que eso conllevaba.

Dos días más tarde, Armand de Gascogne cabalgó por primera vez como confaloniero en un escuadrón de jinetes encabezado por el comendador en persona. Se dirigían hacia el sur a lo largo del mar, hacia Al Arish, quince caballeros y un sargento en formación cerrada.

Según los espías beduinos, el ejército de Saladino se había puesto en movimiento pero se había dividido, de modo que una parte se dirigía ahora a lo largo de la costa en dirección norte y la otra parte hacia el interior, realizando un movimiento circular sobre el Sinaí. No era fácil comprender cuál podía ser el propósito de una maniobra así, pero había que comprobar la información.

Al principio mantuvieron contacto con la orilla costera del oeste y una amplia vista sobre la playa en dirección sureste. Pero dado que existía el riesgo de que de esa forma fueran a parar tras las líneas del enemigo sin darse cuenta, pronto Arn ordenó un cambio de rumbo, de modo que se dirigían hacia el este y hacia la parte interior y más montañosa de la costa, por donde discurría el camino de las caravanas durante las épocas del año que las tormentas hacían que la parte de la costa fuese intransitable.

Al alcanzar el camino de las caravanas volvieron a cambiar de rumbo, de modo que se mantuvieron en las cimas y con una clara visibilidad sobre un largo trozo del camino. Al pasar un recodo en el que la visión era ocultada por una enorme roca saliente, entraron de repente en contacto con el enemigo. Ambas partes se llevaron la misma sorpresa. A lo largo del camino venía un ejército a caballo que cabalgaba en filas de a cuatro hasta donde la vista podía alcanzar.

Arn alzó la mano derecha y dio la orden de reagrupamiento en posición de ataque, de modo que los dieciséis jinetes se colocaron en línea enfrentándose al enemigo. Lo obedecieron en seguida pero también recibió alguna que otra mirada preocupada. Allí abajo había al menos dos mil jinetes egipcios a la vista. Llevaban estandartes amarillos, y sus uniformes amarillos brillaban como oro a la luz del sol. Por tanto, eran mamelucos, un ejército compuesto únicamente por mamelucos, los mejores jinetes y soldados de los sarracenos.

Cuando los templarios de arriba reorganizaron la formación en posición de ataque, pronto resonaron por el valle las órdenes y el sonido de los cascos de los caballos mientras los egipcios se preparaban rápidamente para enfrentarse al ataque.

Los arqueros montados fueron llamados a la primera fila.

Arn permaneció en silencio sobre el caballo, y observó al poderoso enemigo. No tenía ninguna intención de ordenar un ataque, pues eso llevaría a la pérdida de quince caballeros y un sargento sin que se lograra sacar demasiado provecho de un sacrificio así. Pero tampoco quería huir.

Y los mamelucos de abajo parecían dudar también. Desde su baja posición sólo podía ver a dieciséis enemigos que podrían vencer con toda facilidad, pero puesto que el enemigo permanecía tranquilo contemplando a sus adversarios, no podrían ser sólo dieciséis, aunque se veía desde lejos que se trataba de los más horribles de los jinetes infieles con la cruz roja. Los mamelucos, que también habrían visto el estandarte de comandante de Armand, debían de pensar que se trataba de una trampa, que los dieciséis eran los únicos que se mostraban pero que ese estandarte de comandante revelaba una formación considerablemente mayor, tal vez quinientos o seiscientos jinetes parecidos que ahora se preparaban por si el cebo de los dieciséis fuese a funcionar.

Hallarse en una posición baja ante un ejército de caballeros francos en ataque era la peor de todas las situaciones posibles para los sarracenos, tanto si eran turcos como mamelucos. Pronto resonaron entre las paredes de las montañas nuevas órdenes de los oficiales de abajo, y el ejército egipcio inició la retirada a la vez que se enviaba un abanico de exploradores ligeramente armados hacia las laderas de las montañas para localizar la cabecera del enemigo.

Entonces Arn ordenó dar media vuelta, de nuevo formación cerrada y retirada al paso. Poco a poco desaparecieron los dieciséis caballeros de la vista de los enemigos confusos.

Y en cuanto el escuadrón estuvo completamente fuera de la vista, Arn ordenó cabalgar en dirección al camino más corto hacia Gaza.

Al acercarse a la ciudad vieron que todos los caminos estaban abarrotados de refugiados buscando la protección y huyendo del saqueo. En la lejanía del este se veían varias columnas negras de humo. En poco tiempo Gaza estaría llena de refugiados.

Por fin había llegado la guerra.

III

Por fin había terminado la guerra. Cecilia Rosa y Cecilia Blanka, sin embargo, tuvieron que aprender que una guerra que termina no significa necesariamente paz y armonía. Una guerra no concluye de golpe, una guerra no acaba cuando los últimos hombres caen en el campo de batalla. Y el fin de una guerra no implica siempre paz y felicidad, ni siquiera para el bando vencedor.

Una noche del segundo mes tras la batalla en los campos de sangre, a las afueras de Bjälbo, cuando la primera tormenta otoñal batía en las ventanas y los techos de tablillas de Gudhem, llegó un grupo de jinetes a buscar con grandes prisas a cinco de las hijas de los Sverker que se habían encontrado entre las familiares. Se rumoreaba que iban a huir a refugiarse entre parientes en Dinamarca. Algún tiempo más tarde llegaron tres doncellas nuevas del bando vencido en busca de la paz monástica de Gudhem, lejos del alcance de los Folkung y Erik vencedores.

De ese modo llegaron también las nuevas de lo que sucedía fuera. Con la llegada de la última hija de los Sverker, todo el mundo en Gudhem pudo saber que el rey Knut Eriksson, como se lo llamaba ahora, había entrado cabalgando a la mismísima Linköping con su canciller Birger Brosa para recibir la sumisión de Linköping y confirmar la paz que ahora reinaba bajo sus condiciones.

Para las dos Cecilias eso fue motivo de gran alegría. El prometido de Cecilia Blanka ya era rey de verdad. Y para Cecilia Rosa también, pues el tío de su amado Arn era canciller. Ahora todo el poder del reino estaba en sus manos, al menos todo el poder mundanal. Sin embargo, una gran nube oscurecía ese cielo despejado, ya que no habían oído nada acerca de que el rey Knut tuviera intención de sacar a su prometida Cecilia Ulvsdotter de Gudhem.

En el mundo de los hombres no había nada seguro. Para un hombre, un compromiso podía romperse cuando perdía una guerra, al igual que podía romperse cuando vencía. Todo era posible en la lucha de los hombres por el poder. Podía suceder que los linajes vencedores ahora quisiesen unirse más mediante cervezas de

compromiso, pero también se les podía ocurrir unirse en matrimonio con la parte derrotada para así sellar la paz. Lo único seguro era que las doncellas más afectadas por ese tipo de decisiones bien podían ser las últimas en enterarse.

Esta inseguridad corroía a Cecilia Blanka, pero también implicaba lo bueno de que no sacaba provecho de antemano de su victoria. No dirigió palabras duras hacia las desgraciadas hermanas que pertenecían al bando derrotado y Cecilia Rosa actuó del mismo modo. No se jactaron, no fueron triunfantes ni se burlaron de nadie.

La postura de las dos Cecílias tuvo un efecto bueno y curativo sobre los sentimientos en el interior del convento y la madre Rikissa, que a veces era lista, al menos más de lo que creían las dos Cecílias, vio la posibilidad de adelantarse a los deseos de las jóvenes. Entre otras cosas modificó algo las normas acerca de las conversaciones en el *claustrum lectionis*, en los bancos de la parte norte del claustro. Anteriormente, sólo se habían celebrado allí los ratos de lectura y recitales de los pocos escritos que había en Gudhem, o las conversaciones constructivas acerca de pecados y castigos cuando había que instruir a las doncellas mundanales. Pero ahora la madre Rikissa invitó varias veces a lo largo del verano a la señora Helena Stenkilsdotter a dar unas charlas sobre la lucha por el poder, algo de lo que sabía mucho, y sobre cómo las mujeres debían actuar con relación a ese tipo de cuestiones, algo de lo que sabía todavía más.

La señora Helena no sólo era de linaje real y adinerado. Había vivido bajo el mandato de cinco o seis reyes, había tenido tres maridos y había sufrido muchas guerras. Lo que ella no supiese de la suerte de las mujeres no valía la pena saberlo.

Primero les explicó que las mujeres debían aprender a estar unidas hasta el final. La mujer que eligiese enemigos y amigos en función de la oscilante suerte de guerra de los hombres acababa finalmente sola en la vida teniendo tan sólo enemigos. La que elegía triunfar sobre una hermana cuyo linaje acababa de vivir una derrota era una estúpida, pues bien podía ser la próxima vez al revés. Si dulce era pertenecer al bando vencedor de una guerra, igual de amargo era pertenecer al bando derrotado. Pero si una mujer vivía el tiempo suficiente, como había hecho la señora Helena, y como por Dios esperaba que les fuese permitido también a las doncellas que ahora la escuchaban, acabaría viviendo la dulce victoria y el negro sentimiento de la derrota muchas veces a lo largo de su vida.

Y si las mujeres hubieran tenido suficiente sentido común como para estar más unidas en este mundo, ¿cuántas guerras innecesarias se podrían haber evitado? Y si las mujeres se odiaban sin tener motivos propios y razonables para hacerlo, ¿cuánta muerte inútil podía conllevar eso?

La señora Helena había hablado de ese modo la primera y la segunda vez, dando vueltas sobre las mismas cosas. Pero la tercera vez fue tan brusca y clara que hizo empalidecer a su joven público, e hizo que reflexionasen tanto que acabaron todas mareadas.

—Porque dejemos volar libremente el pensamiento como si cualquier cosa

podiera suceder, lo que por otra parte suele ocurrir —dijo esta tercera vez—. Imaginemos que tú, Cecilia Blanka Ulvsdotter, te conviertes en la reina de Knut. E imaginemos que tú, Helena Sverkersdotter, en un futuro próximo bebas la cerveza de matrimonio con alguno de los parientes daneses del bendito difunto rey Sverker. Imaginemos que esto es lo que sucede. Bien, ¿quién de vosotras dos quiere guerra? ¿Quién quiere paz? ¿Qué significado tendría que os odiaseis por unos breves años de juventud en Gudhem y qué significaría si en lugar de eso fuerais amigas desde entonces? Sí, yo os lo diré, significaría la diferencia entre la vida y la muerte para muchos de vuestros parientes, puede significar la diferencia entre la guerra y la paz.

Hizo una breve pausa y cambió jadeante de postura en el asiento mientras miraba con los ojos entrecerrados a las jóvenes oyentes que estaban sentadas con las espaldas rectas sin demostrar lo más mínimo si la comprendían, ni si estaban de acuerdo o no. Ni tan siquiera Cecilia Blanka demostró lo que pensaba, aunque pensó que lo mínimo que se merecería Helena Sverkersdotter eran tres veces los golpes de flagelo que ella misma había repartido.

—Parecís zopencas —continuó la señora Helena después de un rato—. Pensáis que lo que digo es sólo el Evangelio, lo de siempre. Hay que mostrar paz, la ira y el odio son graves pecados, hay que perdonar a los enemigos al igual que ellos deberían perdonarnos, poner la otra mejilla y todo lo bueno que aquí en Gudhem se intenta inculcar en vuestras pequeñas cabezas vacías. Pero no es así de sencillo, mis queridas amigas y hermanas. Porque pensáis que no tenéis ningún poder propio, que todo el poder está en la punta de la lanza, pero en eso os equivocáis por completo. Por eso corréis como un rebaño de borregos por el patio, ora aquí, ora allá, ahora éste es tu enemigo, ahora el otro. Ningún hombre con sentido común, y que la Virgen María os tenga bajo su mano protectora, de modo que todas tengáis maridos así, ningún hombre con sentido común puede negarse a escuchar a su esposa y madre de sus hijos y soberana sobre finca y llaves. Cuando se es joven como vosotras, una piensa que sólo es cuestión de tonterías, que un poco de llanto o caricias, unos estirones de la barba por parte de una pequeña hija, puede hacer que incluso el padre más malhumorado y gruñón os regale ese potro de alazán. Pero todo esto sirve tanto para lo grande como para lo pequeño. No salgáis al mundo como pequeñas tontainas, debéis salir con vuestra propia y fuerte voluntad, tal como dice la Escritura, y hacer algo bueno y no algo malo con esa libre voluntad. Vosotras decidís al igual que los hombres sobre la vida y la muerte, la paz y la guerra y sería un grave pecado si os deshicieseis de tal responsabilidad en la vida.

La señora Helena indicó con un gesto que estaba cansada y, dado que tenía muy mala vista con sus ojos llorosos, dos hermanas se acercaron para llevarla a su casa a las afueras de los muros. Pero allí quedaron una manada de doncellas con los pensamientos al rojo vivo sin decir nada, sin mirarse las unas a las otras.

En ese ambiente de conciliación que había surgido en Gudhem, en gran parte gracias a las muchas palabras sabias que la señora Helena había dirigido a las

jóvenes, como llega la calma tras la tormenta, la madre Rikissa actuó rápidamente y con sabiduría.

Cuatro doncellas de Linköping habían llegado a Gudhem y sólo tres de ellas con alguna experiencia en un convento. Todas llevaban luto por parientes perdidos y todas tenían miedo, y noche tras noche se dormían llorando. Se apoyaban las unas en las otras como pequeños patitos que habían perdido a su madre pato, una fácil presa para todo lucio acechando entre los juncos y todo zorro malintencionado moviéndose sigilosamente por la orilla.

Pero de su mal se podía sacar algo bueno, tal como se puede hacer una virtud de la necesidad, pensaba la madre Rikissa. Y decidió dos cosas. En primer lugar se alzaría el voto de silencio en Gudhem durante un tiempo indefinido, ya que ninguna de las nuevas pequeñas dominaba el lenguaje de los signos. En segundo lugar, dado que las hermanas tenían otras cosas más importantes en las que ocuparse, Cecilia Blanka y Cecilia Rosa tendrían una especial responsabilidad sobre las nuevas para enseñarles a hablar con señas, para enseñarles las normas, a cantar y a tejer.

Cecilia Blanka y Cecilia Rosa se sorprendieron al ser llamadas por la madre Rikissa a la sala capitular para recibir estas instrucciones. Y se llenaron de dobles sentimientos. Por una parte, era un tipo de libertad que nunca habían imaginado que podrían llegar a tener en Gudhem, decidir sobre su propio trabajo y además poder hablar libremente sin correr riesgos. Por otra parte, se las juntaba con cuatro hermanas de los Sverker. Cecilia Blanka quería tener poco que ver con ellas, aunque hubiese empezado a sentirse insegura acerca de si en realidad las odiaba a todas por tener los padres y madres que tenían. Cecilia Rosa le pidió que considerara cómo se habría sentido ella si la batalla en los campos de sangre a las afueras de Bjälbo hubiese terminado de otro modo. Además, tenían que obedecer de cualquier modo.

Las seis se sintieron desconcertadas al encontrarse por primera vez en el claustro tras el descanso de la tarde. Cecilia Rosa opinaba que cantar era lo más sencillo si no se sabía qué decir. Y puesto que sabía en todo momento en qué punto del Salterio se encontraban, también sabía qué canciones llegarían tres horas más tarde al tocar nona. Y así empezaron sus clases, en las que Cecilia Rosa cantaba primero cada canción las suficientes veces hasta que parecía que la habían captado, al menos de forma provisional. Luego, al cantar nona en la iglesia, se notaba que las nuevas realmente seguían el cántico.

Al salir al claustro tras el canto hacía un frío otoñal y mucho viento. Cecilia Blanka se fue entonces a los aposentos de la abadesa y volvió pronto y muy satisfecha y explicó que tenían permiso para utilizar la sala capitular.

Estuvieron allí durante una hora más o menos practicando los signos más sencillos del idioma silencioso de Gudhem, palabras como «sí» y «no», «bendecida» y «gracias», «que la Virgen María te proteja», «ven aquí», «ve allá», «cuidado, que la hermana te puede oír»...

Las inexpertas maestras notaron pronto que éste era un arte que había que enseñar

en pequeñas dosis y que no se podía pasar demasiado rato haciéndolo. Tras la mitad de la jornada de trabajo, antes de sexta, cruzaron el claustro y fueron a las casas de tejer, donde unas malhumoradas y reacias *conversae* les hicieron sitio y allí las Cecilias empezaron a hablar a la vez para explicar acerca del arte de tejer, de modo que se echaron a reír; pronto bromearon hablando las seis a la vez, y por primera vez pudieron reírse todas juntas.

Resultó que una de las nuevas, la más joven y pequeña, una doncella de pelo negro que se llamaba Ulvhilde Edmundsdotter, ya era muy hábil en el arte de tejer. No le había dicho nada a nadie hasta el momento, o tal vez nadie la había oído hablar desde que llegó a Gudhem, pero ahora empezó a explicar con entusiasmo que había una forma de mezclar lino y lana, de modo que se obtenía una tela que tenía a la vez algo de calor y algo de flexibilidad; era perfecta para los mantos tanto de los hombres como de las mujeres. Pues todas pertenecían a familias en las que había una gran demanda de mantos tanto con fines eclesiásticos como mundanales.

La conversación se interrumpió en este punto por primera vez, pues todavía se sentían desconcertadas las unas en compañía de las otras, dos de ellas de los linajes de los mantos azules y cuatro de los linajes de los mantos rojos y negros. Pero una semilla había sido plantada durante esa conversación.

Al cabo de poco tiempo Cecilia Rosa descubrió que la pequeña Ulvhilde se movía sigilosamente a su alrededor, no de forma hostil, como si quisiese espiar, sino con timidez como si tuviese algo que decir. Dado que las dos Cecilias se habían repartido su tiempo como profesoras, de modo que Rosa se encargaba del canto y Blanca del tejer y hacían juntas todas las clases de lenguaje de signos, Cecilia Rosa pronto halló una ocasión para terminar el canto un poco antes que de costumbre. Luego pidió con franqueza a Ulvhilde que se sentara un rato y dijera aquello que era evidente que quería explicar. Las otras salieron en silencio y cerraron la puerta de la sala capitular con tanta discreción que Cecilia Rosa tuvo la sensación de que las demás ya sabían de qué se trataba.

—Bueno, Ulvhilde, ahora que estamos solas —empezó casi con la autoridad de una abadesa, pero en seguida se sintió avergonzada y se detuvo—. Quiero decir... tengo la sensación de que hay algo de lo que quieres hablar en privado. ¿Tengo razón?

—Sí, querida Cecilia Rosa, tienes toda la razón —respondió Ulvhilde con aspecto de intentar mantener alejado el llanto.

—Querida amiga, ¿de qué se trata? —preguntó Cecilia Rosa, insegura.

Pero la respuesta tardó. Permanecieron así durante un rato sin que ninguna de ellas se atreviese a ser la primera en romper el silencio, pues Cecilia Rosa había empezado a sospechar algo malo.

—Pues es que mi padre era Emund Ulvbane, en paz descanse su alma —susurró Ulvhilde al final con la mirada clavada en el suelo de piedra caliza.

—No conozco a ningún Emund Ulvbane —repuso Cecilia Rosa, cobarde, pero se

arrepintió de inmediato.

—Seguro que sí, Cecilia Rosa, tu prometido Arn Magnusson lo conocía y todo el mundo de Götaland Occidental y Götaland Oriental conoce aquel acontecimiento. Mi padre perdió una mano en esa lucha.

—Sí, claro que conozco la lucha en el concilio de Axevalla —reconoció Cecilia Rosa, avergonzada—. Todo el mundo lo conoce, tal como tú misma has dicho. Pero yo no estaba allí y no tuve nada que ver en el asunto. Arn todavía no era mi prometido. Y tú tampoco estabas allí. ¿Qué quieres decir con esto? ¿Crees que ese hecho podría interponerse entre nosotras como una muralla?

—Es mucho peor que eso —continuó Ulvhilde, que ya no podía contener las lágrimas—, Knut Eriksson mató a mi padre en Forsvik a pesar de haber prometido que él nos seguiría a mí, a mi madre y a mis hermanos. Y en los campos de sangre...

En este punto, Ulvhilde ya no tuvo fuerzas para seguir y se dobló hacia adelante como si el dolor se apoderase de su vientre. Cecilia Rosa se sintió primero completamente perpleja pero abrazó de todos modos a la pequeña Ulvhilde, se arrodilló a su lado y le acarició las mejillas con torpeza.

—Vamos, vamos —dijo, consolándola—. Lo que has empezado a explicar tiene que salir de todos modos y es mejor quitarse lo malo de encima. Dime ahora lo que sucedió en los campos de sangre, porque lo ignoro por completo.

Ulvhilde luchó un rato consigo misma para tomar aire entre sollozos antes de poder decir de forma intermitente el resto de lo malo que tenía que salir.

—En los Campos de Sangre... murieron mis dos hermanos... asesinados por unos Folkung... y luego fueron a nuestra finca, donde nuestra madre... donde estaba todavía. ¡Y quemaron la casa con ella y la servidumbre y los animales dentro!

Fue como si la tremenda pena de Ulvhilde se extendiese como el hielo por sus miembros hasta que Cecilia Rosa también lo sintió en su interior. Se abrazaron sin poder decir nada. Cecilia Rosa empezó a mecerla de un lado a otro, como a un niño, aunque no hubiese sueño posible de conciliar. Pero algo más quedaba por decir.

—Ulvhilde, querida pequeña —susurró Cecilia Rosa con voz ronca—. Piensa en que yo podría haber sido tú y que ninguna de las dos tenemos la más mínima culpa en eso. Si puedo consolarte, lo intentaré. Si me quieres como amiga y apoyo lo intentaré también. No es fácil vivir en Gudhem, y debes saber que amigos es lo que necesitamos más que nada aquí dentro.

La agonía de la señora Helena Stenkilsdotter fue larga. Tardó diez días en morir y pasó la mayor parte del tiempo con la cabeza completamente despejada. Eso complicó la situación todavía más para la madre Rikissa, que tuvo que enviar mensajeros a todas partes.

No se podía enterrar a la señora Helena como a cualquiera de las jubiladas de Gudhem, pues pertenecía a un linaje real y había estado casada tanto en el linaje de Sverker como en el de Erik. En otro momento y con las heridas tras la guerra mejor curadas, un gran cortejo habría acudido para rendirle homenaje en su último viaje.

Pero tal como estaban ahora las cosas con los recuerdos de los Campos de Sangre a las afueras de Bjälbo demasiado recientes, sólo acudió un grupo reducido aunque muy sereno. Además, los invitados habían llegado casi todos varios días antes de su fallecimiento y se vieron obligados a esperar en el *hospitium* y también en otras casas a las afueras de la clausura, a un lado los Folkung y los Erik, y al otro los Sverker.

Cecilia Blanka y Cecilia Rosa fueron las únicas de las familiares que pudieron salir al exterior de los muros para cantar ante el sepulcro en el cementerio. El motivo no era su pertenencia de linaje, sino que sus voces eran las más bellas de Gudhem.

El obispo Bengt había acudido desde Skara para las honras fúnebres y ahí estaba rodeado por un vacío, con su capa obispal azul claro con bordados dorados, como agarrándose a su bastón. A un lado tenía a los Sverker y los vástagos Stenkils, con mantos rojos, negros y verdes. Al otro lado estaban los Erik, en dorado y azul celestial, y los Folkung, en el mismo color azul pero con plateado. A la salida del cementerio formaron todos dos hileras con los escudos sujetos a las lanzas hundidas en la tierra, el león de los Folkung, las tres coronas de los Erik, el grifo negro de los Sverker y la cabeza de lobo de los Stenkils. Algunos de los escudos todavía guardaban claras marcas de filos de espadas y puntas de lanza, al igual que los mantos de algunos de los huéspedes llevaban rastros de sangre y batalla. La paz era demasiado reciente como para que la lluvia hubiese tenido tiempo de borrar las huellas de la guerra.

Las dos Cecilias se esforzaron al máximo en sus cánticos y sin tener la más mínima intención de ser traviesas y armar confusión en las voces. Lo poco que habían conocido a la señora Helena antes de que muriese había sido más que suficiente como para quererla y guardarle un gran respeto.

Cuando terminó el canto y la señora Helena estuvo enterrada bajo la tierra negra, las dos Cecilias y todas las hermanas debían regresar cuanto antes detrás de los muros. Se iba a beber la cerveza de sepulcro en el *hospitium*, pero eso era algo que sólo concernía al obispo Bengt, a la madre Rikissa y a los invitados mundanales, que ahora se veían obligados a estar todavía más juntos de lo que habían estado en el cementerio, donde había quedado demostrado que no había ningún interés en confraternizar.

Cuando el obispo Bengt y su deán empezaron a caminar, como si quisiesen dirigir la procesión hacia el *hospitium* y la cerveza de sepulcro que los esperaba, la hostilidad y el desprecio que se tenían los invitados mundanales era más que evidente. Los Erik empezaron a caminar, de modo que llegaron los primeros. Pero al descubrirlo los Sverker, éstos se dieron prisa para ir al menos delante de los Folkung. Así avanzó bajo grave silencio el colorido cortejo hacia la parte más septentrional de Gudhem, donde se encontraban las estancias de los huéspedes.

Las dos Cecilias se habían quedado un poco más atrás para observar el esplendor de las ropas y el espectáculo. Al descubrirlo, la madre Rikissa se dirigió hacia ellas a paso ligero y bufó algo insolente acerca de la grosería de que unas doncellas

cristianas se quedaran allí mirando, boquiabiertas, y que entrasen de inmediato tras los muros.

Pero entonces Cecilia Blanka le respondió con suavidad, tan suave que ella misma se sorprendió, que había visto algo que podría ser bueno tanto para la paz como para Gudhem, que muchos de los mantos de los invitados necesitaban ser limpiados de los rastros de la guerra y que eso era algo que podían hacer en Gudhem. Primero la madre Rikissa pareció enojarse, pero justo cuando abrió la boca para pronunciar unas duras palabras, fue como si una idea cruzase por su mente y se volvió y miró hacia el malhumorado grupo de invitados que se alejaba.

—Vaya, veo que incluso una gallina ciega puede encontrar el grano —dijo, pensativa y para nada desagradable. Pero ahuyentó a las dos Cecílias como si estuviese espantando gansos.

La madre Rikissa tenía dos preocupaciones que ocultaba a todo el mundo de Gudhem. Una tenía que ver con un gran acontecimiento que se avecinaba, inevitable como una nueva estación del año, y que al menos para Cecilia Blanka implicaría el mayor cambio. La otra se refería a los negocios de Gudhem y era bastante más difícil de resolver.

Gudhem ya era un convento rico, hacía menos de una generación que la iglesia había sido bendecida como iglesia de convento y las primeras hermanas se habían instalado. Pero la riqueza por sí misma no daba que alimentar a todas las bocas, pues su riqueza era la propiedad de tierras y esta propiedad debía ser convertida en comida y bebida, ropa y trabajos de construcción. Y lo que la tierra producía llegaba hasta Gudhem desde todas partes en forma de cereales, pacas de lana, pescado salado, pescado seco, harina, cerveza y fruta. Algunos de estos productos debían guardarse para el consumo de Gudhem y una parte mayor debía ser transportada a los diferentes mercados, sobre todo al de Skara, para ser vendido y convertirlo en plata, y la mayor parte de esta plata se utilizaba para pagar a todos aquellos forasteros de países lejanos que trabajaban en las diferentes construcciones del convento. Demasiadas veces sucedía que la venta de los productos se retrasaba y se agotaba la plata del arca del convento. Ésta era una constante fuente de preocupación para la madre Rikissa y por mucho que había intentado aprender los diversos aspectos de la contabilidad, el *yconomus*, un canónigo de Skara que el obispo Bengt consideraba inútil para el trabajo eclesiástico pero con buena cabeza para los negocios, siempre tenía respuestas para todas sus desconfiadas preguntas. Si las cosechas eran buenas, era difícil encontrar salida en el mercado para demasiado cereal a la vez. Si las cosechas eran malas, había que esperar con la venta hasta que los precios subiesen. Además, se trataba de no venderlo todo de golpe, de distribuir la venta a lo largo de todo el año. De modo que al final del otoño, cuando llegaban la mayor parte de los arriendos que correspondían a Gudhem, todos los almacenes se llenaban hasta rebosar, y hacia el final de cada verano, todos estos espacios estaban vacíos. El *yconomus* sostenía que era como debía ser.

La madre Rikissa había intentado hablar sobre este problema con el padre Henri, que era abad en Varnhem y su superior como tal, pues Gudhem era un convento subordinado a Varnhem. Pero el padre Henri no pudo darle demasiados buenos consejos. Había, pues, grandes diferencias entre un monasterio habitado por hombres y uno con sólo mujeres, había explicado con semblante preocupado. En Varnhem obtenían ingresos en plata a través de muchos trabajos propios, tenían una veintena de canteras donde fabricaban ruedas de molino, tenían forjas que fabricaban de todo, desde herramientas de agricultura hasta espadas para los nobles y toda la construcción se hacía con trabajo propio, sin gastar nada de plata a cambio. El padre Henri había dicho que lo que Gudhem necesitaba era un trabajo propio que pudiese dar plata de forma directa. Era fácil decirlo, pero otra cosa muy distinta era hacerlo.

Por tanto, cuando la madre Rikissa oyó a Cecilia Blanka hablar de los lúgubres mantos de los invitados, tuvo una idea, que siempre recordaría como idea propia. En Gudhem hilaban y tejían la lana, cosechaban el lino, separaban las fibras de la brizna, lo secaban, partían los tallos, los limpiaban de las partes leñosas, lo peinaban para separar las fibras cortas, hilaban y tejían, toda la elaboración desde la planta hasta la tela. Y la hermana Leonore, que se encargaba de los jardines de Gudhem, tenía conocimientos de cómo teñir telas de varias maneras que, a excepción del negro, nunca habían sido de uso, pues dentro de Gudhem no había ninguna necesidad de utilizar colores mundanalmente vistosos.

Tal como el pensamiento precede al acto, como el rubor de la aurora precede al día, la madre Rikissa puso ahora la nueva tarea en marcha. Al regresar de la cerveza de sepulcro en el *hospitium*, que había sido tan corta como era de esperar entre vencedores y derrotados, traía dos mantos desgastados y mal remendados, uno rojo y uno azul. Había sido muy estricta en este sentido, debía llevarse un manto de cada bando.

Todo el trabajo nuevo que ahora se iba a hacer llegó como una luz a Gudhem, algo que también había deseado la madre Rikissa. Porque, aparte del problema de las monedas de plata, estaba librando una carrera con el tiempo en algo que no había confesado a nadie más: tenía que lograr que las doncellas cesasen en su hostilidad.

Las doncellas tendrían una gran responsabilidad por el nuevo trabajo, algo muy conveniente para la intención oculta de la madre Rikissa. A principios del otoño, las hermanas legas tenían demasiado que hacer con el pesado trabajo de la cosecha. Además, éstas procedían todas de familias en las que no se vestían nunca con los colores del linaje para ir a la iglesia, ni a cervezas de matrimonio, ni a visitas al mercado. Las hermanas legas, las *conversae*, a las que la madre Rikissa trataba con un desprecio que pocas veces lograba ocultar, eran mujeres de familias pobres, de aquéllas en las que no se tenía suficientes recursos para casarlas y, por tanto, eran enviadas a un convento para ganarse su propia comida en lugar de quedarse en casa de un pobre padre campesino costando más de lo que podían aportar. Las hermanas legas no habían rozado siquiera un manto ni de los Folkung ni de los Sverker. Por

tanto, éste era un trabajo del que debían encargarse por completo las hermanas ordenadas y las invitadas eventuales de las familiares, las dos Cecilias y las hijas de los Sverker.

Sin embargo, pronto se descubrió que no era un trabajo nada fácil el que había llegado a Gudhem. Había que hacer pruebas en todo y muchas de ellas salieron fallidas antes de que finalmente saliese algo bien. Pero fue como si todas estas dificultades del principio animaran todavía más a las doncellas. Corrían a cada trabajo de un modo casi indecoroso, y cuando la madre Rikissa pasaba por delante del taller de tejer las oía a todas charlar animadamente en un tono que desde luego no era el apropiado en una casa dedicada a la Madre de Dios. Pero la madre Rikissa tenía paciencia, ahora bien podían reír. Ante el gran acontecimiento habría sido poco inteligente por su parte tratar con dureza a las doncellas.

Ulvhilde Edmundsdotter había logrado convencer a las demás para intentar tejer la tela de la que había hablado, en la que se mezclaba lana y lino. Un manto sólo de lino sería demasiado endeble, un manto de pura lana sería demasiado grueso y pesado y no caería bien sobre los hombros y la espalda. Así que lo primero era conseguir la tela. Sin embargo, no era fácil, porque si se hilaba el hilo de lana demasiado suelto, sobresalía demasiada pelusa de la tela y si se hilaba el lino demasiado fuerte entonces la tela se encogía demasiado. En todo esto tuvieron que ir probando.

Luego tuvieron problemas con las diferentes pruebas de color de la hermana Leonore. El rojo resultó ser el color más fácil de conseguir, aunque las doncellas eran muy estrictas en que debía ser un rojo muy preciso. El rojo del jugo de la remolacha era un color lila demasiado intenso y claro, el rojo que procedía del hipérico era demasiado claro y marrón. Aunque se podía mezclar con raíz de aliso para bajarlo de tono. Pronto apareció el color rojo adecuado entre las muchas vasijas de la hermana Leonore. Más difícil fue el azul.

Un trozo de tela teñido debía ser marcado y secado, pues un color mojado no tenía para nada el mismo aspecto mojado que seco. Se usaron muchos trozos de tela, cuyo uso posterior era difícil de imaginar, únicamente para todas estas pruebas.

Hubo mucho trabajo primero sin producir un solo manto entero. Y por si eso no fuese suficiente, se sumó la cuestión de cómo iban a forrar los mantos y de dónde iban a sacar las pieles. La ardilla de invierno, la marta y el zorro no abundaban, de modo que el trabajo que supondría el ingreso de plata se convertía en un nuevo gasto. El *yconomus*, que al final fue ordenado por una cautelosa madre Rikissa a ir a Skara a comprar pieles, y en el peor de los casos viajar hasta Linköping, se lamentaba y se hacía el loco con respecto a los gastos. Opinaba que era arriesgado gastar plata en algo que no se estaba seguro de poder vender y que de cualquier modo pasaba mucho tiempo entre el gasto y el ingreso. La madre Rikissa, que estaba más insegura de lo que se atrevía a manifestar ante un hombre bajo, respondió que la plata no se multiplicaba sola en el fondo de unas arcas a menos que no la utilizases primero para algo. Ante eso, el *yconomus* respondió malhumorado que si se hacía algo así se podía

tanto perder como ganar. Tal vez la madre Rikissa habría hecho más caso a las quejas del *yconomus* en otra situación más tranquila para Gudhem, pero ante el acontecimiento que pronto tendría lugar consideró que era tan importante que las doncellas no tuviesen nada acerca de lo que quejarse como el hecho de que quedase plata en las arcas.

El presagio del gran acontecimiento en Gudhem fue una caravana de carros de bueyes procedente de Skara. Llegó un tranquilo y claro día de otoño y fue recibida como nada inesperado, a pesar de que la carga estuviese compuesta en gran parte por lonas de tiendas y madera, toneles de cerveza e hidromiel e incluso algunos barriles de vino que se había recogido en Varnhem, cuerpos de animales que debían colgarse al fresco y una gran cantidad de asadores y trabajadores. Empezaron a levantar un campamento de tiendas al exterior de Gudhem y los golpes de martillo, las risas y el lenguaje grosero podía oírse muy bien, o mejor dicho mal, desde la clausura.

En el interior de los muros zumbaban como en una colmena los rumores entre *conversae* y doncellas mundanales. Alguna boba pensaba que iba a haber guerra de nuevo, que llegaría un gran ejército y haría de Gudhem una fortaleza del enemigo. Otras opinaban que se trataba simplemente de una reunión de obispos y que habían elegido un lugar que no fuese casa de ninguno de los bandos. Pero la madre Rikissa y las monjas que sabían, o deberían saber, no hacían ninguna señal que revelase lo que sabían o no sabían.

En el *vestiarium*, la palabra más solemne que ahora se usaba para designar la vieja sala de tejer, donde las Cecilias y las hijas de los Sverker pasaban más tiempo del necesario, pronto surgió la idea de que iban a sacar a alguna de ellas para ser desposada, una idea que inspiraba tanto esperanza como temor. De cualquier modo, parecía lo más probable, pues era un banquete lo que se iba a celebrar. Especulaban revolucionadas, como si ya no fuesen en absoluto enemigas, acerca de cuál de ellas acabaría con un viejo baboso de Skara, la fastidiosa amenaza de las Cecilias hacia las hijas de los Sverker, a la que, sin embargo, éstas respondían amenazando con un viejo baboso de Linköping que le habría hecho algún favor al rey o le habría prometido fidelidad a cambio de poder acostarse una vez más en el lecho de heno con una virgen. Cuanto más hablaban de ello, más se agitaban, pues grande era la posibilidad de una vida a las afueras de los muros y horrible la idea de casarse con un viejo baboso, ya fuese de Linköping o de Skara. Pues lo que podía ser liberación o castigo podía afectar tanto a alguna del bando rojo de Sverker como a alguna del bando azul; medio en broma, todas se habían atado un fino hilo de lana alrededor de su brazo derecho, rojo para las hijas de los Sverker y azul para las dos Cecilias.

Si un hombre digno del bando vencedor iba a buscar esposa, ¿preferiría entonces a alguna de las Cecilias? ¿O podría alguien del bando derrotado elegir a una Cecilia? ¿O tomaría un vencedor a una hija de los Sverker para reforzar la paz? ¿O se limitaría cada hombre a los familiares y amigos del propio linaje? Cualquier cosa sería posible.

En este punto de la conversación, Cecilia Rosa sintió como si una mano agarrase

su corazón. Le costaba respirar y empezó a sudar y tuvo que apartarse un rato, se retiró al frío aire del claustro y respiró como en convulsiones. Si habían decidido casarla, ¿qué podría hacer para evitarlo? Le había jurado fidelidad a su amado Arn, y él le había jurado lo mismo. ¿Pero qué le importarían tales juramentos a unos hombres que ajustaban cuentas tras una guerra? ¿Qué importancia podía tener su voluntad o su amor, palabras a las que los hombres de poder no daban la más mínima importancia?

Se consoló con que de hecho estaba condenada a muchos años de penitencia y que era un veredicto de la sagrada Iglesia de Roma que ni Folkung ni Erik, que acababan de ganar una guerra, podrían cambiar. Se tranquilizó de inmediato pero también encontró que era una curiosa idea el hecho de que su larga condena pudiese llegar a ser su consuelo. De cualquier manera, no sería desposada.

—Te amo por toda la eternidad, Arn, que la Santa Virgen siempre te tenga bajo su mano protectora, sea donde sea que te encuentres en Tierra Santa, y sean los que sean los infieles enemigos a los que te enfrentes —susurró.

Rezó inmediatamente tres avemarías y luego se dirigió en propia plegaria a la Madre de Dios, pidiendo perdón por haberse dejado llevar por su amor mundanal y asegurando que su amor a la Madre de Dios era el mayor de todos. Después entró, más calmada, con las demás y todo volvió a la normalidad.

Al día siguiente, después del *prandium* y de la acción de gracias cuando en realidad tocaba descanso, hubo gran alboroto en Gudhem. Llegó un mensajero que golpeó con fuerza el portón, las hermanas corrían de un lado a otro, la madre Rikissa salió de la iglesia frotándose las manos de preocupación y todas las mujeres fueron llamadas a procesión. Pronto salieron por el gran portón bajo Eva y Adán, lentamente y por orden, tal y como prescribían las normas, y luego cantando dieron tres vueltas a los muros antes de detenerse ante la parte sureste de Gudhem. Allí se colocaron en grupos con la madre Rikissa al frente, tras ella las monjas ordenadas y detrás de éstas las hermanas legas. Curiosamente, las doncellas debían estar a la altura de las monjas ordenadas formando un pequeño grupo aparte.

En el campamento de tiendas que se había levantado, unos hombres en ropas de trabajo normales de color marrón se preparaban limpiando todo lo que estuviese sucio, algo que se realizaba con grandes prisas, y corriendo a buscar palos con banderines enrollados. Luego se colocaron todos los hombres mundanales en una fila y pronto sólo se oyeron susurros.

Todos los hombres y todas las mujeres permanecían ahora tensos mirando hacia el sureste. Era un día hermoso de ese momento en que el otoño conserva todos los colores y cuando todavía no es demasiado severo y augura el invierno. Había una suave brisa y sólo alguna que otra nube en el cielo.

Lo primero que pudo intuirse al sur fue el reflejo de unas puntas de lanza a la luz del sol. Pronto se vislumbró un gran grupo de jinetes y en seguida pudieron distinguirse los colores, que en su mayoría eran azules. Los que se acercaban eran

Folkung y Erik, pudieron comprender todos los que no lo supiesen ya.

—Son nuestros hombres, nuestros colores —susurró Cecilia Blanka, excitada, a Cecilia Rosa, que estaba a su lado. La madre Rikissa se volvió y con una mirada severa se llevó la mano a la boca en señal de silencio.

La curiosa comitiva se fue acercando y pronto pudieron verse los escudos. Todos los que cabalgaban al frente llevaban tres coronas sobre fondo azul, o el león de los Folkung sobre el mismo color, al igual que todos los mantos de la primera fila eran azules.

En poco tiempo la comitiva estuvo todavía más cerca y entonces se pudo ver que había mantos rojos más atrás, y verdes y negros con dorado y otros colores que no pertenecían a ninguno de los linajes más poderosos.

Al acercarse aún más se vio que uno de los que cabalgaban al frente llevaba oro reluciente sobre su cabeza en lugar de un casco. No, dos de los que cabalgaban en primera fila llevaban coronas.

Al estar la comitiva a menos de un tiro de flecha de distancia fue fácil reconocer a los tres que cabalgaban al frente. Primero iba el arzobispo Stéphan sobre un apacible alazán de barriga considerable, todo el mundo sabía lo difícil que les era a algunos prelados cabalgar al entrar en edad avanzada, y ésta era una vieja y apacible yegua de ojos sabios y tranquilos.

Sin embargo, detrás del arzobispo, a su derecha, cabalgaba el mismo Knut Eriksson sobre un caballo negro y vivaz. Llevaba una corona real. Y a su lado cabalgaba Birger Brosa, el canciller, con una corona más pequeña.

La madre Rikissa permanecía con la espalda recta, casi en actitud desafiante. La comitiva estaba ya tan cerca que podrían haber hablado los unos con los otros. Entonces la madre Rikissa se arrodilló, pues debía hacerlo tanto ante el poder mundanal como el eclesiástico. Tras ella se arrodillaron todas las hermanas, todas las *conversae*, y finalmente las doncellas mundanales también. Cuando todas las mujeres se hallaron en esa posición con la mirada en el suelo, se arrodillaron también los hombres. El rey Knut Eriksson había llegado a Gudhem en su primer viaje por el país en calidad de rey.

Los primeros tres jinetes se habían detenido a tan sólo unos pasos de la madre Rikissa, que todavía no había alzado la mirada del suelo. Entonces el arzobispo Stéphan desmontó con dificultad, murmurando en un idioma extranjero acerca de los problemas de este asunto, arregló su vestimenta y luego se acercó a la madre Rikissa alargándole la mano derecha. Ella la tomó y la besó, sumisa, y entonces él le dio permiso para levantarse. Luego pudieron levantarse el resto y permanecieron en silencio.

El rey Knut bajó de su caballo, aunque con la ligereza propia de un joven guerrero victorioso y para nada como un arzobispo, alzó su mano derecha y esperó sin mirar a su alrededor mientras un jinete de las últimas filas se acercaba al galope y le entregó un manto azul con las tres coronas doradas de los Erik y con forro de

armiño, el manto de un rey o una reina, uno igual que el que él mismo llevaba.

Tomó el manto sobre su brazo izquierdo y se dirigió despacio hacia las doncellas mundanales, mientras todo el mundo permanecía completamente inmóvil. Sin pronunciar ni una sola palabra, se colocó tras Cecilia Blanka, estiró los brazos levantando primero el manto para que todo el mundo pudiese verlo, luego colgó el manto de reina sobre sus hombros y la tomó de la mano para conducirla en dirección a la tienda real, donde ondeaban cuatro banderines con las tres coronas de los Erik. Cecilia Rosa tuvo tiempo de pensar —y le irritó que fuese capaz de pensar en tonterías en este momento— que no se había percatado de cuándo habían izado aquellos banderines.

Las dos Cecílias, sin embargo, seguían agarradas, sin darse cuenta se habían cogido de la mano en el mismo instante en que reconocieron a Knut Eriksson. Pero ahora que el rey quería llevarse a su Cecilia, sus brazos se estiraban a la vez que Cecilia Blanka, en breve la nueva reina de los svear y los godos, rápidamente se volvió y le dio a su amiga del alma un beso en cada mejilla.

El rey frunció el ceño pero pronto volvió a iluminársele la cara al conducir a su prometida Cecilia hacia la tienda real. Todos los demás permanecieron de pie o montados sobre sus caballos hasta que el rey y su prometida hubieron entrado en la tienda.

Entonces se armó un gran revuelo cuando toda la comitiva desmontó y todos empezaron a conducir sus caballos hacia los cercados y los almiarés de heno que habían dispuesto los trabajadores. El arzobispo se giró hacia la madre Rikissa, la bendijo y luego le hizo una señal despachándola como si estuviese espantando a una mosca, y empezó a caminar él también hacia la tienda real.

A continuación la madre Rikissa dio unas palmadas para indicar a todas las mujeres que estaban bajo su mando que debían volver sin más tardanza al interior de los muros.

En la clausura surgió ahora una gran inquietud y muchas discusiones que ni las normas más severas de este mundo podrían impedir. Incluso las sagradas hermanas de la Virgen María empezaron todas a hablar a la vez, casi tan alto como las doncellas mundanales.

Era momento para el canto y la madre Rikissa fue severa en su intento de restablecer el orden y de hacerlas entrar a todas en la iglesia y con la dignidad y el silencio requeridos para el momento de canto y oración. Durante el canto observó con preocupación cómo Cecilia Rosa cantó con una increíble fuerza y que las lágrimas se deslizaban por las mejillas de la joven y ahora peligrosa mujer. Todo había ido tan mal como había temido la madre Rikissa.

Todo había ido tan bien como Cecilia Rosa había esperado, pero también temido. Su querida amiga sería reina, estaba más claro que el agua. Eso por una parte, la gran alegría. Por otra parte, ahora se quedaría sola por muchos años, sin su amiga del alma. Eso era lo segundo, la pena. Ni ella misma sabía cuál de las dos era más fuerte.

Lo que quedaba de aquella jornada transcurrió en el interior de los muros al igual que cualquier otro día, aunque no pudiese ser como cualquier otro. Que el rey iría a parar en su camino de presentación precisamente a Gudhem era novedad para todas las doncellas y hermanas legas. La madre Rikissa había considerado mejor no decir nada acerca de lo que sabía desde hacía varias semanas. Tampoco le había dicho nada a Cecilia Blanka, a pesar de tener que hacerle llegar un saludo real, un saludo que habría vuelto indomable a Cecilia Blanka, y por tanto también habría producido gran desorden entre las otras doncellas mundanales.

El séquito del rey se había desviado de su camino habitual. Tras pasar Jönköping se habían dirigido hacia Erikberg, lugar de nacimiento del rey y donde también su padre, de quien ahora se hablaba cada vez más a menudo como Erik *el Santo*, había nacido y donde los de su linaje habían construido una iglesia con los murales más bellos de toda Götaland Occidental. El rey se encontraba ahora en la parte que a él le resultaba más grata de todo su viaje, en el corazón de las tierras de la casa de Erik.

Nadie del interior de los muros podía saber con demasiada certeza lo que sucedía fuera, pues tan sólo sonidos y olores lo podían explicar. Muchos viajeros llegaron y partieron, había un constante ajeteo de cascos de caballo. Los olores revelaban que habían empezado a rotar una buena cantidad de asados. En el *vestiarium*, las doncellas de Gudhem no trabajaron mucho, pues se pasaron el rato imaginando en voz alta lo que los olores y los sonidos explicaban acerca de lo que sucedía tan cerca pero a la vez tan lejos. Sin embargo, era como si en todo este charloteo hubiese surgido una distancia entre Cecilia Rosa y las demás. Ahora era la única dentro de Gudhem con un fino hilo azul alrededor de su brazo derecho, sola entre las hijas de los Sverker. Fue como si poco a poco estuviese volviendo la antigua hostilidad, mezclada con miedo o cautela pues ahora ella era, estando ella sola o no, la mejor amiga de la futura reina.

La madre Rikissa iba a salir después de vísperas al banquete a las afueras de los muros y se abstuvo sensatamente de acompañar a las demás al *refectorium* a tomar la cena compuesta por sopa de lentejas y pan de centeno. Pero apenas tuvo tiempo la priora de bendecir la cena cuando apareció de nuevo la madre Rikissa, provocando una ola de miedo a su alrededor, pues tenía la cara pálida por la furia contenida. Entre labios apretados ordenó a Cecilia Rosa que la siguiese inmediatamente. Parecía como si Cecilia Rosa fuese a ser castigada, en el peor de los casos con *carcer*.

Se levantó de inmediato y siguió, cabizbaja, a la madre Rikissa, pues en lugar de sentir temor se había encendido una luz de esperanza en su interior. Y tal como había deseado, los pasos de la madre Rikissa no se dirigieron hacia el *carcer*, sino todo lo contrario, hacia el portón y luego hacia el *hospitium*, desde donde podían oírse voces alegres procedentes del banquete que se estaba celebrando. También en las tiendas de delante de la forja y el establo había muchos hombres bebiendo cerveza.

Sin embargo, el *hospitium* era demasiado pequeño para dar cabida a más huéspedes de los exigidos por honor. Sentado a la mesa de roble de la sala estaba el

propio rey y su canciller Birger Brosa, el arzobispo y el obispo Bengt de Skara, otros cuatro hombres que Cecilia Rosa no conocía y, al final de la mesa, en la cabecera, estaba Cecilia Blanka con su manto azul con las tres coronas y ribete de armiño.

Cuando entraron en la sala, la madre Rikissa empujaba a Cecilia Rosa con brusquedad, la tomó del cuello y la obligó a hacer una reverencia ante los señores, como si esa idea no se le pudiera ocurrir a ella misma. Knut Eriksson frunció el ceño y le dirigió a la madre Rikissa una severa mirada, a la que ella hizo caso omiso. Luego él alzó la mano derecha de modo que la conversación y los susurros en la habitación cesaron.

—Te damos la bienvenida a nuestro banquete aquí en Gudhem, Cecilia Algotsdotter —dijo con una mirada cariñosa a Cecilia Rosa. Luego prosiguió dirigiendo una mirada menos amable hacia la madre Rikissa—: Te invitamos con especial placer, pues es el deseo de nuestra prometida, y al igual que podemos invitar a la madre Rikissa, si así nos place, nuestra prometida puede invitarte a ti.

Acto seguido, hizo un gesto hacia el lugar en el que estaba Cecilia Blanka y donde había suficiente espacio libre. Entonces la madre Rikissa condujo a Cecilia Rosa, agarrándola con fuerza, por toda la sala como si no fuese capaz de comprender que debía hacerlo por sí misma, y cuando se sentó la madre Rikissa arrancó furiosa el hilo de lana azul que Cecilia llevaba atado al brazo, dio media vuelta y caminó apresurada hacia su sitio, en la otra punta de la mesa.

A nadie se le escapó el despreciable trato que la madre Rikissa había dado al color azul y por eso hubo primero un silencio incómodo. Las Cecílias se cogieron de la mano por debajo de la mesa para reconfortarse. Todo el mundo podía ver lo furioso que estaba el rey con la madre Rikissa por su comportamiento.

—Si tú, madre Rikissa, sientes hostilidad hacia la lana azul, ¿supongo que no debes de sentirte muy cómoda aquí con nosotros esta noche?... —dijo con sospechosa suavidad aunque a modo de propuesta señalaba la puerta de salida.

—Tenemos nuestras propias normas en Gudhem, que ni siquiera los reyes pueden cambiarlas, y ninguna doncella lleva colores de linaje en Gudhem —respondió la madre Rikissa con rapidez y sin temor, de modo que parecía que había dejado sin respuesta al rey. Pero entonces el canciller Birger Brosa golpeó la mesa tan fuertemente con el puño que las jarras de cerveza saltaron, y se hizo un silencio como entre relámpagos y truenos, y todo el mundo se agazapó de forma inconsciente cuando se levantó y señaló a la madre Rikissa.

—Debes saber, Rikissa —empezó con un tono de voz mucho más bajo de lo que había esperado nadie en la sala—, que nosotros los Folkung también tenemos nuestras reglas. Cecilia Algotsdotter es una querida amiga y fue prometida a alguien más que querido tanto por mí como por el rey. Ciertamente es que fue condenada a una dura penitencia por un pecado por el que muchos de nosotros hemos salido impunes, pero debes saber que, a mis ojos, ¡es una de los nuestros!

Había alzado la voz hacia el final y ahora se dirigía con pasos lentos pero

determinados a lo largo de la mesa y se colocó tras las dos Cecilias, dirigiendo una mirada dura hacia la madre Rikissa, mientras lentamente se quitaba el manto y lo colocaba con cuidado, casi con ternura, sobre los hombros de Cecilia Rosa. Echó una fugaz mirada hacia el rey y éste asintió igual de fugazmente con la cabeza en señal de consentimiento. Luego volvió hacia su sitio, agarró su jarra de cerveza y bebió unos tragos bruscos, dirigió la jarra hacia las dos Cecilias y se sentó con pesadez y un gran estruendo.

Durante un buen rato la conversación fue forzada. Entraron los asadores con ciervo, cerdo, cerveza, verduras dulces y pan blanco, pero los huéspedes se limitaron a tocar la poca comida que debían por obligación.

Difícilmente las dos Cecilias podían empezar a decir todo lo que se morían de ganas de decir. Lo que se llamaba parloteo de mujeres habría sido muy poco apropiado en la mesa, ahora que el ambiente estaba tan tenso. Permanecieron sentadas con las cabezas agachadas con decoro y picoteando de la comida con el mayor de los recelos sobre la que de otro modo se habrían abalanzado tras tan larga temporada a dieta de convento.

Los asadores le habían llevado una comida especial al arzobispo Stéphan, carne de cordero asada en col, y bebía vino a diferencia de los demás sentados a la mesa. No había dejado que la batalla entre la madre Rikissa y el canciller interrumpiese sus placeres mundanales y ahora alzó la copa de vino y escrutó su color antes de llevársela de nuevo, embelesado, a la boca.

—Es como volver a estar en casa, en la Borgoña —suspiró al dejar la copa sobre la mesa—. *Mon Dieu!* Este vino no ha sufrido ningún estropicio por su largo viaje. Pero, por cierto, majestad, ¿qué tal van sus negocios con Lübeck?

Tal y como pretendía el arzobispo Stéphan, aunque intentara disimularlo, el rostro de Knut Eriksson se iluminó al oír la pregunta y éste empezó en seguida a explicarse con gran alegría.

En este preciso momento, Eskil Magnusson, hermano de Arn y sobrino de Birger Brosa, se encontraba en Lübeck para sellar un acuerdo comercial con el mismísimo Enrique *el León de Sajorna*. La mayor parte posible del comercio de las tierras de Gota lo dirigirían ahora hacia el mar Báltico e iría entre Götaland Oriental y Lübeck. Si los propios barcos mercantes no daban abasto, los de Lübeck pondrían generosos los barcos a su disposición. El nuevo y gran producto que deseaban era pescado seco de Noruega, algo que Eskil Magnusson había empezado a comprar en grandes cantidades y transportaba desde el mar noruego al lago Vättern, a continuación por ríos y por el lago Vättern para finalmente poder salir desde un puerto en Götaland Oriental. Hierro de Svealand y peletería y arenque salado y salmón y mantequilla pronto serían enviados por el mismo camino y los productos que pudieran ofrecer los de Lübeck a cambio eran igual de buenos, y lo mejor de todo era la plata que había de por medio.

No tardaron todos los hombres, tanto mundanales como espirituales, en entablar

un acalorado y alegre debate acerca de lo que implicaría el nuevo lazo comercial con Lübeck. Grandes eran sus esperanzas y todos estaban de acuerdo en que el comercio era algo vinculado a los nuevos y buenos tiempos. También parecían convencidos de que la riqueza que seguiría a un mayor intercambio también llevaría a una mayor concordia y paz, así como en la condición inversa los caballos muerden cuando está vacío el pesebre.

La conversación era cada vez más ruidosa y servían cada vez más cerveza, de modo que el banquete, aunque tarde, tomó un buen camino.

Las dos Cecilias pudieron ahora empezar a hablar con cuidado, pues nadie podía oír lo que se decían al final de la mesa. Antes de nada, Cecilia Blanka explicó que Knut Eriksson había mandado hacía mucho tiempo un mensajero diciendo que llegaría a Gudhem ese día y que llevaría consigo el manto de una reina. Por tanto, la madre Rikissa debía de saberlo desde hacía tiempo pero, cruel como era, había decidido callar. Pues la única verdadera alegría de esa mujer no era amar a Dios, sino atormentar al prójimo.

Cecilia Rosa sugirió con suavidad que la felicidad debía ser, pues, mayor ahora que todo había pasado. ¿Porque cuán difícil no habría sido ir contando los días durante más de un mes y preocuparse constantemente por que pudiese haber un cambio en uno u otro sentido?

No llegaron mucho más lejos en su conversación, puesto que las fantasías de los hombres acerca del oro y la plata en el comercio con Lübeck se hacían repetitivas y el obispo Bengt aprovechó para hablar de sí mismo. Explicó cómo había temido por su vida, pero cómo había suplicado a Dios para tener valor, y entonces se había atrevido a intervenir con sensatez para salvar a las dos Cecilias de ser secuestradas; además, un secuestro de convento, el peor de todos los secuestros de mujeres. Continuó su historia, algo pesada, sin excluir el más mínimo detalle.

Dado que las Cecilias no podían charlar sobre otras cosas mientras estuviese hablando un obispo, que además hablaba precisamente de ellas aunque más de sí mismo, agacharon con decoro sus cabezas y continuaron hablando con señas por debajo de la mesa.

Cierto es que espantó a unos zopencos, ¿pero dónde estaba la valentía en hacer eso?, dijo Cecilia Rosa con señas.

Tanto mayor habría sido su valentía si los Sverker hubiesen vencido en los Campos de Sangre —contestó Cecilia Blanka—. *Porque ahora sólo arriesgaba su propia vida si nos entregaba.*

Es decir, que su valentía consistió en no arriesgar su propia vida, concluyó Cecilia Rosa, y con ello ninguna de las dos pudo evitar soltar unas pequeñas risas.

Pero el rey Knut, que era un hombre de gran lucidez y aún no estaba demasiado borracho, vio por el rabillo del ojo esta hilaridad en las mujeres y de repente se volvió hacia las Cecilias y preguntó en voz alta si este asunto no había sucedido tal y como había explicado el obispo Bengt.

—Sí, es del todo cierto lo que el obispo ha explicado —contestó Cecilia Blanka sin dudar lo más mínimo—. Unos guerreros desconocidos vinieron y exigieron con tan groseras palabras, que aquí no puedo reproducir, que Cecilia Algotsdotter y yo misma fuésemos entregadas fuera de los muros de Gudhem. Entonces salió el propio obispo Bengt y les ordenó con severas palabras que se marchasen sin causar ningún daño.

El rey y los otros hombres consideraron estas palabras angelicales procedentes de la prometida del rey durante un breve silencio y entonces el rey prometió que este asunto no quedaría sin compensación. El obispo Bengt no tardó en señalar que no pedía compensación por tan sólo haber hecho lo que exigía la conciencia y el deber hacia el Señor, pero que si algo bueno recaía en la Iglesia, siempre se alegrarían los servidores de Dios, al igual que los cielos. Pronto la conversación tomó otro cariz.

Cecilia Rosa preguntó entonces por señas a su amiga por qué el obispo mentiroso iba a salirse tan fácilmente con la suya. Cecilia Blanka le respondió que habría sido imprudente por parte de una futura reina avergonzar a uno de los obispos del reino ante otros hombres. Pero que no por ello nada estaba olvidado y que el rey ya conocería la verdad aunque en una ocasión más apropiada. Pero ahora, cada vez más animadas, habían empezado a mostrar sus señas por encima de la mesa y de repente comprendieron que la madre Rikissa les dirigía a lo lejos miradas que eran de todo menos cariñosas.

Birger Brosa también había visto algo, pues en los banquetes no solía ser quien más hablaba, sino que prefería escuchar y observar. Estaba sentado a su modo habitual, un poco recostado con la sonrisa burlona que le había creado su apodo Brosa, *el sonriente*, y con la jarra de cerveza perezosamente apoyada sobre una rodilla. De pronto se inclinó y colocó la jarra sobre la mesa con un estruendo de modo que la conversación murió y todas las miradas se dirigieron hacia él. Todo el mundo sabía que cuando el canciller hacía eso era porque tenía algo que decir y cuando el canciller tenía algo que decir, lo escuchaba todo el mundo, incluido el rey.

—Me parece oportuno —empezó con aires pensativos— que ahora que nos encontramos aquí y ya que hemos oído la heroica hazaña del obispo Bengt, discutiésemos un poco lo que podríamos hacer por Gudhem. ¿Tal vez tú, Rikissa, tengas alguna propuesta?

Todas las miradas se centraron en la madre Rikissa, pues el canciller no era conocido por preguntar si no esperaba una respuesta. La madre Rikissa pensó bien antes de responder.

—Siempre llegan tierras a los conventos —dijo—. También Gudhem irá recibiendo más de ese producto a medida que pasen los años. Pero ahora mismo necesitaríamos más bien pieles de ardilla, buenas pieles de zorro y de marta aquí en Gudhem.

Tenía un aspecto un poco perspicaz al terminar de hablar, como si supiese muy bien la sorpresa que iba a suscitar su respuesta.

—Pielles de invierno de ardilla y marta, parece como si tú y tus hermanas estuviereis sufriendo tentaciones mundanales, pero tan malo no puede ser, ¿verdad, Rikissa? —preguntó Birger Brosa con amabilidad y con una sonrisa mayor de lo habitual.

—¡En absoluto! —refunfuñó la madre Rikissa—. Pero al igual que los hombres os dedicáis al comercio, como todos bien habéis presumido, tenemos que hacerlo también las siervas del Señor. Mirad todos estos mantos mugrientos y rotos que ahora lleváis. En Gudhem hemos empezado a hacer unos mantos nuevos y más cómodos de los que llevabais antes. Y contamos con obtener una honrada compensación por estos mantos. Como somos mujeres, no podéis pedirnos que rompamos piedra de molino como los monjes de Varnhem.

Su respuesta produjo tanta sorpresa como aprobación. Hacía un instante todos se sentían expertos en materia de negocios, como de hecho los hombres siempre se sienten, y no pudieron hacer otra cosa que asentir e intentar aparentar sabiduría.

—Y por cierto, ¿qué color llevarán esos mantos que tú y tus hermanas coséis? —preguntó Birger Brosa en tono amable pero que poco ocultaba sus astutas intenciones.

—¡Querido canciller! —contestó la madre Rikissa aparentando también sorpresa ante la inocente pregunta que Birger Brosa acababa de formular—. Naturalmente los mantos que cosemos son rojos con una cabeza de grifo negra... al igual que azules con tres coronas o azules con el león que tú mismo, aunque ahora parezca que no, sueles llevar sobre la espalda...

Tras una breve pausa de duda, Birger Brosa se echó a reír, tras lo cual Knut Eriksson lo acompañó en la risa, de modo que pronto todos los hombres de la mesa estuvieron riendo.

—¡Madre Rikissa! Tienes una lengua afilada pero también encontramos gracia en tu modo de exponer tus palabras —dijo Knut Eriksson, tomó un sorbo de cerveza y se secó la boca antes de proseguir—. La peletería que nos pedías estará pronto en Gudhem, en eso tienes nuestra palabra. ¿Quieres pedir algo más, ahora que estamos de buen humor y con ganas de hacer nuevos negocios?

—Sí, tal vez, mi rey —contestó la madre Rikissa, vacilando—. Si esos de Lübeck tuviesen hilos de oro y de plata podríamos hacer los escudos mucho más hermosos. Seguramente podrán confirmarlo tanto Cecilia Ulvsdotter como Cecilia Algotsdotter, pues ambas han sido muy hábiles en esta nueva actividad que se ha llevado a cabo en Gudhem.

Todas las miradas se dirigieron ahora hacia las Cecílias, que tímidamente tuvieron que asentir a lo que había dicho la madre Rikissa. Seguro que los escudos en las espaldas de los mantos serían mucho más hermosos con hilos tan buenos.

Y así fue cómo el rey prometió de inmediato que haría llegar cuanto antes a Gudhem no sólo las pieles solicitadas sino también hilo de Lübeck, y añadió que, además de ser mejor negocio que donar tierra, ofrecerían una imagen más hermosa el día que lo coronasen a él y a su reina si los invitados estaban bien provistos con

objetos de Gudhem.

Poco después la madre Rikissa se levantó de la mesa con la excusa de que sus obligaciones la reclamaban y dio las gracias tanto por el ágape como por las promesas. El rey y el canciller asintieron con las cabezas dándole las buenas noches, de modo que era libre de irse. Pero permaneció en su sitio mirando con severidad a Cecilia Rosa, como si estuviese esperándola.

Al descubrir Knut Eriksson la silenciosa exigencia de la madre Rikissa, miró a su prometida y ésta negó rápidamente con la cabeza. Se decidió de inmediato.

—Te deseamos buenas noches, Rikissa —dijo—. Y por lo que se refiere a Cecilia Algotsdotter, deseamos que pase esta noche con nuestra prometida para que nadie pueda decir que Knut permaneció la misma noche bajo el mismo techo y en la misma cama que su prometida.

La madre Rikissa seguía sin moverse del sitio, como si no diese crédito a sus oídos y como si no pudiera decidirse entre resignarse e irse o lanzarse a la batalla.

—Porque como todos sabemos —añadió Birger Brosa con suavidad—, las Cecílias pueden sufrir miserables consecuencias si los prometidos no son mantenidos bien alejados hasta que se celebre la cerveza de matrimonio. Y por mucho que a ti te alegrese tener a las dos Cecílias bajo la disciplina del Señor durante veinte años, seguro es que nuestro rey no se alegraría tanto por algo así.

Birger Brosa sonreía como siempre, pero sus palabras habían sido venenosas. La madre Rikissa era una mujer guerrera y sus ojos echaban chispas. Y en ese momento intervino el rey, antes de que el daño por palabras duras fuese irremediable.

—¡Estamos seguros de que puedes dormir tranquila, Rikissa! —dijo—. Pues tenemos la bendición de tu arzobispo para lo que acabamos de ordenar y establecer. ¿No es así, mi querido Stéphan?

—*Comment?* Eh... *naturellement...* eh, claro, *ma chère mère* Rikissa... es tal y como acaba de decir su majestad, cosa pequeña, ningún problema grande...

El arzobispo volvió a sumergirse en su carne de cordero, la tercera bandeja que se le servía, y luego alzó su copa de vino y aparentó observarla con mucho interés, como si todo ya estuviese aclarado. La madre Rikissa dio media vuelta sin mediar palabra y caminó hacia la puerta, taconeando fuertemente sobre las tablas de roble.

Con ello, el rey y sus hombres habían logrado deshacerse de la persona que con su presencia más había frenado sus lenguas, que pronto empezaron a soltarse de forma tan implacable como la necesidad de salir cada vez más a menudo a aliviarse sobre las ramas de abeto. Era un estorbo tener a una abadesa presente en un banquete, no cabía duda de ello.

Pero tampoco era mucho mejor con dos doncellas cuyos jóvenes oídos con toda certeza serían gravemente dañados por las largas conversaciones que la noche todavía podía ofrecer.

El rey explicó que se había dispuesto un lecho para las Cecílias en una habitación de la planta superior y que habría un guardia en la puerta toda la noche, con lo que las

malas lenguas no tendrían nada que hacer. Las Cecilias deseaban esta despedida tanto como los hombres, pues sólo les quedaba una última noche juntas para decir todo aquello que si no luego lamentarían por mucho tiempo no haber dicho. Se retiraron, respetuosas, aunque Birger Brosa las detuvo en su camino con un gesto de la mano y un amable carraspeo. Cecilia Rosa se sonrojó y se quitó el manto y cuando Birger Brosa, jocosamente, le dio la espalda, le colgó el manto de canciller con el león de los Folkung sobre los hombros.

Pronto estuvieron las dos Cecilias acostadas en la planta superior entre lino y pieles, de modo que podrían dormir en sólo paños menores y aun así sentir que la noche era más cálida y agradable que de costumbre. En una de las paredes de troncos había velas de sebo que arderían durante mucho más rato que las de cera. Permanecieron tumbadas la una al lado de la otra, mirando fijamente al techo y cogidas de la mano. Sobre un banco al lado de la cama estaba el manto de reina, azul y poderoso, con tres coronas de oro relucientes como recordatorio de los increíbles acontecimientos que habían sucedido ese día. Durante un rato estuvieron tan hechizadas con ese pensamiento que no dijeron nada.

Pero la noche todavía era joven y de abajo provenían el jaleo y las risas del grupo, ahora completamente libre de mujeres que, en consecuencia, se proponía con todo su empeño hacer de ese banquete todo lo bueno que la tradición exige de un banquete celebrado por el rey.

—Me pregunto si el arzobispo irá ya por su cuarta bandeja de carne de cordero —dijo Cecilia Blanka con una risita—. Y por cierto, ¿será tan simple como parece? ¿Viste cómo despachó a la madre Rikissa, como si hubiese encontrado una mosca en su copa de vino?

—Precisamente por eso no debe de ser tan simple como aparenta —contestó Cecilia Rosa—. No podía aparentar obedecer cualquier deseo del rey. Y tampoco podía aparentar que era un gran asunto el decidir a favor del rey y en contra de la madre Rikissa, por eso fingió que había una mosca en la copa de vino, ni más ni menos. Además, Arn siempre ha hablado muy bien del arzobispo Stéphan, a pesar de que nos condenó a ambos a una dura penitencia.

—Eres demasiado buena y piensas demasiado bien de las personas, mi más estimada amiga —suspiró Cecilia Blanka.

—¿Qué quieres decir, querida Blanka?

—Debes pensar más como un hombre, Rosa, debes aprender a pensar como ellos, tal como piensan independientemente de si llevan corona o báculo de obispo. De ningún modo fue una buena penitencia la que recibisteis tú y Arn. Birger Brosa lo ha dicho muy claro, muchos han cometido el mismo pecado sin recibir ningún tipo de castigo. Fuisteis castigados con injusta severidad, está más claro que el agua, ¿no lo comprendes?

—No, no lo comprendo. ¿Por qué iban a hacer eso?

—Rikissa, ahí tienes una alma repugnante que estuvo detrás del asunto. Yo estaba

en Gudhem cuando tu hermana Katarina, que ya no debe de serte tan querida, y Rikissa empezaron a tejer su red. Tu amado Arn, como tú lo llamas, era Folkung y amigo de Knut Eriksson. Ése era el objetivo de Rikissa, quería dañar al amigo del rey y sembrar la discordia. Y Arn era un espadachín capaz de vencer a cualquiera y de eso se hablaba mucho. Ése era el objetivo del arzobispo.

—¿Para qué querían el arzobispo y el padre Henri un espadachín?

—¡Pero querida amiga! —exclamó Cecilia Blanka, impaciente—. No te hagas la zopenca de la que hablaba la señora Helena. Los obispos y otros prelados se pasan los días diciendo que tenemos que mandar a hombres a la guerra en la Tierra Santa, como si no nos bastase con nuestras propias guerras, y como quien toma la cruz irá al paraíso y todo lo demás que andan diciendo por ahí. Bien poco éxito tienen con esos discursos. ¿Conoces a alguien que haya tomado la cruz y haya viajado de forma voluntaria? No, ni yo tampoco. Pero a Arn pudieron mandarlo, y seguramente celebraron luego muchas acciones de gracias. A veces la verdad es fría y dura. Si Arn Magnusson no hubiese sido como una leyenda tras la contienda en Axevalla, si hubiese manejado la espada y la lanza como cualquier otro, habríais recibido una penitencia de dos años, no de veinte.

—Has empezado a pensar como una reina, ¿es esa habilidad la que quieres practicar? —preguntó Cecilia Rosa al cabo de un rato. Parecía profundamente afectada por las palabras acerca de la espada como motivo del duro castigo que habían recibido ella y Arn.

—Sí, intento aprender a pensar como una reina. De las dos, creo que soy la mejor para hacerlo. Tú eres demasiado buena, mi querida Rosa.

—¿Fue por eso, porque pensaste como una reina, que lograste hacer que fueran a buscarme para este banquete? Por cierto, la madre Rikissa parecía que fuese a reventar de odio cuando vino a buscarme.

—Lo tiene bien merecido, la muy arpía, debe aprender que ella no es en absoluto la voluntad de Dios. No, primero lo intenté con astucia amable y mimos. Pero la verdad sea dicha, Knut no parecía demasiado impresionado por mis artes. Y fue a preguntarle a su canciller. Así que ahí me dieron morcilla, todavía me falta mucho para ser reina.

—¿Así que fue Birger Brosa quien decidió que podría asistir?

—Él y nadie más. En él tienes un apoyo que debes cuidar bien. Cuando se te acercó para envolverte en su manto, seguro que no fue sólo para protegerte del frío.

Se quedaron calladas porque ahora las carcajadas ensordecedoras atravesaban el suelo de madera y porque a la vez parecía como si se sintiesen incómodas porque la conversación hubiese dado un giro tan brusco, como si el manto de reina que tenían a su lado en la oscuridad las hubiese obligado a ser algo más que las mejores amigas del mundo. Y aunque la noche todavía no hubiese avanzado demasiado, terminaría por acabarse como todas las noches, incluso las noches en *carcer*, y con ello serían separadas durante mucho tiempo, demasiado tiempo, o tal vez para siempre. Por tanto

habría otras muchas cosas de que hablar, aparte del poder.

—Encuentras que es un hombre hermoso, ¿es tal como lo recuerdas? —preguntó finalmente Cecilia Rosa.

—¿Quién? ¿Knut Eriksson? Bueno, lo recuerdo más joven y más hermoso, pues han pasado unos años desde que nos vimos y entonces tampoco nos vimos demasiado. Es alto y parece bastante fuerte, pero su cabello empieza a ser cada vez más ralo, de modo que pronto parecerá un monje a pesar de no ser tan viejo. Claro que no es ningún viejo de Linköping, pero podría haber estado mejor. Y tampoco es tan sabio como Birger Brosa. *Summa summarum*, podría haber sido mejor, pero también peor. Así que estoy relativamente satisfecha.

—¿Relativamente satisfecha?

—Sí, debo reconocerlo. Aunque eso no es tan importante. Lo más importante es que es rey.

—¿Pero no lo amas?

—¿Como amo a la Virgen María o como aman en los cuentos? No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Nunca has amado a un hombre?

—A ningún hombre. Pero una vez hubo un mozo de cuadra... eh, tenía sólo quince años, mi padre nos descubrió y se armó mucho revuelo y echaron al mozo de casa después del látigo, y juró que volvería un día con muchos guardias o algo así. Lloré durante varios días y luego me regalaron un caballo nuevo.

—Cuando salga de aquí tendré treinta y siete años —susurró Cecilia Rosa, aunque en realidad tenían que hablar bastante alto para oírse, a causa del banquete que se celebraba debajo de ellas.

—Entonces tal vez te quede la mitad de tu vida —contestó Cecilia Blanka en voz más alta—. Entonces vendrás conmigo y con el rey, tú y yo somos amigas para el resto de la vida y eso es lo único que gente como la madre Rikissa nunca podrá cambiar.

—No creo que salga de aquí a menos que Arn vuelva como juró hacer. Si no viene, me quedaré aquí marchitándome durante el resto de mi vida —dijo Cecilia Rosa en un tono de voz un poco más alto.

—¿Seguirás rezando por Arn hasta que llegue ese día? —preguntó Cecilia Blanka apretando con más fuerza la mano de su amiga—. Te prometo que rezaré por lo mismo y tal vez, juntas, si persistimos, lograremos conmover a la Santa Madre de Dios.

—Sí, tal vez lo logremos. Porque es bien sabido que la Virgen muchas veces se ha dejado conmover por plegarias de amor cuando son lo bastante persistentes. Conozco una historia que es muy hermosa.

—¿Y si te pregunto lo mismo que me has preguntado a mí? ¿De verdad amas a Arn Magnusson? No es sólo tu pasarela sobre esta tumba que se llama Gudhem, ¿lo amas como amas a Nuestra Señora o como aman en los cuentos?

—Sí, así es —contestó Cecilia Rosa—. Lo amo tanto que por eso temo el pecado de amar más a un hombre que a Dios, lo amaré eternamente, y cuando estos malditos veinte años pasen, seguiré amándolo.

—Te envidio de un modo que no puedes comprender —contestó Cecilia Blanka al cabo de un rato girándose bruscamente en la cama y abrazó con fuerza a su amiga.

Permanecieron así tumbadas durante un rato, mientras las lágrimas llegaban a las dos. Fueron interrumpidas por la necesidad que puede interrumpir cualquier cosa tras un banquete, Cecilia Blanka tuvo que levantarse y hacer aguas en la vasija de madera que con toda consideración habían colocado debajo de la cama.

—Debo preguntarte dos cosas que sólo pueden preguntarse a alguien que es la amiga más querida —dijo Cecilia Blanka, retomando la conversación al volver a acurrucarse debajo de las pieles de cordero—. ¿Cómo es tener un hijo pero sin tener un hijo? ¿Y es tan malo como dicen el dar a luz a un niño?

—No es poco lo que preguntas —contestó Cecilia Rosa con una débil sonrisa—. Tener un hijo que es mío, que se llama Magnus y está siendo criado con Birger Brosa y con Brígida como madre, es tan difícil que debo obligarme a no pensar en él más que en mis oraciones. ¡Era tan pequeño y tan hermoso! El no poder estar con él es una desgracia mayor que mi cautiverio bajo la madre Rikissa. Pero en esa desgracia también hay felicidad por que pueda ser criado con un hombre tan bueno como el tío de Arn. ¿Te parece una locura, algo difícil de comprender?

—Para nada, creo que es exactamente tal como dices. ¿Pero cómo fue dar a luz?

—¿Ya empiezas a preocuparte por eso? ¿No es un poco pronto?, ¡y más ahora, que tenemos un guardia plantado delante de nuestra puerta!

—No ridiculices este asunto. Sí, estoy preocupada, no creo que logre salvarme con unos pocos hijos. ¿Cómo es?

—¡Yo qué sé! Yo sólo he tenido uno. ¿Quieres saber si duele? Sí, duele mucho. ¿Quieres saber si te sientes feliz cuando todo ha pasado? Sí, te sientes feliz cuando todo ha pasado. ¿Te ha dicho ahora una mujer experimentada algo que no sabías ya?

—¿Me pregunto si duele menos cuando se ama al hombre que es el padre de tu hijo? —dijo Cecilia Blanka al cabo de un rato, medio en serio medio en broma.

—Sí, estoy segura de ello —contestó Cecilia Rosa.

—Pues entonces más me vale que despabile y empiece a amar pronto a nuestro rey —suspiró Cecilia Blanka de forma burlona.

Se echaron a reír y su risa tuvo un efecto purificador y liberador y se enredaron en la cama de modo que yacieron acurrucadas casi como aquella noche en que una Cecilia Blanka volvió congelada del *carcer*. Y tal como estaban ahí tumbadas empezaron a pensar las dos en aquella noche.

—Pienso y siempre pensaré que me salvaste la vida aquella noche. Estaba helada hasta los huesos y sentía mi vida como la última llama azul justo antes de que se apaguen las últimas brasas de la hoguera —susurró Cecilia Blanka al oído de su amiga.

—Tu llama es mucho más fuerte que eso —contestó Cecilia Rosa, somnolienta.

Se durmieron pero volvieron a despertarse a la hora de laudes. Se levantaron las dos adormiladas y empezaron a vestirse antes de comprender que estaban en el *hospitium*, donde todavía se podían oír el vocerío debajo de ellas.

Al volver a acurrucarse bajo las pieles estaban despejadas y les era imposible volver a dormirse. Pero la vela se había agotado y todo era negra oscuridad a las afueras del hueco de la ventana.

Retomaron la conversación donde la habían dejado, acerca de la amistad eterna y del amor eterno.

U

Cuando Saladino llegó a Gaza no se dejó engañar por ninguna de las tretas de los defensores. Llevaba mucho tiempo en guerra, había asediado muchas ciudades y defendido otras tantas del asedio como para creerse lo que vio a primera vista. Ahora mismo la ciudad de Gaza tenía aspecto de ser fácil de tomar, como si sólo fuese cuestión de entrar cabalgando, como si la ciudad se hubiese rendido y se entregase voluntariamente. Pero sobre el portón abierto de par en par y el puente levadizo bajado sobre el foso ondeaban en la torre la bandera negra y blanca de los templarios y el estandarte con la madre de Jesucristo, al que veneraban como si de un dios se tratara. Era en aquellas banderas en lo que uno debía pensar primero, no en lo que el enemigo quería que uno viese. Era una idea casi ridícula el pensar que los templarios se rindiesen sin luchar, y casi un insulto el que sus mandos pensasen que podrían salirse con la suya con un truco tan sencillo.

Saladino espantaba irritado a los emires que se le acercaron a caballo para proponer un disparatado ataque relámpago tras otro. Persistió en sus órdenes. Se haría lo que estaba decidido y no cambiarían de idea por el simple hecho de que el portón estuviese abierto ni porque tan sólo se viesen unas dispersas hileras de defensores entre las que ni siquiera se encontraban los mismos caballeros templarios vestidos de blanco.

Arn estaba arriba sobre el muro, junto a su maestro de armas Guido de Faramond y su confaloniero Armand, observando en tensión la llegada del ejército enemigo. En la ciudad que tenía a sus pies y tras él, las calles habían sido limpiadas de basura y de todo lo que fuese combustible, todas las ventanas habían sido cubiertas con tablas de madera o pieles tensadas que habían sido remojadas en vinagre, los refugiados estaban reunidos en los graneros contruidos en piedra que se habían vaciado al llenar los almacenes del castillo y los habitantes de la ciudad estaban o bien en sus casas o bien entre los grupos responsables de la protección contra incendios.

La ciudad de Gaza estaba situada sobre una colina cuya ladera llevaba hacia el

mar con la fortaleza y el puerto. En lo más alto de la colina estaba el portón de la ciudad, de modo que todo enemigo se veía obligado a atacar cuesta arriba. El camino que llevaba desde el portón de la ciudad hasta las puertas de la fortaleza abajo en el lado del mar estaba limpio y sin obstáculos, cual una pista de ejercicio de competiciones de caballos. Arriba, en los muros de la ciudad, se veía sobre todo a arqueros turcos y a algún que otro sargento vestido de negro en algo que desde fuera debía de parecer una defensa sorprendentemente pobre. Lo parecía porque doscientos sargentos en su mayoría armados con ballestas estaban sentados con las espaldas contra el parapeto del muro, de modo que no se los veía desde fuera. Por tanto, la defensa de Gaza podía crecer hasta más del doble en el mismo instante en que Arn diese la orden.

Justo detrás de las puertas cerradas pero no atrancadas de la misma fortaleza había ochenta templarios montados a caballo, dispuestos a atacar en cualquier momento.

Arn había tenido la esperanza de que el ejército del enemigo llegaría por grupos y no como una fuerza unitaria y se había imaginado que en tal caso habría algún emir con afán de grandeza que no lograría abstenerse de mostrar su bravura y decisión por tal de obtener una buena recompensa al llegar luego Saladino. La agitación solía ser mayor, al igual que el pensamiento peor, al inicio de un ataque.

Si los mamelucos hubiesen enviado a sus jinetes por el portón abierto de la ciudad, éste se habría cerrado en el momento de más aglomeración, tras tal vez unos cuatrocientos hombres. Luego se habrían abierto los portones de debajo de la fortaleza y la caballería podría haber atacado a los mamelucos en las mejores condiciones, de forma apretada, de modo que se perdía la ventaja de la velocidad sarracena. Y los sargentos en los muros habrían dirigido sus ballestas hacia dentro y hacia abajo. El enemigo habría perdido una décima parte de su fuerza durante la primera hora. Y quien empezaba así un asedio sufriría muchas complicaciones durante el primer período. En realidad, esto había sido más bien una devota esperanza que no un astuto plan. Desde luego, Saladino no era un enemigo conocido por ser fácil de engañar.

—¿Es hora de encargarle una nueva tarea a nuestros jinetes? —preguntó el maestro de armas.

—Sí, pero deben seguir en estado de alerta, tal vez surja otra oportunidad —contestó Arn sin revelar ni decepción ni esperanza en su tono de voz.

El maestro de armas asintió con la cabeza y se alejó corriendo.

—¡Ven! —le dijo Arn a Armand y salió con él al parapeto de la torre que había sobre el portón de la ciudad, de modo que quedaban por completo visibles para el enemigo justo debajo de las banderas templarias. Ahora mismo Arn era el único caballero vestido de blanco que se veía entre los defensores de Gaza.

—¿Qué pasará ahora, que no se dejaron engañar? —preguntó Armand.

—Primero Saladino exhibirá su fuerza y cuando lo haya hecho tendrán lugar

algunos juegos de armas no demasiado en serio —contestó Arn—. Tendremos un primer día tranquilo y sólo un hombre morirá.

—¿Quién morirá? —preguntó Armand con una arruga de interrogación marcada en la frente.

—Un hombre de tu misma edad, un hombre como tú —respondió Arn con un tono de voz que sonaba incluso un poco triste—. Un hombre joven y valiente que se cree con posibilidades de ganar un gran honor y quizá por vez primera ser parte de una gran victoria. Un hombre que cree que Dios está con él aunque Dios ya lo ha designado como quien va a morir hoy.

Armand no fue capaz de hacer más preguntas acerca de quién iba a morir. Su señor Arn le había respondido como si estuviese muy sumido en sus pensamientos y como si sus palabras tal vez tuviesen un significado muy diferente de lo que pudiese parecer en un primer momento, de ese modo en el que a menudo solían hablar los hermanos caballeros.

Pronto la atención de Armand fue completamente capturada por el espectáculo a las afueras de los muros, donde ahora Saladino, tal como había vaticinado Arn, estaba exhibiendo todas sus fuerzas. Los jinetes mamelucos desfilaban sobre hermosos y vivaces caballos en hileras de a cinco, el dorado de sus uniformes relucía bajo el sol y agitaban sus lanzas y alzaban sus arcos justo cuando pasaban por delante del lugar del muro sobre el portón de la ciudad donde estaban Arn y Armand. El desfile duró casi una hora y aunque Arn perdió la cuenta hacia el final, pudo hacerse a la idea de que los jinetes del enemigo serían más de seis mil. Era el ejército montado más grande que Armand había visto nunca; tuvo la impresión de que era invencible, sobre todo porque todo el mundo sabía que los esplendorosos mamelucos dorados eran los mejores de todos los enemigos sarracenos. Pero su señor Arn no parecía muy preocupado por lo que había visto. Y cuando el desfile de la caballería terminó, sonrió hacia Armand, se frotó satisfecho las manos y empezó a calentar los dedos como hacía antes de practicar con el arco largo que ahora estaba en el interior de la torre, junto con un tonel de cerveza en el que había más de cien flechas.

—De momento tiene buen aspecto, ¿no te parece, Armand? —señaló Arn, claramente animado.

—Éste es el ejército enemigo más grande que jamás he visto —contestó Armand, cauteloso, pues a él no le parecía en absoluto que tuviese buen aspecto.

—Sí, es cierto —concedió Arn—. Pero no se trata de que salgamos a hacer carreras en la llanura, que probablemente es lo que desean. Nos mantendremos en el interior de los muros y ellos no podrán saltarlos con sus caballos. Sin embargo, Saladino todavía no ha mostrado toda su fuerza, este ir y venir ha sido más bien para mantener animados a los suyos. Mostrará su fuerza después de lo que viene ahora.

Arn volvió a inclinarse por encima del parapeto y Armand hizo lo mismo, pues evidentemente no quería demostrar que no tenía la más mínima idea de lo que sucedería a continuación, ni cómo sería la fuerza de Saladino cuando al fin la

mostrase.

Lo que siguió a continuación fue, sin embargo, una exhibición ecuestre muy diferente. El gran ejército se había apartado y estaba ahora ocupado en desensillar y empezar a montar el campamento. Pero unos cincuenta jinetes se habían agrupado en formación de ataque justo delante del portón de la ciudad. Alzaron las armas, profirieron sus sonoros y ululantes alaridos de guerra y luego se acercaron al galope hacia el portón abierto, arco en mano.

Sólo había un lugar por el que podían cruzar el foso y ese lugar era el portón de la ciudad. Arriba, en el lado oeste de la ciudad, el foso estaba lleno de estacas afiladas inclinadas hacia adelante, y quien ahí se metiese a toda velocidad se conduciría a sí mismo y a su caballo a una muerte segura.

Sin embargo, toda la fuerza sarracena se detuvo antes de alcanzar el puente levadizo y se enzarzaron en una viva discusión hasta que de repente uno de ellos clavó las espuelas en el caballo, cabalgó a toda velocidad hacia el portón de la ciudad y soltó las riendas mientras alzaba y tensaba el arco, como casi sólo los jinetes sarracenos sabían hacer. Arn permaneció completamente quieto. Armand miró de reojo a su señor y vio que estaba prácticamente sonriendo con tristeza, a la vez que suspiraba y meneaba la cabeza.

El jinete de abajo disparó su flecha hacia Arn, el blanco evidente, el único de manto blanco ahora visible sobre los muros de Gaza. La flecha pasó silbando junto a la cabeza de Arn sin que éste se inmutase lo más mínimo.

El jinete había girado en redondo justo después de disparar y ahora regresaba a una tremenda velocidad. Al llegar junto a sus hermanos fue recibido con gran griterío y con lanzas, golpeándole ligeramente la espalda. Luego se preparó el siguiente jinete y pronto se acercó acelerado del mismo modo que había hecho su antecesor. Falló con su disparo mucho más que el primer tirador, pero en compensación osó acercarse mucho más.

Cuando cabalgaba a toda velocidad de vuelta hacia los demás jóvenes emires, Arn ordenó a Armand que fuese a buscar su arco y un par de flechas al interior de la torre. Armand obedeció con rapidez y volvió jadeando con el arco justo cuando el tercer jinete se acercaba con gran estruendo.

—Cúbreme la izquierda con tu escudo —ordenó Arn a la vez que recibía su arco y colocaba una flecha sobre la cuerda. Arn mantuvo el escudo preparado, y comprendió que debía esperar hasta que el jinete de abajo se acercase más y se preparase para tirar.

Cuando el joven emir mameluco cruzó con un ruido atronador la parte cubierta del foso, soltó las riendas y tensó el arco, Armand alzó el escudo que cubría la mayor parte de su señor mientras éste tranquilamente tensaba su gran arco, apuntaba y dejaba ir la flecha.

La flecha de Arn alcanzó justo en la base del cuello al enemigo y éste salió disparado hacia atrás y cayó al suelo, a la vez que un chorro de sangre le manaba de

la boca. Por los espasmos del cuerpo que yacía entre el polvo, daba la impresión de que ya estuviese muerto en el momento de tocar tierra. Su caballo prosiguió sin amo por el portón abierto de la ciudad y desapareció por la calle principal en dirección a la fortaleza.

—Me estaba refiriendo a él —dijo Arn en voz baja a Armand, como si sintiese más pena que gloria por haber matado a un enemigo—. Estaba escrito que precisamente él iba a morir y puede que él sea el único que muera hoy.

—No lo comprendo, señor —repuso Armand—. Me has dicho que siempre pregunte cuando no comprenda algo y ahora es así.

—Sí, porque es correcto que preguntes —respondió Arn y apoyó el arco contra el muro de piedra—. Debemos preguntar acerca de las cosas que no entendemos. Es mucho mejor eso que pretender que lo sabemos simplemente por soberbia o porque no queremos mostrarnos ignorantes. Pronto serás un hermano y un hermano siempre recibe una respuesta de otro hermano, siempre. Ésta es, pues, la situación. Esos jóvenes emires saben muy bien quién soy, que soy un arquero bastante bueno. Valiente será por tanto quien cabalgue hacia Al Ghouti y quien sobreviva habrá sido salvado por Dios a razón de su bravura. Sí, así es como piensan. Lo más valiente es cabalgar como tercero, pues según su fe, es entonces cuando se inclina la balanza. Ahora no habrá quien cabalgue una cuarta vez, pues no es posible acercarse más de lo que lo han hecho los tres primeros. Pues quien lo haga morirá tan sólo por culpa de un juego. El valor, y todo eso que los hombres fieles y los hombres infieles se imaginan que es el valor, es más difícil de comprender que la cuestión del honor. La indecisión es lo mismo que la cobardía, creen muchos. ¡Y mira cuán indecisos se muestran ahí ahora! Querían humillarnos y ahora se han metido ellos mismos en un aprieto.

—¿Qué harán ahora que ha muerto su compañero? ¿Cómo van a vengarlo? —preguntó Armand.

—Si son listos, no harán nada. Si son cobardes y se refugian en el rebaño y atacan todos de una vez para rescatar su cuerpo para el entierro, los mataremos a casi todos, pues saldrán nuestros ballesteros. ¡Ordena posición de preparados a los tiradores!

Armand obedeció de inmediato y todos los sargentos sentados con las ballestas ocultas tras el muro tensaron ahora sus armas y se prepararon para la orden siguiente, aparecer por encima del parapeto y enviar una letal lluvia de flechas hacia el grupo de jinetes si éste llegaba a atacar.

Pero los jóvenes jinetes de ahí fuera parecían demasiado indecisos para ir al ataque, o tal vez sospecharan que se trataba de una trampa. Tal como se veían los muros de Gaza ahora mismo desde su lado, con una pobre guarnición de arqueros turcos, podía parecer demasiado sencillo y peligroso y, por tanto, una trampa.

Cuando parecía que ya no querían atacar, Arn ordenó que trajeran el caballo mameluco capturado, bajó por la escalera de piedra, tomó al caballo de las riendas y salió llevándolo a pie por el portón de la ciudad. No se detuvo hasta alcanzar al

hombre al que había matado. Los mamelucos permanecieron mirándolo en silencio, tensos y dispuestos a atacar. Armand, arriba en el muro, estaba igualmente tenso y dispuesto a ordenar la salida de todos los ballesteros en caso de que los jinetes llegasen a atacar.

Arn acomodó a su enemigo muerto sobre la silla y lo ató cuidadosamente con las tiras de los estribos, de modo que no pudiese deslizarse. Luego giró el caballo hacia el grupo de enemigos, ahora completamente en silencio, y de repente le dio una palmada en el anca, de modo que el animal salió trotando mientras él mismo daba media vuelta y caminaba despacio, sin mirar atrás, de regreso hacia el portón de la ciudad.

Nadie lo atacó, nadie le disparó.

Parecía muy satisfecho y de buen humor cuando volvió junto a Armand arriba, en el parapeto. Su maestro de armas había vuelto de la fortaleza y le estrechaba efusivamente la mano y lo abrazaba.

Los mamelucos se habían encargado de su amigo fallecido y se alejaban ahora lentamente para enterrarlo, tal y como prescribían sus costumbres. Arn y el maestro de armas permanecieron mirando el abatido grupo con aire de satisfacción.

Sin embargo, Armand se sentía como un estúpido, no lograba comprender lo que había hecho su señor y tampoco comprendía la satisfacción de los dos hermanos de alto rango sobre algo que él mismo consideraba un gesto de imprudente valentía, posiblemente una forma irresponsable de arriesgar la vida de quien al fin y al cabo era el último responsable de todos ellos.

—Discúlpame, mi señor, pero debo volver a preguntar —dijo al fin tras haber vacilado un buen rato.

—Dime —dijo Arn animado—. ¿Hay algo de mi comportamiento que no logras comprender?

—Sí, señor.

—¿Crees que he arriesgado mi vida de forma imprudente?

—Eso podría parecer, señor.

—Sin embargo, no lo he hecho. Si se hubiesen acercado cabalgando hacia mí para alcanzar una distancia de tiro, la mayoría de ellos habrían muerto antes de tener tiempo siquiera de dirigir sus flechas, porque habrían ido a parar directamente al seguro alcance de las ballestas. Yo, por mi parte, llevaba una doble protección de cota de malla en la espalda, sus flechas se habrían enganchado en las capas de fieltro y yo habría entrado por el portón como un erizo. Por supuesto, eso habría sido lo mejor. Ahora tuvimos que conformarnos con la segunda mejor opción.

—Sigo sin estar seguro de haberlo comprendido —imploró Armand, mientras los dos hermanos caballeros le sonreían paternalmente.

—Esta vez nuestros enemigos son los mamelucos —explicó el maestro de armas—. Tú, Armand, que pronto serás un hermano entre nosotros, debes aprender en especial a conocerlos, su fuerza y su debilidad. Su fuerza es su arte equino y su

bravura; su debilidad está en la mente. No son creyentes, ni siquiera infieles, creen en espíritus y en la reencarnación del alma en cuerpos y en piedras del desierto y que la valentía de un hombre es su alma sincera y muchas cosas más. Ellos creen que quien muestra mayor valentía es quien gana la guerra.

—Ajá —dijo Armand abochornado, pero se notaba que seguía cavilando.

—Para ellos, la cifra sagrada en la guerra es tres —continuó explicando Arn—, eso es de algún modo comprensible, pues en una lucha con espada, el tercer golpe es el más peligroso. Pero esta vez murió su tercer jinete. Ahora su enemigo, a quien ellos llaman Al Ghouti, mostró mayor valentía que ellos mismos, por tanto, seré yo y no Saladino quien gane esta guerra, y ese rumor correrá por su campamento esta misma noche.

—¿Pero y si te hubiesen atacado cuando estabas ahí fuera, señor?...

—Entonces la mayoría de ellos habrían muerto. Y los pocos que hubiesen logrado escapar me habrían visto ser alcanzado por una flecha tras otra sin morir y entonces habrían tenido esa leyenda sobre mi alma inmortal para comentar esta noche. No sé qué hubiese sido mejor. Sin embargo, ahora le toca a Saladino dar el siguiente paso, lo veremos antes del atardecer.

Arn, que ya no consideraba que había peligro de ataque por parte del enemigo, mandó a la mitad de los defensores de los muros a dormir y a comer. Por su parte, bajó por Gaza hasta la fortaleza para cantar vísperas y orar junto con los caballeros antes de que llegase la hora de la cena y después de eso la mitad de la fuerza descansaría y la otra mitad tendría guardia. Los portones de Gaza seguían abiertos a modo de desafío, pero no había nada que indicase que Saladino estuviese preparando un asalto.

En lugar de eso, el enemigo se acercó muy entrada la tarde con peones y carros cargados con ruedas, vigas gruesas y cuerda. Empezaron a montar sus catapultas y lanzadoras, que pronto empezarían a disparar grandes pedruscos contra los muros de Gaza.

Arn permaneció pensativo arriba en el parapeto, a donde había acudido en cuanto le informaron de la llegada de la maquinaria de asedio. Parecía haber tranquilidad allá a lo lejos, en el campamento del enemigo, donde miles de fuegos ardían alrededor de las tiendas y donde al parecer se estaba comiendo y bebiendo. Parecía como si Saladino hubiese dejado su preciada maquinaria de asedio e ingenieros con una defensa demasiado débil, casi ningún jinete y tan sólo unos cien infantes.

Si en realidad era así, ésta era una ocasión de oro. Si Saladino hubiese sabido que había ochenta caballeros templarios ordenados dentro de la fortaleza, nunca se habría atrevido con eso. Pero en la oscuridad también sería posible mantener una gran fuerza de jinetes mamelucos preparados sin que fuesen vistos desde los muros de la ciudad. Y se podían decir muchas cosas acerca del peor caudillo del enemigo, pero desde luego no podía decirse que fuese tonto.

Arn ordenó que se alzara el puente levadizo y que se cerraran los portones de la

ciudad. El primer día de guerra, que había sido más psicológica que real, había terminado. Nadie había engañado a nadie y sólo un hombre había caído. Nada estaba decidido. Arn se fue a dormir largamente, pues sospechaba que ésa iba a ser la última noche con posibilidades de echar un buen sueño en mucho tiempo.

Volvió a los muros tras el canto del amanecer. Cuando la luz de la aurora lentamente transformó el negro impenetrable en una neblina gris descubrió el gran contingente a la espera en una depresión a la derecha, tras la maquinaria de asedio, donde los martillazos tronaban de modo infatigable. Era justo lo que había temido. Allí había una unidad de caballería de por lo menos mil hombres. Si hubiese enviado a sus jinetes a destruir la maquinaria de asedio, la tentación con la que Saladino pretendía atraerlo, habrían acabado todos muertos. Sonrió al pensar que la noche debía de haber sido dura para los jinetes del enemigo, mantener los caballos en silencio, estar preparados en todo momento por si se bajaba el puente levadizo y dos hileras de enemigos vestidos de blanco salían cabalgando hacia la muerte. Pensó que, hiciese lo que hiciese en el futuro, el futuro que pudiese quedarle en esta vida, nunca jamás subestimaría a Saladino.

Tocaba cambio de guardia y unos tiradores tiesos y destemplados empezaron a descender de la barbacana mientras que una fuerza nueva y descansada subía, saludaba a sus hermanos y tomaba sus armas.

El único propósito claro de Arn era retener a Saladino en Gaza el mayor tiempo posible. De ese modo, podría salvar Jerusalén y el Santo Sepulcro de los infieles. Era un plan muy sencillo, o al menos muy sencillo de describir con palabras.

Pero si triunfaba, él y todos los hermanos caballeros de Gaza estarían muertos dentro de un mes a lo sumo. Nunca había visto la muerte de ese modo, tan cerca y tan evidente. Había tenido suerte muchas veces siendo herido en combate, había cabalgado con la lanza bajada contra un enemigo superior en cantidad, más veces de las que podía recordar. Pero nunca había sido la muerte, nunca lo había visto como la muerte. De algún modo, que ni él mismo era capaz de explicar, siempre había sentido que sobreviviría a cada una de esas batallas. No le había servido de gran consuelo la promesa de que con su muerte iría al paraíso, pues nunca había creído que fuese a morir. No iba a morir, ésa no era su intención. Iba a vivir veinte años como templario y regresaría a casa junto a ella, tal como había jurado por su honor y sobre su espada bendecida. Y él no podía faltar a su palabra, era imposible que la intención de Dios fuese que él faltase a su palabra.

Y en aquel mismo instante, cuando estaba allí arriba, en la barbacana, y veía cómo clareaba cada vez más haciendo que la trampa tendida por Saladino fuese apareciendo como una visión que se convierte en realidad, desde los resoplidos de los caballos en la oscuridad y el tintineo de algún que otro estribo a los uniformes dorados que empezaban a relucir a la primera luz del sol, en ese momento vio por primera vez su muerte. Gaza no podría resistir una fuerza de asedio tan grande por más de un mes. Era evidente, si sólo se contaba con la obra de los humanos y no con

un milagro de Dios. Sin embargo, no se podía contar nunca con un milagro, Dios era severo con sus fieles.

Vio a Cecilia ante sí. La vio caminando hacia el portón de Gudhem; él se había girado deshecho en lágrimas antes de que ella hubiese desaparecido por el portón. En aquel tiempo, la vida había sido tan diferente que ahora, tras mucho tiempo en Tierra Santa, parecía como si no hubiese sucedido en realidad. «Dios mío, ¿por qué me enviaste aquí? ¿Para qué necesitabas otro caballero más y por qué no me respondes nunca?», pensó.

De inmediato se sintió avergonzado por pensar así de Dios, quien oía todos los pensamientos, ser tan soberbio y anteponer sus propios problemas a la gran causa, él, que incluso era un templario. Hacía tiempo que no se dejaba invadir por una debilidad así y rogó sinceramente a Dios que lo perdonase, arrodillado en el parapeto, mientras el sol se alzaba sobre el ejército enemigo derramando su brillo sobre armas y banderines.

Tras la oración del amanecer se reunió con el maestro de armas y los seis jefes entre los caballeros.

Estaba claro que Saladino había intentado tentarlos a salir con la trampa de la noche pasada. Pero también estaba claro que sería una buena cosa lograr salir con éxito de un ataque, rompiendo en pedazos o quemando la maquinaria de asedio. Los muros de Gaza no resistirían los bloques de piedra y el fuego griego por mucho tiempo y, tras su caída, todos los hombres, mujeres, niños y animales se verían obligados a apretujarse dentro de la fortaleza.

Saladino no sabía cuántos caballeros había tras los muros, sus jinetes nunca habían llegado a ver más de un escuadrón de dieciséis hombres. Y dado que no se había producido ningún ataque la primera noche, cuando más tentadora podría parecer la ocasión, era probable que Saladino pensase que la caballería era demasiado débil para llevar a cabo un ataque así. Por tanto, deberían atacar a pleno día, en pleno trabajo u oración de mediodía, justo cuando el enemigo hubiese decidido que dicho ataque no se produciría. La cuestión era cuántos hermanos caídos les costaría y si valdría la pena correr el riesgo.

El maestro de armas opinaba que las posibilidades eran buenas. La maquinaria de asedio estaba cerca de los muros de la ciudad y hasta allí hacía pendiente, dado que la ciudad estaba situada en un alto. Si el ataque venía por sorpresa, sería posible llegar hasta allí antes de que el enemigo tuviese tiempo de reunirse para el contraataque. Sí, las posibilidades de incendiar la maquinaria de asedio eran buenas. Costaría la vida de unos veinte hermanos. Según el maestro de armas, valía la pena pagar ese precio, pues esas veinte vidas podrían prolongar el asedio como mínimo durante un mes, y con ello, Jerusalén permanecería a salvo.

Arn estuvo de acuerdo, todos los demás asintieron con las cabezas. Luego Arn decidió que él mismo estaría al frente del ataque y que el maestro de armas tomaría el mando dentro de Gaza, y que todos los hermanos participarían, incluso aquellos que

en condiciones normales habrían sido reservados por razón de heridas leves. Si se empezaban a preparar sacos de piel con brea y fuego griego por la mañana sería posible realizar el ataque justo en el momento más caluroso del día, durante la hora de oración de los infieles. Así se decidió y Arn regresó a los muros para mostrarse tanto ante los defensores como ante los enemigos. En cuanto apareció, dio órdenes de que abrieran el portón de la ciudad y que bajaran el puente levadizo. Cuando su orden se llevó a cabo, tal como había previsto, se armó un gran alboroto en el campamento enemigo, pero puesto que no sucedió nada más, pronto retomaron el trabajo donde lo habían dejado.

Dio una vuelta por los muros de la ciudad, que tanto al norte como al sur se unían con la fortaleza y con el puerto. Allí, en el lado occidental, los fosos eran profundos y estaban llenos de agua de mar. Eran las partes más fuertes de Gaza, allí no se produciría ningún ataque al principio del asedio. Las partes más débiles eran las más alejadas al este, cerca del portón de la ciudad y ciertamente era allí donde Saladino hacía construir sus máquinas lanzadoras. El gran ejército de jinetes de ahí fuera era inofensivo mientras aguantasen los muros, los mamelucos sólo se pondrían más y más nerviosos cuanto más tiempo pasase sin que tuviesen nada que hacer. El momento decisivo de la batalla tendría lugar en torno al portón de la ciudad, entre los tiradores de Gaza y los infantes y zapadores de Saladino, que intentarían cruzar el foso y alcanzar los muros para minarlos y reventarlos con fuego y abrir así una brecha por donde pudiese entrar la caballería. Arn sabía muy bien lo que estaba por venir: pronto un espeso hedor rodearía los muros de Gaza a causa de todos los sarracenos muertos. Por suerte, el viento solía soplar de poniente y se dirigió hacia los asediadores. Pero de todos modos era como una carrera contra el tiempo. Si los asediadores estaban decididos a derribar los muros, terminarían por conseguirlo. Si a continuación quisiesen reventar los muros de la fortaleza y penetrar en ella, conseguirían hacer eso también. No era de esperar que llegase ningún tipo de auxilio de Jerusalén ni de Ascalón, que estaba al norte en la costa. Gaza estaba completamente dejada de la mano de Dios.

Al mediodía, el caballo más amado de Arn, *Chamsiin*, fue llevado ante el portón de la ciudad, ensillado y cubierto por una cota de malla y fieltro a los lados. El ataque que estaba de camino sería considerablemente más peligroso para los caballos que para los jinetes, pero de todos modos había elegido a *Chamsiin*, pues la agilidad y la velocidad primaban más que no atacar de frente con fuerza. De todos modos, pronto se separarían; cuál de los dos caería primero era lo que menos importaba.

En el interior del portón de la fortaleza, toda la caballería se estaba preparando para la incursión y ahora rezaban las últimas oraciones ante la cercanía del ataque en el que sabían que muchos de los hermanos iban a morir y, en el peor de los casos, si se habían equivocado en los cálculos, si el enemigo había descubierto el plan o si Dios así lo deseaba morirían casi todos.

Sin embargo, lo que Arn veía desde su puesto habitual no indicaba que el

enemigo sospechase el peligro. No había grandes grupos de jinetes cerca; a lo lejos había una gran agrupación ocupada en algún ejercicio, abajo en el campamento se podía ver a la mayoría de los caballos comiendo dentro de apriscos cerrados. No podía haber grandes fuerzas esperando en algún lugar cercano, pues la visibilidad era buena a la luz del día. Realmente era el momento de actuar.

Arn se hincó de rodillas y rogó a Dios auxilio en esa intrépida hazaña, que podía llevar a la pérdida de todo pero también a salvar el Santo Sepulcro para los fieles. Dejaba su vida en manos de Dios, respiró profundamente y se levantó para dar la orden de ataque y bajar junto a *Chamsiin*, que esperaba impaciente sujetado con ciertos problemas por un mozo de establo. *Chamsiin* sentía que algo grande y difícil se acercaba, sus movimientos lo delataban.

Entonces vio el grupo de jinetes que se acercaba hacia el portón de Gaza en formación cerrada con la señal de mando de Saladino. Se detuvieron a una cierta distancia del foso colocándose en línea y un único jinete se acercó con el banderín bajado en señal de querer negociar. Arn dio rápidamente la orden de que no se le disparase.

Bajó corriendo por la escalera de la torre del portón, montó a *Chamsiin* de un salto y salió al galope por el portón. Se detuvo justo al lado del emir, que se había acercado solo y a una distancia de tiro fácil desde los muros. El jinete egipcio bajó su banderín hasta el suelo y agachó la cabeza al acercarse Arn.

—Te saludo en el nombre de Dios, el Misericordioso y Piadoso, Arn Ghouti, que hablas el idioma de Dios —dijo el negociador cuando Arn se colocó a su lado.

—Yo también te saludo con la paz de Dios —contestó Arn, impaciente—. ¿Cuál es tu mensaje y de parte de quién?

—Mi mensaje es de... él me pidió que dijese solamente Yussuf, aunque sus honores y títulos son muchos. Los hombres que ves a mis espaldas están dispuestos a entregarse como rehenes mientras duren las negociaciones.

—¡Espera aquí, vuelvo ahora mismo con escolta! —ordenó Arn, dando media vuelta y cabalgando a gran velocidad de vuelta por el portón de la ciudad. Cuando hubo entrado en la ciudad y estuvo fuera de la vista detuvo a *Chamsiin* y dejó que bajase al paso por la calle despejada hacia el portón de la fortaleza. Allí dentro había ahora ochenta hermanos caballeros montados a caballo, dispuestos a ir a la ofensiva. Si se atacaba ahora, la sorpresa sería grande. Era poco probable que volvieran a tener una oportunidad así para quemar y destruir la maquinaria de asalto.

Había cristianos que decían que no se podía ganar contra los sarracenos con traición porque no existía la traición entre fieles e infieles; según esa escuela, una promesa dada a los infieles no tenía ningún valor. Arn había empezado las negociaciones, lo cual era igual que una promesa. Pero había gran desacuerdo con respecto a eso y, ¿acaso no era cierto que él mismo hacía no mucho tiempo había estado de acuerdo con el Maestre de Jerusalén en que la palabra que había dado a Saladino en la pedregosa playa del mar Muerto era válida?

Sin embargo, ¿sería una señal de altivez darle un valor tan grande al honor de uno mismo? Tal vez Jerusalén y el Santo Sepulcro estuviesen en el otro lado de la balanza. Tal vez una palabra rota, un breve instante de traición por su parte pudiese salvar la ciudad santa.

«No —pensó—. Una traición así solamente nos haría ganar tiempo». La maquinaria de asedio destruida podía ser reemplazada. Nunca podía convertirse una palabra dada en una no pronunciada.

Dio orden de que se abrieran los portones, entró y se llevó el primer escuadrón, ordenó que el resto de los hermanos caballeros en espera desmontaran y descansaran, pues así de seguro estaba de que Saladino, por su parte, no preparaba una traición.

Cabalgó a través de Gaza a la cabeza del primer escuadrón, con su confaloniero con el estandarte de los templarios a su lado, y salió por el portón de la ciudad. Al acercarse al sarraceno abanderado que estaba esperando, ordenó a todo el escuadrón en columna de ataque, con lo que el enemigo se preparó del mismo modo. Ambos grupos de jinetes se acercaron el uno al otro a paso lento hasta encontrarse a la distancia de unas lanzas. Un grupo de cinco jinetes del otro bando se separaron y empezaron a moverse hacia Arn, que por su parte correspondió el gesto y, únicamente con el confaloniero a su lado, se acercó hacia los rehenes que se aproximaban, hasta que ambos grupos se encontraron.

Entre los rehenes reconoció de inmediato al hermano menor de Saladino Fahkr, el resto de los emires le eran desconocidos. Saludó a Fahkr, que le devolvió el saludo.

—Así que nos vemos antes de lo que pensábamos, Fahkr —dijo Arn.

—Es cierto, Al Ghouti, y en unas circunstancias que ninguno de nosotros quería presenciar. Pero Él, quien todo lo ve y todo lo sabe, quería otra cosa distinta.

Arn solamente asintió con la cabeza como respuesta y luego rechazó a todos los rehenes excepto a Fahkr. Acto seguido ordenó a Armand, que estaba a su lado, que se encargase de que a aquel hombre se lo tratase como a un honrado huésped en todo, pero a ser posible, sin que viese su defensa y la cantidad de caballeros de blanco de que disponían.

Luego Fahkr se cruzó con Arn que, por su parte, se reunió con el grupo de mamelucos que estaban esperándolo. Los templarios formaron una escolta en torno a Fahkr y los mamelucos en torno a Arn y después ambos grupos se separaron.

Saladino honró a su enemigo con mayores ademanes de los requeridos para un hombre que sólo era señor sobre un único castillo. Mil jinetes repartidos en dos hileras desfilaron junto a Arn por el último tramo del camino a la tienda de Saladino, y ni una burla se pronunció durante esa corta cabalgada.

Delante de la tienda del caudillo estaba su guardia protectora dispuesta en dos hileras formando con espadas y lanzas una calle que llevaba hasta la apertura de la tienda. Arn bajó de su caballo e inmediatamente un soldado de la guardia se apresuró para tomarlo de las riendas y llevárselo. Arn no se inclinó ni se alteró lo más mínimo al soltar ahora su espada, tal como exigía la costumbre, y entregársela al hombre que

a su juicio debía de ser el más importante de la guardia. Pero tan sólo fue respondido con una reverencia y con la explicación de que se colocase la espada de nuevo. Esto desconcertó a Arn, pero hizo lo que le ordenaban.

Y con la espada de nuevo atada al cinto, entró en la tienda. Al adentrarse en la oscuridad, Saladino se levantó de inmediato y se apresuró a recibirlo, tomándolo de ambas manos como si unos amigos, y no enemigos, se hubiesen reunido.

Luego se saludaron el uno al otro con una cordialidad inesperada por los demás hombres presentes en la tienda; cuando los ojos de Arn se acostumbraron a la oscuridad pudo ver sus caras de sorpresa. Saladino le señaló un lugar en el suelo en medio de la tienda, donde había una silla de camello con piedras preciosas y ornamentos de oro y plata, colocada frente a otro asiento del mismo tipo. Se hicieron una reverencia el uno al otro y se sentaron, mientras que el resto de los hombres de la habitación tomaban asiento sobre unas alfombras situadas a lo largo de las paredes de la tienda.

—Si Dios hubiese procurado nuestro encuentro en otro momento, tú y yo habríamos tenido mucho de que hablar, Al Ghouti —dijo Saladino.

—Sí, pero ahora que te veo, al Malik al-Nasir, también llamado el *rey victorioso*, estás delante de mi castillo con jinetes y maquinaria de asedio. Por eso me temo que nuestra conversación será muy breve.

—¿Quieres oír mis condiciones?

—Sí. Me negaré a cumplir tus condiciones, pero el respeto exige que las escuche de todos modos. Habla ahora sin rodeos, pues ninguno de los dos pensamos que se pueda engañar al otro con palabras dulces y traicioneras.

—Te doy a ti y a tus hombres, a tus hombres francos, el salvoconducto. Pero no a los traidores de la fe verdadera y de la guerra santa que trabajan para ti a cambio de plata. Podéis salir todos sin que una sola flecha se dispare contra vosotros. Sois libres de ir a donde queráis, a Ascalón o a Jerusalén o a alguno de vuestros castillos más arriba en Palestina o Siria. Ésas son mis condiciones.

—No puedo aceptar tus condiciones y, tal como te he dicho, éstas serán unas negociaciones breves —respondió Arn.

—En tal caso moriréis todos, y un guerrero como tú debería saberlo, Al Ghouti. Tú, más que nadie, deberías saberlo. Mi buena opinión de ti, precisamente de ti y por motivos que tú y yo pero nadie más de esta habitación conoce, ha hecho que quiera hacerte esta buena oferta, que mis emires encuentran completamente innecesaria. Las normas dicen que quien rechaza una oferta así no puede esperar merced alguna en caso de que pierda.

—Lo sé, Yussuf —dijo Arn haciendo hincapié casi con pedantería al dirigirse al mayor caudillo de los fieles sólo por su nombre de pila—, lo sé. Al igual que tú, conozco las reglas. Ahora deberás tomar Gaza con violencia y nosotros nos defenderemos hasta que ya no podamos más. Y aquellos de nosotros que luego, heridos o no, nos convirtamos en tus prisioneros no esperaremos otra cosa que la

muerte. No creo que tengamos más que decirnos en este momento, Yussuf.

—Dime entonces por qué tomas una decisión tan insensata —repuso Saladino con la cara casi retorcida de pena—. No quiero verte morir y lo sabes. Por eso te he dado una posibilidad que nadie más que tú habría recibido cuando nuestra fuerza es mucho mayor que la del enemigo, tú mismo lo has visto. ¿Por qué haces esto, cuando podrías salvar a todos tus hombres que ahora condenas a la muerte?

—Porque hay algo más grande que salvar —respondió Arn—. Yo creo, al igual que tú, que si realmente te quedas aquí en Gaza y nos asedias podrás vencernos en cuestión de un mes, a menos que Dios desee otra cosa y nos envíe algún tipo de milagrosa salvación, y yo moriré aquí. Probablemente será así.

—¿Pero por qué, Al Ghouti, por qué? —insistió Saladino, visiblemente atormentado—. Yo te ofrezco la vida y tú la rechazas. Yo te ofrezco las vidas de tus hombres y tú las sacrificas. ¿Por qué?

—No es tan difícil de adivinar, Yussuf, y en realidad creo que lo sabes —respondió Arn, que de repente sintió cómo una débil esperanza se encendía en su interior—. Puedes tomar Gaza, te creo. Pero te costará la mitad de tus fuerzas y tendrás que emplear mucho tiempo en ello. Y en ese caso yo no moriré por una causa pequeña; muero por lo único por lo que realmente debo morir y tú sabes muy bien de lo que estoy hablando. No quiero tu merced para vivir, prefiero morir y ver tu ejército reducirse a una fuerza con la que no puedas ir más lejos. Ahora ya sabes por qué.

—Entonces no tenemos más que decirnos —confirmó Saladino con una mirada triste—. Quiero que vayas con la paz de Dios y reces tus oraciones hoy. Mañana ya no es día de paz.

—Yo también te dejo en la paz de Dios —dijo Arn, poniéndose en pie e inclinándose en una profunda reverencia ante Saladino antes de dar media vuelta y salir de la tienda.

De camino de vuelta al portón de la ciudad se cruzó con el hermano de Saladino, Fahkr, que detuvo su caballo y preguntó cómo estaba la situación. Arn respondió que había rechazado la propuesta de Saladino que, había que reconocerlo, había sido menos dura de lo esperado.

Fahkr sacudió la cabeza y murmuró que eso era exactamente lo que le había dicho a su hermano, que incluso la oferta más generosa sería recibida con una clara negativa.

—Ahora te digo adiós, Al Ghouti, y debes saber que yo, al igual que mi hermano, sentimos pena por lo que ahora debe suceder —se despidió Fahkr.

—Yo siento lo mismo, Fahkr —dijo Arn—, uno de nosotros morirá, parece que será así. Pero sólo Dios sabe en este momento quién de nosotros será.

Se hicieron una reverencia en silencio, pues nada más quedaba por decir, y cabalgaron en sentidos opuestos, lentamente y pensativos los dos.

Cuando Arn se acercaba al portón de Gaza tuvo la esperanza de que Saladino se hubiese sentido tan humillado delante de sus propios emires al ver que su generosidad

era recibida con un desdenoso rechazo que ahora se viese forzado a remediar el insulto y realmente tomar Gaza y con ello perder la oportunidad de seguir hacia Jerusalén. Sin embargo, era cierto lo que Saladino había dicho: que eso conduciría a la muerte de todos los hombres que llevaban armas en el interior de los muros de Gaza, y a todos los infieles que trabajaban para los cristianos, y eso lo incluía también a él. Era una certeza mezclada con algo de tristeza, pues con frecuencia había pensado que regresaría a casa algún día, y eso parecía ahora imposible. Moriría en Gaza. Pero la alegría era mayor que la tristeza, pues moriría para salvar el Santo Sepulcro y la sagrada Jerusalén. Durante muchos años podría haber muerto en cualquier pequeño combate contra un enemigo menos importante sin que hubiese hecho la más mínima diferencia en Tierra Santa. Pero ahora Dios les había concedido a él y a sus hermanos la gracia de morir por Jerusalén. Era un motivo verdaderamente bueno por el que morir, una gracia que le era concedida a pocos templarios.

Haría lo que Saladino le había dicho que hiciera, dedicar la tarde y la noche a la acción de gracias y a la oración. Todos sus caballeros comulgarían en preparación para el día siguiente.

Aquella mañana, el ejército de Saladino partió y, columna tras columna, empezaron a marchar hacia el norte, siguiendo la costa en dirección hacia Ascalón. No dejaron tan siquiera una pequeña fuerza de asedio tras de sí.

La gente de Gaza estaba sobre los muros de la ciudad, viendo cómo se alejaba el enemigo y dando las gracias a sus dioses, que pocas veces era el verdadero Dios, y formando largas filas pasaron haciendo reverencias hacia Arn, que estaba en lo alto de la torre del portón de la ciudad, lleno de sentimientos ambiguos, y le agradecieron su salvación. Había corrido un rumor por la ciudad que decía que el señor del castillo había logrado asustar a Saladino de algún modo, con trucos de magia o con venganza por parte de los malvados amigos de los templarios, los asesinos. Cuando este rumor llegó a oídos de Arn, éste soltó un bufido de desdén pero, sin embargo, no se esforzó demasiado en desmentirlo.

Su decepción era mayor que su alivio. El ejército de Saladino era, ahora que estaba al completo, suficientemente grande para tomar Ascalón, que era una ciudad mucho más importante que Gaza, y que perdería muchas más vidas cristianas que ésta. En el peor de los casos, el ejército de Saladino era tan grande como para dirigirse sin sufrir amenaza alguna hacia Jerusalén.

Por tanto, Arn se sentía más fracasado que satisfecho. Tampoco podía tomar ninguna buena decisión por lo que se refería a la caballería de Gaza. Primero habría que saber lo que pasaba al norte, tal vez esperar las órdenes que pronto llegarían por mar. Con buen viento no se tardaba más de unas horas en viajar de Ascalón a Gaza.

A la espera de poder tomar esas grandes decisiones, Arn se lanzó a considerar otras de menor importancia. Todos los refugiados que se habían protegido tras los muros de Gaza tendrían que volver cuanto antes a sus pueblos para empezar a reconstruir la mayor parte de lo que había sido quemado antes de que llegasen las

lluvias invernales. También debía proporcionárseles animales y harina, de modo que pudiesen volver a retomar sus vidas cotidianas. Durante un día y medio se dedicó principalmente a esto junto con su maestro pañero y los escribanos de éste.

Pero al segundo día llegó un mensajero navegando al puerto, por lo que Arn decidió convocar de inmediato a todos los hermanos de rango elevado en el *parlatorium*.

El joven rey leproso de Jerusalén, Balduino IV, había salido de Jerusalén con la fuerza que había logrado reunir, quinientos jinetes, no más, hacia Ascalón para enfrentarse al enemigo en el campo de batalla. No era una medida muy sensata, pues el llano paisaje que rodeaba Ascalón era demasiado favorable a los guerreros mamelucos. Habría sido mejor concentrar la defensa en torno a los muros de Jerusalén.

Cuando los cristianos descubrieron la superioridad de la fuerza a la que se enfrentaban, tuvieron el tiempo justo para refugiarse tras los muros de Ascalón, y allí estaban ahora encerrados. Saladino había dejado una fuerza de asedio para mantenerlos en su sitio. En la llanura que rodeaba la ciudad, los mamelucos no tendrían grandes problemas para derrotar a una caballería pesada que, además, era más pequeña que la suya propia.

No había gran cosa sobre lo que reflexionar, porque entre los hombres del ejército real tras los muros de Ascalón estaba el Gran Maestre de los templarios, Odo de Saint Amand, y de él provenía ahora una orden directa y por escrito acerca de lo que había que hacer.

Arn debía apresurarse en partir hacia Ascalón con todos los caballeros y al menos cien sargentos. Debían ir todos fuertemente armados y sin infantes para proteger a los caballos y debían atacar la fuerza de asedio una hora antes de la puesta del sol al día siguiente. Al producirse el ataque de Arn, el ejército encerrado en Ascalón respondería a la ofensiva, de modo que la fuerza de asedio sería atrapada entre dos escudos. Ése era todo el plan. Sin embargo, eran órdenes del Gran Maestre y, por tanto, no había discusión posible.

De todos modos, Arn tomó una decisión según su propio criterio: se llevó a sus experimentados jinetes beduinos como espías. Iba a partir hacia una tierra desconocida dominada por la mayor cantidad de jinetes del enemigo y lo único que les serviría de protección serían los buenos conocimientos acerca de por dónde sería prudente cabalgar y por dónde sería insensato. Los beduinos, con sus rápidos camellos y caballos, podían obtener ese tipo de información; nadie que viera a los beduinos en la distancia podía afirmar con total seguridad en qué bando luchaban, y pocas veces valía la pena intentar alcanzarlos para saberlo. Arn se aseguró que los beduinos de Gaza obtuvieran una buena retribución en forma de plata antes de que llegase el momento de partir, pero probablemente más importante que eso fue decirles que esta vez habría mucho que saquear. Era cierto, al margen de cómo acabasen las cosas, porque esta vez los templarios cabalgaban sin miramientos, sin

soldados de a pie que pudiesen proteger a los caballos contra los rápidos ataques de los arqueros turcos, esta vez cabalgaban para vencer o morir. No había más alternativas. Iban muy escasos de tiempo y estaban en demasiada inferioridad numérica como para andarse con miramientos.

Los beduinos se desplegaron ahora en forma de abanico delante de la columna de los templarios de Gaza, y el primero de ellos volvió rodeado por una nube de polvo y a toda velocidad incluso antes de haber llegado a medio camino de Ascalón. Explicó, jadeante, que en el pueblo más cercano había visto cuatro caballos mamelucos atados frente a unas cabañas de barro. El pueblo parecía abandonado y era difícil decir qué estarían haciendo los jinetes dentro de unas viviendas tan miserables, pero los caballos estaban allí y por todo el pueblo yacían cabras y ovejas muertas por las flechas.

En un primer momento, Arn no quiso perder el tiempo con enemigos de poca monta, pero entonces se le acercó Guido de Faramond, su maestro de armas, y le indicó que podría tratarse de exploradores de la fuerza de asedio egipcia, y que tal vez esos exploradores estuviesen descuidando su encargo en ese momento. Si los cogían por sorpresa, no podrían explicar nada acerca del peligro que se aproximaba desde el sur.

Arn se rindió de inmediato ante este argumento, agradeció a su maestro de armas que no hubiera dudado en expresar su opinión y procedió a dividir sus tropas en cuatro columnas, que pronto se dirigirían hacia el pueblo desde cada uno de los puntos cardinales. Al acercarse lo suficiente como para poder ver el grupo de cabañas de adobe, pudieron observar a unas cuantas ovejas y cabras muertas, tal como había explicado el beduino. Finalmente, las cuatro hileras de caballeros se unieron formando un círculo en torno al pueblo, en apariencia vacío. Luego se acercaron al paso en silencio, y poco después pudieron oír lo que estaba sucediendo, pues dos o tres voces de mujer proferían unos lamentos desgarradores. Había cuatro caballos egipcios con valiosas monturas, que agitaban sus cabezas para espantar las moscas, delante de la cabaña donde estaba teniendo lugar la infamia.

Arn señaló a un escuadrón de caballeros, que desmontaron, sacaron sus espadas en silencio y entraron. Se oyó el jaleo de una pequeña lucha y luego los cuatro egipcios fueron lanzados afuera, sobre el polvo, y les ataron los brazos a la espalda. Llevaban la vestimenta en desorden, y gritaban algo acerca de que serían recompensados con un rescate si se les permitía vivir.

Arn bajó de su caballo y se acercó a la entrada de la cabaña, de donde salían sus caballeros con las caras pálidas. Entró y vio más o menos lo que esperaba encontrar. Eran tres mujeres. Sangraban ligeramente, pero ninguna de ellas parecía haber sido herida de muerte. Se cubrían con las ropas que les habían arrancado los egipcios.

—¿Cómo se llama este pueblo y a quién pertenecéis, mujeres? —preguntó Arn sin obtener primero ninguna respuesta razonable, pues sólo una de las mujeres parecía hablar un árabe comprensible.

Después de un rato de torpe conversación, Arn comprendió que tanto las mujeres como los animales procedían de un pueblo que en realidad pertenecía a Gaza, pero las tres mujeres habían alejado a los animales de allí para no tener que entregarlos; habían llevado sus ovejas a pastar lejos de un saqueador para ir a parar a manos de otro todavía peor.

Dado que su propio honor y el de sus familias había sido mancillado, sólo había un modo de repararlo, razonó Arn. Cuando se tranquilizaron un poco comprendieron que él no pretendía hacer lo mismo que los egipcios. Por tanto, dejaría a los cuatro vándalos atados para que las mujeres ofendidas hicieran con ellos lo que mejor les pareciera por su honor y venganza. También podían quedarse con los caballos y las monturas como un regalo de Gaza. Sin embargo, les pidió que no dejaran ir a los egipcios vivos, pues entonces se vería obligado a ordenar que los decapitasen. Las palestinas aseguraron que no dejarían con vida a ninguno de los violadores y con eso Arn quedó satisfecho. Salió, volvió a montar y ordenó nueva formación y marcha continuada hacia Ascalón. Iban a atacar una hora antes de la puesta del sol independientemente de si podían prepararse adecuadamente o no, pues era una orden del mismísimo Gran Maestro.

Cuando se hubieron alejado un trecho oyeron desesperados gritos de los egipcios prisioneros, sobre quienes ahora se abalanzaban sus víctimas vengativas. Nadie se volvió en la silla, nadie dijo nada.

Al acercarse a Ascalón, parecía que seguían sin haber sido descubiertos. O bien habían tenido la inmensa suerte de cruzar la barrera de exploradores del enemigo justo donde esos cuatro, ahora desdichados violadores, eran los responsables, o bien la Madre de Dios los había guiado de su mano.

Más tarde llegaron nuevos espías beduinos a caballo y empezaron a hablar todos a la vez acerca de cómo el enemigo se había alineado delante de Ascalón. Arn desmontó y alisó un espacio de arena con el calzado de acero, sacó su puñal y empezó a dibujar Ascalón y sus muros sobre la arena. Pronto consiguió centrar la conversación y se enteró de cómo estaba distribuida la fuerza mameluca.

Había dos alternativas posibles. Teniendo en cuenta el modo en que el bosque llegaba hasta Ascalón, llegarían más cerca del enemigo si atacaban en línea recta desde el este. Con un poco de suerte, podrían plantarse a dos tiros largos de distancia antes de tener que atacar a plena velocidad y fuerza. El lado negativo era que entonces tendrían de frente el sol poniente.

La otra posibilidad era dar un amplio giro hacia el nordeste y luego hacia el oeste y hacia el sur. De ese modo vendrían desde el norte y se evitarían tener el sol de frente. Pero a cambio aumentaba el riesgo de ser descubiertos. Arn decidió que esperarían donde estaban ahora y dedicarían la hora que quedaba antes del ataque a la oración en lugar de moverse y arriesgarse a ser descubiertos. Habría que soportar la desventaja de tener el sol de cara durante el ataque. El enemigo era diez veces superior, todo dependía del factor sorpresa, de la velocidad y de la contundencia del

primer ataque.

Tras el rato de oración cabalgaron lenta y silenciosamente a través de un bosque cada vez más ralo que se extendía en forma de lengua hacia Ascalón. Arn se detuvo cuando él mismo ya no podía proseguir sin ser visto. El maestro de armas se le acercó con cuidado al paso y permanecieron en silencio un rato observando el campamento del enemigo, que se extendía a lo largo de todo el muro oriental de Ascalón. La mayoría de los caballos estaban en grandes apriscos fuera, a los flancos, y más apartados de los muros que el resto de la fuerza de asedio, lo cual era un factor determinante. No hacía falta tiempo ni cavilaciones para saber cómo iba a llevarse a cabo la ofensiva. Arn mandó venir a sus ocho mandos de escuadrón y les dio unas breves órdenes. Cuando todos hubieron regresado a sus puestos, rezaron una última vez juntos a la Máxima Protectora de los templarios mientras se desplegaba Su estandarte y la llevaban a la cabeza de la formación, al lado de Arn, y la alzaban junto con el banderín negro y blanco de los templarios.

—*Deus vult!* ¡Dios lo desea! —gritó Arn con todas sus fuerzas, e inmediatamente su grito fue repetido hacia atrás por todas las filas.

Arn y los caballeros más próximos a él empezaron a moverse poco a poco hacia adelante mientras quienes estaban más atrás se adelantaron al trote, distribuyéndose de forma ordenada en los flancos. Al salir ahora los templarios del bosque parecía como si su centro estuviese prácticamente quieto, mientras dos enormes alas de jinetes vestidos de blanco y negro se desplegaban a ambos lados. Cuando toda la fuerza estuvo colocada en línea recta, el estampido de los cascos de caballo fue creciendo en forma de un poderoso trueno cuando todos aceleraron a máxima velocidad por el último tramo antes de desembocar en el campamento del enemigo a lo largo de toda su extensión.

Muy pocos soldados enemigos habían tenido tiempo de subirse a los caballos, y ellos fueron el primer objetivo de los templarios atacantes. Mientras tanto, se atacaba también los apriscos de los caballos de los flancos, que eran rotos en pedazos a la vez que los caballos del enemigo eran hostigados con lanzas para que les entrase el pánico y dirigiesen su desbocada huida hacia el campamento, que pronto se convirtió en un barullo de caballos horrorizados, mamelucos corriendo tras sus armas o intentando escapar de los pesados jinetes enemigos entre tiendas que se derrumbaban y fuegos que despedían brasas y chispas cuando eran pisados y arrollados por los caballos.

Los portones de Ascalón se habían abierto y desde allí atacaba ahora el ejército seglar del rey, formando dos filas que se dirigían hacia el centro del campamento de los asediadores. Al descubrirlo, Arn gritó a Armand de Gascogne que cabalgase con el banderín en línea recta hacia el sur, de modo que todos los templarios se uniesen a ese ataque y dejasen espacio libre para el ejército real.

Pronto estuvieron reunidos todos los templarios y cabalgaban en forma de una larga hilera atravesando el ejército enemigo, clavando, batiendo y pisando cuanto se

interpusiese en su camino. El enemigo no había tenido tiempo de superar el miedo y la sorpresa y por eso no habían comprendido lo pequeña que era la fuerza que los atacaba; pocos mamelucos pudieron subirse a los caballos, por lo que no habían logrado tener una buena visión de conjunto y creyeron que un enemigo del todo superior se les había echado encima.

Fue un baño de sangre que duró hasta mucho después de la puesta del sol. Más de doscientos prisioneros atravesaron luego los portones de Ascalón y el campo de batalla fue abandonado a la oscuridad y a los beduinos que habían aparecido, ahora, cual buitres de la nada y en una cantidad sorprendentemente grande. Los cristianos cerraron los portones de la ciudad tras de sí como si quisiesen librar a sus ojos de ver lo que sucedía allí fuera a la luz de las antorchas durante toda la noche.

En la plaza mayor de la ciudad, Arn mandó formar a su tropa y pasó revista escuadrón por escuadrón. Faltaban cuatro hombres. Teniendo en cuenta el tamaño de la victoria, era un precio muy bajo, pero lo importante en ese momento era hallar a los hermanos caídos o heridos. De prisa, configuró un escuadrón de dieciséis hombres ilesos y los envió a buscar con caballos de reserva a los hermanos desaparecidos para ponerlos bajo cuidados o darles un entierro cristiano.

Luego se dirigió al pequeño cuartel templario que había en la ciudad y repasó sus propias heridas, casi todas rasguños y moratones, se lavó y preguntó cómo encontrar al Gran Maestre. Tal y como había esperado, halló al Gran Maestre dentro de la capilla dedicada a la Madre de Dios y antes de salir a hablar dieron juntos las gracias a Dios y a la Virgen por haberles concedido tan brillante victoria.

Subieron al parapeto del muro y se sentaron a una distancia del puesto de guardia más cercano para poder hablar en paz. Allí abajo, a sus pies, se estaba celebrando la victoria por toda la ciudad, excepto en los cuarteles de los templarios y en los graneros, que se habían dispuesto para que los hermanos pasaran la noche. En esas construcciones reinaba el silencio y estaba completamente oscuro excepto por alguna que otra vela allí donde se curaban las heridas los unos a los otros.

—Saladino será un gran caudillo, pero no puede haber comprendido cuántos erais en Gaza, si no, no se hubiese contentado con dejar apenas dos mil hombres aquí para vigilar Ascalón —dijo Odo de Saint Amand, pensativo. Era lo primero que le decía a Arn, como si la victoria del día no necesitase discutirse demasiado.

—Todos los caballeros se mantuvieron dentro del castillo cuando vino, sólo éramos dos mantos blancos arriba en el muro —explicó Arn—. Pero le quedan más de cinco mil jinetes mamelucos. ¿Cómo están las cosas en Jerusalén?

—Como puedes ver, el ejército del rey está aquí en Ascalón. Amoldo tiene doscientos caballeros y cuatrocientos o quinientos sargentos en Jerusalén, me temo que eso es todo.

—Entonces tenemos que atacar y fatigar al ejército de Saladino en cuanto recuperemos fuerzas. Y eso será mañana —dijo Arn, taciturno.

—Mañana no creo que logremos llevarnos con nosotros al ejército del rey, pues

estarán recuperándose de los daños de hoy. No los del campo de batalla, allí no tuvieron tiempo de hacer gran cosa antes de que venciésemos nosotros, sino los del festejo de la noche —señaló Odo de Saint Amand, furioso.

—Nosotros vencimos y ellos celebran la victoria. Así repartimos el trabajo, es como suele ser —murmuró Arn mientras dedicaba una mirada entretenida al Gran Maestro—. De todos modos, creo que es bueno que nos lo tomemos con un poco de calma y no nos precipitemos. Si tenemos suerte, no habrá ni uno entre los vencidos y fugitivos que logre atravesar las líneas de los beduinos de ahí fuera y entonces también Saladino tardará en enterarse de lo sucedido. Eso sería una gran ventaja.

—Mañana veremos —asintió Odo de Saint Amand, poniéndose en pie. También Arn se levantó y recibió el abrazo y los besos del Gran Maestro, primero en la mejilla izquierda y luego en la derecha.

—Te bendigo, Arn de Gothia —dijo el Gran Maestro, solemne, mientras agarraba a Arn de los hombros y lo miraba a los ojos. No puedes imaginarte lo que siente uno al estar ahí arriba en el muro viendo a los nuestros salir al ataque como si fueseis dos mil en vez de doscientos o trescientos. Le había prometido a los seglares y al rey que llegaríais a la hora prevista y tú mantuviste la promesa. Ha sido una gran victoria, pero todavía nos queda un largo camino.

—Sí, Gran Maestro —respondió Arn en voz baja—. Esta victoria ya está olvidada, lo que ahora tenemos ante nosotros es un gran ejército mameluco. Que Dios nos proteja una vez más.

El Gran Maestro retrocedió un paso y Arn se arrodilló y agachó la cabeza mientras su superior más alto desaparecía por la oscuridad a lo largo del muro de la fortaleza.

Arn permaneció solo un rato mirando por encima del muro y escuchando algún que otro grito de los heridos de allí fuera. Le dolía todo el cuerpo pero era un dolor agradablemente cálido y palpitante y, a excepción de un rasguño en la mejilla, no sangraba por ninguna parte. Como siempre, lo que más le dolía eran las rodillas, que recibían la mayoría de los golpes fuertes cuando atacaba a un enemigo desde el caballo o lo abatía pasando por encima de él.

En los días siguientes no sucedió gran cosa en Ascalón. Los prisioneros mamelucos fueron encadenados y puestos a trabajar enterrando a sus hermanos fallecidos en el campo de batalla. De vez en cuando llegaban pequeños grupos de beduinos arrastrando nuevos prisioneros para vender tras los camellos. Al parecer, todos los huidos habían sido capturados de ese modo; los beduinos eran diligentes en su trabajo pero probablemente no habrían dudado en hacer el mismo tipo de negocios con Saladino si la batalla hubiese terminado del modo contrario.

Los beduinos también traían información acerca de lo que hacía el ejército de Saladino. Al contrario de lo que se esperaba, Saladino no había avanzado hacia Jerusalén, sino que había soltado un poco las riendas y dejaba que su ejército saquease toda la zona entre Ascalón y Jerusalén. Tal vez pensase que era mejor

saquear ahora, antes de la gran victoria. Parecía bastante seguro de que no se encontraría con el enemigo en el campo de batalla, que el enemigo estaba bien encerrado en sus fuertes y tras los muros de las ciudades de Ascalón y Jerusalén. Una vez calmadas las ansias de saqueo de su ejército, podría tomar Jerusalén sin profanar la ciudad santa tras su victoria. Fuera como fuese, estaba cometiendo un error del que se arrepentiría durante diez largos años.

En el fuerte de Ascalón se estaba celebrando un consejo de guerra. El rey Balduino estaba sentado en una silla de mano cubierto por una tela de muselina azul, de modo que desde fuera sólo era posible entrever su sombra. Se rumoreaba que sus manos se estaban pudriendo y que pronto estaría completamente ciego.

A la derecha del rey estaba sentado el Gran Maestre Odo de Saint Amand y tras él, Arn y los dos comendadores de Toron des Chevaliers y Castel Arnald. Al otro lado del rey estaba el obispo de Belén, y a lo largo de las paredes de la sala, los barones palestinos a los que el rey había convencido para participar en su desesperada guerra. Detrás del obispo se encontraba la Santa Cruz, adornada con oro, plata y piedras preciosas.

Los cristianos no habían perdido nunca una batalla en la que llevasen consigo la Santa Cruz y ésa no fue precisamente la cuestión que ocupó más tiempo y fue la más decisiva.

Los hermanos Balduino y Balian d'Ibelin, los barones más distinguidos de la sala, opinaban que llevar la Santa Cruz, en la que Nuestro Redentor había sufrido y había muerto por nuestros pecados, a una batalla imposible de ganar era cometer una irreverencia, un pecado comparable con la blasfemia.

A eso, el obispo de Belén replicó que nada podía representar con claridad la súplica de un milagro de Dios que llevar consigo la Santa Cruz cuando un milagro de Dios era la única salvación.

Balduino d'Ibelin respondió que, tal como él lo interpretaba, no se podía negociar con Dios de la misma manera que se negociaba con un enemigo más débil, bajo presiones. En la batalla que los esperaba, los cristianos podrían como mucho aspirar a molestar a Saladino lo suficiente como para que se alargase el tiempo, el otoño convirtiese las montañas que rodeaban Jerusalén en un frío y rojo campo de barro con aguanieve y fuertes vientos, de modo que el asedio cesase por motivos diferentes a la valentía y la buena fe de los defensores.

El obispo argumentó que probablemente fuese él, de los reunidos, quien mejor comprendía cómo se hablaba con Dios y que, por tanto, rechazaba sin más los consejos de los hombres legos en este asunto. La Santa Cruz suponía la salvación en una batalla que únicamente podía ser ganada mediante un milagro de Dios. ¿Qué reliquia podía haber en el mundo más fuerte que la Santa Cruz?

Arn y los dos hermanos comendadores no llegaron a pronunciarse en este asunto. Por parte de Arn, esto no sólo se debía a que tuviese que guardar silencio cuando el Gran Maestre estuviese presente representando a la Orden del Temple. Además, los

dos hermanos comendadores, a quienes apenas conocía, eran de rango superior a él. Pero incluso si se hubiese consultado su opinión le habría sido difícil responder, pues se inclinaba más a pensar que el obispo estaba equivocado y que el caballero d'Ibelin tenía razón.

Al final fue el joven rey leproso quien decidió la batalla. El segundo día de discusión se puso del lado del obispo, justo al llegar un momento en el que todo el cónclave empezaba a sentir desesperación porque se hablaba mucho y no se actuaba; los humos de los incendios eran ya densos en el horizonte, hacia el este.

El ejército de Saladino se había dirigido primero hacia Ibelin, había ocupado y devastado la ciudad y luego había tomado rumbo este, hacia Jerusalén. Por los humos de los incendios y por la llegada de algunos refugiados se supo luego que las tropas egipcias se habían esparcido por la zona de Ramala, saqueando y arruinándolo todo en su camino. Ramala era propiedad de los hermanos d'Ibelin y ellos exigían ir al frente del ejército seglar, pues eran quienes más tenían que vengar. El rey aceptó de inmediato su demanda.

Era obvio quién iba a liderar a los templarios, pues el Gran Maestre Odo de Saint Amand estaba en Ascalón. Pero cuando reunió a los tres hermanos de rango de comendador presentes en Ascalón, además de Arn, los dos comendadores de Castel Arnald y Toron des Chevaliers, que por aquel tiempo eran Siegfried de Turenne y Arnoldo de Aragón, la cosa resultó ser más complicada. El Gran Maestre había decidido que él estaría junto a la Santa Cruz y al estandarte de los templarios con la representación de la imagen de la Madre de Dios en el centro del ejército. Para tal propósito llevaría consigo una guardia de veinte caballeros.

Por tanto, uno de los tres comendadores debía tomar el mando del conjunto de la fuerza templaria. Según las leyes templarias, debería ser el señor de Toron des Chevaliers, Arnoldo de Aragón, pues era el mayor de los tres. El siguiente por rango era el comendador de Castel Arnald, Siegfried de Turenne y, por último, Arn de Gothia. Pero por el modo tan evidente en que la Madre de Dios había extendido su mano protectora sobre Arn cuando atacó y venció al muy superior ejército mameluco, constituiría una ofensa hacia Su buena voluntad no darle a Arn de Gothia el mando.

Los tres comendadores recibieron las órdenes de su Gran Maestre con rostros impasibles y se inclinaron para demostrar que las obedecerían sin rechistar. El Gran Maestre los dejó entonces solos para que ellos mismos se encargaran de la planificación.

Estaban sentados en un *parlatorium* pequeño y muy sencillo del cuartel de los templarios en Ascalón y se produjo un rato de silencio antes de que ninguno de ellos se pronunciara.

—Se dice que nuestro Gran Maestre te tiene cariño, Arn de Gothia, y a mi parecer lo ha demostrado claramente en su decisión —murmuró Arnoldo de Aragón, huraño.

—Tal vez sea cierto. Y tal vez sea también cierto que habría sido más sabio dar este mando a uno de vosotros dos, pues vuestras fortalezas están en la zona que mejor

conocéis y será allí donde nos enfrentaremos a Saladino —respondió Arn lentamente y con resolución, como si estuviese pensándolo muy bien—, pero tal vez mañana cabalgemos los tres hacia la muerte —prosiguió tras un rato de incómodo silencio en la habitación—. Nada podría entonces ser peor que el hecho de que tuviésemos nuestros pensamientos ocupados en otros asuntos personales y sin importancia en lugar de esforzarnos al máximo.

—*Arn tiene razón, unámonos para haser lo mejog en lugar de geñir entre nozotros* —dijo Siegfried de Turenne con los dientes apretados, de modo que su pronunciación germánica sonaba más extraña de lo habitual.

A partir de entonces, ninguno de los tres volvió a comentar que tal vez el Gran Maestre había tomado una decisión contraria a las normas habituales; tenían poco tiempo e importantes decisiones que tomar.

Algunas cosas eran muy evidentes. La fuerza templaría cabalgaría equipada al máximo posible, los frentes de los caballos cubiertos con arnés, toda la malla posible a los flancos y una reducida cantidad de provisiones. Todo esto estaba claro, pues la única posibilidad de éxito consistía en lograr pronto una posición de ataque en que la movilidad de los mamelucos estuviese limitada por un motivo u otro y donde peso y fuerza fuesen decisivos. En cualquier otra posición estarían perdidos frente a un ejército de jinetes mamelucos y por eso no tendría ningún sentido intentar quitarles peso a los caballos. De todos modos, era imposible alcanzar la misma velocidad y agilidad que el enemigo.

La cuestión de si colocar a los templarios al frente o al final del ejército requirió un tiempo de discusión. En una ofensiva por sorpresa del enemigo, en la que posiblemente atacaría de frente, sería mejor llevar la parte más fuerte del ejército delante del todo, de ese modo se salvaría el mayor número de vidas cristianas posible.

Pero el ejército cristiano no era muy grande, sólo quinientos caballeros seculares, un centenar de templarios y poco más de un centenar de sargentos. Si el enemigo venía de frente, vería pronto los colores seculares, pensaría tal vez que su adversario no era tan fuerte y quizás atacaría demasiado pronto con una parte pequeña del ahora disperso ejército mameluco. Entonces podría ser decisivo que los templarios protegidos por el ejército mundanal se adelantasen y se enfrentasen a los mamelucos a la carga cuando estuviesen demasiado cerca como para cambiar de dirección. Eso parecía lo más razonable. Cabalgarían detrás del ejército mundanal. De ese modo, además, podrían abrirse hacia los flancos y contener los ataques laterales.

Hasta aquí los tres comendadores se habían mostrado unánimes en todas sus decisiones. Lo que tardaron más en discutir fue la intención de Arn de llevar consigo la mayor cantidad de beduinos posible.

Los otros dos fruncieron el ceño ante su propuesta. Los castillos de Castel Arnald y Toron des Chevaliers no poseían beduinos y los otros dos carecían de experiencia en cuanto a los beneficios de ese tipo de tropas traicioneras y, según los rumores, sin fe ninguna.

Arn estuvo de acuerdo en que sus beduinos no eran de fiar si no vencían y que, en el peor de los casos, el día de mañana podría terminar con ellos tres arrastrados por camellos para ser vendidos a Saladino; probablemente los beduinos no supiesen que los templarios eran prisioneros sin valor, pues nunca podrían ser rescatados como los barones seculares. Sin embargo, los beduinos tenían caballos veloces como el viento y sus camellos podían avanzar fácilmente por cualquier tipo de terreno montañoso o pedregoso. Y si los llevaba podrían obtener información constante sobre el enemigo. Y tal como estaban las cosas, ese tipo de información era, después de la misericordia de Dios, lo más importante para la batalla venidera.

Los otros dos dieron su brazo a torcer a regañadientes; probablemente se percataron de que Arn no tenía intención de claudicar en este asunto. Y, al fin y al cabo, él era, tal y como había decidido el Gran Maestre, quien decidía cuando no era posible la unanimidad.

Para quien no hubiese visto el enorme ejército mameluco de Saladino desfilar durante más de una hora sólo para hacer ostentación de sus jinetes, como habían hecho Arn y su confaloniero de Gaza, el ejército cristiano que partió de Ascalón a aquella temprana hora de aquella mañana de noviembre debía de parecerle muy fuerte.

El día era desapacible, con suaves vientos que se negaban a llevarse la niebla que iba y venía a su antojo. La limitada visión podía ser una ventaja para uno en detrimento del otro, pero si alguien se beneficiaba del mal tiempo, éstos probablemente fueran los cristianos, que conocían bien la zona; especialmente los dos capitanes del ejército mundanal, los hermanos Balduino y Balian d'Ibelin. Pero en la retaguardia de los cristianos iban, además, los dos comendadores de Toron des Chevaliers y de Castel Arnald y el ejército cristiano se dirigía al interior, hacia la zona situada entre estas dos fortalezas.

Nadie podía comprender cómo los beduinos lograban hallar el camino en aquella niebla, pero iban y venían con informes para Arn ya desde las primeras horas de la cabalgata.

Al mediodía los cristianos empezaron a cruzarse con pequeños grupos de egipcios pesadamente cargados que en cada ocasión prefirieron dar un rodeo para evitarlos conservando aquello que habían saqueado en lugar de desprenderse de los bienes y lanzarse a la batalla. Lo malo de estos contactos era que los cristianos tendrían que contar con que Saladino pronto sabría que el enemigo estaba de camino y entonces él mismo tendría la oportunidad de decidir el momento y el lugar para el combate.

Y, tal y como era de esperar, apareció una unidad de caballería bien formada justo delante de los capitanes cristianos. Estaban ahora en las cercanías de la fortaleza de Mont Gisard, no muy lejos de Ramala.

El ejército secolar atacó de inmediato, sin darse siquiera tiempo para hacerse una idea del tamaño de las huestes que tenía ante sí. Atrás dejaron el núcleo del ejército con el rey, el obispo de Belén, los estandartes y su guardia.

Detrás llegaban los templarios, pero Arn no dio ninguna orden de ataque; no les pareció muy inteligente, ni a él ni a los otros dos comendadores, abalanzarse en la niebla contra un enemigo al que no podían ver, especialmente teniendo en cuenta que el ejército mameluco en seguida cedió y se retiró. Era una táctica sarracena demasiado conocida. Quien perseguía a un contingente central así, con toda probabilidad se vería rodeado por ambos lados por tropas enemigas en avance. Cuando aquella parte estuvo clara se oyeron sonar los cuernos y de repente el grupo en huida dio media vuelta y atacó, de modo que quienes habían sido perseguidores fueron rodeados por todas partes y luego engullidos.

Los beduinos de Arn llegaron también con información que mostraba que esto era exactamente lo que estaba sucediendo, pero sólo desde una dirección, desde el sur. En ese caso, Saladino estaba avanzando a través de las tierras de la fortaleza de Toron des Chevaliers. Y el comendador Siegfried de Turenne se orientaba como por la palma de su mano por esa zona.

Arn ordenó el alto a la columna templaria y desmontó para celebrar un breve consejo. Siegfried dibujó en la tierra con su puñal y señaló un amplio barranco que se estrechaba cada vez más hacia el sur y que probablemente era por donde estaba acercándose Saladino en aquellos momentos.

Había que tomar una rápida decisión para que la ocasión no se les escapase de las manos a los cristianos. Arn envió un sargento al Gran Maestre y al núcleo de las tropas cristianas, que se había detenido y había formado un círculo de defensa, con las noticias de lo que hacía la fuerza templaria, y luego ordenó trote apresurado en la dirección señalada por su hermano Siegfried, que iba delante.

Cuando alcanzaron el barranco estaban en lo alto y con una suave y larga bajada por delante hasta el punto en el que éste se estrechaba como el cuello de una botella damasca. Si las tropas del enemigo pasaban por ahí, podrían rodear al ejército mundanal por ambos bandos. Pero ahora mismo sólo había silencio y una niebla que iba y venía y que a veces dejaba ver una distancia de cuatro tiros, y otras veces a duras penas una.

Había dos posibilidades. O bien los templarios habían ido exactamente al lugar indicado por Dios para salvar a los cristianos, o bien habían estado completamente equivocados y corrían el riesgo de dejar el ejército mundanal sin protección.

Arn ordenó desmontar y orar. Los poco más de doscientos caballeros desmontaron todo lo silenciosos que pudieron, tomaron sus caballos de las riendas y se arrodillaron ante las patas delanteras de éstos. Al terminar la oración, Arn ordenó que se retiraran todos los mantos y que los enrollaran y ataran detrás de las sillas de montar. Podían enfriarse si tenían que esperar mucho tiempo y era malo quedarse demasiado rígidos por el frío antes de la lucha, pero si el enemigo llegaba rápido y por sorpresa sería peor tener que luchar con los mantos de por medio.

Permanecieron así en silencio mirando hacia abajo a través de la niebla hasta que a alguien le pareció oír algo que otro dijo ser pura imaginación. Era difícil soportar el

estar así quietos esperando, porque en el caso de estar en el lugar equivocado, el día terminaría en derrota y la culpa sería de los templarios. Si nada sucedía durante un tiempo tendrían que volver con la parte del ejército cristiano donde ahora la Santa Cruz corría un gran peligro entre muy pocos protectores. Si la Santa Cruz se perdía a los infieles, la culpa sería más de Arn que de ningún otro hombre.

Intercambió algunas miradas con Siegfried de Turenne y Arnolfo de Aragón. Estaban sentados con las cabezas gachas, como si rezasen con gran sufrimiento; estaban pensando en lo mismo que Arn.

Pero entonces fue como si la Virgen lo llenara de confianza, como si recibiese el don de la clarividencia. Ordenó a sus dos hermanos comendadores que cabalgasen con cuidado hacia los lados y tomaran el mando de una ala cada uno. Ellos cabalgarían a los extremos, puesto que, como Arn, tenían una gruesa raya negra bajo la cruz roja en la protección lateral del caballo. Si no había al menos algunos colores o señales claras con las que orientarse, se perderían los unos a los otros en la niebla. Las túnicas blancas de los templarios solían ser un inconveniente visual, pues siempre se veían desde lejos, aunque en muchas ocasiones servían para ahuyentar al enemigo, pues los mantos blancos hacían que éste huyera aterrorizado cuando no era muy superior a ellos. Pero allí, en la niebla, era como si la fuerza templaria se mezclara con todo lo blanco y se desvaneciera de la vista.

Tan en silencio como les fue posible, los templarios empezaron a formar en línea, como si ya supiesen en qué sentido atacar. Pero realmente fue como si la Madre de Dios extendiese sobre ellos su mano protectora porque de repente vislumbraron los primeros uniformes dorados abajo. Eran lanceros mamelucos, los que iban a atacar primero. Avanzaban en largas columnas bajando por la ladera de enfrente, ocultos en la niebla. Era imposible valorar cuántos podían ser; eran un número indeterminado entre mil y cuatro mil. Eso dependía de lo grande que fuera su fuerza central, que ahora estaba haciendo de cebo para atraer al ejército mundanal a la trampa.

Arn dejó que pasaran casi un centenar de enemigos por el cuello de la botella del barranco, a pesar de que a su lado Armand de Gascogne se estuviese retorciendo de impaciencia. Una nueva ola de niebla rodeó a todos los enemigos de allí abajo. Arn dio entonces la orden de avance, aunque al paso, de modo que se pudiese formar mejor en línea recta bajo un avance lento y con un poco de suerte llegar tan cerca del enemigo sin ser descubiertos que en ese momento todos los propios estarían listos para clavar las espuelas a los caballos y avanzar todos a la vez a la máxima velocidad.

Atacar al paso resultaba irreal como un sueño. Un poco más en el interior del barranco se oían claramente los resoplidos y el repiqueteo de los cascos contra las piedras, pero para quien no lo supiese sería imposible comprender que en esos momentos eran dos ejércitos los que se aproximaban el uno al otro.

Arn comprendió que pronto debería cargar hacia lo desconocido. Agachó la cabeza y rezó lo que tenía que rezar pero era como si la Virgen María, la venerada, en aquel momento le respondiese algo que no tenía nada que ver con la batalla. Le

mostró la cara de Cecilia, el pelo rojo ondeando al viento al cabalgar, los ojos castaños que siempre sonreían y su pecosa carita infantil. Fue como una visión repentina pero clara por completo en la niebla, que al instante fue reemplazada por un jinete mameluco que se encontraba apenas a una lanza de distancia. El mameluco lo contempló, sorprendido, y parecía no saber qué hacer, excepto mirar boquiabierto a su alrededor y descubrir que estaba rodeado en varios frentes por caballeros fantasmales de barba blanca.

Arn bajó la lanza y aulló las palabras de ataque «*Deus Vult*», que inmediatamente fueron repetidas por cientos de gargantas, unas cerca de él y otras a lo lejos en la niebla. Un instante después, el valle retumbaba por el atronador avance de los caballos templarios y casi al mismo tiempo surgió el ruido de choques de metal y gritos de heridos y moribundos.

El puño de hierro cristiano golpeó justo en ese estrecho punto del barranco, donde el enemigo se había visto obligado a apretujarse en múltiples filas para poder proseguir. Una ola de caballos pesados y acero afilado hacía que los jinetes mamelucos volasen los unos sobre los otros y hacia atrás, cuando no caían con una lanza clavada en su cuerpo. Los arqueros egipcios se encontraban en la parte posterior y sin ninguna posibilidad de hallar objetivos para sus flechas y pronto fueron arrollados por caballos sin dueño que huían hacia atrás, presos del pánico. A la vez había nuevas fuerzas egipcias empujando desde atrás, apresuradas por la alarma de la batalla.

Los templarios controlaban cada metro del estrecho pasaje y, rodilla contra rodilla, lucharon por avanzar entre la masa de mamelucos apiñados que tenían el encargo casi imposible de defenderse desde tan cerca contra las largas y pesadas espadas de los cristianos, que golpeaban cual hoces en una cosecha.

Los egipcios que habían logrado pasar el cuello de botella del valle antes del ataque intentaron dar media vuelta y acudir en auxilio, pero Arnolfo de Aragón ya lo había previsto y había reaccionado por iniciativa propia llevando consigo veinticinco caballeros para formar un frente en la otra dirección.

No había hombre que fuese capaz de ver mucho más allá de su lanza donde la batalla más dura estaba teniendo lugar, en el centro del valle. Para los templarios, que sabían que eran tan pocos incluso en comparación con los enemigos que habían podido ver, esto era un dulce consuelo, pues no tenían más que seguir golpeando en la todavía muy apretada masa de enemigos. Pero para los mamelucos, que sentían todo el peso de la caballería cristiana, aquello era como la peor de las pesadillas.

Al final, alguno de los mandos mamelucos logró controlar su miedo y sus pensamientos e hizo que se tocara retirada directamente hacia atrás, pues era demasiado aventurado intentar subir por las laderas de las montañas.

Arn llamó a sus hombres más cercanos a reunión y reagrupamiento en lugar de perseguir al enemigo a través de la niebla. Un jadeante Siegfried de Turenne apareció a su lado con el ala que había comandado. Tanto Arn como él primero se miraron

sorprendidos, pues ambos parecían ver a un hermano templario herido de muerte; sus ropas blancas estaban tan cubiertas de sangre que apenas se veían las cruces rojas sobre sus pechos.

—¿Estás realmente ileso... hermano? —jadeó Siegfried de Turenne.

—Sí, y tú también... de momento la batalla va bien. ¿Qué hacemos ahora, cómo está la situación por dónde ha huido el enemigo? —respondió Arn, a la vez que comprendía que él debía de tener el mismo aspecto que su hermano comendador.

—Estamos reagrupándonos y avanzando al paso hasta que los veamos de nuevo. El valle termina en esa dirección, están atrapados —respondió Siegfried con calma, como si se hubiese recuperado con asombrosa rapidez.

En ese momento no era preciso decir nada más y antes de perder el orden más valía avanzar lentamente formando toda la línea de ataque de nuevo y esta vez más ancha a medida que se fuese ensanchando el valle. Había empezado a soplar el viento y había riesgo de que desapareciese la niebla que hasta entonces había favorecido tan sólo a los cristianos.

También los lanceros y los arqueros mamelucos habían intentado poner orden mientras huían por el valle. Pero cuando descubrieron que estaban atrapados por escarpadas rocas les fue difícil dar media vuelta, y una vez hecho, decidieron atacar con velocidad antes de verse de nuevo apiñados, en la parte estrecha del valle donde ahora se hallaban. Entre los egipcios se tocó la señal de ataque rápido y el valle se llenó del estruendo de caballos veloces y ligeros en avance.

Sin embargo, los toques de cuerno relativos al avance rápido habían sido mal interpretados por la retaguardia, caballos de reserva y bienes saqueados que habían ido detrás de las tropas combatientes, porque ahora intentaban huir en dirección contraria, lo que llevó a que las dos huestes egipcias se estrellasen la una contra la otra como si fuesen enemigos.

En ese momento, Arn ordenó atacar de nuevo. Los egipcios que primero vieron la larga línea ofensiva de templarios que en la niebla parecían ser miles fueron presa del pánico e intentaron huir hacia atrás atravesando sus propias filas.

La matanza duró varias horas, hasta llegar la redentora oscuridad. Nunca jamás los templarios volverían a vivir tan brillante victoria.

Más tarde se supo que el núcleo del ejército egipcio que debería haber hecho de cebo para la táctica envolvente de Saladino acabó siendo alcanzado por el ejército seglar y se vio obligado a defenderse sin la ayuda del gran contingente que nunca llegó. Al descubrir que estaban solos, sin su fuerza principal, algunos perdieron el valor y empezaron a huir, de modo que la defensa egipcia se derrumbó por completo y se convirtió en una huida generalizada.

Cuando el ejército seglar regresó para celebrar la victoria que creía haber logrado por cuenta propia sin ningún templario, todavía duraba la matanza de Mont Gisard.

El ejército de Saladino estaba completamente aniquilado y aunque todavía quedasen suficientes mamelucos sanos y salvos como para que Saladino hubiese

vencido en otras circunstancias, más tarde, en otro lugar y con mejor clima, era imposible que uno de los grupos de soldados del ejército desperdigado y fraccionado supiese dónde estaban los demás.

El resultado de tal desconcierto y de los rumores acerca del baño de sangre en Mont Gisard fue una huida salvaje y desorganizada hacia el sur. Aquella huida llegaría a cobrarse tantas vidas como la batalla en Mont Gisard, pues la seguridad abajo en el Sinaí estaba a una larga distancia de la región de Ramala y a lo largo de todo el camino esperaban beduinos saqueadores y asesinos que ni antes ni después habían podido rapiñar tantos prisioneros y tan valioso botín.

Entre los muchos prisioneros que fueron llevados a la fortaleza de Gaza a rastras, tras los camellos y maniatados, estaba el hermano de Saladino, Fahkr, y su amigo el emir Moussa. Habían estado junto a Saladino cuando éste había estado cerca de ser atrapado por un grupo de templarios, pero se habían sacrificado sin dudarlo un instante, pues ni siquiera en el duro momento de la derrota dudaban lo más mínimo de que Saladino había sido designado por Dios para vencer.

Murieron trece templarios y cuarenta y seis resultaron heridos. Entre los muertos que fueron hallados y llevados a Gaza estaba el sargento Armand de Gascogne. Él era uno de los que habían intentado atrapar a Saladino y había estado a tan sólo una distancia de lanza de cambiar el curso de la historia.

VI

El tiempo más oscuro de la larga penitencia de Cecilia Rosa fue el primer año que siguió después de que rey el Knut Eriksson hubo recogido a Cecilia Blanka para convertirla en su cónyuge y reina de las tres coronas. Hizo honor a las promesas que le había hecho a Cecilia Blanka, pero al igual que muchos otros planes suyos, tardó más tiempo del que habría deseado. Su coronación y la de su reina por el arzobispo Stéphan no resultó ser un gran acontecimiento, como él había esperado. No fue en la catedral del Aros Oriental, sino en la capilla de la fortaleza de Näs, allá en la isla de Visingsö, en el lago Vättern. Si bien era enojoso no poder celebrar la coronación de forma tan pomposa como había pensado, ésta era válida ante Dios y ante los hombres. Ahora era rey por la Gracia de Dios.

Y Cecilia Blanka, que había tomado Blanka como nombre de reina, era en consecuencia reina por la Gracia de Dios.

El rey había tardado un año en arreglar todo este asunto, y para Cecilia Rosa aquel año fue el tiempo más miserable de toda su vida.

Apenas se había marchado de Gudhem el séquito de Knut en su viaje de presentación cuando todo cambió en el convento. La madre Rikissa volvió a introducir el voto de silencio en la clausura, y éste fue especialmente severo para Cecilia Rosa, que de nuevo tuvo que empezar a soportar golpes de flagelo tanto si rompía el voto de silencio como si no. La madre Rikissa provocó una marea de odio y frialdad en torno a Cecilia Rosa que las otras doncellas de la casa de Sverker no tardaron en secundar, todas menos una.

Quien se negaba a odiar a Cecilia Rosa, quien no quería unirse al rebaño de ovejas que corría por el patio y quien nunca la acusaba de nada era Ulvhilde Emundsdotter. Pero ninguna de las demás hacía mucho caso a la pequeña Ulvhilde. Sus parientes habían sido exterminados tras la batalla en los Campos de Sangre, a las afueras de Bjälbo y no le había quedado nada en herencia. Por tanto, tampoco saldría nunca a beber la cerveza de matrimonio con ningún hombre de importancia, pues

sólo tenía su pertenencia a un linaje que, ahora mismo, y tras todas las batallas, no valía un comino. Sin embargo, la madre Rikissa dudaba acerca de dejar que también su pariente Ulvhilde probase el flagelo, pero la sangre al parecer era más espesa que el agua.

Cuando la primera tormenta de invierno tronaba sobre Gudhem, la madre Rikissa decidió, tal y como había explicado de forma zalamera a las entusiasmadas hijas de Sverker, que empezaría a castigar a Cecilia Rosa con *carcer*, pues la adúltera mujer seguía comportándose como si llevara ropas de los Folkung y creyendo que eso le permitía ser impertinente tanto en el habla como en la compostura.

A principios de invierno había buenas cantidades de cereales en el almacén encima del *carcer* y por tanto también muchas ratas. Cecilia Rosa tuvo que aprender no sólo a soportar el frío con fervientes oraciones —eso le pareció fácil en comparación con el hecho de despertarse sobresaltada cada vez que la rozaba una rata—, sino que también tuvo que aprender que si dormía demasiado profundamente el segundo o tercer día, cuando el agotamiento y el cansancio fuesen más fuertes que el frío, las ratas podrían morderla, como si quisiesen degustarla, como si quisiesen comprobar si estaba muerta y era comestible.

Sus fervientes oraciones eran su única fuente de calor en esas repetidas visitas a la celda de castigo. Sin embargo, no rezaba mucho por sí misma, sino que dedicaba la mayor parte del tiempo a pedirle a la Virgen María que sostuviese Su mano protectora sobre su amado Arn y el hijo de ambos, Magnus.

Pero el hecho de que rezase tanto por su amado Arn no era únicamente por pura generosidad. Porque, aunque consciente de que carecía de la capacidad de Cecilia Blanka para pensar como los hombres, de pensar como quien tiene poder, había comprendido más que bien que si algún día era liberada del infierno gélido de Gudhem, y de la atormentadora madre Rikissa, eso sucedería únicamente porque Arn Magnusson regresaba ileso a Götaland Occidental. Por este motivo rezaba por él, tanto porque lo amaba más que a ningún otro ser humano, como este motivo porque era su única salvación.

Al llegar la primavera sus pulmones seguían funcionando, y no había muerto de tos como la madre Rikissa había deseado a la vez que temido. Y el verano que siguió fue tan caluroso que, más que tortura, el *carcer* significaba soledad y fresca libertad. Además, cuando los graneros estaban vacíos, las ratas negras huían hacia algún otro lugar.

Sin embargo, Cecilia Rosa se sentía débil tras este duro año y temía que otro invierno igual sería más de lo que podría soportar a menos que la Santa Virgen María obrase un milagro y la salvara.

Pero no fue un milagro lo que obró, sino que en su lugar mandó a una reina por la Gracia de Dios que pronto resultó causar el mismo efecto. La reina Cecilia Blanka llegó con un impresionante séquito a Gudhem a principios de la cosecha de nabos y se alojó en el *hospitium*, como si fuese de su propiedad y pudiese hacer lo que le

viniera en gana. Dio voces encargando comida y bebida y envió orden de que Rikissa, cuyo nombre pronunciaba al igual que el rey y el canciller, sin decir *madre* Rikissa, se presentara para entretener a sus invitados y que lo hiciese lo antes posible. Pues, como ella misma señaló, en Gudhem la norma era que todo invitado fuese recibido como si fuese el mismísimo Jesucristo. Y si eso incluía a cualquiera, no podría ser menos para una reina.

La madre Rikissa ardía de rabia en su interior cuando ya no se le ocurrieron más excusas y tuvo que bajar al *hospitium* para escarmentar a la niña que, aunque fuera reina mundanal, no mandaba nada sobre el reino de Dios en la tierra. Una abadesa no obedecía a rey ni reina, estuviesen coronados o no.

Eso fue también lo que advirtió de inmediato cuando le señalaron el lugar que le habían asignado en el banquete de la reina, al final de la mesa. La madre Rikissa no accedería en absoluto a las exigencias de la reina Cecilia Blanka de ver a su estimada amiga, pues por decisión suya, aquella pícara mujer estaba expiando sus pecados de forma apropiada y por tanto no podía entretenerse con visitas, fuesen o no de la realeza. Dentro de Gudhem gobernaba la ley de Dios y no la ley de una reina. Y eso era algo que, según la madre Rikissa, Cecilia Blanka debía de saber mejor que la mayoría.

La reina Cecilia Blanka había escuchado la arrogante y confiada exposición de la madre Rikissa acerca de la ley de Dios y de los hombres sin mostrar una sola expresión de duda, sin siquiera perder su irritante sonrisa por un solo momento.

—Si ya has terminado con tu maligno parloteo acerca de Dios y otras cosas que *nos*, como tú dices, ya conocemos, pues *nos* somos una de las que hemos conocido tu ley en el sentido estricto en Gudhem, mantén tu pico de ganso cerrado y escucha ahora a tu reina —dijo con las palabras Huyéndole de forma suave y constante como un río de su boca, como si hubiese hablado bien aunque sus palabras fuesen muy duras.

Sin embargo, esas palabras surtieron efecto de forma inmediata sobre la madre Rikissa, que cerró la boca y esperó la continuación. Estaba segura de sus convicciones, ella sabía que, por lo que se refería al reino de Dios y a los sirvientes de Dios, ninguna reina que recientemente hubiera permanecido interna en un convento de clausura podría ir a darle órdenes. Pero había subestimado a Cecilia Blanka, como pronto pudo descubrir.

—Bueno, pues verás, Rikissa —prosiguió Cecilia Blanka con su tono de voz tranquilo y casi adormecido—. Tú eres señora en el orden de Dios y nos sólo somos una reina en la vida terrenal entre las personas, dices. Nos no podemos decidir sobre Gudhem, si eso es lo que quieres decir. No, tal vez no, aunque tal vez sí. Porque ahora voy a decirte algo que te producirá pena. Tu pariente Bengt de Skara ya no es obispo. No sabemos, ni tampoco nos interesa saber adónde ha huido ese pobre diablo con su hembra después de la excomunió. Pero es un proscrito. Así que de su parte ya no puedes esperar más apoyo en esta vida.

La madre Rikissa recibió la mala noticia de que su pariente Bengt había sido excomulgado sin mover una pestaña, aunque en su interior sintiese tanto pavor como tristeza. Decidió no contestar y seguir escuchando.

—Verás, Rikissa —prosiguió entonces Cecilia Blanka, todavía más despacio—, nuestro querido y altamente estimado arzobispo Stéphan es muy cercano al rey y a la reina. Como cualquiera puede comprender, sería completamente incorrecto por nuestra parte osar decir que come de nuestra mano, que obedece nuestras más mínimas indicaciones para mantener unido al reino y a sus fieles. Una cosa así no debería decirse, pues sería como ofender al alto servidor de Dios sobre la tierra. Pero permítenos entonces que digamos que estamos en buenas relaciones el arzobispo, el rey y nos misma. Malo sería que tú, Rikissa, también tuvieses que ser excomulgada. Además, nuestro canciller Birger Brosa muestra también mucho interés en todo lo que se refiere a la Iglesia, habla siempre de establecer nuevos conventos y ha prometido una gran cantidad de plata para este asunto. ¿Comprendes ahora adónde quiero ir a parar, Rikissa?

—Estás diciendo que realmente quieres ver a Cecilia Rosa —respondió la madre Rikissa con entereza—, y en ese caso te contesto que contra eso no hay ningún tipo de impedimento.

—Bien, Rikissa, ¡a pesar de todo no eres tan tonta como parece! —exclamó Cecilia Blanka con aspecto alegre y amable a la vez—, pero para que comprendas realmente lo que queremos decir, opinamos que deberías guardarte bien de causarle problemas a nuestro buen amigo y obispo. ¡Bien! ¡Ahora puedes irte, pero asegúrate de que mi invitada venga cuanto antes!

Cecilia Blanka había juntado las manos al pronunciar estas últimas palabras, dando una palmadita y ahuyentando a la madre Rikissa del mismo modo que ésta lo había hecho tantas veces con ella, con menos respeto que por un ganso.

Sin embargo, Cecilia Rosa tenía un aspecto tan lamentable al llegar al *hospitium* que no hubo necesidad de explicar lo que había tenido que soportar desde la hora en que la comitiva del rey Knut abandonó Gudhem. Las dos Cecílias se abrazaron de inmediato y las dos derramaron alguna que otra lágrima.

La reina Cecilia Blanka se dignó quedarse tres días y tres noches en el *hospitium* de Gudhem y durante ese tiempo las dos amigas estuvieron juntas en todo momento.

A partir de entonces, Cecilia Rosa no tuvo que volver a soportar nunca jamás el *carcer* en los años de convento que le quedaban. Y en el tiempo más próximo a la visita de la reina recibió muchas y muy buenas pitanzas, y pronto comió lo suficiente para que el color volviese a sus mejillas y ganar un poco en carnes.

Durante los años que siguieron, Cecilia Rosa y Ulvhilde Emundsdotter aprendieron el agradable arte de tejer, coser y teñir los mantos de señores y señoras, y también a decorar el envés de los mantos con el más hermoso de los bordados de escudos. No había pasado mucho tiempo cuando empezaron a llegar pedidos a Gudhem desde todas partes, incluso desde linajes menos poderosos que debían

entregar un manto de muestra para recibir de vuelta el mismo aunque en una forma mucho más bella.

Entre las dos doncellas reinaba la paz cuando trabajaban juntas, y para ellas no valía el voto de silencio, pues ahora su trabajo proporcionaba más plata a las arcas de Gudhem que ninguna otra actividad, y eso sin complicaciones ni rodeos. El *yconomus*, el viejo canónigo fracasado, hallaba tanto placer en el trabajo de Cecilia Rosa y Ulvhilde Emundsdotter que aprovechaba toda ocasión para decírselo a la madre Rikissa, quien se limitaba a asentir con la cabeza. La espada de Damocles pendía sobre su cabeza, y eso era algo que jamás olvidaba, pues la madre Rikissa no era estúpida, del mismo modo que tampoco era buena.

La reina Cecilia Blanka halló motivos para visitar Gudhem más de una vez al año y, si podía, siempre se quedaba varios días en el *hospitium* exigiendo que tanto Cecilia Rosa como Ulvhilde Emundsdotter la atendiesen, algo que nunca sucedía, pues la reina siempre llevaba consigo tanto asadores como escanciadores y doncellas para los quehaceres propios de las mujeres. Para las dos prisioneras, como se llamaban a sí mismas, éstos eran días de placer. Para cada una de ellas estaba bien claro que la amistad de la reina para con Cecilia Rosa era para el resto de sus vidas. En especial le quedaba claro a la madre Rikissa y, en consecuencia, dejaba hacer, aunque le rechinaban los dientes de rabia.

Al tercer año, Cecilia Blanka llegó con la mejor de las noticias. Había pasado por Varnhem para conversar con el viejo padre Henri acerca de cómo se iban a tramitar algunos de los conocimientos en referencia al cultivo del jardín y el arte de curar del hermano Lucien a la persona en Gudhem que mayor capacidad tenía para esos menesteres, la hermana Leonore de Flandes, y eso conservando el decoro y cumpliendo con todas las normas y todo lo demás que fuese requerido.

Sin embargo, lo que se acordó acerca de ese asunto no fue lo más importante que dijo el padre Henri. Había tenido noticias de Arn Magnusson y había explicado que, hasta tiempos recientes, éste había sido uno de muchos caballeros en un fuerte castillo llamado Tortosa que estaba en la parte de Tierra Santa que llevaba por nombre Trípoli. Arn había cumplido con sus obligaciones, llevaba manto blanco y pronto entraría al servicio de algún hermano guerrero de alto rango en la mismísima Jerusalén.

Era verano cuando Cecilia Blanka llegó con esta información, cuando florecían los manzanos que había entre el *hospitium*, las herrerías y los establos. Al recibir el mensaje, Cecilia Rosa abrazó a su querida amiga con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo. Pero luego la soltó y se fue a pasear sola entre los árboles en flor sin pensar que eso era algo por lo que la madre Rikissa en los peores tiempos la habría castigado con no menos de una semana de *carcer*; una doncella no podía andar sola de ese modo por Gudhem. Pero ahora no había prohibiciones en la mente de Cecilia Rosa, durante un instante de felicidad no existía tan siquiera Gudhem.

«¡Está vivo, está vivo, está vivo!». Ese pensamiento trotaba por su cabeza como

una manada de reses desbocadas, haciendo que por un momento todo lo demás careciese de importancia.

Luego vio ante sí Jerusalén, la más sagrada de las ciudades. Vio las calles de oro, las blancas iglesias de piedra, las personas apacibles y devotas y la paz que había en sus semblantes y vio también a su amado Arn venir hacia ella en su manto blanco con la cruz roja del Señor. Ese sueño la acompañaría durante muchos años.

En Gudhem era como si el tiempo pasase de modo imperceptible. No sucedía nada y todo era igual que siempre, los mismos cánticos del Salterio, desde el principio hasta el final, los mismos mantos que se cosían y desaparecían, las estaciones del año que iban cambiando. Pero en medio de la quietud iban surgiendo los cambios, tal vez tan lentamente que no se hacían perceptibles hasta que pasaba mucho tiempo.

El primer año, cuando el hermano Lucien empezaba a venir de Varnhem para instruir a la hermana Leonore acerca de lo que crecía en la buena naturaleza de Dios, acerca de lo que era bueno para la cura de los humanos y acerca de lo que solamente era para su paladar, nada importante cambió. Que el hermano Lucien y la hermana Leonore trabajasen durante largos ratos juntos en las huertas pronto fue visto como algo habitual. Pronto fue olvidado el hecho de que al principio nunca fueron dejados a solas, pues el hermano Lucien estaba allí tan a menudo que casi era como si perteneciese a Gudhem.

Cuando los dos desaparecían extramuros, en las huertas a las afueras del muro sur en confiada conversación, ningún ojo perspicaz vio en el octavo mes del segundo año lo que cualquier ojo habría visto de inmediato durante el primer mes.

Celia Rosa y Ulvhilde se habían acercado cada vez más a la hermana Leonore para aprender los conocimientos que ella a su vez obtenía de Varnhem y del hermano Lucien. Era como si un mundo nuevo de posibilidades se abriese ante ellas y era maravilloso ver lo que el hombre con la ayuda de Dios podía hacer con sus manos en un jardín. Los frutos fueron grandes y sustanciosos y se conservaban mejor en invierno, y las constantes sopas de la cena dejaron de ser tan monótonas al añadirse nuevos sabores; las normas del convento prohibían las especias extranjeras, pero aquello que hubiese crecido en la misma Gudhem no podría ser considerado extranjero.

Y así fue cómo también Cecilia Rosa y Ulvhilde empezaron a entrar y salir por los muros. Podían bajar a las huertas para trabajar en los árboles frutales o en los arriates sin que nadie hiciese preguntas. Este cambio también llegó tan paulatinamente que fue como si nadie se percatase de ello. Unos años antes, cualquier intento de excursión de ese tipo habría terminado con flagelo o *carcer*.

Era en ese tiempo del año en que el verano había alcanzado la temporada de cosecha, cuando las manzanas empezaban a ser dulces, cuando la luna se sonrojaba al atardecer y la negra tierra desprendía un húmedo olor a madurez. Cecilia Rosa no tenía ningún encargo especial en las huertas y ya estaba anocheciendo, así que de

todos modos no podría haber hecho nada de provecho. Sencillamente iba paseando para contemplar la luna y disfrutar de los fuertes olores de la tarde. No esperaba encontrarse con nadie y tal vez fue por eso por lo que no descubrió el horrible pecado hasta estar muy cerca.

En el suelo, entre unos frondosos arbustos de bayas que ya habían sido recogidas, yacía el hermano Lucien con la hermana Leonore encima de él. Lo estaba montando con gran pasión y sin la menor vergüenza, como si fuesen marido y mujer en la vida mundanal.

Aquél fue el segundo pensamiento que tuvo Cecilia Rosa; el primero había sido lo evidente del horrible pecado. Permaneció quieta, como petrificada o embrujada, no se sentía capaz de gritar, ni de salir corriendo, ni siquiera de cerrar los ojos.

Pronto desapareció su miedo y en su lugar sintió un extraño sentimiento de ternura, como si ella misma participase del pecado; al momento ya no pensaba en el pecado sino en su propio deseo, imaginando que aquellas dos personas podrían haber sido ella y Arn, aunque ellos jamás lo habían hecho de ese modo tan especialmente pecaminoso.

Permaneció allí durante un rato, mientras el atardecer iba cayendo con rapidez y, cuando cesaron los ahogados sonidos de placer del hermano Lucien y la hermana Leonore, ésta se tumbó al lado de su amante y se abrazaron y se acariciaron. Cecilia Rosa vio que la hermana Leonore tenía las ropas en tal desorden que sus pechos eran visibles y dejaba que el hermano Lucien jugase con ellos y los acariciase mientras permanecía echado de espaldas, recuperando el aliento.

Cecilia Rosa se sintió incapaz de condenar aquel acto, pues lo que estaba viendo parecía más amor que no el repugnante pecado que todas las normas describían. Cuando se alejó con cuidado, vigilando dónde ponía los pies para que no la oyesen, se preguntaba si ella ahora formaba parte del pecado, puesto que no lo condenaba. Pero aquella noche rezó largamente a Nuestra Señora, que según sabía Cecilia Rosa, era quien más que nadie podía ayudar a los amantes. Pidió protección para su amado Arn pero también rezó por el perdón de los pecados de la hermana Leonore y el hermano Lucien.

Durante todo ese otoño Cecilia Rosa guardó su secreto sin revelárselo siquiera a Ulvhilde Emundsdotter. Y al llegar el invierno se abandonó todo el trabajo de jardín y el hermano Lucien ya no podría hacer más visitas a Gudhem hasta que se aproximase la primavera.

En el tiempo de invierno la hermana Leonore trabajaba principalmente con Cecilia Rosa y Ulvhilde en el *vestiarium*, donde había mucho que tejer, teñir, coser y bordar. Cecilia Rosa solía observar a la hermana Leonore a escondidas y le parecía ver en ella a una mujer con una luz tan fuerte en su interior que ni siquiera la oscura sombra de la madre Rikissa podía debilitar. La hermana Leonore sonreía de continuo y casi siempre tarareaba algún cántico cuando trabajaba, y era como si su pecado le hubiese iluminado la mente y a la vez la hubiera embellecido, pues sus ojos brillaban.

Cecilia Rosa y la hermana Leonore se quedaron a solas en el *vestiarium* a principios de la cuaresma, cuando el trabajo ya no era tan obligatorio como antes y solamente quienes querían trabajaban por las noches. Estaban tiñendo una tela roja juntas, algo que hacían de forma rápida y segura precisamente cuando las dos se ayudaban mutuamente, y entonces Cecilia Rosa no pudo callar por más tiempo.

—No te asustes, hermana, por lo que ahora voy a decirte —empezó a decir Cecilia Rosa sin comprender muy bien de dónde procedían sus palabras ni por qué las pronunciaba—. Conozco tu secreto y del hermano Lucien, pues os vi una vez en el manzanal. Y creo que si yo lo he visto y lo sé, también puede haber otra persona que lo vea y comprenda lo mismo. Entonces ambos correréis un gran peligro.

La hermana Leonore empalideció y dejó a un lado su trabajo, se sentó y se cubrió la cara con las manos. Permaneció así un buen rato antes de atreverse a mirar a Cecilia Rosa, que también se había sentado.

—¿No pensarás delatarnos? —susurró finalmente la hermana Leonore con una voz tan débil que apenas era perceptible.

—¡No, hermana, desde luego que no! —respondió Cecilia Rosa, indignada—. Seguramente sabrás que me encuentro aquí en Gudhem como castigo y penitencia porque por amor cometí el mismo pecado que tú. Nunca te delataré, pero quiero advertirte. Tarde o temprano seréis descubiertos por alguien que irá a contárselo a la madre Rikissa o, en el peor de los casos, os descubrirá ella misma. Sabes igual de bien que yo lo malvada que es esa mujer.

—Creo que la Virgen María nos ha perdonado y nos protege —dijo la hermana Leonore después de un rato. Pero miraba al suelo como si no estuviese demasiado segura de sus palabras.

—Le has prometido tu castidad, ¿cómo puedes entonces pensar de forma tan despreocupada que te perdona tu promesa rota? —preguntó Cecilia Rosa, más confundida que indignada por los pecaminosos pensamientos que la hermana Leonore demostraba de forma tan descarada.

—Porque nos ha protegido. Nadie más que tú, quien nos desea bien, nos ha visto y comprendido. Porque el amor es un regalo maravilloso, ¡lo que más que cualquier otra cosa hace que la vida valga la pena! —contestó la hermana Leonore subiendo la voz como en actitud de desafío, como si ya no temiese que la oyesen unos oídos equivocados.

Cecilia Rosa se quedó sin habla. Fue como si de repente se hallase en lo alto de una torre y viese unas extensiones cuya existencia sólo había podido sospechar, pero como si a la vez sintiese miedo de resbalar y caer. Que una hermana casada con Dios fuese a romper sus promesas era algo que nunca habría sido capaz de pensar; su propio pecado, el hacer lo mismo que había hecho la hermana Leonore, pero hacerlo con su propio prometido y no con un monje que también había pronunciado los votos, era en comparación un pecado menor, aunque claramente era un pecado. El amor era un regalo de Dios a las personas, había pruebas de ello en las Sagradas

Escrituras. Era difícil comprender que el amor pudiese estar también entre los peores de los pecados.

Cecilia Rosa recordó una historia que de forma pensativa relató a la hermana Leonore, al principio un tanto entrecortada mientras buscaba en la memoria.

Trataba de una doncella Gudrun que había sido forzada a celebrar la cerveza de matrimonio con un viejo con el que no deseaba convivir en absoluto. Sobre todo porque amaba a un muchacho llamado Gunnar. Y estos dos jóvenes que se amaban nunca perdieron la esperanza acerca del amor y finalmente sus oraciones acabaron por conmover a Nuestra Señora, de modo que les envió una salvación maravillosa y según se sabía vivían todavía hoy juntos y felices.

La hermana Leonore también había oído esa historia, pues era bien conocida en Varnhem y el hermano Lucien se había aferrado a ella. Nuestra Señora había enviado a un niño monacal de Varnhem a cruzarse por el camino de hombres malvados y el niño monacal había matado, ausente de culpa propia, al viejo que habría bebido la cerveza de matrimonio con la doncella Gudrun. Por tanto, por amor de Dios y con fe en ese amor imperturbable, todos los pecados podían menguar. Incluso un asesinato podía no ser pecado si Nuestra Señora se apiadaba de los amantes que le suplicaban ayuda.

Hasta ese punto era una historia muy hermosa. Pero Cecilia Rosa argumentó, entristecida, que a pesar de todo no era completamente fácil de comprender, pues el niño monacal que Nuestra Señora envió en auxilio de los jóvenes fue Arn Magnusson. Y poco tiempo después él mismo fue duramente condenado por causa de su amor, al igual que Cecilia Rosa había recibido su parte del severo castigo. Y Cecilia Rosa llevaba ya más de diez años meditando acerca de qué habría querido decir Nuestra Señora con eso sin alcanzar ninguna conclusión.

La hermana Leonore se había quedado muda. Jamás había sospechado que Cecilia Rosa fuera la prometida de ese tal Arn, pues el hermano Lucien jamás le había explicado la parte triste de la historia. Le había contado que con el tiempo el pequeño niño monacal se había convertido en un poderoso guerrero del Ejército de Dios en Tierra Santa. Pero lo había visto solamente como una cosa buena y grande y que Nuestra Señora también lo había arreglado para lo mejor. Nunca había mencionado el alto precio que el amor había tenido que pagar, a pesar de que las cosas acabaran tan bien para Gudrun y Gunnar.

Esta primera conversación y las que luego siguieron en cuanto se quedaban a solas acercaron mucho a Cecilia Rosa y a la hermana Leonore. Y con el permiso de la hermana Leonore y tras afirmar Cecilia Rosa que no había que temer traición por su parte, Cecilia Rosa se lo contó todo a Ulvhilde Emundsdotter. Y a partir de entonces fueron tres las que pudieron estar sentadas juntas en el *vestiarium*, muy avanzadas las noches de invierno, con una laboriosidad que incluso la madre Rikissa celebraba.

Le daban vueltas al amor como en un baile sin fin. La hermana Leonore había conocido el amor una vez cuando tenía la misma edad que Ulvhilde, pero había

terminado en desdicha. El hombre que entonces amaba había sido casado ante Dios, por motivos que principalmente tenían que ver con dinero, con una fea viuda a la que no amaba en absoluto. El padre de la hermana Leonore la había amonestado por sus sollozos, y le había dicho que las mujeres no tenían la menor idea acerca de los asuntos relacionados con el matrimonio, al menos no las jóvenes, y que la vida no terminaba tras los primeros enamoramientos de la juventud.

La hermana Leonore se había sentido tan segura de lo contrario que había jurado que nunca volvería a amar a otro hombre, que nunca volvería a amar a nadie excepto a Dios. Pronto solicitó entrar en un convento y, tras su primer año de novicia, se mostró ansiosa por pronunciar los votos.

Si la Virgen María le había demostrado algo, eso era que el amor era una gracia que podía ser concedida a cualquiera y en cualquier momento. Posiblemente Nuestra Señora también había demostrado que el viejo y taciturno padre de la hermana Leonore tuvo razón al hablarle de los primeros enamoramientos de la juventud diciendo que con ellos no se acababa el mundo.

Rieron juntas ante esto último, imaginándose la sorpresa que se habría llevado el viejo padre si ahora se enterase de que había estado en lo cierto, y ¡hasta qué punto!

Fue como si tanto Cecilia Rosa como Ulvhilde fuesen implicadas en el pecado de la hermana Leonore a través de estas conversaciones. Cuando hallaban un momento para estar solas las tres y de inmediato empezaban a hablar acerca de lo que sólo ellas podían hablar en Gudhem, se les encendían las mejillas y su respiración se aceleraba. El fruto prohibido sabía a gloria incluso cuando sólo se hablaba de éste sin probarlo.

Para la hermana Leonore y Cecilia Rosa había algo seguro: ambas habían sido llenadas de amor, pero eso también les había creado una situación de gran peligro que conducía a graves castigos; Cecilia Rosa condenada a veinte años de penitencia, la hermana Leonore con la excomunión pendiendo sobre ella.

Ulvhilde sentía como si su vida se transformase al escuchar lo que le contaban sus amigas. Ella nunca había creído en el amor, nunca había visto las canciones y las historias de amor como algo diferente de todos los cuentos acerca de duendes y hadas y otras cosas que uno escuchaba con ganas a la luz del fuego en las frías noches de invierno, pero que no tenían nada que ver con la vida real. Del mismo modo que nunca había visto a una hada, tampoco había visto nunca el amor.

Ella era muy pequeña cuando su padre Emund fue asesinado por Knut Eriksson, y había marchado en un trineo junto a su madre y sus hermanos pequeños. Unos años más tarde, cuando ya no recordaba con claridad a su padre, su madre se casó de nuevo, con un hombre concedido por algún canciller de Linköping, y nunca hubo nada entre su madre y él que le hiciese pensar en el amor.

Ulvhilde había llegado a la conclusión de que si esto era lo único que se perdía de la vida del exterior, más le valía quedarse en el convento para siempre y pronunciar los votos, pues una hermana consagrada vivía mejor que una doncella entre familiares. Lo único que le hizo dudar de lo conveniente de vivir así durante el resto

de su vida era la idea de tener que prestar el juramento de obediencia eterna a la madre Rikissa. Pero tenía la esperanza de que llegaría una nueva abadesa a Gudhem o tal vez que podría mudarse a uno de los conventos que Birger Brosa quería instaurar. Porque tal como estaban ahora las cosas, Cecilia Rosa no se quedaría de por vida en Gudhem. Serían separadas de forma inevitable, y cuando ese día llegase a Ulvhilde ya no le quedaría nada a lo que aferrarse excepto al amor a Dios.

Las otras dos se espantaron al oír la amarga visión que Ulvhilde tenía de la vida. Le pidieron que nunca pronunciase los votos, que venerase a Dios y a la Madre de Dios pero que lo hiciese como una persona libre. Cuando Ulvhilde objetó que, de todos modos, no tenía vida fuera, pues todos sus parientes estaban muertos, Cecilia Rosa dijo con arrebató que eso era algo que podía cambiarse, que nada sería imposible mientras Cecilia Blanka continuase siendo su amiga.

En sus esfuerzos por alejar de Ulvhilde todos los pensamientos de pronunciar los votos, Cecilia Rosa había dicho en voz alta cosas que sólo había pensado en silencio y a medias. Reconoció para sí misma que probablemente había sido egoísta y no había podido soportar la idea de quedarse una vez más sin amiga en Gudhem. Pero ahora ya lo había dicho, ahora tendría que conversar con Cecilia Blanka la próxima vez que se acercase por Gudhem.

Para Cecilia Rosa, sin embargo, era otra cosa la que hacía que sus mejillas ardiesen durante estas conversaciones. Cuando fue condenada a pasar veinte años tras los muros no tenía más de diecisiete años. Y cuando entonces intentó imaginarse a sí misma a la edad de treinta y siete, vio a una vieja decrepita y encorvada que ya no conservaba ninguno de los jugos de la vida. Pero la hermana Leonore tenía exactamente treinta y siete años, y desde que fue bendecida por el amor irradiaba fuerza y juventud.

Cecilia Rosa pensó que si nunca dudaba, que si nunca perdía la esperanza, la Santa Virgen María terminaría por compensarla haciendo que a sus treinta y siete años brillase con el mismo fuego que la hermana Leonore.

Aquella primavera en Gudhem fue diferente de todas las demás, tanto de las anteriores como de las que siguieron. Con la primavera empezó a aparecer el hermano Lucien de nuevo, pues ahora había mucho que hacer en los jardines y parecía como si la necesidad de conocimientos de la hermana Leonore fuese inagotable. Dado que Cecilia Rosa y Ulvhilde también habían empezado a dedicarse cada vez más a lo que podía ser cultivado, podía parecer correcto y oportuno que estuviesen entre los cultivos a la vez que el monje visitante, de modo que nadie pudiese imaginar que un hombre podía ser dejado a solas ni con una hermana ni con una doncella en Gudhem.

Pero Cecilia Rosa y Ulvhilde resultaban en especial inadecuadas para esta supuesta vigilancia, pues más bien protegían a los criminales a través de su guardia. De ese modo, la hermana Leonore y el hermano Lucien tuvieron más momentos de agradable unión de los que hubieran tenido en otras circunstancias.

Algo fastidioso era, sin embargo, el hecho de que todo lo que se había cosido a lo largo del invierno desapareciese mucho antes de llegar el verano. Eso era algo bueno para las arcas de oro de Gudhem, pero también forzaba a Cecilia y a Ulvhilde a encerrarse en el *vestiarium* de nuevo. Entonces el hermano Lucien le explicó a la hermana Leonore, que a su vez se lo explicó a sus dos amigas, pues las dos doncellas jamás hablaron directamente con el hermano Lucien, que ese pequeño fastidio era fácil de solucionar. Si los productos que se fabricaban desaparecían demasiado de prisa, eso se debía a que el precio era demasiado bajo. Si se incrementaba el precio, los productos perdurarían más, se organizaría mejor el trabajo y generaría más plata.

Parecía un truco de magia difícil de comprender. Pero el hermano Lucien le dio a la hermana Leonore unas hojas escritas que lo dejaban más claro, a la vez que ella explicaba cómo él se burlaba del *yconomus* que trabajaba en Gudhem. Según el hermano Lucien, estaba a todas luces claro que el canónigo escapado de Skara tenía una excepcional poca habilidad para el dinero y la contabilidad, pues ni siquiera llevaba unas cuentas reales.

Estas discusiones acerca de llevar las cuentas, calcular con ábaco y modificar los negocios con cifras al igual que con el esfuerzo de las manos hizo pensar mucho a Cecilia Rosa. Ésta incordiaba a la hermana Leonore, que a su vez le daba la tabarra al hermano Lucien, de modo que éste trajo consigo libros de contabilidad de Varnhem y primero enseñó a la hermana Leonore, de modo que ella comprendiese y pudiese explicárselo a Cecilia Rosa para que ella también lo entendiera.

Fue como si un mundo nuevo de ideas completamente diferentes se hubiese abierto ante Cecilia Rosa, y pronto se atrevió a hablar acerca de sus ideas con la madre Rikissa, que al principio desechó todo cuanto tenía que ver con este nuevo tema.

Pero a finales de la primavera, tras la cuaresma, la reina Cecilia Blanka solía acudir a Gudhem, y ante estas visitas la espalda, si no la mente, de la madre Rikissa siempre terminaba por ablandarse. Así fue cómo se encargaron pergaminos y libros de Varnhem, lo que dio la oportunidad de realizar unos viajes adicionales a un más que dispuesto hermano Lucien, que también obtuvo el permiso de la madre Rikissa de enseñar tanto al *yconomus*, el visitante canónigo Jons, y a Cecilia Rosa para ayudarles a poner orden en los negocios del convento. La condición era que Cecilia Rosa y el hermano Lucien no podían hablar directamente, sino que todo entre ellos debía ser dicho por medio del *yconomus* Jons. Esto llevaba a muchas complicaciones irritantes, pues Cecilia Rosa lo captaba todo mucho más de prisa que el inútil de Jons.

En opinión del hermano Lucien, que a pesar de todo no sabía más de llevar las cuentas que los otros hermanos de Varnhem, los negocios de Gudhem estaban en peores condiciones que la peor de las ratoneras. Lo cierto era que no faltaban recursos, no era ahí donde estaba el problema. Pero no había ninguna relación entre cuántos de los recursos estaban ya en plata y cuánto había en créditos o en bienes ya cobrados pero no entregados. El *yconomus* Jons no tenía ni siquiera control sobre

cuánta plata había, decía que solía valorarlo en cantidad de puñados, y según su probada experiencia era suficiente con que hubiese más de diez puñados para que pudiesen aguantar una buena temporada sin que llegase más, pero si había menos de cinco puñados era hora de rellenar.

También resultó que el convento de Gudhem tenía arrendamientos que llevaban muchos años sin pagar, simplemente porque habían sido olvidados. De todo cuanto habló el hermano Lucien, Cecilia Rosa aprendió con tanta facilidad como terco y lento era Jons. Él opinaba que lo que había sido válido hasta el momento, bien podía seguir siéndolo en el futuro y que el dinero no era algo que se podía obtener como con arte de magia a través de números y libros, sino que debía ser obtenido con trabajo y esfuerzo.

El hermano Lucien se limitaba a sacudir la cabeza ante toda esta palabrería. Lo que decía era que los ingresos de Gudhem podrían llegar a duplicarse prácticamente si ponían un poco de orden en la contabilidad y que era una lástima gestionar el reino de Dios en la tierra tan mal como se hacía en Gudhem. Esas palabras convencieron a la madre Rikissa, aunque todavía no sabía cómo iba a solucionar el asunto.

Aquella primavera, el hermano Lucien y la hermana Leonore pasaron muchos momentos a solas, tantos que pronto empezó a notarse en la barriga de la hermana Leonore. Comprendió que ya sólo era una cuestión de tiempo que su crimen fuese descubierto y lloraba y se angustiaba y a duras penas la consolaban las visitas del hermano Lucien.

Cecilia Rosa y Ulvhilde habían visto lo que estaba a punto de suceder, podían comprenderlo mejor que ninguna otra persona en Gudhem y miraban con otros ojos la cintura de la hermana, pues conocían su secreto e incluso habían participado en su pecado.

El rápido consumo de todo cuanto se había cosido durante el invierno les dio un motivo a las tres para pasar más tiempo solas en el *vestiarium*. En esos ratos, Cecilia Rosa intentó ser lista y pensar como un hombre y no lamentarse todo el rato; intentaba pensar como creía que lo habría hecho su amiga Cecilia Blanka.

Ahora se trataba de no llorar, pues del llanto no se obtenía nada y de todos modos el llanto acabaría por llegar si no se lograba hacer algo inteligente.

Pronto todo el mundo sabría que la hermana Leonore estaba embarazada. Entonces sería excomulgada y expulsada de Gudhem. Y puesto que tenía que haber un hombre implicado en el pecado, el hermano Lucien tampoco escaparía.

Sería mejor que ambos huyesen antes de ser expulsados y excomulgados. Serían igualmente excomulgados si huían, replicó la hermana Leonore. Bueno, pues mejor huir juntos antes de que eso sucediese. La cuestión era cómo iban a hacerlo. Una cosa estaba clara: una monja fugitiva por los caminos pronto sería capturada, y más aún si viajaba acompañada por un monje, argumentaba Cecilia Rosa.

Le dieron vueltas al problema, y posteriormente la hermana Leonore habló con el hermano Lucien del asunto. Él le explicó que había ciudades al sur del reino de los

francos donde podían exiliarse personas como ellos, creyentes y entregados a Dios en todo excepto en lo que tenía que ver con el amor terrenal. Pero viajar hasta el sur del reino de los francos sin dinero y con los hábitos no sería cosa fácil.

La ropa no sería un problema, pues entre las tres podían coser ropas que parecieran mundanas en el *vestiarium*. Pero la plata ya era otra cuestión. Cecilia Rosa dijo que había tal desorden en la contabilidad de Gudhem que nadie echaría en falta ni un puñado ni dos.

Pero robar de un monasterio era un pecado peor que el que la hermana Leonore había cometido. Ella rogó desesperada que nadie robase por ella, que prefería marcharse sin nada. Opinaba que un pecado así era un pecado de verdad, a diferencia de su amor y el fruto que ese amor había producido, algo que ella ya no veía como pecado. Si tan sólo lograba llegar al sur del reino franco, ese pecado desaparecería en la nada. Pero un robo en la casa de la Santa Virgen María no sería perdonado jamás.

La reina Cecilia Blanka mandó un mensaje con tres días de antelación para anunciar su llegada a Gudhem. El mensaje llegó con gran alivio para las tres mujeres que cargaban con el gran secreto de Gudhem —la hermana Leonore estaba ahora en su tercer o cuarto mes—, y como una pesada carga para la madre Rikissa. Era cierto que el arzobispo Stéphan había fallecido, pero por lo que sabía, el nuevo arzobispo Johan estaba igual de metido en el bolsillo del rey que el anterior. Por tanto, la madre Rikissa estaba todavía expuesta al menor capricho de la reina Cecilia Blanka y, en consecuencia, la maldita Cecilia Rosa seguía constituyendo una gran amenaza para la madre Rikissa. No se preocupaba por la venganza, a esas alturas ya sabía cómo iba a obtenerla, pero la excomunión era lo que le preocupaba más que cualquier otra cosa. Y un arzobispo podría excomulgarla si las dos Cecílias se lo proponían realmente.

Cecilia Rosa comprendía muy bien que el presente estado de ánimo de la madre Rikissa era beneficioso para ciertas conversaciones. Fue a buscar a la madre Rikissa a los aposentos de la abadesa y, sin rodeos, expuso lo que había pensado, que ella misma se encargaría de las tareas de las que era responsable el *yconomus* Jöns en Gudhem. Ella se encargaría de poner orden en la contabilidad, eso mejoraría la posición de Gudhem. El *yconomus*, por su parte, tendría más tiempo para realizar encargos a los mercados, que ahora se retrasaban muchísimo, pues él se decía ocupado en tantas otras cosas que no hacía.

La madre Rikissa intentó objetar débilmente que nunca había oído que una mujer pudiese ser *yconomus*, y que precisamente por eso se llamaba *yconomus*, que era una forma masculina.

Cecilia Rosa insistió sin dudar en que precisamente las mujeres debían de ser las más adecuadas para realizar ese tipo de trabajo en un convento de monjas, pues no requería fuerza física. Y por lo que se refería a la palabra masculina, bastaba con cambiarla por *yconoma*.

Eso era lo que a continuación quería tener como encargo en Gudhem, *yconoma*. Cuando la madre Rikissa pareció ceder, Cecilia Rosa remarcó que, por supuesto, la

yconoma sería quien decidiese adonde se mandaba a continuación a Jons; viajaría con encargos desde Gudhem pero no resolvería según su propio criterio ningún negocio, pues este criterio se había demostrado de sobras inservible.

La madre Rikissa estuvo muy cerca de un ataque de ira, pues estaba sentada quieta y recogida y empezó a frotar su mano izquierda contra la derecha, una señal que en los años anteriores en Gudhem había sido un mal augurio que advertía que pronto habría flagelo y *carcer*.

—Pronto Dios nos mostrará si ha sido una buena decisión o no —dijo al fin Rikissa tras lograr controlarse—. Pero tendrás lo que quieres. Sin embargo, debes rezar en humildad por este cambio y no dejar que tu nuevo cargo se te suba a la cabeza. Recuerda que lo que te doy, también te lo puedo quitar en cualquier momento. Por ahora sigo siendo tu abadesa.

—Sí, madre, por ahora seguís siendo mi abadesa. Y que Dios os conserve —dijo Cecilia Rosa aparentando humildad, de modo que la amenaza velada en sus palabras no sonase a amenaza.

Luego agachó la cabeza y se marchó. Al cerrar tras de sí la puerta de la habitación de la madre Rikissa se esforzó especialmente por no cerrarla de golpe. Pero en silencio, para sí misma, se dijo: «Por ahora, bruja».

Esta vez, la reina Cecilia Blanka fue de visita con su hijo primogénito y se veía claramente que estaba embarazada de nuevo. Por eso el encuentro entre las Cecílias fue más cariñoso de lo habitual, pues ahora ambas eran madres y, además, Cecilia Blanka traía noticias tanto del hijo de su amiga, Magnus, como de Arn Magnusson.

Su hijo Magnus era un joven valiente que trepaba por los árboles y se caía de los caballos pero que nunca se hacía daño. Birger Brosa sostenía que ya se le veía al chaval que sería un arquero con el que sólo un único hombre podría compararse, pues no había duda alguna de quién era su padre.

Según las últimas noticias de Varnhem, Arn Magnusson gozaba de buena salud y seguía desarrollando su cometido en la mismísima Jerusalén entre obispos y reyes. Eso significaba, opinaba Cecilia Blanka, que su vida no corría peligro, pues entre obispos y reyes no había enemigos que temer y por eso valía la pena alegrarse y dar las gracias a Nuestra Señora por su alta protección.

Cuando Cecilia Blanka preguntó si Rikissa seguía comportándose como era debido, Cecilia Rosa contestó de forma afirmativa, aunque también le explicó con palabras ambiguas que tal vez esa calma pronto llegaría a su fin, pues existía ahora un gran problema y un gran peligro. Pero de eso quería hablar a solas con la reina.

Subieron a la planta superior del *hospitium* y se acostaron en la cama donde se habían separado aquella última noche, cuando ambas eran prisioneras en Gudhem, y ahora como entonces se cogieron de las manos y permanecieron tumbadas en silencio con sus recuerdos durante largo rato, con las miradas clavadas en el techo.

—¿Y bien? —inquirió finalmente Cecilia Blanka—. ¿Qué es eso que sólo mis oídos pueden escuchar?

—Necesito monedas de plata.

—¿Cuánto y para qué? De todo lo que no tienes aquí en Gudhem, las monedas de plata deben de ser lo que menos falta te hace —dijo Cecilia Blanka, sorprendida.

—El simplón de nuestro *yconomus*, a quien por cierto pronto voy a sustituir, diría unos dos puñados de plata. Debe ser suficiente para un largo viaje al sur del reino franco para dos. Yo diría que unas cien monedas de Sverker deberían ser suficientes. Te lo suplico y algún día te lo compensaré —contestó Cecilia Rosa.

—¿No pensaréis huir Ulvhilde y tú? ¡No quiero, no puedo perderte, mi más estimada amiga! Y recuerda que todavía no somos tan viejas y que la mitad de tu tiempo de penitencia ya ha pasado —suplicó la reina, preocupada.

—No, no es para mí ni para Ulvhilde —contestó Cecilia Rosa con una risita, pues se imaginaba a sí misma y a Ulvhilde caminando, cogidas de la mano por todo el camino hasta el reino franco.

—¿Me lo juras? —insistió la reina, dudosa.

—Sí, lo juro.

—Pero ¿entonces puedes decirme de qué se trata?

—No, no quiero hacerlo, querida Cecilia Blanka. Tal vez alguien llegue a decir que ese dinero fue utilizado para cometer un grave pecado y no sería bueno para ti que supieses de lo que se trataba, pues entonces las malas lenguas te involucrarían a ti también. Pero si no lo sabes, estás libre de pecado. Así es como lo he pensado —respondió Cecilia Rosa.

Permanecieron tumbadas en silencio durante un rato mientras Cecilia Blanka reflexionaba. Pero entonces soltó una risa y prometió sacarlo de su propia arca de viaje, pues la cantidad no era más grande que eso. Pero se reservaba el derecho a saber en qué consistía ese pecado del que en esos momentos era inocente aunque lo pagase. Al menos quería saberlo luego, cuando todo hubiese pasado.

Cecilia Rosa se lo prometió de inmediato.

Dado que la segunda cosa de la que quería hablar Cecilia Rosa se refería a Ulvhilde, opinó que sería mejor que lo hablasen las tres, y con ello se levantaron de la cama, se besaron y bajaron al banquete de la reina y su corte.

Cecilia Blanka había decidido que esa primera noche Rikissa tendría que permanecer intramuros, pues de todos modos le resultaba una tortura celebrar un banquete para su invitada la reina. Así, las tres amigas pasarían una tarde mucho más animada juntas. La reina llevaba bufones en su corte, que representaron su espectáculo mientras ellas disfrutaban del banquete. Sólo había mujeres en la sala, los hombres de la guardia de la reina estaban a solas como vigilantes fuera del *hospitium* y celebrando su propio banquete en las tiendas lo mejor que podían. Pues como decía la reina Cecilia Blanka, pronto había descubierto que los hombres eran un problema a la mesa, pues hablaban muy alto, se emborrachaban y se veían obligados a destacar si había demasiadas señoras y doncellas cerca sin la presencia de ningún rey o canciller.

Sin embargo, ahora todas comían y bebían como hombres, de lo que también se

burlaban imitando a los hombres. Por ejemplo, la reina todavía era capaz de repetir algunas de las actividades que solía realizar en Gudhem cuando iba a ser flagelada, eructar y soltar ventosidades, algo que repetía de vez en cuando mientras se estiraba y se rascaba el trasero o detrás de las orejas, como solían hacer algunos hombres. Las mujeres se reían de buena gana con eso.

Al terminar de comer se quedaron con un poco de hidromiel en la mesa y Cecilia Blanka envió a todas sus damas de compañía a acostarse, de modo que ella y las amigas de Gudhem pudiesen conversar con más libertad sobre asuntos serios. Y lo que hacía referencia a Ulvhilde Emundsdotter podía llegar a ser muy serio.

Comenzó a hablar Cecilia Rosa. En aquel tiempo, cuando Ulvhilde llegó a Gudhem, el país estaba sumido en una situación de gran conflicto, las tres lo recordaban. Y como la bendita señora Helena Stenkilsdotter les hizo comprender a las tres, la mujer que corría como un ganso tras amigas y enemigas no era muy astuta, dado que una guerra podía darle la vuelta a todo.

Todos los parientes de Ulvhilde habían fallecido en los Campos de Sangre, a las afueras de Bjälbo, y en lo que siguió luego, cuando los Folkung y Erik vencieron. Un mensaje había llegado a Gudhem con lo que para Cecilia Rosa y su estimada amiga Cecilia Blanka había sido como un dulce sueño. Ulvhilde, sin embargo, pertenecía a aquéllos para quienes los Campos de Sangre eran la más negra de las pesadillas.

Desde entonces era como si todo el mundo hubiese olvidado a Ulvhilde, pues no había nadie que pudiese preguntar por ella ni nadie que pudiese hablar por ella y reivindicar sus derechos. Y aunque no estuviese claro cómo se habían pagado los gastos por Ulvhilde en aquel sanguinolento desorden, parecía poco probable que Rikissa fuese a expulsar sin más a una pariente.

Pero ahora había llegado el momento de hacer cálculos, finalizó Cecilia Rosa estirándose tanto para alcanzar su jarra de hidromiel que su codo resbaló en el borde de la mesa y todas se echaron a reír.

—Acabas de poner sobre la mesa aquello de lo que quieres hablar —dijo la reina al recuperarse de la risa—. Como reina tuya pero ante todo como tu mejor amiga quiero saber adonde quieres ir a parar con todo eso.

—Es muy sencillo —contestó Cecilia Rosa, recuperando la compostura mientras bebía tranquilamente sin que se le cayese ni una gota—. El padre de Ulvhilde murió. Los herederos fueron entonces sus hermanos pequeños y su madre. Pero más tarde sus hermanos también murieron en los campos de sangre. Entonces su madre heredó a sus hijos. Y murió también su madre y entonces...

—¡Heredó Ulvhilde! —afirmó la reina con dureza—. Por lo que tengo entendido, eso es lo que dice la ley. Ulvhilde, ¿cómo se llamaba la finca que quemaron?

—Ulfshem —respondió Ulvhilde, asustada, pues de lo que ahora se hablaba no había oído nada, ni siquiera por cuenta de su querida amiga Cecilia Rosa.

—Ahí viven ahora unos Folkung, tomaron Ulfshem como botín de guerra, conozco a quienes viven allí —dijo la reina, pensativa—. Pero en este asunto

procederemos ahora con cuidado, queridas amigas. Con mucho cuidado, pues queremos ganar. La ley es clara al respecto, no puede haber nadie excepto Ulvhilde que herede Ulfshem. Pero las leyes son una cosa y las ideas de los hombres acerca de lo que es correcto y apropiado no siempre coinciden con ellas. No puedo prometeros nada, pero realmente me tienta intentar poner orden en este asunto y primero hablaré con Torgny Lagman, el hombre de leyes de Götaland Oriental, pues también él es Folkung y nos es cercano y es pariente del gran Torgny Lagman, el legislador de Götaland Occidental. Luego hablaré con Birger Brosa y cuando haya terminado con ellos dos cogeré al rey por banda. ¡En eso tenéis la palabra de vuestra reina!

A Ulvhilde parecía que la hubiese partido un rayo. Estaba con la espalda recta, pálida, y de repente sobria por completo. Porque aunque por su parte no fuese tan astuta como las dos amigas mayores, incluso ella era capaz de ver que lo dicho significaba que su vida podía cambiar como por arte de magia.

Lo siguiente que pensó fue que, en tal caso, tendría que abandonar a su estimada Cecilia Rosa, y entonces llegaron las lágrimas.

—No quiero dejarte nunca aquí sola con la bruja Rikissa, especialmente no ahora que la hermana Leonore... —dijo entre sollozos pero siendo de inmediato interrumpida por Cecilia Rosa, que colocó un dedo en señal de advertencia sobre sus labios y fue a sentarse rápidamente a su lado y tomarla entre sus brazos.

—Vamos, vamos, querida amiga mía —la animó Cecilia Rosa—. Recuerda que yo fui separada de mi querida Cecilia Blanka y aquí estamos de todos modos las tres, como buenas amigas. Piensa también en que cuando nos veamos ahí fuera seremos más jóvenes de lo que es la hermana Leonore ahora. Además, no digas nada más acerca de este asunto ahora delante de tu reina.

Cecilia Blanka carraspeó y alzó las cejas de forma irónica como para demostrar que tal vez ya había comprendido demasiado, se excusó y entró en sus aposentos en la planta baja para, como ella decía, ir en busca de algunas baratijas.

Mientras estaba ausente, Cecilia Rosa acarició la cabeza y la nuca de Ulvhilde, puesto que la pequeña había empezado a llorar.

—Sé cómo te sientes en estos momentos, Ulvhilde —susurró Cecilia Rosa—. Yo he sentido lo mismo que tú. El día que comprendí que Cecilia Blanka se iría de este lugar dejado de la mano de Dios lloré de felicidad por ella, pero también de pena porque me iba a quedar sola durante un tiempo, que entonces me parecía una eternidad. Pero ese tiempo ya no es ninguna eternidad. Es largo, pero ya no tan largo como para que una no pueda ver ante sí su extensión y su final.

—Pero si te quedas sola con esa bruja... —sollozó Ulvhilde.

—Me las apañaré. Porque si piensas en nuestro secreto aquí en Gudhem, el que solamente tú, yo y la hermana Leonore conocemos, ¿no es un milagro de Dios la fuerza que tiene el amor? ¿Y no es igualmente maravilloso la de milagros que Nuestra Señora puede realizar por quien nunca pierde la fe y la esperanza?

Ulvhilde dejó que esas palabras la consolaran un poco, se secó las lágrimas con el

dorso de la mano y con valentía se sirvió un poco más de hidromiel, aunque ya hubiese tomado más que suficiente.

Cecilia Blanka regresó con largos pasos y con un golpe dejó caer una bolsa de piel encima de la mesa. Todo aquel que hubiese oído el ruido que la bolsa había hecho al caer podría adivinar lo que contenía.

—Más o menos dos puñados —dijo Cecilia Blanka riéndose—. Sean cuales sean los astutos planes que tenéis, ¡puñeteras, si no lo conseguís!

Primero las otras dos se sorprendieron ante la descarada forma de hablar de su reina; luego, las tres estallaron en carcajadas.

Escondieron la bolsa de piel con las cien monedas de plata en una grieta del muro que daba a los jardines y describieron minuciosamente el lugar a la hermana Leonore. Pieza por pieza, fueron cosiendo las ropas y dejaron que la hermana Leonore se encargase de esconderlas donde ella quisiese, fuera de Gudhem.

Y cuando el verano ya tocaba su fin, el hermano Lucien tuvo nuevos encargos que hacer en Gudhem, pues decía que había cosas importantes que cuidar en la cosecha, y ante todo en la forma de tratar las hierbas cosechadas, ya que la hermana Leonore no acababa de tenerlo del todo claro.

Consigo traía esta vez un pequeño libro que él mismo había fabricado y donde se podía leer casi todo lo que él sabía. Y ese libro lo recibió Cecilia Rosa con un saludo de un hermano de Dios que nunca le había hablado acerca del secreto pero que aun así quería darle las gracias. No era fácil leerlo todo en el librito, pero la hermana Leonore fue entre donante y receptor unas cuantas veces hasta que casi todo estuvo aclarado.

Una noche, cuando el verano había alcanzado la temporada de cosecha, cuando la luna se sonrojaba al atardecer y la negra tierra desprendía un húmedo olor a madurez y ya se le notaba claramente a la hermana Leonore su bendita condición, Cecilia Rosa y Ulvhilde la acompañaron hasta la puerta trasera que conducía a los jardines. Las tres sabían muy bien dónde estaban escondidas las llaves.

Abrieron la pequeña puerta de madera con mucho cuidado, pues estaba algo agrietada y chirriaba un poco. Fuera esperaba el hermano Lucien a la luz de la luna, vestido con sus nuevas ropas seculares. En los brazos tenía un paquete con las ropas que la hermana Leonore llevaría en su camino hasta el sur del reino franco, si es que lograba llegar tan lejos antes de que le llegara el momento de dar a luz.

Las tres mujeres se abrazaron con urgencia. Se bendijeron pero ninguna de ellas lloró. La hermana Leonore desapareció a la luz de la luna y Cecilia Rosa cerró poco a poco y con cuidado la pequeña puerta de madera y Ulvhilde la cerró con llave en silencio. Volvieron al *vestiarium* y prosiguieron su trabajo como si nada hubiera pasado, como si la hermana Leonore sólo las hubiese abandonado un poco antes esa noche aunque hubiese tanto que coser.

Pero la hermana Leonore las había dejado para siempre. Y tras ella quedaron muchas quejas y palabras duras, pero ante todo un gran vacío, sobre todo para Cecilia

Rosa, que tanto temía y deseaba quedarse pronto sola por segunda vez en Gudhem.

III

El otoño y el invierno en Tierra Santa eran temporadas de descanso y curación. Era como si la misma tierra, al igual que muchos de sus habitantes guerreros, se recuperase de las heridas durante ese tiempo en el que los ejércitos enemigos no podían avanzar. Los caminos a los alrededores de Jerusalén se llenaban de barro, en el que los carros muy cargados se atascaban y los montes pelados que rodeaban la ciudad santa solían estar cubiertos de nieve húmeda y pesada que junto con el duro viento, convertiría cualquier asedio en más insostenible para los asediadores que para los asediados.

En Gaza la lluvia era suave y los días solían ser soleados y templados como los veranos nórdicos. Allí nunca se había visto la nieve.

El otoño y el invierno que siguieron a la milagrosa victoria en Mont Gisard fueron ocupados al principio por dos cometidos mayores que cualquier tarea diaria para el comendador Arn de Gothia. En primer lugar tenía un centenar de prisioneros mamelucos en malas condiciones, y en segundo lugar tenía casi treinta caballeros y sargentos heridos en el ala norte del castillo.

Dos de los prisioneros eran del tipo de hombres que no podían ser encerrados con los demás en uno de los graneros de Gaza. Uno era el hermano menor de Saladino, Fahkr, y el otro, el emir Moussa. Arn mandó que los alojasen en sus propios aposentos y todos los días cenaba con ellos en lugar de hacerlo con sus caballeros, abajo en el *refectorium*, situado en el patio del castillo. Era consciente de que eso despertaba algo de recelo entre sus hermanos cercanos, pero no les había explicado lo importante que era Fahkr.

En todo Outremer y en los países de los alrededores, todo el mundo actuaba del mismo modo en lo concerniente a los prisioneros, con independencia de si éstos eran seguidores del Profeta, cristianos o cualquier otra cosa. Los prisioneros importantes como Fahkr y el emir Moussa eran intercambiados o entregados a cambio de una recompensa. A los prisioneros que no podían ser canjeados se les solía cortar la

cabeza.

Los prisioneros de Gaza eran todos mamelucos, salvo alguna excepción. Lo más sencillo en ese caso habría sido averiguar quiénes de ellos habían llegado tan lejos en su servicio como para haber recibido su libertad y ser compensados con propiedades, y quiénes de ellos seguían siendo esclavos al inicio de la peregrinación que acabaría con la muerte o, en el mejor de los casos, siendo dueño de alguna región en uno de los muchos países de Saladino.

A quienes aún eran esclavos habría que cortarles la cabeza de inmediato. Como prisioneros valían tan poco como los templarios, pues nunca serían canjeados. Y además era poco conveniente mantener a demasiados prisioneros juntos, pues entonces se contagiaban enfermedades los unos a los otros. Matarlos sería lo más saludable y además lo más razonable en términos económicos.

El príncipe Fahkr ibn Ayyub al Fahdi, que ése era su nombre completo, reportaría él solo una recompensa más grande de lo que jamás anteriormente se había podido pedir por ningún sarraceno, pues era el hermano de Saladino. También el emir Moussa debía de valer una buena suma.

Pero ante la sorpresa de Fahkr y Moussa, Arn tenía una propuesta completamente diferente. Quería proponer a Saladino un mismo precio por cada uno de los prisioneros, quinientos besantes de oro. Cuando Fahkr argumentó que la mayoría de los prisioneros no valían ni siquiera un besante de oro y que por eso era un insulto ir con tal propuesta, Arn replicó que en realidad había querido decir quinientos besantes por *cada* prisionero, es decir, incluidos Fahkr y Moussa.

Ante esto, ambos se quedaron sin habla. Al Ghouti, a pesar de ser un infiel, era quien, de entre todos los francos, los fieles tenían en mejor consideración. Por tanto, no sabían si sentirse ofendidos porque les hubiese puesto un precio de esclavos, o bien si debían interpretar la propuesta de Al Ghouti como que se abstenía de empujar a Saladino hasta un precio irrazonable por liberar a su propio hermano. La posibilidad de que un templario no supiese de negocios ni siquiera se les pasó por la cabeza.

Lentamente fueron progresando en sus conversaciones acerca de este asunto cuando comían juntos una vez al día. Nunca ingerían alimentos impuros y el agua fresca era siempre la única bebida. Cuando eran dejados a solas en el cuartel de Arn, tenían a su disposición el Sagrado Corán.

Aunque Arn tratase a sus dos prisioneros con tan gran respeto como si fuesen invitados, no había ninguna duda de que eran prisioneros y nada más. Eso hizo que ambos fueran cuidadosos en los primeros días de sus conversaciones.

Sin embargo, a Arn le sorprendía un poco su aversión a expresar claramente su opinión o a realizar contrapropuestas francas, y la cuarta vez que estuvieron juntos cenando parecía que empezaba a perder la paciencia.

—No os entiendo —dijo con un gesto de desesperación—. ¿Qué es lo que no está claro entre nosotros? Mi fe me dice que debo mostrar compasión hacia los vencidos. Podría hablar mucho de eso pero no quiero obligaros a escuchar una fe que no es la

vuestra, no ahora que estáis cautivos. Pero vuestra fe os dice lo mismo. Recordad las palabras del Profeta, la paz lo acompañe: «Cuando os enfrentéis a los negadores de la fe en batalla, dejad que las espadas caigan sobre sus cabezas hasta que los hayáis obligado a arrodillarse; haced entonces a los supervivientes prisioneros. Luego llegará el tiempo en que debéis concederles la libertad, de forma voluntaria o a cambio de recompensa, para aliviar las cargas de la guerra. Esto es lo que debéis observar». ¿Y bien? ¿Y si os digo que mi fe es la misma?

—Es tu generosidad la que no podemos comprender —murmuró Fahkr, incómodo—. Sabes muy bien que quinientos besantes de oro a cambio de mi libertad es un precio que despierta mofa.

—Eso lo sé —dijo Arn—, si sólo tú fueses mi prisionero, tal vez propondría que tu hermano pagase cincuenta mil besantes de oro. Y los demás prisioneros, ¿se los dejaría a nuestros verdugos sarracenos? ¿Pero qué valor tiene la vida de un hombre, Fahkr? ¿Acaso tu vida vale más que la de cualquier otro hombre?

—Quien sostenga eso es presuntuoso y además es irreverente con Dios. Ante Dios, la vida de un hombre vale lo mismo que la vida de otro hombre. Por eso el noble Corán declara que la vida es inviolable —respondió Fahkr en voz baja.

—Completamente cierto —contestó Arn, satisfecho—. Completamente cierto. Y lo mismo dice Jesucristo. No discutamos más sobre este asunto, pues tenemos otras cosas de que hablar más estimulantes. Por tanto, quiero que Saladino me pague cincuenta mil besantes de oro por todos los prisioneros, vosotros dos y los demás. ¿Puedes tú, Moussa, viajar con ese mensaje para tu señor?

—¿Me dejas libre, me envías como mensajero? —preguntó Moussa, asombrado.

—Sí, no se me ocurre mejor mensajero que enviarle a Saladino. Tan poco como se me puede ocurrir que a ti sólo te fuese a importar tu propia libertad y huyeses de la misión. Tenemos barcos que navegan a Alejandría todos los días, como ya sabéis o tal vez no. O tal vez te esté enviando en el sentido contrario, ¿tal vez deberías viajar a Damasco?

—Damasco sería un viaje mucho más difícil y, de todos modos, es igual. Desde cualquier ciudad del reino de Saladino podré notificarlo el mismo día. Alejandría está más cerca y será lo más sencillo.

—¿De cualquier ciudad... el mismo día? —preguntó Arn, dudoso—. Se dice que sois capaces de eso, ¿pero cómo es posible?

—Es muy sencillo. Con palomas que vuelan con los mensajes. Las palomas siempre encuentran el camino a casa, si coges palomas criadas en Damasco y las trasladadas en una jaula a Alejandría o a Bagdad o a La Meca, vuelven directamente a su casa cuando las sueltas. Sólo tienes que atar una carta a una de sus patas.

—¡Qué capacidad tan increíble! —exclamó Arn, muy impresionado—, ¿o sea que podría hablar con mi Gran Maestro en Jerusalén, que es donde creo que está ahora, en tan sólo una hora, o lo que sea que tarde una paloma en volar hasta allí?

—Claro, si tuvieses ese tipo de palomas y alguien que pudiese cuidarlas bien —

murmuró Moussa con cara de pensar que la conversación había entrado en pequeñeces.

—Curioso —dijo Arn, pensativo, pero recuperándose rápido—. ¡Entonces lo hacemos así! Mañana viajarás a Alejandría con uno de nuestros barcos. No te preocupes por la compañía, tendrás mi salvoconducto y probablemente los hombres de la tripulación sean la mayoría egipcios. Además llevarás contigo a algunos de los prisioneros heridos. ¡Pero hablemos ahora de algo diferente!

—Sí, hagámoslo —asintió Fahkr—. Porque realmente hay otras cosas de las que hablar. Le supliqué a mi hermano que nos quedáramos en Gaza a tomar la ciudad, pero él no quiso escucharme. ¡Cuán diferente habría sido entonces la guerra!

—Sí, al menos yo habría sido quien estaría muerto —asintió Arn—, vosotros conservaríais la mitad de vuestro ejército y ahora estaríais aquí sentados como señores de Gaza. Pero Él, quien todo lo ve y todo lo oye, como diríais vosotros, quiso diferente. Él quiso que nosotros los templarios venciésemos en Mont Gisard a pesar de ser únicamente unos doscientos hombres frente a varios miles. Está comprobado, pues así sucedió, fue por voluntad Suya.

—¡Sólo erais doscientos! —exclamó Moussa—. ¡Por Dios! Si yo mismo estuve allí... pensamos que erais al menos mil caballeros. ¿Sólo doscientos?...

—Sí, así fue. Lo sé porque fui yo mismo quien dirigió el ataque —confirmó Arn—. Así que, en lugar de morir aquí en Gaza, de lo que estaba seguro que pasaría, obtuve una victoria que fue un milagro del Señor. ¿Comprendéis ahora por qué no quiero vanagloriarme ni ser ostentadamente cruel con los vencidos?

Era cierto tanto para fieles como para infieles que para quien tan grande y maravillosa había sido la gracia de Dios no podía en absoluto vanagloriarse ni imaginarse que lo había logrado todo por sus propios medios. Un pensamiento así de presuntuoso era un pecado que Dios seguramente se acordaría de castigar con dureza, dejando de lado si se interpretaba a Dios tal como lo había hecho el Profeta o como lo había hecho Jesucristo.

Estaban por completo de acuerdo en la necesidad de moderación tras una victoria así. Lo que, sin embargo, podían discutir con más pasión, ahora que la delicada cuestión de la recompensa por los prisioneros estaba solucionada, era la cuestión acerca de la voluntad de Dios o el pecado de los hombres.

Todo habría sido diferente si Saladino hubiese permanecido en Gaza con su ejército tomando la ciudad, eso estaba claro. ¿Pero por qué castigó entonces Dios a Saladino por su compasión tanto hacia Gaza como hacia el mismo Al Ghouti? Saladino perdonó la vida a Al Ghouti y poco después Dios dejó que sufriese la mayor derrota precisamente contra Al Ghouti. ¿Cuál era pues la intención de Dios?

Los tres meditaron durante mucho tiempo sobre esa cuestión. Al final, el emir Moussa dijo que podría ser que Dios quisiese recordar duramente a Su más querido servidor Saladino que en la *yihad* no había lugar para los deseos personales de un solo hombre. En la *yihad* no se podía perdonar la vida a una ciudad llena de infieles

por el simple hecho de que se tuviese una deuda personal con uno de ellos. Pues el emir Moussa estaba, al igual que Fahkr, convencido de que quizá Gaza habría sido tomada con violencia si su comandante no hubiera sido Al Ghouti, con quien Saladino estaba personalmente en deuda. La derrota en Mont Gisard era el castigo de Dios por ese pecado.

Como podía esperarse, Arn tenía una interpretación completamente diferente. Él opinaba que la victoria en Mont Gisard demostraba que Dios había protegido a quienes más cercanos le eran, pues de tal modo había beneficiado a los cristianos que era imposible explicarlo de otra manera. Gaza había sido perdonada porque Saladino quería un premio mayor. La fuerza de asedio en Ascalón había sido demasiado pequeña. En lugar de ir directamente hacia Jerusalén, Saladino había permitido que su entonces invencible ejército se dispersase por la zona para saquear. La niebla había hecho que quien menos fuerza tenía saliese beneficiado en Mont Gisard. Y como si eso no fuese suficiente, Arn y sus hermanos habían tenido la improbable suerte de dirigirse a ciegas justo al lugar por donde venía la caballería mameluca. Y por si esto fuera poco, el ataque de los templarios se había producido justo en donde el enemigo lo tenía más difícil tanto para protegerse como para reagruparse tras el ataque.

Todo esto junto era demasiado como para que se pudiese explicar únicamente con suerte o habilidad, al contrario, era una prueba de que la fe en Jesucristo era la verdadera y de que Mahoma, en paz descansa, era un profeta inspirado por Dios pero no el mensajero de la verdad única. Porque, ¿cómo, si no, podía explicarse el milagro de Mont Gisard?

El emir Moussa quiso intentar explicarlo de todos modos. Cuando Dios vio que los fieles estaban a punto de aplastar a los cristianos, que a pesar de todo eran quienes más cercanos estaban a los fieles, y que al fin y al cabo eran personas como los demás, Dios les dio la espalda a todos. A partir de entonces fueron errores humanos y no la voluntad de Dios los que dirigieron los acontecimientos.

Porque evidentemente los fieles habían cometido una larga serie de errores, tal como los había enumerado Al Ghouti. Esos errores se debían sobre todo a la soberbia, a que se pensase que la victoria estaba asegurada mucho antes de la primera verdadera batalla. Ese tipo de soberbia siempre acababa por ser castigada en todas las guerras, tanto grandes como pequeñas. Quien tuviese la guerra como profesión y fuese lo bastante viejo debía de haber visto miles de decisiones estúpidas y otras miles de decisiones afortunadas que, sea como fuere, habían significado la diferencia entre la vida y la muerte. Eso siempre pasaba. ¿Y acaso no era vanagloriarse el creer que Dios siempre participaba en cada una de las pequeñas batallas en las que Sus hijos se empeñaban? Sí, porque si no Dios no podría dedicarse a mucho más que a ir corriendo de guerra en guerra, de batalla en batalla. Así que por lo que se refería a Mont Gisard, la sencilla explicación sería la mezcla de soberbia humana con la simple suerte de la guerra.

Ni Arn ni Fahkr estaban dispuestos a admitir esa explicación. Fahkr pensaba que

era irreverente el pensar que Dios pudiese dar la espalda a Sus guerreros en la *yihad*. Y Arn opinaba que si la guerra se refería al Santo Sepulcro, sencillamente no podía estar ocupado en otra parte.

Y con eso volvieron de nuevo a la cuestión de la verdadera fe. En eso no podía rendirse ninguno de ellos y Fahkr, que era un negociador hábil, condujo entonces el debate hacia el único punto en el que podrían lograr el consenso. No podían saber si Dios había castigado a quienes en su nombre se dirigían en *yihad* hacia Jerusalén, o si había protegido a quienes en su nombre defendían Jerusalén. Y si no se sabía si Dios había castigado o mostrado misericordia, tampoco podía decirse que el mensaje del Profeta, en paz descanse, era el falso ni que el mensaje que vino de Jesucristo, en paz descanse él también, era el verdadero.

El hermano comendador de Arn, Siegfried de Turenne, que en su propio idioma se escribía Thüringen, era uno de los templarios que fueron heridos en Mont Gisard. Arn lo había convencido para que se dejase cuidar en Gaza pero sin explicarle claramente por qué pensaba que tendría mejores cuidados en Gaza que en Castel Arnald, el castillo del propio Siegfried en la región de Ramala.

Lo que Arn le había ocultado a su hermano era que los médicos en el castillo de Gaza eran sarracenos. Había quienes entre los templarios consideraban que era ultrajante contratar a médicos sarracenos. Sobre todo los hermanos nuevos tenían esas ideas y lo mismo pensaban los francos seglares de Outremer. Los recién llegados solían pensar que todos los sarracenos deberían haber sido exterminados sin más en cuanto fueron descubiertos; el propio Arn había tenido ideas así de necias durante su primer año de servicio con el manto blanco. Pero de eso hacía ya tiempo y a esas alturas Arn había aprendido, al igual que la mayoría de los hermanos que llevaban tiempo sirviendo en Tierra Santa, que los médicos sarracenos lograban hacer sobrevivir al doble de heridos que los médicos francos. Los hermanos con más experiencia solían decir en broma que si un buen día uno acababa herido, lo más seguro sería acabar en manos de un médico de Damasco, lo segundo más seguro en las de ningún médico, y lo más letal, en las de un médico franco.

Es cierto que había una diferencia entre lo que se refería a este mundo y lo que era pura fe. Algunos señores de castillo y hermanos de alto rango podían fácilmente admitir que los médicos sarracenos eran más hábiles, tal como demostraba la experiencia, pero uno no debía fiarse del todo de los infieles, pues eso sería pecado.

Arn solía bromear acerca de ese tipo de comentarios diciendo que era bien curioso que uno pudiese vivir gracias al pecado y morir por la pureza de la fe. Ir al paraíso por haber muerto en el campo de batalla era una cosa, pero ir por ser negligente en la cama de la enfermería era otra muy diferente.

Tal como había intuido Arn, el hermano Siegfried pertenecía a aquellos que, debido a su fe, querían únicamente confiarse a médicos ignorantes. Pero Siegfried llegó a Gaza en camilla y en ese momento no estaba en condiciones de oponer resistencia. Una flecha le había atravesado el hombro y el omóplato y una lanza había

penetrado en su muslo izquierdo; un médico franco se habría apresurado a dejarlo manco y cojo.

Al principio Siegfried se había quejado acusando a Arn de entregarlo descaradamente a manos impuras. Pero los dos médicos, Utman ibn Khattab y Abd al-Malik, habían empezado por conseguir retirar la flecha a pesar de que ésta había penetrado hasta el omóplato. Luego habían logrado bajarle la fiebre con rapidez, merced a brebajes de hierbas, y habían limpiado las heridas con cuidado con aguardiente que ardía como fuego al alcanzar las heridas, pero que también las limpiaba de todo mal. Siegfried empezó a notar sólo diez días más tarde cómo la parte externa de sus heridas empezaba a sanar y pronto pudo comenzar a mover el brazo, aunque los médicos estaban siempre encima de él, chapurreando franco e intentando que permaneciese quieto.

A medida que Siegfried fue mejorando de forma notable, también empezó a interesarse más por las grandes diferencias entre Gaza y su propio castillo y los otros que conocía en lo que se refería al cuidado de los heridos. Lo primero de lo que se percató fue que aquí en Gaza los heridos yacían en lo alto del castillo, en un ambiente seco y frío, y todas las camas estaban tan separadas que los heridos apenas podían hablar entre sí. Sin embargo, el aire frío no era ningún problema, pues cada uno de ellos estaba bien envuelto en vendas y pieles. Además, las vendas eran cambiadas constantemente y enviadas a los lavaderos de la ciudad. Que precisamente eso fuese a ser relevante de cara a la cura de las heridas era poco probable, pero era agradable yacer siempre entre sábanas limpias.

Todas las saeteras estaban cubiertas con tablas de madera para mantener el viento y la lluvia fuera, lo cual era un esfuerzo innecesario, pues se podía hacer como en otras partes y alojar a los heridos abajo en algún granero. Pero los médicos sarracenos parecían insistir en querer que entrase mucho aire fresco y en mantener la temperatura baja en el *infirmatorium*. No era la primera vez que Siegfried yacía herido y, por tanto, tenía bastante experiencia.

Además de temperatura y ventilación estaba la gran diferencia en la ausencia de oraciones con relación al tratamiento y también que el tratamiento fuese tan parco para la mayoría de los hermanos. Una vez los sarracenos habían limpiado y vendado las heridas solían dejar que el tiempo hiciese lo suyo, no iban corriendo siempre con nuevas cataplasmas, estiércol de vaca para aportar calor y otras curas diversas que uno solía tener que soportar como herido. En alguna ocasión aplicaban hierros candentes a las heridas, cuando el mal no se había retirado con el aguardiente. Cuando algo así iba a suceder solía subir el mismo Arn de Gothia con algunos sargentos para sujetar al desgraciado mientras éste era tratado con el hierro incandescente.

Pero Arn solía visitar a los heridos todos los días, rezaba unas breves oraciones con ellos y luego iba de cama en cama con alguno de los médicos traduciendo sus consejos y opiniones. Todo esto era muy extraño y al principio Siegfried de Turenne

había contemplado el arte medicinal de Gaza con gran desconfianza. Pero la razón también jugaba su papel y no era fácil resistirse. De todos los que habían llegado heridos a Gaza tras Mont Gisard sólo había muerto uno que había sufrido unas profundas heridas en el vientre y era bien sabido que contra éstas no había cura. Lo que no se podía negar era que el *infirmatorium* poco a poco se fue vaciando y que la mayoría de los heridos, incluso dos que habían sido quemados con hierro candente, podían retomar su servicio. Según la experiencia de Siegfried, la mitad de los hermanos que eran llevados al lecho tras ser heridos en combate terminaban muriendo. Y de la mitad que sobrevivían, muchos quedaban lisiados. Aquí en Gaza los médicos infieles habían tenido como resultado un único muerto, que además había sido un caso perdido. Era algo innegable, por tanto sería de necios no intentar contratar cuanto antes médicos sarracenos también en Castel Arnald. Fue una difícil conclusión para el hermano Siegfried, pero si hubiese negado su convencimiento habría pecado contra los hermanos heridos y eso habría sido mucho peor.

El médico Abd al-Malik era uno de los amigos más antiguos de Arn en Outremer. Se habían conocido cuando Arn era un joven tímido e infantil de dieciocho años, de servicio en el castillo templario de Tortosa, arriba en la costa. Fue Abd al-Malik quien, tras las insistentes demandas de Arn, le dio las primeras clases de árabe que duraron dos años, hasta que Arn recibió un nuevo destino y se separaron.

Naturalmente el noble Corán era con diferencia el mejor texto para este fin, pues estaba escrito en un lenguaje perfecto, hecho que Abd al-Malik siempre explicaba diciendo que era el puro lenguaje de Dios enviado a los humanos con sólo un Mensajero, en paz descansa, como intermediario. Algo que, sin embargo, Arn explicaba con que el Corán se había convertido en la regla para todo el árabe y por tanto su perfección venía de otra parte, porque todos debían balbucear la misma melodía.

Podían entretenerse a discutir estos asuntos sin importancia, pues para ninguno de ellos suponía un problema que el otro no tuviera la misma fe. Y Abd al-Malik era un hombre que no se dejaba molestar por la fe de otra persona. Había trabajado para turcos seléucidas, cristianos bizantinos, para los califas chiítas de El Cairo y el califato sunní de Bagdad, trabajaba donde mejor le pagasen. Cuando Arn y él volvieron a encontrarse en Jerusalén, poco antes de que Arn fuese a ocupar su nuevo mando en Gaza, se pusieron de acuerdo rápidamente, aunque no sólo debido a su vieja amistad. Arn no había dudado en prometer un sueldo principesco por los servicios de Abd al-Malik, pues sabía cuántas vidas templarias salvaría un sueldo así. Y el gasto no era tan grande si se estudiaba la cuestión desde ese punto de vista. Curar a un templario experimentado y lograr que volviese a montar a caballo era infinitamente más barato que formar a un cachorro recién llegado.

En aquellos tiempos no había ninguna orden con mayor riqueza en todo el mundo y había quienes decían que los templarios tenían más oro en sus arcas que el rey del reino franco o el rey de Inglaterra juntos. Probablemente fuese verdad.

Por consiguiente, Gaza no era sólo una ciudad fortificada, un último puesto de guardia ante las amenazas de invasión egipcias desde el sur. Gaza era también una ciudad de comercio, uno de los ocho puertos que los templarios tenían a lo largo de la costa hasta Turquía. Una ventaja especial, por ejemplo, del puerto de Gaza era que, a diferencia del puerto de Acre, era dominada únicamente por los templarios. Por eso se podía, entre otras cosas, mantener siempre el comercio con Alejandría, hubiese guerra o no, pues los barcos que navegaban entre Gaza y Alejandría nunca eran vistos por extraños.

Pero Gaza tenía también comercio propio con Venecia y Génova y a veces también con Pisa. Y los templarios tenían su propia marina mercante con centenares de naves que se hallaban siempre dentro del Mediterráneo. Puesto que Gaza tenía además a dos tribus de beduinos a su disposición, de ese modo podían conectar Venecia con Tiberíades con la misma facilidad que Pisa con La Meca.

De todos los bienes que los templarios fabricaban para vender a francos, germanos, británicos, portugueses y castellanos, el azúcar era el producto más importante. Las cañas de azúcar eran cultivadas, cosechadas y refinadas en Tiberíades y luego se transportaba el azúcar con caravanas de camellos desde allí hasta el puerto más cercano, o incluso hasta Gaza, desde donde las salidas de barcos eran más rápidas, de modo que se ahorraba el tiempo que se perdía en un transporte terrestre más largo. El azúcar era un bien valorado en muchas mesas de los príncipes en los países de donde procedían los cruzados y su peso era pagado en plata.

La inmensa riqueza que pasaba por las manos del maestro pañero de Gaza y todos sus escribanos podría haber hecho que hombres normales se sintiesen tentados a enriquecerse.

Lo mismo sucedía cuando llegaba un barco de Alejandría con cincuenta mil besantes de oro, que necesitaba de ocho pesados cofres para ser llevados a tierra. ¿Qué habría sido más sencillo para un hombre en la posición de Arn de Gothia que contabilizar treinta mil besantes y quedarse para sí una fortuna lo suficientemente grande como para viajar a casa y comprar todo el país de donde procedía? Pocos de los seculares que hubiesen tomado la cruz y viajado a Tierra Santa habrían dudado.

Sin embargo, un crimen así nunca había sido descubierto durante el largo tiempo que Arn había estado al servicio de los Templarios. Sólo recordaba un caso en que uno de ellos había perdido su manto blanco porque le hallaron encima una moneda de oro que el desgraciado explicó que era un amuleto que traía suerte, lo cual evidentemente no era cierto, pues acabó llevando a su ilegítimo propietario a la desgracia.

Como comendador de Gaza, Arn tenía derecho a cinco caballos, mientras que un hermano ordinario tenía derecho a cuatro. Pero Arn se había abstenido del quinto, pues desde hacía tanto tiempo estaba tan convencido de seguir su voto de pobreza que ni siquiera la visión de cincuenta mil besantes de oro podían quitarle la respiración. Y así eran todos los hermanos que había conocido hasta el momento.

Por el contrario, fue un alivio para Arn deshacerse de los cien prisioneros egipcios, al igual que fue tanto un alivio como una tristeza acompañar al emir Moussa y a Fahkr a bordo del barco que los esperaba para salir hacia Alejandría. Se despidieron como amigos e hicieron alguna broma acerca del placer que supondría, al menos para Fahkr y Moussa, el tener a Arn como prisionero la próxima vez que se encontrasen. Ante esto, Arn se rió y señaló que entonces sería o bien un cautiverio muy corto o bien muy largo, pues desgraciadamente no se pagaría ni un besante de oro por él. Ese tipo de conversación era divertido para quien no podía ver el futuro.

Pero lo que tenía preparado para todos ellos Él, quien todo lo ve y todo lo oye, era algo que ninguno podría haberse imaginado ni en el más disparatado de los sueños.

Cuando sus heridas hubieron sanado lo suficiente como para que pudiese caminar y cabalgar un poco, como era de esperar, Siegfried de Turenne no tardó en impacientarse por practicar con sus armas. Se dirigió a Arn, pues opinaba que lo mejor sería practicar al principio con un amigo del mismo rango.

Bajaron al almacén del maestro de armas que había en el patio del castillo y eligieron las armas con las que les parecía más apropiado empezar, el escudo y la espada. En el almacén colgaban largas hileras de espadas y escudos adecuadamente numerados en función de la talla. Siegfried de Turenne, que era un hombre de gran estatura, utilizaba un nueve en espada y un diez en escudo; la numeración sólo alcanzaba hasta doce. Arn era un siete tanto en espada como en escudo.

Las armas de práctica eran las mismas que se utilizaban en el campo de batalla, aunque no estaban bien afiladas, sino que los filos estaban gastados. Asimismo, los escudos tenían la misma forma y el mismo peso que los escudos de combate, aunque no estaban pintados y tenían capas de piel blanda adicionales para soportar más golpes.

En cuanto salieron a la tierra alisada de la pista de ejercicio, Siegfried de Turenne se abalanzó con ímpetu sobre Arn como si se tratase de practicar a fondo desde el principio. Arn paraba y se escurría, riéndose y sacudiendo la cabeza, diciendo que ése no era el modo de recuperar un brazo y un muslo heridos, que eso tan sólo conduciría a más dolor. Luego empezó a dirigir golpes hacia el lado donde Siegfried tenía el escudo, ora arriba ora abajo, haciéndolo con movimientos obvios y explícitos mientras observaba a su amigo, que cada vez tenía más problemas para subir y bajar el escudo con su brazo herido.

Luego cambió de ejercicio acercándose mucho para luego retirarse, adelante y atrás, de modo que Siegfried tenía que atacar y retirarse estirando su muslo herido una y otra vez.

Arn, sin embargo, interrumpió pronto el ejercicio y dijo que todavía se podía ver claramente dónde tenía las heridas y que sería inapropiado que se esforzara más en ese preciso momento. Parecía probable que Siegfried volviera a ser como antes de Mont Gisard. Siegfried primero se negó a aceptar esta constatación, pues opinaba que el dolor era algo que un templario debía soportar, que llevar consigo el dolor era algo

fortificante y que endurecía. Arn opinaba que si bien eso tenía sentido para los sanos, con los heridos era diferente y que haría que atasen a Siegfried a la cama si volvía a oírlo hablar de ese modo. Aunque fuesen hermanos del mismo rango, en esos momentos se encontraban en Gaza y por eso Arn le prohibió a Siegfried que a continuación practicase con nadie excepto con él. Dejaron sus armas aunque Siegfried siguiese refunfuñando, y luego se dirigieron a la iglesia para cantar nonas.

Era jueves y, tras la misa del mediodía de los jueves, Arn conducía un *majlis* delante del muro oriental de la fortaleza, donde debía mediar en disputas y condenar a los criminales junto con el sabio médico Utman ibn Khattab. Le ofreció a Siegfried la oportunidad de ir con él y presenciarlo, pues podía ser interesante para un comendador del norte ver en qué cuestiones tan diferentes había que posicionarse aquí abajo en el sur. La condición, sin embargo, sería que Siegfried se ataviase con toda la vestimenta, incluidos manto y espada.

Siegfried lo acompañó al juicio sobre todo movido por la curiosidad. Pero también se convenció a sí mismo de que iba con la mente abierta, dispuesto a no condenar algo que en un primer momento pudiera parecerle tanto extraño como repulsivo, imponer justicia falsamente entre los sarracenos como si las partes fuesen iguales. Pero se obligó a recordar que las extrañas costumbres de Gaza habían demostrado que a pesar de todo existía una cosa buena por lo que se refería al arte de los médicos sarracenos.

Al principio se encontró pensando que sencillamente era un espectáculo de mal gusto. Le pareció que el hecho de depositar no sólo las Palabras de Dios sino también el Corán sobre la mesa, delante de la tribuna donde estaba sentado junto a Arn y al médico llamado Utman ibn Khattab, era mofarse de las cosas sagradas. Una gran aglomeración de gente se había reunido en torno a un cuadrado formado por cuerdas y vigilado por sargentos vestidos de negro con lanzas y espadas. El espectáculo empezó con que Arn leyó el Pater Noster, que sólo una pequeña parte de los asistentes parecían seguir. Pero luego Utman ibn Khattab leyó una plegaria en el idioma de los infieles con la que la mayoría de los asistentes inclinaron sus frentes hacia la tierra. Al acabar, Arn declaró que podía llamarse al primer caso, y un campesino palestino de uno de los pueblos de Gaza se acercó con una mujer que llevaba las manos atadas a la espalda y otra mujer a su lado. Empujó a la mujer maniatada, de modo que ésta cayó ante él en la arena. A la otra mujer, que llevaba la cara cubierta por un velo, la empujó detrás de él, a la vez que se inclinaba ante los tres jueces y alzaba su brazo derecho y rezaba una larga plegaria o tal vez le dedicaba alguna alabanza a Arn. A Siegfried sus palabras le resultaban completamente ininteligibles.

Luego el campesino palestino al parecer empezó a exponer su asunto y Arn fue traduciendo, susurrando disimuladamente, a Siegfried, de modo que éste pudiese seguir el problema.

La mujer maniatada y denigrada era la esposa del campesino. Se había abstenido

de su derecho, concedido por la verdadera fe, de matarla a causa de su adulterio. Y esa calma se debía únicamente a que deseaba cumplir con las leyes de Gaza, que él había jurado obedecer, al igual que el resto de su pueblo, a cambio de que se les garantizaran unas vidas seguras. Sin embargo, ahora había descubierto a su esposa cometiendo un grave pecado y como testigo traía a una honorable mujer que era su vecina en el pueblo.

Llegado este punto, Arn interrumpió la monótona lamentación pidiendo que se adelantase la mujer honorable, lo cual hizo con timidez mientras se hizo el silencio entre los asistentes. Arn preguntó si era cierto lo que había dicho su vecino y ella lo confirmó. Entonces le pidió que colocase su mano sobre el noble Corán y que jurase ante Dios que ardería en el infierno si juraba en falso, y luego debía repetir la acusación. Obedeció, aunque temblaba al alargar la mano hacia el Corán, y luego la depositó con mucho cuidado, como si temiese quemarse. Sin embargo, repitió al pie de la letra lo que se le había exigido. Entonces Arn le pidió que se retirase y se inclinó hacia Utman ibn Khattab, que expuso rápidamente su interpretación, la cual Siegfried no pudo oír ni comprender pero vio que al final ambos asintieron, como si hubiesen alcanzado una decisión.

Acto seguido, Arn se levantó y expuso un texto de la escritura de los infieles que Siegfried no pudo comprender hasta que Arn lo tradujo al idioma franco y Siegfried descubrió que se trataba de unas palabras sorprendentes, pues decían que se requerían cuatro personas para demostrar una infidelidad si ésta no podía demostrarse y ni hombre ni mujer podía afirmar lo contrario. En este caso había un hombre que había presentado a un único testigo; eso no le daba ningún derecho.

Alcanzado este punto de la explicación, Arn sacó su puñal y se acercó de prisa hasta la mujer atada y un murmullo de horror se extendió entre el público. Sin embargo, Arn no hizo lo que muchos aparentemente habían temido: cortó las cuerdas que la ataban y le explicó que era libre.

Luego hizo algo que sorprendió todavía más a Siegfried: explicó tanto en árabe como en franco que la mujer que había jurado la infidelidad que no era demostrable había jurado en vano e iba a ser castigada por ello. Por tanto, serviría sin derecho a sueldo a la inocentemente acusada durante un año o bien abandonaría su pueblo. Y en caso de no obedecer recibiría el castigo que se merecían quienes perjuraban: la muerte.

Y el hombre que había llevado a un único testigo sin valor, tal y como decía la ley del Noble Corán, sería llevado aparte y recibiría ochenta latigazos.

Al finalizar Arn su condena, todos los que ocupaban las primeras filas estaban como petrificados. Entonces se acercaron dos sargentos y agarraron al hombre que debía ser castigado con el látigo para llevárselo a los alguaciles sarracenos de Gaza. Las dos mujeres, de quienes la que había testificado se había convertido en esclava y la acusada había vencido, se retiraron aterrorizadas entre la multitud. Cuando los tres desaparecieron de la vista surgió un gran barullo de voces que daba a entender que

había quienes estaban a favor y quienes en contra. Siegfried observó la multitud y vio a un grupo de hombres mayores con barbas largas y turbantes blancos que interpretó que eran una especie de sacerdotes infieles, y por su tranquila conversación y movimientos de cabeza a modo de asentimiento adivinó que habían hallado la extraña condena tanto justa como sabia.

El caso siguiente era una disputa sobre un caballo, un caso que era convocado por segunda vez, pues los jueces al parecer lo habían rechazado en espera de que se exhibiese el animal. Dos hombres lo llevaron hasta el cuadrado limitado por las cuerdas, ambos ansiosos por conducirlo de las riendas. El caso era tan sencillo como que ambos reclamaban el caballo y acusaban al otro de robo.

Arn les pidió que juraran decir la verdad sobre el Noble Corán y ambos lo hicieron por turnos, de modo que mientras uno juraba el otro aguantaba el caballo, algo que el público encontró infinitamente gracioso. Pero ninguno de ellos dudó al hacer su juramento. Y no se podía extraer ninguna conclusión acerca de qué era verdad y qué era falso por el modo de jurar del uno ni del otro, a pesar de que uno de ellos estaba cometiendo perjurio.

Arn mantuvo de nuevo un intercambio de murmullos con su acompañante sarraceno y luego se inclinó hacia uno de sus soldados de guardia y susurró una orden que Siegfried pudo oír muy bien. Debían llamar a los matarifes y ordenar que trajeran un carro.

Luego Arn se levantó y habló primero en el idioma incomprensible y luego en franco, de modo que Siegfried y algunos otros pudiesen comprender. Era lamentable ver cómo alguien juraba en falso, declaró Arn. En el día de hoy un hombre se había separado de su alma y ardería en el infierno por causa de un triste jamelgo.

Por ello, el veredicto sólo podía ser uno, dijo en tono amenazador y desenvainó la espada, alzándola exageradamente como para asestar un golpe. Los dos hombres que reclamaban el caballo parecieron entonces espantados por igual, pero era imposible distinguir quién era el perjurio.

Arn los observó durante un rato con su espada en alto, luego se giró y, cogiendo la espada sólo con una mano, la dejó caer sobre el cuello del caballo, apartándose de un salto para no ser golpeado por los espasmos del animal ni salpicado por la sangre que salía a borbotones. Luego limpió tranquilamente la espada con un trapo que llevaba debajo de la túnica y la volvió a enfundar, alzando la mano para acallar el murmullo.

El caballo iba a ser repartido en dos partes, explicó. Eso significaba que un hombre que había cometido perjurio obtendría el premio de medio caballo sin merecerlo. Sin embargo, su castigo sería todavía mayor por parte de Dios.

El otro hombre obtendría también sin merecerlo únicamente medio caballo, a pesar de haber dicho la verdad. Su premio de Dios sería, pues, mayor.

Los matarifes se acercaron con un carro y subieron tanto el cuerpo del caballo como la cabeza, cubrieron las manchas de sangre con arena y se retiraron con

rapidez, inclinándose ante Arn.

Luego siguió una serie de disputas que para Siegfried carecían por completo de interés y que en su mayoría se referían a dinero y donde Arn y su juez sarraceno solían forzar compromisos, excepto una vez que descubrieron que uno de los litigantes mentía y se lo llevaron al flagelo.

El último caso del día era algo fuera de lo normal, según lo que Siegfried podía deducir por los susurros y las miradas curiosas. Se acercaron cogidos de la mano una joven mujer beduina sin velo y un también joven beduino vestidos con hermosos ropajes. Pedían dos cosas. La primera era asilo en Gaza y protección frente a los vengadores padres. La segunda era que se les concediese permiso para ser unidos como marido y mujer ante Dios por uno de los cadís de los fieles de Gaza.

Arn explicó con presteza que una de las peticiones había sido concedida en el mismo momento de ser pronunciada. Ambos gozaban ya de asilo en Gaza.

En cuanto a la segunda cuestión, mantuvo de nuevo una larga conversación en susurros con Utman ibn Khattab, en la que ambos parecían preocupados, pues hablaban con el ceño fruncido y cabeceando continuamente. Al parecer, no era una cuestión nada fácil.

Finalmente, Arn se puso en pie y alzó su mano derecha en señal de silencio y el murmullo desapareció de inmediato. Estaba claro que todo el mundo esperaba su veredicto con el máximo interés.

—Tú, Aisha, con nombre de la esposa del Profeta, en paz descanse, eres *Banu Qays* y tú, Ali, con nombre de un sagrado hombre a quien muchos llaman califa, eres *Banu Anaza*. Sois cada uno de una tribu de Gaza, todos obedecéis bajo los templarios y bajo mi persona. Pero la cuestión no es fácil, pues vuestros parientes son enemigos y, por tanto, si yo permitiese uniros ante Dios, eso podría conducir a la guerra. Por eso no puedo concederos en este momento lo que me estáis pidiendo. Pero el asunto no termina aquí, en eso tenéis mi palabra. ¡Id ahora en paz y disfrutad del asilo en Gaza!

Cuando Siegfried oyó la traducción al idioma franco que Arn hizo esta vez al igual que siempre, le sorprendió que un hermano de la divina orden de los templarios pudiese caer tan bajo como para ocuparse de los problemas matrimoniales de aquellos salvajes. No obstante, pensó que la dignidad de Arn en esas circunstancias era admirable, y desde luego no pasó inadvertido el respeto con el que tanto fieles como infieles habían aceptado todos los veredictos.

Durante las siguientes horas no tuvo mucho tiempo para comentar todo lo que tenía en la cabeza, pues primero debían ir a vísperas y luego al *refectorium* donde, a pesar de comer junto a los otros caballeros en la misma parte de la sala, se había decretado silencio durante las comidas.

Pero tuvieron bastante tiempo para conversar entre la cena y las completas y la hora siguiente, cuando disfrutaban de unas copas de vino mientras distribuían las órdenes para el día siguiente.

Dado que Siegfried dudaba acerca de cuál era realmente su opinión, prefirió concentrarse al principio en la justificación de los veredictos, como si para poder discutir aceptase del todo esta forma de justicia en que se trataba a esclavos como a personas cristianas. Le resultó todavía más incomprensible cuando Arn le explicó que en realidad el verdadero juez era el sarraceno Utman ibn Khattab, pues él, a diferencia de Arn, tenía una larga experiencia en este tipo de trabajo. Especialmente cuando se trataba de interpretar la *sharia*, la ley de los infieles.

Podía parecer una comedia que Arn actuase como si en realidad fuese él el juez, pero sin embargo era algo necesario que Utman ibn Khattab no tenía problema alguno en comprender. Gaza pertenecía a los templarios, todo el mundo debía tener bien claro quién detentaba el poder.

En concreto, Siegfried encontraba esa cuestión completamente razonable. Pero de todos modos quería volver al asunto de alguno de los veredictos, especialmente el que se refería a la adúltera.

En referencia a la supuesta adúltera, Arn explicó, no poco divertido, que la testigo probablemente era la adúltera, al igual que el hombre, además de instigador de perjurio. Sin embargo, no podía saberse con certeza cómo estaban las cosas. Y los juicios de Dios, los hierros al rojo y las ordalías para sonsacar la verdad no tenían ningún sentido entre infieles pues consideraban que tales costumbres francas eran fruto de la barbarie. Y unos veredictos en que no creyesen carecerían por completo de valor.

No obstante, era cierto que el propio Corán no le daba en absoluto ningún derecho a cortarle la cabeza a su esposa pillada in fraganti, como al parecer pensaba el campesino palestino en su ignorancia, ese derecho que tanto Arn como Siegfried habrían tenido en casa. Realmente se exigían cuatro testigos.

—¡Pero cuatro testigos! —objetó Siegfried, escéptico—. ¿En qué momento iba alguien a cometer la vergonzosa acción ante los ojos de cuatro testigos que pudiesen atestiguar el adulterio?

—Probablemente, nunca —afirmó Arn—, y seguramente fue ésa la idea del Profeta cuando formuló la norma, una ingeniosa forma de poner fin a todos los rumores de adulterio y las discordias que eso provocaba. —Y Arn tenía la esperanza de que ahora pasaría mucho tiempo hasta que un caso así fuese llevado de nuevo al tribunal de Gaza.

En ese punto, Siegfried se rindió y se rió durante tanto rato que al final le dolieron las heridas que tenía en el pecho. Tuvo que admitir que seguramente se acabarían ese tipo de discordias en Gaza, del mismo modo que ese profeta probablemente puso fin a lo mismo en su propia ciudad.

—Pero lo del caballo decapitado, ¿cuál era la intención en ese caso? —prosiguió Siegfried, animado tras recuperarse de los dolores que su risa le había provocado.

—Sangre y muerte eran cosas importantes —explicó Arn con seriedad—. Un tribunal no debía ser tomado como un espectáculo, por mucho que lo fuese. Si uno de

los dos que reclamaban el caballo se hubiera derrumbado y hubiera reconocido su perjurio, su cabeza habría rodado por la arena al instante.

Y eso lo comprendía todo el mundo. Si todos esos súbditos estaban bajo la responsabilidad de los templarios, era importante gestionarla con mucha sensatez. Tenían que temer al tribunal. Pero también debían respetarlo, únicamente con temor no se llegaba a ninguna parte.

Siegfried estaba de acuerdo con eso en la teoría, como él decía. Pero seguía preguntándose a sí mismo si un comendador debía tratar a sus esclavos como si fueran cristianos, y encontraba que era un sacrilegio permitir que alguien jurase sobre la escritura de los infieles, que era un simple invento del diablo.

Arn dijo suspirando que bien podría ser así, aunque en ese caso el diablo tenía una curiosa semblanza a Jesucristo. No obstante, lo importante era otra cosa, que quien jurase ante el tribunal se tomase en serio su juramento. Porque ¿cómo se tomaría Siegfried un juramento que había sido obligado a prestar con la mano sobre el Corán?

Siegfried tuvo que reconocer que poco se preocuparía por un juramento así. Añadió tras un breve rato de reflexionar en silencio que probablemente ese tipo de espectáculos no sería posible en su propio castillo, ni en ninguno de los otros que conocía. Por otra parte, había oído hablar del asunto y además había una gran diferencia cuando se tenía a tantos súbditos infieles como aquí en Gaza, añadió de prisa como para arreglarlo. Por ejemplo, él sabía muy poco acerca de los beduinos.

Entonces Arn preguntó si quería ver a unos beduinos porque eso era justo lo que él mismo iba a hacer al día siguiente en referencia a los jóvenes fugitivos, los que habían cometido el rapto de la novia.

Siegfried opinaba que era inapropiado que Arn, como comendador, se ocupase de un asunto tan irrelevante como el apareamiento de los infieles. Pero Arn le aseguró que no era un asunto irrelevante en absoluto y que Siegfried probablemente lo vería muy claro si lo acompañaba en su visita.

Siegfried accedió entonces a acompañarlo, más que nada por curiosidad.

Al salir al día siguiente para buscar uno de los dos campamentos de beduinos, Siegfried protestó contra que cabalgasen solos, sin un único escuadrón para protegerlos. A pesar de todo, eran dos caballeros con rango de comendador y muchos sarracenos estarían encantados de regresar triunfantes junto a sus parientes con sus cabezas ensartadas en las lanzas.

Ciertamente era así, admitió Arn. Y tampoco era demasiado improbable que sus dos cabezas fuesen presentadas de ese modo un mal día, pues a los sarracenos les encantaba ver ni más ni menos que las cabezas cortadas de los templarios sobre las puntas de las lanzas, tal vez por las barbas o tal vez por algún otro motivo. Los francos seculares iban muy bien afeitados, quizá sus cabezas tuviesen menos gracia en la punta de una lanza.

Siegfried tenía serios reparos para con esta forma tan frívola de pensar. La barba

de los templarios no tenía nada que ver en el asunto; sencillamente, los templarios eran los enemigos más temidos por los sarracenos.

Arn cortó de inmediato esa discusión, pero insistió en que cabalgarían sin escolta.

Tan sólo tardaron una hora de marcha pausada en llegar al lugar al norte de Gaza donde la tribu Banu Anaza tenía su campamento de tiendas negras. Al estar al alcance de la vista, más de una veintena de hombres saltaron a sus caballos y se les acercaron al galope, gritando como salvajes y con las lanzas y las espadas en posición de ataque.

Siegfried empalideció un poco, pero al ver que Arn sacaba su espada, él hizo lo mismo.

—¿Puedes cabalgar a toda velocidad, al menos un trozo? —preguntó Arn con una expresión en el rostro que a Siegfried le pareció incomprensiblemente entretenida ante un asalto de jinetes sarracenos tan superior. Taciturno, asintió con la cabeza—, ¡entonces sígueme, hermano, pero por el amor de Dios, no ataques a ninguno de ellos! —ordenó Arn, espoleando a su caballo a galopar directamente hacia el campamento de beduinos a modo de contraataque.

Tras un breve momento de duda, Siegfried lo siguió agitando su espada por encima de la cabeza de la misma manera que Arn.

Al encontrarse con los beduinos, éstos se unieron a ellos a ambos lados, de modo que parecía como si ahora juntos, templarios y defensores, estuviesen atacando el campamento. Se acercaron a la tienda más grande, donde un hombre mayor con una larga barba gris y vestido con ropas negras los estaba esperando. Arn se detuvo justo delante del anciano, desmontó de un salto y saludó a todos a su alrededor con la espada mientras susurraba a Siegfried que hiciera lo mismo. Los jinetes beduinos cabalgaban al paso formando un gran círculo en torno a ambos y devolviendo el saludo con sus armas.

Luego Arn envainó su espada, con lo cual Siegfried hizo lo mismo y los jinetes beduinos se alejaron hacia el interior del campamento.

Arn saludó ahora al anciano con cordialidad y presentó a su hermano. Fueron invitados a entrar en la tienda, donde les sirvieron agua fresca antes de sentarse sobre montones de alfombras y almohadas de vivos colores.

Siegfried no entendió ni una palabra de la conversación que siguió entre Arn y el anciano que suponía era el jefe de los beduinos. Sin embargo le pareció entender que ambos se hablaban con un gran respeto y que repetían constantemente las palabras del otro como si hubiese que dar mil vueltas a cada frase de cortesía antes de poder continuar. Pero pronto el anciano se alteró y enfureció y Arn tuvo que hablarle sumiso y con delicadeza para conseguir tranquilizarlo. Al cabo de un rato, el anciano parecía estar reflexionando, murmurando y suspirando mientras se mesaba las barbas.

De pronto Arn se puso en pie y empezó a despedirse y pareció como si entonces fuese recibido con protestas cordiales pero insistentes. Siegfried también se levantó como para apoyar a Arn y las amables protestas, que parecían referirse a comer antes

de separarse, murieron. Se despidieron tomando al anciano de las dos manos e inclinándose ante él, algo que Siegfried hizo con cierto reparo. Pero pensó que en tierra extraña sería mejor seguir el ejemplo de su hermano Arn.

Al alejarse cabalgando se repitieron casi las mismas ceremonias que a la llegada, los guerreros beduinos cabalgaron un trecho a su lado con armas en mano, pero de repente dieron media vuelta todos a la vez y regresaron al campamento a una tremenda velocidad.

Arn y Siegfried redujeron entonces el ritmo al trote y Arn empezó a explicarle el significado de todo.

En primer lugar, uno no debía llegar sin avisar a un campamento de beduinos acompañado por un escuadrón, pues con eso se demostraba hostilidad o cobardía. Sin embargo, quien se adentraba sin protección en un campamento era un hombre valiente y de intenciones honestas. Por eso habían sido recibidos con un saludo guerrero pero amistoso.

Esos beduinos pertenecían a Gaza, al menos desde el punto de vista de los contables cristianos y los templarios. Pero en el propio mundo de los beduinos era impensable que un beduino pudiese ser el esclavo de nadie, y también se decía que los beduinos no podían estar prisioneros como otros, pues privados de la libertad fallecían. Verlos como si fueran esclavos de Gaza sería un razonamiento infantil, ya que en el mismo instante que ellos mismos sospecharan algo así, su campamento se desvanecería en los desiertos. En el mundo sarraceno, los beduinos eran el mismísimo símbolo de lo indomable y la eterna libertad.

Por consiguiente, se trataba de un pacto mutuo de seguridad y negocios. Mientras los beduinos tuviesen sus campamentos dentro de las fronteras de Gaza estarían protegidos contra todos los enemigos que había entre los sarracenos. Por tanto, Arn no dudaría en mandar a toda su caballería a la ofensiva si alguien amenazaba a los beduinos de Gaza.

A cambio, los beduinos se encargaban del tráfico de caravanas para y desde Tiberíades con azúcar y material de construcción, así como a La Meca con especias, aceites aromáticos y lapislázuli.

La tribu que acababan de visitar era la del raptor de la novia, el joven llamado Ali. Los raptos de novias podían darse cuando los jóvenes beduinos querían algo diferente que sus padres. Pero quienes habían huido, pues más que un rapto de novia se trataba de una fuga, tendrían que aceptar la situación de que serían repudiados por ambas tribus; si vivían con la del hombre, serían atacados por la tribu de la mujer y a la inversa. Era una cuestión de honor.

Por desgracia, las dos tribus eran enemigas desde tiempos ancestrales, nadie recordaba ya por qué, pero la tregua sólo duraba mientras permanecieran dentro de los límites de Gaza.

Lo que Arn le había propuesto al anciano jefe era dejar que los dos fugitivos fueran casados según la ley y que este enlace representase la paz entre todos los

beduinos de Gaza. El anciano, que era tío de Ali, había dicho que no creía en esa posibilidad, pues la rivalidad era demasiado fuerte. Pero él no se opondría a tal acuerdo de paz si la otra parte accedía a ello, cosa que sin embargo dudaba. La pequeña esperanza existía por el hecho de que ambas tribus se habían enriquecido considerablemente gracias a fijar sus campamentos dentro de las fronteras de Gaza y cerrar acuerdos con los templarios.

Siegfried permaneció un buen rato en silencio pensando en lo que había escuchado. Era fácil comprender el bien que el tráfico de caravanas hacía a los negocios de los templarios, pues cualquier transporte a través de los desiertos sería imposible sin las caravanas de los beduinos.

Y en cuanto a las economías de estos salvajes, había sido fácil observar la cantidad de armas de mamelucos y sillas de montar artísticamente decoradas que había en el campamento que acababan de visitar. Jamás habrían participado de un saqueo más beneficioso que el que hubo tras Mont Gisard.

No, suspiró Arn. Era probable que no y seguramente preferían la victoria de los templarios sobre los mamelucos más que a la inversa sólo por ese mismo motivo. Los templarios derrotados carecían de valor como prisioneros y, además, nunca llevaban nada de valor encima.

Siegfried se asombraba de cómo su hermano Arn, que era más joven y tampoco había estado muchos más años que él en Tierra Santa, pudiera haber aprendido todas estas cosas extrañas, ese ruido animal que era el idioma de los sarracenos y sus bárbaras costumbres.

Arn respondió que él siempre, desde el tiempo que de niño había pasado en el monasterio, se había interesado por adquirir nuevos conocimientos. De pequeño, en el monasterio, había buscado sobre todo el conocimiento de la filosofía y de los libros, pero de eso no había mucho en Tierra Santa. Aquí en cambio había buscado conocimientos prácticos, todo aquello que pudiese ser de provecho en la guerra y en los negocios, algo que normalmente era un mismo asunto. Y con relación a lo de los bárbaros, bromeó descaradamente, al fin y al cabo, los médicos sarracenos tampoco lo hacían tan mal, ¿verdad? Después de todo, Siegfried acabaría siendo un guerrero tan bueno tras las heridas de Mont Gisard como antes.

Siegfried abrió la boca para objetar, pero decidió callar. Tenía demasiadas cosas sobre las que reflexionar a solas antes de lanzarse a nuevos debates con el hermano más joven y, sin embargo, tan sabio.

Al día siguiente Arn fue solo a visitar a los beduinos de la tribu Banu Qays, al sur de Gaza. Tenían su campamento donde se encontraban las montañas y la enorme playa del mar, cerca del camino hacia Al Arish. Estuvo fuera un día entero pero regresó a tiempo para las completas, y durante el vino de la noche anunció las buenas noticias: firmarían la paz.

Al acercarse la primavera, el *infirmatorium* del castillo de Gaza se fue vaciando hasta que quedaron sólo dos caballeros. Uno de estos dos últimos quedaría cojo para

el resto de su vida y Arn lo puso a trabajar de herrero con el maestro de armas.

Siegfried de Turenne había vuelto a Castel Arnald unas semanas atrás, completamente recuperado por lo que se podía interpretar de sus últimos ejercicios con la espada y a caballo en Gaza.

La primavera era una temporada de preparaciones ante un período más febril, puesto que el tráfico marítimo siempre se reducía durante el invierno, cuando las tormentas se cobraban un precio demasiado alto en términos de heridos y barcos naufragados.

Arn se repartía el tiempo entre la contabilidad con el maestro pañero, los médicos árabes y sus estudios conjuntos del Corán, los ejercicios de equitación y sus caballos. Desde la partida de Siegfried de Turenne, el amado caballo árabe de Arn, *Chamsiin*, era el amigo con quien pasaba más tiempo. Posiblemente otros hermanos opinasen que en eso llegaba a niveles exagerados, pues él hablaba con su caballo, además en árabe, con tonos y gestos como si el animal lo comprendiese todo.

Lo extraño no era el amor a un buen caballo, eso era algo que cualquier templario podía comprender; lo extraño era que los caballos que eran los más sensibles a las flechas del enemigo durasen tanto como el del comendador. Era ese caballo el que montaba al acercarse al máximo a los arqueros del enemigo, cuando encabezaba la caballería ligera de los templarios, los turcópulos, contra los arqueros montados del enemigo. El caballo franco *Ardent*, con quien en absoluto tenía la misma relación personal, lo montaba en los ataques pesados de acorazados.

Con la primavera llegaron cada vez más naves a Gaza y, de vez en cuando, alguna carga con caballeros y sargentos recién reclutados. La imagen era siempre igual de lamentable cuando bajaban a tierra, pálidos y tambaleándose, tras pasar semanas en la mar; esas cargas de hombres solían venir desde tan lejos como Marsella o Montpellier.

Arn y su maestro de armas se turnaban en recibir a los sargentos o caballeros completamente nuevos, pues ahora ya casi cualquier novato podía ser admitido como hermano allá en los preceptorios, en la tierra franca, sin haber pasado un primer año de prueba como sargento. Eso significaba que les enviaban a algunos blandengues que llevaban el manto blanco y que, por tanto, debían ser tratados como hermanos de pleno derecho. Eso exigía una buena dosis de paciencia, pues muchas veces los blandengues tenían una idea de sí mismos, de su bravura y capacidad y, ante todo, una idea de para qué debían utilizar esos conocimientos que pocas veces se correspondía con la realidad.

En ese sentido, eran más fáciles de manejar los sargentos nuevos, que muchas veces eran mayores y tipos más rudos con una mayor experiencia de guerra pero que carecían de la nobleza exigida para ser caballero.

En esta primera carga de sargentos mareados que al parecer habían pasado una última semana en el mar especialmente desagradable, había dos hombres que al formar para la ceremonia de bienvenida no mostraban señal alguna de haber sido

dañados por el viaje. Ambos eran altos, uno pelirrojo con un cabello flameante, el otro rubio con una barba que le habría sentado bien a cualquiera de los templarios; los sarracenos solían temer más a los caballeros con barba rubia que a los de barba negra.

Los dos hombres estaban juntos charlando animadamente en medio de los demás compañeros agachados con las caras más o menos verdes, y estos dos despertaron de inmediato la curiosidad de Arn. Al estudiar el listado de nombres que le había entregado el comandante del barco sólo pudo adivinar un nombre que debía de ser uno de esos dos, un nombre que le despertaba débiles recuerdos del monasterio.

—Sargentos de nuestra orden, ¿quién de vosotros es Tanguy de Bretón? —bramó, y el pelirrojo se irguió al instante a modo de confirmación—. Y tú que estás a su lado, ¿cómo te llamas? —preguntó, señalando al amigo del pelirrojo, que obviamente debía de ser otra cosa que bretón.

—Mi nombre ahora es Aral d’Austin —respondió el rubio del pelo largo, no sin ciertas dificultades con su franco.

—¿Dónde está Austin? —preguntó Arn, desconcertado.

—No está, es mi otro nombre, que no poder decir en franco —respondió el rubio, titubeando con el idioma.

—Bueno, pues entonces, ¿cómo te llamas en tu propio idioma? —continuó Arn, entretenido.

—Mi nombre es Harald Øysteinsson —contestó el rubio y con eso al parecer dejó al templario de alto rango sin habla.

Arn buscaba en su memoria las palabras nórdicas que iba a pronunciar ahora, la primera vez que se encontraba con un compañero nórdico en Tierra Santa, pero las palabras no le venían a la cabeza, pues cuando no pensaba en franco le salía en latín o en árabe.

Abandonó el intento y en lugar de eso pronunció su discurso de bienvenida habitual a los recién llegados y presentó al sargento del castillo, que ahora se encargaría de solucionar el alojamiento y el registro de los nuevos. Pero al alejarse le susurró rápidamente al sargento del castillo que le enviase a ese tal Aral d’Austin al *parlatorium* cuando hubiesen terminado con lo otro.

Tras haberse cantado sexta, el noruego, a quien como a todos los noruegos le sentaba bien un pequeño paseo por el mar, fue a ver a Arn, abatido a causa del pelo recién cortado. Era evidente que no le gustaba haber perdido su abundante cabellera. Arn señaló una silla y el noruego le obedeció, aunque no con la clara rapidez de quienes llevaban mucho tiempo viviendo entre templarios.

—Dime ahora, hermano... —empezó esforzándose con las palabras nórdicas que había intentado pensar de antemano—. ¿Quién eres, quién es tu padre y a qué linaje de Noruega perteneces?

El otro se lo quedó mirando fijamente unos instantes como si no lo comprendiese hasta que se le iluminó la cara y entendió. Luego soltó una larga y triste historia acerca de su origen. Al principio Arn tuvo dificultades en seguirlo y comprender pero

pronto fue como si su viejo idioma fuese volviendo palabra a palabra, llenándole lentamente la cabeza de comprensión.

El joven Harald era hijo de Øystein Moyla, que a su vez era hijo del rey Øystein Haraldsson. Pero más de un año atrás los Birkebeinar, ése era su linaje y así se llamaban sus parientes, habían perdido una decisiva batalla en Re i Rammes, a las afueras de Tonsberg, donde el rey Øystein, el padre de Harald, había sido asesinado y entonces las cosas se habían complicado para todos los Birkebeinar. Muchos habían huido a Götaland Occidental, donde tenían amigos. Pero como hijo del rey Øystein, Harald se había dado cuenta de que no lograría escapar de los vengadores a menos que se marchase muy lejos. Y si de todos modos se veía obligado a huir de la muerte, ¿por qué no buscarla en otro lugar y morir por una causa mayor que meramente por ser el hijo de su padre?

—¿Quién es ahora rey en Götaland Occidental, lo sabes? —preguntó Arn lleno de una tensión que se esforzaba en no manifestar.

—Allí el rey desde hace tiempo es Knut Eriksson y a los Birkebeinar nos es muy cercano, al igual que su canciller el Folkung Birger Brosa. Esos dos buenos hombres son nuestros amigos más cercanos en Gotaland Occidental. Pero dime ahora, caballero, ¿quién eres tú y a qué se debe tu gran interés por mí?

—Mi nombre es Arn Magnusson y soy del linaje de los Folkung, el hermano de mi padre es Birger Brosa. Mi querido amigo desde que éramos niños es Knut Eriksson —respondió Arn con una repentina e intensa emoción que le fue difícil ocultar—. Cuando Dios te llevó en tu camino hacia nuestra hermandad, al menos te estaba dirigiendo hacia un amigo.

—Por tu modo de hablar pareces más un danés que un hombre de Götaland Occidental —observó Harald, dudoso.

—Es cierto, de niño estuve durante muchos años con los daneses en el monasterio de Vitae Schola, he olvidado cómo se llama en el idioma común. Pero puedes estar bien seguro de que lo que dije es cierto, como puedes ver, soy templario y los templarios no mentimos. ¿Pero por qué te han dado un manto negro y no uno blanco?

—Tiene algo que ver con tener un padre caballero. Se dijeron muchas cosas confusas en este asunto. Mi palabra de que mi padre no era caballero pero sí rey al parecer no sirvió de mucho.

—En tal caso se hizo una injusticia contigo en este asunto, compañero. Pero veamos la parte buena de ese error, pues yo necesito un sargento y tú necesitas un compañero en este mundo tan lejano de Noruega. Con manto negro aprenderás más y vivirás por más tiempo que si te hubiesen dado un manto blanco. Pero una cosa debes guardar en tu memoria. Aunque nosotros los Folkung y vosotros los Birkebeinar somos parientes en el norte, aquí en Tierra Santa tú eres sargento y yo comendador. Yo soy como un canciller y tú como un guardia y nunca pienses o imagines otra cosa a pesar de que tú y yo hablemos el mismo idioma.

—Ésa es la suerte de quien se ve obligado a huir de su tierra —respondió Harald,

triste—. Pero podría haber sido peor. Y si puedo elegir entre servir a un hombre de linaje franco y a un hombre del linaje de los Folkung, la decisión no es muy difícil.

—Bien dicho, compañero —dijo Arn levantándose, en señal de que la reunión había terminado.

Al acercarse el verano y con ello el tiempo para la guerra, se dedicó mucho tiempo a preparar a los sargentos y a los caballeros nuevos de Gaza. Por parte de los caballeros se trataba ante todo de hacer que se adaptasen a las tácticas de la caballería, a las señales de órdenes y a meterles en la cabeza la disciplina, que era muy severa. El caballero que por decisión propia abandonase una formación se arriesgaba, en el peor de los casos, a perder su manto blanco bajo formas deshonorosas. El único caso en que las reglas admitían tales excursiones era cuando con eso podía salvarse la vida de un cristiano. Sin embargo, era algo que había que demostrar posteriormente.

La mayor parte de los nuevos, que más que por otro motivo se habían convertido en caballeros gracias a su origen, eran en su mayoría jinetes experimentados, así que esta parte del entrenamiento era la más fácil y agradable.

Peor era tener que sudar con todos los ejercicios armas en mano, pues casi todos los blandengues eran tan poco diestros en eso que pronto morirían inútilmente a menos que entrasen en razón y comprendiesen que, entre los templarios, debían deshacerse de la idea que habían tenido hasta el momento de que eran mejores que nadie con la espada, el hacha de combate, la lanza y el escudo. Sólo con ese conocimiento sincero era posible hacer que los nuevos volvieran a aprender desde cero. Debido a esa cruda necesidad, todos los profesores mayores atacaban con dureza al principio, de modo que sus cuerpos fueron llenándose de morados y les dolían tanto cuando buscaban el descanso por las noches que desde luego se merecían el apodo de blandengues.

Harald Øysteinsson era un guerrero tan salvaje como malo. Al principio eligió una espada demasiado pesada y con ésta se lanzó con todas sus fuerzas contra Arn cual un bruto nórdico sin juicio alguno. Arn lo derribó con golpes y patadas, lo golpeó con el escudo, le sacudió los brazos y los muslos con su espada roma que, aunque no atravesase la cota de malla, dejaba morados en cada golpe.

Pero a Harald le costaba entrar en razón, pues si algo no le faltaba era valor y bravura. El problema era que luchaba como un vikingo y si seguía haciéndolo no viviría por mucho tiempo en Tierra Santa. Además era tozudo, y cuanto más castigaba Arn su cuerpo con azotes con el lado plano de la espada o su filo, tanto más se enfurecía al atacar de nuevo. Todos los demás que habían actuado de ese modo no solían tardar en ablandarse en mente y cuerpo, reflexionar y empezar a preguntarse qué estaban haciendo mal. Pero no el joven Harald.

Arn dejó que la tortura se prolongase durante una semana con la esperanza de que Harald fuese aprendiendo. Pero cuando se dio cuenta de que eso no servía de nada se vio obligado a hablar con su compañero e intentar que entrara en razón.

—¿No comprendes que acabarás muerto si no te desprendes de todo lo viejo que has aprendido y llevas en la mente y vuelves a empezar? —le imploró al salir de vísperas teniendo una hora libre antes de la cena para pasear juntos por uno de los espigones de Gaza.

—No creo que el problema sea mi arte con la espada —gruñó Harald, enojado.

—¿Ah, no? —dijo Arn, sinceramente sorprendido—. ¿Y por qué entonces te duele el cuerpo desde la tibia hasta el cuello sin que hayas logrado tocarme con tus salvajes golpes ni una sola vez?

—Porque me he enfrentado a un adversario que ni siquiera los dioses podrían vencer, contra cualquier otro hombre sería diferente. He matado a muchos hombres, así que eso es algo que tengo por seguro.

—Mientras sigas diciendo estar seguro de eso te matarán en menos de lo que te puedes imaginar —repuso Arn, escueto—. Eres demasiado lento. Las espadas de los sarracenos son más ligeras que las nuestras, igual de afiladas que las nuestras y muy rápidas. Y por lo que se refiere a mi capacidad estás equivocado. Aquí en Gaza somos cinco caballeros con el mismo nivel, pero tres de ellos me superan.

—¡No me lo creo, es imposible! —objetó Harald, acalorado.

—¡Bien! —dijo Arn—. Mañana lucharás contra Guy de Carcasonne, pasado mañana contra Sergio de Livorne y luego contra Ernesto de Navarra, que es el mejor de todos nosotros aquí en Gaza. Y si después de eso puedes mover piernas y brazos, vuelve a verme porque entonces probablemente la medicina ya te haya hecho efecto.

La medicina resultó ser muy eficaz. Tras tres días de lucha contra los mejores espadachines de Gaza, Harald era incapaz de levantar siquiera un brazo sin sentir dolor, y casi no dar un paso sin tambalearse. Ni una sola vez durante esos tres días con los mejores de los mejores había acertado un golpe, ni siquiera había estado cerca de hacerlo. Decía que era como intentar luchar en un mal sueño, una pesadilla en la que estaba atrapado.

Arn encontró para su satisfacción que finalmente había logrado quebrar la indomable mente del tozudo noruego.

Ahora podría volver a empezar. Primero llevó a Harald a la armería y eligió una espada más ligera que se adaptase mejor y procuró explicar tan amablemente como pudo que lo determinante nunca era el peso de la espada, sino cómo se adaptaba ésta a la mano que la manejaba.

Luego dejó que Harald se lamiese las heridas un par de días asistiendo como espectador mientras él mismo practicaba con Ernesto de Navarra, el mejor de todos.

Los dos hermanos guerreros luchaban a ratos en serio y luego repetían lentamente las mismas cosas de modo que aquel joven blandengue pudiese seguir sus movimientos y comprenderlos. Fue una medicina muy fuerte para Harald, pues cuando Arn y Ernesto la emprendían el uno contra el otro con plena fuerza y a plena velocidad muchas veces era difícil para el ojo seguir el vertiginoso y chispeante aluvión de golpes y paradas. Se notaba que estaban en el mismo nivel, pero también

que el hermano Ernesto era quien solía acertar más golpes.

Lo que más sorprendía a Harald era que, cuando los dos caballeros luchaban con todas sus fuerzas, los golpes resultaban tan fuertes que cualquier hombre se habría derrumbado de dolor. Pero era como si esos dos hombres pudiesen soportar cualquier cosa.

Cuando uno de ellos era golpeado, no movía ni una ceja pero retrocedía un paso y se inclinaba como a modo de cumplido, sólo para atacar al instante siguiente.

De ese modo había empezado al fin el viaje del joven Harald hacia un mundo de guerra diferente. Cuando ahora se enfrentó de nuevo a Arn pudieron practicar movimiento a movimiento, machacar cada detalle hasta que finalmente se quedase en su memoria. Y pronto Harald empezó a sentir cómo se transformaba, como si viese el primer rayo de luz de ese otro mundo donde existían las personas como Arn y Ernesto. Estaba completamente decidido a alcanzar él mismo ese mundo.

La siguiente prueba para Harald llegó cuando su señor le dijo que no sabía montar a caballo. Estaba claro que lo había hecho toda su vida al igual que todas las demás personas del norte. Pero había una gran diferencia entre montar y simplemente ir a caballo, como decía Arn Magnusson. Además, al igual que todos los habitantes del norte, Harald estaba convencido de que los caballos no eran para la lucha, que si bien se podía cabalgar hasta el lugar elegido, una vez allí había que desmontar y atar el caballo antes de agruparse en formación en cuña, y abalanzarse sobre el enemigo en el prado más cercano.

Al principio se sintió ofendido cuando Arn constató, resignado, que Harald no servía como luchador a caballo, pero que también era importante la gente de a pie. Harald tardó un tiempo en comprender que realmente era así, que la gente de a pie era tan importante para el éxito como la caballería.

Cuando luego llegaron al tiro con arco se encendió una nueva esperanza en Harald, pues nunca había conocido a nadie que lo superase como arquero, eso lo sabía todo Birkebeinar en casa y sus enemigos todavía más.

Pero al disparar contra Arn Magnusson se sintió pronto aniquilado, como si se hubiese desinflado y se apagase toda esperanza.

Arn pensó luego que tal vez había tardado demasiado en decirle al joven Harald la verdad, que había dejado que su sargento rozase la desesperación antes de dignarse alegrarle.

El joven Harald no había visto siquiera cómo sus tiros y los de Arn habían reunido tanto a caballeros como a sargentos a modo de público sigiloso que pretendía tener algo que hacer en la proximidad a pesar de que todos querían observar al nuevo sargento que disparaba casi igual de bien que el hombre a quienes incluso los turcos llamaban invencible.

—Ahora voy a contarte algo que tal vez te alegre un poco —dijo finalmente Arn cuando el quinto día de prácticas fueron a dejar sus arcos y flechas en la armería—. Realmente eres el mejor arquero que he visto llegar a Tierra Santa. ¿Dónde aprendiste

todo eso?

—Solía cazar ardillas de pequeño... —contestó Harald antes de que sus pensamientos alcanzaran las palabras y de repente se le iluminó el rostro—. ¿Dijiste que soy bueno? Pero si siempre disparas mejor que yo y todos los demás también lo hacen.

—No —dijo Arn con cara de divertido y también un poco extraño.

De repente se dirigió hacia dos hermanos caballeros que pasaban por allí y les explicó que a su joven escudero le costaba creer en su capacidad en el tiro con arco porque perdía contra su señor. Los dos se echaron a reír dándole palmadas a Harald en la espalda para animarlo y luego se alejaron riéndose todavía.

—Ahora voy a decirte la verdad —dijo Arn, satisfecho—. Con el arco no soy tan malo como a caballo o con la lanza y la espada. La verdad es que disparo mejor que todos los templarios de Tierra Santa. Te lo digo sólo porque es así, un templario no debe jactarse. Tu capacidad nos será de gran alegría y posiblemente salvará más de una vez tu vida y la de otros.

La primera oportunidad que tuvo Harald Øysteinsson de salvar la vida con el arco llegó pronto. El verano no había avanzado mucho cuando los templarios de Gaza fueron llamados desde el norte para que acudieran con todas las fuerzas, lo que significaba caballería ligera y pesada y arqueros de a pie.

Posiblemente Saladino había aprendido algo de la gran derrota en Mont Gisard. Así era como veía las derrotas, únicamente como algo de lo que aprender para la vez siguiente y en absoluto como una señal de que Dios lo hubiese abandonado ni a él ni a la *yihad*.

Aquella primavera había entrado con un ejército pequeño compuesto por sirios y egipcios por el norte de Tierra Santa, había vencido al rey Balduino IV en Banyas y luego había saqueado Galilea y el sur del Líbano y había prendido fuego a todas las cosechas que había alcanzado a quemar. Ahora en verano había vuelto con lo que se suponía era el mismo ejército. Pero ésta era una suposición errónea por parte de los cristianos que les iba a salir muy cara.

El rey había movilizado un nuevo ejército secular que, sin embargo, era demasiado débil como para enfrentarse a Saladino a solas. Por eso se había dirigido al Gran Maestre, del cual había obtenido una promesa de pleno apoyo.

Para Harald Øysteinsson siguieron diez días de dura marcha, de vez en cuando interrumpida al poder montar algún caballo de reserva disponible, por unas tierras que le eran completamente extrañas y un calor que le resultaba inhumano.

Y cuando la batalla al fin empezó fue como el Ragnarök, en un mar de rápidos jinetes sarracenos no mucho más difíciles de alcanzar con las flechas que las ardillas. Sin embargo, pronto sintió como si no tuviese mucho sentido disparar, porque por muchos enemigos que alcanzase siempre venían nuevos, ola tras ola. Harald pronto comprendió que estaba viviendo una derrota, sin embargo no sabía que era una de las peores catástrofes que jamás habían vivido tanto los templarios como el ejército

seglar en Tierra Santa.

Para Arn la derrota fue más obvia y fácil de comprender, pero tal vez por eso más amarga.

En Galilea superior, entre el río Jordán y el río Litani, fue donde los templarios entraron en liza con el ejército de Saladino. Estaban de camino a reunirse con el ejército real que, bajo la dirección de Balduino IV, estaba destruyendo una fuerza menor de saqueadores que volvían de las costas del Líbano.

Era posible que Odo de Saint Amand malinterpretara la situación, que pensase que el ejército real ya estaba en combate con la fuerza principal de Saladino y que los jinetes que ahora aparecieron ante los templarios sólo eran unos saqueadores separados del contingente principal o una hueste menor destinada a molestar o a hacer perder tiempo a los templarios.

Sin embargo resultó ser justo lo contrario. Mientras el ejército real cristiano se mantenía ocupado con una sección menor, Saladino dirigió el grueso de sus tropas dando un rodeo y pasando de largo para cortarles el paso a los templarios que venían en auxilio.

Más tarde vería claramente lo que debería haber hecho Odo de Saint Amand. Debería haberse abstenido de atacar, intentando reunir a toda costa a sus caballeros, a la infantería y a sus turcópulos con el ejército de Balduino IV. Y si eso no hubiese sido posible, debería haber intentado mantener la formación. Pero lo que en ningún caso debería haber hecho era enviar toda la caballería pesada a un único y decisivo ataque.

Sin embargo, eso fue precisamente lo que hizo y ni Arn ni ningún otro templario tuvieron jamás la ocasión de preguntarle por qué.

Arn pensó después que tal vez él mismo había tenido una mejor visión desde su elevada posición en el flanco derecho. Arn y sus ligeros arqueros a caballo se mantenían en lo alto y a un lado de la fuerza principal en avance para poder cortar el ataque de los enemigos equipados del mismo modo que ellos mismos. Desde arriba, Arn había visto claramente que se enfrentarían a un ejército infinitamente superior que llevaba las banderas del propio Saladino.

Cuando Odo de Saint Amand, abajo, formaba la caballería pesada en posición de ataque frontal, Arn primero pensó que se trataba de una estratagema, una forma de hacer dudar al enemigo y ganar tiempo para salvar a la gente de a pie. Pero grande fue su desesperación al ver cómo la bandera blanca y negra del confaloniero del Gran Maestro era alzada y bajada tres veces en señal de ataque. Permaneció como paralizado en la colina rodeado de sus jinetes turcos que, al igual que él, parecían no creer lo que veían sus ojos. La fuerza principal de los templarios cabalgaba directamente hacia la muerte.

Cuando la caballería pesada de los templarios se acercó a la caballería ligera siria, el enemigo cedía y hacía ver que se retiraba al modo habitual de los sarracenos; pronto el ataque de los caballeros se vio frenado, y con esto se encontraron atrapados

y rodeados.

Los jinetes turcos alrededor de Arn sacudían las cabezas y extendían los brazos para manifestar que, por su parte, la batalla había terminado. Si el ejército del que ellos mismos formaban parte perdía toda la caballería pesada, a los turcópulos no les quedaba otra cosa que proteger sus propias vidas. Arn se quedó pronto solo con unos pocos jinetes cristianos.

Esperó un rato para ver si algunos templarios habían sobrevivido e intentaban salir de la trampa. Cuando descubrió un grupo de diez hombres que luchaba por volver en dirección hacia la propia infantería, los caballos de reserva y la impedimenta, atacó de inmediato con los pocos hombres que todavía seguían con él. Lo único que esperaba lograr era causar un poco de confusión, de modo que los caballeros en fuga pudieran hallar protección entre la infantería y los arqueros.

Su desesperado ataque con un puñado de hombres aterrorizados contra una fuerza mil veces superior tuvo al menos el efecto de causar un momento de confusión entre los perseguidores, que pronto señalaron y gritaron su nombre desde todas las direcciones. Él mismo y su pequeño grupo se convirtieron con ello en objeto de persecución y no le costaba en absoluto comprender por qué; quien tras Mont Gisard pudiese llevar la cabeza de Al Ghouti ensartada en su lanza a Saladino a buen seguro recibiría una valiosa recompensa.

Pronto cabalgaba solo, pues los hombres que al principio le habían seguido cedieron y huyeron hacia los restos del propio ejército. Arn dio entonces un giro abrupto en sentido contrario, alejándose de los suyos y describiendo un amplio arco, y se dirigió hacia una ladera donde con toda seguridad quedaría atrapado. Cuando vio que sus hombres habían logrado ponerse a salvo, se detuvo y se rindió. De todos modos no podía llegar más lejos, las laderas que había delante de él eran demasiado empinadas.

Cuando los atacantes vieron su situación, frenaron sus caballos y se dirigieron hacia él al paso, manteniendo los arcos elevados a medias. Lo rodearon y pareció casi como si quisieran prolongar un poco la diversión.

Entonces apareció un emir de alto rango cabalgando a toda velocidad, se abrió paso entre sus propias filas, señaló a Arn y gritó varias órdenes que él no pudo entender. Acto seguido, todos los jinetes sirios y egipcios lo saludaron alzando los arcos por encima de sus cabezas antes de dar media vuelta a sus caballos y desaparecer en una nube de polvo.

Primero se quedó cavilando, preguntándose si se trataba de un milagro divino, pero la razón le decía claramente que no se trataba en absoluto de nada parecido. Era tan sencillo como que le habían perdonado la vida. Si eso tenía que ver con Saladino o con otra cosa no era fácil de saber, pero en ese preciso momento había asuntos más serios sobre los que reflexionar.

Se sacudió la calma, esa calma que lo había invadido mientras esperaba la muerte, y cabalgó de prisa hacia la parte restante del propio ejército. Casi todos los caballeros

que habían sobrevivido estaban heridos. Ahora había una veintena de caballos de reserva, otros tantos caballos de carga y un centenar de arqueros a pie. Todos los turcópulos de Arn habían huido. Luchaban por dinero, no por morir inútilmente entre cristianos sino para vencer o huir.

La derrota era grande, más de trescientos caballeros perdidos, la mayor derrota de la que Arn había oído hablar. Pero ahora se trataba de pensar con claridad y salvar lo que se pudiera salvar. Él era el de mayor rango entre los caballeros supervivientes y tomó el mando de inmediato.

Antes de salir disparados había que mantener un breve consejo y por eso reunió a tres de los hermanos menos heridos a su alrededor. La primera pregunta era por qué el ejército de Saladino no había completado el ataque, ahora que habían logrado lo que más deseaban: separar a los cristianos de a pie de su caballería. La respuesta debía de ser que iban de camino hacia el ejército del rey Balduino para aniquilarlo antes de regresar y hacer limpieza. Por tanto, no había tiempo que perder, a ser posible se trataba de intentar reunirse con el ejército del rey antes de que hubiese terminado todo.

Rápidamente retiraron todo el equipo y las provisiones de los caballos de reserva y en su lugar cargaron a los heridos. Asimismo, dejó que los sargentos mayores y los arqueros montasen en los caballos de reserva mientras los más jóvenes corrían al lado de la lamentable caballería restante que ahora se dirigía hacia el río Litani. La idea de Arn era que el ejército de Balduino podría hallarse en un aprieto y que su única salvación sería cruzar el río.

Pero el ejército del rey Balduino ya había sido derrotado y dispersado en pequeños grupos en fuga que eran alcanzados por poderosos perseguidores, uno tras otro. No obstante, el propio rey y su guardia habían logrado cruzar el río, lo cual sólo complicaba más la situación para todos los rezagados, entre ellos la sufrida y jadeante fuerza con la que llegaba Arn.

Mientras sus hombres y sus caballos intentaban cruzar el río, Arn reunió a los mejores arqueros en la orilla del río —Harald Øysteinsson era uno de ellos— para intentar mantener alejados a los arqueros a caballo y a los lanceros del enemigo mientras que a sus espaldas una desesperada y ensangrentada masa de gente a pie, caballos y caballeros heridos intentaban vadear el río.

Dispararon hasta que se les terminaron las flechas, luego tiraron las armas y los escudos y se lanzaron al río, Arn y Harald los dos últimos. Pero únicamente ellos sobrevivieron de quienes se quedaron hasta el final, debido a que ambos sabían sumergirse y dejar que la corriente los arrastrase un buen trecho por la parte central del río antes de alcanzar la orilla entre jadeos.

Sólo hubo un breve respiro al otro lado mientras intentaban poner de nuevo un poco de orden. Para la posiblemente poco apropiada alegría de Arn, apareció su caballo *Chamsiin* galopando en medio del barullo.

Jinetes e infantería de la orden de los sanjuanistas habían llegado al rescate al otro

lado del río Litani y conducían al abatido grupo de templarios hacia la fortaleza de Beaufort, que estaba a tan sólo una hora de camino. Hacia allí se dirigían también muchos de los huidos del ejército del rey.

Pronto la fortaleza estuvo rodeada por las fuerzas de Saladino, pero eso no era preocupante, pues Beaufort era una de las pocas fortalezas inexpugnables.

Los sanjuanistas no eran amigos de los templarios, Arn no sabía por qué, sólo que siempre había habido tensión entre las dos órdenes. A menudo sucedía que si los sanjuanistas participaban en una batalla, los templarios se mantenían alejados, y a la inversa. Esta vez los sanjuanistas no habían participado más que con una pequeña fuerza simbólica mientras su contingente principal se mantenía a salvo en el interior de los muros de Beaufort.

Los templarios solían dar el apodo de samaritanos negros a los sanjuanistas, lo que se refería tanto a sus camisolas negras con una cruz blanca como a que el origen de la orden era el hospital y los cuidados médicos gratuitos. Pero ahora que había muchos heridos a quienes curar no se oían insultos entre los templarios rescatados y heridos que de la forma menos voluntaria se habían convertido en invitados de la orden competidora.

La primera noche en Beaufort fue dura, con muchos heridos que curar. Aun así, desvelado, con los ojos enrojecidos e invadido por una pena infinita, a la mañana siguiente Arn se obligó a dar un paseo por los muros de la fortaleza para ver y aprender. Beaufort estaba en una posición muy alta, al oeste se veía el brillante mar, al norte el valle de Bekaa y montañas cubiertas de nieve al este. La alta ubicación de la fortaleza hacía que fuese impensable imaginar cómo un enemigo podría construir unas torres de asedio para pasar por encima de los muros. Los escarpados peñones a su alrededor hacían casi igual de imposible acercar artefactos lanzadores y catapultas. Y que el enemigo se quedase como estaba ahora a las afueras profiriendo insultos era completamente inútil. Ni siquiera un asedio muy largo tendría efecto, pues la fortaleza tenía su propio manantial y las cisternas estaban tan llenas que había que dar salida al agua por un canal artificial que llevaba hacia el oeste. Los graneros estaban siempre llenos y tenían capacidad para alimentar a quinientos hombres durante un año.

El lado negativo de los peñones escarpados era que posiblemente sería difícil sorprender a un asediante con ataques relámpago de la caballería. Ahora mismo había más de trescientos caballeros en la fortaleza y otros tantos sargentos y ése era un ejército que en terreno llano podría haber aniquilado en seguida a los bocazas que ahora rodeaban los muros. Si allí fuera supiesen el tamaño de la fuerza del interior, seguramente serían menos audaces. Pero eso era lo que tenían las fortalezas, que siempre guardaban un secreto. ¿Habría sólo veinte defensores allí dentro o mil? Más de una vez había sucedido que un enemigo superior pasaba de largo sin atacar las fortalezas por haber hecho una estimación equivocada de la fuerza de la guarnición. Y del mismo modo había sucedido lo de ahora, que el enemigo creía estar asediando

una fortaleza casi vacía, se dejaba invadir por la seguridad y luego era destrozado con la primera ofensiva.

Arn fue a cuidar de nuevo de *Chamsiin*, lo cepilló y le habló de su gran pena mientras examinaba por tercera vez cada centímetro de su cuerpo para asegurarse de que ninguna flecha hubiese ocasionado una herida oculta. Pero *Chamsiin* estaba tan intacto como su dueño, sólo con algunos rasguños, algo con lo que ambos habían aprendido a vivir.

De *Chamsiin* se fue al cuartel de los sargentos invitados, habló con los heridos y celebró un tiempo de oración. Tras los rezos se llevó a Harald Øysteinsson arriba a los muros para enseñarle cómo funcionaba una fortaleza.

Cuando caminaban a lo largo del parapeto del muro occidental descubrieron una espantosa procesión que subía hacia la fortaleza. Eran varios escuadrones de jinetes mamelucos que poco a poco iban subiendo las laderas. Cada uno de ellos llevaba una cabeza ensangrentada en la lanza y casi todas las cabezas tenían barba.

Permanecieron como petrificados, sin decir nada, sin alterarse lo más mínimo ni revelar lo que sentían, aunque a Harald Øysteinsson le resultó muy difícil, y tuvo que esforzarse mucho para actuar del mismo modo aparentemente indiferente que su canciller.

Los triunfantes mamelucos fueron colocándose fila tras fila a lo largo del muro occidental, agitando las lanzas ensangrentadas de modo que las barbas de las cabezas cortadas se movían arriba y abajo. Uno de ellos se adelantó más que los demás y alzó su voz en algo que a los oídos de Harald parecía una plegaria, una lamentación y un grito de victoria todo a la vez.

—¿Qué dice? —susurró Harald con la boca seca.

—Dice que da gracias a Dios el Todopoderoso por haber anulado la ofensa de Mont Gisard, que lo que sucedió ayer en Marj Ayyoun lo compensa de sobras, que todas nuestras cabezas acabarán también ensartadas en una lanza y otras cosas por el estilo —respondió Arn, inexpresivo.

En ese momento apareció corriendo el maestro de armas de Beaufort en el muro, acompañado por varios sanjuanistas. Gritó la orden de que no se disparase al enemigo, y los sargentos que ya estaban buscando a tientas sus arcos y ballestas bajaron las armas.

—¿Por qué no podemos disparar? —preguntó Harald—. ¿No deberían al menos morir algunos de ellos para poner fin a su jactancia?

—Sí —dijo Arn con el mismo tono inexpresivo que antes—. El que cabalga delante de todos debería morir, puedes ver por la cinta de seda azul en su brazo derecho que él es su mando y es él quien se proclama el gran vencedor, delfín de Dios y otras blasfemias. Preferiblemente debería morir, pero no hasta que hayamos cantado nona.

—¿No deberíamos vengarnos en lugar de cantar salmos? —murmuró Harald sin ocultar su impaciencia.

—Sí, eso puede parecer lo lógico —contestó Arn—. Pero ante todo no debemos precipitarnos. Como puedes ver, se han situado donde deben de pensar que están a una distancia segura de las flechas y...

—Pero yo puedo...

—¡Silencio! No debes interrumpirme, recuerda que eres sargento. Bien, yo sé que puedes alcanzarlo desde aquí; yo también puedo. Pero el fanfarrón de ahí abajo no lo sabe. Además, nosotros no decidimos aquí, en el templo de los sanjuanistas. Su maestro de armas dio la orden de que no se disparase, una sabia decisión.

—¿Por qué es tan sabio? ¿Cuánto rato vamos a tener que soportar este macabro espectáculo?

—Hasta que cantemos nona, ya te lo he dicho. Entonces el sol habrá empezado a ponerse por el oeste, tendrán el sol de frente y no verán tus flechas ni las mías hasta que sea demasiado tarde. El maestro de los sanjuanistas fue sabio porque nosotros de aquí arriba no debemos mostrarles nuestro desespero, no debemos disparar en vano y arriesgarnos a hacer el ridículo. Desde luego, no queremos alimentar su alegría. Por eso dio la orden.

Arn se dirigió junto con su sargento hacia el maestro de armas sanjuanista, que seguía arriba en los muros, lo saludó muy respetuosamente y solicitó que al atardecer los dejaran matar a algunos de los mamelucos, pero que nadie disparase hasta entonces.

Al principio el maestro de armas dio, reacio, su consentimiento, pues opinaba que por el momento el enemigo estaba demasiado lejos.

Arn se inclinó con humildad y luego solicitó que a él y a su sargento les fueran prestados arcos del almacén de armas, pues habían perdido los suyos al cruzar el río Litani, y que además lo dejaran practicar con los arcos abajo, en el patio del castillo, hasta que llegase el momento.

Tal vez fue algo de la seriedad en el modo de preguntar de Arn, o tal vez fuera la raya negra de su manto que demostraba su alto rango, pero el maestro de armas sanjuanista cambió repentinamente tanto el tono de voz como la postura cuando dio su aprobación a todo lo solicitado por Arn.

Un poco más tarde, Arn y Harald probaron los arcos en la armería, tomaron dos cada uno y una gran aljaba con flechas y salieron al patio del castillo donde colocaron dos balas de paja a modo de blanco.

Practicaron en silencio hasta hallar los arcos que mejor se les adaptaban y aprendieron a qué altura por encima del objetivo debían apuntar. Los caballeros sanjuanistas que habían ido a ver cómo sus desesperados huéspedes intentaban algo demasiado difícil fueron al principio algo altaneros en sus gestos y comentarios, pero enmudecieron en cuanto vieron de qué eran capaces el alto hermano y su sargento.

Cuando el sol alcanzó la altura adecuada al atardecer y se hubo cantado lo que había que cantar junto con los hermanos sanjuanistas en la gran iglesia de la fortaleza, Arn subió con Harald y algunos hermanos templarios a los muros y les pidió que

caminasen un par de veces por el muro. Tal como había esperado, los mantos blancos provocaron a los enemigos de abajo, que de nuevo empezaron a alzar las lanzas con las cabezas ensartadas. Retomaron los gritos y las burlas en el mismo punto donde lo habían dejado anteriormente, tras no haber recibido ni un solo disparo perdido.

Los templarios permanecieron serios y en silencio y completamente visibles en los muros, mientras el enemigo burlón se atrevía a acercarse cada vez más. Pronto los templarios pudieron reconocer a algunos de sus hermanos que ahora se hallaban en el paraíso. Siegfried de Turenne era uno de ellos. Ernesto de Navarra, el gran espadachín, también era uno de ellos.

De nuevo se adelantó el emir que más había vociferado acerca de la protección de Dios y la gran victoria en Marj Ayyoun, alzando delante de él su ensangrentado trofeo.

—Ése será nuestro primer objetivo —afirmó Arn—. Le disparamos los dos, tu alto y yo bajo. Cuando esté muerto, ya veremos qué podemos hacer con los demás.

Harald asintió con la cabeza, en silencio, mientras tensaba su arco, lo alzó, y miró de reojo a Arn, que también levantó su arco tensado. El sol les hacía parecer siluetas y la sombra de sus cuerpos ocultaba el brillo de las puntas de flecha.

—Tú primero, luego yo —ordenó Arn.

En esos momentos el emir de abajo estaba pasando de una larga retahíla de bravatas a invocar de nuevo a Dios, echó su cabeza un poco hacia atrás y cantó una oración todo lo fuerte que pudo.

Una flecha le entró por la boca y le salió por la nuca y otra le atravesó el pecho, justo donde se dividen las costillas. Cayó mudo de su caballo.

Antes de que los hombres que lo rodeaban tuvieran tiempo de comprender lo que había sucedido, otros cuatro de ellos cayeron atravesados por flechas y se creó un alboroto cuando todos intentaron retroceder simultáneamente.

Entonces un chaparrón de flechas cayó sobre ellos, pues todos los arqueros del parapeto habían recibido la orden de hacer cuanto pudiesen. Así, cayeron más de diez mamelucos por culpa de su soberbia y por su deseo de burlarse de los vencidos.

Luego Harald recibió muchos elogios tanto por parte de los templarios como de los sanjuanistas por su primera flecha, con la que había cerrado el pico al peor de los alborotadores del mejor modo imaginable. Ese flechazo viviría por mucho tiempo en la memoria de todos ellos.

Ante Arn, Harald reconoció que la flecha había ido demasiado alta, que su intención había sido dar en algún punto debajo de la barbilla. Arn dijo que no había ninguna necesidad de confesar ese error a nadie más. De cualquier modo, se podía interpretar como que Dios había dirigido la flecha a la boca del blasfemo. Con toda seguridad, se había puesto fin a las burlas de los mamelucos, eso era lo más importante. Ahora que sus hombres yacían muertos frente a los muros, a los mamelucos probablemente se les quitarían las ganas de seguir gritando.

Así fue. Los mamelucos se retiraron en espera de la oscuridad de la noche para

poder ir a recoger sus muertos. A la mañana siguiente habían desaparecido.

El comendador de los sanjuanistas en Beaufort se había abstenido, por expresa solicitud del conde Raimundo III de Trípoli, que también se hallaba entre los vencidos tras los muros, de invitar a Arn a pan y a vino tras las completas. Era bien sabido que el conde Raimundo odiaba a los templarios.

Pero cuando el comendador se enteró de cómo su hermano de rango de los templarios había acallado a los gritones de extramuros, encontró que era absurdo no invitar a Arn a cenar el pan y el vino aquella misma noche.

Arn se presentó confiado, pues sabía que el conde Raimundo era el más importante de los caballeros seculares de Outremer, pero no sabía nada del odio que el conde guardaba a los templarios.

Lo primero que experimentó cuando al anochecer entró en los aposentos del comendador, en la parte noroeste de la fortaleza, fue que el conde era el único entre los caballeros mundanales y religiosos que se negaba a saludarlo.

Cuando todos se hubieron sentado y hubieron bendecido el pan y el vino, el ambiente era tenso. Bebieron y comieron un rato en silencio, hasta que el conde Raimundo con palabras mordaces preguntó en qué habían estado pensando los locos en Marj Ayyoun.

Arn fue el único de la sala que no comprendió a quién se refería el conde con eso de locos, y pensó que la pregunta no iba dirigida a él. Pero pronto descubrió que todo el mundo lo estaba mirando en espera de una respuesta; entonces dijo, tal y como él lo había entendido, que no había comprendido la pregunta, si es que ésta iba dirigida a él.

El conde Raimundo le pidió con sarcasmo a Arn que explicase qué había sucedido con los templarios que en teoría tenían que rescatar al ejército del rey en difíciles circunstancias.

Arn explicó brevemente y sin rodeos los errores que habían conducido a los templarios a la muerte. Añadió que él lo había visto todo porque en el momento decisivo se encontraba en una colina y veía lo que su Gran Maestre lamentablemente no había podido ver al dar la última orden en su vida.

Los hermanos sanjuanistas presentes en la sala agacharon las cabezas en oración, pues podían imaginarse mejor que nadie lo que había sucedido. También ellos eran conocidos por sus a veces irracionales e intrépidos ataques.

Pero el conde Raimundo no se dejó conmover por la triste historia ni por un instante. En voz alta y sin la menor de las cortesías, empezó a describir a los templarios como locos que alternativamente conducían a todo un ejército a la muerte o vencían de un modo que mejor habría sido prescindir de ellos. Locos irracionales, amigos de la maldita secta de los asesinos, palurdos ignorantes que nada sabían de los sarracenos y cuya ignorancia podía llevar a toda la población cristiana de Outremer a la muerte.

El conde era un hombre alto y muy robusto con el pelo largo y rubio que había

empezado a encanecer. Su lenguaje era burdo y abrupto y hablaba el franco con el acento propio de los francos nativos del lugar, lo cual era conocido con el nombre de *subar*. Se decía que un *subar* era como la fruta del cactus que la palabra describía, punzante por fuera pero exquisitamente dulce por dentro. Su idioma, sin embargo, podía ser difícil de comprender para los francos recién llegados, pues tenían muchas palabras propias y muchas sarracenas.

Arn no respondió a los insultos del conde, pues no tenía la más remota idea de cómo manejar la incómoda situación en la que se hallaba. Era huésped de los sanjuanistas, pero huésped a la fuerza, y nunca había oído palabras tan agraviantes acerca de los templarios. Un templario podía recurrir a las armas en defensa de su honor, pero el Código también prohibía que cualquier templario matase o maltratase a un cristiano. El castigo era perder el manto. Así que con la espada no podría defenderse. Y tampoco con palabras.

Pero su silencio sumiso no frenó al conde Raimundo, que había perdido un hijastro en la batalla y, desesperado como todos los demás de la sala por la aplastante derrota, estaba ahora encendido por la presencia de un odioso joven templario sentado a la misma mesa.

Para derrumbar definitivamente a Arn repitió algo acerca de esas sucias bestias que no sabían ni siquiera lo que era el Corán y todavía menos comprendían a los sarracenos.

Arn tuvo entonces por fin una idea en su mente vacía, alzó su copa de vino hacia el conde Raimundo y le habló en el idioma de los sarracenos.

—En el nombre del Clemente y Misericordioso, honrado conde Raimundo, reflexiona sobre las palabras del Señor ahora cuando bebamos juntos: «Y de los frutos de las datileras y de las vides sacáis vino y alimento saludable; en eso hay una clara señal para la gente que utiliza su sentido común».

Arn apuró pausadamente su vino, dejó con cuidado la copa de cristal sirio sobre la mesa y miró al conde Raimundo sin ira pero sin ceder con la mirada.

—¿Eran realmente palabras del Corán? ¿Beber vino? —preguntó el conde Raimundo tras un largo rato de tenso silencio en la sala.

—Sí, en efecto —respondió Arn con calma—. Era del sura decimosexto, verso sesenta y siete, y es algo que merece reflexión. Es cierto que el verso anterior dice que es preferible la leche, pero aun así merece la pena reflexionar sobre ello.

El conde Raimundo permaneció en silencio un momento mirando fijamente a Arn antes de hacer de pronto una pregunta en árabe:

—¿Dónde, templario, has aprendido el idioma de los fieles? Yo lo aprendí durante diez años de cautiverio en Alepo, pero no parece que tú hayas sido prisionero, ¿verdad?

—No, sabes bien que no lo he sido —respondió Arn en el mismo idioma—. He aprendido de quienes entre los creyentes trabajan para nosotros. Hoy pudimos ver a las afueras de los muros que gente como yo, a diferencia de personas como tú, no

podemos ser hechos prisioneros. Por eso me duele, conde, que hayas hablado tan mal de mis hermanos. Ellos murieron por Dios, murieron por Tierra Santa y por el Santo Sepulcro. Pero también murieron por ti y por los tuyos.

—¿Quién es este templario? —preguntó entonces el conde Raimundo en franco. Su pregunta iba dirigida al comendador de los sanjuanistas.

—Ése, conde Raimundo —respondió éste en voz baja—, es el vencedor de Mont Gisard, donde doscientos templarios derrotaron a tres mil mamelucos. Ése es el hombre a quien los sarracenos llaman Al Ghouti. Con todos mis respetos, conde, te pido por eso que mientras seas nuestro huésped cuides mejor tu lengua.

Todos miraron ahora al conde Raimundo sin decir nada. Era el señor de Trípoli y el caballero más importante de los francos y estaba acostumbrado a mandar sobre toda mesa a la que se sentaba. El aprieto en el que ahora se había metido le era muy extraño; no obstante, era un hombre de gran experiencia en errores, tanto propios como de otros y por eso decidió arreglar cuanto antes la absurda gresca que él mismo había provocado.

—Esta noche me he comportado como un asno —dijo con un suspiro mientras sonreía—. Lo único que me salva como asno es que a diferencia de otros asnos comprendo cuándo me he equivocado. Voy a hacer ahora algo que no he hecho nunca en mi vida.

Y con esas palabras se levantó y cruzó la habitación con largas zancadas dirigiéndose hacia Arn, lo levantó y lo abrazó, y luego cayó de rodillas para pedir disculpas.

Arn enrojeció y farfulló que era incorrecto que un hombre seglar se humillase de ese modo ante un templario. Y de este modo tan curioso empezó una larga amistad entre dos hombres que en muchos aspectos estaban muy alejados, pero que estaban más cercanos a los sarracenos que otros cristianos.

Aquella noche fueron dejados pronto a solas en las tres habitaciones del comendador. El conde Raimundo se había sentado al lado de Arn y había insistido en que ellos dos hablaran únicamente árabe de modo que todos los demás se vieron excluidos de su conversación, lo cual había sido desde el principio su intención. Pero también luego, cuando fueron dejados solos, lo cual también había sido su intención, y hubo pedido más vino como si estuviese en casa en uno de sus castillos, el conde Raimundo quiso continuar la conversación en árabe. Porque, como él decía, en todas partes en Outremer había paredes con oídos y algunas de las cosas que él le explicaba serían calificadas por algunos malvados de traición.

Ahora el poder del reino de Jerusalén estaba en manos de personas con malas intenciones y eso podría llevar a la gran derrota. No una derrota como la que acababan de sufrir en Marj Ayyoun, ésa sólo era una más en una larga lista de miles de batallas que durante muchos años los sarracenos y los cristianos habían ganado y perdido más o menos por igual. El mismo Raimundo había ganado más de cien veces, pero había perdido casi otras tantas.

La peor de todos era la malvada madre del rey, Agnes de Courtenay, que ahora se había introducido en la corte en Jerusalén y en la práctica era quien gozaba de mayor poder. Sus diferentes amantes eran quienes recibían el poder, todos blandengues recién llegados y ninguno de ellos muy diferente del gallo que estaba encima del montón de estiércol, y tan sabios caballeros como él mismo. Se comportaban del mismo modo en que uno se comporta en la corte real de París o de Roma, se vestían en consecuencia y repartían su tiempo entre infames intrigas y pecados impronunciados con niños pequeños del mercado de esclavos. El último amante de Agnes de Courtenay era un petimetre que se llamaba Lusignan y él intrigaba para lograr que la hermana del rey, Sibylla, se casara con un joven hermano de Lusignan que se llamaba Guy. Un hermanito de Lusignan recién llegado podría convertirse pronto en rey de Jerusalén. Pues los días del joven leproso Balduino IV estaban contados.

Para Arn resultaban incomprensibles la mayoría de las cosas de las que se quejaba el conde Raimundo en voz cada vez más alta a medida que iba bebiendo, al tiempo que le insistía a Arn para que bebiese él también. Ése era un mundo diferente, un mundo en el que Dios no existía, en el que el Santo Sepulcro no era guardado por fieles devotos sino por conspiradores y usureros, un mundo de coitos con asnos y niños. Era como mirar hacia abajo, al infierno, tal como se decía que el Profeta, la paz lo acompañase, había hecho al subir la escalera que conducía al cielo desde la roca del Templum Domini.

Cuando el conde Raimundo al fin comprendió que estaba diciendo demasiadas cosas que el claramente infantil pero honesto joven templario no comprendía, pasó a discutir la última batalla fracasada en Marj Ayyoun.

Pronto estuvieron de acuerdo, ahora que nadie los oía, que lo decisivo no habían sido tanto los errores propios como la capacidad de Saladino. O bien Saladino había tenido una suerte extraordinaria, como los templarios en Mont Gisard, o bien lo había hecho todo con una tremenda seguridad. Había entretenido por completo al ejército seglar en una batalla insignificante, lo que le había dado espacio suficiente para enviar a su contingente principal a derrotar a los templarios. Luego había vencido con tanta facilidad y rapidez al ejército mundanal que la fuerza de rescate de Trípoli *no tuvo tiempo de llegar. Además, era probable que lo tuviese todo pensado de antemano*, porque cuando atacó anteriormente en primavera sólo había llevado un pequeño ejército, mientras que ahora había llegado con una fuerza cinco veces superior. Los cristianos no lo comprendieron hasta que fue demasiado tarde, por eso su victoria había sido completamente justa.

A pesar de que a esas alturas el vino ya se le había subido a la cabeza a Arn, éste intentó refutar la idea de una victoria justa para el enemigo, pero no se le ocurrían objeciones muy sustanciales. Después de algunas copas más, estuvo de acuerdo con esa conclusión y cambió de tema. Preguntó al conde Raimundo por qué odiaba a los templarios.

El conde Raimundo se retractó un poco diciendo que había algunos pocos templarios, entre ellos y a partir de esta noche estaba Arn, o mejor dicho, Al Ghouti, a quienes tenía aprecio. El más importante de ellos era Amoldo de Torroja, el Maestre de Jerusalén. Si Dios, para variar, se inmiscuyese por una vez en sentido positivo en los asuntos de Tierra Santa, Amoldo de Torroja debería ser el próximo Gran Maestre, pues Odo de Saint Amand o bien estaba muerto o bien prisionero, lo que en el caso de los templarios solía ser lo mismo que la muerte. Según el conde Raimundo, Amoldo de Torroja era uno de los pocos templarios de alto rango que comprendía lo único imprescindible para un futuro cristiano en Outremer: había que hacer las paces con Saladino, había que repartir Jerusalén, por muy doloroso que fuera, de modo que todos los peregrinos, incluso los judíos, tuvieran igual derecho a los santuarios de la ciudad.

Sólo había otra alternativa: guerra contra Saladino hasta que venciese en lo importante y tomase Jerusalén a la fuerza. Pero no había mucha esperanza tal y como estaba la corte real de Jerusalén, llena de intrigantes y chapuceros.

Además, los templarios, cuyo poder había que reconocer a pesar de la opinión que se tuviese de ellos, tenían otros tantos amigos especialmente inútiles y amorales. El peor de ellos era ese canalla sin remedio de Reinaldo de Châtillon, que recientemente había logrado infiltrarse en la corte y rapiñar una viuda que le otorgaba un preocupante nivel de poder. Acababa de casarse con Stéphanie de Milly y con eso no sólo había obtenido los dos castillos de Kerak y Montreal. Peor aún era que había obtenido el apoyo de los templarios, tal vez porque Stéphanie era hija del anterior, o tal vez ahora debería decirse anterior del anterior Gran Maestre.

Los granujas se amontonaban como buitres en torno a la corte de Jerusalén. Posiblemente otro granuja tan peligroso como Reinaldo de Châtillon fuese Gérard de Ridefort. Era un nombre que Arn debía recordar, un amigo de los templarios tan peligroso como los asesinos.

Llegados a este punto, el conde Raimundo hizo una digresión para explicar cómo, cuando era niño, había presenciado la muerte de su padre en manos de los asesinos en el portón de la ciudad de Trípoli y que por eso jamás había sido capaz de perdonarles esta alianza a los templarios. Arn no tuvo nada que decir al respecto y el conde Raimundo retomó el hilo de la explicación acerca del granuja de Gérard de Ridefort.

Gérard había llegado como un aventurero más entre todos los que llegaban cada otoño en barcos a Trípoli. Había entrado al servicio del conde Raimundo y al principio todo parecía ir bien. Por eso, y en un momento de debilidad, el conde Raimundo le prometió en matrimonio a la heredera más apropiada que se presentase. Hablaron de una tal Lucia, pero más tarde un mercader de Pisa le ofreció al conde Raimundo su peso en oro si lo dejaba casarse con la heredera. Y puesto que era una joven señora bastante obesa le había resultado imposible al conde Raimundo no aceptar la proposición. Pero el ingrato de Gérard se enfureció y dijo que había ofendido su honor y que en absoluto pensaba conformarse con esperar a una próxima

heredera. En lugar de eso, se unió a los templarios y juró que se vengaría del conde Raimundo.

Arn intervino con diligencia, era la primera vez en mucho rato que hablaba, diciendo que ésa debía de ser la razón más extraña que jamás había oído por la que alguien hubiera entrado a formar parte de la orden de los templarios.

Sin embargo, así prosiguió la conversación del conde Raimundo toda la noche hasta que salió el sol, que les punzó los ojos a través de los grandes ventanales en arco del lado este. La cabeza de Arn le daba vueltas, tanto por el vino como por los infinitos conocimientos del conde Raimundo acerca de todo lo que era malo en Tierra Santa.

Arn recordó que una vez, siendo muy joven, bebió demasiada cerveza en un convite y que se sintió muy mal y le dolió la cabeza al día siguiente.

Había logrado olvidar aquella condición, pero aquella mañana experimentó un severo recordatorio.

Una semana más tarde Arn bajó cabalgando solo con su sargento Harald a lo largo de la costa hacia Gaza. Habían logrado llevar a todos sus heridos de Beaufort hasta el cuartel de los templarios en San Juan de Acre, la ciudad que otros llamaban Akko o solamente Acre. Allí, Arn encargó un transporte más grande y más seguro para llevar a todos sus sargentos supervivientes y más o menos malparados a Gaza; quería poner cuanto antes a sus hombres heridos bajo los cuidados de los sarracenos. Él y Harald se adelantaron a caballo.

No hablaron mucho por el camino. Habían salido desde Gaza con una gran fuerza compuesta por cuarenta caballeros y cien sargentos. Sólo dos caballeros y cincuenta y tres sargentos volvían. Entre los hermanos que ahora estaban en el paraíso había cinco o seis de los mejores templarios que Arn conocía. Bajo esas circunstancias, no había ni alegría ni alivio por haber sobrevivido, sólo un sentimiento de incomprensible injusticia.

Harald Øysteinsson intentó bromear en alguna ocasión diciendo que, como Birkebeinar, estaba bien acostumbrado a las derrotas y aparentemente esta experiencia le iba a ser de provecho en Tierra Santa, aunque de modo muy diferente de lo que él había imaginado.

Arn no sonrió ni tampoco contestó.

El verano era tremendamente caluroso, algo que atormentaba a Harald pero no parecía afectar a Arn lo más mínimo. Arn le había enseñado a Harald cómo protegerse contra el calor al modo de los sarracenos, envolviendo la cabeza en varias capas de tela y cubriéndose con el manto fino de verano. Harald había hecho lo contrario, se había quitado la mayor cantidad de prendas posible, de modo que el sol despiadado había puesto su cota de malla al rojo vivo.

Se detuvieron en Ascalón y se alojaron en el cuartel de los templarios. Al llegar la noche se separaron, pues caballeros y sargentos no dormían nunca juntos excepto en el campo. De todos modos, Arn no pasó la noche durmiendo sino en la iglesia de

caballeros, ante la imagen de la Virgen María. No rezó por Su protección, ni tan siquiera por su propia seguridad. Le pidió que protegiera a su amada Cecilia y a su criatura, ya fuera un hijo o una hija. Pero ante todo le pidió una respuesta, le pidió la gracia de comprender, la sabiduría de distinguir entre lo falso y lo cierto, pues mucho de lo que el conde Raimundo había dicho borracho y desesperado se le había quedado grabado en la mente y no podía deshacerse de ello.

Si fue así que la Virgen María le contestó al mismo día siguiente, Su respuesta fue cruel, o como diría el conde Raimundo con una estruendosa carcajada, fue despiadadamente aclaradora para provenir de la Virgen.

Cuando no les faltaba mucho para llegar a Gaza y se acercaban al campamento de beduinos de Banu Anaza pudieron ver desde lejos que algo marchaba mal. No había guerreros que fuesen a recibirlos. Entre las negras tiendas estaban las mujeres, los niños y los ancianos rezando con las frentes apoyadas sobre la tierra. Arriba, en un monte al lado del campamento, tres guerreros francos seles se disponían a atacar.

Arn clavó las espuelas a *Chamsiin* y salió disparado hacia el campamento, levantando tras de sí una nube de polvo, y Harald tras él, rezagado. El estampido de cascos de caballo hizo que los que rezaban se encogieran todavía más de miedo, pues no podían ver quién se acercaba.

Cuando fue al paso entre las personas vestidas de negro, que desde el lomo de un caballo eran imposibles de distinguir los unos de los otros, alzaron la mirada con cuidado; entonces unas mujeres beduinas alzaron sus largos y vibrantes alaridos de bienvenida y todos se levantaron alabando a Dios por haberles enviado a Al Ghouti en el último instante.

Una mujer mayor empezó a golpear con la mano a modo de ritmo y pronto todo el campamento se unió a la celebración de bienvenida, «¡Al Ghouti, Al Ghouti, Al Ghouti!».

Encontró al anciano del campamento con la barba larga que se llamaba Ibrahim en honor al progenitor de todos los humanos, independientemente de cómo invocaran a Dios.

Arn tuvo cuidado de bajar de su caballo antes de tomar las manos del anciano para saludarlo.

—¿Qué ha sucedido, Ibrahim? —le preguntó—. ¿Dónde están todos los guerreros de Banu Anaza?, ¿qué quieren esos *franji* de ahí arriba en el monte?

—Dios es grande y te envió a ti, Al Ghouti, por eso le estoy más agradecido a él que a ti —dijo el anciano, aliviado—. Nuestros hombres están de *razzia* en el Sinaí, pues hay guerra y ninguna tregua que debamos respetar. Aquí tenemos protección y pensábamos que no necesitaríamos defensa. Pero esos *franji* llegaron desde el norte, de Ascalón, y nos han hablado y nos han dicho que recemos por última vez, si los he entendido bien.

—No puedo pedirte que los perdones porque no saben lo que hacen, ¡pero desde luego puedo espantarlos! —contestó Arn, se inclinó con cuidado ante Ibrahim, saltó

sobre *Chamsiin* y salió a gran velocidad en dirección a los tres francos del monte.

Al acercarse redujo la velocidad y los observó. Sin duda alguna, eran unos advenedizos, les quedaba mucho color y oropeles en sus camisolas y tenían yelmos nuevos que les envolvían toda la cabeza dejando sólo una fina cruz a través de la que mirar. Se retiraron ahora los cascos sin entusiasmo y no parecían demasiado contentos de ver a un cristiano.

—¿Quiénes sois vosotros tres, de dónde venís y qué significa eso? —bramó Arn en su acostumbrado tono de orden.

—¿Quién eres tú, cristiano, que vistes como un sarraceno? —preguntó el franco que estaba en medio de los tres—. Ahora mismo nos molestas en nuestra sagrada labor. Por eso te pedimos amablemente que te hagas a un lado antes de que seamos desagradables.

Arn no respondió en seguida, pues estaba rezando por la vida de aquellos tres ignorantes. Luego abrió su manto dejando a la vista la túnica blanca con la cruz bermeja.

—Soy templario —respondió, contenido—. Soy Arn de Gothia y soy el señor de Gaza. Los tres os halláis ahora en tierra de Gaza. Lo que veis ahí son beduinos que pertenecen a Gaza, nuestra propiedad. Tenéis suerte de que todos los guerreros del campamento estén fuera, haciendo negocios o trabajando para mí, de no ser así estaríais los tres muertos. Ahora repito mi pregunta: ¿Quiénes sois vosotros tres, cristianos, y de dónde venís?

Respondieron que venían de Provenza, que habían ido con su conde a Ascalón junto con muchos otros, que habían salido en su primer día a explorar la Tierra Santa y que acababan de tener la suerte de encontrar a sarracenos que pensaban enviar de inmediato al infierno. Los tres habían tomado la cruz y, por tanto, tenían ese deber según Dios.

—Será según el Santo Padre de Roma —los corrigió Arn con ironía—. Pero nosotros los templarios somos el ejército del Santo Padre, sólo lo obedecemos a él. Así que el representante más cercano de vuestro papa es el comandante de Gaza y ése soy yo. Ya es suficiente. Os doy la bienvenida a Tierra Santa, que Dios os acompañe y todo lo demás. Pero ahora os ordeno que volváis sin demora a Ascalón o a donde queráis, porque debéis abandonar el territorio de Gaza sobre el que ahora estáis.

Los tres caballeros no mostraron ninguna intención de querer obedecer. Insistieron en que tenían el sagrado deber de matar sarracenos, que pensaban iniciar su sagrada labor aquí y ahora y otras sandeces por el estilo. Evidentemente no comprendían lo que era un templario, tampoco podían interpretar por la raya negra a lo largo de la gualdrapa de *Chamsiin* que además estaban hablando con un hermano de rango elevado.

Arn intentó explicar que en ningún caso podrían llevar a cabo la que se imaginaban que era su sagrada misión de matar mujeres, niños y ancianos, pues un templario se interponía en su camino y, por tanto, se hallaban en una importante

situación de inferioridad.

Pero no comprendieron sus palabras, al contrario, decían que eran tres contra uno y que animaría un poco la lucha encontrar resistencia por parte de un adorador de sarracenos antes de completar su sagrada misión de sacrificar al pueblo.

Arn les rogó con paciencia que entraran en razón. Puesto que sólo eran tres, sería de locos atacar a un templario, y que si regresaban a Ascalón y preguntaban a la gente que llevaba más tiempo en Tierra Santa, seguramente se lo harían saber.

Pero no querían entrar en razón. Arn desistió, regresó rápidamente al campamento y colocó a *Chamsiin* frente al pueblo, sacó ostensiblemente su espada, la alzó hacia el sol tres veces, la besó e inició luego sus rezos obligatorios.

Por un lado se le acercó el viejo Ibrahim, abriéndose paso con dificultades por la arena y Harald se acercó por el otro lado a caballo. Arn explicó primero en árabe y luego en nórdico lo que podía pasar en el peor de los casos si esos tres locos de la colina no entraban en razón. Ibrahim se apresuró a retirarse mientras Harald situó su caballo al lado de Arn y sacó, intrépido, su espada.

—Debes retirarte, estás estorbando —dijo Arn en voz baja sin mirar a Harald.

—Jamás abandono a un amigo que esté en inferioridad, ¡y no vas a lograr que lo haga por muy canciller que seas! —protestó Harald con ardor.

—Te matarán de inmediato y no quiero que eso suceda —contestó Arn sin perder a los tres francos de la vista.

Los tres se habían arrodillado para rezar antes de su ofensiva, parecía que aquellos locos iban en serio. Sin embargo, Harald no hizo señal de pretender moverse.

—Te repito por última vez: debes obedecer órdenes —dijo Arn con la voz más fuerte—. Atacarán con lanzas y morirás de inmediato si te quedas aquí en medio. Ahora debes retirar tu caballo. Puedes asistirme luego si hay lucha a pie. Si encuentras un arco y flechas en alguna de las tiendas, utilízalas. ¡Pero no te permito cabalgar contra los francos!

—¡Pero si tú no tienes lanza! —objetó Harald desesperado.

—No, pero tengo a *Chamsiin* y puedo luchar como los sarracenos y no creo que esos tres lo hayan hecho nunca. ¡Así que vete y busca al menos un arco y flechas para que puedas hacer algo útil!

Arn había dado la última orden en un tono muy severo. Finalmente Harald obedeció y desapareció traqueteando hacia el campamento, a la vez que el viejo Ibrahim volvía jadeando y tropezando por la arena con un bulto entre las manos. Al llegar tuvo que recuperar el aliento un momento. Los tres francos de la colina se estaban poniendo los yelmos adornados con penachos de hermosos colores.

—Dios ciertamente es grande —jadeó el anciano mientras empezaba a desplegar su bulto—. Pero sus caminos son inescrutables para los hombres. Desde tiempos inmemoriales nosotros aquí, en Banu Anaza, hemos cuidado esta espada, precisamente la espada que el sagrado Ali ibn Abi Talib perdió cuando se convirtió

en mártir a las afueras de Kufa. Era nuestro deber pasar esta espada de padre a hijo hasta que llegase nuestro salvador, el que nos salvaría a los fieles. ¡Tú eres ese hombre, Al Ghouti! El que lucha por una causa tan sagrada con una mente tan pura como tú no será nunca derrotado con esta espada en la mano. ¡Estaba escrito que tú la recibirías!

El hombre estrechó implorante y con manos temblorosas una espada anticuada y claramente desafilada hacia Arn. No pudo, a pesar de la gravedad de la situación, evitar sonreír.

—No creo que yo sea el más indicado, mi querido amigo Ibrahim —dijo—. Y créeme, mi espada está tan santificada como la tuya y, además, me disculparás, algo más afilada.

El anciano no se rindió, seguía alzando la espada y temblando cada vez más por el esfuerzo.

Entonces una sombra cayó sobre la mente de Arn. El Código prohibía a todo templario matar o herir a un cristiano. Su propia espada había sido bendecida ante Dios en la iglesia de Varnhem, nunca podría ser alzada en pecado porque entonces, él mismo, lo había jurado, caería abatido al suelo.

Estrechó el brazo del escudo y agarró la vieja espada, la midió examinándola en su mano y pasó el dedo por su filo desgastado. Los tres francos bajaban sus lanzas y se acercaban en prieta formación a galope hacia Arn. Tenía que decidirse de inmediato.

—¡Toma, Ibrahim! —dijo, entregándole su propia espada—. ¡Hunde esta espada en la arena delante de tu tienda, reza ante la cruz que ves y yo utilizaré tu espada y veremos cuán grande es Dios!

Al instante espoleó a *Chamsiin*, que ya estaba temblando de emoción, y cabalgó directo hacia las lanzas de los tres francos. Ibrahim corrió de nuevo tropezándose por la arena hacia su tienda para hacer con la espada lo que Arn le había pedido.

Harald no encontró ningún arco por mucho que buscó y ahora estaba como paralizado ante lo que sucedía. Su canciller se precipitaba con una espada en la mano derecha hacia tres caballeros, que atacaban con sus lanzas bajadas.

En ese instante comprendió de un modo muy diferente las palabras de su canciller, que él creía desdeñosas, acerca de que ningún noruego servía para montar a caballo.

Cualquiera, incluso Harald, podía ver que el caballo de Arn Magnusson era mucho más rápido que los de los demás. Hasta el último momento realmente parecía como si Arn pensase lanzarse de cabeza contra las tres lanzas que le venían de frente. Pero al estar justo a su alcance giró de forma tan abrupta que *Chamsiin* galopaba casi tumbado en la curva y los tres caballeros se vieron frustrados. Cuando entonces frenaron y miraron a su alrededor a través de las estrechas aberturas de los yelmos, Arn ya los había rodeado y abatió al primero con un golpe en la nuca. El caballero franco se encogió de inmediato, se le cayeron la lanza y el escudo y luego él mismo

cayó lentamente, como si estuviese resbalando abúlico del caballo. Para entonces, Arn ya estaba encima del segundo caballero, que intentaba defenderse con su escudo mientras el tercero, a quien ahora le estorbaba su amigo, tenía que maniobrar para lograr un nuevo ángulo de ataque.

Arn golpeó al caballo del enemigo más cercano en el lomo, de modo que cayó paralizado al doblársele los miembros traseros, y cuando entonces el jinete perdió el equilibrio fue golpeado por la espada de Arn en la cara justo sobre la ranura de visión del yelmo. También él cayó al suelo.

Ahora sólo quedaban dos hombres a caballo, Arn y el tercer franco. Parecía como si Arn quisiese negociar con el tercero, convencerlo de que se rindiese. Pero en lugar de eso, éste volvió a bajar su lanza y atacó. Al momento su cabeza voló por los aires, todavía en su casco, y cayó con un golpe sonoro al suelo, seguido por el cuerpo, del que la sangre salía a chorros. Arn pareció muy sorprendido, detuvo el caballo y deslizó los dedos por el filo de la espada, sacudió la cabeza y se acercó al paso hacia el segundo franco, que no estaba muerto, para ayudarlo a levantarse. El jinete mareado, que tomó la mano de Arn, se levantó y con ayuda de éste se quitó el yelmo con dificultad. Tenía sangre por toda la cara pero no parecía herido de gravedad.

Arn se volvió para echar un vistazo al primer hombre que había abatido, pero entonces el hombre al que acababa de dar la espalda tomó su espada y la clavó con todas sus fuerzas en el vientre de *Chamsiin*.

El caballo se encabritó con un grito de angustia, zarandeándose en salvajes brincos, dando coces con la espada hundida hasta la empuñadura. Arn permaneció como petrificado durante unos instantes, luego corrió rápidamente hacia el bruto, que cayó de rodillas levantando las manos en señal de clemencia. Pero no hubo piedad.

Luego se hizo lo que debía. Arn fue a buscar su propia espada, hundió la espada sagrada sarracena en la faja y llamó con palabras cariñosas y tranquilizantes a *Chamsiin* que, a pesar de su angustia y los ojos en blanco, se le acercó tambaleándose con la espada franca balanceándose arriba y abajo a cada paso. Arn lo acarició, lo besó y dio luego dos pasos en diagonal hacia atrás, de repente se giró y, lleno de una desesperada furia, cortó la cabeza de *Chamsiin* con un único golpe.

Luego dejó caer, paralizado, su espada al suelo y pálido se alejó del campamento para sentarse a solas.

Mujeres y niños aparecieron de todas partes y empezaron a cavar rápidamente en la arena y a desmontar las tiendas mientras otros reunían los camellos, las cabras y los caballos. Harald no comprendía lo que estaba sucediendo y desde luego no quería molestar a su canciller, así que nada útil pudo hacer.

El anciano fue a recoger la espada de Arn de la arena, la limpió y luego se dirigió con pasos lentos pero decididos hacia él. Harald estaba seguro de que no debía entrometerse.

Cuando Ibrahim llegó junto a Arn, éste estaba sentado rígido y con la mirada ausente, la sagrada espada del islam en su mano. Ibrahim era beduino y podía

comprender la pena de Arn. Se sentó a su lado sin decir nada, si hacía falta estaba dispuesto a quedarse ahí dos días y dos noches sin decir nada. Pues según la costumbre, Arn era quien debía hablar primero.

—Ibrahim, sé que debo hablar primero —dijo Arn, atormentado—. Así es vuestra costumbre e igualmente podría haber sido mi Código, del que, sin embargo, eres felizmente ignorante. La espada que me diste es realmente especial.

—Ahora te pertenece a ti, Al Ghouti. Tú eres nuestro salvador. Estaba escrito y ahora se ha demostrado con lo sucedido.

—No, Ibrahim, no es así. ¿Tengo ahora derecho a pedirte un favor?

—Sí, Al Ghouti. Y cualquier cosa que me pidas que esté en el poder de los hombres o en el poder de todos los Banu Anaza la cumpliré al pie de la letra —susurró Ibrahim mirando al suelo.

—Toma entonces esta espada y llévasela a quien pertenece. Ve a Yussuf ibn Ayyub Salah al-Din, a quien nosotros en nuestro simple idioma llamamos solamente Saladino. Dale esta espada. Dile que así estaba escrito, que Al Ghouti lo dijo.

Ibrahim recibió la espada que Arn cuidadosamente le entregaba en silencio. Permanecieron un rato el uno al lado del otro, mirando las dunas de arena que se extendían hacia el mar. La pena de Arn era tan grande que lo rodeaba como un helor, e Ibrahim era una persona excepcionalmente apropiada para comprender la razón, al menos así pensaba. Sin embargo, sólo tenía razón a medias.

—Al Ghouti, ahora eres amigo de Banu Anaza para siempre —dijo Ibrahim tras un momento que podía haber sido breve o largo, pues para Arn casi había dejado de existir el tiempo—. El favor que me has pedido es demasiado pequeño, aunque haré que se cumpla. Déjanos hacer ahora lo que es debido. Nosotros los beduinos enterramos los caballos como *Chamsiin*. Fue un gran guerrero, casi como uno de nuestros caballos. ¡Ven!

El anciano logró sin dificultad que Arn se levantara y lo siguiese. Al llegar al campamento estaba casi todo recogido y cargado sobre los camellos. Los tres francos muertos, al igual que sus caballos, habían desaparecido en algún sitio debajo de la arena. Pero todos los niños, mujeres y viejos del campamento estaban reunidos rodeando con seriedad una tumba en la arena, y a una cierta distancia se hallaba un Harald perplejo.

Las ceremonias fueron breves para un caballo, como lo habrían sido para humanos. La creencia de los beduinos, tal como era expuesta en la oración de su jefe Ibrahim, era que ahora *Chamsiin* galoparía por toda la eternidad en campos verdes con buenos manantiales de agua. Arn rezó algo similar, aunque en murmullos, para sí mismo, pues sabía que estaba cometiendo blasfemia. Pero *Chamsiin* había sido su amigo desde la infancia y era el único por quien Arn había blasfemado en toda su vida. Tan grande era su conmoción que en esos momentos prefería la creencia de los beduinos con tanta intensidad que podía ver a *Chamsiin* galopando a toda velocidad, alzando la cola y la crin, por los verdes campos del paraíso.

Luego se dirigieron todos hacia Gaza. Tres francos de Ascalón habían muerto en el campamento de Banu Anaza. Por eso deberían levantar el nuevo campamento justo al lado de Gaza, y si eso no era lo bastante seguro, deberían trasladarse al interior de los muros.

Las mujeres y los niños de los beduinos eran igual de hábiles montando camellos y caballos y transportando todos los animales en una manada que cualquier hombre sarraceno.

Harald montaba junto al caballo prestado y un poco repropio de Arn, con el que parecía tener algunos problemas. Pero Harald no se atrevía a decirle nada a Arn en el corto viaje a Gaza. Nunca podría haberse imaginado a un hombre como Arn Magnusson llorando como un niño y se sentía muy incómodo al ver esa debilidad, especialmente al ser manifestada ante salvajes no cristianos. Pero éstos no parecían lo más mínimo sorprendidos por la infantil pena que el guerrero sentía por un caballo. Sus caras estaban como talladas en cuero, impasibles, sin gestos ni de pena ni de alegría, de miedo ni de alivio.

Eran beduinos, pero Harald no sabía mucho más acerca de ellos que cualquier hombre del norte. Al llegar a Gaza, Arn señaló en silencio un lugar donde los beduinos podrían acampar cerca de la ciudad, pero al norte, de modo que los olores de la ciudad no penetrasen en el campamento, pues el viento soplaba de poniente. Desmontó su caballo prestado y empezó a retirar los arreos y la silla de *Chamsiin*. Pero entonces Ibrahim se le acercó rápidamente, saltó con agilidad de su caballo y tomó las manos de Arn.

—Al Ghouti, amigo nuestro, ¡una cosa debes saber ahora! —empezó, jadeando—. Nuestra tribu, Banu Anaza, tiene los mejores caballos de toda Arabia, es por todos conocido. Pero nadie, ni siquiera los sultanes ni los califas, han podido jamás comprar uno de esos caballos, sólo los hemos regalado cuando hemos encontrado verdaderos motivos para hacerlo. El joven caballo que ahora has montado desde nuestro campamento apenas ha sido domado, como seguramente habrás notado. No tiene ningún amo. Estaba destinado a mi hijo, pues su sangre es la más pura, es nuestro mejor caballo. Debes tomarlo, pues lo que tú me pediste como favor es demasiado poco, aunque lo voy a hacer.

—Ibrahim, no puedes... —empezó a decir Arn pero, incapaz de seguir, agachó la cabeza y rompió a llorar. Ibrahim lo abrazó entonces como un padre por el cuello acariciándole en consuelo la nuca y la espalda.

—Sí puedo, Al Ghouti. Soy el mayor de Banu Anaza, nadie puede contradecirme. Tú no puedes contradecirme porque hasta ahora has sido mi huésped. ¡No puedes ofender a tu anfitrión rechazando su regalo!

—Eso es cierto —dijo Arn y respiró profundamente secando sus lágrimas con el dorso de la mano—. Ante los míos soy débil como una mujer y posiblemente un loco por llorar así la muerte de un caballo. Pero tú eres beduino, Ibrahim. Tú sabes que esta pena nunca pasa y sólo ante un hombre como tú puedo reconocerlo. Tu regalo es

muy grande, te estaré agradecido durante el resto de mi vida.

—También voy a darte una yegua —sonrió Ibrahim, astuto, e hizo una señal. Quien entonces se acercó con la yegua era Aisha, cuyo amor por Ali ibn Qays Arn había salvado.

Ibrahim lo había pensado muy bien. Porque según la tradición, Arn no podría en absoluto rechazar un regalo por parte de Aisha, a quien había hecho feliz con su poder y quien llevaba el nombre de la esposa más amada del Profeta, la paz acompañase su nombre.

VIII

En el plazo de unos pocos años, la vida de Cecilia Rosa en Gudhem cambió por completo. Los negocios del convento se habían visto transformados hasta tal punto que resultaban incomprensibles para la mente humana. A pesar de haber adquirido pocas tierras en esos últimos años, los ingresos de Gudhem se habían visto duplicados. Cecilia Rosa explicó una y otra vez que ese cambio sólo tenía que ver con mantenerlo todo en orden. Bueno, no sólo eso, solía reconocer cuando la madre Rikissa o alguna otra persona insistía en sus obstinadas preguntas. También se habían subido algunos precios. Un manto Folkung de Gudhem costaba tres veces más ahora que cuando se inició su administración. Pero tal y como predijo una vez el hermano Lucien, ahora los mantos se iban vendiendo a un ritmo tranquilo y constante y no como antes, que desaparecían todos en una semana. Así resultaba también más fácil planificar el trabajo y las familiares podían ir trabajando en el *vestiarium* sin necesidad de hacerlo todo de prisa y corriendo. Sólo podían comprarse las pieles necesarias para los mantos más exclusivos en primavera y en unos pocos mercados, y si se hubiese planificado mal, como se hacía antes, habrían acabado sin pieles y con demasiados encargos.

Actualmente los almacenes de pieles no quedaban nunca vacíos, el trabajo transcurría con uniformidad y, aun así, proporcionaba tanta plata que las arcas de Gudhem habrían reventado si la madre Rikissa no llega a encargar tantos trabajos de piedra a maestros picapedreros francos e ingleses. Con estas obras se hizo también visible la creciente riqueza de Gudhem para el ojo humano. Se había terminado la torre de la iglesia y ahora tenía una campana inglesa que emitía un hermoso son. También habían acabado de construirse los muros que rodeaban la parte interna del convento, así como las bóvedas que rodeaban todo el claustro.

Junto a la sacristía se habían construido dos nuevas salas en piedra que formaban una casa aparte. Aquél era el reino de Cecilia Rosa, allí reinaba entre libros y cofres de plata. En la habitación exterior había hecho construir unos estantes de madera con

cientos de casillas, donde conservaba todos los documentos de donativos en un orden estricto que, sin embargo, sólo ella controlaba. Si la madre Rikissa iba a preguntarle acerca de una u otra propiedad, su valor o arriendo, Cecilia Rosa era capaz de encontrar sin ningún problema primero la carta de donación y leer lo que decía, y luego buscar en los libros hasta que encontraba la fecha del último pago del arriendo, lo que se había pagado con un estrecho margen de error y decir cuándo iba a realizarse el próximo. Cuando los arriendos tardaban en llegar, escribía una carta que la madre Rikissa firmaba y luego lacraba con el sello de la abadesa. La carta se enviaba entonces al obispo más cercano al arrendatario remolón y pronto se enviaban lacayos diligentes a cobrar el arriendo con un sencillo recordatorio o, en el caso de ser necesario, con formas un poco más duras. Ni un pez se escurría de la red de Cecilia Rosa.

Era consciente del poder que la posición de *yconoma* le había proporcionado. La madre Rikissa podía hacer las preguntas que quisiese acerca de asuntos pequeños o importantes y tenía derecho a exigir una respuesta, pero era incapaz de tomar buenas decisiones sin hablar primero con la *yconoma*, al menos por lo que se refería a los negocios de Gudhem. Y Gudhem no podría vivir sin sus negocios.

Así que por ese motivo no le sorprendió que la madre Rikissa ya nunca la tratase con el desprecio y la crueldad del principio. Las dos habían hallado un modo de relacionarse que no importunaba ni a los negocios ni al orden divino de Gudhem.

Cuanto más segura se sentía Cecilia Rosa en la administración de la contabilidad y los ábacos, más tiempo le sobraba para otras cosas, y ese tiempo lo pasaba con Ulvhilde, cuando era temporada en las huertas y, si no, en el *vestiarium*, cosiendo y conversando a veces hasta muy avanzada la noche.

Había pasado mucho tiempo y la cuestión de la herencia de Ulvhilde no se había solucionado. En sus visitas, Cecilia Blanka había parecido un tanto esquiva y siempre respondía vagamente que todo se solucionaría pero que no se podía hacer en un santiamén. La esperanza que se había encendido en Ulvhilde parecía apagada y fue como si se conformase.

Dado que la madre Rikissa y Cecilia Rosa habían alcanzado un *modus vivendi* en el que tenían lo menos posible que ver la una con la otra, Cecilia Rosa fue cogida desprevenida cuando la madre Rikissa le pidió que fuera a sus aposentos privados para conversar acerca de un asunto «del que nunca antes habían hablado», en los términos en los que vagamente describió su solicitud.

Desde hacía un tiempo, la madre Rikissa había empezado a flagelarse y siempre dormía con el cilicio. Cecilia Rosa se había dado cuenta de ello pero no le había dado demasiada importancia; a veces las mujeres tenían ese tipo de ideas en los conventos y no era nada nuevo ni extraño.

Cuando ahora se reunieron, la madre Rikissa parecía desmadejada, como reducida. Tenía los ojos rojos por falta de sueño y no dejaba de frotarse las manos cuando casi se humilló y literalmente se inclinó ante Cecilia Rosa.

Explicó con voz débil que buscaba el perdón, tanto de la Virgen María como de aquélla con quien había sido más severa en su vida. Realmente buscaba en su corazón, dijo, aquel demonio que debía expulsar, la maldad que había hecho nido en ella en contra de su voluntad. Albergaba en eso una pequeña esperanza, pues le había parecido sentir que la Virgen iba a apiadarse de ella.

Pero la cuestión era si Cecilia Rosa podría hacerlo. La madre Rikissa estaba dispuesta a padecer todo ese tiempo que Cecilia Rosa había pasado en *carcer* y todos los golpes de flagelo que había recibido por duplicado o incluso por triplicado si con ello lograba su perdón.

Explicó que ya de joven sufrió por su fealdad, sabía muy bien que Dios no había hecho de ella la delicada doncella de las canciones de los caballeros. Su familia pertenecía a un linaje real pero su padre no era muy rico y eso había sido decisivo para la niña Rikissa, que probablemente nunca bebería la cerveza de compromiso. Nadie la tomaría por su riqueza, pues ésta resultaba insuficiente.

Su madre la había consolado diciéndole que Dios tenía una intención con todo y que quien no había sido creada para el lecho matrimonial seguramente había sido creada para una vocación mayor y que Rikissa debía aspirar al reino de Dios. A la propia Rikissa le había atraído más el reino de los humanos, montar y cazar, algo que pocas doncellas veían como su mayor deseo en la vida.

Pero puesto que su padre conocía bien al viejo rey Sverker, habían maquinado que Rikissa fuese la responsable del nuevo convento de monjas que el linaje de Sverker pensaba instaurar en Gudhem. Naturalmente, no podía objetar ni contra rey ni contra padre y al año de novicia se convirtió en abadesa, y Dios sabía bien lo inexperta y aterrorizada que se había sentido ante esa gran responsabilidad. Pues si una familia quería controlar un convento seguramente querría mantener ese convento bajo su propio poder y no dejar caer la inversión en manos del enemigo. Había un estrecho punto de paso entre el poder de la Iglesia y el poder secular porque cuando alguien se convertía en abad o abadesa resultaba casi imposible para los seculares cambiarlo si por algún motivo no se sentían satisfechos. Por tanto, había tanto poder dinástico en el mundo del convento como extramuros, aunque éste resultaba menos visible. Y por eso le había sido imposible rechazar su llamamiento, pues procedía tanto del propio linaje como de Dios.

Tal vez una parte de la severidad que había mostrado hacia Cecilia Rosa al principio pudiese explicarse con el hecho de que en aquel tiempo había guerra en el exterior y que los Folkung y los Erik golpeaban fuerte contra el bando de Sverker. Claro que había sido injusto que Cecilia Rosa, por aquel entonces joven y delicada, tuviese que cargar sobre sus hombros el yugo de una guerra, incluso en el interior de un convento donde nunca debía llegar la guerra. La madre Rikissa reconoció que había cometido una gran injusticia con ella y agachó la cabeza casi llorando.

A lo largo de toda la confesión, Cecilia Rosa sintió cosas en su interior que jamás habría imaginado que sentiría. Sintió lástima por la madre Rikissa, sintió con gran

intensidad el sufrimiento de la fea doncella cuando tanto los mozos como los hombres se reían a sus espaldas seguramente ya entonces, como más tarde hicieron la propia Cecilia Rosa, Ulvhilde y Cecilia Blanka, cuando señalaban cuánto se parecía Rikissa a una bruja. Debió de ser muy duro para la joven Rikissa, llena de las mismas esperanzas y los mismos sueños que otras doncellas de su misma edad, comprender poco a poco pero con implacable certeza que estaba condenada a llevar una vida diferente de la que ella misma había anhelado.

Y también era algo injusto, pensó Cecilia Rosa. Pues ningún hombre ni ninguna mujer podía elegir su propia apariencia. Las madres y los padres más bellos podían tener los hijos más feos y a la inversa, y fuese cual fuese la intención de Dios al crearla cual una bruja, ella no tenía la culpa.

Cuando ahora la madre Rikissa le solicitó de nuevo el perdón entre sollozos, Cecilia Rosa sintió primero que le gustaría abrazar a la desgraciada mujer y darle todo el perdón que le pedía. Pero se detuvo en el último instante e intentó imaginar cómo se lo explicaría luego a Cecilia Blanka y lo que ésta le diría. No serían palabras amables ni comprensivas.

Cecilia Rosa buscaba con desespero una salida e intentó imaginar cómo una persona sabia, como Cecilia Blanka o Birger Brosa, habría contestado. Al final halló una respuesta aceptable.

—Es triste la historia que me habéis contado, madre —empezó diciendo con cuidado—. Es cierto que habéis pecado gravemente, lo he sufrido en mi propia piel y durante largas noches de invierno. Pero Dios es bueno y conciliador y quien como vos se arrepiente de su pecado no está perdido. Mi perdón carece de importancia, mis heridas sanaron hace ya tiempo y el frío abandonó mi interior. Debéis buscar el perdón de Dios, madre. ¿Porque cómo podría yo, insignificante mujer pecadora, adelantarme a Dios en un asunto así?

—Así que no quieres perdonarme —gimió la madre Rikissa, inclinándose como en espasmos y retorciéndose de modo que chirridos y crujidos recordaron el cilicio que llevaba bajo su ropa de lana.

—Ya me gustaría, madre —contestó Cecilia Rosa, aliviada por haber tomado la decisión de escabullirse de la trampa y además haberlo conseguido—. El día que sintáis que tenéis el perdón de Dios, venid a verme y con gran alegría rezaremos juntas la acción de gracias por su misericordia.

La madre Rikissa se irguió despacio de su postura encogida y asintió pensativa con la cabeza, como si encontrase sabias o incluso buenas las palabras de Cecilia Rosa, a pesar de no recibir el perdón que había solicitado. Se secó los ojos como si allí hubiese habido lágrimas y suspiró luego profundamente y empezó a explicar algo acerca del alboroto que se había armado a raíz de la huida de la hermana Leonore y el hermano Lucien. Tanto ella como el viejo padre Henri habían recibido una dura reprimenda por parte del arzobispo por este grave pecado, de cuya responsabilidad ellos mismos no se hallaban completamente exentos.

Pero la madre Rikissa no había tenido nada que decir en su defensa pues ella no había sabido nada acerca de lo que sucedía a sus espaldas. Ahora que había pasado ya tanto tiempo, ¿no podría Cecilia Rosa apiadarse y decir cuánto de verdad había en ese asunto? ¿No sería cierto que Cecilia Rosa sabía cómo habían ido las cosas?

Cecilia Rosa sintió cómo se helaba su interior. Escudriñó a la madre Rikissa y le pareció mirar a los ojos de una serpiente porque, ¿acaso no se habían estirado las pupilas de los ojos rojos de la madre Rikissa como los ojos de una serpiente o una cabra?

—No, madre Rikissa —contestó tensa—. No tengo más conocimiento en ese asunto que vos. ¿Y cómo iba yo, una simple pecadora en penitencia, a saber algo de los quehaceres de un monje y una monja?

Se levantó y se fue sin decir nada más y sin besar antes la mano de la abadesa. Se contuvo hasta que cerró las puertas y salió al hermoso claustro, por donde ahora trepaban los rosales a lo alto y a lo largo de todos los pilares a modo de un constante saludo de la hermana Leonore. No habían llegado noticias del hermano Lucien y la hermana Leonore, lo cual eran buenas noticias, puesto que no se había oído nada acerca de condenas, penitencia ni excomunión. Seguramente ya estarían al sur del reino franco, felices el uno con el otro, con su hijo y libres de pecado.

Cecilia Rosa caminó despacio pasando junto a los rosales trepadores del claustro, oliendo las rosas rojas y acariciando las blancas sin olor y todas ellas le enviaban a su modo un saludo de parte de Leonore y la feliz tierra de Occitania. Sin embargo, Cecilia Rosa temblaba de frío a pesar de la calurosa noche de verano.

Había estado ante la mismísima serpiente y la serpiente le había hablado con la bondad de un cordero y por un momento le había hecho creer a Cecilia Rosa que la serpiente en verdad era un cordero. Qué gran desgracia y qué horribles castigos podrían haber venido a continuación si llega a confesar la verdad, embelesada por el canto de seducción, sintiendo una infantil compasión y con sus cegados ojos que por unos instantes vieron a otra persona distinta de la verdadera Rikissa.

En todo momento debería intentar pensar como un hombre poderoso, o al menos como Cecilia Blanka.

Durante los siguientes días, si hubo algo que pudo explicar mejor que nada la penitente actitud de la madre Rikissa, o más bien sus infructuosos intentos de engañar a Cecilia Rosa a delatarse como la más grave pecadora contra la paz del convento, fue el anuncio de que la reina Cecilia Blanka no iría sola en su próxima visita a Gudhem; la acompañaría el canciller Birger Brosa.

Era una noticia providencial. El canciller no era un hombre que viajase a conventos sólo para gastar su preciado tiempo hablando con una pobre penitente, por mucho que hubiese mostrado de más de una manera que Cecilia Rosa tenía su apoyo. Si el canciller iba a Gudhem era porque se estaba tramando algo importante.

También Cecilia Rosa lo intuyó al recibir la noticia. En la actualidad, a la madre Rikissa le era imposible guardarse un próximo acontecimiento así para ella misma,

pues la *yconoma* tenía que saber con antelación qué tipo de hospitalidad se esperaba de Gudhem para que pudiese enviar a sus hombres a comprar todo aquello que no se consumía habitualmente. Las normas invitaban a todo hombre y mujer que hubiera entregado su vida a Dios a que se abstuviese de comer animales cuadrúpedos. Pero para los cancilleres desde luego no existían tales reglas. Tampoco en todos los conventos. Era bien sabido que los monjes burgundos de Varnhem, bajo la supervisión del padre Henri y su más que evidente consentimiento, habían creado la mejor cocina del norte. Birger Brosa podía llegar a Varnhem sin previo anuncio y, sin embargo, recibir mejor comida que incluso en su propia mesa. Pero cuando se trataba de Gudhem era por tanto más previsor.

Las intenciones que pudiera tener Birger Brosa no preocupaban a Cecilia Rosa de antemano. No tenía nada especial que esperar sino que su largo tiempo de penitencia llegase a su fin. Antes de eso no había rey ni canciller que pudiese hacer nada por ella excepto procurar mantener a la madre Rikissa atada, si no podía ser con disciplina y reprimendas del Señor, sería con disciplina mundanal. Y a diferencia de la madre Rikissa, Cecilia Rosa tampoco tenía nada que temer por parte del canciller y la reina. Para ella sólo existía una agradable expectación ante la visita de su querida amiga Cecilia Blanka, que esta vez sería diferente de lo habitual.

El canciller llegó con un gran séquito. Estaba más o menos satisfecho porque por precaución había pasado un día y una noche en Varnhem antes de que él y la reina recorriesen el corto tramo que quedaba hasta Gudhem.

Los cascos de caballo repicaban en el suelo nuevo empedrado de extramuros, se oían el burdo idioma y peleas de hombres y el chirrido de palos y cuerdas al alzarse el campamento de tiendas que ocuparían los hombres del canciller, y la emoción en el interior de Gudhem iba en aumento con cada uno de los extraños sonidos. Cecilia Rosa que, en los tiempos que corrían, podría haber salido al *hospitium* sin pedirle permiso a la madre Rikissa, permaneció tranquila con sus libros y su pluma de oca finalizando el trabajo de contabilidad que la grandiosa visita había comportado. Le hacía sentirse bien el no salir corriendo a aquello que más la alegraba todos los años, sino terminar primero su trabajo como hacía todo buen trabajador en el viñedo. Ocio y descanso eran premios por el buen trabajo, pensó. También pensó que de esa manera viviría un día fuera de Gudhem, pues ahora había cumplido tanto tiempo de su penitencia que era capaz de ver el final de ésta y finalmente había empezado a imaginar cómo sería la vida en el futuro. Sin embargo, no había podido ver con claridad ese momento en sus sueños, pues quedaba todavía un asunto por resolver que no estaba nada claro ni era tan evidente.

Habían pasado varios años desde que llegaron noticias de Varnhem y del padre Henri acerca de Arn Magnusson. Lo único que creía saber con seguridad era que no estaba muerto, pues según le había dicho el padre Henri a Cecilia Blanka, Arn había subido tanto de rango que ahora era un templario por quien se celebrarían misas en todo el mundo cisterciense en caso de caer en la guerra santa. De modo que sabía que

estaba vivo, pero nada más.

Sin embargo, las novedades acerca de Arn fueron lo primero que Birger Brosa tenía que transmitirle cuando Cecilia Rosa salió al *hospitium*. La muchacha abrazó a Cecilia Blanka y luego se inclinó ante el canciller. No se atrevía a abrazarlo, pues sus años de clausura empezaban a dejar marcas en su personalidad de las que ni siquiera ella era consciente.

Cuando se hubieron saludado y él recibió la jarra de cerveza que había solicitado, se sentó cómodamente a la mesa, subiendo una pierna como solía, y miró con picardía a Cecilia Rosa mientras ésta se sentaba y se arreglaba la ropa.

—Bueno, querida amiga Cecilia —dijo sonriendo y alargando un poco más la espera como para atraer todavía más su atención—. Ahora tenemos, la reina y yo, muchas cosas que decirte. Algunas de gran importancia y otras no tan importantes. Pero creo que esto es lo que quieres oír primero, las últimas noticias acerca de Arn Magnusson. Ahora es uno de los grandes vencedores entre los templarios, recién ganó una gran batalla en algún lugar llamado monte Guisar, eso fue lo que dijo el padre Henri, me parece. Y no fue una batalla cualquiera, cayeron cincuenta mil sarracenos y él estuvo al mando de diez mil caballeros y cabalgó al frente. Que Dios conserve a un guerrero como ése y que nos lo manden pronto a casa, ¡ahora lo deseamos los Folkung tal vez tanto como tú, Cecilia!

Cecilia Rosa agachó de inmediato la cabeza en oración y pronto las lágrimas corrieron por sus mejillas. Birger Brosa y Cecilia Blanka intercambiaron una cálida mirada llena de intenciones.

—¿Podemos ahora pasar a otro asunto que también tiene ocupada nuestra mente? —preguntó el canciller al cabo de un rato, y esbozó su amplia y famosa sonrisa.

Cecilia Rosa asintió con la cabeza y se secó avergonzada las lágrimas pero sonriendo hacia Cecilia Blanka, como si ni con palabras ni signos silenciosos de convento tuviese que explicar nada de la felicidad que la noticia de Varnhem había significado para ella.

—Bueno, pues, pensaba hablarte acerca de Ulvhilde Emundsdotter, ya que ese asunto no fue fácil —prosiguió el canciller al ver que Cecilia Rosa se había tranquilizado lo suficiente.

Luego explicó tranquilamente, paso por paso y de buenas maneras, cómo habían ido surgiendo diferentes dificultades y qué había intentado hacer para solucionarlas.

Lo primero y más importante era decir que era cierto que Ulvhilde tenía la ley de Götaland Occidental de su lado. Tres hombres de leyes decían estar de acuerdo en ello. Ulfshem había sido el hogar de su niñez, su madre y sus hermanos habían sido asesinados. Realmente era la heredera legítima de Ulfshem.

Sin embargo, el asunto no había sido tan fácil. El rey Knut Eriksson no había sido para nada amigo de su padre Emund. Todo lo contrario, al surgir el asunto de la herencia había dicho con firmeza que si pudiese matar a Emund una vez al día como ese cerdo de los cuentos que siempre resucitaba se alegraría enormemente. Emund

era un asesino real o incluso algo peor, pues había matado de forma cobarde y vergonzosa a San Erik, el padre del rey Knut. ¿Por qué, entonces, había dicho el rey Knut, iba a sentir la menor piedad por la descendencia del repugnante Emund?

Porque la ley lo exigía, había intentado explicarle entonces Birger Brosa. La ley estaba por encima de cualquier otro poder, la ley era la base sobre la que debía construirse un país y ningún rey debería poder decir lo contrario.

Sin embargo, las dificultades no acababan con la obstinación del rey. Ulfshem había sido quemada hasta los cimientos. Luego había sido regalada a los Folkung, que habían servido bien en la victoria de los Campos de Sangre. De modo que en Ulfshem vivían ahora Sigurd Folkesson y sus dos hijos solteros. Su madre había muerto en el parto y, por algún motivo, él nunca había vuelto a meterse en un nuevo lecho conyugal.

Esos Folkung podían reivindicar que habían recibido Ulfshem como regalo del rey y que lo habían reconstruido todo desde los cimientos.

Aquí, para su sorpresa, el canciller se vio interrumpido por Cecilia Rosa, que señaló de modo casi impertinente que la tierra valía mucho más que unas casas, que además los cimientos de piedra eran más valiosos que la construcción de madera, si es que se había construido de la manera nueva, pero seguro que se hizo así, pues se había quemado todo y algo tuvo que ser construido sobre los cimientos.

El canciller frunció un poco el ceño al ser corregido de ese modo, pero como la única testigo era la reina, lo pasó por alto y en lugar de enfadarse elogió a Cecilia Rosa por su buen olfato para los negocios.

Fuera como fuese, al asunto se le había dado mil vueltas y ahora parecía haber más de una salida de esta madriguera. La plata era una de ellas. Otra era el matrimonio. Pues si Ulvhilde acordaba comprometerse con alguno de los hijos de Sigurd, nada impediría que se quedase con más de la mitad de la propiedad, puesto que algo tendría que dejar como dote.

Al llegar a este punto, pareció que Cecilia Rosa fuese a interrumpir de nuevo al canciller, pero al final se detuvo.

La otra posibilidad, continuó el canciller mientras con una sonrisa alzaba el dedo índice para no ser interrumpido de nuevo, era comprar la parte de los Folkung de Ulfshem. Esos últimos años Birger Brosa había ido dos veces de cruzada al otro lado del mar Báltico. Una vez, él y sus hombres se vieron sorprendidos por un contraataque. Se habían visto muy apurados y por unos momentos la situación parecía muy negra. En ese momento Birger Brosa prometió a Dios que construiría tres iglesias si los salvaba de ese apuro. Cuando las cosas siguieron con mal aspecto añadió que además de las iglesias podría encargarse de resolver el problema de la pequeña Ulvhilde. Entonces la suerte de la batalla cambió por completo.

Las iglesias ya estaban construidas pero la deuda con Dios no estaba del todo saldada, de modo que ahora se arreglaría la vida de Ulvhilde de un modo u otro. La pregunta sólo era cómo hacerlo. Y seguramente Cecilia Rosa podría comprender que

él y Cecilia Blanka debían mantener esta conversación en ausencia de Ulvhilde y sólo por ese motivo no se le había pedido aún que saliese al *hospitium*.

Ahora querían saber la opinión de Cecilia Rosa y, si podían llegar a algún acuerdo razonable, sólo sería cuestión de mandar llamar a Ulvhilde. Así que, para acabar, ¿cuál era la opinión de Cecilia Rosa? Ella era quien mejor conocía a Ulvhilde. ¿Habría que recurrir a la opción más costosa, comprar la parte de los Folkung, o se podría arreglar el asunto del modo más sencillo casándola en el linaje de los Folkung?

Cecilia Rosa opinaba que esa cuestión no podría resolverse así de golpe. En un mundo mejor, donde todos los allegados y queridos de Ulvhilde no hubiesen sido asesinados en una guerra, ella tendría todavía un padre que la habría casado ya tiempo atrás según mejor le hubiera convenido a él, probablemente con alguno de los parientes de los cancilleres Kol y Boleslav. Pero tal como estaban ahora las cosas, Ulvhilde estaba libre de ese tipo de obligaciones. Cierto era que se conformaría con cualquier cosa que le propusieran sus dos únicas amigas y el canciller, pero obligar a Ulvhilde a apresurarse en entrar en el lecho conyugal podría comportarle tanto desgracia como felicidad.

Lo mejor sería, dijo Cecilia Rosa al cabo de un rato de reflexión, que Ulvhilde sencillamente volviese a la finca y a la tierra de su propiedad sin promesas de compromiso. El Folkung Sigurd y sus dos hijos podrían quedarse para ayudar a Ulvhilde a aprender a ser ama de casa mientras Birger Brosa arreglaba el asunto de las fincas nuevas, porque seguramente no resultaría fácil para alguien que llevaba viviendo la mayor parte de su vida entre cánticos, huertos y costura.

Birger Brosa murmuró que ésa sería la solución más costosa en el caso de que ninguno de los hijos de Sigurd le cayese en gracia a Ulvhilde. Las dos Cecílias le reprocharon de inmediato que en primer lugar se lo había prometido a Dios sin ningún tipo de reservas por lo que se refería a los gastos, y que en segundo lugar se había enriquecido mucho con sus cruzadas en el este. Él no se enfadó al oír esas palabras del modo que lo habría hecho al recibirlas en compañía masculina. Y tras un momento de silencio, dio su consentimiento y pidió a Cecilia Rosa que entrase en la clausura a buscar a Ulvhilde.

Cuando estaba saliendo, Cecilia Blanka le recordó que ésa sería la última vez que Ulvhilde saldría por el portón de Gudhem, pues dentro de un día o dos se la llevarían en su viaje hacia el norte del país. Así que si había algún manto de los Sverker apropiado sería mejor traerlo ahora, añadió. El canciller no tendría ningún problema en pagar ese regalo. Y si se resistía a ese pequeño gasto, ella misma lo pagaría. Cecilia Blanka y Birger Brosa se rieron ambos con ese comentario.

Cecilia Rosa se apresuró a entrar tras los muros con las mejillas ardiendo y el corazón palpitando y fue derecha al *vestiarium*, donde a esas horas esperaba encontrar a Ulvhilde. Pero no estaba allí. Cecilia Rosa buscó rápidamente un hermoso manto de los Sverker rojo carmesí con el grifo bordado en hilos de oro y de seda en la

espalda, lo dobló y siguió corriendo a buscar a Ulvhilde.

De repente la llenaba una gran preocupación. Y guiada por esta preocupación no buscó en los sitios donde habitualmente buscaría, sino que fue directamente a los aposentos de la madre Rikissa y allí las encontró a ambas, arrodilladas y llorando. La madre Rikissa abrazaba a Ulvhilde, que temblaba, sollozando. Lo que Cecilia Rosa había temido estaba sucediendo o, en el peor de los casos, acababa de suceder, a pesar de haber advertido a Ulvhilde.

—¡Ulvhilde, no te dejes engañar! —gritó mientras corría hacia ellas y arrancaba con brusquedad a Ulvhilde de las garras de la madre Rikissa, la abrazó y le acarició la espalda, que temblaba, mientras intentaba aguantar el manto rojo.

La madre Rikissa se levantó siseando con los ojos enrojecidos, echando chispas y gritando salvajemente que nadie tenía derecho a interrumpir la confesión y que algunas cosas se habían dicho pero que otras quedaban por aclarar. Intentó agarrar los brazos de Ulvhilde para atraerla de nuevo hacia sí.

Pero con una fuerza que le era desconocida, Cecilia Rosa separó a su amiga de la bruja y extendió el manto rojo a modo de protección entre ellas. Ambas se quedaron paradas y sorprendidas ante la gran tela de color rojo carmesí.

Cecilia Rosa aprovechó para colocar de prisa el manto de Sverker sobre los hombros de Ulvhilde, como si fuera un escudo de hierro que la protegiera contra la maldad de la madre Rikissa.

—¡Debéis calmaros, Rikissa! —dijo con una fuerza que nunca habría creído tener en circunstancias normales—. ¡Ésta ya no es vuestra sierva, la pobre doncella Ulvhilde entre familiares sin plata ni linaje, ésta es ahora Ulvhilde de Ulfshem, y gracias a Dios, vosotras dos nunca volveréis a veros!

Aprovechando la repentina calma que se apoderó de Ulvhilde y de la madre Rikissa y sin ningún tipo de despedida, Cecilia Rosa se llevó a su amiga a rastras fuera de las habitaciones de la madre Rikissa, cruzaron el corto tramo del claustro y rápidamente salieron por el gran portón.

Una vez fuera se detuvieron unos instantes bajo el grabado en piedra de Adán y Eva expulsados del paraíso, jadeando como si hubieran estado corriendo durante un buen rato.

—Te lo advertí una y otra vez, te conté cómo la serpiente podía convertirse en cordero —dijo al final Cecilia Rosa.

—¡Me... pareció... tan... desgraciada! —sollozó Ulvhilde.

—Tal vez porque es desgraciada, pero eso no elimina su maldad. ¿Qué le dijiste? ¿No confesarías, verdad? —preguntó Cecilia con cuidado y preocupada.

—Me hizo llorar por su desgracia, me hizo perdonarla —susurró Ulvhilde.

—¡Y luego ibas a confesar!

—Sí, luego quería mi confesión pero entonces entraste tú como enviada por la Virgen. Perdóname, querida, estuve muy cerca de cometer una gran estupidez —contestó Ulvhilde, avergonzada y mirando al suelo.

—Creo que tienes razón, creo que la Virgen me envió por piedad en el momento preciso. El manto que ahora llevas te habría sido arrancado de inmediato y te habrías quedado para siempre a marchitarte dentro de Gudhem si llegas a contarle la verdad acerca de la hermana Leonore. ¡Ahora recemos y démosle las gracias a Nuestra Señora!

Las dos cayeron de rodillas a la salida del portón del convento, por donde Ulvhilde acababa de salir por última vez. Ulvhilde había estado a punto de empezar a preguntar, pues era como si ahora de pronto hubiese recuperado la razón y comprendió el tesoro que Cecilia Rosa había colgado sobre sus hombros. Pero rezaron largamente en un profundo y sincero agradecimiento rogándole a la Virgen María el perdón de sus pecados, los pecados que casi habían supuesto su perdición y que podrían haber arrastrado a la reina en su caída. Para el resto de su vida estarían convencidas de que la Virgen María envió una maravillosa salvación en el último instante. La bruja realmente había hechizado a Ulvhilde y casi la había convencido de introducir su cabeza en la soga.

Pero cuando se pusieron en pie, se abrazaron y se besaron, Ulvhilde recuperó la razón, acarició la tela roja y sin usar palabras preguntó su significado.

Cecilia Rosa le explicó que había llegado la hora de que Ulvhilde regresara a su hogar y que el manto era un regalo del canciller o de la reina, pero que no era la única propiedad de Ulvhilde, pues ahora ella era la única propietaria de Ulfshem.

Mientras caminaban bajo un devoto silencio desde el portón de Gudhem hasta el *hospitium*, donde esperaban sus benefactores, Ulvhilde forzó su mente para intentar comprender lo que acababa de suceder.

Hacía un rato no poseía más que las ropas que llevaba puestas y tan siquiera eso. Las ropas en las que llegó una vez a Gudhem eran ropas de niña, hacía tiempo que se le quedaron pequeñas y seguramente habían desaparecido o habían sido vendidas. No tuvo, por tanto, que recoger ningún objeto personal antes de salir por el portón de Gudhem.

El paso al valioso manto rojo y a convertirse en ama de Ulfshem era imposible de comprender sin más tiempo de reflexión.

Por tanto, Cecilia Rosa y Ulvhilde parecían mucho más precavidas de lo que esperaban sus benefactores al entrar ambas en la sala de banquetes del *hospitium*, donde los asadores y los cerveceros ya habían empezado a trabajar. El canciller que con una mirada picara se había puesto en pie de un salto para recibir con una profunda reverencia a la nueva ama de Ulfshem, vio de inmediato que algo no estaba en orden.

Por eso su fiesta tuvo un curioso inicio, en el que Cecilia Rosa y Ulvhilde explicaron el último y furioso intento de la madre Rikissa de hacerlos desaparecer a todos de este mundo. El canciller escuchó ahora por primera vez la historia de cómo las tres conspiradoras habían ayudado al monje y a la monja fugitivos. Primero quedó pensativo, pues sin ser el más ilustrado en las normas de la Iglesia, comprendía muy

bien que la felicidad y el futuro bienestar de todos había pendido de un hilo muy fino. Pero dijo decidido que el peligro ya había pasado. Porque si lo analizaban con detenimiento, algo que el asunto se merecía, ellos cuatro eran los únicos que conocían la verdad acerca de los fugitivos del convento. La reina y Cecilia Rosa guardarían bien el secreto. Lo mismo haría Ulvhilde, especialmente si se casaba en el linaje de los Folkung —en este punto, las dos Cecílias lo miraron con severidad—, especialmente si se preocupaba por la paz y la felicidad de sus amigas, dijo entonces apresurándose a modificar sus palabras. Y él, por su parte, añadió con una sonrisa exagerada, no tenía ninguna intención de lanzar al país de nuevo a la guerra y al desastre por culpa de un monje fugitivo.

Pues ésa había sido la intención de la madre Rikissa, explicó luego con más seriedad. Para ella se trataba de mucho más que de vengarse de dos doncellas que la habían desobedecido. Debían recordar que había sido ella quien una vez casi había logrado que excomulgasen a Arn Magnusson, y que éste le había provocado muchos enredos a Knut Eriksson, que por aquel entonces todavía no había sido reconocido por todos como rey. Y si Rikissa, como ahora era su intención, lograba hacer que excomulgaran a la reina Cecilia Blanka por una fuga en un convento, pues había participado del delito al pagarlo, sus hijos con Knut no heredarían la corona y estarían de nuevo cerca de la guerra. Así era como había pensado Rikissa. Si hubiera llegado a conseguirlo, habría tenido motivos para alegrarse durante el resto de su vida en la tierra, antes de ir al infierno, pues seguro que era allí donde terminaría su viaje algún día.

Por tanto había ahora un doble motivo para celebrar un banquete de alegría, prosiguió Birger Brosa con los ánimos renovados y todavía más alegre, y bebió con cortesía en honor de las tres muchachas.

Su pequeño banquete se fue animando despacio a medida que fueron comiendo y bebiendo y pronto empezaron a bromear acerca de la pobre dieta habitual de Cecilia Rosa y Ulvhilde que, sin embargo, las había conservado jóvenes y sanas, mientras la dieta de la libertad y la riqueza seguramente tenía peores efectos sobre quien deseaba vivir por mucho tiempo. Comieron hasta hartarse de ternera y cordero y probaron un poco de vino, aunque bebieron casi sólo cerveza, de la que parecía haber una cantidad ilimitada.

Las dos Cecílias y Ulvhilde terminaron, como era de esperar, mucho antes que Birger Brosa, que al igual que muchos Folkung era conocido por su gran apetito. Su abuelo había sido Folke el Gordo, el poderoso canciller.

Posiblemente Birger Brosa abandonó los entremeses, los nabos y las judías dulces mucho antes de lo que lo habría hecho en compañía de hombres, puesto que se sentía algo extraño comiendo solo mientras las tres mujeres lo miraban con cada vez mayor impaciencia. A pesar de todo, era con la cerveza de después con la que se solía conversar mejor, al menos hasta emborracharse. Y esta vez Birger Brosa guardaba más asuntos en su morral.

Cuando notó que las dos Cecilias y Ulvhilde habían empezado a hablar en su idioma silencioso y de vez en cuando parecían reírse de él, apartó la comida, volvió a servirse cerveza, enfundó la navaja en el cinturón, se limpió la boca, se sentó encima de una pierna y apoyó como acostumbraba a hacer la jarra de cerveza sobre la rodilla doblada. Tenía más cosas que contar que seguramente podrían parecer importantes, explicó solemne, y bebió un gran trago mientras esperaba a que se hiciera el silencio que sabía que obtendría con sus palabras.

Empezó por decir que el hecho de que los Sverker controlasen todos los monasterios, y hasta el momento todos los conventos de monjas del país, les había causado grandes disgustos.

No se podía seguir manteniendo un orden así, pues creaba discordia y podía resultar muy desagradable para algunos que, como en el caso de las dos Cecilias y de Ulvhilde, lo habían experimentado en su propia piel. Por eso había costado un nuevo convento que pronto sería inaugurado. Se llamaba Riseberga y estaba en el bosque del Norte, al noreste de Arnäs, en la oscura tierra de Svealand. Pero eso no debía causarles problemas, se apresuró a añadir al ver las caras de desagrado de las mujeres al oír la palabra Svealand. Bajo el mandato del rey Knut, estaban camino de convertirse en un único reino. Se trataba de establecer lazos comerciales, casarse los unos con los otros y, si era necesario, unirse a través de los hábitos antes que con las armas, pues esto último llevaba intentándose sin éxito desde tiempos ancestrales.

Pronto el convento de Riseberga sería consagrado y podría empezar a funcionar en serio. Pero faltaban dos cosas. Lo primero era una abadesa del linaje de los Erik o de los Folkung y en estos momentos se estaba hurgando en todos los rincones del reino para hallar una monja apropiada. Si eso no fuese posible, habría que tomar una novicia, pero era preferible que la abadesa fuera una monja preparada, alguien que estuviera familiarizada con todo lo que se hacía en un convento.

Lo segundo que faltaba era un buen *yconomus*. A Birger Brosa le habían llegado noticias de todas partes acerca de que los negocios de Gudhem eran los que mejor se administraban entre todos los conventos de monjas del reino, y quien manejaba estos negocios, por difícil que fuese creerlo, no era un hombre.

Aquí fue interrumpido por dos Cecilias indignadas, de las que una decía que hacía mucho tiempo que ella misma le había transmitido ese conocimiento a su canciller, y la otra que el anterior *yconomus* de Gudhem ciertamente había sido un hombre pero todavía más un inútil.

Birger Brosa se ocultó detrás de su jarra de cerveza, fingiéndose asustado, y luego explicó con una encantadora alegría que era muy consciente de todo eso, que había sido sólo una broma. Pero volviendo a los asuntos serios, deseaba que Cecilia Rosa se ocupara del trabajo de *yconomus* en su convento de Riseberga. *Yconomus*, lo corrigió Cecilia Rosa, haciéndose la ofendida.

El problema era, prosiguió Birger Brosa con más seriedad, que tardaría un tiempo en poder ir a buscar a Cecilia Rosa y llevarla a Riseberga. Primero el arzobispo debía

sellar unas cuantas cartas y por eso era inevitable tardar un tiempo. Mientras tanto, Cecilia Rosa se quedaría sola con Rikissa en Gudhem, sin amigas ni testigos, y esa idea era un tanto preocupante.

En eso estuvo de acuerdo Cecilia Rosa. Si la madre Rikissa comprendía que pronto se vería obligada a llevar ella misma los negocios de Gudhem, sería capaz de cualquier cosa. La maldad de esa mujer no tenía límites.

Pero si no sospechaba lo que se estaba tramando, el deseo de hacer negocios pesaría más que el deseo de volver a recurrir al cilicio, a las confesiones y a las falsas lágrimas. Especialmente ahora, justo después de unos intentos fallidos. Probablemente ahora debía de estar metida en su cama, sin cilicio, consumida por el odio.

Ulvhilde dijo con gran gravedad que la madre Rikissa empleaba brujería, que podía hacer que una persona perdiese la razón y confesase cualquier cosa como si fuese la voluntad de Dios y no la del diablo. Nadie se hallaba seguro ante tal brujería, ella misma lo había experimentado cuando a pesar de todas sus intenciones había estado cerca de ceder ante la vil persuasión de la abadesa.

Entonces Cecilia Blanka la interrumpió diciendo que eso era fácil de resolver. Lo que Cecilia Rosa debía hacer era dejar pasar unos días y luego ir a hablar con Rikissa en privado y fingir perdonarla, rezar con ella unas cuantas veces y agradecer a Dios por haber perdonado Él también a su abadesa pecaminosa.

Eso significaría mentir y ser hipócrita ante Dios, pero Dios no era tonto y vería lo necesario de este sacrificio. Además, Cecilia Rosa siempre podría rogarle su perdón una vez estuviera en Riseberga.

Además, prosiguió Cecilia Blanka, Birger Brosa tendría que procurar mantener sus planes de *yconoma* para Riseberga en secreto, incluso acordar otro nombre, hacer correr rumores falsos acerca del asunto. Cualquier cosa estaba permitida en la lucha contra el diablo.

Luego, un buen día y tras tantas cortinas de humo, llegaría una caravana a Gudhem y se llevarían a Cecilia Rosa sin previo aviso. Cecilia Rosa podría salir entonces tranquilamente por el portón, del mismo modo que lo hicieron un día ella misma y Ulvhilde, sin siquiera despedirse. Y ahí se quedaría la bruja con un palmo de narices.

Todos consideraron buena la propuesta de Cecilia Blanka. Así se haría y seguramente ésa era también la voluntad de Dios. ¿Pues por qué motivo querría Él castigar más a Cecilia Rosa y por qué desearía ayudar a Rikissa en su crueldad?

No era Dios quien ayudaba a la madre Rikissa sino otro, dijo Cecilia Rosa, pensativa. Aun así, rogaría por la protección de la Virgen todas las noches, ya que si la Virgen la había protegido a ella y a su amado Arn durante tantos años, ¿acaso eso no era señal de que se tomaba en serio su protección?

La joven Ulvhilde Emundsdotter salió cabalgando de Gudhem camino de su nueva vida en libertad justo antes de la misa de San Olof. Era el tiempo que

transcurría entre la antigua y la nueva cosecha, cuando los graneros y los cobertizos estaban vacíos pero la siega ya estaba en marcha.

Cabalgaba junto a la reina, al frente y justo detrás del canciller y de quienes cabalgaban delante llevando los estandartes con el león de los Folkung y las tres coronas. Justo detrás de la reina y de Ulvhilde seguía una fuerte escolta de más de treinta jinetes que en su mayoría vestían colores azules, aunque Ulvhilde no era la única con un manto rojo.

Allí por donde pasaba la comitiva en su camino hacia Skara se interrumpía el trabajo en los campos y las praderas, y hombres y mujeres se acercaban al camino, se arrodillaban y pedían que Dios salvase la paz, al canciller y a la reina Cecilia Blanka.

Ulvhilde no había montado a caballo desde que era niña y aunque se dijese que montar es algo que todas las personas saben hacer porque ése es el orden de Dios, que los animales sirvan a los humanos, pronto pensó que con su poca experiencia en la silla, cabalgar no resultaba la forma más agradable de viajar para quien no estuviese acostumbrado. Se pasaba el rato retorciéndose en la silla, intentando cambiar de postura para evitar que la sangre se estancase en una pierna o para que la rodilla no rozase contra la silla. De niña solía montar en una silla normal con una pierna a cada lado del caballo. Pero ahora ella y Cecilia Blanka montaban como les correspondía a todas las señoras de bien, con las dos piernas al mismo lado del caballo, algo que resultaba tanto difícil como doloroso.

Sin embargo, el mal causado por la silla era una preocupación menor que desaparecía entre el resto de sus sensaciones. El aire era fresco y agradable de respirar y Ulvhilde llenaba una y otra vez su pecho y mantenía la respiración como si no quisiese dejar ir el sabor de la libertad.

Cabalaron por praderas y claros robledos y cruzaron muchos ríos y riachuelos hasta llegar al monte de Billingen, y el bosque se fue espesando y la escolta se reorganizó, de modo que la mitad de los hombres se adelantaron al canciller y la reina. No había nada de qué preocuparse, le dijo Cecilia Blanka a Ulvhilde. La paz reinaba desde hacía mucho tiempo pero los hombres siempre querían comportarse como si esperasen recurrir a sus espadas en cualquier momento.

A ojos de Ulvhilde, el bosque tampoco parecía demasiado amenazador, casi todo eran robles y hayas altos y la luz se filtraba en colores resplandecientes por entre las copas de los árboles. En la distancia vieron unos ciervos que se retiraron precavidos entre la maleza.

Ulvhilde jamás había podido imaginar el mundo exterior tan hermoso y acogedor. Tenía veintidós años, una mujer a la mitad de su vida que desde hacía tiempo debería estar cuidando de sus hijos, algo que nunca había pensado que experimentaría, pues había imaginado su vida en el convento hasta el final del Camino.

En su interior sospechaba que la felicidad que ahora sentía no duraría, que la libertad tendría otros aspectos que aprendería de formas más duras. Pero esos primeros días, cuando cabalgaba dándole la espalda a Gudhem, adonde no regresaría

jamás, apartó de su mente todo excepto la alegría que casi era excesiva para su pecho y era como si le doliese cuando a veces respiraba demasiado hondo. Pensó que era como si la libertad la embriagase y que en ese momento todo carecía de importancia excepto la ebriedad.

Se detuvieron en Skara y pasaron la noche en el castillo real. El canciller tenía algún que otro asunto que resolver con unos hombres que lo esperaban con semblantes severos, y la reina Cecilia dio órdenes para que las señoras del castillo le llevaran ropas nuevas a Ulvhilde. La bañaron, le cepillaron el cabello y la vistieron con un suave vestido verde con cinturón de plata.

En el suelo del cuarto donde se ocuparon en estas tareas quedaron en un triste montón las ropas descoloridas y marrones de lana que Ulvhilde había vestido desde siempre. Una de las señoras del castillo tomó esas ropas y se las llevó como algo impuro que había que quemar.

Precisamente eso se le quedó grabado en la memoria a Ulvhilde, cuando vio que sus ropas del convento eran retiradas por unos brazos extendidos como algo feo y maloliente que sólo podía quemarse, que no servía para vender ni para donar a los pobres. Fue como si entonces comprendiese por primera vez que no estaba viviendo un sueño, que en efecto era esa que ahora veía reflejada en un espejo pulido que una de las damas de compañía sostenía ante ella con risas y carcajadas mientras otra le colocaba el manto rojo con especial reverencia.

La que ahora veía en el espejo era ella misma, pues la imagen del espejo repetía todo lo que ella hacía, alzaba un brazo, arreglaba la diadema de plata o acariciaba el suave manto de un cálido color carmesí. Sin embargo, no era ella, pues al igual que Cecilia Rosa había quedado marcada por la vida sencilla del convento. Ulvhilde de repente la veía en Gudhem con la misma claridad que se veía a sí misma en el espejo.

Entonces apareció por primera vez una sombra sobre su gran felicidad en la libertad. Le parecía injusto alegrarse tanto y de forma tan egoísta cuando Cecilia Rosa se había quedado ahora sola con aquella bruja en Gudhem y además con muchos y largos años de cautiverio por delante.

Aquella noche, durante el banquete, Ulvhilde se sentía unas veces tan feliz que a pesar de su timidez y la poca costumbre se reía a carcajadas de los comediantes y las burdas bromas de los hombres, y otras veces tan triste al pensar en la querida amiga, que la reina tuvo que consolarla en más de una ocasión. Las palabras de la reina que más mella hicieron en el corazón de Ulvhilde decían que, a pesar de todo, la peor parte de su viaje estaba llegando a su final. Una vez las tres fueron muy jóvenes y, como pudo parecer, compañeras de fatiga en Gudhem. Pero habían seguido unidas, nunca habían faltado a su amistad y habían aguantado.

Ahora dos de las tres eran libres y debían alegrarse por ello más que sufrir por la tercera. Cecilia Rosa también sería libre un día que ahora ya no era demasiado lejano. ¿Y verdad que la amistad de Ulvhilde y Cecilia Blanka con la tercera jamás se desvanecería? A pesar de todo, les quedaría media vida de la que podrían disfrutar las

tres juntas en libertad.

Lo que Cecilia Blanka no usó como palabras para consolar ni alegrar a Ulvhilde fueron palabras acerca de su belleza. Cecilia Blanka pensó con razón que precisamente eso era algo que en esos momentos quedaba fuera del entendimiento del alma monacal de Ulvhilde y que además le alegraría poco.

Ulvhilde comprendería con el tiempo que de un día para otro había pasado de ser doncella de convento que a nadie le importaba a ser una de las doncellas más hermosas del reino. Era bonita, rica y amiga de la reina. Ulfshem no era una mala propiedad y pronto Ulvhilde sería su única dueña sin un padre irascible ni problemáticos miembros de linaje que querrían meterla en uno u otro lecho conyugal. Ulvhilde era mucho más libre de lo que ella misma podía imaginar.

Al día siguiente, la cabalgata continuó hasta la orilla del Vättern, donde los esperaba una pequeña nave negra con el curioso nombre de *Serpiente corta*. Los hombres del barco eran altos y rubios y por su idioma se podía notar que eran todos noruegos. Formaban parte de la escolta personal del rey, pues era bien sabido que el rey Knut casi sólo tenía noruegos vigilando por su vida ahí fuera en el castillo de Näs. Algunos de estos noruegos eran amigos desde el largo exilio del rey en su infancia, otros habían llegado años más tarde cuando tanto los parientes de Erik como los Folkung de Noruega tenían grandes motivos para huir de su país. Noruega estaba siendo devastada por una dura guerra por el control de la corona, lo mismo que había sucedido en Götaland Occidental, Götaland Oriental y Svealand durante más de cien años.

La noche estival en que la comitiva del canciller y la reina llegó al puerto real de Vättern era excepcionalmente calurosa y apacible. Allí se separaron las dos eminencias y Ulvhilde de la guardia montada que regresaría a Skara y bajaron a la pequeña nave negra para ser llevados a remo por la brillante superficie del agua hasta el castillo de Näs, que ni siquiera se vislumbraba en el horizonte.

El canciller se sentó en proa, pues tenía algunas cosas en las que pensar, y deseaba estar a solas. La reina y Ulvhilde se sentaron en popa junto al remero que parecía ser el jefe de los noruegos.

El corazón de Ulvhilde latía con fuerza cuando la nave zarpó y los enormes noruegos hundieron con experiencia los remos en el agua brillante. No podía recordar que hubiese viajado nunca en barco ni siquiera cuando era niña, aunque seguramente debió de hacerlo alguna vez. Permaneció emocionada siguiendo con la mirada los remolinos de los remos en la oscuridad del agua y absorbiendo el olor a brea, a piel y el sudor de los hombres. Desde la orilla que acababan de abandonar y bien entrados en el agua se oía el canto de un ruiseñor, los remos y la piel crujían y el agua murmuraba por la roda con cada golpe de remo que daban los noruegos con gran energía, aunque no parecían esforzarse mucho.

Ulvhilde tenía un poco de miedo y tomó a Cecilia Blanka de la mano, pues cuando se hubieron adentrado un poco en el mar, algo que hicieron muy rápido, se

imaginó a sí misma como en la cáscara de una avellana sobre un enorme y oscuro vacío.

Al cabo de un rato le preguntó preocupada si no existía el peligro de perderse y no llegar a ninguna parte en un mar tan grande. Cecilia Blanka no tuvo tiempo de contestar, pues el remero que estaba a sus espaldas había oído su pregunta y la repitió en voz alta a sus ocho compañeros, que rieron tanto que dos de ellos acabaron por caerse. Tardaron un rato en calmar su hilaridad.

—Nosotros, los noruegos, hemos navegado en mares más grandes que el Vättern —le explicó entonces el remero a Ulvhilde—. Y una cosa le puedo prometer, damisela. No nos vamos a perder en el pequeño Vättern, que sólo es un lago; algo así sería impropio de nosotros.

Al caer la tarde refrescó un poco, de modo que Cecilia Blanka y Ulvhilde se acurrucaron en sus mantos. Se acercaban ya al castillo que estaba en la punta sur de la isla de Visingsö. Justo ahí había riberas escarpadas que se prolongaban en forma de dos amenazadoras torres y el alto muro que las unía. De una de las torres pendía una gran bandera con algo bordado en oro que Ulvhilde imaginaba que debían de ser las tres coronas.

Le asustaba la amenazadora oscuridad del castillo, pero también la idea de que pronto estaría ante el asesino de su padre, el rey Knut. Hasta ahora no le había dedicado ni un solo pensamiento, como si hasta el último instante quisiera aferrarse únicamente a lo que había de bueno en la libertad. Si hubiese dependido de ella, habría preferido no tener que ver al rey Knut, pero no lo pensó hasta que fue demasiado tarde y la proa del barco remontó la orilla con un poderoso estruendo y todo el mundo se preparó para desembarcar.

Cecilia Blanka tomó con más fuerza la mano de su amiga como si le hubiese leído el pensamiento y le susurró que seguramente sería fácil verse con Knut y que no había por qué preocuparse.

El rey había bajado a la orilla para recibir a la reina, al canciller y a la joven invitada de los Sverker.

Cuando hubo saludado a su canciller y a su reina con toda la cortesía exigida, se dirigió hacia Ulvhilde y la miró, pensativo, mientras ésta bajaba la mirada llena de miedo y timidez. Lo que vio ante sí, y en contra de lo que pensaban todos menos su esposa, le cayó de inmediato en gracia. Dio un paso hacia Ulvhilde, tomó su barbilla con la mano y la alzó, y la observó con una mirada más llena de cariño que de odio. Todo el mundo pudo comprobar que le gustaba lo que veía.

Pero las palabras de saludo que dirigió a Ulvhilde sorprendieron incluso a Birger Brosa.

—Es un placer darte la bienvenida a nuestro castillo, Ulvhilde Emundsdotter. Lo que una vez hubo entre nos y tu padre está enterrado, pues entonces estábamos en guerra y ahora hay paz. Por eso debes saber que supone una gran alegría poder saludarte como señora de Ulfshem y sé que estarás segura entre amigos como

invitada nuestra.

Retuvo unos instantes la mirada de Ulvhilde antes de ofrecerle de repente su brazo, tomando de inmediato a la reina por el otro, y acompañado por las dos se encaminó delante de todos los demás hacia el castillo.

Pasaron poco tiempo en Näs, aunque para Ulvhilde se hizo largo, pues había miles de menudencias que debía aprender y de las que no tenía la más mínima idea. Comer no era sólo comer, sino algo con tantas normas como en Gudhem, aunque estas normas nuevas eran al revés, tanto en lo que se refería a la conversación como a los saludos. En Gudhem, Ulvhilde había aprendido a no hablar nunca a menos que le fuese dirigida la palabra y a saludar siempre ella primero. Aquí en Näs era al revés, excepto por lo que se refería al rey, a la reina y al canciller. Por eso hubo muchas situaciones embarazosas con cosas pequeñas y sencillas. Los primeros días, Ulvhilde fue creando mucha confusión entre los mozos de cuadra, los asadores y las doncellas de la reina, pues ella los saludaba con amabilidad antes de que ellos la hubieran saludado primero. Lo que más le costaba al principio era ser quien primero decía algo, pues parecía habersele quedado grabada la costumbre de esperar con la cabeza agachada hasta que le dirigían la palabra.

La libertad no era sólo algo que estaba en el aire y en el agua; era algo que debía aprenderse.

En esos días, Cecilia Blanka se acordaba a menudo de una golondrina que de niña encontró en el patio en casa de su padre. La golondrina yacía sobre el suelo piando de forma lastimosa cuando Cecilia Blanka la recogió, pero dejó de piar cuando ella la calentó en el hueco de sus manos. Colocó la golondrina en una caja hecha de corteza de abedul, en cuyo interior había preparado un lecho de lana suave, y durmió dos noches con el pajarito a su lado. La segunda mañana se despertó temprano, salió con el pájaro al patio y lo lanzó al aire. Con un chillido, saludó la libertad, ascendió rápido hacia lo más alto del cielo y desapareció. Nunca comprendió cómo supo el modo de hacer que el pájaro volase de nuevo, sólo había sentido que estaba haciendo lo correcto.

Del mismo modo veía ahora a Ulvhilde, que a diferencia de ella y de Cecilia Rosa había llegado a Gudhem siendo más bien una niña que una doncella, seguro que no debía de tener más de once años. Por eso las perversas y enrevesadas normas del convento habían hecho tanta mella en su persona que ahí fuera, en el mundo libre, se sentía tan perdida como la golondrina en el suelo. Ni siquiera comprendía que era hermosa. Pertenecía a la línea de la casa de Sverker, de la que Kol y Boleslav habían sido cabezas de familia y las señoras y las doncellas de esa línea del linaje solían tener el mismo aspecto que Ulvhilde, cabello negro y ojos oscuros y un poco rasgados. Pero Ulvhilde no veía su propia belleza.

Cecilia Blanka no había tocado el tema de la situación de Ulfshem, adonde pronto acompañaría a Ulvhilde a pesar de que el rey refunfuñaba acerca de ese viaje. Pero ni hablar de abandonar a Ulvhilde sola ante los fauces de un Folkung camino de ser

desahuciado y de sus dos hijos, probablemente bastante codiciosos. Conocía un poco a los dos mozos. El mayor se llamaba Folke y era un hombre con ese tipo de idioma tan violento que solía acortar la vida, pues la lengua acababa significando la muerte para el propietario. El más joven se llamaba Jon y había aprendido con su pariente Torgny Lagman, hombre de leyes. Era silencioso, de ese modo que indica que no debía de haberlo tenido muy fácil siendo el hermano menor de un futuro guerrero que seguramente practicaba, como acostumbraban a hacer los hermanos, la mayor parte de su futura vida de combatiente en su hermano pequeño y más débil.

Cecilia Blanka reflexionaba mucho sobre lo que podía sucederle a una mujer hermosa y rica pero también inocente como Ulvhilde cuando fuese a parar entre hombres que la desearían por más de dos motivos. ¿No sería como soltar a un cordero entre los lobos precisamente en Ulfshem, la Casa de los Lobos?

Intentó discutir cuidadosamente con Ulvhilde lo que se le avecinaba. Insistió en que debían salir a montar juntas todos los días, porque por mucho que Ulvhilde se lamentase de sus doloridas nalgas, debía ser capaz de ir a caballo. En esos paseos a caballo, Cecilia Blanka intentaba retomar las conversaciones que habían tenido alguna vez las tres en Gudhem al hablar del amor que Cecilia Rosa sentía por Arn, o cuando fraguaban el rescate de la hermana Leonore y el hermano Lucien. Pero era como si Ulvhilde eludiese ese tipo de conversaciones, como si le asustasen, y hacía ver en esas ocasiones que le interesaba más la silla de montar o el paso del caballo que el amor y los hombres.

Parecía más abierta a ese tipo de conversaciones en los ratos que pasaban juntas todos los días con los dos hijos de Cecilia Blanka, que ahora tenían cinco y tres años. El amor entre madre e hijos parecía interesar a Ulvhilde infinitamente más que el amor entre hombre y mujer, por mucho que lo primero no fuese posible sin lo segundo.

Justo después de la misa de Lázaro, cuando finalizaba la siega tanto en Götaland Oriental como Occidental, Cecilia Blanka y Ulvhilde viajaron junto con sus escoltas hasta Ulfshem. Navegaron rápidamente con los noruegos hasta Alvastra, donde tomaron el gran camino hasta Bjälbo y luego siguieron en dirección Linköping, donde hallarían Ulfshem a medio camino.

Ulvhilde se había adaptado un poco más a la silla de montar y no se quejó demasiado durante el viaje, aunque la cabalgata duró dos días. Y cuanto más se acercaban a Ulfshem, más callada y más avergonzada parecía.

Al ver las casas de la finca, Ulvhilde las reconoció en seguida, pues las casas nuevas habían sido construidas justo donde habían estado las antiguas y más o menos del mismo modo. Los grandes fresnos que rodeaban la finca eran los mismos que los de su niñez, pero muchas otras cosas le parecían más pequeñas de lo que ella recordaba.

Naturalmente, las estaban esperando, pues una reina no podía ir de visita sin mandar un mensaje con gran antelación, y cuando su comitiva estuvo a la vista se

produjo mucho movimiento y ajeteo en Ulfshem, donde los sirvientes, los guardias y los siervos se colocaron en el patio para recibir, saludar y servirles el primer pan a los invitados antes de que entrasen bajo techo.

Cecilia Blanka era una mujer perspicaz, aunque lo que ella notó lo habría notado la mayoría menos la inocente Ulvhilde. A los ojos de Cecilia Blanka, el señor Sigurd Folkesson y sus dos hijos Folke y Jon, que esperaban junto a él, se iban transformando a medida que ella y Ulvhilde iban entrando en el patio.

Si a la distancia los Folkung habían parecido reacios e incluso hostiles en sus poses, rápidamente se ablandaron y tuvieron que esforzarse por no manifestar su sorpresa al ver a Ulvhilde desmontar vestida con su opulento manto con los colores del adversario.

El señor Sigurd y el hijo mayor Folke se apresuraron a acercarse para asistir a Cecilia Blanka y a Ulvhilde cuando desmontaron y para entregar el pan y saludar.

Aunque habían sido más que compensados y que iban a trasladarse a unas fincas más grandes que Ulfshem con una parte de esa plata que Birger Brosa robó una vez en sus cruzadas, para ellos era una cuestión de honor. Nadie pensaría que era honroso que unos Folkung tuviesen que mudarse por culpa de una miserable doncella del linaje de los Sverker.

Pero Ulvhilde no era lo que habían esperado. Porque cuando los hombres se imaginan a las mujeres del enemigo, pocas veces suelen imaginárselas como hermosas.

Era posible que Sigurd Folkesson hubiera pensado saludar con palabras ariscas, pero lo que había pensado quedó en nada, pues ahora no hizo otra cosa que tartamudear y susurrar al darles la bienvenida, mientras sus dos hijos permanecían boquiabiertos, incapaces de dejar de mirar a Ulvhilde.

Cuando pareció llegar a su fin el confuso discurso de bienvenida, Cecilia Blanka había pensado socorrer a Ulvhilde en la embarazosa situación y apresurarse a decir las palabras necesarias como respuesta. Pero Ulvhilde se le adelantó.

—Os saludo, Folkung, Sigurd Folkesson, Folke y Jon, con alegría en el hogar de mi niñez —empezó Ulvhilde sin sentirse en absoluto incómoda. Su voz era alta y clara—. Lo que una vez hubo entre nosotros está enterrado, pues entonces estábamos en guerra y ahora hay paz. Por ello debéis saber que supone una gran alegría para mí saludaros en Ulfshem y que me siento segura con vosotros como mis amigos e invitados.

Sus palabras les impresionaron tanto que ninguno de los Folkung supo qué responder. Luego Ulvhilde ofreció su brazo a Sigurd Folkesson para que pudiese acompañarla al entrar en la morada de su propiedad. El hijo mayor, Folke, tuvo entonces aunque tarde la sensatez de ofrecerle su brazo a la reina.

Al entrar por el gran portón de roble de Ulfshem, Cecilia Blanka sonreía, aliviada y a la vez bastante divertida. Las respetables palabras con las que Ulvhilde había sorprendido a sus Folkung invitados las había tomado prestadas sin vergüenza alguna

del rey. Habían sido casi literales las palabras con las que el rey Knut había recibido hacía poco a Ulvhilde como invitada en Näs.

Ulvhilde, al igual que todas cuantas se habían visto obligadas a sufrir en un convento, aprendía con facilidad, pensó la reina. Pero no llegaría lejos sólo aprendiendo, había que tener sentido común para hacer uso de lo que se aprendía. Y precisamente eso lo había demostrado Ulvhilde de una forma clara y sorprendente.

La golondrina alzaba el vuelo con rápidas y ligeras alas hacia el cielo.

IX

Si era cierto que la voluntad de Dios fuese que los cristianos perdieran Tierra Santa, el camino que les marcó hacia la gran derrota contra Saladino fue tan largo y tan tortuoso que en cada uno de los pasos decisivos resultaba casi imposible escrutar Sus intenciones.

De ser así, el primer gran paso hacia la catástrofe fue la derrota de los cristianos al enfrentarse a Saladino en Marj Ayyoun en el año de gracia de 1179.

Tal y como el conde Raimundo III de Trípoli le había dicho a Arn al iniciar su amistad y cuando juntos intentaron ahogar sus penas en el castillo de Beaufort de los sanjuanistas, naturalmente se podía ver la derrota en Marj Ayyoun sólo como una batalla más de una infinita serie que se había sucedido durante lo que pronto serían cien años. Ninguno de los bandos podía contar con vencer siempre, además se dependía mucho de la suerte o de la mala suerte, del tiempo y de los vientos, de las reservas que llegaban o no llegaban según lo previsto, de buenas o malas decisiones por parte de uno de los bandos, y para quienes en serio sostenían que eso era algo decisivo, de la siempre inescrutable voluntad de Dios. Por mucho que se intentase explicar la suerte en la guerra y por mucho que se rezase al mismo dios, algunas veces se perdía y otras se vencía.

Pero entre los guerreros del ejército del rey Balduino IV que fueron capturados en Marj Ayyoun se hallaba uno de los barones más importantes en la clase dirigente de Outremer, Balduino d'Ibelin. Si justo este hombre se hubiese librado del cautiverio en ese preciso momento, toda la historia del imperio cristiano en Outremer se habría escrito de otro modo. Seguramente los cristianos podrían haber permanecido en el país otro centenar de años, posiblemente habrían resistido la invasión de los mongoles y en ese caso habrían dominado esa tierra durante mil años o tal vez para siempre.

Sin embargo, eso no parecía posible de imaginar tras la batalla de Marj Ayyoun, que de ningún modo fue decisiva. Claro que resultaba irritante y caro que un hombre

de la posición de Balduino d'Ibelin cayera prisionero, pero en absoluto era algo de vital importancia.

Pero entre los guerreros de aquellos tiempos, Saladino se esmeraba más que otros en obtener información acerca del enemigo. Tenía espías en todas partes de Outremer y no se le escapaba nada que se refiriese al poder en Antioquia, Trípoli o Jerusalén.

Por eso sabía que debía pedir una buena recompensa para liberar a Balduino d'Ibelin. Exigió la vertiginosa cantidad de ciento cincuenta mil besantes de oro, el rescate más elevado que ninguno de los bandos había pedido jamás en los casi cien años de guerra.

Lo que Saladino sabía y lo que decidió su precio fue que con toda probabilidad Balduino d'Ibelin sería el próximo rey de Jerusalén. El leproso rey Balduino IV tenía los días contados y el rey Balduino ya había fracasado una vez en intentar arreglar la sucesión de la corona al casar a su hermana Sibylla con William Longsword. Ese tal Longsword había muerto pronto por algo que seguramente era una de las enfermedades vergonzosas que estaba causando estragos en la corte de Jerusalén, aunque lo llamaron pulmonía.

Tras la muerte de William Longsword, Sibylla dio a luz un hijo al que llamó como a su hermano, Balduino. Pero estaba enamorada de Balduino d'Ibelin y el rey no tenía nada en contra de dicha alianza. La familia d'Ibelin era de las más respetadas de la clase terrateniente de Outremer y, dado que estos barones solían mirar con gran recelo a la corte de Jerusalén, su vida desenfrenada y todos los aventureros recién llegados buscando fortuna, el matrimonio entre Sibylla y Balduino d'Ibelin fortalecería la posición de la corte y reduciría las reticencias hacia los terratenientes seculares en Tierra Santa.

Para desgracia de Balduino, Saladino estaba totalmente al corriente de eso. Luego podía reivindicar que a la práctica tenía un rey en cautiverio, cosa que hizo, pues exigió el rescate de un rey.

Pero ciento cincuenta mil besantes de oro eran más de lo que toda la familia d'Ibelin tenía en propiedades, y un préstamo así sólo podían hacerlo los templarios. Sin embargo, los templarios eran estrictos en los negocios y veían pocas posibilidades de lograr algún beneficio por cuenta propia con el desembolso de esa enorme cantidad.

En esta parte del mundo había sólo un hombre capaz de presentar una fortuna así y ése era el emperador Manuel de Constantinopla.

Balduino d'Ibelin le pidió la libertad a Saladino a cambio de que jurase sobre su honor que, o bien reuniría la cantidad tomando dinero prestado, o bien regresaría al cautiverio. Saladino, que no tenía ningún motivo para dudar de la palabra de un respetado caballero, accedió a la propuesta y Balduino d'Ibelin viajó a Constantinopla para intentar que el emperador bizantino le prestase el dinero.

El emperador Manuel también veía al próximo rey de Jerusalén en Balduino d'Ibelin y pensó que sería muy apropiado ejercer cierto dominio sobre el futuro rey

de Jerusalén durante el resto de su vida. Por eso le prestó a Balduino todo el oro necesario, y éste viajó hacia Outremer, pagó a Saladino y pudo regresar a Jerusalén para anunciar la buena nueva de su libertad y retomar el amor con Sybilla en el punto donde lo habían dejado.

Pero una cosa con lo que ni el emperador Manuel, ni Saladino ni el mismo Balduino d'Ibelin habían contado era con las mujeres de la corte de Jerusalén y su postura hacia los hombres con grandes deudas. La madre del rey y de Sybilla, Agnes de Courtenay, la constante conspiradora, había hecho ver a su hija sin demasiados problemas lo absurdo de un enamoramiento que comportaba una deuda de ciento cincuenta mil besantes de oro.

Uno de los muchos amantes de Agnes de Courtenay era un cruzado que nunca había intercambiado un golpe de espadas con el enemigo, sino que había preferido las conquistas en la cama. Su nombre era Amalrik de Lusignan y aunque no fuera un guerrero no tardó mucho en ver las posibilidades que tenía la corte en el juego por el poder. Empezó a hablarle bien a Agnes acerca de su hermano más joven, Guy, que era un hombre hermoso y con bastante experiencia como amante.

Y así fue que mientras Balduino d'Ibelin fue a ver al emperador Manuel a Constantinopla, Amalrik de Lusignan se dirigió al reino franco a buscar a su hermano Guy.

Cuando Balduino d'Ibelin, tras muchos ajetreos, volvió a Jerusalén descubrió que el amor de Sibylla se había enfriado bastante, pues ella y el recién llegado Guy de Lusignan ya pasaban las noches juntos.

La diferencia entre tener a Guy de Lusignan o a Balduino d'Ibelin de rey de Jerusalén era como entre la oscuridad y la luz, como el fuego y el agua. Sin saberlo, el propio Saladino había logrado acortar el camino hacia su victoria final. En ese preciso momento él no podía comprenderlo, pero tampoco lo comprendía nadie más.

Para los templarios, la derrota de Marj Ayyoun también fue de gran importancia, pues el Gran Maestre Odo de Saint Amand fue uno de los que sobrevivieron y fueron capturados tras la batalla. En circunstancias normales se les cortaba de inmediato la cabeza a todos los sanjuanistas y templarios cuando eran capturados. Su Norma prohibía que fuesen rescatados y por eso, como prisioneros, carecían de valor. Además, eran los mejores guerreros de entre los cristianos y por eso desde el punto de vista de Saladino era mejor decapitarlos que cambiarlos por prisioneros sarracenos, lo que era la segunda opción después del pago de un rescate.

Pero Saladino opinaba que las cosas eran diferentes con un Gran Maestre. El Gran Maestre tanto de los sanjuanistas como de los templarios tenía todo el poder en sus manos; lo que ellos decidían debía ser obedecido por todos los hermanos de la orden sin ser puesto en duda. Tal vez un Gran Maestre podía resultar valioso si se conseguía que colaborase.

Pero Saladino no llegó a ninguna parte con Odo de Saint Amand. El Gran Maestre seguía refiriéndose a la Norma que prohibía el pago de rescate por

templarios, ya fuesen sargentos, comendadores o grandes Maestres. Además, consideraba que dejar que lo intercambiasen por una cantidad de sarracenos era intentar esquivar la Norma y, por tanto, pecaminoso y despreciable. Así fue cómo el cautiverio de Odo de Saint Amand en Damasco fue corto. Murió, no se sabe cómo, en menos de un año.

Estaba bastante claro que el nuevo Gran Maestre de los templarios sería Amoldo de Torroja, que había ocupado el alto cargo de Maestre de Jerusalén.

Puesto que el poder en Tierra Santa estaba repartido entre la corte de Jerusalén, las dos órdenes de guerreros espirituales y los barones y terratenientes, era muy importante conocer a quien se convertiría en Gran Maestre y qué tal era éste como guerrero, líder espiritual y negociador. Todavía más relevante era si pertenecía a los cristianos que opinaban que había que matar a todos los sarracenos, o a aquéllos pensaban que el poder cristiano de Tierra Santa se hundiría si se optaba por una línea tan aberrante.

Amoldo de Torroja había hecho una larga carrera en la orden de los templarios en Aragón y en Provenza antes de llegar a Tierra Santa. Era mucho más comerciante y hombre de poder que su antecesor guerrero Odo de Saint Amand.

Si se analizaban los cambios de poder que estaban en ciernes desde el punto de vista de Saladino, el poder real de Jerusalén iba camino de acabar en manos de un aventurero ignorante que apenas representaría una amenaza en el campo de batalla, y la poderosa orden de los templarios tendría en Amoldo de Torroja un dirigente más conciliador y negociador que su predecesor, un hombre similar al conde Raimundo de Trípoli.

Para Arn de Gothia, señor de Gaza, el ascenso de Amoldo de Torroja a Gran Maestre tuvo un efecto más inmediato; Arn fue llamado a Jerusalén para ocupar sin demora el cargo de Maestre de Jerusalén.

Para los dos monjes cistercienses, el padre Louis y el hermano Pietro, que en estos tiempos llegaron al centro del mundo como enviados especiales del Santo Padre de Roma, el encuentro con Jerusalén fue una mezcla de intensa decepción con buenas sorpresas, pues casi nada era tal y como lo habían esperado.

Al igual que todos los francos recién llegados, terrenales o espirituales, se habían imaginado la ciudad de las ciudades como un lugar maravilloso y pacífico con calles de oro y mármol blanco. Y lo que encontraron fue un indescriptible barullo de aglomeraciones y lenguajes cacofónicos y calles estrechas llenas de desperdicios. Como todos los cistercienses, se imaginaban a su organización militar hermana de templarios como un montón de bestias ignorantes que apenas eran capaces de pronunciar el Pater Noster en latín. En primer lugar se encontraron con el Maestre de Jerusalén que, con toda naturalidad, se dirigió a ellos en latín, y casi de inmediato se enzarzaron con él en un interesante debate acerca de Aristóteles mientras esperaban al Gran Maestre, que ante todo era a quien habían ido a ver.

Los aposentos del Maestre de Jerusalén recordaban mucho a un monasterio

cisterciense. En ellos no había ni rastro de todo lo mundanal y ostentoso y a veces depravado que habían podido divisar en otros lugares de la parte templaria de la ciudad. En su lugar, tenían una galería abovedada con vistas sobre la ciudad que era como una parte del claustro de cualquier monasterio cisterciense, y todas las paredes eran blancas y sin imágenes pecaminosas. Su anfitrión les sirvió una comida muy sabrosa a pesar de que en ella no hubiera carne procedente de animales cuadrúpedos y otras cosas que los cistercienses no debían comer.

El padre Louis era un hombre perspicaz, educado desde muy joven por los mejores profesores de los cistercienses en Cîteaux, y desde hacía años era el enviado de la orden de los cistercienses con el Santo Padre. Por eso se sentía especialmente sorprendido de que lo poco que había oído acerca de ese tal Maestre de Jerusalén, un título cuya presuntuosidad le resultaba muy grotesca al padre Louis, concordara tan poco con lo que le parecía observar. Le habían dicho que Arn de Gothia era un guerrero con una gran reputación, el vencedor de la batalla de Mont Gisard, en la que los templarios vencieron al mismísimo Saladino a pesar de hallarse en gran inferioridad numérica. Tal vez por eso esperaba encontrar un equivalente moderno del caudillo romano Belisarius o, en cualquier caso, a un militar que prácticamente no hablara de otra cosa que no fuese la guerra. Pero a no ser por las numerosas cicatrices blancas en la cara y en las manos de Arn de Gothia, la suave mirada y el tono de voz conciliador llevarían al padre Louis a pensar más bien en un hermano de Cîteaux. No pudo evitar indagar un poco y le pareció comprender al menos una parte de la historia al oír que ese templario se había criado en un monasterio.

Y entonces fue como ver hecho realidad el sueño que una vez tuvo el venerado san Bernardo acerca del guerrero que al mismo tiempo era monje. Nunca antes el padre Louis había conocido a nadie así.

Tampoco pudo evitar notar que su anfitrión sólo comía pan y sólo bebía agua, a pesar de todas las otras bebidas que se hallaban sobre la mesa para el disfrute de los invitados, por lo que dedujo que el templario hacía penitencia por algún motivo. Pero por mucho que el padre Louis quisiera preguntar acerca de ese asunto, no resultaba en absoluto apropiado en esta primera reunión. Él era el enviado del Santo Padre y traía consigo una bula que seguramente no sería muy bien recibida. Además, esos templarios eran conocidos por su orgullo. Era probable que el Gran Maestre, con quien pronto se encontrarían, se viese a sí mismo como el segundo de rango más alto después del Sagrado Padre.

Y entonces aquél a quien llamaban Maestre de Jerusalén no podía ser menos que un arzobispo. Se podía temer, y con razón, que hombres así no viesan en un abad a un superior. Tampoco se podía esperar que comprendiesen el rango que tenía el abad que trabajaba directamente bajo las órdenes del Santo Padre y que era su consejero y enviado.

Cuando llegó al fin el mismísimo Gran Maestre a la reunión, todos los restos de la comida habían sido retirados y estaban manteniendo una agradable conversación

acerca de la división del filósofo del saber, del conocer y de la fe y de las ideas como algo que siempre eran realizadas en objetos y que no se podían hallar en exclusivo en las esferas más altas y puras. El padre Louis jamás había imaginado mantener una conversación de este tipo con un templario.

Amoldo de Torroja excusó su demora con motivo de haber sido llamado a ver al rey de Jerusalén; además, debía regresar junto con Arn de Gothia para volver a ver al rey dentro de un rato. Sin embargo, no quería dejar pasar toda una primera noche sin ver a los invitados cistercienses y conocer su misión. La primera impresión del padre Louis fue que el Gran Maestre era un hombre que bien podría haber encontrado entre los embajadores del emperador en Roma, un perfecto diplomático y negociador. Por tanto, tampoco él era un Belisarius burdo y romano.

Sin embargo, resultaba algo espinoso ir al grano con el delicado asunto, pensó el padre Louis. Pero sus anfitriones no le dieron opción, no sería oportuno limitarse a charlar un rato en la primera reunión para luego volver al día siguiente con duros decretos.

Por tanto, explicó el asunto directamente y sin rodeos y sus dos anfitriones lo escucharon atentamente, sin interrumpir y sin un solo gesto que revelase lo que pensaban.

El arzobispo William de Tiro había viajado desde Tierra Santa al tercer concilio laterano de Roma y había expuesto serias quejas tanto acerca de los templarios como de los sanjuanistas.

La cosa era que, según el arzobispo William, en algunos aspectos los templarios obstaculizaban constantemente la labor de la sagrada Iglesia de Roma. Si alguien era excomulgado en Tierra Santa, podía ser enterrado con los templarios. Y antes de eso podía incluso entrar en su orden. Si un arzobispo ponía interdicto a todo un pueblo de modo que se les retiraba el cuidado de la iglesia a todos los pecadores del pueblo en conjunto, entonces los templarios enviaban a sus propios curas a encargarse de todo servicio eclesiástico. Todas estas malas costumbres, que en gran parte llevaban a que el poder de la Iglesia pareciese débil o incluso ridículo, se debían a que precisamente los templarios no obedeciesen los mandatos de ningún obispo y, por tanto, no podían ellos mismos ser excomulgados y ni siquiera castigados por el patriarca de Jerusalén. Lo que además agravaba el asunto era que tanto los templarios como los sanjuanistas cobrasen por esos servicios. Por eso, el tercer concilio laterano y el Santo Padre Alejandro III habían decidido que todos estos negocios debían cesar de inmediato. Sin embargo, no prestaron atención a las propuestas del arzobispo William de imponer diferentes castigos a las dos órdenes castrenses por estos crímenes contra la supremacía de la Iglesia sobre todas las personas en la tierra.

El padre Louis traía consigo una bula papal con sello que ahora sacó y colocó ante ellos, sobre la mesa de madera vacía. Ahí estaba todo lo que él acababa de exponerles de forma oral. Así que, para terminar, ¿qué respuesta debía llevarle de vuelta al Santo Padre?

—Que en la orden de los templarios nos adaptaremos desde este momento a la orden contenida en la palabra del Santo Padre —contestó Amoldo de Torroja con suavidad—. Esto es válido a partir de este momento puesto que yo, Gran Maestre, he declarado nuestra sumisión. Nos apresuraremos en comunicar esta nueva orden. Puede tardar tiempo, pero no pretendemos ir más lentos de lo necesario. Nuestra decisión ya es válida, pues ya lo he pronunciado, pero no creo que mi amigo y hermano Arn de Gothia tenga otra idea diferente de la mía en este asunto, ¿no es así, Arn?

—No, en absoluto —respondió Arn con el mismo tono tranquilo—. Nosotros los templarios hacemos negocios de todo tipo y los negocios son importantes para financiar una guerra constante y costosa. Me gustaría explicaros más cosas acerca de eso mañana, padre Louis. Pero hacer negocios con asuntos eclesiásticos va en contra de nuestras normas y a eso se le llama simonía. Personalmente considero que los negocios de los que estás hablando, padre, son simonía. Por eso comprendo perfectamente las quejas del arzobispo William y la decisión del Santo Padre.

—Pero entonces no entiendo... —dijo el padre Louis tan aliviado por la sencilla rapidez de la decisión como sorprendido por la misma—. ¿Por qué ha existido este pecado si ambos os distanciáis de él de forma tan natural?

—Nuestro Gran Maestre anterior Odo de Saint Amand, en paz descansa en el paraíso, tenía otra opinión acerca de estas cuestiones —respondió Amoldo de Torroja.

—Pero si vosotros dos, siendo hermanos de alto rango, estabais en contra de esta vergüenza, ¿no podríais entonces haber criticado a vuestro Gran Maestre? —preguntó el padre Louis, sorprendido.

Recibió sonrisas de complicidad por parte los dos templarios, pero ninguna respuesta.

Arn llamó a un caballero y le dio instrucciones para que condujese al padre Louis y al hermano Pietro, que no se había pronunciado ni una sola vez a lo largo de la conversación, a sus aposentos. Se disculpó por tener que marcharse pero el rey quería ver al Gran Maestre y al Maestre de Jerusalén sin demora, y prometió ser mejor anfitrión al día siguiente. Con eso, el Gran Maestre se levantó y bendijo a sus dos huéspedes espirituales para sorpresa y enojo del padre Louis.

Los dos cistercienses fueron llevados a sus habitaciones aunque no sin cierta confusión, pues primero fueron a parar a habitaciones destinadas a invitados mundanales, con mosaicos sarracenos y fuentes de agua antes de ser llevados al sitio correcto, cada uno a una habitación encalada en blanco como en las que vivían habitualmente.

Amoldo de Torroja y Arn se apresuraron hacia los aposentos del rey. No pudieron hablar demasiado acerca de la bula papal, aunque de todos modos estaban de acuerdo en esa cuestión. Habría una reducción en los ingresos, pero sería un alivio deshacerse de esos negocios que ambos consideraban de lo más discutibles. Tanto mejor era tener, entonces, una instrucción directa del mismo Santo Padre para plantearse a

todos aquellos que sin duda se molestarían.

Las habitaciones privadas del rey eran pequeñas y oscuras, pues él mismo no podía moverse ni tampoco ver demasiado. Los esperaba en su trono con cortinas, donde permanecía sentado tras una tela de muselina azul, de modo que desde fuera sólo se lo veía como una sombra. Se rumoreaba que ya había perdido las dos manos.

En la habitación había un único cuidador, un nubio forzado que era sordomudo y estaba sentado sobre unas almohadas junto a una de las paredes de la habitación, con la mirada fija en su señor medio oculto para poder actuar a la mínima señal que sólo él y su amo comprendían.

Amoldo de Torroja y Arn entraron el uno al lado del otro, se inclinaron ante el rey sin decir nada y luego se sentaron ante el insólito trono sobre dos cojines de piel egipcios. El rey les habló con una voz clara, sólo tenía poco más de veinte años.

—Me alegra ver que los dos principales de la orden de los templarios han respondido a mi llamada —empezó, interrumpiéndose luego con un acceso de tos y unas señales que sus invitados no pudieron comprender. El esclavo nubio se apresuró a acercarse y estuvo haciendo algo detrás de la tela azul que tampoco lograron comprender. Esperaron en silencio.

—Aunque esté más lejos de mi muerte de lo que algunos piensan y desean —prosiguió el rey—, desde luego no estoy falto de molestias. Vosotros, templarios, sois la columna vertebral de la defensa de Tierra Santa y quiero discutir con vosotros un par de asuntos sin la presencia de otros oídos. Por eso os hablaré en un lenguaje que en otras ocasiones habría disimulado mejor. ¿Os resulta conveniente?

—Completamente, Sire —contestó Amoldo de Torroja.

—Bien —dijo el rey, que de inmediato se vio interrumpido por un breve ataque de tos, no hizo ninguna señal a su cuidador y pronto pudo proseguir—. La primera cuestión se refiere a un nuevo patriarca de Jerusalén. La segunda cuestión tiene que ver con la situación militar. Prefiero tratar primero la cuestión del patriarca. Pronto se designará un nuevo patriarca tras Amalrik de Nesle, que está agonizando. Se supone que es asunto de la Iglesia pero si he comprendido bien a mi madre, Agnes, es más bien asunto suyo, o en cualquier caso mío. Tenemos dos candidatos: Heraclius, arzobispo de Cesárea, y William, arzobispo de Tiro; contemplemos los pros y los contras. Por lo que tengo entendido, William es enemigo de los templarios pero un hombre de iglesia de cuyo honor nadie duda. Heraclius es, si he de seros del todo sincero ahora que nadie nos escucha, un granuja como otros muchos que tenemos aquí en nuestra tierra, un monaguillo prófugo o algo por el estilo, conocido por su vida pecaminosa. Además, es amante de mi madre, claro que uno entre tantos otros. Sin embargo, no parece ser vuestro enemigo, más bien lo contrario. Como podéis ver, hay muchas pesas no tan nobles sobre los platillos de nuestra balanza. ¿Cuál es vuestra opinión en este asunto?

Estaba claro que sería Amoldo de Torroja quien respondería e igual de claro estaba que le costaba dar una respuesta directa. Mientras él se lanzaba a una gran

elucubración sobre la vida, sobre la inescrutable voluntad de Dios y de otras cosas que sólo significaban que hablaba mientras pensaba lo que en realidad iba a decir, Arn se admiraba de cómo el desgraciado rey que a pesar de padecer una enfermedad que pronto lo llevaría a la muerte y que lo obligaba a ocultarse ante la persona con la que hablaba, y a pesar de su débil tono de voz, podía irradiar tal sorprendente fuerza y determinación.

—Así que, para resumir —concluyó Amoldo de Torroja cuando había terminado de pensar mientras hablaba y pudo decir algo razonable—, sería bueno para los templarios tener un patriarca que fuese nuestro amigo y cosa mala tener uno que fuera nuestro enemigo. A la vez sería bueno para el reino de Jerusalén tener a un hombre de honor y de fe como el máximo guardián de la Santa Cruz y del Santo Sepulcro. Y sería una blasfemia tener a un pecador ocupando el mismo cargo de responsabilidad. No parece muy difícil suponer lo que Dios debe de opinar en este asunto.

—Puede ser. Pero ahora nos encontramos ante un poder superior al de Dios, es decir, ante mi madre Agnes —respondió el rey, tajante—. Ya sé que en realidad es el concilio de todos los arzobispos de Tierra Santa el que debe decidir y votar en este asunto. Pero resulta que muchos de estos hombres de Dios son fáciles de comprar. Así que, de hecho, lo decido yo, o vosotros y yo, o mi madre. Lo que quiero saber es si vosotros, los templarios, estáis por completo en contra de alguno de los candidatos.

—Un pecador a nuestro favor o un honrado hombre de Dios en nuestra contra, no es una decisión nada fácil, Sire —respondió Amoldo de Torroja, dócil. Si hubiera podido ver el futuro, habría dicho algo muy diferente.

—Bien —dijo el rey con un suspiro—. Entonces tendremos a un hombre poco habitual como patriarca, pues dejas la decisión en manos de mi madre. Si Dios es tan bueno como vosotros los templarios decís, ya enviará Sus rayos hacia este hombre cada vez que se acerque a un muchacho esclavo o a una mujer casada, o incluso a un asno. ¡Bueno! El segundo asunto del que quería hablar era el estado de la guerra. Como podéis comprender, todo el mundo me miente en eso, a veces puedo tardar hasta un año en enterarme de qué ha sucedido y qué no ha sucedido. Por ejemplo, lo que realmente pasó en la única victoria en las propias guerras que yo mismo he dirigido. Primero fui yo el gran vencedor en Mont Gisard, había testigos creíbles que habían visto a san Jorge cabalgar encima de mí en el cielo y no sé qué más. Ahora sé que fuiste tú el vencedor, Arn de Gothia. ¿Tengo razón en eso?

—La verdad es... —empezó a decir Arn, vacilante, pues ahora había recibido una pregunta directa del rey y Amoldo de Torroja no podía contestar en su lugar—... que en aquella batalla los templarios vencieron a tres o cuatro mil de las mejores tropas de Saladino. Y verdad es también que el ejército mundanal de Jerusalén derrotó a quinientos.

—¿Es ésa tu respuesta, Arn de Gothia?

—Sí, Sire.

—¿Y quién dirigió a los templarios en aquella batalla?

—Fui yo, con la ayuda de Dios, Sire.

—Bien. Entonces era tal y como pensaba. La ventaja de hablar con algunos templarios, y tú pareces ser uno de ellos, Arn de Gothia, es que recibes respuestas verdaderas. Así me gustaría vivir mis últimos años, pero dudo que me sea permitido. ¡Bueno! Explicadme ahora con brevedad la situación militar.

—Es una situación complicada, Sire... —empezó Amoldo de Torroja, pero fue interrumpido de inmediato por el rey.

—Perdóname, querido Gran Maestro, ¿pero no es ahora el Maestro de Jerusalén el mando militar más alto de vuestra orden?

—Sí, Sire, así es —contestó Amoldo de Torroja.

—¡Bien! —suspiró el rey con estruendo—. Dios, si yo pudiera relacionarme con hombres como vosotros, que decís la verdad. Entonces, querido Gran Maestro, ¿sería apropiado que le haga la pregunta a Arn de Gothia, sin ofender vuestras normas, vuestra honra y vuestro honor?

—Sería completamente apropiado, Sire —respondió Amoldo de Torroja, algo forzado.

—¡Bien! —dijo entonces el rey de forma intimidatoria.

—La situación se puede describir como sigue, Sire —empezó Arn, inseguro—. Nos enfrentamos al peor enemigo que la cristiandad ha tenido jamás, peor que Zenki, peor que Nur al-Din. Saladino ha unido a casi todos los sarracenos en nuestra contra y es un dirigente militar hábil. Ha perdido una vez, aquélla en que su majestad venció en Mont Gisard. Aparte de esa vez, ha vencido en todas las batallas de importancia. Debemos fortalecer el bando cristiano en todo Outremer, si no estamos perdidos, o encerrados en fortalezas y ciudades y así no podremos estar para siempre. Ésa es la situación.

—¿Compartes tú esa idea, Gran Maestro? —preguntó el rey con dureza.

—Sí, Sire. La situación es tal y como la ha descrito el Maestro de Jerusalén. Necesitamos refuerzos de todos nuestros países de origen. Saladino es muy diferente de todos los hombres a los que nos hemos enfrentado hasta el momento.

—¡Bueno! Así se hará. Enviaremos una embajada a nuestros países de origen, al emperador de Alemania, al rey de Inglaterra y al rey de Francia. ¿Tendrías, Gran Maestro, la bondad de formar parte de esa embajada?

—Sí, Sire.

—¿Aunque de ella forme parte el Gran Maestro Roger des Moulins, de los sanjuanistas?

—Sí, Sire. Roger des Moulins es un hombre extraordinario.

—¿Y con el nuevo patriarca de Jerusalén, aunque sea uno de éstos con los que deba ir con cuidado de noche?

—Sí, Sire.

—Bueno, pues excelente. Así será. Una pregunta más, ¿quién es el mejor caudillo

entre todos los caballeros mundanales de Outremer?

—El conde Raimundo de Trípoli y luego Balduino d'Ibelin, Sire —respondió Amoldo de Torroja con premura.

—¿Y quién es el peor? —preguntó el rey igual de prisa—. ¿Podría ser el querido marido de mi hermana, Guy de Lusignan?

—Comparar a Guy de Lusignan con alguno de los dos anteriores sería como comparar a David con Goliat, Sire —respondió Amoldo de Torroja con una ligera e irónica reverencia. Eso hizo pensar al rey y permaneció un breve rato en silencio.

—Así que dices, Gran Maestro, ¿que Guy de Lusignan podría vencer al conde Raymundo? —preguntó, divertido, al terminar de pensar.

—No he dicho eso, Sire. Como dice la Escritura, Goliat fue el mayor de los guerreros y David era sólo un muchacho inexperto. Sin la intromisión de Dios, Goliat vencería a David en mil de mil batallas. Naturalmente, si Dios apoya a Guy de Lusignan tanto como apoyó a David, Guy de Lusignan será invencible.

—¿Pero y si Dios le da la espalda en ese preciso momento? —preguntó el rey con una risa carraspeante.

—Entonces la batalla terminaría en menos de lo que vos tardáis en abrir y cerrar un ojo, Sire —respondió Amoldo de Torroja con una amable inclinación.

—Gran Maestro y Maestro de Jerusalén —dijo el rey tosiendo de nuevo y una señal que hizo que su esclavo nubio se acercara, apresurado—, con hombres como vosotros me gustaría hablar largamente. Mi salud me lo impide, os deseo a ambos la paz de Dios y una buena noche.

Se levantaron de sus blandos cojines de piel, se inclinaron y se miraron de reojo el uno al otro con preocupación con los estertores y gorjeos que se oían tras la tela de muselina que ocultaba al rey. Dieron media vuelta y salieron sigilosamente y con discreción de la habitación.

Para el padre Louis fue una gran sorpresa ser despertado bastante tiempo antes de laudes por Arn de Gothia, que había ido personalmente a buscarlo a él y al hermano Pietro para el canto matutino en el templo de Salomón. Los dos cistercienses fueron conducidos por su compañero caballero por un sistema laberíntico de pasillos y salas hasta que de repente, después de subir por una oscura escalera, aparecieron en el centro de la gran iglesia con cúpula de plata. Ya estaba llena de templarios y sargentos que, en silencio, se estaban colocando a lo largo de las paredes de la sala redonda. Nadie llegaba tarde. Al llegar la hora había unos cien caballeros y más del doble de sargentos vestidos de negro.

El padre Louis halló un gran placer en el canto matutino y quedó muy impresionado por la seriedad con la que cantaban aquellos luchadores; era una sorpresa que cantasen tan bien.

Después de laudes, en el Templum Salomonis, Arn de Gothia llevó a sus invitados a dar el paseo habitual que todos los visitantes de Jerusalén deseaban. Les explicó de pasada que era mejor dar esa vuelta por la mañana temprano, antes de que

hubiese demasiada aglomeración de peregrinos.

Volvieron por toda la zona templaria pasando por delante del Templum Domini con la cúpula de oro que Arn dijo que podían dejar para más tarde, pues precisamente ese día estaba cerrada para los peregrinos, ya que era día de limpieza y reparaciones. Salieron por el pórtico Dorado y subieron al monte Gólgota, que todavía estaba vacío de comercio y visitantes. Y los tres oraron largamente y con intensidad en el lugar donde el Señor había fallecido sobre Su cruz por los pecados del hombre.

Luego Arn llevó a sus visitantes a través del portón de San Esteban, de modo que llegaron directos a la Vía Dolorosa. Recorrieron con devoción el último camino de sufrimiento del Señor atravesando la ciudad que iba despertando hasta la iglesia del Santo Sepulcro, que todavía estaba cerrada y era vigilada por cuatro sargentos de la orden de los templarios. Los sargentos abrieron de inmediato y dejaron paso al Maestre de Jerusalén y a sus invitados religiosos.

Desde fuera habían visto la belleza de la iglesia, con sus bóvedas estilizadas del tipo con el que el padre Louis, y también Arn y el hermano Pietro se habían criado en sus monasterios. Pero por dentro la iglesia estaba sucia y desordenada, debido a que la compartían muchas orientaciones religiosas distintas.

Había una parte estridente con oro y una multitud de colores e imágenes ultrajantes que el padre Louis reconoció como el estilo hereje de la iglesia bizantina; había también otros estilos que no llegó a identificar. Arn explicó, como de pasada, que ése era el acuerdo que se tenía en Jerusalén, que todo tipo de cristianos tuvieran acceso al Santo Sepulcro.

Al bajar por la escalera de piedra a la cripta oscura y húmeda de Santa Helena se sintieron todos tan llenos de solemnidad que tuvieron escalofríos, incluso Arn parecía tan afectado como sus visitantes. Cayeron de rodillas ante la losa y rezaron en silencio cada uno por su parte sin querer ser ninguno de ellos el que primero se detuviese. Aquí estaba el alma de la cristiandad, éste era el lugar que había costado toda esa sangre durante tantos años, el Santo Sepulcro.

El padre Louis se sentía tan emocionado de ésta su primera visita al Santo Sepulcro que luego no lograba recordar muy bien cuánto tiempo habían permanecido allí abajo ni lo que en realidad había experimentado y qué visiones había tenido. Sin embargo, al parecer estuvieron allí un buen rato porque cuando salieron a la luz cegadora fueron recibidos por las quejas de un grupo malhumorado de personas a las que los cuatro sargentos no habían permitido entrar. El murmullo se desvaneció en cuanto vieron que era el mismísimo Maestre de Jerusalén que salía con dos clérigos.

De vuelta por la ciudad, Arn escogió otro camino diferente, más mundanal, el que iba desde el portón de Jaffa a través de los bazares hasta el cuartel de los templarios. Unos olores extraños y fuertes de especias, carne cruda, aves de corral de todo tipo, cuero quemado, telas y metal irritaban las narices desacostumbradas de los visitantes. El padre Louis pensó primero que toda aquella gente extraña que hablaban idiomas incomprensibles eran infieles, pero Arn le explicó que casi todos eran cristianos,

aunque procedentes de comunidades que habían existido en Outremer mucho antes de que llegaran los cruzados: eran sirios, coptos, armenios, maronitas y muchos otros de los que el padre Louis apenas había oído hablar. Arn explicó que existía una cruel historia que implicaba a todos esos cristianos. Porque cuando llegaron los primeros cruzados tampoco habían comprendido, al igual que el padre Louis y el hermano Pietro, que esas personas eran una especie de hermanos de fe. Puesto que por la apariencia no se los podía distinguir de turcos y sarracenos, fueron asesinados por los celotas cristianos en casi la misma extensión que los infieles. Sin embargo, hacía tiempo que esos malos tiempos habían pasado.

Cuando al final visitaron el Templum Domini vacío dentro del barrio templario, rezaron en la roca donde Abraham iba a sacrificar a Isaac y donde Jesucristo siendo niño fue consagrado a Dios.

Después de la oración, Arn llevó a sus invitados por la bellísima nave de la iglesia, pues incluso el padre Louis debía reconocer que era hermosa a pesar de toda la decoración extraña y ostentosa. Arn leía sin dificultad los textos de los infieles grabados en piedra o en oro y plata a lo largo de las paredes. Al preguntar el padre Louis por qué estos textos impíos no habían sido destruidos, Arn respondió con aparente despreocupación que para la mayoría de las personas no representaban un texto, pues los cristianos habitualmente no sabían leer el idioma del Corán y que por eso habían visto los textos como simples e insignificantes decoraciones. Y para quien pudiera leerlos, añadió, la mayor parte de su contenido coincidía a la perfección con la verdadera fe, pues en mucho los infieles alababan a Dios del mismo modo que los cristianos.

Primero el padre Louis se sintió enojado al oír cómo Arn describía con tanta frivolidad lo que era herejía, pero apretó con prudencia los dientes y pensó que debía de haber una gran diferencia entre los cristianos que llevaban mucho tiempo en Tierra Santa y quienes, como él mismo, llegaban por vez primera.

Ya había llegado la hora de cantar tercia y tuvieron que apresurarse para no llegar tarde al Templum Salomonis. Después del canto subieron a los aposentos privados del Maestre de Jerusalén, donde lo esperaban un gran grupo de visitantes que, a juzgar por sus muy diversas ropas, podían ser de todo, desde caballeros en Tierra Santa hasta artesanos y comerciantes infieles. Arn de Gothia se excusó alegando que tenía un asunto de trabajo que no podía esperar, pero que volvería a ver a sus invitados cistercienses después de cantar sexta.

Por tanto, se encontraron unas horas más tarde y Arn llevó a sus invitados afuera, a la galería abovedada que parecía el claustro de un monasterio cisterciense, donde hizo servir una bebida fresca hecha a base de algo que él llamaba limones. Por su parte, seguía bebiendo sólo agua.

Ahora el padre Louis tuvo la oportunidad de preguntar directamente si Arn estaba haciendo penitencia, a lo que recibió sólo una cauta afirmación. Sin embargo, Arn comprendió que tal vez debería explicarse un poco más y contó que se trataba de algo

que habría preferido confesarle a su más cercano y querido padre confesor, que se llamaba Henri y era abad en un lejano monasterio godo-occidental en Varnhem. Al padre Louis se le iluminó el rostro y explicó que él conocía bien a ese abad, pues se habían visto en varias ocasiones en Cîteaux en reuniones capitulares, y que el padre Henri había tenido muchas cosas interesantes que contar acerca de la conversión de los salvajes godos al cristianismo. Tenían un amigo en común y eso era algo que no podrían haber imaginado. ¡Qué pequeño era el mundo!

Para Arn fue como recibir un saludo desde casa y permaneció un rato pensativo perdido en recuerdos de Varnhem y de la Vitae Schola en Dinamarca y los pecados que había tenido que confesar al padre Henri, de los que, por difícil que fuera comprenderlo, el peor había sido que amase a su prometida Cecilia.

Al padre Louis no le costó lograr que Arn le explicase lo que le había sucedido desde que conoció a su padre confesor hasta que ahora, muchos años más tarde, estaba aquí en Jerusalén como templario. Tampoco el padre Louis, un habitual sanador de almas, tuvo problemas en ver el subyacente tono de tristeza que había en la historia de Arn. Se ofreció entonces a ocupar el puesto de su viejo padre confesor, pues a pesar de todo, él era lo más cercano al padre Henri que Arn podía esperar estando en Tierra Santa. Tras dudar un poco, Arn asintió y el hermano Pietro fue a buscar la estola, y luego los dejó solos en la galería abovedada.

—¿Y bien, hijo mío? —preguntó el padre Louis tras bendecir a Arn para la confesión.

—Perdonadme, padre, pues he pecado —empezó a decir Arn con un profundo suspiro como para tomar carrerilla en su sufrimiento—. He pecado gravemente contra nuestra Norma y eso es como si vos, padre, hubierais pecado contra las normas del monasterio. Además, he mantenido mi pecado en secreto y con ello lo he empeorado, y lo más grave es que encuentro una justificación para mi comportamiento.

—Entonces más vale que me digas de qué se trata para que lo pueda comprender y aconsejarte o perdonarte —contestó el padre Louis.

—He matado a un cristiano y además sucedió en un arrebato de cólera, eso es una cosa —empezó Arn, dudando un poco—. Lo segundo es que entonces se me habría retirado el manto y en el mejor de los casos se me habría puesto a limpiar letrinas durante dos años; en el peor de los casos, se me habría forzado a abandonar nuestra orden. Pero guardando mi pecado en secreto ascendí en grados en nuestra orden, de modo que ahora ocupo uno de nuestros cargos más altos del que por tanto no soy merecedor.

—¿Ha sido tu afán por el poder el que te ha llevado a cometer ese pecado? —preguntó el padre Louis, preocupado. Veía ante sí un caso de penitencia muy complicado.

—No, padre, puedo deciros con toda sinceridad que no es así —respondió Arn sin dudar—. Como podéis comprender, hombres como yo, en cierta medida, y desde luego hombres como Amoldo de Torroja, tenemos un gran poder dentro de nuestra

orden. Por eso es también importante qué tipo de hombres ocupan estos cargos, pues de ello puede depender toda la presencia de la cristiandad en Tierra Santa. Amoldo de Torroja es mejor Gran Maestre y yo soy mejor Maestre de Jerusalén que muchos otros hombres. Pero no es porque seamos más puros en nuestra fe que otros ni porque seamos mejores líderes espirituales ni mejores dirigiendo a muchos caballeros en los ataques, sino porque pertenecemos a los templarios que buscamos la paz antes que la guerra. Sin embargo, quienes buscan la guerra nos conducen hacia nuestra perdición.

—¿Así que defiendes tu pecado con la idea de que protege a Tierra Santa? —preguntó el padre Louis con una ironía apenas perceptible y que a Arn se le escapó por completo.

—Sí, padre, así es cuando intento ver hasta lo más profundo de mi conciencia —contestó.

—Dime, hijo mío... —prosiguió el padre Louis, vacilante—, ¿cuántos hombres has matado durante tu tiempo de caballero?

—Es imposible decirlo, padre. Diría que no menos de quinientos, ni más de mil quinientos. Pero no siempre sé lo que ocurre cuando acierto con una lanza o una flecha, yo mismo he sido herido ocho veces con tanta severidad por flechas que tal vez ocho sarracenos piensan que me han matado.

—Entre esos hombres que has matado, ¿ha habido más de un cristiano?

—Sí, seguro. De la misma manera que hay sarracenos luchando de nuestro lado, hay cristianos en el otro bando. Pero eso no cuenta, la Norma no prohíbe que disparemos a nuestros enemigos con flechas o les golpeemos con espadas o cabalgemos contra ellos con lanzas, y no podemos pararnos en cada momento a preguntar la fe de nuestro enemigo antes de alzar nuestras armas contra él.

—¿Entonces qué tenía precisamente el cristiano que mataste que haga que su muerte sea más pecaminosa que la de otros cristianos a los que has matado? —preguntó el padre Louis con una evidente confusión.

—Una de nuestras normas de honor más importantes dice lo siguiente —explicó Arn con un deje de pena en su voz—: «Cuando alces tu espada, no pienses a quién vas a matar; piensa a quién vas a salvar». He intentado vivir siguiendo esa norma y ésa era la que tenía en mi cabeza cuando tres locos recién llegados pretendían atacar y matar a mujeres, niños y ancianos indefensos que eran protegidos de la ciudad de Gaza. Entonces yo era señor de Gaza.

—¿Tenías derecho a defender a tus protegidos incluso ante cristianos? —preguntó el padre Louis con alivio.

—Sí, seguro. E intenté salvar a dos de ellos. Que murieran de todos modos no fue pecado mío, son cosas que fácilmente suceden cuando uno se enfrenta armas en ristre. Pero con el tercero fue peor. Primero le perdoné la vida, tal y como quería y debía hacer. Él me lo pagó matando a mi caballo delante de mí. Lo maté de inmediato en un arrebató de cólera.

—Vaya, eso estuvo mal —suspiró el padre Louis, que veía cómo se desvanecía su

esperanza de alcanzar una solución sencilla—. ¿Mataste a un hombre cristiano por un caballo?

—Sí, padre, ése es mi pecado.

—Eso está mal, realmente mal —asintió el padre Louis con tristeza—. Pero dime una cosa que tal vez no logre comprender. ¿Tienen los caballos alguna especial importancia para vosotros los caballeros?

—Un caballo puede ser un amigo más querido para un caballero de lo que son sus otros amigos caballeros —contestó Arn, afligido—. Tal vez a vuestros oídos eso parezca una locura o al menos blasfemia, padre, pero sólo puedo hablaros con toda sinceridad, tal y como son las cosas. Mi vida depende de mi caballo y de nuestra amistad. Con un caballo peor del que mataron ante mis ojos seguramente habría caído hacía mucho tiempo. Ese caballo me había salvado la vida más veces de las que puedo contar y éramos amigos desde que él y yo éramos jóvenes. Vivimos una larga vida guerrera juntos.

El padre Louis se sintió extrañamente conmocionado por esta infantil explicación de amor por un animal. Pero por su breve estancia en el centro del mundo ya había comprendido que allí había muchas cosas que eran diferentes, que tal vez en casa habrían sido pecado pero que no lo eran allí y al revés. Por eso no quería precipitarse y le pidió a Arn que lo dejase pensarlo hasta el día siguiente. Durante ese tiempo, Arn debía buscar de nuevo a Dios en su corazón y pedirle perdón por su pecado. Con eso se separaron para que Arn, con pasos notablemente pesados, fuese a encargarse de tareas que ya no podían esperar más.

El padre Louis se quedó en la galería reflexionando, no sin cierto placer, sobre los interesantes problemas que se le habían planteado. Al padre Louis le gustaban los huesos duros de roer.

A pesar de ser cristianos, los hombres de los que Arn de Gothia hablaba habían estado dispuestos a asesinar a mujeres y niños; al padre Louis no le había quedado claro que las mujeres y los niños eran beduinos, ya que Arn no se lo había explicado porque para él no tenía la misma importancia que para un recién llegado.

No era de imaginar que Dios deseara proteger a unos vándalos, siguió razonando el padre Louis. Por tanto, no era de extrañar que Dios interpusiese a un templario en el camino de los vándalos. Sin duda alguna, dos de ellos habían recibido el castigo que se merecían. Hasta aquí sin problemas.

Pero ¿matar a un hombre cristiano por culpa de un caballo sin alma y además en un arrebato de cólera? ¿Podría atacarse el problema intentando, al igual que el filósofo, ver lo provechoso que Dios pudo haber colocado sobre los platos de la balanza?

Si se daba por buena la explicación de Arn acerca del caballo, y había que hacerlo, entonces el animal había sido del agrado de Dios, pues había ayudado a su señor a matar a cientos de enemigos en su nombre. ¿Acaso no tenía entonces ese caballo tanto valor como al menos un hombre mundanal ordinario que hubiese

tomado la cruz y viajado a Tierra Santa con motivos tanto honrosos como otros menos honrosos?

La respuesta clara en el sentido teológico era que no. Sin embargo, matando precisamente a ese caballo, el vándalo había dañado la causa de Dios en Tierra Santa tanto como si hubiera matado a un caballero. Ese pecado había que colocarlo sobre los platillos de la balanza. A eso se debía sumar la intención del vándalo de matar a mujeres e niños inocentes por puro placer. Que Dios enviase Su castigo en forma de templario a un pecador así era fácil de comprender.

Ésa era la cara objetiva del asunto. Sin duda, surgían mayores complicaciones cuando uno se acercaba a la parte subjetiva. Arn de Gothia conocía la Norma y la infringió. No era un pecador inconsciente, estaba bien educado y hablaba un latín perfecto con un gracioso acento borgoñón que recordaba al amigo padre Henri, lo que naturalmente no era demasiado raro. No se podía pretender que el pecado de Arn de Gothia no fuese grande y no se le podía restar importancia debido a la ignorancia.

Sin embargo, esta vez el problema tenía una tercera faceta. El padre Louis había sido enviado en secreto como el informador del Santo Padre en Jerusalén. El Santo Padre tenía un gran problema porque todos los hombres eclesiásticos de Tierra Santa acudían a él constantemente quejándose los unos de los otros. Exigían excomulgar a los otros y solicitaban que cesasen excomuniones, se culpaban los unos a los otros de todo tipo de pecados y estaba comprobado que a menudo mentían. Resultaba especialmente confuso cuando Tierra Santa tenía más obispos y arzobispos que otros países. Y estar sentado en Roma intentando esclarecer qué era cierto de todas estas acusaciones cruzadas y qué no lo era se había convertido en algo casi imposible. Por eso el padre Louis había recibido la misión del Santo Padre de ser los ojos y los oídos de la Santa Sede en Jerusalén, pero era preferible no revelar ese secreto a nadie.

Había que preguntarse entonces, ¿qué resultaría mejor para esta misión, mantener a Arn de Gothia como Maestro de Jerusalén en el bendito ejército propio del Santo Padre, o hacer que lo cambiasen por cualquier otro hombre burdo e ignorante?

Esa pregunta era fácil de responder. Lo que mejor serviría la santa misión era que Arn de Gothia recibiera el perdón por sus pecados y pudiera conservar su papel de anfitrión con el padre Louis. Ante la gran e importante misión empalidecía incluso el pecado de haber matado a un cristiano miserable en un arrebatado de cólera. Arn de Gothia recibiría el perdón por sus pecados al día siguiente, pero el padre Louis también le explicaría esta interesante cuestión al mismísimo Santo Padre en su primera carta, de modo que pudiera darle a su perdón la bendición papal. Con eso ya había algo menos de lo que preocuparse.

Cuando Arn se reunió a la mañana siguiente con el padre Louis en el mismo lugar de la galería poco antes del laudes recibió el perdón por sus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y de la Santa Virgen. Pero justo cuando se arrodillaron para rezar juntos en acción de gracias, el padre Louis fue interrumpido por un grito lastimero y penetrante que cortaba el silencio. Había oído ese ruido de vez en cuando pero no se

le había ocurrido preguntar qué era.

Arn, al ver su confusión, lo tranquilizó explicando que sólo era el muecín de los infieles, que llamaba a su oración matutina y afirmaba que Dios es grande. El padre Louis perdió por completo el hilo del rezo cuando poco a poco comprendió que los enemigos infieles celebraban sus oraciones sacrílegas en medio de la ciudad más sagrada de Dios como si eso fuese lo más normal del mundo. Sin embargo, no quería abordar el problema en ese preciso momento.

Arn le dio las gracias a Dios por su misericordia. Pero no estaba tan impresionado, ni siquiera sorprendido, como era de esperar cuando tras un pecado así de grave recibía el perdón casi como si nada, con sólo otra semana a pan y agua.

Henri, el padre espiritual de Arn, le había perdonado severos pecados de ese tipo anteriormente, con la misma aparente ligereza. Ésa era la segunda vez que Arn recibía el perdón de sus pecados tras haber matado a un hombre cristiano. La primera vez, cuando el padre Henri lo perdonó, él era muy joven, poco más que un niño. Entonces se había defendido con tanto miedo y tan poca experiencia contra dos campesinos que habían intentado matarlo, que acabó matándolos a los dos. De alguna manera había podido justificarse con el hecho de que había sido culpa de los fallecidos y que la Virgen María había intervenido para salvar el amor de una joven doncella y otras cosas que Arn ahora apenas lograba recordar. Pero había sido perdonado.

El único pecado que no se le había perdonado de forma ligera seguía siendo el que contaba como su mayor pecado, haber amado a su prometida Cecilia también en carne poco antes de que eso hubiese tenido la completa bendición de Dios. Había cumplido casi veinte años de penitencia por ese pecado. Aun así, no lograría comprender jamás de forma sincera por qué precisamente ese pecado había sido el único de muchos que no se le pudo perdonar.

Del mismo modo le había sido imposible comprender cuál era la intención de Dios al enviarlo durante tanto tiempo a Tierra Santa. Había matado a muchos hombres, era cierto. ¿Pero realmente podía ser ésa la única intención de Dios?

El nuevo patriarca de Jerusalén, el más elevado de toda la cristiandad después del Santo Padre, era un hombre capaz de superar su mala reputación sin el más mínimo problema. El palacio del patriarca era anexo al palacio real y pronto fue conocido por todo Jerusalén como el lugar donde se convertía la noche en día. Pronto se le llamó la Patriarquesa a una de sus amantes más famosas, y la gente escupía tras su palanquín cuando iba de visita a la ciudad santa. La explicación más sencilla para que a la madre del rey, Agnes de Courtenay, no le molestase que su amante, el patriarca, tuviera además otras mujeres era que ella también tenía otros hombres.

En qué manera exacta se había realizado la elección del nuevo patriarca quedó sin saberse para siempre. El arzobispo William de Tiro, al que todo el mundo que comprendía algo de la lucha por el poder eclesiástico había visto como el claro sucesor en el alto cargo, no sólo perdió la batalla por la Santa Sede del patriarca

contra el pecaminoso y ocioso Heraclius. Además, tuvo que soportar el oprobio de ser excomulgado por una larga serie de supuestos pecados que era tan seguro que no había cometido como seguro era que el nuevo patriarca Heraclius los había más que superado.

El arzobispo William de Tiro, a quien la historia ha recordado por toda la eternidad mientras que ha corrido un discreto velo sobre las fechorías de Heraclius, tuvo que rebajarse a emprender un largo e incómodo viaje hasta Roma para hacer que el Santo Padre levantase la excomunión. Que lo iba a conseguir estaba claro para todo el mundo. Muchos asumían también, entre ellos el mismo Heraclius, que el arzobispo William, sabio y experimentado en asuntos eclesiásticos, también aprovecharía para sacar a la luz algún que otro asunto que podría hacer tambalearse al nuevo patriarca en su trono de Jerusalén.

Para desgracia de Tierra Santa, William fue envenenado al poco tiempo de llegar a Roma y los documentos que llevaba consigo desaparecieron sin dejar ni rastro.

Con eso Heraclius podía sentirse seguro en su trono como patriarca de Jerusalén. Ni siquiera Saladino comprendía lo mucho que esa jugada le favorecería.

La tregua que imperaba cuando asesinaron a William de Tiro fue ahora rota de una forma más que habitual. Reinaldo de Châtillon era incapaz de controlarse cuando vio todas las caravanas cargadas de riquezas que en su camino entre La Meca y Damasco pasaban por delante de su fortaleza Kerak, en Oultrejourdain. Retomó sus redadas de saqueo.

Pronto quedó claro que el enfermo y moribundo rey de Jerusalén era incapaz de controlar a su vasallo Reinaldo de ninguna de las maneras y por eso la guerra contra Saladino fue inevitable.

Saladino cruzó como hacía a menudo el río Jordán más arriba del mar de Galilea y empezó a saquear abriéndose camino hacia al sur por Galilea con la esperanza de obligar al ejército cristiano a una batalla decisiva.

Dado que el apuesto bufón Guy de Lusignan se había casado con la hermana del rey, era en la práctica el heredero de la Santa Sede. Por tanto, era también el mando supremo del ejército real, que por primera vez tuvo que dirigir contra el mismísimo Saladino. Su encargo no era fácil. No le habría resultado fácil ni siquiera al conde Raimundo de Trípoli que, más o menos reacio, se puso con sus caballeros bajo las órdenes de Guy, y también se les sumaron los templarios y los sanjuanistas con una gran cantidad de caballeros.

El Gran Maestre de los templarios había confiado el mando de éstos a su amigo Arn de Gothia. Los sanjuanistas eran liderados por el Gran Maestre Roger des Moulins. Cuando los cristianos y los sarracenos sostuvieron sus primeras escaramuzas en Galilea, todo el mundo abrumó al indeciso Guy de Lusignan con todo tipo de propuestas contradictorias.

Arn de Gothia, que de nuevo había obtenido permiso para utilizar a sus espías beduinos, dijo saber que lo que se había visto de las fuerzas del enemigo era sólo una

pequeña parte del resto que se hallaba fuera de la vista y que, por tanto, sería una locura atacar, ya que eso era precisamente lo que estaba deseando Saladino. Si por el contrario se mantenían a la espera y a la defensiva, los jinetes ligeros árabes tendrían problemas para atacar. Y si lo hacían por impaciencia, perecerían. Pues los cristianos se habían ido confiando cada vez más en llevar muchos soldados de infantería con arcos largos. Podían enviar nubes de flechas a larga distancia tan espesas que el cielo ensombrecía. Una fuerza árabe de jinetes ligeros que se metiese bajo una nube así sería liquidada antes de llegar a alcanzar el punto de poder atacar.

Algunos de los barones mundanales y el propio hermano de Guy, Amalrik Lusignan, que se había convertido en el segundo más alto del ejército real después de Guy, argumentaron en favor de una ofensiva inmediata con todos los jinetes, pues el enemigo estaba en clara inferioridad. También el hermano de la suegra de Guy, Joscelyn de Courtenay, había recibido un mando alto en el ejército real y también él quería atacar de inmediato.

Era de esperar que el Gran Maestro de los sanjuanistas, Roger des Moulins, contradijera por completo lo que dijeran los templarios. Pero él y Arn de Gothia habían mantenido una reunión en privado, por lo que se optó por decir que sería una locura ir a la ofensiva. Decía que corrían el gran peligro de caer en la misma trampa en la que cayeron en Marj Ayyoun.

El inseguro cortesano Guy de Lusignan se veía incapaz de tomar una u otra decisión en esta situación. Con el tiempo, la lucha quedó en nada, de modo que ninguno de los bandos venció. Saladino fracasó en su plan de conseguir una vez más que todos los jinetes pesados de los cristianos se lanzaran tras la aparente y fácil presa que se les pusiera a tiro, de modo que pudiera atraerlos hacia la trampa. Por otra parte, Saladino tampoco tenía planes de utilizar la táctica a la inversa, de enviar a jinetes ligeros a atacar a un ejército cristiano bien escudado.

Para Saladino esta guerra que no se llevó a cabo no significó apenas un problema. Nadie amenazaba su posición de poder, ni en El Cairo ni en Damasco, él no tenía ningún príncipe enfurecido ante quien dar explicaciones sobre una guerra fracasada. Y confiaba en que llegarían nuevas oportunidades.

Para Guy de Lusignan, las cosas estaban peor. Cuando Saladino al final se retiró sin que hubiese una batalla decisiva porque ya no podía seguir alimentando a su ejército, Galilea había sido saqueada de nuevo.

En la corte de Jerusalén, Guy de Lusignan tuvo problemas para defenderse ante todos los que estuvieron allí y decían saber exactamente cómo se habría vencido a Saladino si Guy no hubiera llegado a cometer la estupidez de confiar en templarios y sanjuanistas cobardes. Guy los tenía a todos en su contra, incluso su suegra Agnes parecía haberse convertido en un gran y experto oficial.

A estas alturas, el rey Balduino IV estaba ciego por completo y era incapaz de moverse solo. No podía protegerse de la impresión unánime que le daba el coro de plañideras. Guy de Lusignan era un chapucero indeciso y cobarde, y sería una

desgracia tener a un hombre así por rey.

Había que hacer algo y el tiempo apremiaba, pues la muerte le pisaba los talones al rey leproso. Nombró heredero del trono al niño de seis años, hijo de su hermana Sibylla y que también se llamaba Balduino. Y a Guy de Lusignan lo hizo conde de Ascalón y de Jaffa, pero con la condición de que el conde viviera en Ascalón y no siguiera infestando la corte de Jerusalén con su presencia. Con muchos resoplidos y duras palabras, Guy de Lusignan se mudó a Ascalón, llevándose consigo a Sibylla y a su hijo enfermizo.

Porque así era, el heredero del trono de seis años estaba tan enfermo que todo el mundo podía verlo. La estrategia del rey de convertir al niño en heredero del trono estaba más bien destinada a impedir que Guy de Lusignan ascendiese al trono.

Quedaba ahora en manos de Dios ver quién de los dos moría primero, si el veinticuatroañero rey Balduino o su homónimo de seis años de edad.

El padre Louis tuvo que esperar varios meses antes de que surgiese un momento oportuno en que el Gran Maestre de los templarios Arnolfo de Torroja y el Maestre de Jerusalén pudieran encontrarse con él a la vez en Jerusalén. Pasaban la mayor parte del tiempo fuera, de viaje, el Gran Maestre porque debía solucionar todos los asuntos delicados dentro de la orden, desde la cristiana Armenia, al norte, hasta Gaza, en el sur; Arn de Gothia porque siendo el comandante militar de rango más alto debía visitar constantemente las diferentes fortalezas de la orden.

Pero el padre Louis prefería elegir una ocasión en que pudiera reunirse con ambos y con cierta calma y tranquilidad. Su asunto era del tipo de los que pesaban mucho sobre los hombros de un solo hombre, y dos cabezas siempre pensaban mejor que una sola. Era inevitable que su secreto fuese revelado al exponer el asunto, quedaría claro que él no era un monje cualquiera de peregrinación, sino en realidad un informador especial enviado por el Santo Padre.

Era posible que Arn de Gothia ya lo hubiera descubierto, pues la hospitalidad de la que había disfrutado el padre Louis en Jerusalén superaba ya a esas alturas cualquier límite razonable. El padre Louis había podido residir en el barrio de los templarios en lugar de dirigirse al cercano monasterio cisterciense en el monte de los Olivos viviendo, por tanto, como preferiría cualquier informador secreto, literalmente en el corazón del poder.

Si Arn de Gothia había comprendido la naturaleza de la misión del padre Louis en la ciudad santa, tampoco resultaba tan extraño que hubiera extendido al máximo su hospitalidad. Pero el padre Louis no estaba seguro de la certeza de Arn de Gothia porque el curioso caballero le había cogido mucho cariño y lo buscaba a menudo para conversar tanto de asuntos eclesiásticos como mundanales, tal y como seguramente habría buscado a su viejo confesor, el padre Henri en el lejano monasterio godo-occidental, cuyo nombre el padre Louis había olvidado.

Arnolfo de Torroja y Arn de Gothia se sentaron como de costumbre con su invitado en la galería abovedada después de las completas a la luz del atardecer, y

empezaron a bromear acerca de la mezcla de olores y sonidos más y menos sagrados que tenía la ciudad, de modo que el tono de la conversación en un principio resultó un tanto alegre e inapropiado para lo que el padre Louis tenía que explicar.

Al ver a los dos altos templarios sentados el uno al lado del otro se sintió muy conmovido. En apariencia eran muy diferentes, uno alto, con los ojos oscuros y con el cabello y la barba negros, de temperamento impulsivo, bromista y agudo como un hombre de cualquiera de las grandes cortes del mundo. El otro era rubio con una barba casi blanca y los ojos azules muy claros, casi delgado en comparación con el forzudo Torroja, reflexivo y escueto y atrevido en muchos de sus comentarios. Por tanto, parecían la representación de lo inconciliable, el fogoso sur y el frío norte, sin embargo, igual de entregados a la causa, sin propiedades, sin otros objetivos con sus guerras que proteger la cristiandad y el Santo Sepulcro. San Bernardo debía de estar sonriendo desde el cielo al ver a esos dos hombres juntos, pensó el padre Louis, pues más cerca que eso no era posible llegar en el mundo tangible al sueño de Bernardo sobre la nueva orden castrense que lo sacrificaría todo por Dios.

A eso se añadía lo que le costaba más entender al padre Louis. Si a esos dos hombres, tan respetuosos y sabios en cuestiones espirituales, se les afeitaba las barbas y se les colocaba una capucha blanca de monje en lugar de sus blancos mantos de guerra con la cruz bermeja, ambos podrían haber estado sentados con toda naturalidad en cualquier claustro de cualquier monasterio junto con el padre Henri.

Pero existía una diferencia incomprensible. Esos hombres eran dos de los mejores guerreros del mundo. En el campo de batalla eran terribles, eso era lo que diría cualquiera que supiese algo acerca de cuestiones militares. Aun así, esas miradas suaves, esas delicadas sonrisas y su discreto tono de conversación, eso, precisamente eso, debía de ser la aparición que tuvo el venerable San Bernardo.

Para interrumpir el tono de conversación demasiado jovial con que había empezado la reunión, el padre Louis guardó silencio durante unos instantes, y rezó una breve oración con la cabeza gacha. Los otros dos captaron de inmediato la indirecta, callaron y se acomodaron de forma inconsciente para escuchar.

Había llegado el momento de decirlo.

El padre Louis empezó contando la verdad, que era un enviado especial del Santo Padre y que los cistercienses que con toda discreción habían ido y venido desde el primero que vino con él, Pietro de Siena, habían regresado todos directamente a Roma con cartas para el Santo Padre.

Sus dos oyentes no movieron ni una ceja al recibir la noticia, era imposible determinar si ya habían sospechado el secreto o si les era por completo desconocido.

También le traían de vuelta cartas del papa y de su cancillería en Roma. Y ahora se conocía a ciencia cierta un asunto especialmente desagradable. Al servicio del patriarca de Jerusalén, Heraclius, había un hombre que se llamaba Pleidión y que probablemente era un servidor desertor de la sacrílega iglesia de Constantinopla. No era fácil determinar con exactitud qué trabajo desempeñaba ese tal Pleidión a las

órdenes de Heraclius, pues parecía encargarse de lo uno y de lo otro, sobre todo con relación a las impronunciables actividades nocturnas que solían tener lugar en casa del patriarca.

Por primera vez, los dos oyentes del padre Louis alzaron las cejas como sorprendidos, bien por misma noticia acerca de Pleidión o bien porque el padre Louis hubiera logrado investigar a qué se dedicaba ese poco respetable personaje.

El padre Louis llegaba a la parte desagradable. El arzobispo William de Tiro había sido envenenado mientras estaba en Roma, poco antes de ser recibido en audiencia por el Santo Padre. Hacía tiempo que se sabía que se trataba de un asesinato, las pistas en la habitación del fallecido, así como el color de su cara cuando lo encontraron, lo habían evidenciado de forma clara y lamentable.

Sin embargo, ahora se sabía quién lo había visitado poco antes de que muriese: nada menos que el mismísimo Pleidión. Con eso se explicaba también la misteriosa desaparición de todos los documentos que el arzobispo llevaba consigo para preparar su audiencia.

Por parte de la Santa Sede no existía ya la menor duda de cómo estaban las cosas en este asunto. El enviado de Heraclius, Pleidión, había asesinado al arzobispo William Tiro por encargo.

Se había seguido investigando un poco acerca del pasado de Heraclius y se había descubierto que nació en Auvergne alrededor del año 1130 en una familia de clase baja. Había tenido como labor cantar en una iglesia de pueblo, pero aparte de eso no había sido nunca ordenado sacerdote ni monje, lo que por lo demás explicaba por qué el hombre no sabía hablar latín. Por tanto, había llegado entre el montón de aventureros a Tierra Santa, pero había preferido abrirse camino mintiendo en lugar de luchar. El padre Louis no tenía claros todos los detalles acerca de la ascensión del impostor al poder, pero sabía que sobre todo había logrado influencia a través de todas las amantes que había conquistado. Naturalmente, la más importante era la madre del rey, Agnes de Courtenay, pero seguro que su antecesora, Pasque de Riveri, la que fue rebautizada como «Madame la Patriarchesse», había sido también muy importante en la marcha del impostor hacia la segunda máxima dignidad eclesiástica en el mundo.

Summa summarum. El patriarca de Jerusalén era un impostor y un asesino. En este punto terminó la exposición del padre Louis sin haber mencionado nada acerca de qué había decidido el Santo Padre respecto al asunto.

—Desde luego es curioso lo que nos habéis contado, padre —dijo Amoldo de Torroja, pensativo y en voz baja—. Algo de lo que habéis explicado acerca de las malvadas habilidades de ese hombre ya nos era conocido. Sin embargo, el atroz hecho de que hubiese mandado asesinar por envenenamiento al reverendísimo William de Tiro es para nosotros una completa novedad. Y con eso llego a la pregunta evidente: ¿por qué nos lo contáis y qué queréis, o qué quiere vuestro alto patrón, que hagamos con esta información?

—Debéis tener la información, pero no debéis explicarla fuera del mismo rango que vosotros dos ocupáis —respondió el padre Louis, tenso, pues consideraba que eran unas instrucciones difíciles de transmitir—. Si por tanto alguien sustituye a Arn de Gothia, tú, Arnaldo, tendrás que informar a su sucesor del asunto. Y lo mismo por lo que se refiere a ti, Arn de Gothia.

—¿Es ésta la expresa voluntad del Santo Padre? —inquirió Arnaldo de Torroja.

—Sí, y por eso os entrego ahora esta bula —contestó el padre Louis, abrió su manto y sacó un rollo de pergamino con dos grandes sellos papales que colocó sobre la mesa vacía que los separaba.

Los dos templarios agacharon las cabezas en señal de sumisión. Arnaldo de Torroja tomó con movimientos lentos la bula y la guardó debajo de su manto. Luego permanecieron en un pesado silencio durante un rato.

—Como comprenderéis, padre, obedeceremos en lo que se nos ha exhortado desde la Santa Sede al pie de la letra —dijo Arnaldo de Torroja—. ¿Pero se nos permite preguntar algo más en cuanto a este asunto?

—Sí, por Dios, naturalmente tenéis permiso para hacerlo —respondió el padre Louis, santiguándose—. Pero como comprendo lo que piensas preguntar, te voy a contestar de inmediato. Ambos os preguntáis por qué el Santo Padre no actúa con mano de hierro en este asunto. Es eso lo que queréis saber, ¿verdad?

—Precisamente eso es lo que deseamos saber, si se nos permite —ratificó Arnaldo de Torroja—. Somos muchos quienes hemos comprendido que Heraclius es un impostor. Todo el mundo sabe que lleva una vida que no es propia de un hombre de la Iglesia. Nuestro Señor sabe que es una vergüenza para Jerusalén. Pero el cargo que ocupa hace que el único que pueda tocarlo sea el propio Santo Padre. Así pues, ¿por qué no excomulgar al impostor asesino?

—Porque el Santo Padre y sus altos consejeros han llegado a la conclusión de que dicha excomunión dañaría a la santa Iglesia romana mucho más que el daño ya cometido. El camino del impostor hacia el infierno será humanamente corto, pues ya tiene sesenta y siete años de edad. Si se lo excomulgase ahora, todo el mundo cristiano sabría que Tierra Santa ha tenido a un asesino, un impostor y un fornicador por patriarca. El daño de que se conociera una noticia de este tipo por toda la cristiandad sería imposible de reparar. Así que, por el bien de la Iglesia y por el bien de Tierra Santa..., ¡bueno, vosotros mismos os lo podéis imaginar!

Los dos templarios se santiguaron a la vez y de forma inconsciente al considerar lo que el padre Louis acababa de decir. Asintieron en silencio, desanimados, en señal de que cumplirían y de que no tenían nada más que preguntar ni replicar.

—Bueno, ése era el asunto del envenenamiento... —dijo el padre Louis en tono ligero casi como si bromease acerca de un asunto tan serio—. Entonces pasamos a la siguiente cuestión. No, no pongáis esas caras de horror, ésta es una cuestión muy diferente y aquí no hay una bula papal, pero sí hay, sin embargo, algunas confusiones. Es mi misión intentar sacar algo en claro. Si os parece bien iré directo al grano.

—Naturalmente, padre —contestó Arnaldo de Torroja haciendo un gesto con la mano sobre la mesa como si se esperase que apareciera cualquier diablillo—. Después de esto, tanto el hermano Arn como yo estamos bien curtidos. ¿Y bien?

—Se refiere a algunas cosas un tanto particulares de Jerusalén —empezó diciendo el padre Louis un poco inseguro, pues no sabía cómo exponer su problema de forma educada pero firme—. Tengo entendido que permitís que infieles recen dentro de vuestra jurisdicción en Jerusalén e incluso anuncien de forma bastante estruendosa al entorno cuándo piensan poner en práctica su infidelidad. Pues así es como están las cosas, ¿verdad?

—Sí, es correcto. Así es como están las cosas —respondió Arn cuando Arnaldo de Torroja mostró con un gesto que sería él quien se enfrentaría a este problema.

—Tengo entendido que ambos sois muy devotos —prosiguió el padre Louis con amabilidad—. Sería una falta de respeto argumentar que precisamente vosotros dos no seáis los primeros defensores de la cristiandad. Creo que os conozco lo suficiente para afirmar que es todo lo contrario.

—Sois demasiado generoso con nosotros, padre —respondió Arn—. Cierto es que lo hacemos lo mejor que podemos, pero parece que lo veáis como una paradoja. Nosotros, que defendemos la fe pura espada en mano, nosotros, que matamos a miles y miles de infieles, ¿cómo podemos permitir sus ruidosas oraciones incluso en el corazón de la orden de los templarios?

—Sí, algo así —confirmó el padre Louis, incómodo por no haber formulado él mismo la pregunta antes de que lo hubieran hecho por él.

—Como os dije antes, padre —prosiguió Arn—, la regla más preciada de nuestra orden es la que dice: «Cuando alces tu espada, no pienses a quién vas a matar; piensa a quién vas a salvar». Esa regla no existe sólo para conservar la calma de nuestra mente, no está sólo para mantener alejados los peores pecados posibles, como matar en un arrebato de cólera. La cuestión tiene, además, otro aspecto muy diferente. Los sarracenos nos superan en miles aquí en Outremer. Ni siquiera si pudiéramos matarlos a todos sería demasiado sensato, pues entonces nos moriríamos de hambre. No llevamos ni cien años dominando Tierra Santa y nuestra intención es quedarnos aquí para siempre, ¿no es cierto?

—Sí, podría expresarse de ese modo —afirmó el padre Louis, impaciente, a la espera de respuestas más exhaustivas.

—Una parte de los cristianos luchan en el bando de los sarracenos. Muchos infieles luchan en nuestro bando, la guerra no es Alá contra Dios, pues es el mismo dios. La guerra es el bien contra el mal. Muchos de nuestros amigos en el comercio, las caravanas y el espionaje son infieles, al igual que nuestros médicos. Exigir su conversión en el mismo instante que empiezan a trabajar para nosotros sería como salir al campo y decirles a los campesinos palestinos que se dejen bautizar. Es imposible y también presuntuoso. O tomemos por ejemplo un caso como nuestro comercio con Mosul, que todavía no se ha incorporado al reino de Saladino. Una

caravana tarda dos semanas en hacer el viaje entre Mosul y San Juan de Acre, que es el puerto de salida más importante para la tela de Mosul, la que llamamos muselina. En San Juan de Acre los comerciantes de Mosul tienen lugares de oración propios, una mezquita y el minarete desde donde se anuncia el momento de oración, como también tienen un serrallo para las caravanas y una taberna propia para comer y beber lo que es apropiado para ellos. Si queremos interrumpir todo el comercio con Mosul y además lanzar su atabeco turco a los brazos de Saladino, pues naturalmente deberíamos afeitar a la fuerza las barbas de los comerciantes y bautizarlos mientras se resisten con pataleos y quejas. Nosotros no consideramos que un acto de ese tipo sea lo mejor para Tierra Santa.

—¿Pero acaso es bueno para Tierra Santa soportar la depravada infidelidad en medio de la más sagrada de las ciudades? —preguntó el padre Louis, dudoso.

—¡Sí, lo es! —respondió Arn, escueto—. Vos, padre, sabéis, y yo también lo sé, que la verdadera doctrina de Dios es la nuestra. Vos estáis dispuesto a morir por la doctrina verdadera y yo he jurado hacerlo en cualquier momento que se me pida. Nosotros sabemos lo que es la verdad y la vida. Por desgracia, nueve décimas partes de la población de aquí de Outremer no lo saben. Pero si no nos echa Saladino ni ninguno de sus sucesores, ¿cómo será entonces esto dentro de cien años? ¿Y dentro de trescientos años? ¿Y dentro de ochocientos?

—¿Tú crees que a la larga vencerá la verdad? —preguntó el padre Louis con un inesperado destello de picardía en los ojos en medio de toda esa seriedad.

—Sí, eso es lo que creo —contestó Arn—. Podemos conservar Tierra Santa con la espada, pero no para siempre. Sólo cuando no necesitemos las espadas habremos vencido de verdad. Todos los pueblos parecen sentir la misma gran animadversión a ser convertidos a la fuerza. El comercio, el diálogo, las oraciones, unos buenos predicadores y la paz suelen tener un efecto mejor.

—¿De modo que para vencer la herejía debemos permitirla? —reflexionó el padre Louis—. Si esas palabras hubieran salido de la boca de un monje estilista en Borgoña, posiblemente habría considerado su planteamiento infantil, pues él no tendría conocimiento del poder de la espada. Pero si vosotros dos, precisamente vosotros dos, que sabéis más de la espada que ningún otro cristiano, pensáis eso... Por cierto, ¿es ésa también tu idea, Gran Maestro?

—Sí. Tal vez yo habría intentado explicarlo con más palabras que mi amigo Arn —respondió Arnaldo de Torroja—, pero en síntesis habría dicho lo mismo.

—Hay una cosa más que debéis saber, ya que estamos hablando de este asunto —dijo Arn con cuidado al ver que su Gran Maestro no pensaba añadir nada más—. Hace una semana recibí una visita del rabino superior de Bagdad. Sí, allí es donde los judíos tienen su mayor congregación en todo Outremer, y el rabino me pidió que les permitiera rezar en el muro occidental. Creen que es un resto del templo del rey David o algo así. Tal vez sepáis que los judíos no han rezado aquí en Jerusalén durante los últimos ochenta y siete años...

—No, no lo sabía. ¿Viven muchos judíos en la ciudad?

—Sí, unos cuantos, son buenos artesanos del metal. ¿Pero sabéis, padre, lo que pasó con los judíos cuando nuestros hermanos cristianos liberaron la ciudad?

—No, pero por tu pregunta comprendo que no pudo ser nada bueno.

—Habéis comprendido bien. Todos los judíos se refugiaron en la sinagoga cuando nuestros liberadores entraron en la ciudad. Fueron quemados junto con la sinagoga. Todos fueron quemados ahí dentro, hombres, mujeres, niños...

—No puedes reparar ese daño, permitiendo que otra fe herética campe a sus anchas en torno al Santo Sepulcro —repuso el padre Louis, reflexivo—. ¿Cuál fue tu respuesta a ese rabino supremo?

—Le di mi palabra de que mientras yo sea Maestro de Jerusalén los judíos podrán rezar cuanto quieran junto al muro occidental —respondió Arn rápidamente.

El padre Louis comprendió de inmediato por el silencio del Gran Maestro que éste ni siquiera había contrariado la atrevida y arbitraria decisión de Arn de Gothia en cuanto a la cuestión de los judíos. Claro que era coherente, pensó también el padre Louis. Plantearse qué herejía era peor, si la judía o la sarracena, tenía una importancia secundaria. Pero esta cuestión no sería fácil de explicar en la Santa Sede.

—Si mi alto patrón encontrara errónea tu generosa promesa a los judíos, ¿qué harías entonces? —preguntó el padre Louis, severo y con énfasis.

—Nosotros los templarios obedecemos al Santo Padre y únicamente a él. ¡Lo que él decida lo obedeceremos in absolutum! —contestó Arnaldo de Torroja con ímpetu.

—Nuestro reverendísimo patriarca ya se ha quejado de las oraciones de los sarracenos —añadió Arn con una media sonrisa—. Dice que el muecín molesta su sueño nocturno. Sin embargo, precisamente en su caso, una afirmación de ese tipo parece una exageración considerable.

El padre Louis fue incapaz de contener la risa ante esta referencia a las costumbres nocturnas de archipeccador, tal vez fuera ésa la intención de Arn. Y con esa broma se cortó el ambiente cargado de seriedad, posiblemente también de acuerdo con la intención de Arn.

—Debo reconocer que comprendo vuestro agradecimiento por obedecer sólo al Santo Padre y no a cierto patriarca —rió ahogadamente el padre Louis con satisfacción—. Pero dime, querido Arn, ¿esperas poder convertir también a los judíos dentro de ochocientos años?

—Creo que los judíos serán un hueso todavía más duro de roer —respondió Arn con el nuevo ligero tono de conversación que sus risas habían desatado—, pero aún hay más. Los judíos son fuertes en Bagdad, la ciudad del califa. En realidad, el califa es el superior de Saladino y tiene muchos consejeros judíos...

—¿El califa?...

—Sí, el califa. Se dice que sucede al profeta Mahoma, la paz lo acompaña... ¡ejem! Se dice que es el sucesor del Profeta, por eso está por encima de todos los seguidores de Mahoma. Sin embargo, su apoyo a Saladino ha sido poco entusiasta. Lo que no

necesitamos es un fuerte partidario de la yihad, de la guerra santa, también en Bagdad.

—Es bueno dejar rezar a los judíos en el muro occidental para dividir a los sarracenos, ¿es eso lo que quieres decir? —preguntó el padre Louis, frunciendo el ceño. De repente había comprendido que sabía muy poco acerca de algunas cuestiones que para los templarios resultaban evidentes.

—Sí —contestó Arn—. Pero eso no es todo. Nuestras propias cruzadas sagradas, nuestra guerra santa, comenzaron porque a nuestros peregrinos no les estaba permitido acceder a los Santos Lugares. ¿Y si ahora tanto los judíos del califa como los infieles sarracenos pudieran rezar en nuestra ciudad? ¡Pensadlo, padre! Realmente os pido que no os precipitéis y digáis algo de lo que tal vez luego podáis arrepentiros, recordad lo que nuestro más mayor erudito tanto vuestro como mío, san Bernardo, decía de los judíos: «Quien pega a un judío ha pegado al Hijo de Dios». Lo que quiero decir es sencillo. Queremos conservar esta ciudad por toda la eternidad. ¿Qué podría ser entonces mejor que convertir la yihad de nuestro enemigo, su guerra santa, en algo impío?

—Y tú, Arnaldo, ¿eres de la misma opinión? —preguntó el padre Louis con cuidado.

—Sí, pero es algo que requiere mucha reflexión —contestó Arnaldo de Torroja sin dudar—. Si me disculpáis, padre, creo que hace falta llevar mucho tiempo viviendo en Outremer para poder comprenderlo del todo. Por mi parte, llevo aquí luchando trece años, mi amigo Arn lleva bastante más. Los dos sabemos que hombres como Saladino y quienes lo sucedan pueden poner ante nosotros más guerreros de los que a la larga tengamos tiempo de matar. Así ha sido desde que Saladino unificó en contra nuestra a casi todos nuestros enemigos. Antes, cuando luchaban más entre sí que contra nosotros, la cosa era diferente. Pero, padre, examinad con detalle vuestro corazón y preguntéis si preferís que gente como Arn y como yo y todos los que son como nosotros y todos nuestros hermanos acabemos muriendo porque la espada ha sido nuestra única arma. ¿O queréis que nosotros los fieles permanezcamos por toda la eternidad en el Santo Sepulcro, donde vos mismo habéis podido rezar?

—Gran Maestro, ¡lo que dices roza la blasfemia! —exclamó el padre Louis, estupefacto—. ¿No iba Dios a protegernos a nosotros, que hemos sacrificado tanto por liberar Su tumba? ¿No iba Dios a estar de nuestro lado en la guerra santa en el mismo momento en que lleváramos con nosotros la Santa Cruz a la batalla? ¿Cómo puedes hablar de estas cosas como si estuvieran fuera de la fe, como si fueran pequeñas cuestiones prácticas en una disputa entre príncipes?

—Porque las cosas también son así, padre. Mirad a vuestro alrededor. Estamos en completa minoría en hombres con espada, caballo o arco. Es un hecho, no una blasfemia. El enemigo tiene en Saladino a un gran líder. ¿Qué tenemos nosotros? ¿A Agnes de Courtenay o a su amante, el asesino e impostor Heraclius? ¿O al inútil comandante Guy de Lusignan? Ésa es la verdad del mundo terrenal. Desde luego, la

verdad del mundo espiritual es más amarga aún, pues los cristianos son dirigidos por un grupo de archipeccadores, traidores, prostitutas y practicantes de todo tipo de pecados impronunciados. No puedo adivinar la voluntad de Dios al igual que vos o cualquier otro hombre. Pero si en este preciso momento Dios no se enfureciese por todos nuestros graves pecados, entonces si me sorprendería mucho. Para decirlo en pocas palabras, padre, corremos el riesgo de perder Tierra Santa porque nuestros pecados nos quemarán como el fuego eterno. Ésa es la verdad.

En el año de gracia de 1184, tres años antes del castigo enfurecido de Dios a los cristianos de Tierra Santa, el Gran Maestro de la orden de los sanjuanistas, Roger des Moulins, y el Gran Maestro de la orden de los templarios, Arnaldo de Torroja, iniciaron un largo viaje junto al patriarca de Jerusalén, Heraclius, para intentar convencer tanto al emperador de Alemania como al rey de Francia y al rey de Inglaterra de que emprendieran nuevas cruzadas y enviaran nuevos ejércitos para defender Tierra Santa contra Saladino.

La posteridad desconoce si Arnaldo de Torroja entonces advirtió a su alto hermano de la orden de los sanjuanistas del escorpión, Heraclius, que ambos llevaban como compañía de viaje.

Sin embargo, se sabe que su largo viaje les reportó algo de dinero, especialmente por parte del rey de Inglaterra, que pensó que de algún modo podría remediar el asesinato del obispo Thomas Becket mediante la donación de una gran cantidad a cambio de la indulgencia. Pero el dinero estaba lejos de ser la mayor necesidad, en concreto para la orden de los templarios, que era más rica que el rey de Inglaterra y el rey de Francia juntos. Lo que se habría necesitado era comprensión en los países de origen de que esta vez la situación era de veras difícil, que Saladino no era como sus antecesores. Lo que ante todo se habría necesitado eran refuerzos.

Pero era como si en los países natales se hubieran acostumbrado desde hacía tiempo a que Tierra Santa fuera propiedad del mundo cristiano. Tomar la cruz y salir a liberar un país que desde hacía tiempo era libre no parecía la misión más importante para un cristiano.

Y para quienes, como la mayoría de los cruzados del último siglo, querían viajar a Tierra Santa para saquear y enriquecerse, era bien conocido que pocos se salían con la suya. En los tiempos que corrían, Tierra Santa era propiedad de unos barones locales que tenían poca comprensión por las necesidades de enriquecerse de los cruzados recién llegados a costa de sus hermanos cristianos.

Así que la embajada de Tierra Santa logró reunir una cierta cantidad de dinero. Pero no logró un emperador alemán a la cabeza de un nuevo y gran ejército que podría haber equilibrado la balanza contra Saladino. Con menor motivo acudiría un rey inglés o francés, pues ambos luchaban por las mismas tierras y consideraban que sería un error marcharse fuera a cumplir una misión sagrada dejando su propio país de la mano de Dios.

Con toda la razón y comprensiblemente, Arnaldo de Torroja desconfió mucho del

impostor, asesino y patriarca de Jerusalén durante ese largo viaje, en especial cuando los dos sabían de qué pie cojeaba el otro. Arnolde de Torroja pertenecía a quienes eran acusados de cobardes por sus adversarios en la corte, pues muchas veces había reconocido de forma abierta que sería mejor negociar y entenderse con Saladino que librar una guerra eterna.

Heraclius se contaba a sí mismo como parte del bando valiente y de principios firmes, entre amigos como Agnes de Courtenay, su hermano el conde Joscelyn de Courtenay y hasta cierto punto también el perdedor de la corona, Guy de Lusignan y su ambiciosa esposa Sibylla.

Pero por muy desconfiado que fuese Arnolde de Torroja al viajar en compañía de un asesino envenenador, acabó muriendo igualmente envenenado en aquel viaje. Fue enterrado en Roma.

En aquel momento sólo tres hombres en el mundo entero pudieron sospechar, o incluso más que sospechar, lo que había sucedido. El primero de ellos era el nuevo papa, Lucio III, que con toda seguridad había recibido suficiente información de los archivos papales por parte de manos serviciales. El segundo era el Maestre de Jerusalén, Arn de Gothia, que en ausencia de un nuevo Gran Maestre llegó por un tiempo a ser el mando más alto de la orden de los templarios. El tercero era el padre Louis.

Heraclius no sólo había asesinado a un arzobispo, sino también a un Gran Maestre del Sagrado Ejército de Dios.

Pero las novedades buenas y malas como ésta viajaban despacio en aquellos tiempos, en particular durante el otoño, cuando el tráfico marítimo solía limitarse al mínimo. Arn recibió la información acerca del asesinato de su Gran Maestre directamente del padre Louis cuando uno de sus cistercienses en constante viaje llegó de Roma tras una travesía muy complicada.

Ambos se sintieron desolados por la noticia. Arn afirmó desesperado a gritos que ahora o nunca había que excomulgar al asesino. Entonces el padre Louis señaló apenado que tal vez ahora fuese todavía más complicado. Si Lucio III excomulgaba a Heraclius por el asesinato anterior, del que estaban seguros, también delataría a su antecesor Alejandro III por la equivocación cometida. No era de esperar que el nuevo Santo Padre optara por ese camino.

«¡Cuántos asesinatos hacen falta para optar por un camino así!» —se preguntó Arn, desesperado, sin obtener respuesta. ¡Así que un asesino, un fornicador, un impostor y una desgracia para Tierra Santa disfrutaría de cada vez mayor protección cuantos más crímenes detestables cometiese!

Tampoco a esa pregunta obtuvo respuesta alguna. Sin embargo, por un tiempo rezaron mucho juntos, pues ambos compartían un pesado secreto.

Pero también tenían ambos mucho trabajo con el que olvidar sus penas. Con la ayuda de Arn, el padre Louis había logrado colarse en la corte de Jerusalén, por donde podía rondar aparentando ingenuidad aunque tuviera los oídos bien abiertos.

Como Arn era la autoridad suprema entre los templarios, había recibido la doble misión de encargarse tanto de los asuntos de Jerusalén como de los negocios de toda la orden. Aunque esa última misión consistiera sobre todo en firmar documentos y avalarlos con sellos, todo este trabajo le requería tanto tiempo como dedicación.

Al llegar el siguiente invierno, el rey Balduino IV hizo llamar a todo el Alto Consejo de Outremer para pronunciar su última voluntad, lo cual significaba que todo barón de importancia de Tierra Santa, del condado de Trípoli, del principado de Antioquia y el único soberano cristiano de Oultrejourdain, Reinaldo de Châtillon, debían viajar a Jerusalén. Reunirlos a todos tomaba su tiempo y durante esta espera Arn se vio más o menos convertido en posadero. La orden de los templarios tenía la mayor cantidad de habitaciones para invitados y las salas más grandes de Jerusalén, por lo que por ejemplo se finalizaba toda nueva coronación con un gran banquete precisamente en casa de los templarios. El palacio real no habría dado jamás abasto.

El día antes de que el rey pronunciara su última voluntad, Arn organizó, como era tradición, una gran comida en la sala de caballeros de los templarios que estaba situada en la misma planta que sus propios aposentos. Pero para la sala de caballeros había entradas y salidas especiales pasando por una ancha escalera de piedra desde el muro occidental, de modo que los invitados seculares no violasen la armonía al entrar y salir. Había sido un sabio arreglo, pensó Arn al ver la horda de invitados vociferantes y en muchos casos ya borrachos que subían en tropel por la escalera.

La sala de caballeros estaba adornada con los estandartes y los colores de los templarios y sobre el centro de la mesa larga, encima del lugar del rey, pendían los banderines conquistados a Saladino en Mont Gisard. Por lo demás, la decoración de la sala era austera, paredes blancas y mesas negras de madera.

A lo largo de la mesa estaba sentada la familia real en los lugares principales del centro, rodeados por los terratenientes y los barones que les eran cercanos. Desde ambos extremos de la mesa larga se desdoblaban dos mesas más pequeñas y a una de ellas estaban sentados, como solía ser costumbre, hombres de Antioquia y de Trípoli con el príncipe Bohemundo y el conde Raimundo en el centro.

En la mesa de enfrente estaban templarios y sanjuanistas. Era precisamente en esa mesa donde se veía algo diferente de lo habitual, pues Arn lo había arreglado de modo que allí hubiera la misma cantidad exacta de sanjuanistas y de templarios, sentados de forma alterna y ocupando él mismo y Roger des Moulins, el Gran Maestre de los sanjuanistas, el centro. Era un cambio que llamaba la atención, pues hasta entonces los templarios siempre habían remarcado que los sanjuanistas no eran muy bien recibidos en su casa.

Arn le explicó a Roger des Moulins que ese cambio se debía a que él mismo nunca había comprendido ese sentimiento de enemistad que existía hacia los sanjuanistas. Además, la única vez que había sido su huésped en la fortaleza de Beaufort, sus anfitriones lo habían tratado extremadamente bien y había recibido un apoyo generoso al trasladar a sus hombres heridos a otro sitio. Posiblemente

justificase su manifiesto gesto amistoso con estos inocentes motivos porque quería que su Gran Maestre, si lo deseaba, pudiera elegir entre dar o no otro paso hacia el acercamiento entre las dos órdenes. La solidaridad entre los mejores caballeros cristianos resultaba ahora más importante que nunca.

Tal y como había deseado Arn, Roger des Moulins aprovechó pronto la oportunidad para hablar seriamente con él mientras iban comiendo carne de cordero y verduras y bebían vino, aparentando conversar de temas inocentes como suelen hacer los comensales.

Roger des Moulins señaló hacia los asientos reales de la mesa larga que estaban situados bajo los banderines conquistados a Saladino y dijo que ahí estaban los hombres, y desde luego las mujeres, que llevaban en su interior la perdición de Tierra Santa. Como dándole la razón en ese momento, se levantó trastabillando el patriarca Heraclius, que se trasladó con una copa de vino, salpicando y con alegre charla, al lugar vacío del rey, donde se sentó sin vergüenza alguna al lado de su vieja amante Agnes de Courtenay.

Los dos hermanos de alto rango intercambiaron una mirada de desprecio. Arn se apresuró a retomar las ideas que Roger des Moulins había puesto sobre la mesa acerca de un acercamiento entre ambos y dijo que por su parte opinaba que las dos órdenes de caballeros espirituales tenían ahora cada vez más responsabilidad sobre Tierra Santa, dada la pésima situación en la corte real. Por eso había que procurar dejar pronto a un lado todas las diferencias sin importancia, fuesen cuales fuesen los pequeños desacuerdos que pudiera haber entre ellos.

Roger des Moulins asintió, y fue más allá cuando propuso que se debía convocar cuanto antes una gran reunión entre los hermanos de orden superiores de los sanjuanistas y los templarios. Tras haberse puesto de acuerdo en este punto, Arn preguntó cauteloso acerca de la repentina muerte de Arnaldo de Torroja en Verona.

A Roger des Moulins el abrupto cambio de conversación pareció cogerlo desprevenido, y quedó primero en completo silencio mirando a Arn de forma larga e inquisitiva. Luego dijo sin rodeos que en aquel viaje él y Arnaldo habían estado de acuerdo en casi todo lo referente al futuro de Tierra Santa y también acerca de lo que se había hablado ahora de buscar caminos para dejar a un lado las viejas disputas entre templarios y sanjuanistas. Pero siempre les había molestado Heraclius con exposiciones de lo más infantiles, diciendo que quien dudase en acabar con todos los sarracenos era un cobarde. Peor aún, el depravado fornicador había tenido la desfachatez de decir que Roger des Moulins y Arnaldo de Torroja se interponían en el camino de la voluntad de Dios, que siendo traidores y blasfemos era de esperar que dejarían pronto este mundo.

Y puesto que Arnaldo de Torroja de hecho había dejado este mundo poco después, y de un modo que poco señalaba la voluntad de Dios, a continuación Roger des Moulins había tenido mucha precaución con lo que comía y bebía en presencia del archipeccador Heraclius. El caso era que ciertamente tenía sus sospechas, por eso

le preguntó ahora a Arn si él sabía algo que pudiese arrojar un poco de luz sobre esas sospechas.

Arn estaba obligado a guardar silencio en este asunto por orden directa del Santo Padre, pero aun así halló un modo de contestar sin tener que hacerlo.

—Mis labios están sellados —dijo.

Roger des Moulins asintió con la cabeza en silencio, y no tuvo necesidad de seguir preguntando.

Al día siguiente se presentaron de nuevo todos los invitados en la misma sala de caballeros, para oír la última voluntad del rey Balduino IV, algunos de ellos con ojos enrojecidos y malolientes tras haber estado bebiendo durante toda la noche.

Los presentes en la sala se pusieron de pie cuando el rey entró, introducido en un pequeño cajón cubierto, tan pequeño que sólo podría alojar a un niño. El rey ya había perdido ambas piernas y brazos y estaba completamente ciego.

La caja con el rey fue colocada sobre un trono demasiado grande que había sido llevado a la sala y, delante de él, en el espacio que quedaba libre en el trono, se colocó la corona real.

El rey empezó a hablar con voz débil, probablemente sólo para demostrar que podía hablar y que estaba en plena posesión de sus facultades. Pero pronto apareció uno de los escribanos de la corte, y no uno de sus parientes, que ya habían empezado a poner caras raras, para leer en voz alta lo que el rey quería dejar dicho y lo que ya había dejado por escrito y refrendado por el sello real.

El sucesor en el trono sería a partir de ese momento el hijo de su hermana Sibylla, Balduino, de siete años de edad.

Como regente de Tierra Santa hasta la mayoría de edad del niño, a los diez años, designaba al conde Raimundo de Trípoli.

Se establecía de forma especial que Guy de Lusignan no podría ser regente ni sucesor en el trono bajo ningún concepto.

Como un modesto agradecimiento por los favores que el conde Raimundo ahora por segunda vez dispensaba a Tierra Santa como regente, podría incluir la ciudad de Beirut bajo el condado de Trípoli.

El niño y sucesor en el trono, Balduino, sería educado y cuidado hasta el día de su mayoría de edad por el tío del rey, Joscelyn de Courtenay.

Si el niño y sucesor en el trono falleciera antes de los diez años de edad, un nuevo heredero del trono sería designado de común acuerdo por el Santo Padre de Roma, el emperador germano-romano, el rey de Francia y el rey de Inglaterra.

Hasta que ellos cuatro designasen un nuevo sucesor en la Santa Sede, el conde Raimundo de Trípoli continuaría ejerciendo de regente de Tierra Santa.

Ahora el rey exigía de cada uno que él o ella se acercase y prestase el juramento ante Dios de que obedecería esta última voluntad del rey.

Algunos de la sala prestaron el juramento aliviados y sin poner caras raras, como hicieron el mismo conde Raimundo, su buen amigo el príncipe Bohemundo de

Antioquia, Roger des Moulins, que juró por cuenta de todos los sanjuanistas, y Arn de Gothia, que lo hizo por todos los templarios.

Algunos otros, como el patriarca Heraclius, la madre del rey, Agnes de Courtenay, su amante Amalrik de Lusignan y el tío del rey Joscelyn de Courtenay, prestaron el juramento con menos franqueza. Pero al final juraron todos ante Dios que acatarían la última voluntad del rey Balduino IV. Por última vez fue retirada de la vista de todos la pequeña caja con los restos y la última y débil llama de vida del rey. Como la mayoría de los presentes en la sala imaginaban, y de ahí la desazón y las lágrimas que siguieron, no volverían a ver a su valiente y pequeño rey hasta su entierro en la iglesia del Santo Sepulcro.

Los invitados estaban abandonando la gran sala de los templarios con un murmullo que iba en aumento cuando el conde Raimundo se acercó con largos pasos hasta Arn y, para sorpresa de todos, apretó sus manos con gran cordialidad solicitando su hospitalidad para aquella noche para él pero también para algunos otros que había pensado hacer llamar. Arn accedió de inmediato a su demanda y dijo que todos los amigos del conde Raimundo serían también amigos suyos.

Así fue cómo dos grupos completamente diferentes se reunieron aquella tarde y noche en Jerusalén para deliberar sobre la nueva situación. En el palacio real había un ambiente abatido, donde Agnes de Courtenay había estado tan enfurecida que era imposible hablar con ella, y el patriarca Heraclius iba paseando por las salas bramando de ira como un toro y, según sus propias palabras, desespero divino.

Bastante más animado estaba el ambiente en las habitaciones que pertenecían al Maestre de Jerusalén. Los amigos que el conde Raimundo había traído no eran unos amigos cualesquiera, eran el Gran Maestre de los sanjuanistas, Roger des Moulins, el príncipe Bohemundo de Antioquia y los hermanos d'Ibelin. Sin necesidad de que el conde Raimundo lo requiriese, Arn mandó traer una buena cantidad de vino a la habitación donde estaban los ahora juramentados.

Todos estaban de acuerdo en que eso significaba un punto de inflexión. Aquí tenían una oportunidad de oro de salvar Tierra Santa y de colocarles correas a Agnes de Courtenay, al consumidor de impronunciables pecados, Heraclius, y a su notable amigo criminal Reinaldo de Châtillon, que ahora estaban en el palacio real haciendo rechinar los dientes junto con el hermano de Agnes de Courtenay, el inútil comandante Joscelyn.

Según el conde Raimundo, podían tomarse muchas decisiones cuanto antes. En primer lugar negociar una nueva tregua con Saladino y la justificaría por el mal tiempo invernal que les traería malas cosechas tanto a fieles como a infieles. Y esta vez el saqueador Reinaldo de Châtillon no tendría más remedio que conformarse.

Mirando un poco más allá en el tiempo, el rey estaría sin duda alguna muerto. Pero su enfermizo sobrino y sucesor en la Santa Sede tampoco viviría mucho, pues estaba claro que sufría las secuelas de la pecaminosa vida de la corte; los niños que nacían con ese tipo de enfermedades no solían llegar a los diez años de edad, si es

que llegaban a sobrevivir al nacimiento.

Y mientras el papa, el emperador alemán y los eternos rivales, los reyes de Inglaterra y Francia, no lograran ponerse de acuerdo sobre un nuevo sucesor en la Santa Sede, el poder permanecería en manos del regente conde Raimundo. Por tanto, o bien conservaba la regencia durante un largo tiempo o bien los cuatro poderosos reales se verían obligados a nombrarlo heredero del trono.

De modo que, a pesar de todo, parecía que el pequeño y valiente rey había logrado salvar desde su caja a Tierra Santa.

Aquella noche en Jerusalén no parecía haber otra posibilidad, ni una nube en el cielo, a pesar de que todos los hombres invitados de Arn eran bastante más expertos en la lucha por el poder que él mismo. Ni siquiera Agnes de Courtenay ni su ruin hermano Joscelyn podrían hacer gran cosa contra el unitario juramento que todo el Alto Consejo había prestado ante Dios.

Pasaron una hora más o menos dándole vueltas a posibles o casi imposibles intrigas que la malvada mujer, su amante patriarca y el inútil de su hermano podrían inventar en su desesperada situación. Pero los más expertos caballeros de Outremer no veían ninguna posible artimaña disponible para ella y sus secuaces.

Por eso, y al mismo ritmo que el vino que baja mejor por gargantas animadas que abatidas, los presentes pasaron la noche relatando historias cada vez más fantásticas, pues muchas cosas maravillosas y muchas horrosas habían sucedido en Outremer desde la llegada de los cristianos.

El príncipe Bohemundo de Antioquia era quien todo lo sabía acerca del hombre que más que nadie amenazaba la paz, Reinaldo de Châtillon.

Reinaldo era un hombre que llevaba la destrucción en su interior, como el genio en la lámpara, explicó el príncipe Bohemundo. Él lo sabía, ya que conocía a Reinaldo desde que eran jóvenes. Reinaldo había llegado a Antioquia desde algún lugar de Francia, había entrado al servicio del padre del príncipe Bohemundo y se había mostrado tan válido en el campo de batalla que en pocos años fue compensado con la hermana de Bohemundo, Constance, por esposa.

Un hombre sabio y de ambición normal se habría detenido ahí, príncipe de Antioquia, rico y protegido. Pero Reinaldo no, su apetito había crecido hasta hacerse insaciable.

Quería salir a conquistar y saquear pero no tenía dinero y tampoco podía esperar que lo dejaran utilizar las arcas estatales de Antioquia para satisfacer sus ambiciones particulares. Entonces mandó atar al patriarca Aimery de Lomiges desnudo a una estaca y untarlo con miel. Después de un rato, el patriarca fue incapaz de resistir los argumentos de las abejas y el ardiente sol y accedió a prestarle al miserable el dinero que le pedía.

Con un buen cofre de guerra ahora se trataba de hallar un buen saqueo. Y entre todos los posibles lugares Reinaldo eligió Chipre, que era una provincia del reino del emperador bizantino Manuel Komneno. ¡Elegirlo a él entre todos los enemigos!

Reinaldo de Châtillon devastó Chipre del modo más cruel. Hizo cortar la nariz a todos los curas cristianos, dejó violar a todas las monjas, saqueó todas las iglesias y destruyó todas las cosechas. De este modo, volvió a Antioquia con riqueza, pero en absoluto con honra.

Como cualquiera podría haber imaginado, incluso también el mismo Reinaldo de Châtillon, el emperador Manuel Komneno se puso furioso y envió todo el ejército bizantino hacia Antioquia. Naturalmente resultaba inimaginable que Antioquia fuera a la guerra contra el emperador por culpa de un loco, por mucho que estuviera casado con una de las princesas.

Reinaldo tuvo que elegir entre ser entregado o humillado, vistiéndose con un saco y ceniza y rodando en el polvo ante el emperador cuando llegase, con lo que no tuvo gran opción.

Por desgracia, obtuvo el perdón del emperador a cambio de que devolviese el botín que le quedaba.

Uno podría imaginarse que cualquier hombre en su lugar habría reflexionado y se lo habría tomado con un poco más de calma a partir de ese momento. Pero Reinaldo, no.

Sólo dos años más tarde volvió a salir de incursión contra cristianos armenios y sirios, que por supuesto no se esperaban ser atacados por unos hermanos de fe. Fue un saqueo pingüe. También murieron muchos cristianos.

Con una pesada carga de botín y de camino de vuelta a Antioquia, fue capturado por Maj al-Din de Alepo y finalmente fue a parar donde se merecía, a una de las cárceles de Alepo.

Naturalmente, no había ningún cristiano que quisiera rescatar a un hombre como Reinaldo del cautiverio en Alepo, pues lo más seguro para todos era que siguiera allí. Y puesto que nadie quería liberar al criminal, la historia podría haber terminado con un final feliz.

Aquí el príncipe Bohemundo hizo una pausa en su narración, bebió con ironía a la salud de su amigo el conde Raimundo y explicó que en realidad todo era culpa de Raimundo.

El conde Raimundo se rió y sacudió la cabeza, pidió más vino, que Arn le entregó de inmediato, y dijo que eso de que fuera culpa suya era cierto pero no del todo.

Sucedió en la guerra de hacía diez años, explicó. Saladino estaba lejos de unir a todos los sarracenos y en cuanto a eso también se trataba de ponerle cuantos más impedimentos mejor. Entonces, en el año 1175, Saladino tenía un ejército a los pies de los muros de Alepo y otro a las afueras de Homs. Se trataba de asegurar que ambas ciudades no cayeran en sus manos. Por eso el conde Raimundo envió a su ejército desde Trípoli para intervenir en el asedio de Homs, y Saladino se vio forzado a dejar el asedio de Alepo y apresurarse hacia Homs. De ese modo, Alepo se salvó por muchos años del poder de Saladino.

Hasta este punto todo había ido sobre ruedas, suspiró exageradamente el conde

Raimundo. Pero el loco y agradecido Gumushlekin de Alepo quiso mostrar su benevolencia hacia los cristianos, por lo que decidió soltar a algunos prisioneros. Flaco favor les hizo a los cristianos, y por otra parte, gran favor a Saladino, suspiró el conde Raimundo tan apesadumbrado y con tanta exageración que todos los presentes esperaban ansiosos la continuación. Pues entre los prisioneros que fueron liberados como acto de agradecimiento por la salvación de Alepo se encontraban Reinaldo de Châtillon y el inútil del hermano de Agnes de Courtenay, Joscelyn.

Los presentes se partieron de risa al oír el enorme favor que el atabeco de Alepo les había hecho a sus amigos cristianos.

Bueno, y el resto ya lo conocía todo el mundo, continuó el conde Raimundo. El entonces paupérrimo Reinaldo de Châtillon y profundamente despreciado por todos los hombres en sus cabales, acompañó a Joscelyn de Courtenay a Jerusalén y pronto todo les fue desmerecedoramente bien. Primero murió el rey Amalrik, de modo que Balduino IV se convirtió en rey a pesar de ser todavía un niño. Entonces su madre volvió a la corte donde le había sido prohibida la entrada por motivos que todo el mundo podía comprender desde hacia mucho tiempo. Su hermano Joscelyn pronto gozaba de su favor y, por tanto, Reinaldo no tardó en hallar, con ayuda de la malvada Agnes, una viuda rica, Stéphanie de Milly de Kerak y Montreal en Oultrejourdain. Pronto el canalla fue comendador y rico de nuevo.

La única cuestión era quién salía ganando en este juego de caprichos de la vida, ¿el diablo o Saladino?

Todos estuvieron pronto de acuerdo en que los dos por igual.

Aun así, los conspiradores reunidos aquella noche en el cuartel de los templarios pensaron que tenían a Reinaldo bien atado. Pues si el enfermizo rey Balduino no había tenido fuerza para intervenir contra las constantes rupturas de Reinaldo de todos los acuerdos de paz, y si el completo inútil de Guy de Lusignan, durante su breve período de regente, se había mostrado igual de incapaz de actuar, el conde Raimundo aseguró muy excitado que con él como regente otro gallo cantaría en Jerusalén.

Hablando de inútiles y malhechores, quedaba la cuestión de dónde se había metido Gérard de Ridefort. Había abandonado Trípoli y el servicio del conde Raimundo, ofendido y furioso por no haber recibido exactamente la viuda rica que él quería, la que valía su peso en oro. Luego había jurado vengarse y se le había ocurrido unirse a los templarios, que eran, o al menos habían sido, rectificó el conde Raimundo mirando a Arn, sus peores enemigos. Pero eso ya se acabó. ¿Qué le había pasado a este calavera entre los templarios?

Arn respondió que el difunto Gran Maestre Arnoldo de Torroja había convertido al hermano Gérard en comendador de Chastel-Blanc.

El conde Raimundo frunció el ceño diciendo que eso le parecía un cargo bastante importante para alguien con tan poco tiempo de servicio. Arn estuvo de acuerdo con eso pero explicó que, según tenía entendido, ése era un precio que Arnoldo de Torroja

había estado dispuesto a pagar para mantener a Gérard de Ridefort lo más alejado posible de Jerusalén, pues parecía que Gérard también había tenido tiempo de buscarse a algunos amigos poco convenientes en la corte, por lo que sería sensato mantenerlo alejado de ellos.

La alegre conversación prosiguió hasta que el día empezó a despuntar, a pesar de ser la temporada más oscura del año, cuando amanecía más tarde.

Aquella noche pareció como si Tierra Santa pudiera ser salvada de la desgracia en la que los chapuceros, archipeccadores e intrigantes se habían esforzado tanto en sumirla.

El rey Balduino IV murió poco después, tal y como todo el mundo había previsto. El conde Raimundo ocupó el cargo de regente en Jerusalén. Pronto reinaba la paz en Tierra Santa, los peregrinos volvían a acudir y con ellos los muy ansiados ingresos.

Realmente parecía como si todo hubiese cambiado para mejor.

El nuevo Gran Maestre de la orden de los templarios, Gérard de Ridefort, desembarcó en San Juan de Acre. Venía en barco desde Roma, donde la orden de los templarios se había reunido en capítulo y en presencia de una cantidad suficiente de hermanos de alto rango, entre ellos el Maestre de Roma y el Maestre de París.

Gérard de Ridefort traía consigo desde Roma el grupo de nuevos altos hermanos que ahora tomarían el mando de los templarios en Tierra Santa. Se dirigieron de inmediato hacia Jerusalén.

El Maestre de Jerusalén, Arn de Gothia, recibió la noticia acerca de sus altos invitados con sólo unas horas de antelación. Habló un poco con el padre Louis sobre la desgracia que había tenido lugar, rezó larga e intensamente en su habitación más apartada y privada, que era como la celda de un monasterio cisterciense. Pero por lo demás sólo tuvo tiempo de ultimar los preparativos necesarios para la llegada del Gran Maestre a Jerusalén.

Cuando arribaron a Jerusalén el Gran Maestre y su alto séquito, en el que casi todos los caballeros tenían una raya negra a lo largo de las protecciones laterales de los caballos y en sus mantos, fueron recibidos por dos filas de caballeros vestidos de blanco colocados desde el pórtico de Damasco hasta el cuartel de los templarios, donde grandes linternas iluminaban la entrada y un fantástico banquete esperaba en la gran sala de caballeros.

Arn de Gothia los recibió fuera, delante de la gran escalera, se arrodilló e inclinó su cabeza antes de tomar las riendas del caballo del Gran Maestre para demostrar que él mismo no era más que un mozo de establo ante Gérard de Ridefort. La Norma lo establecía así.

Gérard de Ridefort estaba radiante, satisfecho de su recibimiento. Al sentarse en la sala de caballeros en el lugar del rey y dejarse servir de inmediato por sus altos hermanos, habló mucho y en voz alta de la placentera gracia de volver a estar en Jerusalén.

Sin embargo, Arn no estaba de tan buen humor y le costaba mucho no

demostrarlo. Lo que le parecía peor no era que ahora tuviese que obedecer la más mínima voluntad de un hombre que por todos era descrito como analfabeto, vengativo e indigno y que no había servido como templario ni la mitad de los años que Arn; lo peor era que los templarios tenían ahora a un enemigo jurado del regente conde Raimundo, con lo que nubes de preocupación encapotaban el cielo de Tierra Santa.

Después de la comida, cuando la mayoría de los invitados habían sido alojados, el Gran Maestre ordenó a Arn y a otros dos hombres que éste no conocía que lo acompañasen a sus aposentos privados. Seguía estando de muy buen humor, casi como si hallase un placer especial en los cambios que ahora pensaba introducir sin demora.

Se sentó satisfecho en el lugar habitual de Arn, juntó las puntas de los dedos y observó en silencio a los tres hombres. Los otros permanecieron de pie.

—Dime, Arn de Gothia... me parece que es así como te llamas... Dime, tengo entendido que tú y Arnaldo de Torroja erais buenos amigos, ¿me equivoco? —preguntó al fin con una voz tan exageradamente suave que podía percibirse el odio.

—No. Gran Maestre, no os equivocáis —respondió Arn.

—¿Entonces puede suponerse que fue por eso por lo que te ascendió a Maestre de Jerusalén? —preguntó el Gran Maestre alzando contento las cejas como si acabase de verlo claro.

—Sí, Gran Maestre, puede haber influido. Un Gran Maestre de nuestra orden puede designar a quien le apetezca —contestó Arn.

—¡Bien! Muy buena respuesta —repuso el Gran Maestre, satisfecho—. Lo que le apetece a mi antecesor es también lo que me apetece a mí. Aquí a tu lado está James de Mailly, ha servido de comendador de Cressing en Inglaterra y, como puedes ver, lleva el manto de un comendador.

—Sí, Gran Maestre —contestó Arn, inexpresivo.

—Entonces sugeriría que os cambiéis los mantos, ¡parece que usáis casi la misma talla! —ordenó el Gran Maestre, conservando el tono alegre.

Siguiendo la costumbre templaria, habían comido con los mantos anudados al cuello y por eso resultaba ahora cosa de un momento inclinarse ante el Gran Maestre en señal de sumisión e intercambiarse el manto, y con ello, rango y posición dentro de la orden de los templarios.

—¡Así, ahora vuelves a ser comendador! —constató Gérard de Ridefort con satisfacción—. A tu amigo Arnaldo le apetece enviarme a la fortaleza de Chastel-Blanc. ¿Qué opináis acerca de asumir mi antiguo cargo?

—Lo que mandéis obedeceré, Gran Maestre. Pero preferiría retomar mi antiguo cargo como comendador de Gaza —dijo Arn en voz baja pero firme.

—¡Gaza! —exclamó el Gran Maestre, entretenido—. Pero si es un poblacho en comparación con Chastel-Blanc. Aunque si es eso lo que quieres, te concederé tu deseo. ¿Cuándo puedes abandonar Jerusalén?

—Cuando a vos más os plazca, Gran Maestre.

—¡Bien! ¿Digamos mañana después de laudes?

—Sí, como vos ordenéis, Gran Maestre.

—Excelente, entonces puedes retirarte. El Maestre de Jerusalén y yo tenemos algunos asuntos importantes que resolver. Te bendigo y te deseo una buena noche.

El Gran Maestre le dio de inmediato la espalda a Arn, como si esperase que éste se desvaneciera en la nada. Pero Arn se quedó dudando y entonces el Gran Maestre fingió descubrirlo, sorprendido, haciendo un gesto de interrogación hacia Arn.

—Es mi deber transmitir algo, Gran Maestre, una información que no puedo transmitir a nadie más que a vos y a quien sea Maestre de Jerusalén, es decir, al hermano James —anunció Arn.

—Si Arnoldo te ha dado esas instrucciones, las anulo de inmediato, un Gran Maestre vivo sustituye a otro muerto. Así que, ¿a qué se refiere el asunto? —preguntó Gérard de Ridefort con claro desprecio en la voz.

—Las instrucciones no provienen de Arnoldo, sino del Santo Padre de Roma —contestó Arn en voz baja y con cuidado de no responder al tono de desprecio.

Por primera vez el Gran Maestre perdió su gran seguridad en sí mismo, miró dudoso a Arn durante un breve rato antes de comprender que hablaba en serio y entonces hizo señas con la cabeza al tercer hermano para que abandonase la habitación.

Arn se dirigió hacia el archivo que estaba unas habitaciones más allá y buscó la bula papal que informaba de que el patriarca era un sicario pero también de cómo debía conservarse ese secreto. Al regresar desenrolló el texto y lo colocó delante del Gran Maestre, sobre la mesa, hizo una reverencia y dio un paso atrás.

El Gran Maestre echó un vistazo a la bula y reconoció el sello papal pero también comprendió que no podía leer el texto, pues estaba en latín. Por tanto, no tenía elección, debía humillarse y pedirle a Arn que lo leyese y lo tradujese, ante lo que Arn no mostró la más mínima sorpresa.

Tanto el Gran Maestre como su nuevo Maestre de Jerusalén, James de Mailly, perdieron de repente su buen humor al tomar parte de la mala noticia. Heraclius era el hombre que más que nadie había actuado dentro de la Iglesia para que Gérard se convirtiera en Gran Maestre. En consecuencia, el nuevo Gran Maestre estaba ahora en deuda con un maldito asesino por envenenamiento.

Arn recibió un ademán como despedida y abandonó de inmediato al Gran Maestre con una profunda reverencia. Luego se fue con una inesperada sensación de alivio a buscar refugio nocturno en las habitaciones para invitados, pues recordó de repente que ya le quedaba sólo poco más de un año de la penitencia que le había sido impuesta. Había servido casi diecinueve de los veinte años por los que le había jurado fidelidad a la orden de los templarios.

Era una idea nueva y extraña. Hasta ese preciso momento en que fue despachado por el nuevo Gran Maestre Gérard de Ridefort y por última vez pasaba por las salas

más altas del cuartel de los templarios en Jerusalén, había evitado contar los años, los meses y los días. Quizá porque lo más probable siempre había sido que fuese enviado al paraíso por el enemigo mucho antes de que tuviera tiempo de servir sus veinte años.

Pero ahora le quedaba sólo un año y además había un acuerdo de varios años de paz con Saladino. No había ninguna guerra a la vista, por tanto, podría sobrevivir y viajar a casa.

Nunca antes había sentido un deseo tan intenso de volver a casa. Al principio de su experiencia en Tierra Santa, los veinte años habían parecido tan infinitos que era imposible imaginarse el tiempo más allá de esa frontera. Y los últimos años había estado demasiado ocupado en su sagrada tarea como Maestro de Jerusalén como para imaginarse otra vida diferente. Aquella noche, en especial aquella noche que había estado sentado en las habitaciones que ahora ocupaba Gérard de Ridefort, hablando del futuro de Tierra Santa con el conde Raimundo, el príncipe Bohemundo, Roger des Moulins y los hermanos d'IBelin, todo el poder de Tierra Santa y de Outremer había estado en esa habitación y el futuro había parecido claro. Juntos habían podido firmar la paz con Saladino.

Ahora había cambiado la situación, Gérard de Ridefort era un enemigo jurado del regente conde Raimundo. Era probable que todos los planes de unir más a los sanjuanistas y a los templarios se fueran ahora a pique. Como si hubiese sentido una advertencia acerca del futuro, Arn sospechaba que acababa de ver el principio de una malvada transformación en toda Tierra Santa.

Al regresar a Gaza, al menos pudo alegrarse de volver a ver a su amigo noruego Harald Øysteinsson, que a esas alturas estaba francamente cansado de recitar cánticos y sudar todo el santo día bajo el ardiente sol en un remoto castillo. Lo poco que Harald había visto de la guerra en Tierra Santa no había sido de su agrado y el aburrimiento en un castillo en tiempos de paz le parecía todavía peor.

Para alegría de ambos, a Arn se le ocurrió que como comendador podía decidir que los hermanos o sargentos que supieran nadar y bucear debían practicar esa habilidad, pues si el puerto de Gaza era bloqueado por una flota enemiga y la ciudad era a la vez asediada, la capacidad de salir nadando de noche y eludir el bloqueo del enemigo podía tener una gran importancia. Puesto que él mismo y Harald eran los únicos que realmente sabían nadar y bucear, este nuevo ejercicio resultó ser más diversión suya que una preparación seria para la guerra. La Norma les prohibía que practicasen a la vez en los espigones de Gaza, pues ningún templario podía mostrarse desnudo ante un hermano, al igual que nadie podía bañarse por puro placer. Por eso tenían que turnarse para nadar, pero seguro que su placer con este nuevo supuesto ejercicio de guerra era más grande que el provecho militar que los templarios pudieran sacar de él.

Años antes, a Arn jamás se le habría pasado por la cabeza tergiversar y forzar la Norma de aquella manera despreocupada, pero ahora que interpretaba el tiempo de

servicio que le quedaba como una espera más que como un deber sagrado, perdió gran parte de su anterior severidad.

Él y Harald empezaron a hablar de viajar juntos, pues como comendador Arn podría revelar a Harald en cualquier momento de su servicio como sargento. Estaban de acuerdo en que un viaje tan largo hasta el norte era preferible hacerlo en compañía.

Además, al principio era difícil imaginarse cómo lograrían reunir el dinero para el viaje; en sus casi veinte años sin dinero, Arn se había acostumbrado a dejar de pensar en ello como en un problema. Pensándolo un poco se le ocurrió que probablemente podría pedir suficiente dinero prestado a alguno de los caballeros seculares que conocía. En el peor de los casos, él y Harald tendrían que trabajar durante un año en Trípoli o Antioquia, hasta reunir suficiente dinero para viajar.

Una vez empezaron a hablar del viaje también empezaron a sufrir de añoranza, a soñar con las tierras que hacía tiempo habían apartado de sus mentes, a ver los rostros de antes, a escuchar en el silencio y oír su propio idioma. Para Arn había una imagen especial de lo que una vez había sido su hogar que llegó a ser más fuerte que todo lo demás. Todas las noches veía a Cecilia, todas las noches rezaba a la Madre de Dios para que protegiera a Cecilia y a su desconocido hijo.

Por las noticias que recibía Arn de vez en cuando de los viajeros que alguna vez iban y venían entre Gaza y Jerusalén, sentía cada vez más que se acercaba la debacle de Tierra Santa. En Jerusalén ya no se permitían las oraciones no cristianas, ningún médico sarraceno ni judío podía trabajar para los templarios ni para los seculares. La enemistad entre sanjuanistas y templarios era peor que nunca, dado que los dos grandes Maestres se negaban a hablar el uno con el otro. Y parecía como si los templarios hicieran lo que pudiesen para sabotear la paz que el regente conde Raimundo hacía todo lo posible por conservar. Una señal de advertencia era el hecho de que los templarios habían confraternizado con el saqueador Reinaldo de Châtillon en Kerak. Según tenía entendido Arn, era sólo cuestión de tiempo que ese hombre saliese de nuevo a saquear y con eso rompiese la paz con Saladino, tal y como los templarios deseaban de forma cada vez más evidente.

Pero Arn pensaba ahora más en su regreso a casa y estaba más interesado en contar los días que le quedaban en la Orden del Temple que en preocuparse por los negros nubarrones que veía amontonarse en el horizonte oriental de Tierra Santa. Se justificaba ante sí mismo pensando que su trabajo ya no podía dar más de sí. Si Dios le había privado de todo su poder dentro de la orden templaria, ya no había nada que él pudiera hacer y por tanto tampoco podía culparse a sí mismo por esa nueva indiferencia.

Durante ese año sin incidentes en Gaza dedicó cada día más horas de lo necesario a montar sus caballos árabigos, el caballo Ibn Anaza y la yegua Umm Anaza. Eran su única propiedad permitida y si hallaba al comprador adecuado ellos podrían financiar tanto su viaje como el de Harald a casa, en el norte, tanto una como varias veces. Pero no tenía ninguna intención de separarse de forma voluntaria de esos dos

animales, pues los contaba entre los mejores que había visto y montado. Sin duda alguna, Ibn Anaza y Umm Anaza regresarían con él a Götaland Occidental.

Götaland Occidental. A veces pronunciaba el nombre de su tierra cuando estaba a solas, como para acostumbrarse.

Cuando le quedaban diez meses de servicio, un día llegó un jinete con un mensaje urgente del Gran Maestre de Jerusalén. Arn de Gothia debía dirigirse de inmediato con treinta caballeros a Ascalón para servir en una escolta importante.

Obedeció con premura y naturalidad y llegó con sus caballeros a Ascalón aquella misma tarde.

Lo que había sucedido era importante pero no inesperado. El infante rey Balduino V había fallecido bajo el cuidado de su tío Joscelyn de Courtenay y el cadáver debía ser escoltado hasta Jerusalén junto con los invitados al entierro Guy de Lusignan y la aparentemente no muy desdichada madre del niño, Sibylla.

Ya en el camino entre Ascalón y Jerusalén, Arn empezó a sospechar que la intención del viaje iba más allá del simple luto y entierro de un niño. Se estaba tramando un cambio de poder.

Dos días más tarde, en Jerusalén, cuando Joscelyn de Courtenay proclamó a su sobrina Sibylla como heredera del trono, quedaron claros los planes de los golpistas.

En el cuartel de los templarios, donde Arn ahora residía en las habitaciones para invitados de los caballeros más bajos, se encontró con un padre Louis muy desdichado que pudo explicarle todo lo sucedido.

Joscelyn de Courtenay había llegado a toda prisa, se había reunido con el regente conde Raimundo, le había informado de la muerte del infante rey Balduino y le había propuesto que reuniera al Alto Consejo de barones en Tiberíades en lugar de en Jerusalén. De este modo evitarían la intromisión por parte del Gran Maestre de los templarios Gérard de Ridefort, que no se sentía obligado por ningún juramento a someterse a la última voluntad del rey Balduino IV, y por parte del patriarca Heraclius, que también intentaba inmiscuirse en todo.

De modo que el conde Raimundo se había dejado engañar abandonando Jerusalén. En su lugar llegó Reinaldo de Châtillon con estrépito y bastantes caballeros de Kerak y entonces Joscelyn proclamó a Sibylla como nueva heredera. Esto significaba, si se llevaba a cabo, que el inútil de Guy de Lusignan pronto sería rey de Jerusalén y de Tierra Santa. El conde Raimundo, los hermanos d'Ibelin y todos los demás que podrían haber impedido tal cosa habían sido engañados y habían sido sacados de Jerusalén. Todas las puertas y las murallas de la ciudad estaban custodiadas por templarios y ningún enemigo de los golpistas podía entrar escondidas a la ciudad. No parecía haber nada que pudiese impedir el mal que estaba a punto de caer sobre Tierra Santa.

El único que en los días siguientes intentó hacer algo fue el Gran Maestre de los sanjuanistas, Roger des Moulins, que se negaba a romper el juramento que había prestado ante Dios al fallecido rey Balduino IV. Sin embargo, el patriarca Heraclius

no se sentía en absoluto atado por ningún juramento y el Gran Maestre de los templarios Gérard de Ridefort sostenía que él mismo nunca prestó el juramento y que el juramento que había presentado un Maestre de Jerusalén destituido no era válido.

La coronación tuvo lugar en la iglesia del Santo Sepulcro. Primero el salteador de caravanas, Reinaldo de Châtillon, pronunció un vigoroso discurso en el que reivindicó la justeza de que Sibylla fuese la heredera del trono, al ser hija del rey Amalrik, hermana del rey Balduino IV y madre del fallecido rey Balduino V. Luego el patriarca Heraclius realizó la coronación de Sibylla y ella a su vez tomó la corona del monarca y la colocó sobre la cabeza de su marido, Guy de Lusignan, y puso el cetro en su mano.

Al salir en procesión de la iglesia del Santo Sepulcro para dirigirse hacia el banquete habitual en el cuartel de los templarios, Gérard de Ridefort proclamó su alegría porque, al fin y con la ayuda de Dios, había logrado su gran e incluso esplendorosa venganza sobre el conde Raimundo, que ahora estaba en Tiberíades sin poder hacer otra cosa que rechinar los dientes.

Arn estuvo presente en la coronación, pues se le había encargado la responsabilidad de la vigilancia que debía proteger las vidas del nuevo rey y la nueva reina. Le resultaba un encargo muy amargo, pues comprendía que estaba protegiendo a un perjurio que llevaría a Tierra Santa a la ruina. Se aferraba a la idea de que el tiempo que le quedaba en Tierra Santa era tan sólo de siete meses.

Para mayor amargura lo llamó el Gran Maestre Gérard de Ridefort, le aseguró que no le tenía animadversión y le explicó que por el contrario ahora se había informado de mucho que no sabía cuando con tanta premura le retiró el mando sobre Jerusalén. Había sido informado de que Arn era un gran guerrero, el mejor de los arqueros y jinetes y además el vencedor en Mont Gisard, por eso ahora quería compensarle al menos concediéndole la misión honorífica de formar parte de la guardia real.

Arn se sentía ofendido, pero no lo demostró. Contaba los días hasta que llegara el 4 de julio de 1187, el día exacto en que habrían pasado los veinte años desde que juró obediencia, pobreza y castidad.

Lo que vio durante su corto tiempo como responsable de la guardia real no le sorprendió en absoluto. Guy de Lusignan y su esposa Sibylla vivían más o menos la misma vida nocturna que el patriarca Heraclius, la madre de Sibylla, Agnes, y su tío Joscelyn de Courtenay.

Si hubiese llegado a suceder antes, durante su servicio, Arn probablemente habría llorado al ver todo el poder de Tierra Santa reunido en manos de aquellos pecadores infernales. Ahora sentía más bien resignación, como si ya se hubiera reconciliado con la idea de que el castigo de Dios sólo podría ser uno, la pérdida de Tierra Santa y de Jerusalén.

Hacia finales de ese año, Reinaldo de Châtillon rompió, como era de esperar, la tregua con Saladino y asaltó la mayor caravana jamás vista en el camino entre La

Meca y Damasco. No era difícil comprender la furia de Saladino. Uno de los viajeros que había ido a parar a los calabozos de la fortaleza de Kerak era su hermana. Pronto llegó el rumor a Jerusalén de que Saladino había jurado ante Dios que mataría a Reinaldo con sus propias manos.

Cuando el enviado de Saladino fue a ver al rey Guy de Lusignan para reclamar indemnización por la violación de la tregua y la inmediata puesta en libertad de los prisioneros, Guy fue incapaz de prometer nada. En su lugar, se disculpó diciendo que no tenía ningún poder sobre Reinaldo de Châtillon.

De modo que no hubo forma de salvarse de la guerra venidera.

Sin embargo, el príncipe Bohemundo de Antioquia se apresuró a firmar la paz entre Antioquia y Saladino, y el conde Raimundo hizo lo mismo tanto por su condado de Trípoli como por las tierras de su esposa Escheva en torno a Tiberíades y Galilea. Ni Bohemundo ni Raimundo consideraban tener responsabilidad alguna sobre las ocurrencias de la delirante corte de Jerusalén, algo que pronto le había quedado claro a Saladino.

La guerra entre los cristianos estaba cerca. Gérard de Ridefort logró convencer al rey Guy de que debían enviar un ejército a Tiberíades para someter al conde Raimundo de una vez por todas y el rey Guy lo complació. Un ejército real reforzado con templarios se preparaba para marchar sobre Tiberíades.

En el último momento, Balian d'Íbelin logró persuadir al rey y lo hizo entrar en razón. Una guerra interna significaría la muerte, pues se les venía encima una guerra total contra Saladino. Lo que debían hacer, argumentó Balian d'Íbelin, era procurar la reconciliación con el conde Raimundo, y él mismo se ofreció a formar parte de la embajada que viajaría a Tiberíades para negociar.

Como negociadores se designó a los dos grandes Maestres Gérard de Ridefort y Roger des Moulins, a Balian d'Íbelin y al obispo Josias de Tiro. Unos pocos caballeros templarios y sanjuanistas los acompañarían a modo de escolta; Arn de Gothia se hallaba entre ellos.

Mientras tanto, en Tiberíades, el conde Raimundo se había colocado a sí mismo en una situación complicada. Como para comprobar la solidez del acuerdo de paz entre ellos, Saladino envió a su hijo Al Afdal con la solicitud de mandar una gran fuerza de reconocimiento durante un día a Galilea. El conde Raimundo accedió, bajo la condición de que la fuerza entraría en sus tierras al amanecer y saldría al ponerse el sol. Así se acordó.

A la vez el conde Raimundo envió unos jinetes para advertir al grupo de negociación que estaba de camino para que no fueran a parar a las garras del enemigo.

Los mensajeros del conde Raimundo alcanzaron a los negociadores a las afueras de Nazaret y entregaron el aviso. Recibieron un agradecimiento muy cordial por parte del Gran Maestro de los templarios Gérard de Ridefort por la noticia, pero no del todo a causa de los motivos que ellos mismos se habrían imaginado.

Gérard de Ridefort opinaba que ésta era una ocasión excepcional para batir a una de las fuerzas de Saladino. Envió un mensajero a la fortaleza de La Fève, donde se hallaba el nuevo Maestre de Jerusalén, James de Mailly, con noventa templarios. Dentro de la ciudad de Nazaret se lograron reunir cuarenta caballeros y algo de infantería. Y mientras se salía de Nazaret para ir en busca de Al Afdal y de sus jinetes sirios, Gérard de Ridefort incitaba a los habitantes de Nazaret a que los siguieran a pie asegurando que habría un botín muy valioso que saquear.

El obispo Josias de Tiro decidió sabiamente quedarse en Nazaret, pues decía que a él no se le había enviado para otra cosa que para acompañarlos más que en las negociaciones. Jamás se arrepentiría de aquella decisión.

Una caballería cristiana de unos ciento cuarenta jinetes pesados, de los que la mayoría eran templarios, y cerca de un centenar de soldados de infantería componían una fuerza bastante impresionante. Pero cuando, como era de esperar, se encontraron con el enemigo en los manantiales de Cresson y miraron hacia abajo por las laderas, les costó creer lo que veían sus ojos, pues poco tenía que ver lo que estaban viendo con una mera fuerza de reconocimiento. Abajo, en los manantiales de Cresson, vieron a unos siete mil lanceros mamelucos y arqueros montados sirios dando de beber a sus caballos.

Podía parecer que sólo fuera cuestión de pura matemática. Con unos ciento cuarenta jinetes, la mayoría templarios y sanjuanistas, se podía atacar en condiciones favorables a tal vez setecientos mamelucos y arqueros sirios. A setecientos, pero no a siete mil.

Por tanto, el Gran Maestre Roger des Moulins sugirió tranquilamente que se retiraran. Lo mismo opinaba el comandante militar de los templarios, James de Mailly.

Pero el Gran Maestre Gérard de Ridefort era de otra opinión. Se puso furioso y acusó a los otros de cobardía, insultó a James de Mailly diciendo que éste tenía en demasiada estima a su rubia cabeza como para arriesgarla ante Dios, que Roger des Moulins no era digno de ser Gran Maestre y otras cosas por el estilo.

Arn, que ahora ocupaba un cargo demasiado bajo como para ser consultado, permanecía sentado sobre su caballo franco Ardent un poco más allá pero lo bastante cerca como para poder oír sin problemas la escandalosa conversación. Para él estaba claro que Gérard de Ridefort debía de estar completamente loco. Un ataque a plena luz del día con la relación de fuerzas en la que ahora se encontraban, y cuando el enemigo ya había descubierto el peligro, había montado sus caballos y empezado a formar, sólo podía acabar con la muerte.

Pero Gérard de Ridefort se mostró implacable. Él iba a atacar. Por tanto, los sanjuanistas y los otros también se vieron obligados a acompañarlo en la ofensiva, pues el mantenimiento del honor los dejaba sin alternativa.

Al colocarse en formación de batalla, Gérard llamó a Arn y le pidió que cabalgara como confaloniero, ya que la misión requería un jinete particularmente hábil y

atrevido. Por tanto, Arn cabalgaría junto al Gran Maestro con el estandarte de los templarios y a la vez haría de escudo de éste, dispuesto en todo momento a sacrificar su vida para proteger al hermano más alto de la orden. El Gran Maestro y el estandarte eran lo último que se debía perder en una batalla.

De todos los sentimientos que Arn sentía en su interior, el miedo no era el más poderoso cuando ahora junto con los otros hermanos formaban en línea recta de ataque. El sentimiento más fuerte era la decepción. Había estado tan cerca de la libertad... Y ahora moriría por el capricho de un demente, de la misma forma absurda que todos los demás que en Tierra Santa obedecían las órdenes de líderes dementes o inútiles. Por primera vez en su vida pasó por su cabeza la idea de huir, pero entonces recordó su juramento. Se trataba de dos meses más; su vida era finita, pero su juramento era eterno.

El Gran Maestro le dio la orden de ataque, él alzó y bajó el estandarte tres veces y los ciento cuarenta jinetes cabalaron sin dudar, retumbando hacia la muerte.

Sin embargo, Gérard de Ridefort cabalgó un poco más lento que todos los demás y, dado que Arn debía permanecer a su lado, también él fue quedándose rezagado. Justo cuando los primeros jinetes chocaron contra el mar de jinetes mamelucos delante de ellos, Gérard de Ridefort giró bruscamente hacia la derecha y Arn lo siguió con su escudo alzado contra las flechas que empezaron a silbar a su alrededor. Arn sintió cómo era alcanzado por muchas flechas y cómo algunas de ellas atravesaban la cota de malla. Gérard de Ridefort completó la media vuelta y, cabalgando, se alejó con Arn y el estandarte de la ofensiva que él mismo había forzado.

Ni uno de los sanjuanistas y templarios sobrevivieron al ataque en los manantiales de Cresson. Entre los caídos se encontraban Roger des Moulins y James de Mailly.

Algunos de los caballeros seculares que habían logrado reunirse en Nazaret fueron hechos prisioneros para futuros pagos de rescate. Los habitantes de Nazaret que habían ido a pie, atraídos por la promesa de Gérard de Ridefort de un valioso saqueo, fueron ahora rápidamente acorralados, atados y arrastrados al mercado de esclavos más cercano.

Aquella tarde, justo antes del anochecer, el conde Raimundo veía desde sus muros de Tiberíades cómo las fuerzas de Al Afdal cruzaban el río Jordán, tal y como se había acordado, para abandonar Galilea antes de que el día llegara a su fin.

Al frente de la fuerza sarracena cabalgaban lanceros mamelucos; llevaban más de cien cabezas barbudas ensartadas en sus lanzas.

Esta visión fue un argumento mucho más fuerte de lo que ningún grupo de negociación podría haber usado con Raimundo. No podía convertirse en un traidor, tendría que resignar su acuerdo de paz con Saladino y, por mucho que le doliese, jurarle fidelidad al rey Guy. No le quedaba otra opción. Jamás se había visto obligado a tomar una decisión tan amarga como aquella.

Cuando Saladino atacó en serio más avanzado el verano, llegó con el ejército más grande que jamás había logrado reunir, más de treinta mil jinetes. Estaba decidido a

intentar alcanzar una solución definitiva.

A Arn le llegó la noticia en Gaza, adonde se había retirado para recibir cuidados sarracenos en las heridas de flecha que había sufrido en los manantiales de Cresson. El rey Guy había declarado el arriére-ban, que significaba que todos los hombres aptos para las armas, sin excepción, eran llamados a filas bajo las banderas de Tierra Santa. Los sanjuanistas y los templarios vaciaron cada una de sus fortalezas de caballeros y dejaron sólo unos pocos mandos y sargentos para encargarse del mantenimiento y de la defensa de los muros.

Entre los que Arn dejó en Gaza se hallaba Harald Øysteinsson, pues decía que, teniendo tan débiles las defensas, un arquero como él hacía diez veces más servicio en los muros.

No había recibido ningún aviso acerca de lo que iba a suceder. Con el proclamado arriére-ban los sanjuanistas y los templarios podrían reunir ellos solos una fuerza de casi dos mil hombres. A eso tal vez se sumarían cuatro mil caballeros seculares y entre diez y veinte mil arqueros y soldados de infantería. Según la experiencia de Arn, no habría sarracenos, por muchos que fueran, que logran vencer una fuerza así. Le preocupaba más que el gran ejército cayese en la trampa de ser atraídos por alguna de las maniobras de distracción de Saladino y que con eso se perdiese alguna de las ciudades que ahora se habían dejado con una defensa tan débil.

No podía imaginarse que el loco de Gérard de Ridefort pudiera repetir lo mismo que hizo en los manantiales de Cresson; además, los templarios solos no podrían mandar sobre todo el ejército cristiano.

Cuando Arn llegó a San Juan de Acre desde Gaza con sus sesenta y cuatro caballeros y apenas un centenar de sargentos, le quedaba menos de una semana al servicio de los templarios. No pensaba mucho en ello pues resultaría irrisorio finalizar su servicio en medio de una guerra. Pero pensaba que después de la guerra, hacia el otoño, cuando la lluvia obligara a Saladino a volver a cruzar el río Jordán, entonces iniciaría su viaje a casa. Götaland Occidental, decía en el idioma de su infancia, como si saborease aquellas extrañas palabras.

La enorme concentración que tuvo lugar en el calor veraniego de San Juan de Acre se convirtió en un campamento militar inabarcable. En el interior de la fortaleza se celebraba un consejo de guerra donde un rey Guy indeciso, como era habitual, pronto se encontró rodeado por hombres que se odiaban los unos a los otros.

El nuevo Gran Maestre de los sanjuanistas se oponía a todo lo que dijese Gérard de Ridefort. El conde Raimundo se oponía a todo lo que dijese esos dos grandes Maestres. Y el patriarca Heraclius se oponía a todo lo que decía el resto del mundo.

La opinión del conde Raimundo halló al principio mayor predicamento entre los presentes. Estaban en la época más calurosa del año, señaló. Saladino había irrumpido en Galilea con una fuerza mayor que nunca y estaba causando estragos. Pero tenía que alimentar a todos esos caballos y jinetes con agua, forraje y caravanas de vituallas procedentes de diversos lugares. Si no encontraban oposición de

inmediato, cosa que al parecer era su esperanza, su ejército sería desgastado por la impaciencia y por el calor, lo cual solía suceder con los sarracenos.

El bando cristiano podía tomárselo con calma y esperar tranquilamente, bien alimentado y dentro de las ciudades, a que llegara su momento, y atacar justo cuando los sarracenos se diesen por vencidos y estuvieran de camino a casa. Entonces se lograría una gran victoria. El precio era soportar el saqueo que tendría lugar durante todo ese tiempo, pero ese precio no sería alto si por una vez se lograba vencer a Saladino.

A nadie le sorprendió que Gérard de Ridefort disintiese en seguida, ni siquiera que empezase a acusar al conde Raimundo de traidor, de amigo de los sarracenos y aliado de Saladino. Ni siquiera el rey Guy se dejó impresionar por ese tipo de ataques insensatos.

Sin embargo, el patriarca Heraclius conquistó el oído del rey Guy al decir que habría que atacar de inmediato, pues lo que había dicho el conde Raimundo parecía lo más sensato. Por tanto, se sorprendería al enemigo haciendo lo que menos sensato parecía.

Además, Heraclius traía consigo la Santa Cruz. Y ¿cuándo —preguntó con afectación— habían perdido los cristianos una batalla llevando consigo la Santa Cruz? Nunca, respondió él mismo.

Por eso sería un pecado dudar de la victoria cuando la Santa Cruz estaba con ellos. Venciendo rápidamente podrían purificarse todos aquellos que habían cometido el pecado de dudar. Por tanto, sería lo mejor y además de mayor agrado a Dios vencer de inmediato.

Lamentablemente, prosiguió Heraclius, su salud no le permitiría llevar él mismo la Santa Cruz a la batalla, pero esa misión podía encargársela sin dudarlo al obispo de Cesárea, lo importante era que la reliquia más sagrada los acompañara y con ello garantizara la victoria.

Por consiguiente, en los últimos días de junio en el año de gracia de 1187, el ejército cristiano salió hacia Galilea para enfrentarse a Saladino en la época más calurosa del año. Viajaron durante dos días hasta alcanzar los manantiales de Seforia, donde había mucha agua y pasto. Allí recibieron la noticia de que Saladino había tomado la ciudad de Tiberíades y que ahora asediaba la mismísima fortaleza.

Tiberíades era la ciudad del conde Raimundo. Allí estaba su esposa Escheva. En el ejército cristiano de Seforia estaban los tres hijos de Escheva, que ahora imploraron ir rápidamente en auxilio de su madre. El rey parecía dispuesto a acceder.

Entonces el conde Raimundo pidió la palabra, y se hizo tal silencio que ni siquiera Gérard de Ridefort se atrevió a refunfuñar o molestar.

—Sire —empezó el conde Raimundo, tranquilo pero con voz alta para que pudiera oírlo todo el mundo—, Tiberíades es mi ciudad. En el castillo está mi esposa Escheva y mi arca del tesoro. Yo soy quien más tiene que perder si cae el castillo. Por eso debéis tomaros muy en serio mis palabras, Sire, cuando digo que no debemos

atacar Tiberíades. Aquí en Sephoria podemos defendernos bien y tenemos agua. Aquí nuestros soldados de a pie y nuestros arqueros pueden producirles a los sarracenos gran daño en el ataque. Pero si ahora nos dirigimos hacia Tiberíades estamos perdidos. Conozco la zona, de camino no hay ni una gota de agua y nada de pasto, en esta época del año esa tierra es como un desierto. Aunque Saladino tome mi castillo y derrumbe los muros no podrá quedárselo. Y yo reconstruiré la muralla. Si captura a mi esposa, la rescataré. Eso es algo que podemos permitirnos perder.

Pero si nos dirigimos hacia Tiberíades ahora, en el calor del verano, perderemos Tierra Santa.

Las palabras del conde Raimundo causaron una gran impresión. Por el momento convencieron a todo el mundo y el rey Guy tomó la decisión de permanecer en Sephoria.

Pero por la noche Gérard de Ridefort fue a ver al rey a su tienda y le explicó que Raimundo era un traidor, que tenía un pacto secreto con Saladino y que, por tanto, nunca había que hacer caso de sus consejos. Todo lo contrario, el rey Guy tenía ahora la oportunidad de obtener una victoria decisiva contra el mismísimo Saladino pues Tierra Santa no se había enfrentado nunca a él con un ejército de tales dimensiones. Además, llevaban consigo la Santa Cruz, de modo que la victoria estaba prometida por Dios. El conde Raimundo sólo quería quitarle al rey Guy el honor de ser quien en el fondo hubiese vencido a Saladino. Además estaba celoso por haber perdido el poder de la regencia cuando Guy se convirtió en rey. Posiblemente aspirase a la corona a pesar de todo y por eso tenía que impedir que Guy venciese.

El rey Guy creyó a Gérard de Ridefort. Si al menos hubiera tenido la sensatez de poner el ejército en movimiento hacia Tiberíades durante la noche, la historia posiblemente habría sido diferente. Pero dijo que primero necesitaba dormir.

Al amanecer, el ejército cristiano inició su marcha hacia Tiberíades.

Primero avanzaban los sanjuanistas, en medio el ejército seglar y por último los templarios, allí donde la lucha sería mayor.

Gérard de Ridefort había prohibido los jinetes ligeros turcos entre los templarios, pues decía que eso sería una irreverencia. Por tanto, Arn montaba al igual que el resto de los hermanos como caballería pesada con unos pocos soldados de a pie a su alrededor para proteger a los caballos. Tuvieron que equiparse tanto ellos como los caballos con todo el armamento pesado y caluroso desde el principio.

Porque los sarracenos siempre se comportaban de la misma manera ante la aproximación de un ejército pesado. Enviaban cuadrillas de jinetes ligeros que se acercaban mucho a las columnas del enemigo, disparaban sus flechas, daban media vuelta sobre sus rápidos caballos y desaparecían. Y luego otra oleada. Así procedieron desde primeras horas de la mañana.

Los templarios habían recibido la orden de no romper la formación bajo ningún concepto. Tampoco podían devolver los disparos al no llevar jinetes rápidos a los flancos, pues el Gran Maestre había declarado impía esta acción. A las pocas horas

todos los templarios habían sido alcanzados por flechas y tenían heridas que, por muy pequeñas que fueran, podían resultar bastante dolorosas con el sofocante calor.

Fue un día muy caluroso con vientos meridionales del desierto. Tal y como había dicho el conde Raimundo, no había ni una gota de agua en todo el camino. Desde el amanecer hasta la puesta del sol, los cristianos tuvieron que realizar esa carrera contra los ataques incesantes de la caballería ligera. Al principio llevaban a rastras a los muertos, pero pronto tuvieron que empezar a abandonarlos allí donde caían.

Hacia el atardecer se acercaron a Tiberíades y vieron el lago brillar con el ocaso. El conde Raimundo intentó convencer al rey de atacar de inmediato y alcanzar el agua antes de que oscureciera por completo. Si después de un horrible día sin agua tenían que pasar una noche entera también sin agua, estarían perdidos al amanecer.

Gérard de Ridefort, sin embargo, decía que se lucharía mucho mejor después de dormir. Y el rey Guy, que reconocía que estaba bastante cansado, pensó que eso parecía razonable y ordenó que se acampara durante la noche.

Los cristianos acamparon en las laderas junto al pueblo de Hattin, donde había dos pequeños picos entre las bajas montañas con el nombre de cuernos de Hattin. Pensaron que allí podrían descansar y refrescarse antes de que llegase el momento crítico a la mañana siguiente.

Al ponerse el sol y llegar el momento de oración del ejército sarraceno, que ahora estaba al alcance de la vista de los agotados cristianos, Saladino dio gracias a Dios a las orillas del lago por el regalo que había recibido. Arriba, en los cuernos de Hattin, estaba todo el ejército cristiano, casi todos los templarios y los sanjuanistas, el rey cristiano y todos sus hombres más cercanos. Dios le había servido la victoria final en bandeja de plata. Sólo le quedaba darle las gracias y luego ocuparse del deber que Él había impuesto a los suyos.

Ese deber empezaba por prender la hierba seca que había al sur de los cuernos de Hattin, de modo que el campamento cristiano pronto se vio rodeado por un penetrante humo que hacía imposible cualquier intento de descanso antes de la batalla final.

A la mañana siguiente cuando se hizo la luz, los cristianos estaban rodeados por todas partes. El ejército de Saladino no hacía ninguna señal de atacar, pues el tiempo estaba de su lado. Cuanto más esperaran los cristianos, más débiles serían. El sol despiadado estaba cada vez más alto y el rey Guy no fue capaz de tomar ningún tipo de decisión.

El conde Raimundo fue de los primeros en subir al caballo. Fue paseando por todo el campamento hasta llegar a la parte de los templarios; buscó a Arn y le propuso que tomase a algunos hombres y que lo siguiera en un intento de escape. Arn rechazó con cortesía su propuesta, alegando que había hecho un juramento de fidelidad hasta el final de ese mismo día y que no podía romper su palabra ante Dios. Se despidieron y Arn le deseó al conde Raimundo toda la suerte del mundo y le dijo que rezaría por el éxito del intento de escapada.

Y eso es lo que hizo: rezar.

El conde Raimundo consiguió que sus cansados jinetes montaran sobre los caballos y los animó brevemente diciendo que iban a apostar todo en un intento de huida. Si fracasaban, morirían, eso era cierto, pero también iban a morir todos los que permanecieran en los cuernos de Hattin.

Una vez dicho esto, colocó a sus fuerzas en una estrecha formación de cuña en lugar de atacar a lo ancho. Dio la señal de ataque y se abalanzaron contra la masa compacta de enemigos que daban la espalda a todo el agua que había en el lago de Galilea, como si estuviesen protegiéndola.

Ante la ofensiva de Raimundo, los sarracenos abrieron filas formando una calle ancha por donde desaparecieron el conde Raimundo y sus guerreros. A continuación, los sarracenos volvieron a cerrar filas.

Mucho más tarde, los demás pudieron ver desde lo alto de los cuernos de Hattin cómo el conde Raimundo y sus jinetes desaparecían a lo lejos en el horizonte sin ser perseguidos. Saladino les había perdonado la vida.

Gérard de Ridefort se enfureció mucho al enterarse, soltó un largo discurso sobre traidores y ordenó montar a todos sus templarios.

Hubo gritos y barullo entre los sarracenos al ver cómo los templarios, que seguían siendo al menos setecientos, se preparaban para la ofensiva. Ningún sarraceno había visto jamás una fuerza tan grande de templarios. Y todo el mundo sabía que había llegado el momento decisivo, que había llegado la hora de la verdad.

¿Era imposible vencer a esos demonios blancos? ¿O eran humanos como todos los demás y sufrían como todos los demás al pasar un día sin agua?

Cuando los sanjuanistas vieron que los templarios se preparaban para el ataque hicieron lo mismo, y entonces el rey Guy dio orden de que el ejército real también montara sus caballos.

Pero Gérard de Ridefort no esperó a los demás, sino que se abalanzó por la pendiente con toda su fuerza reunida de caballeros. El enemigo se hizo de inmediato a un lado para que no logran acertar con la carga; tuvieron que intentar dar media vuelta pesada y lentamente y teniendo el agua a la vista, algo que molestó mucho a sus caballos, e intentaron subir de nuevo la pendiente. De camino hacia arriba se encontraron con la avalancha de sanjuanistas que no habían tenido tiempo de atacar a la vez que ellos. El ataque de los sanjuanistas se vio frenado y se produjo un devastador desorden de templarios y sanjuanistas dirigiéndose en todas las direcciones.

Entonces los lanceros mamelucos atacaron con todas sus fuerzas desde la retaguardia.

Gérard de Ridefort perdió la mitad de sus caballeros en aquel loco ataque; las pérdidas de los sanjuanistas fueron aún mayores.

En el siguiente intento reunieron a todas las fuerzas cristianas en una ofensiva conjunta, pero entonces la sed hizo perder la razón a algunos de los infantes, que se quitaron los yelmos y empezaron a correr con los brazos abiertos hacia el agua.

Arrostraron consigo a muchos más y así se lanzó toda una estampida de soldados de infantería hacia la muerte, que fueron presa fácil para los lanceros egipcios a caballo.

El segundo ataque de caballería fue mejor que el primero y estuvieron a tan sólo cien metros del agua cuando se vieron forzados a volver. Al reagruparse en torno a la tienda del rey habían desaparecido dos terceras partes del ejército cristiano.

Ahora Saladino atacó con todas sus fuerzas.

Arn había perdido su caballo cuanto éste fue atravesado por una flecha en el cuello y ya no podía pensar ni ver con claridad lo que estaba pasando a su alrededor. Lo último que recordó fue que él y varios hermanos que también habían perdido a su caballo estaban espalda contra espalda, rodeados por todas partes por soldados de a pie sirios y que logró golpear a varios de ellos con su espada o la maza de combate que tenía en la mano izquierda; perdió el escudo al caer el caballo.

No se dio cuenta de cómo y por quién fue golpeado.

Los templarios y los sanjuanistas que fueron capturados vivos durante la última hora en los cuernos de Hattin, cuando finalmente sucumbió el ejército cristiano, recibieron todos agua para beber al ser colocados de rodillas en dos largas filas ante el pabellón de victoria de Saladino.

No era por misericordia que se les daba agua, sino para que pudieran hablar. La decapitación empezaba abajo, en la playa, y luego iba subiendo y terminaba delante del pabellón de victoria al cabo de un par de horas.

Los hermanos supervivientes eran doscientos cuarenta y seis templarios y más o menos la misma cantidad de sanjuanistas, lo cual significaba que las dos órdenes habían sido prácticamente exterminadas en Tierra Santa.

Saladino lloró de alegría y dio las gracias a Dios al contemplar el inicio de la decapitación. Dios había sido inmensamente misericordioso con él, finalmente había derrotado a las dos horribles órdenes ahora que poco a poco los últimos perdían las cabezas. Sus castillos casi vacíos caerían como fruta madura. Al fin estaba abierto el camino a Jerusalén.

Los caballeros seculares que habían sido capturados eran tratados, como era habitual, de forma diferente. Cuando Saladino hubo disfrutado un rato contemplando a templarios y sanjuanistas que, uno tras otro perdían sus cabezas, regresó a su pabellón de victoria, donde había invitado a los prisioneros más valiosos, entre ellos el desgraciado rey Guy de Lusignan y el más odiado de los enemigos de Saladino, Reinaldo de Châtillon, que se había sentado al lado del rey. A su lado estaba el Gran Maestre de los templarios, Gérard de Ridefort, que posiblemente no tendría demasiado valor como prisionero. Pero Saladino opinaba que no podía estar seguro sin intentarlo primero. Algunos hombres que antes se habían mostrado valientes y honorables se transformaban de la forma más lamentable al enfrentarse a la muerte.

Sin embargo, uno de los nobles y valiosos prisioneros francos no podía esperar compasión alguna. Saladino había jurado ante Dios que mataría a Reinaldo de Châtillon con sus propias manos y, efectivamente, ahora lo hizo con su espada. Luego

se apresuró a asegurarles a los demás prisioneros que evidentemente no serían tratados del mismo modo, y se encargó personalmente de repartir agua para todos ellos.

Fuera del pabellón, donde tenía lugar la decapitación, se habían reunido muchos soldados sarracenos que ahora disfrutaban de una gran diversión. Un grupo de eruditos sufíes había acompañado al ejército de Saladino, pues se les había ocurrido que podían convertir a los cristianos a la fe verdadera. A modo de broma grotesca, algunos emires pensaron que podían intentarlo con los monjes guerreros, los sanjuanistas y los templarios.

Por eso podía verse ahora a éstos no del todo felices hombres de fe yendo de templario a sanjuanista preguntando si estaban dispuestos a renunciar a la falsa fe cristiana y a convertirse al islam a cambio de que se les perdonase la vida. Recibían siempre un no por respuesta y se las veían y se las deseaban para intentar realizar la decapitación por su cuenta. Eso produjo mucha diversión entre el público, pues pocas veces una cabeza era cercenada de forma correcta. Al contrario, normalmente los eruditos defensores de la fe tenían que golpear varias veces antes de lograrlo. Cuando por casualidad se realizaba con éxito alguna decapitación, el público gritaba entusiasmado. Se reían, hacían notar su impaciencia y gritaban buenos consejos.

Con el agua que había recibido, Arn había recobrado el suficiente conocimiento como para comprender lo que estaba sucediendo. Pero tenía la cara cubierta de sangre y sólo veía por un ojo, de modo que le era difícil ver lo que estaba sucediendo más abajo en la fila.

Tampoco le interesaba demasiado. Rezaba y se preparaba para entregar su alma a Dios, y le preguntó a Dios con toda la energía que pudo reunir cuál podía ser Su intención. Porque ese día era el 4 de julio de 1187. Justamente ese día habían pasado veinte años desde que prestó su juramento a los templarios; a partir de la puesta del sol de aquella noche sería libre. ¿Cuál podía ser el propósito de dejarlo vivir hasta el último momento de su servicio y luego quitarle la vida? ¿Y por qué dejarlo vivir hasta ese preciso día en el que la cristiandad perecía en Tierra Santa?

Se descubrió a sí mismo siendo egoísta. No era el único que iba a morir y ese último instante de su vida debía ser dedicado a algo mejor que a hacer preguntas acusadoras a Dios. Ahora que había terminado con su vida empezó a rezar por Cecilia y por la criatura que pronto sería huérfana de padre.

Cuando el sudoroso y exaltado grupo de ensangrentados sufíes llegó hasta Arn, le preguntaron resignados si estaba dispuesto a renunciar a su falsa fe y a convertirse a la fe verdadera si con eso se le permitía vivir. Por su modo de preguntar, no parecía que guardaran demasiadas esperanzas en su conversión y ni siquiera se aseguraron de que los hubiese comprendido.

Entonces Arn alzó la cabeza, que ya había agachado, y les habló desafiante en el idioma del Profeta, la paz lo acompañe:

—En el nombre del Clemente y el Misericordioso, escuchad las palabras de

vuestro propio sagrado Corán, tercer sura, verso quincuagésimo quinto —empezó a decir y respiró hondo para reunir la fuerza suficiente para proseguir, a la vez que los hombres a su alrededor enmudecían, sorprendidos—. «Y Dios dijo: Jesús, te elevaré hacia Mí y te libraré de las acusaciones que quienes no creen dirigen hacia ti. Y colocaré a quienes te sigan por encima de los que renieguen hasta que llegue el día de la resurrección; entonces todos volveréis a Mí y juzgaré entre vosotros sobre aquello en lo que discrepabais».

Arn cerró los ojos y se inclinó en espera del golpe de gracia. Pero los sufíes a su alrededor habían quedado paralizados al oír las palabras de Dios de boca de uno de sus peores enemigos. Al mismo tiempo, un emir alto se abrió paso y proclamó que habían encontrado a Al Ghouti.

Aunque nadie podría haber reconocido ya a Arn, pues tenía la cara destrozada, todo el mundo sabía que sólo un enemigo era conocido por poder expresar las propias palabras de Dios de forma tan pura y clara.

Y Saladino les había advertido con severidad a todos que si Al Ghouti era encontrado entre los vivos no se le podría tratar mal bajo ningún concepto, sino como un respetado huésped.

X

La tarde del último día en que se cumplían los veinte años de penitencia de Cecilia Rosa, ésta estaba sentada al lado de uno de los estanques de Riseberga completamente sola. Era una tarde calurosa y apacible, poco después de San Pedro, cuando el verano justo pasaba por su punto álgido y pronto iniciarían la cosecha en Götaland Occidental, aunque aquí en el bosque del Norte aún no la habían empezado.

Había asistido a misa dos veces y había comulgado, plenamente consciente de que había logrado sobrevivir, con la ayuda de Nuestra Señora, todo ese tiempo que, cuando fue condenada, le había parecido toda una vida. Por fin era libre.

Aunque en realidad no lo era, porque al llegar la hora de la libertad no hubo la más mínima señal que lo indicase y fue como si nada hubiese cambiado. Todo era como siempre, como cualquier otro día de verano.

Comprendió que seguramente se había hecho ilusiones infantiles pensando que Arn, cuya hora de libertad tal vez llegaba en el mismo instante que la suya, aparecería de inmediato cabalgando de la nada, a pesar de que en realidad le quedaba un largo viaje por delante. Decían quienes lo sabían que se podía tardar un año en ir o venir de Jerusalén.

También podía ser que hubiese apartado de su mente cualquier pensamiento relativo a ese futuro momento de felicidad porque en lo más profundo de su interior había sospechado que sería exactamente así, nada especial. Ahora tenía treinta y siete años y no poseía nada excepto las ropas que llevaba, y por lo que sabía, su padre estaba en la casa de Husaby, paralizado, con poco dinero y en manos de los Folkung de Arnäs en lo referente a ingresos. A él no le alegraría demasiado que ella volviera a casa y exigiera ser mantenida.

En Arnäs no tenía nada que buscar, ya que allí era señora su hermana Katarina y puesto que había sido culpa de Katarina que Cecilia Rosa recibiera una penitencia de veinte años en convento, un encuentro entre ambas no resultaría demasiado feliz.

Podría viajar hasta Näs, en Visingsö, y quedarse como invitada de Cecilia Blanka

y seguro que también sería invitada a pasar una temporada en Ulfshem con Ulvhilde. Pero una cosa era ir de invitada a casa de unas amigas cuando podía devolverles la invitación y otra muy distinta era ir sin tener un hogar propio.

Presas de un repentino ataque, se arrancó la toca que durante veinte años se había acostumbrado a llevar en la cabeza hasta el punto de sentirse casi calva. Se sacudió el pelo y lo desenredó con los dedos durante un rato de modo que la melena colgaba libre. Según las normas, su pelo era demasiado largo, pero Cecilia Rosa había logrado escabullirse de los dos últimos cortes de pelo anuales.

Se inclinó intentando verse a sí misma reflejada en el agua. Pero ya había empezado a oscurecer y sólo podía imaginar su cara y su cabello rojo, y estaba segura de que lo que veía era más un recuerdo de sí misma de joven que su aspecto actual. En Riseberga no había espejos, como tampoco los había en ningún otro convento de monjas.

Movió patosa las manos sobre su cuerpo, tal y como tenía derecho a hacer una mujer libre, e incluso intentó tocarse los pechos y las caderas ahora que eso ya no representaba un atentado contra las normas. Pero el roce no le dijo demasiado. Tenía treinta y siete años y era libre pero sin ser libre, eso era lo único que tenía por seguro.

Pensándolo mejor, también la libertad estaba rodeada por empalizadas y muros. Birger Brosa había decidido que Cecilia seguiría como yconoma en Riseberga durante todo el tiempo que ella quisiera y al decirlo había sonado como una cortesía insignificante. Pero ahora, cuando en su primera hora de libertad intentaba analizar a fondo lo que significaba esa cortesía, le parecía más bien como si simplemente tuviese que seguir trabajando al igual que había hecho durante esos últimos años.

Bueno, no del todo igual. Decidió que ya no haría falta que se cubriera la cabeza del mismo modo y que ya no tendría que cantar ni laudes ni maitines ni participar en las completas. De ese modo, le sobraría un tiempo valioso para el trabajo. Y a partir de ahora podría viajar ella misma a los mercados y hacer las compras, algo que de repente le pareció como el mayor de los cambios. Tenía derecho a estar con otras personas y podía hablar con quien quisiera, ya no estaba marcada por el pecado y la condena.

Lo que más le apetecía era viajar a Bjälbo para ver a su hijo Magnus. Pero ése era un encuentro que deseaba tanto como temía.

Según lo veían muchas personas, y sobre todo desde el punto de vista de la Iglesia, Magnus era fruto del pecado y la vergüenza. Birger Brosa se lo había arrebatado siendo un recién nacido, lo había llevado para la concesión de linaje en un concilio y luego lo había educado como si fuera uno de sus hijos y de la señora Brígida. De niño, Magnus había creído ser hijo de Birger Brosa. Pero demasiadas lenguas chismosas sabían lo de la concesión del linaje y el chismorreó había llegado a los propios oídos de Magnus, primero en forma de comentarios furtivos y luego de alguien que, preso de ira, había hablado con menos sutileza.

Magnus había empezado a sospechar la verdad al hallarse justo antes de

convertirse en un hombre y entonces había ido a ver a Birger Brosa a solas y había exigido saber la verdad. Birger Brosa no tuvo otro remedio que contárselo todo. Posteriormente, Magnus pasó un tiempo solitario y hosco sin pronunciar apenas palabra, como si toda la seguridad de su vida siendo hijo del canciller se hubiera hecho añicos. Birger Brosa decidió no molestar al chico durante ese tiempo, pues pensó que pronto cambiaría su actitud en cuanto la curiosidad venciese a la decepción.

Y así fue. Después de un tiempo fue a buscar a su padrastro y empezó a hacer las primeras preguntas acerca de quién era Arn Magnusson. Según le había relatado Birger Brosa a Cecilia, era posible que hubiese exagerado un poco al describir a Arn como el mejor espadachín jamás visto en Götaland Occidental y con total seguridad un arquero con el que pocos hombres podían compararse. Esto no era del todo falso, se disculpó Birger Brosa. Todavía seguía vivo el recuerdo de cómo el joven Arn, poco más que un niño, había vencido al enorme luchador de casa Sverker, Emund Ulfbane, en el concilio de todos los godos en Axevalla. Había sido como la historia de las Escrituras acerca de David y Goliat, aunque no del todo, pues Arn se había mostrado mucho mejor con la espada que Emund, que había perdido la mano en lugar de la vida porque el joven Arn se la había perdonado.

Cuando Magnus se sintió libre de preguntar a los parientes mayores acerca de este suceso se encontró como era de esperar con muchos que habían estado presentes o sólo creían haber estado presentes en Axevalla pero aun así podían adornar la historia hasta el extremo.

El joven Magnus había demostrado desde la más tierna infancia ser mucho mejor arquero que otros niños, lo cual atribuía a que su padre era un arquero insuperable, y empezó a practicar el tiro mucho más de lo necesario, incluso descuidando otras partes de su educación. También había ido a ver a Birger Brosa y había decidido que si su padre no regresaba vivo de Tierra Santa no tomaría el nombre Birgersson, de Birger Brosa, ni tampoco Arnsson, hijo de Arn. Quería llamarse Magnus Månesköld, Escudo de Luna, y él mismo había dibujado una pequeña media luna de plata en su escudo encima del león de los Folkung.

Birger Brosa opinaba que, dado que ya había pasado tanto tiempo, sería mejor que madre e hijo no se vieran hasta que finalizara el tiempo de penitencia de Cecilia Rosa. Sería mejor para el niño ver a su madre como una mujer libre que no como una sierva de convento que todavía tenía que cumplir penitencia. Cecilia no había puesto objeciones a esa propuesta. Pero ahora que había llegado el momento en que era libre y no una sierva penitente, temía este encuentro más de lo que jamás podría haber imaginado. Empezaba a preocuparse por cosas que antes ni siquiera se le habían pasado por la cabeza, si era vieja y fea o por si sus ropas eran demasiado sencillas. Si el joven Magnus tenía sueños así de grandeza acerca de su padre, tanto mayor sería el peligro de que se llevara una decepción al ver a su madre.

Cuando las otras mujeres de Riseberga, seis monjas, tres novicias y ocho

conversae, fueron a las completas aquella noche, Cecilia Rosa se retiró a su cámara de contabilidad. Empezaba la primera hora de libertad trabajando.

Aquel otoño, Cecilia Rosa equipó una caravana que ella misma dirigiría hasta Gudhem para comprar todo tipo de plantas útiles y hermosas que sólo podían viajar en otoño sin morir en el camino y también muchas otras cosas necesarias para coser y teñir las telas. A diferencia de Gudhem, en Riseberga el cultivo de las plantas y la confección de ropas eran incipientes. Puesto que Cecilia Rosa iba a llevar una buena cantidad de plata para los pagos, Birger Brosa organizó una escolta de jinetes armados hasta llegar al lago de Vättern, luego unos marineros noruegos al cruzar el agua, y finalmente jinetes de los Folkung entre el Vättern y Gudhem.

Cecilia montaba sola. Había sido una buena jinete a la edad de diecisiete años, por lo que no tardó mucho en recuperar su antigua habilidad sobre el caballo, aunque sintió algún que otro dolor en el cuerpo.

Al acercarse a Gudhem cabalgando a la cabeza de la caravana donde insistía en ir, pues ella era yconoma y acostumbraba a mandar, mientras que los hombres armados eran sólo su séquito, se sorprendió por la mezcla de sentimientos que había en su cabeza. Gudhem estaba situado en un lugar muy hermoso y era agradable de contemplar ya desde la distancia. A estas alturas de mediados de otoño todavía florecían algunas de las rosas a lo largo de los muros, de esas que ahora intentaría comprar, entre otras muchas cosas, para embellecer Riseberga.

No había odiado tanto ningún otro lugar en el mundo como Gudhem, eso era sin duda alguna cierto. Pero qué diferencia tan notable había al acercarse ahora a este reino de la madre Rikissa siendo una mujer libre en lugar de una que obedecía sus órdenes.

Cecilia Rosa se había autoconvencido de que sólo acudiría allí en viaje de negocios y por el bien de Riseberga. Así que no había razón alguna para buscar riña con la madre Rikissa ni intentar demostrarle de forma especial que su poder había sido destruido. En el último tramo del camino de grava que llevaba a Gudhem, Cecilia Rosa fantaseó con que se comportaría con Rikissa como si fueran dos iguales, la abadesa de Gudhem y la yconoma de Riseberga, que iban a hacer negocios con sentido común y nada más. Pero se sonrió al pensar en el poco sentido común que tenía la madre Rikissa en lo referente a los negocios.

Pero todas sus esperanzas acerca del encuentro se quedaron en nada. La madre Rikissa agonizaba y habían llamado a un tal obispo Örjan de Växjö a su lecho de muerte para recibir la confesión de la madre Rikissa y darle la extremaunción.

Cuando le comunicaron la noticia, Cecilia Rosa pensó primero en abandonar Gudhem, pero puesto que el viaje era largo y complicado y la vida tanto en Gudhem como en Riseberga tendría que seguir por mucho tiempo después de que quienes ahora vivían allí hubieran muerto, cambió de opinión y se alojó en el hospitium, donde ella y su compañía de viaje fueron recibidos como unos viajeros cualesquiera.

Temprano, aquella misma noche, fue a buscarla aquel obispo para ella

desconocido y le pidió que lo acompañara a la clausura para visitar a la madre Rikissa por última vez. Había sido la propia madre Rikissa la que había solicitado ese último favor de Cecilia Rosa.

Naturalmente era imposible siquiera pensar en negarle a un moribundo un último deseo en la vida cuando era tan fácil de cumplir. Cecilia Rosa accedió, aunque reacia, a acompañar al obispo Örjan al lecho de muerte de la abadesa. Su aversión no se refería a la muerte en sí, ya que la había visto de cerca muchas veces en el convento, adonde iban muchas señoras en su vejez para vivir sus últimos días y luego morir; su aversión se refería a las cosas que temía sentir en su corazón ante la muerte de la madre Rikissa. Sentir triunfo ante la muerte del prójimo sería un pecado de difícil perdón. ¿Pero qué otros sentimientos podían esperarse ante un demonio como aquél?

Acompañado por el obispo, lamentándose y rezando a su lado, Cecilia Rosa entró en la habitación más interior y privada de la madre Rikissa. La abadesa yacía cubierta por mantas estiradas hasta la barbilla y una vela ardiendo a cada lado de la cama. Estaba muy pálida, como si la muerte ya agarrara su corazón con su fría mano esquelética. Tenía los ojos medio cerrados.

Cecilia Rosa y el obispo cayeron de inmediato de rodillas y rezaron lo obligado. Al terminar de rezar, los ojos de la madre Rikissa se abrieron un poco y de repente sacó una mano de debajo de la manta y agarró a Cecilia Rosa por la nuca con una fuerza que para nada era propia de una moribunda.

—Cecilia Rosa, Dios te ha llamado en este momento para que tengas tiempo de perdonarme —susurró y su fuerte presión en el cuello de Cecilia Rosa se aligeró un poco.

Por un breve instante, Cecilia Rosa sintió el gélido temor que siempre había relacionado con aquella malvada mujer. Pero luego se hizo a la situación y retiró sin dureza exagerada la mano de la madre Rikissa de su nuca.

—¿Qué es lo que queréis que os perdone, madre? —preguntó con el tono de voz más neutro que pudo adoptar.

—Mis pecados y ante todo mis pecados hacia ti —dijo la madre Rikissa como si de repente hubiese perdido gran parte de su sorprendente fuerza.

—¿Como cuando me flagelasteis por pecados que sabíais que no había cometido? ¿Lo habéis confesado? —preguntó Cecilia con frialdad.

—Sí, he confesado esos pecados ante el obispo Örjan, que está sentado a tu lado —contestó la madre Rikissa.

—¿Como cuando intentasteis matarme teniéndome en carcer durante el invierno con tan sólo una manta? ¿Habéis confesado eso también? —siguió preguntando Cecilia Rosa.

—Sí, he confesado... eso también —respondió la madre Rikissa, pero a Cecilia Rosa no se le escapó cómo entonces el obispo Örjan, que seguía arrodillado a su lado, hizo un gesto de preocupación. Miró rápidamente hacia él y no se le escapó su sorpresa.

—¿No me estaréis mintiendo aquí en vuestro propio lecho de muerte y después de haber recibido la extremaunción, verdad, madre Rikissa? —preguntó Cecilia Rosa con suavidad en la voz pero dura como el hierro en su interior. En los ojos enrojecidos de la abadesa pudo ver de nuevo las alargadas pupilas de la serpiente.

—He confesado todo lo que me has preguntado, ahora quiero tu perdón y tus plegarias ante mi largo viaje, pues mis pecados no son pocos —susurró la madre Rikissa.

—¿Habéis confesado que también intentasteis matar a Cecilia Blanka con carcer durante los difíciles meses de invierno? —siguió preguntando Cecilia Rosa, implacable.

—Me estás torturando... muestra compasión en mi lecho de muerte —jadeó la madre Rikissa pero de un modo que Cecilia tuvo la impresión de que todo era un engaño.

—¿Habéis confesado o no que intentasteis quitarnos la vida a mí y a Cecilia Blanka con carcer? —continuó preguntando Cecilia Rosa, pues no tenía ninguna intención de ceder—. Yo, una pobre pecadora, no puedo perdonar pecados así si no sé que ya han sido confesados, ¿verdad que lo comprendéis, reverenda madre?

—Sí, le he confesado esos severos pecados al obispo Örjan —respondió entonces la madre Rikissa, pero esta vez sin jadear ni susurrar sino más bien con algo de impaciencia en la voz.

—Entonces estáis perdida, madre Rikissa —dijo Cecilia Rosa con frialdad—. O bien me estáis mintiendo ahora a mí, cuando decís que le habéis confesado eso al obispo Örjan, y naturalmente entonces no puedo perdonaros, o bien es verdad que habéis confesado esos pecados mortales, pues es un pecado mortal intentar quitarle la vida a un cristiano, y todavía peor si vos estáis al servicio de la Madre de Dios. Y si habéis confesado vuestros pecados mortales, entonces el obispo Örjan no puede haberos perdonado. ¿Y quién soy yo, entonces, durante tantos años una pobre y pecadora penitente bajo vuestro látigo, para perdonar lo que el obispo y Dios no pueden perdonar?

Cecilia Rosa se puso rápidamente de pie con sus últimas palabras como si hubiese sospechado lo que iba a suceder. La madre Rikissa se retorció con violencia en la cama, alargando de nuevo las manos hacia Cecilia Rosa, como si intentara agarrarla del cuello. Al hacerlo, cayó la manta que la cubría y un horrible hedor se esparció por la habitación.

—¡Yo te maldigo, Cecilia Rosa! —gritó la madre Rikissa con una repentina fuerza de la que había estado bien lejos en el instante anterior. Ahora sus ojos enrojecidos estaban abiertos por completo y a Cecilia Rosa le pareció ver con toda claridad las pupilas de la serpiente.

—¡Te maldigo a ti y a tu amiga libertina y mentirosa Cecilia Blanka, que las dos ardáis en el infierno y que sufráis la condena de la guerra por vuestros pecados y que vuestros parientes mueran con vosotras en el fuego que ahora llegará!

Y tras esas palabras la madre Rikissa se derrumbó como si hubiese perdido todas sus fuerzas. Su pelo negro, que había empezado a encanecer, asomaba un poco por debajo de la toca. De una de las comisuras de la boca le brotaba un fino hilo de sangre que parecía completamente negra.

El obispo Örfjan tomó con cuidado a Cecilia Rosa de los hombros y la sacó de la habitación, cerrando tras de sí la puerta como si considerara que era necesario intercambiar unas pocas palabras más con la moribunda antes de que fuera demasiado tarde para arrepentirse y demasiado tarde para confesar.

La madre Rikissa murió aquella misma noche. Al día siguiente fue enterrada bajo las losas de piedra del claustro y su sello de abadesa fue destruido y colocado junto a ella. Cecilia Rosa estuvo presente en el entierro, aunque relucante. Sin embargo, no le parecía tener mucha opción. Por un lado le resultaba imposible rezar por la maldad personificada y estar allí fingiendo pena ante la muerte como todos los demás. No se le ocurría nada más inútil que recitar oraciones por una pecadora irremediable que mintió al confesar en su propio lecho de muerte.

El otro lado del asunto tenía más que ver con la vida mundanal. No tenía ni idea de quién era el obispo Örfjan de Växjö, ni siquiera había oído hablar de que hubiera un obispo en Växjö. Pero tenía que haber un motivo para que precisamente ese obispo desconocido y poco importante hubiese sido llamado al lecho de muerte de la madre Rikissa. En primer lugar debía de ser del linaje de Sverker, tal vez un pariente cercano de la madre Rikissa. En segundo lugar tenía ahora conocimiento de la última voluntad de la madre Rikissa, que desde luego no carecía de importancia. Las últimas palabras de la abadesa que Cecilia Rosa había oído había sido la amenaza de precipitar sobre todos ellos el fuego y la guerra. Seguramente sólo el obispo Örfjan sabría lo que había querido decir con esas palabras. Sabio sería, por tanto, mantenerse cerca de aquel hombre y tal vez comprender así algo del secreto que él ahora llevaba consigo.

La otra razón para asistir al entierro era más poderosa. Cecilia Rosa y sus acompañantes, cada vez más impacientes, habían viajado desde lejos para hacer negocios. Sería mejor solucionar ese asunto cuanto antes y evitar así tener que volver en primavera.

El obispo Örfjan era un hombre alto y delgado con el cuello como el de una grulla y una nuez que bailaba. Cecilia Rosa pensó nada más verlo que no era ninguna lumbrera, pero se reprochó el repentino juicio, pues el exterior de una persona no tenía por qué ser igual que el interior.

Sin embargo, su primera impresión no resultó ser vana, pues cuando ahora sugirió inocentemente que el obispo, ella y algunos de los hombres de su séquito tomaran juntos la cerveza de entierro en el hospitium antes de separarse se apresuró a decir que era una muy buena idea.

Siendo la única mujer del hospitium, era natural que ella se sentara a la mesa junto al obispo, e igual de natural era que él cuanto más bebiera más hablara. Al

principio estuvo quejándose un poco de que, como vástago de Sverker, sólo había podido aspirar a la nueva plaza de obispo de Växjö, puesto que en los tiempos que corrían todos los cargos nuevos de importancia en la Iglesia iban para quien era de Folkung o de Erik o estaba emparentado con ellos de alguna manera.

Con eso Cecilia Rosa obtuvo el primer dato de importancia.

No pasó mucho rato hasta que el obispo, preocupado, le preguntó a Cecilia Rosa, que por lo que él sabía había sido muy amiga de la reina Cecilia Blanka durante el tiempo que ésta pasó en Gudhem, si sabía exactamente en qué momento Cecilia Blanka había pronunciado los votos monásticos.

Con eso Cecilia Rosa obtuvo un segundo dato de importancia, pero esta vez sintió cómo se le helaba la sangre.

Procuró hacer ver que no pasaba nada, intentó tragar más cerveza y reír un poco antes de contestar, pero luego dijo que la verdad era que Cecilia Blanca nunca había pronunciado los votos. Al revés, se habían prometido la una a la otra que jamás lo harían y habían vivido juntas siendo buenas amigas durante muchos años en Gudhem.

El obispo Örjan se quedó entonces callado y pensativo durante un rato. Luego dijo que no podía violar el secreto de confesión pero sí podía decir algo acerca de lo que había sido escrito como última voluntad de la madre Rikissa y que él había prometido ante Dios que enviaría al Santo Padre de Roma. En ese escrito decía que la reina Cecilia Blanka había pronunciado los votos monásticos en Gudhem.

Para ocultar el horror que se apoderaba de Cecilia Rosa, le sirvió con gran falta de costumbre más cerveza al obispo Örjan mientras pensaba. Él se apresuró a beber con voracidad.

Había obtenido un tercer dato de importancia.

¿No debería enviarse un testamento así al arzobispo cuanto antes?, preguntó ella de la forma más inocente que pudo.

No necesariamente. Por dos motivos. En primer lugar porque el segundo arzobispo del país, Jon, acababa de ser asesinado en Sigtuna cuando los salvajes del otro lado del mar Báltico saquearon la ciudad, así que ahora mismo no había arzobispo. Y si el testamento de la madre Rikissa de todos modos tenía que ir a Roma, sería una pérdida de tiempo innecesaria pasar por Aros Oriental y además esperar allí a que llegara un nuevo arzobispo, que seguramente también sería Folkung, gruñó el obispo Örjan, malhumorado. Por eso había pensado hacer honor al juramento que prestó ante la moribunda abadesa Rikissa y viajar hacia el sur y entregarle el testamento a su pariente danés el obispo Absalon de Lund.

Con eso Cecilia Rosa obtuvo un cuarto dato de importancia. Se apresuró en servirle más cerveza al obispo y rió alegremente cuando él le tocó el muslo a pesar de que se le revolvían las entrañas.

Cecilia Rosa comprendió que ya sabía todo lo que necesitaba saber, pues nada más podría ser de importancia, así que intentó hacer lo que desde el principio comprendió que sería imposible: intentar que el bobo del obispo entrara en razón.

Primero señaló tímidamente que ella y Cecilia Blanka habían pasado más de seis años juntas en Gudhem siendo las mejores y más queridas amigas. Por tanto era difícil que una de ellas pudiera haber hecho algo tan grande como pronunciar los votos sin contárselo a la otra.

A eso el obispo respondió, con un considerable esfuerzo por sonar honorable y serio en medio de la borrachera, que los juramentos que alguien prestaba ante Dios, al igual que todo lo que una persona decía en la confesión, era para el conocimiento mundanal un secreto eterno.

Cecilia Rosa replicó entonces con aparente preocupación que tal vez el alto y honorable obispo no conocía todo lo que sucedía en un convento de monjas. Pero era así que si alguien profesaba los votos se convertía desde ese mismo momento en una novicia y tenía que pasar por un año de prueba y ser separada de inmediato de todas las familiares y las conversae. Si Cecilia Blanka hubiese profesado los votos, las demás lo habrían sabido, aunque sólo hubiera sido por eso.

El obispo balbuceó como respuesta que muchas cosas podía verlas únicamente Dios, y sólo Él podía ver el alma de las personas.

Dado que Cecilia Rosa no podía objetar nada en contra de esa consideración, intentó cambiar rápidamente de táctica. Ella misma había comprendido por las palabras de la propia madre Rikissa que ésta había ocultado sus pecados mortales en la confesión ante el viaje que le esperaba. ¿Y cómo podía alguien que mentía en una situación así tener credibilidad alguna cuando se trataba de una afirmación imposible como que la reina hubiese profesado los votos y luego engendrado a cuatro hijos en pecado? Puesto que debía ser eso lo que estaba escrito, ¿verdad?

Sí, naturalmente era eso lo que decía... admitió el obispo en medio de un bostezo pero arrepintiéndose rápidamente. Lo escrito trataba del pecado en sí, se apresuró en aclarar. El pecado era lo importante, que luego el pecado precisamente en este caso tuviese consecuencias para la corona del reino era algo que no podía tenerse en cuenta. ¿Pero no querría acompañarlo Cecilia Rosa a Dinamarca? Era cierto que se hablaba de que un obispo ya no podía casarse ante Dios, pero había formas fáciles de solucionar ese problema. Había acumulado una gran riqueza, así que, ¿por qué no?

Cecilia Rosa había obtenido toda la información que necesitaba pero también se sentía sucia y mancillada por culpa de aquel obispo depravado.

Se exculpó con que, por razones femeninas que no podía nombrar, debía retirarse de inmediato y cuando él intentó buscarla a tientas ella logró escurrirse pues estaba mucho menos borracha que él.

Pero al salir al aire fresco vomitó. Y aquella noche estuvo rezando sin poder dormir, pues sus pecados habían sido muchos. Había embaucado a traición a un obispo y había dejado que la tocara de forma pecaminosa para incitarlo a decir algo que no quería decir.

Sentía vergüenza por todo ello, pero lo que más la avergonzaba era que el roce de aquel hombre honorable había encendido en su interior un deseo que siempre

intentaba reprimir. Él había logrado que ella de nuevo viera ante sí cómo al fin entraba Arn Magnusson sobre su caballo en el patio. Que un hombre tan malvado como aquél pudiese reavivar el fuego de su amor puro, que era como ella lo veía, era un pecado casi imperdonable.

Sin embargo, el segundo asunto que tenía que solucionar en Gudhem y que había hecho que se quedara al entierro de la abadesa se resolvió de forma mucho más fácil. Pronto hubo comprado todas las plantas y los objetos necesarios para la costura a una priora indecisa que, sin sus amables consejos, podría haber sido gravemente estafada en este tipo de negocios. Gudhem volvía a ser la casa de la Virgen María y ante eso cualquier persona debía guardar un gran respeto.

Pero también pensaba que si ella hubiese tenido que seguir en Gudhem, habría mirado bien dónde ponía los pies, pues la madre Rikissa no estaba en el paraíso; tal vez yaciese allí, bajo el claustro, con sus malvados ojos enrojecidos brillando y dispuesta a alzarse como un lobo a devorar a todo el mundo a quien odiaba, pues en su vida terrenal el odio había sido la mayor de sus fuerzas.

De camino a casa, en Riseberga, Cecilia Rosa había acordado quedarse unos días con Cecilia Blanka en Näs. Pero al llegar al puerto real en el Vättern y cuando su impaciente séquito, murmurando y refunfuñando, descargó las cosas empaquetadas junto a la amenazadora nave negra, todo el mundo pudo ver cómo Cecilia empalidecía. Dentro del lago Vättern había olas enormes que levantaban grandes cantidades de espuma. Estaba llegando la primera tormenta del otoño.

Preguntó preocupada entre los hombres rudos que parecían ser noruegos hasta que encontró al que parecía ser el jefe. Él la saludó con cortesía y le dijo que se llamaba Styrbjørn Haraldsson y que iba a tener el placer de llevar hasta Näs a una señora que era amiga de la reina.

Cuando Cecilia Rosa preguntó con preocupación si realmente era conveniente navegar con esa tormenta, él sonrió, pensativo, sacudió la cabeza y le contestó que ese tipo de preguntas siempre lo hacían añorar su hogar, pero que lamentablemente estaba de por medio su fidelidad al rey Knut. Sin decir nada más, la tomó de la mano y la guió por el muelle, donde sus hombres ya estaban embarcando y soltando amarras. Colocaron una tabla de madera ancha para que Cecilia Rosa pudiera bajar, arrojaron rápidamente y con brazos fuertes la mercancía de Gudhem y la estibarón en el suelo. Luego hicieron salir el barco con ayuda de los remos e izaron las velas.

El viento tensó la vela cuadrada e impulsó el barco hacia adelante, de modo que Cecilia Rosa, que no había tenido tiempo de sentarse, cayó hacia atrás a los brazos de Styrbjørn. Éste la sentó rápidamente junto a su sitio en el timón y la envolvió con gruesas mantas y pieles, hasta que sólo se le vio la punta de la nariz.

La tormenta bramaba a su alrededor y las olas salpicaban contra el tablazón. La nave estaba tan inclinada que Cecilia Rosa sólo veía a un lado el cielo oscuro y al otro lado le parecía ver el fondo del mar negro, amenazador y enfurecido. Permaneció un rato paralizada de miedo hasta lograr recobrar la razón.

Ninguno de aquellos extraños y forzudos hombres parecía mínimamente preocupado. Estaban allí sentados, tan contentos, con las espaldas apoyadas contra el lado de la nave que se alzaba hacia el cielo y parecía que de vez en cuando bromeaban entre ellos. Ellos debían de saber lo que hacían, razonó Cecilia, desesperada. Miró al hombre que llevaba por nombre Styrbjørn y lo vio allí firme, de pie, con las piernas separadas y con el viento tirando de su largo cabello y con una sonrisa de satisfacción esbozada en su rostro barbudo. Parecía que realmente disfrutara navegando.

Aun así, no pudo reprimir preguntarle gritando si no era peligroso salir en plena tormenta y si de verdad estaban seguros de que alguien sostenía su mano protectora sobre todos ellos. Tuvo que repetir la pregunta dos veces a gritos a pesar de que Styrbjørn se inclinaba con amabilidad para escuchar sus preocupaciones.

Cuando al final Styrbjørn comprendió lo que quería decirle, echó primero la cabeza hacia atrás y soltó una larga carcajada, de modo que la tormenta agarró de nuevo su largo pelo y lo sacudió por encima de su cabeza. Luego se agachó hacia ella y le gritó que había sido peor esa mañana, cuando habían temido que remar contra el viento para llegar al puerto. Ahora navegaban impulsados por éste y era como bailar, llegarían en menos de una hora, no más.

Así fue. Cecilia Rosa vio el castillo de Näs acercarse a una velocidad vertiginosa y todos los noruegos se levantaron a una y se sentaron a los remos, mientras Styrbjørn arriaba la vela. Primero hundieron los remos los hombres del lado izquierdo y remarón hacia atrás mientras los hombres del otro lado hacían de contrapeso y remaban hacia adelante. Fue como si una enorme mano hubiese girado de golpe la nave contra el viento, y luego sólo fueron necesarios una decena de golpes de remo para quedar a resguardo del viento y pronto la proa del barco subió deslizándose sobre la playa. Cecilia no pudo evitar comprender la destreza de aquellos hombres y ahora se sintió avergonzada por su preocupación al inicio del viaje.

De camino hacia el castillo, cuando Styrbjørn cortésmente la acompañó por delante de todos los demás, Cecilia le pidió disculpas con suaves palabras por haberse preocupado sobremanera por el viaje.

Styrbjørn sonrió con amabilidad ante su innecesaria disculpa y le aseguró que en absoluto era la primera mujer godo-occidental que no tenía un verdadero conocimiento del mar y los barcos. Una vez, le explicó, hubo una joven mujer que preguntó si no se perderían por el camino. Y después de decir esto rompió a reír, mientras Cecilia Rosa sonreía con timidez sin saber qué era lo que resultaba tan divertido de la preocupación de aquella señora.

Cuando Cecilia Blanka, algo más tarde, recibió a su más estimada amiga, estaba muy animada y de muy buen humor. Se apresuró a llamar a sus sirvientes para que recogieran los sacos de piel de Cecilia Rosa con las plantas espinosas, las pieles y los utensilios de costura y tomó a su amiga del brazo y se la llevó corriendo a través de varias salas oscuras junto a una gran chimenea, donde sirvió vino caliente. Opinaba

que era lo más apropiado después de una travesía con tanto frío.

Cecilia Rosa sentía el calor del cariño y el ánimo de complacerla en todo de su amiga pero a la vez sentía el sordo dolor en su interior de todo lo malo que pronto tendría que explicarle. No iba a resultarle nada fácil. El rey y el canciller estaban al norte en Aros Oriental para arreglar algún asunto relacionado con un obispo nuevo, pues unos saqueadores del otro lado del mar Báltico habían matado al anterior. Además los estonios habían quemado toda Sigtuna, de modo que los hombres tenían mucho que resolver, había que poner en marcha nuevas cruzadas y construir nuevos barcos. La ventaja era que ahora tenían Näs para ellas solas, pues a falta de rey y de canciller mandaba la reina. ¡Así que hablarían durante toda la noche y beberían mucho vino caliente!

Durante un rato, Cecilia Rosa se dejó arrastrar por la irresistible emoción y la alegría de su más querida amiga; debían celebrar el momento en el que al fin las tres amigas eran libres.

Después de decir esto, había pensado pasar con rapidez a lo que tenía que decir. Pero en lugar de eso animó de nuevo a Cecilia Blanka, que le explicó con ojos brillantes y muchas risas cómo le había ido a la pequeña Ulvhilde, que ya no era tan pequeña, pues esperaba su primer hijo.

Tal y como había imaginado Cecilia Blanka, el hijo mayor de Ulfshem, Folke, no había sido en absoluto del agrado de Ulvhilde, a pesar de ser el primero en intentar impresionarla. Como era de esperar, su audacia se había interpuesto en su camino y pronto Ulvhilde había sentido mayor curiosidad por el hijo menor, Jon. Y dado que Jon no podía asombrar a Ulvhilde agitando espadas y arcos, sino que hablaba más de cómo había que construir un país con la ley y de cosas que había aprendido y sobre las que había reflexionado mucho, y puesto que sabía cantar de forma muy bella, no fue difícil imaginar cómo acabaría el asunto. Pronto se iba a celebrar su cerveza de matrimonio, y cuanto antes mejor, pues ya esperaba su primer hijo.

Al oír eso Cecilia Rosa sintió más horror que alegría, pues estaba claro que esperar un hijo antes de haber tomado la cerveza de matrimonio podía salirles muy caro a los jóvenes. Ella misma sabía más que la mayoría de lo duro que podía llegar a ser.

Pero Cecilia Blanka se apresuró en desechar su preocupación. Los tiempos eran diferentes ahora. Nadie que ahora tuviese la posibilidad de ser obispo intentaría como primer recurso excomulgar a alguien que gozaba de la protección tanto del rey como del canciller. Así que el pequeño pecado de Ulvhilde sería pronto bendecido por Dios y con eso se acabó el asunto. La pequeña parecía muy feliz y realmente había recibido una gran y calurosa bienvenida a la libertad.

Ahora, aliviada al saber que Ulvhilde no corría el peligro que con horror había imaginado, Cecilia Rosa reunió finalmente las fuerzas necesarias para alzar sus manos y detener la alegre charla de su amiga. Traía malas noticias desde Gudhem.

Pero aun así empezó mal la explicación. Cuando Cecilia Rosa respiró hondo y

empezó a contarle con seriedad que la madre Rikissa estaba muerta y enterrada, su amiga dio una palmada con las manos y soltó una carcajada, tras la cual se apresuró a santiguarse y, mirando hacia arriba, pidió perdón por alegrarse por la muerte del prójimo. Pero pronto recuperó el ánimo y dijo que eso no era una mala noticia.

Cecilia Rosa tuvo que empezar de nuevo. No tuvo que avanzar mucho en su historia de la falsa confesión y el testamento que había que enviar a Roma para que Cecilia Blanka se pusiese seria.

Cuando Cecilia Rosa terminó de hablar, en un primer momento ambas permanecieron en silencio sin poder decir nada. ¿Pues qué podía decirse de la mentira en sí? Que cualquier doncella desgraciada obligada a entrar bajo el flagelo de Rikissa en Gudhem se le ocurriese la absurda idea de pronunciar sus votos precisamente en Gudhem era una idea ridícula. Que Cecilia Blanka, que siempre había anhelado salir para estar con su prometido y con la corona de reina, fuese a desdecirse de todo eso para convertirse en la esclava de Rikissa era como decir que los pájaros volaban en el agua y los peces nadaban en el cielo.

Se interrumpieron cuando Cecilia Blanka llevó a su amiga a saludar a los niños antes de continuar juntas la noche, que ahora sabían que iba a ser una noche muy larga.

El hijo mayor, Erik, estaba con su padre en Aros Oriental, pues tenía mucho que aprender acerca de los asuntos de los que debía encargarse un rey. Los otros dos niños y la niña Brígida se estaban peleando como salvajes por un caballo de madera, de modo que a la doncella le fue imposible detenerlos cuando entraron las dos Cecílias. Los niños se tranquilizaron de repente, aunque miraron la curiosa ropa de Cecilia Rosa con un gesto burlón. Pero después de la oración de la noche las dos Cecílias maravillaron a los niños cuando juntas entonaron el cántico más hermoso que jamás se había cantado en Näs. Estaba claro que no esperaban eso que su madre supiera cantar de ese modo, y se acostaron obedientes y trinando de júbilo.

De vuelta a la chimenea donde las esperaba más vino caliente, Cecilia Blanka le explicó, algo incómoda, que no había cantado demasiado en su libertad, pues había pensado que ya había tenido suficiente canto en Gudhem. Pero si cantaban juntas era diferente, como si entonces recordara más su apreciada amistad que todas las frías madrugadas en las que, dormidas, tenían que salir tambaleándose sobre el frío suelo para el maldito laudes.

Cuando volvieron a sentarse junto al cálido fuego, solas, en ausencia de oídos enemigos y con una copa de vino entre las manos, había llegado el momento de comprender.

La intención de Rikissa era hacer que el Santo Padre de Roma declarase que el rey Knut de Götaland Occidental, Götaland Oriental, de Svealand y del arzobispado de Aros Oriental vivía en pecado, empezó a decir Cecilia Blanka. Eso significaría que el pequeño príncipe había sido engendrado en pecado, por lo que no podría heredar la corona, y tampoco ninguno de los otros hijos.

No era de extrañar que Rikissa quisiera mandar este mensaje directamente al Santo Padre de Roma, ni tampoco que el mensaje fuera a viajar vía Dinamarca, donde los Sverker tenían a todos sus parientes exiliados y donde muchos de ellos habían logrado casarse con los amigos del rey danés. Por tanto, el fuego y la guerra con la que Rikissa los había amenazado en su lecho de muerte era la guerra que se estallaría cuando regresaran los Sverker para recuperar la corona real. Así era como Rikissa lo había planeado.

Pero todo su plan estaba basado sobre una mentira, objetó Cecilia Rosa. Lo que estaba escrito en su testamento no era cierto. Leer algo así en Roma era una cosa, pero ante un arzobispo sueco, fuese quien fuese esta vez, el asunto se vería desde otro ángulo.

Se encontraron ahora ante el dilema de si sería posible que la mentira venciese. Era más fácil comprender que Rikissa sacrificara su alma para lograr la venganza, que una persona pudiese ser tan malvada que se condenase al fuego eterno sólo por venganza.

Seguramente debió de verlo como un sacrificio, pensó Cecilia Rosa, sacrificó su alma para bendecir a sus parientes. De la misma manera que una madre sacrificaría su vida por un hijo, o tal y como un padre sacrificaría la vida por su hijo, Rikissa sacrificó su alma por todos sus parientes. La idea provocaba escalofríos pero también era comprensible, al menos si eras uno de los que habían tenido que sufrir bajo la madre Rikissa en la vida terrenal.

Fue como si de pronto tuvieran frío a pesar del calor que desprendían los leños. Cecilia Blanka se levantó, se acercó a su amiga, la besó y arregló las pieles que la rodeaban; luego se fue a pedir más vino.

Al regresar intentaron librarse del mal espíritu de Rikissa en la habitación. Se consolaron diciendo que al menos habían recibido la información a tiempo y que seguro que Birger Brosa sabría hacer buen uso de ese conocimiento, y luego intentaron hablar de otra cosa.

Cecilia Rosa se preguntaba sobre su querida amiga Ulvhilde. Apenas había sacado un pie de Gudhem y ya estaba de camino a un lecho nupcial. Sí, incluso había tenido ocasión de probar de ese lecho. ¿Era realmente eso algo tan bueno? ¿No estaba expuesta como un cordero con toda su inocencia? En toda su vida en libertad había conocido sólo a dos jóvenes y ahora iba a compartir cama y asiento con uno de ellos durante el resto de su vida. ¿Sería eso bueno?

Cecilia Blanka opinaba que sí. Ella conocía a Jon y había estado bastante segura de que pasaría lo que pasó, pues ella conocía también a Ulvhilde. Era una buena unión entre los Sverker y Folkung que a nadie podría parecerle mal. Pero eso era una cosa y otra muy distinta que había personas que estaban hechas las unas para las otras. Seguramente Cecilia Rosa y Arn estaban hechos el uno para el otro. Pero ése podía muy bien ser también el caso de Ulvhilde y Jon Folkesson. Pronto podría verlo la propia Cecilia Rosa, porque en Navidades se reunirían todos para celebrar una gran

cerveza de Navidad en Näs, así se había decidido.

Esas últimas palabras hicieron que Cecilia Rosa se quedara pensativa, ensimismada durante un rato. Como algo obvio y sencillo, su amiga la reina la había invitado a una cerveza de Navidad. Y la novedad en su vida era que realmente era obvio y sencillo. Cecilia Rosa era libre, incluso podía rechazar la invitación si quería, algo que, sin embargo, no tenía ninguna intención de hacer. Pero la simple posibilidad de poder decir que no, pensaba ahora, cada vez más dormida, era un aspecto de lo más curioso de su nueva libertad.

Se quedó dormida copa en mano, pues estaba poco acostumbrada a beber cuanto vino caliente quisiera.

Cecilia Blanka fue a buscar a algunas doncellas que acompañaron a su querida amiga a la cama.

Al día siguiente Cecilia Rosa fue transformada. Las doncellas de la reina la bañaron y la frotaron bien, pero sobre todo se dedicaron a su pelo, que desenredaron y cepillaron, peinaron y cortaron donde estaba cortado de forma burda e irregular; los cortes de pelo en el convento se hacían para mantener el pelo corto, no para mantenerlo hermoso, pues de todos modos no podía mostrarse nunca.

Cecilia Blanka había pensado mucho acerca qué ropas nuevas regalarle a su amiga. Le había sido fácil comprender que no podía tratarse de las ropas más hermosas, pues el paso de la ropa de convento, marrón e incolora estilo saco, a la vestimenta de una dama de la corte podía ser demasiado brusco. Además, había comprendido, sin siquiera tener que preguntar, que Cecilia Rosa no quería ir a vivir a Näs como la simple amiga de la reina, era demasiado obstinada para eso. Cecilia Blanka comprendía muy bien que el mayor deseo de su querida amiga fuera que Arn Magnusson regresara a casa. No sabía muy bien cuántas esperanzas se podían albergar de que eso sucediese después de todos esos años, pero no podían ser demasiadas. Por eso tampoco era un buen tema de conversación. Tiempo al tiempo y con él llegarían las respuestas.

La reina había pensado que Cecilia Rosa seguiría viajando desde Näs con un manto que, a pesar de ser marrón como el de las conversae, estaría hecho de una lana mucho más suave, de cordero. Un manto con el color del linaje habría sido un asunto demasiado delicado, pues Cecilia Rosa pertenecía al linaje de Pål, por lo que tendría un manto verde. Pero ella siempre se había visto como la novia de Arn Magnusson y por eso siempre con el manto azul de los Folkung, eso había estado claro como el agua incluso aquellos años en que habían sido dos en llevar un fino hilo de lana azul en el brazo mientras que las otras familiares lo llevaban rojo. Sin embargo, la verdad era que el compromiso entre Cecilia Rosa y Arn Magnusson, por mucho que significase para ella, no era válido ante la Iglesia. De modo que, desgraciadamente, no habría sido correcto que llevase un manto azul. Por consiguiente, un manto marrón sería lo mejor por ahora.

Sin embargo, seguro que una yconomía que era una jornalera seglar en un

monasterio tendría derecho a llevar las ropas mundanales que quisiera. Por eso Cecilia Blanka había hecho coser un traje verde pues pensaba que el verde quedaría especialmente bien con el cabello rojo de Cecilia. Y como para añadir un aire Folkung a su atuendo, había cambiado la toca negra para el cabello de Cecilia Rosa por una azul, ese azul que ella conocía tan bien y que incluso podía preparar con sus propias manos.

Le costó convencer a Cecilia Rosa para que se vistiera con sus nuevas ropas y además, como decía Cecilia Blanka, para practicar para el futuro, pasar un día entero con el pelo al aire, sin cubrirse la cabeza.

Tal vez un solo día de ejercicio fuese poco, comprendió Cecilia Blanka, aunque demasiado tarde. Porque al acercarse la noche llevó de nuevo a Cecilia Rosa a la habitación de las doncellas y la vistió con otro vestido verde mucho más hermoso y le colocó una cinta de plata a la cintura y un pasador de plata en el pelo, pues como le explicó esperaban a gente para celebrar un banquete aquella noche.

Luego llevó a su amiga a sus aposentos, donde había un gran espejo pulido en el que uno podía contemplarse de cuerpo entero. Estaba ansiosa por lo que iba a suceder.

Cuando Cecilia Rosa pudo verse a sí misma se quedó primero muda y era imposible leer en su cara lo que estaba pensando. Pero de repente rompió a llorar y fue a sentarse y tuvo que ser consolada durante un buen rato por Cecilia Blanka antes de que fuese posible sonsacarle qué le había ocasionado esa repentina tristeza.

Se había vuelto vieja y fea, sollozó. Así no era como ella se recordaba a sí misma, ésa era otra persona vieja y fea.

Cecilia Blanka la besó, consolándola, durante unos instantes pero luego se echó a reír y la tomó de la mano y la llevó de nuevo ante el espejo para que pudieran verse las dos a la vez.

—Mira, aquí nos tienes a las dos —dijo con una aparente gravedad—. Yo te he visto durante muchos años sin verme a mí misma, al igual que tú siempre me has visto a mí. Bien, pues aquí me tienes, con barriga y los pechos colgando, y grasa en la cara, y ahí estás tú, a mi lado. El espejo no miente. Él ve a una mujer hermosa que sólo tiene treinta y siete años pero parece más joven, y me ve a mí, que tengo cuarenta y que los aparento. El tiempo no te ha desgastado tanto como tú crees, Cecilia Rosa.

Cecilia Rosa permaneció en silencio durante un rato, mirando sus reflejos en el espejo. De repente se volvió, rodeó a Cecilia Blanka con sus brazos y le pidió disculpas. Dijo que debía ser la falta de costumbre de verse a sí misma lo que había hecho que su propia imagen le impactase tanto. Pronto volvió a animarse de nuevo.

Pero este extraño comportamiento por parte de su amiga no hizo que Cecilia Blanka se sintiera menos preocupada, pues ahora comprendió que había guardado un secreto durante demasiado tiempo. Y pronto no quedaría más tiempo para seguir callando.

Quien acudía al banquete de esa noche, cabalgando desde el norte de Visingsö y viajando desde Bjälbo era Magnus Månesköld, el hijo de Cecilia Rosa. Iba a ver a su madre por primera vez.

Había dos posibilidades, comprendió Cecilia Blanka. Una era no decir nada y dejar que madre e hijo se reconocieran, pues deberían hacerlo. La otra posibilidad era contarle en ese mismo instante cómo estaba la situación, con toda la preocupación que seguramente eso comportaría.

Le pidió a Cecilia Rosa que se sentara delante del espejo, fingiendo que debía hacer algún arreglo en su pelo. Fue a buscar un cepillo y peines y empezó a cepillar el cabello de su amiga y así estuvo durante un rato, pues eso resultaba muy relajante. Luego le dijo, como si no fuera nada especial, que había algo más, que Magnus Månesköld acudiría al banquete de la noche y que pronto podrían montar a caballo e ir a recibirlo, si le apetecía.

Cecilia Rosa se quedó completamente quieta, contemplándose durante un buen rato en el espejo con lágrimas que brillaban en sus ojos pero sin caer. No dijo nada durante largo rato. Para ocultar su preocupación, Cecilia Blanka empezó a cepillar de nuevo su hermoso cabello rojo, que todavía era un poco demasiado corto.

Hacía bastante que la tormenta había amainado sobre el Vättern y cuando se dirigieron las dos solas sin séquito hacia el norte de Visingsö, sólo quedaban unas cuantas nubes en el cielo. No hablaron mucho durante el camino. Cecilia Blanka elogió a su amiga por lo bien que montaba a caballo. Y Cecilia Rosa dijo algo del clima y de lo hermoso que era el atardecer.

En un claro del bosque cuyos robles habían sido talados hacía tiempo para convertirse en barcos, se encontraron con tres jinetes. Llevaban todos grandes mantos de los Folkung. El que cabalgaba al frente era el más joven y su cabello rojo relucía a la luz del atardecer.

Los tres hombres detuvieron a la vez sus caballos al descubrir a la reina y a la señora que iba a su lado. El joven pelirrojo bajó rápidamente del caballo y empezó a caminar por el claro.

La costumbre decía que Cecilia Rosa debía permanecer sobre su caballo y esperar con paciencia al hombre que se le acercaría, se inclinaría y le ofrecería su mano para que pudiera bajar sin peligro del animal, tras lo cual se saludarían el uno al otro.

Sin duda alguna, a los diecisiete años, Cecilia Rosa lo habría sabido y también se habría comportado como exigía la norma. Menos claro estaba si tras tantos años de cautiverio recordaría la costumbre.

Pero ágil como si todavía tuviera diecisiete años desmontó con un salto no demasiado decoroso y cruzó corriendo el claro con pasos demasiado largos para su vestido verde, de modo que iba tropezando ligeramente.

Cuando Magnus Månesköld la vio, empezó a correr él también, y cuando estuvieron frente a frente, se fundieron en un intenso abrazo.

Luego se tomaron de los hombros para poder mirarse el uno al otro a los ojos. Lo

que veían era como el reflejo de su propia imagen en un espejo.

Magnus Månesköld tenía los ojos pardos y el cabello rojo, el único en casa de Birger Brosa que lo tenía.

Se miraron el uno al otro largamente, ninguno de los dos era capaz de decir nada. Luego él cayó de rodillas ante ella, le tomó la mano derecha y la besó con delicadeza. Era la señal de que reconocía a su madre ante la ley.

Al ponerse de nuevo en pie colocó la mano de ella sobre la suya, que había alzado, y la dirigió con cuidado hacia el caballo de ella. Una vez allí, volvió a arrodillarse mientras le alcanzaba las riendas, sujetaba el estribo y le ofrecía su espalda para ayudarla a subir al caballo, tal y como prescribía la tradición.

No fue capaz de decir nada hasta que su madre estuvo bien sentada arriba.

—He pensado y he soñado mucho contigo, madre —dijo con algo de timidez—. Tal vez pensaba que te reconocería, pero no como lo he hecho hoy. Y tampoco imaginé, a pesar de lo que me había dicho mi querido pariente Birger Brosa, que sería como ver a una hermana más que a una madre. ¿Me concederás, por tanto, el honor, querida madre, de llevarte a mi lado en el banquete de esta noche?

—Así será —respondió Cecilia Rosa, riéndose solapadamente por la forma insegura y tensa en que hablaba su hijo.

Magnus Månesköld era un hombre joven con apenas vello en la cara que todavía no estaba cerca de la edad en que sus parientes empezarían a buscarle una novia apropiada. Pero también era un hombre criado en los castillos del poder y por su forma de comportarse siguiendo las buenas costumbres, no se le podía adivinar ni rastro de inseguridad ni de infantilismo. Llevaba el manto de los Folkung con esa precisa seguridad que claramente demostraba que él comprendía su valor. Y también comprendía su significado, pues al acercarse a Näs con los últimos rayos de sol antes del oscurecer, se adelantó con el caballo hasta alcanzar a su madre y le dijo algo acerca del frío de la noche mientras colgaba su manto azul sobre los hombros de ella. Pues era así como él deseaba entrar con ella en el castillo del rey en Näs, aunque no dijo nada de ello. Su madre lo comprendió de todos modos.

En el banquete bebió cerveza como un hombre pero no vino, como las dos Cecílias. Al principio de la noche hablaba con ellas sobre todo acerca de cómo había sido el cautiverio en Gudhem, pues nunca había podido imaginarlo. Supo ahora por primera vez que Gudhem era el lugar donde había nacido, y su madre también le contó cómo había sucedido.

Pero tal y como las dos Cecílias se habían esperado, y también comentado con el lenguaje de los signos que sólo ellas comprendían fuera del convento, Magnus Månesköld pronto empezó a inquirir con sutileza acerca de su padre, que si era verdad lo del arte que tenía Arn Magnusson con la espada y el arco. Cecilia Rosa le respondió con naturalidad, pues el miedo que había sentido unas horas antes había sido sustituido por una cálida sensación de felicidad, y le dijo que eso de la espada era algo que sólo había oído explicar a otros, aunque las historias eran varias. Sin

embargo, ella misma había visto una vez a Arn Magnusson disparar con arco en un banquete en la finca real de Husaby y no lo hizo nada mal. Magnus le preguntó entonces cómo de bien había disparado su padre.

—Acertó una moneda de plata con dos flechas a una distancia de veinticinco pasos —contestó Cecilia Rosa sin parpadear—, al menos creo que eran veinticinco pasos, tal vez fueron veinte. Pero seguro que era una moneda de plata.

Al oír esto, el joven Magnus enmudeció primero por completo. Luego se le llenaron los ojos de lágrimas y se inclinó hacia su madre y la abrazó largamente.

Cecilia Blanka preguntó entonces con señas a sus espaldas si realmente había sido una moneda de plata. En cualquier caso, una moneda de plata inusualmente grande, le respondió Cecilia Rosa con señas, sumiéndose luego en el dulce aroma del abrazo de su hijo. Pues en su aroma había un recuerdo, algo que le evocaba juventud y amor.

Poco antes de Santa Catalina, cuando ya hacía un frío que auguraba un invierno severo, Birger Brosa llegó en visita urgente a Riseberga. No pudo dedicarle a la priora Beata más tiempo del estrictamente necesario para no ser descortés en el convento, que aunque pertenecía a la Virgen María, seguramente él consideraba más bien propiedad suya.

Ante todo quería ver a la yconoma, y dado que el temprano frío hacía difícil acomodarse en el exterior, tuvieron que sentarse juntos en su cámara de contabilidad, que ella había hecho construir siguiendo el modelo de Gudhem.

En un primer momento habló de negocios, pero estaba claro que tenía la cabeza en otra parte, pues no cesaba de hacer referencias a la cruzada que dirigiría hacia el este en primavera.

Más tarde, abordó por fin el tema del que quería hablar. Todavía no había abadesa en Riseberga. Si Cecilia Rosa pronunciaba ahora los votos, con su larga experiencia en el mundo del monasterio, podría ser ascendida de inmediato. Había hablado del asunto con el arzobispo, el nuevo arzobispo, con lo que no parecía que hubiese ningún problema en hacerlo. Parecía exigir con impaciencia una respuesta inmediata.

Cecilia Rosa se sentía débil y como si la hubieran golpeado con fuerza. No podía imaginarse que el canciller, que a pesar de todo conocía tan bien a la reina Cecilia Blanka, pudiese creer en ningún momento que ella deseara pronunciar los votos.

Al tranquilizarse lo suficiente y haber meditado sobre la cuestión, preguntó sin ceder con la mirada cuál era la intención que se ocultaba tras esa pregunta. Ella, por su parte, no era tan tonta y nadie en todo el reino era más sabio que el canciller, así que debía de existir algún motivo de peso para exigir algo con tanta insistencia.

Birger Brosa esbozó su famosa sonrisa, se acomodó encima de una pierna, juntó las manos en torno a la rodilla y miró durante un rato a Cecilia Rosa antes de explicarle cómo estaba la situación, aunque no fue directo al grano.

—Sería todo un honor tenerte como una de nuestras señoras entre los Folkung, Cecilia —empezó—. En cierta manera, ya lo eres y por eso he venido a ti con mi dura exigencia.

—¿Exigencia? —preguntó Cecilia Rosa, alarmada.

—Bueno, llamémosle pregunta. Tienes cabeza para la contabilidad y la plata con la que seguramente sólo se puede comparar Eskil. Sí, Eskil es el hermano de Arn, es él quien se ocupa de los negocios del reino. O sea que a ti no se te engaña con palabras dulces. Por tanto, te hablaré con palabras ásperas. Necesitamos a una abadesa que pueda declarar en contra del falso testimonio de otra abadesa. Así es como están las cosas.

—Podrías haberme hecho el favor de decir eso en cuanto llegaste, mi querido canciller —protestó Cecilia Rosa frunciendo el entrecejo—. ¿Así que el testimonio falso de aquella mentirosa fue llevado hasta Roma?

—Sí, fue llevado hasta Roma por manos demasiado dispuestas —respondió Birger Brosa, sombrío—. No basta con la gente rebelde del este, que hay que sofocar de una vez por todas, sino que si las cosas salen mal más adelante nos espera también la gran guerra.

—¿La gran guerra con los Sverker y los daneses?

—Sí, exacto.

—¿Porque el hijo de Knut, Erik, sería fruto del pecado?

—Sí, ya ves, lo comprendes todo.

—¿Y en Roma mi palabra y la de la reina pesan poco frente al escrito de una abadesa mentirosa?

—Desgraciadamente, así es.

—Y si pronuncio los votos, ¿serían las palabras de una abadesa contra las de otra?

—Sí, y puede que tú salves el país de la guerra.

Cecilia guardó silencio y reflexionó. Se dio cuenta de que no debería apresurarse al hablar con un hombre como Birger Brosa, pues como todo el mundo decía, él era quien mejor pensaba en el reino. Tenía que ganar tiempo para pensar.

—Es curiosa la forma en que Dios ordena el mundo y dirige a las personas —empezó con palabras más inseguras y pensativas de lo que ella en realidad se sentía.

—Sí, realmente es curioso —asintió Birger Brosa, pues no había otra cosa que decir.

—Rikissa vendió su alma al diablo para arrojar el reino a la guerra, ¿no es curioso?

—Sí, es muy curioso —asintió Birger Brosa con algo de impaciencia.

—¿Y ahora quieres que yo entregue mi alma en la vida terrenal a la Virgen María para que podamos contrarrestar ese pecado? —continuó diciendo Cecilia Rosa con semblante inocente.

—Dicho de esa forma... —contestó Birger Brosa.

—¡Dirán que la nueva abadesa fue hace mucho tiempo una doncella que odiaba a Rikissa, que se negó a perdonarla en su lecho de muerte y que por eso su palabra no vale un comino! —exclamó Cecilia Rosa en un tono que le sorprendió más a sí misma que al canciller.

—Tu mente es aguda y eres muy dura, Cecilia Rosa —dijo él tras haber pensado un rato—. Pero tienes la posibilidad de salvar al país de la guerra convirtiéndote en abadesa, en la superiora. Riseberga será tu reino y aquí podrás reinar como una reina y no será en absoluto como ser flagelada por Rikissa. ¿Qué mejor podrías hacer con tu vida para servir a tus amigos, a tu reina y a tu rey?

—Ahora eres tú el duro, Birger Brosa. ¿Sabes por qué he rezado y esperado todas las noches durante veinte años? ¿Puedes comprender en tu alma de guerrero lo largos que son veinte años en una jaula? Te hablo con este descaro y esta franqueza no sólo porque siento desesperación ante lo que me pides, sino porque sé que tú también me aprecias y no te disgusta que hable así.

—Es cierto, mi querida Cecilia Rosa, es cierto —suspiró el canciller.

Cecilia Rosa lo abandonó sin decir una palabra y estuvo fuera un rato. Al volver llevaba un magnífico manto de los Folkung entre sus manos. Le dio la vuelta, de modo que el hilo dorado del león de la espalda destellaba a la luz de los cirios y dejó que él acariciara la suave piel del interior. Asintió con la cabeza con admiración y no dijo nada.

—Durante dos años he trabajado por esto, esto ha sido mi sueño —explicó Cecilia Rosa—. Ahora lo tenemos aquí en Riseberga para verlo y copiarlo, pues de momento estamos muy por detrás de Gudhem en este arte.

—Realmente es muy hermoso, nunca he visto un azul tan hermoso y un león tan poderoso —corroboró Birger Brosa, pensativo. Ya sospechaba lo que Cecilia Rosa diría ahora.

—¿No comprendes, querido amigo, para quién he cosido este manto? —preguntó ella.

—Sí, y Dios quiera que puedas colgarlo sobre los hombros de Arn Magnusson. Comprendo tu sueño, Cecilia Rosa. Y seguramente comprendo mejor de lo que tú crees lo que pensaste durante esos años mientras cosías este manto. Pero de todos modos debes escucharme y comprender tú también. Si Arn no vuelve pronto, compraré el manto para el día en que Magnus Månesköld beba la cerveza de matrimonio o para el día en que Erik Knutson sea coronado o para lo que sea que más me convenga. No puedes seguir esperando demasiado, Cecilia Rosa, no tienes derecho a hacerles eso a tus amigos.

—Recemos ahora por que Arn regrese pronto —dijo Cecilia Rosa, bajando la cabeza.

No había elección ante una petición así, ni para un hombre ni para el canciller, y menos en un convento, y en especial no en un convento de su propia propiedad. Birger Brosa asintió con la cabeza a la oración.

Se arrodillaron juntos entre cuentas y ábacos y rezaron por la salvación de Arn Magnusson y por su pronto regreso a casa.

Cecilia Rosa rezó por todo su ardiente amor que no se había apagado en veinte años y por el que preferiría morir antes que abandonar.

El canciller rezó algo más dividido, aunque sincero. Pensaba que si no se lograba arreglar el asunto de la herencia del trono presentando el juramento de una abadesa frente al de otra abadesa, necesitarían a todos los guerreros buenos que se pudiera sacar de debajo de las piedras en el lado de los Folkung.

Y según había oído del ahora difunto padre Henri de Varnhem, Arn Magnusson era un guerrero de la Gracia de Dios en más de un sentido. En el peor de los casos, pronto se lo necesitaría aquí en casa.

XI

En el hospital Hamediyeh de Damasco cuidaron a Arn durante dos semanas, hasta que los médicos lograran acabar con la fiebre ocasionada por las heridas y dijeron que fue por la Providencia de Dios, pues nadie solfa sobrevivir mucho más tiempo con fiebre. Tenía otras heridas anteriores en su cuerpo de las que era capaz de contar, pero calculaba que debían de ser cientos. Sin embargo, nunca había sido herido de tanta gravedad como en los cuernos de Hattin.

No recordaba mucho de los primeros momentos. Se lo habían llevado, le habían arrancado la cota de malla y le habían cosido las peores heridas con prisa antes de arrastrarlo a él y a los heridos egipcios y a los sirios montaña arriba, al fresco. Arn y todos los demás heridos sufrieron mucho en ese traslado y la mayoría empezaron a sangrar de nuevo. Pero los médicos opinaron que habría sido peor quedarse donde hacía calor, entre las moscas y el hedor a cadáver de ahí abajo en Tiberíades.

No recordaba cómo había ido luego a parar a Damasco porque, cuando lo trasladaron de nuevo desde la enfermería de campaña en las montañas, la fiebre lo hostigaba con todas sus fuerzas.

En Damasco los médicos abrieron algunas de sus heridas, intentaron limpiarlas y volvieron a coserlas, aunque probablemente esta vez con más cuidado que el que tuvieron en la primera enfermería de campaña de Tiberíades.

Lo peor era una profunda herida causada por una espada que había atravesado la cota de malla y se había hundido a fondo en la pantorrilla, y un golpe de hacha que le había roto el yelmo justo por encima del ojo izquierdo y le había destrozado la ceja y la parte izquierda de la frente. Durante los primeros días no pudo retener nada de comida y devolvía todo lo que se le intentaba hacer tragar y el dolor de cabeza había sido tan horrible y tan grave que la inconsciencia febril le llegó como un alivio.

No recordaba ningún dolor en particular, ni siquiera cuando le cauterizaron las heridas de la pierna.

Cuando al fin remitió la fiebre, lo primero que descubrió fue que podía ver con

los dos ojos, porque según recordaba se había quedado ciego del ojo izquierdo.

Estaba acostado en el segundo piso en una hermosa habitación con mosaico azul y con vistas a la sombra de unas altas palmeras. De vez en cuando, el viento agitaba las hojas de las palmeras, produciendo un apacible murmullo, y podía oír el sonido de las fuentes en el patio.

Los médicos habían sido fríos pero amables con él al principio y seguramente habían hecho su trabajo lo mejor que su habilidad profesional les permitía. Encima del lecho de Arn colgaba una tablilla dorada y negra con las grafías del nombre de Saladino, que señalaba con toda claridad que Arn tenía más valor vivo que muerto para el sultán, a pesar de que se rumoreaba que era uno de los demonios blancos con la cruz bermeja.

Cuando la fiebre remitió y Arn empezó a hablar con nitidez, la alegría fue tanto mayor entre los médicos que, presos de la sorpresa, se reunieron en torno a su lecho para oír a un templario hablar en la lengua de Dios. Los médicos de Damasco no sabían lo que al menos uno de cada dos emires del ejército sabía del hombre al que llamaban Al Ghouti.

El más importante de los médicos se llamaba Musa ibn May-nun y había viajado desde El Cairo, donde durante muchos años había sido el médico personal de Saladino. Su árabe sonaba extraño a los oídos de Arn, pues era nativo de la lejana Andalucía. Allí la vida se había hecho difícil para los judíos, le explicó a Arn en su primer encuentro. Arn no se sorprendió por el hecho de que el médico de cabecera de Saladino fuera judío, pues sabía que el califa de Bagdad, el más alto dirigente de los musulmanes, tenía muchos judíos a su servicio. Y dado que su experiencia con los médicos sarracenos le decía que eran todos muy sabios tanto en las normas de la fe como en la filosofía, aprovechó para preguntar acerca de la importancia de Jerusalén para los judíos. Musa ibn May-nun alzó sorprendido las cejas y preguntó por qué motivo le interesaba algo así a un guerrero cristiano. Arn le habló de su reunión con el rabino superior de Bagdad y a qué había conducido, al menos mientras él personalmente tuvo el poder de Jerusalén. Si los cristianos tenían el Santo Sepulcro como santuario en Jerusalén, y los musulmanes tenían la roca de Abraham, donde el Profeta, la paz sea con él, había ascendido al cielo, se podía comprender la importancia que tenían esos puntos de peregrinaje para los creyentes. ¿Pero el templo del rey David? Si sólo era un edificio levantado por los hombres, ¿qué tenía que fuese tan sagrado?

Cuando entonces el médico judío le explicó con paciencia a Arn cómo Jerusalén era el único santuario de los judíos y cómo las profecías decían que los judíos regresarían para restablecer su reino y reconstruir de nuevo el templo, Arn suspiró triste y profundamente. No por los judíos, se apresuró a señalar al ver que su reciente amigo se sentía un poco confundido, sino por Jerusalén. Pronto Jerusalén caería, si no lo había hecho ya, en manos de los musulmanes. Después de eso, los cristianos no cejarían en sus esfuerzos por recuperar la ciudad. Y si ahora los judíos también se

involucraban en la lucha por Jerusalén, la guerra podría proseguir durante mil años o más.

Entonces Musa ibn May-nun fue rápidamente a buscar un pequeño taburete y se sentó al lado del lecho de Arn para involucrarse en serio en la discusión, como si de repente eso le pareciera mucho más importante que el resto de los asuntos que debía solucionar en el hospital.

Le pidió a Arn que se explicara con más claridad y entonces éste le habló de las conversaciones que había mantenido tanto con Saladino como con el conde Raimundo de Trípoli, en las que ambos, a pesar de ser uno musulmán y el otro cristiano y los más peligrosos enemigos en el campo de batalla, parecían razonar del mismo modo en esta cuestión. La única manera de poner fin a la guerra eterna sería dando el mismo derecho a todos los peregrinos, independientemente del motivo de su peregrinación a la ciudad santa, e independientemente de si la llamaban Al Quds o Jerusalén.

O bien Yerushalaim, añadió Musa ibn May-nun con una sonrisa.

Sí, admitió rápidamente Arn. Eran ideas así las que había acariciado al concederle permiso al rabino de Bagdad para que los judíos rezaran junto al muro occidental. Pero entonces no había tenido ni idea de la dimensión sagrada que ese muro tenía para los judíos. Pronto estuvieron ambos de acuerdo en que habría que buscar la ocasión para hablar de este asunto con Saladino antes de que tomara la ciudad.

Su amistad fue creciendo a lo largo de las semanas siguientes, cuando Musa empezó a obligar a Arn a intentar caminar por primera vez. Según el médico, no se debía esperar ni demasiado tiempo ni demasiado poco para hacerlo. El primero de los peligros era que reventase la herida de la pierna, el segundo peligro era que la pierna se atrofiase y se debilitase demasiado al no poder retomar su función diaria.

Al principio daban sólo un pequeño paseo entre las palmeras, las fuentes y los pozos del patio interior. Por ahí era fácil caminar, pues todo el patio estaba cubierto de mosaico hasta donde se encontraba con los troncos de las palmeras. Pronto le dejaron a Arn algo de ropa y empezaron a dar tranquilos paseos por la ciudad. Puesto que la gran mezquita estaba a apenas uno o dos tiros de piedra del hospital, ésta se convirtió en su primer objetivo. Eran impíos, por lo que no les estaba permitido entrar en la mezquita, pero podían acceder al gran patio interior, donde Musa señalaba todos los maravillosos mosaicos de oro de los claustros cubiertos que obviamente eran de épocas cristianas, y los dibujos musulmanes en negro, blanco y rojo en los suelos de mármol, que eran de la época de los Umayyades. A Arn le sorprendió que todo el arte cristiano bizantino hubiese permanecido intacto, pues eran retratos tanto de personas como de santos, un arte que la mayoría de los musulmanes considerarían blasfemo. Y era del todo evidente que la gran mezquita era una iglesia, a pesar de que se hubiese construido un minarete enorme en uno de sus laterales.

Musa ibn May-nun señaló que, por lo que él sabía, sucedía al revés en Jerusalén, donde las dos grandes mezquitas seguirían siendo iglesias todavía por un tiempo.

Era bastante práctico, dijo con ironía, que se mantuviesen enteros todos esos santuarios. Así, cuando alguien nuevo los conquistaba, sólo se trataba de arrancar la cruz de la cúpula y alzar la media luna, o al revés, en función de quien ganaba y quien perdía. Sería peor si cada vez se tuviese que destruir los viejos santuarios y construir unos nuevos.

Dado que Arn no sabía nada acerca de la fe judía, éste se convirtió en uno de sus primeros grandes temas de conversación, y puesto que era capaz de leer en árabe, Musa ibn May-nun le proveyó con un libro que él mismo había escrito y que llevaba por título Guía para los confundidos. Una vez Arn empezó a leerlo, sus conversaciones se hicieron infinitas, pues lo que Musa ibn May-nun sobre todo trabajaba en su filosofía era hallar la unión adecuada entre la razón y la fe, entre las teorías de Aristóteles y la fe pura, que para muchos era una fe libre de toda razón y con manifestación únicamente divina. Consideraba que la misión más importante para la filosofía debía ser conciliar en una unidad estos dos conceptos aparentemente antagónicos.

Arn seguía estos largos razonamientos con bastante esfuerzo, pues como él decía, su cabeza se había secado un poco desde el tiempo de la juventud, en que al menos las ideas de Aristóteles lo acompañaban todos los días. Pero estaba de acuerdo en que nada podía ser más importante que hacer que la fe fuera razonable. Las guerras en Tierra Santa habían mostrado con la fuerza de un terremoto a qué podía conducir una fe ciega e insensata. Era un verdadero misterio del mundo de los sentidos que a pesar de todo hubiera tantos hombres capaces de caminar sobre la tierra temblorosa diciendo que nada veían y nada oían.

A medida que iban cayendo las costras de las heridas de Arn, dejando paso a cicatrices rojizas pero en proceso de curación, fueron creciendo tanto la amistad con el médico y filósofo Musa ibn May-nun como la capacidad que Arn no había tenido desde su juventud para pensar en otras cosas que no fuesen normas y obediencia. Sentía que no era sólo su cuerpo el que estaba en proceso de curación.

Tal vez se hubiese lanzado con ese afán recién despertado al mundo superior de las ideas para apartar la atormentadora certeza de lo que estaba sucediendo en el mundo real, pero su inconsciente esfuerzo por mantener esas informaciones alejadas se tropezó con dificultades en el mismo momento en que otros que eran tratados en el hospital de Ha mediyeh recibían visitas que con júbilo explicaban que habían caído ora Acre y Nablus, ora Beirut o Jebail, ora este castillo o el otro. No era cosa fácil ser el único cristiano cuando todos los que lo rodeaban se alegraban de forma tan estridente con ese río de noticias.

Fahkr, el hermano de Saladino, se lo confirmó todo al ir a visitarlo, aunque para nada fue ése el primer tema de conversación de su encuentro.

Los dos se emocionaron al verse y se apresuraron a abrazarse como hermanos, algo que hizo que todo el mundo que estaba cerca en el hermoso patio los mirase con asombro, pues todos reconocían al hermano de Saladino.

Lo primero que Fahkr le recordó, algo que no habría sido necesario, pues Arn había tenido tiempo de pensar muchas veces en ello, era cómo habían bromeado cuando se despidieron en Gaza aquella vez que Fahkr había sido prisionero de Arn e iba a embarcar en una nave camino de Alejandría, acerca de lo grato que sería cuando las cosas fuesen al revés entre prisionero y guardián.

Arn fingió entonces inquietud y preocupación por si Fahkr tenía quejas del tiempo que estuvo prisionero en Gaza. Y éste le respondió con la misma aparente preocupación que sospechaba que le habían dado de comer cerdo, algo que Arn negó indignado, tras lo cual se echaron a reír y volvieron a abrazarse de nuevo.

Luego Fahkr se puso serio y pidió a Arn su palabra de honor de que no huiría ni levantaría un arma contra nadie mientras fuese invitado de Saladino, pues si Arn tenía una norma de algún tipo que prescribiese lo contrario, lamentablemente habría que tratarlo con más cautela. Arn le explicó que, en primer lugar, no había ninguna norma que prohibiese a un templario mantener su palabra, y en segundo, que ya no podía decirse que fuese templario, pues su tiempo de servicio en la orden casualmente había finalizado aquella noche tras los cuernos de Hattin.

Fahkr dijo entonces con gravedad que eso había que contemplarlo como una señal divina, que a Arn se le hubiese perdonado la vida en el mismo momento en que terminaba su período como templario. Arn respondió que en tal caso creía más en la gracia de Saladino que en la Gracia de Dios, aunque ya no recordaba muy bien cómo funcionaban esas cosas.

Fahkr no le contestó, sino que le colgó una gran medalla de oro con el anagrama del nombre de Saladino en torno al cuello y se lo llevó del brazo a la calle. Arn seguía sintiéndose un poco desnudo con sus ropas prestadas, pues echaba de menos el peso de la cota de malla, pero si no llega a ser porque iba con la cabeza descubierta mostrando su cabello rubio resplandeciente y porque se lo veía desde bien lejos, Fahkr y él podrían haber ido conversando a lo largo de la calle pasando por completo desapercibidos. Era como si despertase mayor curiosidad ahora que iba con Fahkr que con Musa ibn May-nun, como si fuese más normal que un judío y un cristiano caminaran juntos que no que un cristiano paseara con el hermano del sultán.

Fahkr, que se sintió algo molesto por la atención que despertaban, se llevó a Arn al gran bazar que estaba junto a la mezquita y compró una tela con la que su amigo pudo envolverse la cabeza. Luego le dejó elegir entre algunos mantos sirios que había en otro puesto de venta y cuando vio que el ansioso vendedor le ofrecía el color azul de los Folkung se decidió de inmediato. Al poco rato, Arn y Fahkr ya pasaban desapercibidos entre la muchedumbre de los puestos de venta.

Ahora Fahkr se lo llevó a través de los tortuosos callejones de los bazares hasta llegar a una abertura que daba paso a un patio, donde había montones de armas, escudos y yelmos cristianos. Fahkr le explicó que había sido expresa orden de Saladino que Arn pudiera elegir una nueva espada, y si podía ser, la más bella que pudiese hallar, pues como había dicho Saladino, le debía a Arn una espada y a un

precio muy elevado. El vendedor había separado todas las espadas cristianas a un lado en dos montones pequeños y uno enorme. En los dos montones pequeños estaban todos los objetos valiosos, espadas que podrían haber pertenecido a reyes cristianos, decoradas con oro y piedras preciosas; en el siguiente montoncito, espadas consideradas las segundas más valiosas, y en el montón grande todo lo que era de menos valor.

Arn se dirigió decidido hacia el montón grande y buscó una espada templaría detrás de otra mirando los números marcados. Al encontrar tres espadas del número apropiado las comparó y, sin dudar, le entregó una de ellas a Fahkr.

Fahkr miró decepcionado la espada sencilla y sin decoración y señaló que Arn estaba echando a perder una fortuna por su tozudez. Arn repuso que una espada era una fortuna sólo para aquellos hombres que no sabían utilizarla, y que una espada templaría del peso y el tamaño apropiado como la que acababa de darle era la única que jamás querría colgar a su cinto. Fahkr intentó convencerlo de que siempre podía elegir la espada más valiosa, venderla, comprar la barata, que seguramente podría obtener por uno o dos dinares, y luego quedarse con la diferencia. Pero Arn desechó la propuesta con un bufido, diciendo que poco honraría el regalo de Saladino comportándose de ese modo.

Sin embargo, Fahkr no dejó que se quedara con la espada de inmediato, sino que la llevó al vendedor y le susurró algo que Arn no pudo oír. Luego se alejaron sin la espada para dirigirse hacia el palacio de Saladino, donde pasarían la tarde y la noche. Era posible que el propio Saladino volviera a casa a Damasco aquella misma tarde y en ese caso Al Ghouti era uno de los hombres a quien quería ver de inmediato, por lo que se trataba de mantenerse cerca, explicó Fahkr.

El palacio de Saladino estaba lejos de ser uno de los grandes edificios que rodeaban la mezquita, era una sencilla casa de dos plantas con una decoración austera, y si no llega a ser por los rudos guardias mamelucos que había delante del portal, nadie hubiese pensado que ésa podía ser la casa de un sultán. La decoración de las habitaciones era sencilla, con alfombras y cojines para sentarse, mientras que las paredes estaban decoradas sólo por hermosas grafías de citas del Corán, que Arn se entretenía en leer y citar a medida que iban pasando.

Cuando al final se sentaron juntos en una de las habitaciones alejadas que daban hacia un alargado balcón cubierto por arcos, Fahkr sirvió agua fría y granadas con una expresión que era fácil de comprender. Ahora pretendía hablar más en serio.

Lo que quedaba del imperio cristiano en Palestina era Tiro, Gaza, Ascalón, Jerusalén y algunos castillos, explicó Fahkr conteniendo su triunfo. Ahora se tomaría primero Ascalón y Gaza y era el deseo de Saladino que Arn estuviera presente. Luego se tomaría la mismísima Jerusalén y también allí Saladino deseaba llevar a Arn como consejero. Saladino en persona le expresaría esa demanda a Arn en cuanto se encontraran, por lo que era casi mejor dejar que Arn pudiera preparar ahora su mente para la posición que adoptaría.

Arn respondió con tristeza que sin duda había sabido desde hacía tiempo que las cosas irían así y que los cristianos sólo podían culparse a sí mismos y ante todo a sus pecadores de esta gran desgracia. Si bien era cierto que ya no estaba ligado por juramento a los templarios, sería demasiado pedirle que se pasara al bando enemigo.

Fahkr se mesó un poco la fina barba y respondió pensativo que Arn seguramente había malinterpretado la petición del sultán. No era cuestión de pedirle que alzara su arma contra los suyos, sino más bien todo lo contrario. Ya habían muerto o huido de sus casas suficientes cristianos, no se trataba de eso sino de cosas más importantes. Tal vez sería mejor que Saladino se lo explicara todo en persona. Como tal vez Arn había podido comprender, sería liberado en cuanto Saladino opinase que había llegado el momento apropiado, pues Saladino no le había perdonado la vida en los cuernos de Hattin sólo para matarlo más tarde; Arn no era un prisionero de éstos por los que se podía pedir rescate. Pero sería mejor que Arn hablase también de esto con el propio Saladino. Mientras tanto podían hablar de qué pensaba hacer Arn con su libertad.

Arn contestó que, por su parte, había finalizado su servicio en Tierra Santa. A ser posible, viajaría hacia su tierra natal cuanto antes. Aunque tal vez tuviera un pequeño problema, pues aunque había cumplido ya el tiempo jurado, según la regla debía ser liberado de su servicio por el Gran Maestre de la orden de los caballeros templarios; si no se hacía así, sería considerado desertor. Y no era fácil saber cómo iba a poderse solucionar una cuestión de este tipo.

Esta pequeña reflexión pareció hacerle muchísima gracia a Fahkr, y éste le explicó que con que Arn frotase la lámpara de aceite que tenía ante sí con uno de los pulgares un par de veces, pronto se cumpliría ese deseo.

Arn miró con recelo a su amigo kurdo, buscando en sus ojos una explicación a la broma, pero como Fahkr movía obstinado su cabeza señalando la lamparilla, Arn alargó su mano y la rozó con el pulgar.

—¡Hala, Aladino, tu deseo está cumplido! —exclamó Fahkr con alegría—. Podrás obtener cualquier documento que quieras firmado y sellado de mano del Gran Maestre, pues resulta que también él es nuestro invitado aquí en Damasco, aunque bajo circunstancias algo menos cordiales que las que con justicia estás recibiendo tú. ¡Redacta tú el documento y asunto arreglado!

A Arn no le costó nada creer que Gérard de Ridefort estuviese prisionero en Damasco, pues nunca se habría imaginado que ese hombre luchase hasta la última gota de sangre por la Madre de Dios. ¿Pero firmaría cualquier cosa?

Fahkr se limitó a sacudir la cabeza sonriendo y afirmó que así sería. ¡Y cuanto antes mejor! Llamó a un criado y solicitó que trajeran los enseres de escritura necesarios de los bazares de abajo y luego le aseguró a Arn que él mismo podría estar presente y ver cómo el Gran Maestre escribía su nombre.

Cuando un rato más tarde un criado jadeante les subió pergamino y utensilios de escritura, Fahkr dejó solo a Arn para que redactara el documento, mandó traer un

pequeño pupitre y fue a dedicarse un rato a la oración y a preparar la cena.

Arn permaneció sentado un rato con el pergamino en blanco ante sí y pluma de escribir en mano e intentó verse a sí mismo y ver el orden del mundo con claridad en ese curioso e incomprensible momento. Él mismo escribiría su carta de libertad. Y eso sucedía en el palacio del sultán, en Damasco, donde estaba frente a un pupitre sirio, con las piernas cruzadas, sobre suaves cojines y la cabeza envuelta en un turbante.

Había intentado imaginarse su fin como caballero templario muchas veces aquellos últimos años, pero su fantasía no había llegado ni siquiera a acariciar lo que finalmente sucedió.

Pero se centró y escribió con rapidez y certeza el texto, que se sabía bien, pues durante su servicio como Maestre de Jerusalén había redactado muchas cartas por el estilo. También añadió una disposición que a veces figuraba: que este templario abandonaba ahora su servicio en el Sagrado Ejército de Dios con gran honor, que era libre de regresar a su vida anterior y que, en cualquier momento que lo hallase oportuno, tendría derecho a vestir de nuevo el uniforme templario del rango que tuviese en el momento de abandonar la orden.

Repasó el texto y recordó que Gérard de Ridefort no sabía latín, por lo que añadió una traducción en franco.

Como quedaba todavía un poco de espacio no pudo abstenerse del pequeño placer de escribir el mismo texto una tercera vez para el Gran Maestre poco docto en las letras, esta vez en árabe.

Permaneció un rato abanicando el pergamino para que se secase, echó un vistazo al sol y vio que faltaban al menos dos horas para la oración de la noche, tanto para los musulmanes como para los cristianos. En ese mismo momento regresó Fahkr, miró el documento y al ver que había una traducción al árabe se rió, lo leyó rápidamente y tomó la pluma de ganso para aclarar algunos signos diacríticos. Era una forma muy buena de burlarse del santísimo señor Maestre, dijo con regocijo al tomar a Arn del brazo y guiarlo de nuevo por la ciudad. Sólo tuvieron que caminar unas cuantas manzanas hasta alcanzar la casa donde custodiaban a los prisioneros más valiosos. Era una casa incluso más grande y de decoración más lujosa que la del propio Saladino. Pero naturalmente había guardas y alguna que otra puerta cerrada con llave, aunque era difícil imaginarse lo que haría un Gran Maestre fugitivo al salir a las calles de Damasco. Fahkr explicó que en realidad era un gesto vano que se debía a que tanto el Gran Maestre como el rey Guy habían declarado con arrogancia que un juramento prestado a infieles carecía de valor.

El rey Guy y el Gran Maestre Gérard de Ridefort estaban encerrados juntos en dos salas decoradas con suntuosidad, con muebles del estilo cristiano. Estaban sentados a una pequeña mesa árabe tallada jugando al ajedrez.

Fahkr y Arn entraron y la puerta se cerró con llave tras de sí. Arn los saludó sin exagerada deferencia y señaló que para un templario iba contra la Norma jugar al

ajedrez pero que no pensaba molestarlos durante mucho rato. Sólo se trataba de un documento que quería que le firmasen y que ahora entregó a Gérard de Ridefort con una forzada reverencia. Éste, de forma algo inesperada, parecía más bien humillado que furioso por la manera tan poco sumisa de hablar de Arn.

Fingió leer el documento y frunció el ceño como si estuviera reflexionando acerca de su contenido. Luego le preguntó, como era de esperar, qué intención tenía Arn con aquello y formuló la pregunta de modo que la respuesta deseada explicase el texto del que no había entendido nada. Arn tomó entonces de nuevo la hoja de pergamino, leyó el texto en voz alta en el idioma franco y explicó luego rápidamente que todo estaba en orden, puesto que había jurado su servicio a la Orden del Temple por un tiempo limitado, algo que no era para nada inusual.

Finalmente Gérard de Ridefort se enfureció y murmuró algo acerca de que no tenía intención alguna de firmar un documento de ese tipo y que, si el ex Maestre de Jerusalén pretendía desertar, allá él y su conciencia. Hizo un gesto con la mano para hacer que Arn desapareciera de su vista y clavó la mirada en el tablero de ajedrez como si reflexionase con ahínco sobre cuál debía ser su próximo movimiento. El rey Guy no decía nada y se limitaba a pasear la mirada con cara de bobo del Gran Maestre, en su uniforme, a Arn, en sus ropas sarracenas.

Fahkr, que había comprendido la situación, se dirigió hacia la puerta y la golpeó con suavidad. Cuando ésta se abrió, susurró unas palabras y la puerta volvió a cerrarse. Luego se acercó a Arn y le dijo en voz baja, como si pensase que los otros dos de la habitación podían entenderlo, que eso sólo le llevaría unos instantes pero que sería más sutil arreglarlo todo con otro traductor que no fuera Arn.

Saliendo con la suave mano de Fahkr sobre el hombro, Arn se cruzó con un sirio que, por su ropa y su apariencia, era más bien comerciante que militar.

No tuvo que esperar mucho delante de las puertas antes de que saliese Fahkr con el documento firmado y completado con el sello del Gran Maestre. Le entregó la media libertad a Arn con las manos extendidas y haciendo una profunda reverencia.

—¿Qué le dijiste para que cambiara tan rápido de opinión? —preguntó Arn por curiosidad camino de vuelta al palacio del sultán, por donde había aumentado la muchedumbre a causa del tráfico que se dirigía a la misa de la tarde.

—Ah, nada especialmente grave —contestó Fahkr como si hablase de una nimiedad—. Sólo que Saladino apreciaría el favor hacia un templario al que tiene en gran estima. Y que tal vez Saladino se molestaría si no era posible hacerle ese pequeño favor.

Arn podía imaginarse un amplio abanico de maneras de formular una demanda así, pero sospechaba que tal vez Fahkr habría expresado el asunto de forma algo más dura de lo que ahora admitía.

Aquella tarde, poco antes de misa, Saladino regresó a Damasco a la cabeza de uno de sus ejércitos. La gente de la calle lo aclamó durante todo el camino hasta la gran mezquita, pues ahora más que nunca merecía su título de honor de Al-Malik al-

Nasir, el rey victorioso.

Diez mil hombres y mujeres rezaron con él al ponerse el sol, eran tantos que no sólo llenaron la enorme mezquita, sino también buena parte del patio de fuera.

Después de la oración cabalgó solo a través del gentío hasta su palacio. A todos sus emires y otros que lo buscaban por diversos asuntos les había dicho que aquella primera noche en Damasco quería estar a solas con su hijo y su hermano, pues llevaba dos meses de campaña y no había tenido ni un momento para estar solo. Todo el mundo se mostró comprensivo y respetó sus deseos.

Mientras saludaba y abrazaba a amigos y hermanos en el palacio, estaba de un humor excelente y parecía estar realmente decidido a abandonar todos los asuntos de estado por una noche. Cuando pareció más sorprendido y por unos instantes un poco molesto fue cuando de repente se encontró cara a cara con Arn.

—El derrotado te saluda, rey victorioso —lo saludó Arn con seriedad y el animado barullo a su alrededor murió de golpe. Saladino dudó antes de cambiar de repente de idea, dio dos rápidos pasos hacia adelante y abrazó a Arn y lo besó en las dos mejillas, con lo que se oyó cómo un murmullo se extendía entre los reunidos.

—Te saludo, templario, tú que tal vez más que nadie me concediste la victoria —dijo Saladino haciendo luego una señal con el brazo indicando que Arn le acompañase hasta el comedor.

Pronto se sirvieron grandes bandejas con pichones y codornices asadas y grandes garrafas de oro y de plata empañadas por el agua fresca.

Junto a Arn y a Saladino estaba sentado el hijo de Saladino, Al Afdal, que era un hombre joven y flaco con una mirada intensa y barba poco poblada. No tardó mucho rato en solicitar permiso para consultarle algo a Arn.

Según tenía entendido, él había estado al mando de siete mil caballeros en los manantiales de Cresson el año anterior y alguno de sus emires había dicho que Al Ghouti era el que portaba la bandera de los templarios, ¿era eso cierto?

Arn, al que ahora se le recordaba el descabellado ataque que forzó Gérard de Ridefort, ciento cuarenta jinetes contra siete mil, y la vergonzosa huida de la que fue obligado a tomar parte, pareció claramente incómodo al confirmar que era cierto que él había estado allí, que había sido él quien había alejado la bandera en retirada.

Pero ese asunto no pareció sorprender demasiado al joven príncipe, y comentó que había ordenado a todos sus emires que Al Ghouti debía ser capturado vivo. Sin embargo, lo que nunca pudo comprender, ni en aquel momento ni después, fue que los caballeros cristianos hubiesen sido capaces de cabalgar hacia la muerte de forma tan deliberada.

Se hizo un silencio entre los comensales y Arn se sonrojó por no tener una respuesta. Se encogió de hombros y dijo que a él le pareció tan descabellado como debió de parecerle a Al Afdal y a sus hombres. No había lógica alguna en un ataque así, sencillamente fue una ocasión en que la fe y la razón marcharon por caminos diferentes. Eso ocurría a veces, había visto a los musulmanes hacer cosas parecidas,

aunque tal vez nunca de una forma tan exagerada como aquélla. Siguió explicando, con un gesto de desaprobación que nadie pudo confundir, que fue Gérard de Ridefort quien ordenó el ataque y luego decidió huir en cuanto hubo enviado a todos sus súbditos a la muerte. El abanderado, es decir, él mismo, estaba obligado a seguir a su superior, añadió, abochornado.

En aquel incómodo silencio que se produjo, Saladino señaló que a pesar de todo Dios lo había dirigido hacia lo mejor, pues había sido mejor para Arn y para él mismo que Arn cayese prisionero en los cuernos de Hattin y no antes. Arn no logró comprender qué quería decir Saladino con eso, pero no le apetecía prolongar aquel tema de conversación con una pregunta.

Pronto Saladino dejó claro que quería quedarse a solas con su hijo, su hermano y Arn, y en seguida lo obedecieron todos los demás. Una vez a solas, se trasladaron a otra habitación y se tumbaron cómodamente entre cojines suaves y con sus copas de plata de agua fresca. Arn se preguntaba cómo era posible que el agua estuviera tan fría pero no quería interesarse por una nadería ahora que sabía que iba a producirse un momento de gran solemnidad.

—Un hombre llamado Ibrahim ibn Anaza vino a verme una vez —empezó Saladino despacio y pensativo—. Traía consigo un regalo maravilloso, la espada que llamamos la espada del islam y que estuvo desaparecida durante mucho tiempo. ¿Comprendes lo que hiciste, Arn?

—Conozco a Ibrahim, es un amigo —respondió Arn con cuidado—. Se le ocurrió que yo me merecía esa espada, pero yo estaba seguro de ser indigno de ella. Por eso te envié la espada a ti, Yussuf. No sabría muy bien decir por qué, pero fue en un momento de desespero y algo me hizo hacer lo que hice. Me alegra que el viejo Ibrahim acatase mi deseo.

—¿Pero no comprendes lo que hiciste? —preguntó Saladino en voz baja, y Arn notó cómo se formaba un tenso silencio en la habitación.

—Sentí que hacía lo correcto —contestó Arn—. Una espada sagrada para los musulmanes no significa nada para mí, y pensé que tal vez significaría más para ti. Soy incapaz de explicarlo mejor, tal vez Dios guiase mi acción.

—Seguro que lo hizo —sonrió Saladino—. Es como si yo te hubiese enviado lo que vosotros llamáis la Santa Cruz, que ahora está a buen recaudo en esta casa. Estaba escrito que quien algún día recuperase la espada del islam uniría a todos los fieles y vencería a todos los infieles.

—Si es así —respondió Arn, algo trastornado—, no debes estarme agradecido a mí, sino a Dios, que me guió con ese repentino pensamiento. Yo sólo fui su simple instrumento.

—Tal vez, pero de todos modos te debo una espada, amigo mío. ¿No es curioso que siempre parece que acabe en deuda precisamente contigo?

—Ya he recibido una espada y no me debes nada, Yussuf.

—¡Venga! Si yo te hubiese enviado la Santa Cruz seguro que no te habrías

sentido menos en deuda conmigo ni a cambio de la más hermosa talla en madera. Pero hablaremos más tarde de mi deuda. Ahora quiero pedirte un favor.

—Si mi conciencia me lo permite, te haré cualquier favor, y eso lo sabes, Yussuf, pues soy tu prisionero y nunca podrás obtener un rescate por mí.

—Primero vamos a tomar Ascalón, después Gaza y luego Jerusalén. Lo que deseo es que seas mi consejero cuando todo esto suceda. Luego tendrás tu libertad y no te irás de aquí sin recompensa. Eso es lo que te pido.

—Lo que me pides es abominable, Yussuf, me pides que me convierta en un traidor —gimió Arn y todos pudieron ver su angustia.

—No es lo que te imaginas —respondió Saladino con calma—. No necesito tu ayuda para matar cristianos, porque en lo que se refiere a eso ya cuento con una cantidad infinita de manos voluntariosas. Pero recuerdo una cosa de nuestra primera conversación nocturna, la primera vez que quedé en deuda contigo. Dijiste algo acerca de una norma templaría sobre la que he pensado muchas veces: «Cuando alces tu espada, no pienses a quién vas a matar; piensa a quién vas a salvar». ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Ésa es una buena norma, pero sólo me siento aliviado a medias. No, no comprendo del todo lo que quieres decir, Yussuf.

—¡Tengo a Jerusalén aquí en mi puño! —exclamó Saladino alzando su puño cerrado frente al rostro de Arn—. La ciudad caerá cuando yo quiera que caiga, y eso sucederá después de Ascalón y de Gaza. Vencer es una cosa, pero vencer bien es otra muy distinta. Y acerca de lo que está bien y lo que está mal en este asunto, debo hablarlo con alguien que no sean mis emires, ya que ellos están convencidos de que debemos actuar como los cristianos.

—Matar a todas las personas y a todos los animales de la ciudad y no dejar nada con vida excepto las moscas —dijo Arn, agachando la cabeza.

—Si hubiese sido al revés —razonó Fahkr, que ahora por primera vez se entrometió en la discusión sin que su hermano hiciese una mueca de censura—, si hubiésemos sido nosotros quienes os hubiésemos quitado Jerusalén hace más de una generación y media y si entonces hubiésemos tratado la ciudad como vosotros lo hicisteis, ¿cómo razonaríais vosotros en vuestro campamento a las afueras de la ciudad santa, sabiendo que estáis a punto de tomarla?

—De forma descabellada —respondió Arn con gesto de repugnancia.

—Hombres como esos dos prisioneros vuestros, Gérard de Ridefort y Guy Lusignan, estarían completamente de acuerdo por una vez. Nadie les llevaría la contraria, nadie, cuando dijesen que había llegado la hora de la venganza, que ahora obraríamos incluso peor que el enemigo cuando profanó nuestra ciudad.

—Así es como razonamos todos excepto mi hermano Yussuf —dijo Fahkr—. ¿Puedes convencernos de que él tiene razón en que la venganza sería un error?

—El deseo de venganza es una de las cosas más fuertes entre los humanos —explicó Arn con resignación—. Los musulmanes y los cristianos son así, tal vez

también los judíos. Lo primero que se puede decir al respecto es que hay que actuar con mayor dignidad que el depravado enemigo. Pero eso a los vengativos no les importa. Lo segundo que se puede decir es lo que he oído decir tanto a un cristiano, el conde Raimundo, y a un musulmán como Yussuf, que la guerra no llegará a su fin hasta que todos los peregrinos tengan acceso a la ciudad santa, incluso los judíos. Pero tampoco eso les importa a los vengativos, pues quieren ver la sangre correr hoy y no piensan en el mañana.

—Hasta este punto hemos razonado nosotros —asintió Yussuf—, y hasta aquí es como tú dices, que los vengativos, que son mayoría, no dan importancia ni cuando se habla de honor ni cuando se habla de guerras interminables. Así que, ¿qué más se puede decir?

—Una cosa —respondió Arn—. Todas las ciudades pueden ser conquistadas, que es lo que ahora vais a hacer. Pero no todas las ciudades pueden ser conservadas con tanta facilidad como fueron tomadas. Así que vuestra pregunta debe ser: ¿qué haremos con la victoria? ¿Podremos conservar la ciudad santa?

—En este momento en que a los cristianos sólo les quedan cuatro ciudades en toda Palestina, de las que pronto tomaremos tres, me temo que nadie duda de la respuesta —dijo Saladino—. Así que, ¿hay algo más que decir?

—Sí, sí que lo hay. ¿Queréis conservar Jerusalén durante más de un año? Preguntaos entonces si el próximo año queréis ver diez mil guerreros francos nuevos en esta tierra o si preferís cien mil. Si preferís cien mil guerreros francos el año que viene, debéis hacer con vuestra victoria lo mismo que hicieron los cristianos: matarlos a todos. Si os conformáis con sólo diez mil francos el año que viene, tomad la ciudad, recuperad vuestros santuarios, proteged la iglesia del Santo Sepulcro y permitid que todos los que quieran abandonen la ciudad. Aunque sólo sea por una simple cuestión numérica. ¿Cien mil francos el año que viene o sólo diez mil? ¿Qué preferís?

Los otros tres permanecieron largo tiempo en silencio. Al fin Saladino se levantó, se acercó a Arn, lo levantó, lo abrazó y lloró como solfa hacerlo cuando algo emocionante, cruel o hermoso sucedía en su presencia. Las lágrimas de Saladino eran famosas, eran objeto de burla y de admiración en todo el mundo de los fieles.

—Me has salvado, me has dado la causa y con ello has salvado muchas vidas el próximo mes en Jerusalén y tal vez la ciudad para nosotros por toda la eternidad —sollozó Saladino.

Su hermano y su hijo se emocionaron con sus lágrimas, pero fueron capaces de contenerse.

Un mes más tarde, Arn se hallaba con el ejército de Saladino frente a los muros de Ascalón. Iba vestido con sus viejas ropas, que habían sido remendadas y pulidas, al igual que su cota de malla, de forma que estaban en mejores condiciones que cuando las perdió. Pero no era el único en llevar el manto de templario, pues allí estaba también el Gran Maestro Gérard de Ridefort. Él y el rey Guy de Lusignan

acompañaban el ejército más como carga que como jinetes. Iban sentados cada uno sobre un camello agarrándose lo mejor que podían. Saladino había pensado que sería más seguro colocarlos sobre animales que no sabían montar que sobre caballos. Los sarracenos se habían divertido mucho durante los cinco días de traslado viendo cómo los dos valiosos prisioneros procuraban ocultar los dolores en el trasero y a la vez conservar la dignidad a pesar de ser arrastrados en la hilera de camellos detrás de la caballería en sí.

Saladino había enviado una flota desde Alejandría para reunirse con ellos en Ascalón y ya estaba anclado como una amenaza a las afueras de la ciudad cuando llegó por tierra el ejército sarraceno. Pero la flota parecía más amenazadora de lo que realmente era, pues se trataba de una flota comerciante sin guerreros y con las bodegas vacías.

Al acampar a las afueras de la ciudad, Saladino dejó que el rey Guy de Lusignan se acercara al portón cerrado y conminara a los habitantes a que se rindiesen, pues entonces sería liberado su rey. ¿Qué era una ciudad a cambio del mismísimo rey?

Pues mucho, parecían opinar los habitantes, algo que pronto quedó claro. Los habitantes de la ciudad empezaron a arrojarle fruta podrida y desechos al rey desde la torre de la puerta, humillándolo de la forma más grave que jamás unos súbditos habían humillado a su propio rey.

A Saladino, el espectáculo le divirtió más de lo que le disgustó su resultado, y dejó a la mayor parte del ejército para que iniciase el trabajo de tomar Ascalón por la fuerza y continuó hacia Gaza.

Sobre los muros de Gaza había unos pocos templarios con mantos blancos pero muchos más sargentos. No se dejaron asustar por el insignificante ejército que ahora acampó a las afueras de sus muros y tampoco tenían motivo para hacerlo. Los enemigos no llevaban catapultas ni otros artilugios para derribar los muros.

Tampoco se dejaron influir por el hecho de que su Gran Maestre fuese llevado ante la puerta de la ciudad. Esperaban verse amenazados con que, si no se rendían, el Gran Maestre sería ejecutado ante sus ojos.

Pero no podrían ceder ante una amenaza de ese tipo. La Norma era completamente clara al respecto: un templario no podía ser canjeado ni por oro ni por otros prisioneros ni tampoco bajo amenaza. Por tanto, el deber del Gran Maestre era morir como un templario sin quejarse ni mostrar temor. Además, para algunos de ellos sería de especial agrado ver precisamente la cabeza de Gérard de Ridefort rodar por la arena, pues quienquiera que fuese el próximo Gran Maestre sería mejor que aquel demente que había causado tan grandes derrotas.

Pero ante su estupefacción e indescriptible bochorno sucedió algo diferente. Gérard de Ridefort se adelantó y, como Gran Maestre, dio la orden de que la ciudad debía ser evacuada de inmediato y que cada uno podía tomar sus propias armas y un caballo pero que debían dejar todo lo demás, incluidas las arcas. La Norma no dejaba espacio para negarse a obedecer al Gran Maestre, y una hora más tarde se había

completado la evacuación de Gaza. Arn estaba sentado sobre su caballo observando la marcha y lloraba de vergüenza ante la traición de Gérard de Ridefort.

Cuando los últimos caballos de la columna de templarios hubieron salido por la puerta de la ciudad, Gérard recibió un caballo franco y Saladino lo despidió con palabras irónicas deseándole buena suerte. Gérard no contestó, dio media vuelta a su caballo y se dirigió hacia sus templarios, que despacio y cabizbajos, como en una marcha fúnebre, bordeaban la orilla del mar hacia el norte. Sin mediar palabra, se colocó a la cabeza de la columna.

Saladino constató, satisfecho, que acababa de lograr dos victorias. La primera era que gracias a un hombre sin agallas acababa de serle entregada toda Gaza con sus arcas rebosantes y sin haber disparado una sola flecha. La segunda victoria era que había logrado que Gérard de Ridefort tomase de nuevo el mando sobre los restos del ejército templario. Y un hombre como Gérard servía más a Saladino que incluso a sí mismo.

Los hombres de Saladino se apresuraron a ocupar la ciudad conquistada, pero pronto volvieron a salir algunos de ellos y se acercaron exaltados al sultán con dos caballos que decían que eran Anaza, y caballos así no los tenía Saladino ni siquiera el mismísimo califa de Bagdad.

Saladino dijo alegrarse más de este regalo que de todo el oro que había en las arcas de los templarios dentro del castillo, pero cuando preguntó con inseguridad a quienes lo rodeaban si esos caballos realmente podían ser Anaza, hallados entre templarios, algo que parecía imposible, Arn le respondió que así era, pues una vez él recibió esos dos caballos de Ibrahim ibn Anaza junto con la espada sagrada.

Saladino no dudó entonces en devolver los caballos a Arn.

Tres días más tarde cayó Ascalón. Saladino le perdonó la vida a la población a pesar de no haber entregado voluntariamente la ciudad, pero los hizo subir a bordo de la flota que los esperaba para llevarlos a Alejandría. Puesto que Alejandría tenía unas importantes relaciones comerciales con el otro lado del mar, tanto con Pisa como con Génova, sólo sería cuestión de tiempo que todos los francos de Ascalón estuviesen de nuevo donde les correspondía.

Ahora sólo quedaban Tiro y Jerusalén.

El viernes 27 del mes de Rajab, justo el día en que el Profeta, la paz sea con él, ascendió al séptimo cielo desde la roca de Abraham tras su maravilloso viaje desde La Meca, Saladino hizo su entrada en Jerusalén. Según el cómputo de tiempo de los cristianos, esto sucedió el viernes, 2 de octubre del Año de Gracia de 1187.

Había sido imposible defender la ciudad. El único caballero de cierta importancia que había en ella, aparte de las órdenes de caballeros casi exterminadas, era Balian d'Ibelin. Además de él mismo, sólo contaba con dos caballeros más en la defensa, por lo que había armado caballero a todo hombre con más de dieciséis años. Pero aun así la defensa había carecido de sentido y sólo había prolongado la angustia. Más de diez mil refugiados habían entrado a raudales por la puerta de la ciudad la semana

anterior, a la llegada de Saladino. Eso significaba que el suministro de la ciudad tanto de comida como de agua sería a la larga imposible.

No saquearon la ciudad. No mataron a un solo habitante.

Diez mil de los habitantes de la ciudad pudieron pagar por su libertad; diez dinares los hombres, cinco las mujeres y uno los niños. Quienes pagaron por su libertad pudieron llevarse también sus propiedades.

Pero veinte mil de los habitantes de Jerusalén tuvieron que permanecer en la ciudad al no poder pagar. Tampoco pudieron tomar prestado del patriarca Heraclius ni de las dos órdenes de caballeros espirituales que, al igual que Heraclius, prefirieron llevarse sus pesadas cargas de tesoros en lugar de salvar a hermanos y hermanas cristianas de la esclavitud que amenazaba a quienes no eran capaces de comprar su libertad.

Muchos de los emires de Saladino lloraron de desesperación al ver al patriarca Heraclius pagar con satisfacción sus diez dinares para luego llevarse un cargamento de oro que habría bastado para pagar el salvoconducto de la mayor parte de los veinte mil cristianos restantes.

Los hombres de Saladino consideraron su generosidad tan infantil como repugnante la avaricia de Heraclius.

Cuando todos los cristianos que pudieron pagar se dirigieron hacia Tiro escoltados por soldados de Saladino para no ser asaltados por el camino por bandidos y beduinos, Saladino condonó la deuda de las veinte mil personas que se habían visto obligadas a convertirse en esclavos al no poder pagar el rescate ni esperar compasión por parte del patriarca y las órdenes militares.

Como los cristianos habían desaparecido se establecieron en seguida los musulmanes y los judíos. Los santuarios que los cristianos habían llamado Templum Domini y Templum Salomonis fueron purificados con agua de rosas durante varios días, las cruces del punto más alto de las cúpulas fueron arrancadas y arrastradas triunfalmente por las calles limpias de sangre y la media luna fue alzada de nuevo tras ochenta y ocho años sobre Al Aqsa y la mezquita de la Roca.

Se mantuvo cerrada la iglesia del Santo Sepulcro durante tres días bajo fuerte vigilancia mientras se discutía qué hacer con ella. Casi todos los emires de Saladino opinaban que había que demolerla. Saladino les reprendió diciéndoles que la iglesia era sólo un edificio, que el santuario en sí era la cripta que había en la roca bajo la iglesia. Sería un gesto sin importancia demoler el edificio.

Después de tres días logró que prevaleciese su voluntad también en esta cuestión. Se abrió la iglesia del Santo Sepulcro y se entregó a sacerdotes bizantinos y sirios. Y unos hoscos mamelucos quedaron encargados de protegerla contra cualquier intento de profanación.

Una semana más tarde Saladino pudo rezar en el lugar de oración más alejado, el tercer santuario más importante del islam, Al Aqsa. Como era natural, lloró. A nadie le extrañó. Finalmente había cumplido lo que había jurado ante Dios, había liberado

la sagrada ciudad de Al Quds.

La conquista de Jerusalén por parte de Saladino, desde el punto de vista comercial fue lo peor de la larga guerra de Palestina. Y en sus tiempos tuvo que soportar tanto risas como burlas por ello.

Pero ante la eternidad hizo algo excepcional, su nombre fue inmortalizado y por todos los tiempos fue el único sarraceno a quien los países francos miraron con auténtico respeto.

Arn no estuvo presente cuando Saladino conquistó Jerusalén. Éste lo eximió de tener que soportar aquella visión, a pesar de haber tomado la ciudad con la benevolencia por la que Arn abogó.

Ahora Arn quería regresar a su hogar, pero Saladino insistió en que se quedara todavía un tiempo. Era una situación curiosa, porque a la vez que Saladino le aseguraba a Arn que sería libre en el mismo momento que él lo decidiese, no ahorró esfuerzos en sus intentos de convencerlo para que siguiese ayudándolo.

Como todo el mundo podía prever, se avecinaba una nueva cruzada. El emperador germano Federico Barbarroja estaba de camino a través de Asia Menor con un ejército enorme. El rey franco, Felipe Augusto, y el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, venían navegando por mar.

Saladino opinaba que en la guerra venidera serían más decisivas las negociaciones que el campo de batalla, pues su experiencia le decía que tantos francos recién llegados de golpe tendrían dificultades para luchar. Arn no podía hacer más que estar de acuerdo con esta predicción. Además, le era difícil contradecir la opinión de Saladino de que nadie era más apropiado como intermediario que Arn, ya que hablaba el idioma de Dios sin problemas y el franco como su propia lengua, y que además tenía la confianza de Saladino y debía gozar de la misma confianza entre los francos tras haber servido durante veinte años como templario en Tierra Santa.

También en esto era difícil llevarle la contraria. Arn quería irse a casa, lo deseaba tanto que le dolían sus últimas heridas a pesar de estar bien curadas. Pero no podía negarse a sí mismo que tenía una gran deuda con Saladino, quien en más de una ocasión le había perdonado la vida. Sin la compasión de Saladino no podría haber regresado nunca a casa, pero le angustiaba tener que participar en una guerra que ya no era la suya.

Sin embargo, Dios se mostró misericordioso con los musulmanes en más de un sentido. El emperador germano Barbarroja se ahogó en un río del camino antes de haber alcanzado siquiera Tierra Santa. Siguieron transportando su cuerpo en un tonel lleno de vinagre pero aun así éste se descompuso y lo enterraron en Antioquia. Fue como si la cruzada germana muriera con él.

Y fue tal y como Arn había pronosticado, tras la apacible derrota de Jerusalén, no llegaron cien mil francos cristianos sino tan sólo diez mil.

Saladino había dejado ir al rey Guy de Lusignan sin siquiera pedir un rescate por él. Ante la nueva cruzada desde los países francos, Saladino opinaba que necesitaría

más a un hombre como el rey Guy libre entre los suyos pues le sería de mayor servicio ahí que como prisionero. En eso Saladino tenía razón, el regreso del rey Guy con los suyos llevó a infinitas peleas acerca de la sucesión al trono y a la traición entre los cristianos.

Sin embargo, Saladino cometió un error que lamentaría durante mucho tiempo. Cuando el rey Guy se dirigió al mando de un ejército cristiano desde Tiro costa abajo para intentar recuperar Acre, que había sido la segunda ciudad en importancia después de Jerusalén, Saladino no se tomó en serio esa amenaza. Claro que cuando el rey Guy inició el asedio a Acre, Saladino mandó un ejército que a su vez asediaría a los cristianos que ahora se encontraban atrapados entre los defensores de la ciudad y el ejército de Saladino. Éste pensó que el tiempo, las enfermedades del campamento y la escasez de comida comportarían una cómoda victoria contra el poco temible rey Guy. Si hubiese estado dispuesto a sacrificar muchas vidas, podría haber abatido rápidamente al rey, pero consideró que era innecesario pagar ese precio.

Su larga demora llevó a que primero el rey franco Felipe Augusto y poco después el rey inglés Ricardo Corazón de León pudieran desembarcar y auxiliar a los cristianos asediados a las afueras de Acre. Con ello, Saladino fue atrapado en una guerra innecesariamente dura, justo lo que había procurado evitar.

Como era natural, Arn fue llamado al servicio de Saladino, pues parecía probable que pronto hubiese alguna que otra cosa que negociar. Y al poco tiempo, cuando Saladino hubo reunido lo que él consideraba una cantidad suficiente de los hombres que había enviado a casa a un merecido descanso tras una larga y victoriosa guerra, atacó con arrogancia esperando una rápida victoria.

Pero había cometido varios errores de cálculo. Era cierto que los cruzados francos e ingleses recién llegados estaban tan poco acostumbrados al sol y al calor como Saladino había previsto, pero sobre todo los ingleses no eran para nada inexpertos frente a una caballería en ataque; al contrario, eso era lo que mejor sabían hacer.

Cuando las primeras unidades de caballería sarracena se precipitaron sobre la llanura hacia los asediadores francos, a las afueras de Acre, el cielo sobre los atacantes oscureció sin que al principio lograran comprender por qué. Instantes más tarde, miles de flechas empezaron a caer del cielo cual granizo en una tormenta. Y los pocos que se libraron de ser alcanzados, los jinetes que habían ido los primeros y ahora no se daban cuenta del vacío que quedaba tras ellos, fueron directos a la lluvia de bodeques de ballesta de corto alcance.

Todo terminó en menos tiempo de lo que un caballo tarda en recorrer la distancia de cuatro tiros normales de flecha. La llanura de Acre era un mar de heridos y moribundos, caballos caídos que pataleaban o corrían aterrados de un lado a otro, pisoteando heridos que se tambaleaban, confusos o muertos de miedo.

Entonces atacó Ricardo Corazón de León personalmente, al frente de sus caballeros. Aquélla fue su victoria más rápida.

Arn había visto con una mezcla de horror e interés lo que podían hacer los arcos

largos y las ballestas; aquella lección no se borraría nunca de su memoria.

Era hora de empezar a negociar. Lo primero de lo que había que hablar era de establecer una tregua para poder recoger todos los muertos que había en el campo, lo cual beneficiaría a ambas partes con tanto calor como hacía. Se le pidió a Arn que resolviese este asunto él solo, pues iba vestido con el uniforme de templario y, por tanto, podría dirigirse a los ingleses sin riesgo de que le disparasen.

Unos soldados ingleses ebrios de triunfo cuyo idioma no entendía lo llevaron sin demora a ver al rey Ricardo, que para alivio de Arn resultó ser franco y no inglés y hablaba el franco con acento normando.

El rey Ricardo Corazón de León era alto, pelirrojo, tenía los hombros anchos y parecía un rey de verdad, todo lo contrario del rey Guy. Por el tamaño del hacha de guerra que colgaba junto a su silla de montar en el costado derecho era fácil deducir que también debía de poseer una gran fuerza.

Sin embargo, su primera conversación fue breve, pues se trataba sólo de solucionar un asunto simple y evidente como limpiar el campo de batalla. Pidió a Arn que transmitiera que Ricardo Corazón de León quería verse con Saladino en persona, y éste prometió hacerlo.

Al día siguiente, cuando volvió con el recado de Saladino de que en ningún caso habría encuentro entre reyes hasta que llegara el momento de la paz, pero que su hijo, Al Afdal, podría asistir a conversaciones, Ricardo Corazón de León se puso furioso tanto con Saladino como con su negociador y pronto lanzó a Arn acusaciones mordaces de traición y de confraternización con los sarracenos.

Arn respondió que, por desgracia, era prisionero de Saladino y había dado su palabra de honor de no abandonar la misión de ser el portavoz del sultán para Ricardo Corazón de León y el portavoz de éste para Saladino.

Entonces el rey Ricardo se tranquilizó pero murmuró malhumorado algo acerca de las palabras de honor dadas a personas no cristianas.

Cuando Arn regresó con ese mensaje, Saladino se echó a reír por primera vez en mucho tiempo y dijo que palabra de honor sólo significaba que había un honor sobre el que jurar y eso era todo. Al liberar a Guy sin pedir rescate le había exigido que a cambio abandonase Tierra Santa y no volviese jamás a alzar una arma contra un fiel. Claro que el rey Guy lo había jurado sobre su Biblia y su honor y ante Dios y varios santos. E igual de claro estaba que, tal y como había calculado e incluso deseado Saladino, rompió de inmediato su juramento y volvió a serle útil desuniendo a los cristianos.

Pero el asedio de Saladino a los cristianos de las afueras de Acre ya no iba tan bien ahora que la flota inglesa podía aislar Acre de todo abastecimiento por vía marítima. Pronto la hambruna, con la que Saladino había contado, asoló a los suyos dentro de Acre con más dureza que a los asediadores cristianos que rodeaban los muros de la ciudad. Y estaba más que demostrado que nuevos ataques de caballería en campo abierto contra los arcos largos ingleses no era una buena idea.

Saladino perdió la carrera contra el tiempo. Para su desespero, la guarnición de Acre se rindió y entregó la ciudad al rey Ricardo.

Arn y Al Afdal recibieron ahora la onerosa misión de entrar en la ciudad conquistada para tomar parte en el cumplimiento de las condiciones a las que habían accedido los habitantes de Acre en nombre de Saladino para rendirse sin continuar luchando.

Fue luego muy amargo tener que regresar e informar a Saladino, pues su propia gente dentro de Acre había accedido a soportar condiciones muy duras. Además de la ciudad y de lo que había en ella, el rey Ricardo exigía cien mil besantes de oro, la liberación de mil cristianos, cien caballeros prisioneros específicamente nombrados y recuperar la Santa Cruz.

No le sorprendió a nadie que Saladino se echase a llorar al oír estas condiciones; era un precio muy alto por las dos mil setecientas almas que ahora estaban a merced del rey Ricardo. Pero la propia gente de Saladino había accedido a soportar esas duras condiciones para salvar sus vidas. El honor exigía la aceptación de las condiciones por parte de Saladino.

Arn y Al Afdal volvieron a la ciudad que para Al Afdal se llamaba Akko, que para Arn era San Juan de Acre y que los romanos habían llamado Akkon. Ahora las negociaciones serían más complicadas ya que se tratarían muchas cuestiones prácticas de plazos y lugares y de cómo se podría dividir el pago en varias partidas y qué parte de las condiciones habría que cumplir antes de liberar a los prisioneros.

Tardarían mucho tiempo en resolver esas cuestiones. Pero el rey Ricardo hizo esperar un buen rato a los negociadores del otro bando, pues entre otras cosas, la celebración de su victoria incluía también competiciones ecuestres a las afueras de los muros de Acre.

Cuando al fin se dejó molestar, hizo todo lo posible por mostrar su desprecio hacia los dos negociadores de Saladino y dijo que era poco cortés interrumpir un torneo sin tener la intención de participar en él. Luego se dirigió hacia Al Afdal y le preguntó si era un cobarde o si se atrevería a cabalgar con lanza contra alguno de los caballeros ingleses. Arn tradujo y Al Afdal respondió, aconsejado por Arn, que prefería cabalgar con arco en mano contra dos cualesquiera de los caballeros del rey Ricardo a la vez, una respuesta a la que el rey hizo oídos sordos.

—Y tú, templario prisionero, ¿también eres un cobarde? —preguntó el rey Ricardo, desdeñoso.

—No, Sire, he servido como templario durante veinte años —contestó Arn.

—Si le ofreciera a tu nuevo señor pagarme primero cincuenta mil besantes y los prisioneros de los que hemos hablado y luego liberara a mis sarracenos antes de recibir los restantes cincuenta mil y la Santa Cruz, ¿entonces te enfrentarías a mi mejor caballero?

—Sí, Sire, pero no me gustaría herirlo —respondió Arn.

—Te arrepentirás de esas palabras, tráfuga, pues voy a ofrecerte a sir Wilfredo

—bufó el rey.

—Necesito escudo, lanza y yelmo, Sire —contestó Arn.

—Podrás tomarlo prestado de tus amigos templarios de esta ciudad o, mejor dicho, los que fueron tus amigos, de eso me encargo yo —dijo el rey.

Un poco abatido, Arn le explicó a Al Afdal lo que se le había ocurrido al infantil rey inglés, y éste se apresuró a objetar que iba en contra de las normas alzar armas tanto en contra como a favor de un negociador. Arn respondió con un suspiro que las normas no parecían ser lo que más preocupaba al rey, a menos que le fuesen en provecho propio.

Arn no tuvo problema alguno en tomar prestado lo que necesitaba de los serviciales hermanos en el cuartel de los templarios y pronto salió a caballo al campo que había delante de la muralla de la ciudad para saludar a su contrincante con el yelmo y el escudo templario en la misma mano. Dudó un poco al ver la aparente juventud y la inocencia de Wilfredo, de unos veintiuno o veintidós años y sin una sola cicatriz de guerra en la cara.

Cabalgaron el uno hacia el otro y dieron dos vueltas juntos antes de detenerse frente a frente. Arn aguardó un poco, pues no conocía las reglas de estos juegos. El joven inglés le habló en un idioma que no comprendió y le pidió al contrincante que hablase en el idioma de su rey.

—Soy sir Wilfredo, caballero que ha ganado sus espuelas en el campo de batalla y saludo con honor a mi contrincante —anunció el joven inglés con arrogancia en un franco muy torpe.

—Yo soy Arn de Gothia, he llevado mis espuelas en el campo de batalla durante veinte años y también te saludo, joven. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Arn, divertido.

—Ahora cabalgaremos el uno contra el otro hasta que uno yazca indefenso o muerto o se rinda. ¡Que gane el mejor! —dijo sir Wilfredo.

—Bueno, pero no quiero hacerte daño. ¿Es suficiente si te tiro de la silla unas cuantas veces? —preguntó Arn.

—No ganáis nada con palabras ofensivas, sir Arn, eso sólo os supondrá mayores sufrimientos —contestó sir Wilfredo con una sonrisa torva que a Arn le resultó muy estudiada.

—Piensa en una cosa, joven —dijo Arn—. Vas a montar por primera vez contra un templario y nosotros nunca perdemos contra blandengues.

Antes de que se hablase más, el joven Wilfredo dio media vuelta con su caballo y se alejó al galope hasta el otro lado del campo, donde dio media vuelta de nuevo, alzó el yelmo y se lo colocó con brusquedad sobre la cabeza. Llevaba un yelmo de los nuevos, de esos que cubrían toda la cara pero con los que era difícil ver más que hacia adelante.

Arn también se dirigió hacia su sitio para prepararse pero más despacio. Permanecieron así el uno frente al otro sin que nada pasase durante un rato. Puesto

que su contrincante parecía dirigir la mirada hacia el pabellón del rey Ricardo, Arn también miró como de reojo en esa dirección. Al hacerse el silencio entre el público, el rey Ricardo se puso en pie y dio un paso hacia adelante con un gran pañuelo rojo en una de las manos, que mantenía extendida. De repente soltó el pañuelo y de inmediato el joven caballero empezó a galopar desde el otro lado del campo.

Arn montaba a Ibn Anaza, lo que le daba una ventaja tan grande que su contrincante que venía tronando sobre un pesado caballo franco probablemente jamás podría ni imaginar. Sólo por eso la lucha estaría muy desequilibrada, pero lo difícil para Arn sería no herir a su contrincante más que con moretones.

Cruzando el campo, algo que Arn hizo cabalgando primero al mismo ritmo moderado que su contrincante, vio claramente cuál era la intención de su contrincante: golpearle la cabeza o el escudo para matarlo o derribarlo del caballo. Parecía ser un juego muy peligroso y Arn no quería asestar un golpe con la punta de la lanza a toda velocidad.

Poco antes de su encuentro, de repente Arn hizo galopar más de prisa a Ibn Anaza y dio un fuerte giro, inclinándose hacia la izquierda justo antes del momento del choque, de modo que fue a parar al lado contrario de su contrincante y pudo barrerlo de su caballo con la parte ancha de la lanza.

Luego se volvió, preocupado, y se acercó al trote hacia el joven, que blasfemaba y pataleaba en la arena.

—Espero no haberte hecho daño, pues no era ésa mi intención —dijo Arn con amabilidad—, ¿ya hemos terminado?

—No, yo no me rindo —repuso el novato, que agarró con rabia las riendas de su caballo y se levantó—. ¡Tengo derecho a tres ataques!

Arn se fue un tanto decepcionado hacia el punto de partida, pensando que ese mismo truco seguramente no funcionaría una segunda vez.

Por eso cambió discretamente la lanza de mano, de modo que la llevaba en la mano izquierda con el escudo enganchado al brazo, así no se vería hasta que estuviesen muy cerca y ya fuese demasiado tarde.

De nuevo el rey soltó el pañuelo rojo y de nuevo atacó el joven inglés con toda la velocidad que su pesado caballo pudo alcanzar. Estaba claro que el problema no era su valentía.

Esta vez Arn no cambió de lado en el ataque. Pero justo antes de chocar alzó su brazo izquierdo, de modo que el escudo se dirigió en diagonal contra la lanza del contrincante y agarró con fuerza el extremo grueso de la lanza con la mano derecha. La punta de la lanza de sir Wilfredo rebotó contra el escudo torcido de Arn y al instante siguiente el inglés fue golpeado en mitad del pecho, aunque el doble de fuerte que la vez anterior, con lo que el joven salió despedido por los aires y luego cayó al suelo.

Pero tampoco en esta ocasión quiso rendirse.

La tercera vez, Arn se deshizo del escudo y cogió la lanza del revés como una

maza y cabalgó con la maza bajada hasta el último momento, en que la agarró con ambas manos y la levantó de modo que la lanza del contrincante subió y pasó por encima de él, mientras su propia estaca enorme se deslizaba como por un raíl siguiendo la lanza del otro y golpeándolo en plena cara. El yelmo lo salvó del golpe mortal pero por supuesto salió despedido de su caballo más o menos de la misma manera que las dos veces anteriores.

Tras haberse asegurado de que su contrincante no estuviese herido de gravedad, Arn se quitó el yelmo redondo y abierto, cabalgó hacia el rey Ricardo y realizó una reverencia repleta de ironía.

—Sire, vuestro joven Wilfredo se merece un gran respeto por su valentía —dijo—. Cualquier hombre no cabalga de ese modo sin temor contra un templario.

—Tus artes son curiosas, pero no del todo, según nuestras normas —contestó el rey, malhumorado.

—Mis normas son las del campo de batalla y no las del campo de juego, Sire. Además, ya dije que no deseaba herir a vuestro caballero. Seguro que su valentía os será de gran utilidad, Sire.

Este juego, que para Arn resultó infantil, tuvo dos consecuencias. La primera y por el momento más importante fue que el rey Ricardo cedió un poco en las condiciones de pago para Saladino.

La segunda consecuencia fue que el joven caballero de nombre sir Wilfredo de Ivanhoe, que ahora participaba en su primera guerra importante, lo tendría fácil con todos los contrincantes durante el resto de su vida, tanto en los campos de juego como en los campos de batalla, con todos excepto con los templarios. A menudo tendría pesadillas soñando con ellos.

Cuando Arn regresó al cuartel de los templarios para devolver las armas que había tomado prestadas fue invitado a comer y a beber con el nuevo Maestre de San Juan de Acre, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, cuando una vez estuvieron juntos durante un breve período en el castillo de La Fève. Su hermano tenía unas cuantas quejas por lo que se refería al rey inglés, sobre todo acerca de que ese hombre se enemistase con todos sus iguales. Había echado al rey francés Felipe Augusto del cuartel de los templarios, que después del palacio real —donde naturalmente se alojaba el propio rey Ricardo— era la segunda residencia más importante de San Juan de Acre. Se habían peleado hasta tal punto por esta tontería que ahora el rey francés había decidido regresar a casa con todos sus hombres. Y al gran duque austríaco lo había insultado el rey Ricardo de otra manera; había tomado el estandarte austríaco que colgaba entre el inglés y el francés arriba en los muros, lo había partido en dos y lo había arrojado al foso. A raíz de esto estallaron violentas peleas entre ingleses y austríacos y ahora también se marcharían estos últimos. Con esas chiquilladas los cristianos habían perdido a la mitad de las tropas pero el rey Ricardo parecía estar seriamente convencido de que sólo él mismo y sus propios hombres eran necesarios para recuperar Jerusalén junto con los templarios. Ésa era una posición tanto

peligrosa como frívola, pero eso lo comprendían mejor los que, como Arn y su viejo amigo, habían estado en guerra contra Saladino durante mucho tiempo. El mero hecho de empezar a trasladar a todos esos arqueros a pie bajo el ardiente sol del camino de Jerusalén sería motivo de gran sufrimiento cuando los ataques de los arqueros montados sirios de Saladino se pusiesen en marcha.

Sin embargo, había algo todavía peor. El rey Ricardo no sólo era un hombre de mal genio que se pasaba el tiempo provocando peleas inútiles, sino que además era un hombre de cuya palabra uno no podía fiarse.

Saladino hizo honor al acuerdo al que se había llegado. Después de diez días pudo entregar cincuenta mil besantes de oro y mil prisioneros cristianos liberados. Sin embargo, todavía ninguno de los cien caballeros citados, pues podían hallarse en cualquier calabozo de los castillos sirios o egipcios.

El rey Ricardo dijo que como Saladino no había entregado a ninguno de los cien caballeros citados, había roto el acuerdo. Por eso, primero hizo rodear el monte Ayyadieh, a las afueras de Acre, con ballesteros y tiradores con arcos largos. Luego hizo sacar a los dos mil setecientos prisioneros de la ciudad, los hombres encadenados y las mujeres y los niños junto a sus maridos y padres.

A los musulmanes les costó creer lo que veían. Los dos mil setecientos prisioneros que, según el acuerdo, deberían haber sido liberados ese día fueron decapitados, atravesados por lanzas o golpeados hasta la muerte con mazas y hachas.

Pronto atacaron caballeros sarracenos desde todas partes en un salvaje desorden, llorando, desesperados. Fueron recibidos con un chaparrón de flechas y ninguno de ellos logró llegar con vida. La matanza se alargó varias horas hasta que los últimos niños pequeños fueron encontrados y asesinados también.

Al final sólo quedaron con los muertos de Ayyadieh saqueadores de cadáveres ingleses que iban de cuerpo en cuerpo rajando los estómagos para buscar monedas de oro que las víctimas se hubieran tragado.

Al llegar a ese punto ya hacía tiempo que Saladino había abandonado la colina desde donde observó el inicio de la masacre.

Se alejó y se sentó a solas un poco más allá de su tienda. Ninguno de los suyos se atrevía a molestarlo, pero Arn se acercó lentamente.

—Es un momento difícil, Yussuf, lo sé, pero justo en este difícil momento te solicito mi libertad —dijo Arn en voz baja y se sentó al lado de Saladino, que tardó un buen rato en responder.

—¿Por qué quieres dejarme justo ahora, en este momento de pena que perdurará para siempre? —preguntó finalmente Saladino intentando secarse las lágrimas.

—Porque hoy has vencido a Ricardo Corazón de León, aunque haya sido a un precio muy alto.

—¡Vencido! —exclamó Saladino con exasperación—. He perdido cincuenta mil besantes de oro sólo para ver cómo mataban a aquéllos a quienes había comprado la libertad. Ha sido mi más extraña victoria.

—No, ha sido una gran pérdida —repuso Arn—. Pero la victoria es que no has perdido Jerusalén a manos de ese miserable. Él no pasará a la historia como otra cosa que el carnicero de Ayyadieh y como quien rechazó la Santa Cruz, sólo así recordarán nuestros hijos y los suyos al vil traidor. Pero ha dañado más su propia causa que la tuya. El rey franco se ha ido a casa tras una pelea infantil acerca de dónde se hospedaría cada uno dentro de Acre. El rey austríaco lo ha abandonado por un motivo similar, el rey alemán yace pudriéndose en su tumba en Antioquia. Ya no tienes ante ti a quinientos mil enemigos sino a menos de diez mil bajo las órdenes de ese demente. Además, según he oído, también él tendrá que irse pronto para que su hermano no le quite el país. Eso es lo que quiero decir, en ese sentido has vencido, Yussuf.

—Pero ¿por qué, Arn, amigo mío?, ¿por qué dejarme en este difícil momento en que la pena es más grande que la esperanza de una venganza con éxito?

—Porque ya no puedo mediar más por ti. Se acabaron las negociaciones con ese carnicero loco. Porque quiero regresar a casa con los míos, a mi tierra, a mi idioma y a mi gente.

—¿Qué piensas hacer cuando llegues allí, en tu tierra con tu gente?

—Por mi parte, se acabó la guerra, eso es lo único que tengo por seguro. También tengo la esperanza de poder cumplir un juramento que presté hace mucho tiempo, un juramento de amor. Pero lo que más desearía saber ahora mismo es el significado de todo esto, por qué vine aquí, qué quiso Dios con ello. Luché durante veinte años y estuve en el bando de quienes por justicia perdimos. Fue justo, pues Dios nos castigó por nuestros pecados.

—¿Piensas en Heraclius, Agnes de Courtenay, Guy de Lusignan y personas como ellos? —susurró Saladino esbozando una sonrisa irónica en medio de su pena.

—Sí, precisamente en ellos —contestó Arn—. Luché por gente como ellos y nunca podré comprender cuál fue la voluntad de Dios.

—Yo sí puedo —respondió Saladino—, y en seguida te lo voy a decir. Pero primero, a otros asuntos. Ya eres libre. Sólo cobraste cincuenta mil besantes de oro por mi hermano cuando fue tu prisionero, aunque sabías que podrías haberme exigido el doble. Creo que ha sido la voluntad de Dios que me quede justo esa cantidad de lo que debería haberle pagado al carnicero Ricardo. Ese dinero es ahora tuyo y es poca recompensa por la espada que me diste. Por cierto, en Damasco te espera una espada que seguramente te sentará mejor en más de un sentido. Ahora te pido que me dejes solo con mi luto. Cabalga con la paz de Dios, Al Ghouti, amigo mío al que jamás olvidaré.

—Sí, ¡pero la voluntad! Dijiste que sabías cuál había sido la voluntad de Dios —objetó Arn sin querer irse, más interesado en esta cuestión que en el hecho de que Saladino acabara de cubrirlo de riqueza.

—¿La voluntad de Dios? Como musulmán puedo decirte que la voluntad de Dios fue que tú, entre todos un templario, me entregaras la espada sagrada del islam, lo

que hizo que yo venciese. Pero como cristiano puedes decirte a ti mismo otra cosa. El consejo que me diste acerca de por qué no debíamos hacer con la población de Jerusalén lo mismo que Ricardo ha hecho ahora con la de Acre me llegó al corazón. Y por eso se hizo tal y como tú me aconsejaste. Tus palabras salvaron cincuenta mil vidas cristianas; ésa era la intención que Dios tenía con tu misión en Palestina, pues Él todo lo ve y todo lo oye y Él sabía lo que hacía al unirnos a ti y a mí.

Arn se levantó y permaneció un rato vacilante y en silencio. Entonces se levantó también Saladino. Se abrazaron por última vez y Arn dio media vuelta y se alejó sin decir nada más.

Acababa de empezar su largo viaje de regreso a casa, a aquella tierra en donde esperaba no volver a alzar una arma jamás.



JAN GUILLOU. Jan Oskar Sverre Lucien Henri Guillou, nació en el seno de una familia de diplomáticos franceses, adquiriendo la nacionalidad sueca años más tarde. Estudió Derecho, abandonando la carrera tras dos años, y comenzando a trabajar como periodista en *SZIM/Actuell*. Publicó su primer libro en 1971. Un artículo sobre los servicios de espionaje suecos publicado en *Folket I Bild* (cuyo suplemento cultural fundó algo después), le valió la cárcel, acusado de espionaje. En 1999, fundó la Editorial Piratforlaget, y en la actualidad compatibiliza su labor literaria con la presentación de programas en la televisión Noruega y los comentarios políticos en el periódico *Aftonbladet*.

Comenzó su carrera con novelas policíacas, pasando posteriormente a escribir novelas históricas de ficción.